# LAS MITFORD

## CARMEN POSADAS



ESPASA

# Índice

**Portada**

**Portadilla**

**Dedicatoria**

**Cita**

**DRAMATIS PERSONAE**

**1. LOCOS AÑOS VEINTE**

**2. SE LEVANTA EL TELÓN**

**3. A LA CAZA DEL AMOR**

**4. DESPUÉS DE LA CEREMONIA**

**5. UNITY COMIENZA A SALIR DEL CASCARÓN**

**6. LOS TIEMPOS ESTÁN CAMBIANDO**

**7. DESOLACIÓN**

**8. SUICIDIO**

**9. LA MUERTE NO SUELE TOMARSE VACACIONES**

**10. DOS HERMANAS Y (CASI) UN MISMO DESTINO**

**11. DIANA QUEMA SUS NAVES**

**12. VENECIA ERA UNA FIESTA**

**13. UNA EXCURSIÓN AL LIDO**

**14. MUERTE EN VENECIA**

**15. DIANA ROMPE CON TODO**

**16. GENTES QUE VIENEN, GENTES QUE SE VAN**

**17. NUEVA ESTRATEGIA DEL PURÉ**

**18. PARA NANCY, TODO ES UNA COLOSAL BROMA**

**19. Y LA MONTAÑA FUE A MAHOMA**

**20. MI AMIGO LOBO**

**21. BOBO Y WOLF**

**22. LAS DOS DAMAS DE HITLER**

**23. VERANO DE 1936, EL COMIENZO DE TANTAS COSAS**

**24. GRACIAS, MEIN FÜHRER**

**25. ANTES DE QUE ACABE EL AÑO**

**26. MUV COMETE UN ERROR DE CÁLCULO**

**27. DECCA CAMBIA SU TRAJE DE DEBUTANTE POR EL DE MILICIANA**

**28. FUGA Y ALGÚN QUE OTRO CONTRATIEMPO**

**29. ESTO ES LA GUERRA**

30. NUESTRA PARTICULAR HELENA DE TROYA

31. UN REGALO DEL FÜHRER

32. LAS RUEDAS DE LA HISTORIA COMIENZAN A GIRAR

33. UN POCO DE TODO

34. PETER RODD, COMO MAMBRÚ, SE VA A LA GUERRA

35. DIVIDIDA ENTRE DOS MUNDOS

36. UNITY VUELVE A CASA

37. ENEMIGOS DEL PUEBLO

38. NEW YORK, HERE WE COME

39. ESMOND ENTRA EN EL MUNDO CAPITALISTA

40. VIVE LA FRANCE!

41. DECCA EN LA CASA BLANCA

42. ESCOMBROS Y TUL ILUSIÓN

43. NANCY, RATÓN DE BIBLIOTECA

44. UN NUEVO AMOR Y UNA LIBERACIÓN

45. Y MIENTRAS TANTO, AL OTRO LADO DEL OCÉANO...

46. NUEVA VIDA

47. RETORNO A BRIDESHEAD

48. ME ACUSO

49. UN ISLOTE POLÉMICO

**50. MUERTE EN LAS NUBES**

**51. LA FELICIDAD VIVE EN PARÍS**

**52. UNA DÉCADA MÁS**

**53. DIANA EN SU TEMPLETE GRIEGO**

**54. MI MUNDO SE TAMBALEA**

**55. VIENDO LA VIDA DESDE LEJOS**

**56. UN GIRO DRÁSTICO DE GUION**

**EPÍLOGO. CINCO TUMBAS Y UN MONOLITO: POR FIN, YO, CARMEN POSADAS, ENCUENTRO A LAS MITFORD**

**NOTA DE LA AUTORA**

**BIBLIOGRAFÍA**

**Láminas**

**Notas**

**Créditos**

# LAS MITFORD

CARMEN POSADAS



Para Bárbara de Posadas Camuñas,
desde ya gran lectora, y, quién sabe
si un día, en la senda familiar,
también gran escritora.

*Blood is thicker than water.*
Viejo dicho anglosajón que mi padre
usaba a menudo para recalcar que, al fin, lo
que más ata son los lazos de sangre.
*In memoriam.*

# *DRAMATIS PERSONAE*

## FAMILIA MITFORD

DAVID FREEMAN-MITFORD —FARVE— (1878-1958). 2.º barón de Redesdale. Militar, terrateniente y miembro de la Cámara de los Lores. Patriarca de la familia Mitford.

SYDNEY BOWLES —MUV— (1880-1963). Matriarca de la familia Mitford.

NANCY MITFORD (1904-1973). La mayor de las hermanas Mitford era novelista, biógrafa y ensayista. *A la caza del amor* fue su mayor éxito. Se casó con Peter Rodd en 1933 y se divorció en 1957.

PAMELA MITFORD —WOMAN— (1907-1994). Amante de la vida rural, se dedicó sobre todo a la administración de fincas, la cría de animales y la equitación. Casada con el físico Derek Jackson en 1936, se divorciaron en 1951.

THOMAS DAVID MITFORD —TOM— (1909-1945). El único hijo varón de los Mitford estudió Derecho en Alemania y se dedicó a la abogacía hasta la Segunda Guerra Mundial. Alistado en el ejército, murió en la campaña de Birmania en marzo de 1945.

DIANA MITFORD (1910-2003). *Socialité*, editora y escritora. Contrajo matrimonio en 1929 con Bryan Guinness, el heredero del imperio cervecero Guinness, del que se divorció en 1934. Vinculada al fascismo y al nazismo, se casó en segundas nupcias con Oswald Mosley, fundador de la Unión Británica de Fascistas.

UNITY VALQUIRIA MITFORD —BOBO— (1914-1948). Su admiración por Hitler y el nazismo la llevó a Alemania, en donde pasó a formar parte del

círculo íntimo del Führer. Cuando el Reino Unido le declaró la guerra a Alemania intentó suicidarse.

Jessica Mitford —Decca— (1917-1996). Periodista, escritora y activista por los derechos civiles. Casada con Esmond Romilly, sobrino de Winston Churchill, militante comunista, se trasladó con él a los Estados Unidos. Tras la muerte de su marido en la Segunda Guerra Mundial, contrajo matrimonio con el abogado laboralista y activista Robert Treuhaft.

Deborah Mitford —Debo— (1920-2014). La más pequeña de las Mitford se convirtió en duquesa de Devonshire por su matrimonio con Andrew Cavendish. Aparte de su actividad como *socialité*, destacó igualmente como escritora y cronista, y fue la responsable de la rehabilitación de Chatsworth House, una de las propiedades familiares, que con su apertura al público se convirtió en un modelo de gestión turística.

## Otros personajes
### Por orden alfabético

Adolf Hitler (1889-1945). Líder del Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán y dictador de Alemania entre 1933 y 1945. Fue el responsable de la Segunda Guerra Mundial y del Holocausto. Unity Mitford le llamaba Wolf (Lobo).

Afroditi Tibbs*. Emigrante griega que regentaba la pensión en donde Jessica Mitford y su hija Dinky se instalaron en San Francisco.

Alexandra Metcalfe —Baba— (1904-1995). Aristócrata británica, hermana de lady Cynthia Mosley y, por tanto, cuñada de Oswald Mosley.

André Roy. Oficial francés de las Fuerzas Francesas Libres durante la Segunda Guerra Mundial. Fue amante de Nancy Mitford durante los años de la guerra.

ANDREW CAVENDISH (1920-2004). Aristócrata y político británico, 11.º duque de Devonshire desde 1950 y miembro del Partido Conservador. Casado con Deborah Mitford.

BIANCA VAN SCHULLER-SMITH*. Heredera de una de las más poderosas familias de Nueva York. Casada con Garvey Smith. Falleció ahogada en el Lido de Venecia en extrañas circunstancias.

BRYAN GUINNESS (1905-1992). Heredero de la cervecera Guinness. Primer marido de Diana Mitford, con quien tuvo dos hijos: Jonathan y Desmond. Desarrolló también una reseñable carrera como escritor.

CECIL BEATON (1904-1980). Fotógrafo y diseñador de escenografía y vestuario. Fue retratista oficial de la familia real británica y gran amigo de las hermanas Mitford. Ganó varios premios Óscar y Tony por su trabajo en producciones cinematográficas y teatrales.

CLEMENTINE CHURCHILL (1885-1977). Esposa de Winston Churchill y una de sus colaboradoras y consejeras más influyentes. Desempeñó un importante papel público durante las dos guerras mundiales. Era prima de Farve, el padre de los Mitford.

CONSTANCIA ROMILLY —DINKY— (1941). Hija de Esmond Romilly y de Jessica Mitford.

CYNTHIA MOSLEY (1898-1933). Aristócrata británica. Primera esposa de Oswald Mosley.

DEREK JACKSON (1906-1982). Destacado físico británico, profesor en la Universidad de Oxford y también un apasionado de la equitación. Se casó con Pamela Mitford en 1936. Se divorciaron en 1951.

DORA CARRINGTON (1893-1932). Pintora y diseñadora británica vinculada al Grupo de Bloomsbury. Mantuvo una intensa y compleja relación con el escritor Lytton Strachey. Tras la muerte de este, sumida en una fuerte depresión, se suicidó de un disparo.

DOROTHY ALLHUSEN (1877-1964). Distinguida anfitriona de la alta sociedad británica y una figura habitual en los círculos aristocráticos e

intelectuales del período de entreguerras. Era prima segunda de Farve Mitford.

ELSA MAXWELL (1883-1963). Periodista y escritora estadounidense, célebre por sus columnas de cotilleos y por sus legendarias fiestas para la alta sociedad internacional. Fue amiga de numerosas celebridades, aristócratas y figuras políticas del siglo xx.

ESMOND ROMILLY (1918-1941). Escritor y periodista, sobrino de Winston Churchill. Su carácter rebelde y su ideología comunista y antifascista le llevaron a alistarse en las Brigadas Internacionales durante la Guerra Civil española. Primer marido de Jessica Mitford. Durante la Segunda Guerra Mundial, cuando participaba en una misión de combate de la RAF sobre Hamburgo, su avión desapareció en el mar del Norte. Tenía veintitrés años.

EVA BRAUN (1912-1945). Conocida por ser la compañera sentimental de Adolf Hitler durante muchos años. Se casó con Hitler el 29 de abril de 1945, un día antes de que ambos se suicidaran en Berlín.

EVELYN WAUGH (1903-1966). Periodista y uno de los novelistas satíricos más relevantes de la literatura inglesa del siglo xx. Retorno a Brideshead, su novela más conocida, está considerada su obra maestra.

FRÄULEIN BAUM*. Profesora del internado en donde se aloja Unity Mitford en Múnich. Ferviente admiradora de Hitler.

GARVEY SMITH*. Contable norteamericano. Trabajó primero para la rica familia Van Schuller y luego se casó con la heredera Bianca van Schuller.

GASTON PALEWSKI (1901-1984). Diplomático, político y militar francés, estrecho colaborador de Charles de Gaulle durante la Segunda Guerra Mundial y la posguerra. Desde 1965 hasta 1974 desempeñó el cargo de presidente del Consejo Constitucional francés. Fue amante y el gran amor de Nancy Mitford.

GINA STUCATTO*. Emigrante siciliana en San Francisco. Prestó ayuda a Jessica Mitford cuando se trasladó a esta ciudad.

GIUDITTA TOMMASI. Amazona ítalo-suiza. Compañera sentimental de Pamela Mitford durante veinte años. Murió en 1993.

HAMISH ERSKINE (1909-1973). Aristócrata escocés, esteta y una de las figuras más destacadas de la alta sociedad inglesa. A pesar de su condición homosexual, fue pareja de Nancy Mitford durante varios años.

JOHN BETJEMAN (1906-1984). Poeta, escritor y crítico británico. Le propuso matrimonio a Pamela Mitford, pero ella lo rechazó. En 1972 fue nombrado poeta laureado del Reino Unido, distinción que disfrutó hasta su fallecimiento.

JOSEPH GOEBBELS (1897-1945). Político alemán del partido nazi y uno de los colaboradores más cercanos de Adolf Hitler. Como ministro de Propaganda del régimen nazi, dirigió la manipulación de los medios de comunicación y la propaganda del Estado. Se suicidó junto a su familia en Berlín al final de la Segunda Guerra Mundial.

KATHLEEN KENNEDY —KICK— (1920-1948). Hija del multimillonario estadounidense Joseph Kennedy y hermana del futuro presidente John F. Kennedy. Casada con el primogénito de los duques de Devonshire, su matrimonio apenas duró unos meses a causa de la prematura muerte de él. Ella falleció en accidente de aviación en 1948. Gran amiga de Deborah Mitford.

KETTY BROOKS*. Amiga de la infancia de Pamela Mitford.

LOUIS MOUNTBATTEN (1900-1979). Último virrey de India. Mentor del actual rey Carlos III de Inglaterra. Asesinado por el IRA.

MAGDA GOEBBELS (1901-1945). Esposa de Joseph Goebbels, ministro de Propaganda de Hitler. Ferviente admiradora del Führer, que la consideraba el paradigma de la mujer y madre alemana de raza

aria. Durante los últimos días del régimen nazi se suicidó junto a su marido después de matar a sus seis hijos.

NANNY BLOR. Niñera de la familia Mitford. Cuidó a los hijos desde que entró a trabajar en la casa en 1910 y permaneció allí más de cuarenta años. Tenía mucha influencia en la familia por su sentido práctico y mano firme.

OLIVER WATNEY (1902-1966). Aristócrata británico, heredero de la histórica finca de Cornbury Park en Oxfordshire. Prometido de Pamela Mitford, aunque no llegaron a casarse.

OSWALD MOSLEY (1896-1980). Político británico, fundador de la Unión Británica de Fascistas en 1932. Fue el segundo marido de Diana Mitford, con la que tuvo dos hijos: Alex y Max.

PETER RODD —PRODD— (1904-1968). Aristócrata británico, hijo del diplomático y político lord Rennell Rodd. De carácter excéntrico y poco convencional, es conocido por haber sido el marido de Nancy Mitford.

PUTZI HANFSTAENGL (1887-1975). Periodista, escritor y músico germano-estadounidense. Jefe de la Oficina de Prensa Extranjera en Berlín y confidente de Hitler durante los primeros años del nazismo.

ROBERT TREUHAFT (1912-2001). Abogado estadounidense de izquierdas, de origen judío húngaro, incansable activista por los derechos civiles y laborales. Fue el segundo marido de Jessica Mitford, con quien tuvo dos hijos: Nicholas y Benjamin.

VIRGINIA FOSTER DURR (1903-1999). Activista estadounidense y defensora de los derechos civiles. Colaboradora de Eleanor Roosevelt. Fue gran amiga de Jessica Mitford y una gran ayuda para ella en los primeros años que pasó en los Estados Unidos.

WILLIAM CAVENDISH (1917-1944). Primogénito de los duques de Devonshire. Su prematura muerte hizo que su hermano Andrew

heredara el ducado. Casado con Kathleen Kennedy. Murió en combate en Bélgica durante la Segunda Guerra Mundial.

WINNIE CHURCHILL[1] . Prima de las hermanas Mitford por la rama paterna emparentada con Clementine, la esposa de Winston Churchill.

WINSTON CHURCHILL (1874-1965). Político, militar, escritor y estadista británico. Ocupó el cargo de primer ministro del Reino Unido entre 1940 y 1945 (y posteriormente entre 1951 y 1955), liderando al país durante la Segunda Guerra Mundial con su férrea resistencia frente al nazismo.

# 1

## LOCOS AÑOS VEINTE

—¡Atención todos! Un poco de silencio... Oye, Stinker, haz el favor, deja de colar cubitos de hielo por el escote de las chicas y comencemos. Ya conocéis las reglas. El equipo ganador será el primero que regrese a la fiesta con un casco de policía, una farola de la calle y... ¡un pato!

—¿Dónde está tu abrigo, Pamela? —preguntó alguien a mi lado—. Hace un frío polar ahí fuera, y una chica jamás debe salir sin sus visones. Ni siquiera cuando se trata de robar palmípedos en Hyde Park. Cógelo, venga, te espero...

—No tengo frío —mentí—. Soy chica de campo, ¿recuerdas? Mis hermanas y yo estamos acostumbradas a lluvia, granizo y sabañones. Figúrate que, de pequeñas, papá organizaba «cacerías de niños». Nos daba treinta minutos de ventaja antes de soltar a los perros de la casa tras nuestro rastro y allá que teníamos que triscar por los campos helados e incluso cruzar riachuelos hasta que nos cazaban. ¿Verdad que sí, Nancy? Cuéntaselo tú.

Pero Nancy —que en aquel momento se encontraba unas cuantas yardas más allá, estatuaria como una diosa griega con su traje de lamé y envuelta en una estola de martas cibelinas— ni se giró. Nunca podía contar con ella para corroborar mis coartadas. Aunque ella sabía de sobra —cómo no iba a saber— que los Mitford éramos «nuevos pobres», es decir, teníamos que hacer mil malabares para

no desentonar en lo que a vestimenta se refería en bailes como aquel. En cuanto tenía ocasión, a Nancy le encantaba contar que los orígenes de la familia por el lado paterno se remontaban a la invasión normanda de 1066, bla, bla, y que, por el lado materno, llegaban nada menos que a Carlomagno, bla, bla, bla. ¿Pero de qué servían tantos blasones cuando una tenía un padre que a cada rato perdía hasta la camisa en negocios calamitosos? El último en el que se había embarcado por aquel entonces era la fabricación de una especie de caperuzas *art déco* pensadas para camuflar los antiestéticos aparatos de radio que había en toda casa que se preciara. Pero resultó que aquellas tapaderas ahogaban por completo el sonido del aparato. Fracaso total. De modo que tocó apretarse el cinturón durante una temporada hasta que nuestro padre se recompuso de sus quebrantos.

Mi hermana Decca decía que cuando el papel higiénico de la casa se volvía más basto y el papel de carta más delgado era señal de que la situación era límite. Claro que en la familia algunos nos apretábamos el cinturón más que otros. Muv y Farve (así llamábamos a nuestros padres) encabezaban el grupo de los frugales y en él militábamos también Tom, nuestro único hermano varón, y yo. El grupo de los manirrotos lo capitaneaba Nancy, naturalmente. Por eso, aquella noche de finales de los locos años veinte, en una de las muchas fiestas en las que la clase alta británica jugaba a ignorar el fantasma de la Gran Depresión, que asomaba ya por el horizonte, supe que solo contaba con mis torpes mentiras para explicar por qué iba a participar en la yincana organizada por los condes de Handsome abrigada apenas con un chal, y ni siquiera uno cien por cien cachemir.

—Venga, Pam —me apremió Bingo Little, el jefe de nuestro grupo de juego, que tenía, y no por casualidad, un nombre de personaje

de las novelas de P. G. Wodehouse—. A este paso seremos los últimos. Tu pierna estará en perfecto estado de revista, espero.

Bingo sabía, como lo sabían todos nuestros amigos, que mi pierna derecha tenía «sus días». Por suerte para mí, con medias de seda y zapatos hábilmente trucados, apenas se notaba, pero tuve polio de niña. Resulta que Muv, que pensaba que los médicos eran todos unos charlatanes, decidió que aquello se arreglaba con unos cuantos masajes y una dieta de verduras y frutos secos (mi madre fue una pionera en esto de creer que una alimentación sana lo cura todo). Pero mis dolores acabaron siendo tan terribles que al final no le quedó más remedio que recurrir a un especialista de Harley Street. El doctor Wilkins —después de afear su negligencia mirándola por encima de su *pince-nez*— consiguió acabar con mis dolores. Pero me quedó una pierna levemente más corta que la otra. «¡Pamplinas! —fue el comentario de Farve—. Eso no es nada que una caminata a paso vivo antes del desayuno no pueda arreglar. Y cuanto más temprano mejor, la escarcha es mano de santo contra los melindres».

Aún hoy ignoro si el hecho de que me librara de tener la pierna aprisionada por una jaula de hierros de por vida se debió a las teorías salutíferas de mis padres, a la intervención del doctor Wilkins o, quizá —y esto es lo que me parece más probable—, a que al buen Dios de vez en cuando le da por intervenir y neutralizar los desaguisados de progenitores extravagantes. Pero sea por lo que sea, el caso es que, salvo por el hecho de que me canso con facilidad y no puedo saltar a caballo como siempre fue mi sueño, apenas se nota mi tara.

—Querida, recuerda siempre que a nadie le gusta una veinteañera quejumbrosa —me había dicho aquella misma noche mi madre poco antes de salir para el baile de los Handsome—. Y a los chicos menos

que a nadie, así que, ya sabes, tú sonríe todo el rato como si nada. Para presumir hay que sufrir.

***

Nunca me gustaron las yincanas, tampoco los bailes. Desde mi puesta de largo dos o tres años antes intentaba esquivarlos. Sin el menor éxito, naturalmente. Porque en aquella época, en eso que llaman «la buena sociedad», la única misión de una chica era pescar novio y luego cazar marido. Para eso nos preparaban desde la cuna. Nos programaban, nos amaestraban. Y todo esto sin pisar jamás una escuela, porque ir al colegio no era entonces «de señoritas». De hecho, la mera idea de que sus hijas asistieran a una hacía que la dentadura postiza de Farve rechinara, y sus ojos —los mismos que en la Guerra de los Bóers de 1899 pusieran a temblar a aborígenes y a no pocos afrikaans— ardieran como dos brasas. «¡De ninguna manera! Por encima de mi cadáver. Lo único que consiguen las niñas con ir al colegio es que se les pongan las piernas gordas de tanto jugar al hockey. Ni falta que hace salir de casa para tener un educación perfecta: algo de cultura general, clases de piano y de francés, por supuesto, un poco de gimnasia o ballet para tener buena postura y ya está. Además, las mujeres cuanto menos piensan, más guapas son. Las chicas con "opiniones" espantan a los pretendientes y así malogran sus vidas».

Pobre Farve. Qué pésimo profeta resultaría ser. Es cierto que ninguna de nosotras (salvo muy brevemente Unity) hizo realidad su sueño de ir a la escuela y menos aún a la universidad. Pero los métodos pedagógicos paternos lograron el resultado exactamente contrario del que pretendían. Todas mis hermanas, menos Unity, se convertirían, y con considerable éxito, en escritoras, emulando —e incluso superando, al menos en número— a las hermanas Brontë.

Sin embargo, hay más datos a tener en cuenta y me temo que este en particular habría hecho destellar aún más los temibles ojos de Farve: años más tarde, cuando ya todas peinábamos canas, uno de los muchos periodistas que escribió sobre las escandalosas hermanas Mitford sintetizó así nuestras vidas:

> Al mirar hacia atrás, bien puede decirse que entre las seis encarnan ustedes a la perfección lo que ha sido el siglo XX, sus afanes, sus hitos sociales y políticos, y si no, miren: Diana acabó en la cárcel por ser irreductiblemente fascista; Jessica, la comunista, escapó de casa para combatir en la Guerra Civil española en el bando de los republicanos; Unity fue amiga íntima de Hitler y se pegó un tiro por él; Deborah se convirtió en duquesa con un palacio más grande que Versalles, mientras que Nancy, la mayor, llegaría a ser una de las escritoras más famosas de su tiempo. Y luego está la otra..., la hermana que nadie recuerda, la criadora de pollos y aves de corral. ¿Cómo diantres se llamaba?

Esa soy yo. Pamela, la aburrida, la normal, la que, a diferencia de sus hermanas, nunca pretendió brillar y jamás se le ocurrió emularlas. «Por qué?», se preguntarán tal vez ustedes; al fin y al cabo, también yo tendría mucho que contar. La respuesta es que no creo en las autobiografías. Todas acaban siendo mentirosas. Incluso, cuando alguien intenta ser fiel a los hechos, los acaba falseando. A veces los adorna y colorea; otras los descafeína o, si no, directamente los mutila, omitiendo la parte más suculenta sin la que el resto de lo que relata pierde todo interés. Es inevitable, y las razones por las que esto ocurre son muchas. Por un lado, el pudor; por otro, la prudencia y, por supuesto, el orgullo son censores implacables, por no mencionar el deseo de venganza. Y casi diría yo que es lógico. A fin de cuentas, la tentación de convertirse en Dios y reescribir nuestra propia vida es demasiado irresistible. Solo pasado mucho tiempo se pueden redactar memorias veraces. Y eso precisamente es lo que yo me propuse un día tras una monumental pelea con el amor de mi vida. Pero de este amor que lo cambió todo

ya les hablaré más adelante. De momento, baste con decir que a Giudi debo la idea de recoger estos recuerdos. «Para que de una vez» —me insistió— «se sepa la verdad. *Toda* la verdad, querida. Cada una de tus hermanas ha escrito sus recuerdos, pero el puzle no está completo sin los tuyos. ¿No te das cuenta? Tú eres la que da cohesión y coherencia a todo. ¿Cómo te llamó el otro día tu hermana Nancy en un arranque de sinceridad poco habitual en ella? "Un corazón valiente", ¿no es así? Pues poco elogio me parece para todo lo que has hecho por esas cinco hermanas tuyas tan locas a lo largo de todos estos años. Venga, prométemelo. Prométeme que escribirás sin poner ni quitar nada, le duela a quien le duela y siendo fiel únicamente a la verdad».

Todo eso me dijo y, para ganar su cariño, comencé a escribir. Pensé que sería más difícil, pero qué poderosa palanca es el amor. Al conjuro de las palabras de Giudi («Escribe, cielo. Si alguna vez me pasa algo, esta historia te acompañará»); al conjuro de sus palabras, digo, fueron brotando las mías. Como por ensalmo, volvieron de pronto a mí viejas escenas, olvidadas conversaciones, recónditas anécdotas. Al igual que ocurre con esos libros infantiles troquelados que al abrirlos despliegan ante el lector maravillosos paisajes, castillos y montañas surgidos como por arte de magia, también mi vida pasada emergió para que yo la contara. ¿Pero por dónde iba? Aún soy nueva en esto de tejer historias y a veces divago un poco. Volvamos a lo que antes les contaba. ¿Qué era? Ah, sí, les hablaba del baile de los Handsome a finales de la década de los veinte.

***

Si he elegido comenzar mi viaje al pasado por el crack bursátil de 1929, y todas las incertidumbres que trajo aquella debacle

financiera, es porque los acontecimientos más sonados en la vida de mis hermanas comenzaron a fraguarse por aquel entonces. Y ahora, acompáñenme. Volvamos al instante en el que un buen número de *Bright Young Things* o Jóvenes Rutilantes (tal era el nombre que la prensa daba entonces a aquel grupo de veinteañeros aristócratas cuyo cometido primordial en esta vida era —y por este orden—: a) ir de fiesta en fiesta; b) escandalizar a la sociedad y en especial a sus padres y c) beber y vivir como si no hubiera un mañana) nos disponíamos a embarcarnos en una nueva yincana. Esta vez, en una enorme propiedad en Belgrave Square con jardín privado, y más de veinte dormitorios; qué tiempos aquellos.

—Pam, querida —me dijo entonces mi hermana Nancy desde su atalaya de hermana mayor y envuelta en la vieja estola de martas cibelinas de nuestra madre mientras yo tiritaba en mi chal de cachemir—. Toma este pañuelito y abrígate la garganta. No vayas a acatarrarte, que luego te pasas lo menos una semana tosiéndome brutalmente en la oreja por las noches.

—¿Preparados? —preguntó en aquel mismo momento Evelyn Waugh, organizador, junto a Cecil Beaton, del juego que estaba a punto de comenzar. Uno que, en pocos minutos, haría que el barrio de Belgravia se viera inundado de veinteañeros con sus fracs y de chicas con sus vestidos de lamé muy por encima de la rodilla, pluma de garza en la frente y tres filas de perlas alrededor de cuello.

—Repetiré las reglas a cumplir, no sea que luego tenga que descalificaros y todo sea llanto y crujir de dientes —advirtió a continuación Cecil Beaton—: está *completamente prohibido* arrancar farolas del jardín de lord y lady Handsome para ganar el reto. Bastante hacen ya con acogeros a todos vosotros, cafres, en su casa como para que encima les hagáis un estropicio. Tampoco vale compincharse con el *bobby*[2] de la esquina y darle cinco libras para

que os preste su casco. Las indicaciones están muy claras: tiene que ser un robo en toda regla. En lo que respecta al pato que tenéis que traer para ganar el reto, semanas atrás en un juego similar, tú, Stinker, intentaste colarnos un pato laqueado que compraste en no sé qué restaurante chino del Soho. De eso nada, ¿os queda claro? Por mucho vodka y whisky que llevéis encima, *el pato ha de estar vivo, no momificado*. ¿Me has comprendido esta vez, Stinker? En cuanto a ti, Nancy, tesoro, ni se te ocurra mañana exagerar y *adornar* todo lo que pase esta noche para que suene más loca y divertida esa columna de sociedad que escribes los jueves en *The Lady.* La semana pasada casi consigues que nos detengan a todos, incluidos los dueños de casa, que aún están acordándose de ti y de toda tu santa parentela...

***

Dos horas más tarde, mi hermana Nancy y su equipo se coronaban como ganadores de la yincana. Evelyn Waugh, futuro autor de *Retorno a Brideshead*, apareció, no me pregunten cómo, con una farola callejera bajo el brazo. Una con un muy visible emblema que ponía: «Propiedad pública, no tocar bajo multa de diez libras». Por su parte, Cecil Beaton, que años después ganaría dos Óscar por la película *My Fair Lady*, se presentó con un casco de policía (y tras él, el propio policía blandiendo su porra, lo que dio gran emoción al asunto). En cuanto a Nancy, a ella le tocó aportar el pato. Uno azulón y alborotador, secuestrado en plena noche junto al lago de Hyde Park y que mi hermana no tardó en encasquetarme para que me ocupara de él.

—Toma, querida —dijo mientras recibía los aplausos de los presentes—, a ti que te gusta tanto la vida rural, ocúpate de Duckie, ¿quieres?

Y allá que se fue a tomarse un par de *pink-fizzes* con Cecil y Evelyn que la adoraban. Porque todos adoraban a Nancy. La más atractiva, la más ocurrente, la más brillante, la dueña de la lengua más afilada del momento. Bueno, en realidad, la adoraban todos, salvo su novio. Pero eso merece ser contado más adelante y con detalle. De momento, allí estábamos las dos hermanas Mitford mayores. Nancy recibiendo las felicitaciones de todos, y yo, Pamela, con Duckie, un pato encantador. Desde ese día nos hicimos amigos y ni qué decir tiene que me lo llevé a casa de nuestros padres a Swinbrook, cerca de Oxford. Allí todos los animales eran bienvenidos. Al día siguiente de la fiesta, en la sección de sociales de un par de periódicos, apareció una foto de Nancy y de mí. Una que, vieja y descolorida, aún conservo, porque es de las primeras que se publicaron de nosotras, las Mitford. En ella puede verse a Nancy envuelta en las martas cibelinas de Muv y a mí tiritando en mi chal. «Hermana glamurosa y hermana rústica», ese es el comentario que puede leerse al pie de la instantánea. En la foto yo aparezco chueca y con los ojos cerrados, pero Duckie está monísimo.

# 2

## Se levanta el telón

Antes de narrar los hechos que hicieron que Nancy y más adelante el resto de mis hermanas comenzaran a acaparar (para consternación de nuestros padres y parientes) portadas y más portadas en periódicos de medio mundo, creo que vale la pena echar la vista atrás unos cuantos años. Porque si, como dice Rilke, la patria de todo ser humano es la infancia, conocer la nuestra explica, creo yo, mucho de lo que ocurriría más adelante. Déjenme, por tanto, que comience por presentarles a los personajes principales de esta historia. Nuestra familia estaba formada por Muv y Farve (así los llamábamos nosotros), segundos barones de Redesdale, que, como antes he insinuado y pese a pretéritas glorias, heredaron junto al título familiar, mil estrecheces —muy elegantes, pero estrecheces al fin y al cabo— que les obligaban a cada rato a recurrir a toda clase de malabarismos económicos destinados a mantener un tren de vida que les permitiera casar *bien* nada menos que a ¡seis! hijas. Todo esto, naturalmente, sin que se notara que pertenecían al club de los «venidos a menos», o al de los *nouveaux pauvres*, que dicho en francés suena hasta chic, pero es igualmente menesteroso.

Farve poseía varias propiedades tanto en Inglaterra como en Escocia, pero casi ninguna le rentaba lo suficiente para vivir como él pensaba que debía hacerlo un Mitford. Se me olvida ya, por ejemplo, cuántas veces mis padres se vieron obligados a cambiar de domicilio

desde que se casaron, y siempre para peor. Como escribiría años más tarde Nancy en uno de sus exitosos libros: «A lo largo de nuestra infancia pasamos del maravilloso Batsford Park, propiedad ancestral de la familia con cerca de sesenta habitaciones, a Asthall Manor, un enclave menos señorial, pero aún muy impresionante, para acabar, al poco de nacer Deborah, en Swinbrook House». Era esta una casona en una localidad próxima a Oxford diseñada por nuestro padre y construida bajo sus castrenses indicaciones por unos albañiles del lugar. Un edificio grande y desangelado en el que, en invierno, se nos congelaba el aliento en la parte interior de la ventana y no pocas mañanas teníamos que romper el hielo de la palangana si queríamos lavarnos la cara. En ocasiones señaladas, mis padres —y siempre que Farve en ese momento no se hubiera embarcado en alguno de sus catastróficos negocios— alquilaban una casita en Londres. Hay que decir que eran propietarios de una espléndida mansión de siete plantas en Rutland Gate, en uno de los mejores barrios de la capital, pero rara vez la pisábamos. Estaba sensatamente arrendada por mi madre para procurarnos unos muy necesarios ingresos fijos.

Dicho esto, a medida que las hermanas íbamos creciendo y llegaba el momento de entrar en sociedad, resultaba imperativo organizar la consabida puesta de largo (era inconcebible que niñas como nosotras no tuviéramos una fiesta de debutantes, eso pensaba la familia), pero el asunto implicaba incurrir en gastos extraordinarios. Y muy gravosos. Y no solo porque al estar alquilada Rutland Gate se hacía necesario rentar para semejante evento otra casa menos grandiosa, pero apropiada, en un barrio aceptable. También porque Farve se empeñaba en que la fiesta en cuestión tenía que ser espléndida, la cena la más comentada del momento y, por supuesto, con el champán más caro. «... Al fin y al cabo, es lo

único bueno que los malditos *frogs* han dado a la humanidad», ese solía ser su comentario.

Porque Farve detestaba a los extranjeros. Según su particular léxico, los franceses eran *frogs* (por su espantosa costumbre de comer ancas de rana), los alemanes, *huns* o hunos, es decir, unos bárbaros salvajes, mientras que a los italianos y españoles los llamaba *wops*, expresión cuyo significado nunca llegué a entender, pero que Farve pronunciaba como quien escupe: *¡wopggs!*

Me pregunto qué hubiera dicho de saber que, con el paso de los años, toda su prole, salvo Deborah, la más pequeña, acabaría viviendo en el extranjero, mientras que Tom encontraría la muerte a cinco mil quinientas millas de casa, en las inmediaciones de Birmania. Tom era nuestro único hermano, y lo adorábamos. Cada vez que se marchaba a Eton y más tarde a la Universidad de Oxford (a él sí que se le permitía estudiar, el muy suertudo), llorábamos a mares, porque nuestra vida en el campo era tan eremita que solo nos teníamos a nosotras por compañía. A Muv y a Farve no les gustaba la idea de que viéramos a gente, y siempre que suplicábamos que nos dejaran ir a casa de alguna vecina del lugar, la respuesta era la misma: «¡No!».

La explicación a esta negativa, según Farve, era que no podíamos visitar a nadie cuyos padres él no conociera. Pronto aprendimos que ese «no conozco a sus padres» era su modo de referirse a las familias que él consideraba «gente no como uno» (frase que también solía pronunciar como si escupiera).

Por eso resultó tan agradable cuando Tom, al ir haciéndose mayor y durante las vacaciones, comenzó a traer a casa a compañeros de estudios. Chicos —todos ellos «gente como uno»— de los que, ni qué decir tiene, nos enamoramos de inmediato. No puedo decir que fuese mi caso, pero sí el del resto de mis hermanas, empezando por

la siempre distante Nancy. Ella, al ser la primogénita —y tal como contó en sus libros (la mayoría sonrojantemente autobiográficos)—, reinó sola hasta que tres años más tarde se le ocurrió venir al mundo a servidora de todos ustedes, para sumirla, según ella, en un estado de furia permanente. Año y medio más tarde llegaría Tom, bienvenido por todos, incluida Nancy, y, un año escaso más tarde, Diana. A partir de ese momento y retomando la cadencia de un miembro nuevo de la familia cada trienio, nacerían las pequeñas: primero, Unity en 1914; Jessica, a quien todos en casa llamábamos Decca en 1917, y, por fin, Deborah en 1920. Las Hons[3] , como se llamaban entre ellas.

Las Hons tenían como lugar de reunión el armario de la ropa blanca, único lugar caldeado de toda la casa, porque por allí pasaban los conductos del agua caliente. Desde aquel escondrijo, y aprovisionadas de frutos secos, orejones, galletas *digestive* y otras delicias birladas de la despensa, las Hons planeaban mil travesuras que, para su regocijo, hacían rechinar la dentadura de Farve antes de amenazarlas con atroces castigos. Porque Farve era volcánico y una mirada suya lograba hacernos temblar a todas, sabedoras de que después de aquella mirada asesina se produciría una erupción de imprevisibles consecuencias. Sin embargo, con el tiempo, se fue volviendo cada vez más perro ladrador y poco mordedor, de modo que las Hons le tenían cogido el punto y le gastaban terribles bromas, entre las que se incluía introducir en sus botas de agua un par de arenques crudos, olorosa fechoría que se saldó con solo tres días sin postre y la penitencia de tener que barrer la terraza. Una verdadera bicoca, comparada con los castigos a los que solía someternos a nosotros, los tres mayores apenas unos años atrás, cuando los colmillos de Farve no habían perdido aún su filoso brillo.

Las Hons también, y muy convenientemente para sus trastadas, inventaron un idioma propio al que llamaban *boudledidge*. Gracias a él, podían comunicarse delante de los mayores sin que se les entendiese ni una palabra. Un idioma, por cierto, que les sería especialmente útil más adelante cuando Unity y Decca, que compartían una salita de estudio en la buhardilla de la casa, a sus dieciséis y trece años comenzaron a tener cada una sus respectivas ideas políticas. Unity, por ejemplo, después del crack del año veintinueve, y al ver en la prensa las cada vez más desoladoras marchas del hambre, en las que participaban madres con bebés hambrientos en brazos, decidió hacerse fascista. Decca, en cambio, por la misma razón (y también para llevarle la contraria a Unity, claro está), abrazó con fe la doctrina comunista.

A quien sorprenda que dos muchachas sin escolarizar supieran siquiera qué eran el fascismo y el comunismo, me apresuro a señalar que en esta vida basta con que a uno le prohíban algo para que lo encuentre fascinante. La negativa de nuestros padres a educarnos tuvo como efecto colateral convertirnos a las seis hermanas en lectoras insaciables. Devorábamos desde las teorías de Freud hasta libros de sociología, política y filosofía pasando por infinitas novelas, tanto buenas como pésimas, que solíamos intercambiar entre nosotras comentando sus pasajes más suculentos. Asombrosa esta pasión nuestra por la literatura, sobre todo, teniendo en cuenta que Farve, según su propia confesión, solo leyó un libro en toda su vida: *Colmillo blanco*, de Jack London, y, según él, le gustó tantísimo que, después de aquello, no vio la necesidad de leer nada más.

Por suerte para nosotras, Muv sí era gran lectora, por lo que le birlábamos bastantes novelas, sobre todo las de Dickens y las de las hermanas Brontë, que nos hacían llorar a mares. Además, hay que decir que las dos grandes propiedades ancestrales de la familia

Mitford, Batsford Park y Asthall Manor, atesoraron espléndidas bibliotecas cuyos volúmenes habían ido a parar a nuestra siempre heladora casona de Swinbrook, cuando nos mudamos allí. Entre una pléyade de volúmenes antiguos y apolillados, había tesoros de todas las disciplinas, que jamás se nos prohibió consultar. Por eso, cuando hacía mal tiempo —es decir, casi siempre—, después de montar a caballo y de jugar un rato con nuestras mascotas (de ellas hablaré en un momento, porque constituían toda un arca de Noé), mis hermanas y yo nos adentrábamos en el mágico territorio de la literatura.

En los primeros años de nuestra adolescencia, nuestros libros favoritos fueron, por un lado, los diccionarios y, por otro, los tratados de anatomía. En los primeros buscábamos palabras de esas que se supone jamás deben traspasar los labios de una señorita, con la idea de averiguar qué diantre significaban «vulva», por ejemplo, o «sarasa» u «onanismo». En cuanto a los libros de anatomía, resultaban utilísimos a la hora de recabar información sobre esa *terra incognita* que los adultos (siempre bajando la voz y poniendo cara de circunstancias) llamaban «los secretos de la vida». O, dicho en román paladino, qué demonios pasaba cuando una se iba a la cama con un hombre. En el armario de las Hons las conversaciones en torno a este intrigante asunto eran interminables, y las tres pequeñas pretendían que participáramos Nancy, Diana, yo e incluso Tom. Tom se negó a dar ningún tipo de información al respecto mientras que Nancy, que por aquel entonces ya había cumplido los veintitantos y llevaba una temporada buscando al amor de su vida por el consabido método de prueba-error, les dijo a las Hons que ya se enterarían cuando llegara el momento, y que lo único que estaba dispuesta a contarles era que, según y con quién, «aquello» podía ser bendición u horrible martirio. Tras esta declaración, a Decca, la

más descarada de las Hons, se le ocurrió responderle que seguro que, con el chico por el que Nancy bebía en aquel momento los vientos, «aquello» debía de ser más o menos como que te arrancaran las uñas de los pies con unas tenazas.

—... Porque hay que ver el aspecto de acelga mal cocida que tiene el susodicho —añadió a continuación—, y para colmo habla así, como haciendo gárgaras, igual que si se hubiese tragado una pastilla de jabón Lux, glugluglup.

***

Después de semejante comentario, y durante semanas, Nancy sometió a Decca al castigo de la ducha escocesa. Es decir, a veces la ignoraba tratándola como si fuera transparente, otras se cebaba dedicándole sus sarcasmos más crueles. Porque es necesario precisar que Nancy, a pesar de que en aquella época y hasta bien entrada la edad madura, parecía una princesa mora con sus ojos esmeralda y su ensortijado y lustroso pelo color caoba, jamás tuvo suerte con los hombres. Cuando Decca le soltó aquello de que acostarse con su novio de entonces debía de ser un martirio chino, andaba en amores con un compañero de estudios de nuestro hermano Tom. No sé si la expresión más atinada en este caso es «andar en amores», porque la verdad es que a Hamish Erskine le gustaban más sus condiscípulos de Oxford que mi hermana. Tanto —y esta es una opinión personal— que dudo de que rara vez pasaran a mayores en el largo noviazgo de cinco años que mantuvieron. Pero, dicho esto, estaba claro que a Hamish le divertía Nancy. Admiraba su lengua afilada, su descaro, sus respuestas rápidas y no pocas veces hirientes. También le gustaba que lo vieran asistir de su brazo a todas las fiestas y coronarse juntos como ganadores en los concursos y yincanas que eran entonces el plan nuestro de cada día.

Pero luego, una vez acabada la gimnasia social de estar aquí, allá y en todas partes y dar que hablar, Hamish prefería volver con sus amigotes de Oxford, emborracharse y amanecer juntos en sus compartidos dormitorios, sudorosos y jadeantes como bellos hoplitas tras una batalla.

Fueron tiempos agradables aquellos de finales de la década del veinte. El momento más destacado, y el que señalaría el comienzo de lo que podríamos llamar la vida pública de las Mitford, fue la boda de nuestra hermana Diana, celebrada a principios de 1929. Diana era la belleza de la familia. Calificación nada sencilla de merecer, porque otra de las características de esta tan pintoresca familia mía es que no había feos. Farve en su juventud bien podría haberle hecho la competencia a Errol Flynn y ganarle. Y de Muv se decía que, con ese aire melancólico y romántico que le conferían unos ojos pensativos y una boca de comisuras levemente vueltas hacia abajo, en su juventud había roto un sinfín de corazones, incluido el del rey Eduardo VII. No es de extrañar que su prole tampoco desmereciera en belleza. A Nancy ya la he descrito y ahora, en estricto orden cronológico, llega el momento, me temo, de hablar de mí.

Si hay alguien que desentonaba en aquel *bouquet de merveilles*, o ramillete de maravillas, como más adelante nos llamarían, esa era yo. Si me observan ustedes en una de las muchas fotos que existen de las seis hermanas juntas lo podrán comprobar. Es verdad que por aquel entonces tenía los ojos azul cobalto, rasgos agradables y una figura agraciada. Pero me faltaba algo. Carecía, creo yo, de esa chispa que el resto de mis hermanas —incluidas Decca y Unity, cuyas bellezas distaban de ser perfectas— tenían a raudales. Otro tanto ocurría con nuestro hermano Tom, a quien su temprana muerte a los treinta y pocos años le confirió, además, el aura indeleble de los dioses. Por eso en nuestro recuerdo reinará joven y eternamente

bello sin que, como ocurre con los que hemos llegado a viejos, el aspecto que vamos adquiriendo con los años haga difícil recordar cómo fuimos en el pasado.

En lo que respecta a Unity —a la que por entonces, y no sé bien por qué, en familia comenzamos a llamar Bobo—, su caso era especial. Se parecía a Diana, pero, en la lotería de la vida, le tocó el desairado papel de ser la copia de trazo grueso de una hermana legendariamente guapa. Esta circunstancia habría de jugar un papel decisivo en su vida. También en su muerte. Pero eso sería más adelante. En nuestra infancia y primera adolescencia aquello no tuvo demasiada importancia. Sobre todo porque la prole Mitford nos dividíamos en dos grupos bien diferenciados. Por un lado, estábamos los cuatro mayores: Nancy, yo, Tom y Diana. Y por otro estaba el bando de las Hons, es decir, las pequeñas: Unity, Decca y Deborah. Sin embargo, y como es lógico, a medida que fuimos cumpliendo años, la frontera entre mayores y pequeños se fue difuminando y ahí es cuando comenzaron las comparaciones. Si alguien comentaba, por ejemplo: «¡... Hay que ver lo espigada que está Unity y cuánto empieza a parecerse a la divina Diana!», de inmediato otra persona menos benévola, alzando una ceja, puntualizaba: «Uy, querrás decir que se parecen como un cisne a un pato mareado, ¿no? Es verdad que la pequeña tiene facciones similares a su celestial hermana, pero mírala. Con quince años mide casi seis pies[4] y sus movimientos son tan gráciles como los de esa famosa ave extinta, un Dodo (¿será por eso que la llaman Bobo?). En fin, no quiero ni pensar qué aspecto tendrá dentro de un par de semanas vestida de dama de honor en la boda de Diana. Espero que al menos la chica tenga el buen tino de no presentarse en la iglesia con Ratular, su rata de compañía. Figúrate que me contaron que, no hace mucho, se le ocurrió llevarla a casa de sus primos, los Churchill. Ya te

puedes imaginar lo que fue aquello. A punto estuvo de provocar un cisma familiar irreparable. Creo que a la pobre Clementine, la mujer de Winston, le dio una apoplejía cuando se encontró a tan repugnante roedor comiendo miguitas sobre la mesa del desayuno».

Esta fue la primera de las muchas ratas blancas (compradas, eso sí, en la elegante sección de animales de compañía de los célebres almacenes Harrod's) que tuvo mi hermana Unity. Su costumbre era pasearse con tan linda criatura posada sobre su hombro, igual que si fuera el loro de un pirata. En casa, las mascotas formaban parte de la familia como cualquiera de nosotros, pero personalmente nunca he sido muy de ratas. Caballos, desde luego y, a pesar de que tenía dificultades por culpa de mi pierna enferma, mi sueño de niña era convertirme en uno y me pasaba la vida relinchando. Asimismo, me han encantado siempre los conejos y los tejones. Decca era más de ovejas y tuvo varias que vivían prácticamente dentro de la casa, mientras que en el caso de Deborah lo suyo eran los perros. Aún recuerdo la huelga de hambre que inició para protestar porque no la dejaron tener un cachorrito hasta su noveno cumpleaños. También Nancy, Diana y Tom tenían sus particulares mascotas, de modo que se puede decir que Swinbrook siempre fue una abarrotada arca de Noé.

Y a nuestros padres les parecía de perlas. Muv, por ejemplo, sentía debilidad por los pájaros, mientras que Farve llegó a comprar por la calle un pobre jamelgo lleno de pulgas y mataduras al ver cómo su dueño lo maltrataba. Esto ocurrió cuando Swinbrook estaba aún en construcción y vivíamos temporalmente de alquiler en una casa pequeña, así que a mi padre se le ocurrió instalar al caballo en el trastero.

Con todas las comodidades, eso sí, e incluso cuando nos fuimos de veraneo pretendió colarlo con nosotros en un tren. Para enojo de

Farve, el revisor le prohibió subirlo al vagón de primera clase, así que nos trasladamos todos al de tercera. Y una vez allí —y propinaza de por medio—, Dumpy, que así se llamaba el jamelgo, pudo viajar sin problemas y sacar la cabeza por la ventanilla durante todo el camino hasta Brighton.

# 3

## A LA CAZA DEL AMOR

Después de esta breve enumeración de los amores caninos, equinos, caprinos y ratoniles de nosotros, los Mitford, me gustaría volver un par de párrafos atrás, en concreto al caritativo comentario de aquella persona sobre el aspecto físico de Unity a sus quince años y retomar mi historia desde ahí. Nos encontramos ahora a principios de 1929. El famoso crack bursátil, que sumiría al mundo en una recesión sin precedentes, no se produciría hasta el mes de octubre, y poco de momento hacía presagiar tal desastre colectivo. Imaginen ahora la escena: hace una mañana gloriosa y el sol reverbera en la nieve recién caída. Si miran ustedes a su izquierda verán que por allí se acerca Farve, más guapo que Errol Flynn, y de su brazo Diana, vestida de satén blanco por la más cara casa de modas de la ciudad, camino del altar. Y no, no había sido nada fácil para mi hermana llegar hasta aquí. Seis o siete meses antes, y a sus recién estrenados dieciocho años, Diana apareció por primera vez en los periódicos como la debutante más guapa del momento. Apenas unas semanas después, en uno de los muchos bailes de la llamada *season* o temporada social, que, como es costumbre en estos casos, se suceden uno tras otro sin respiro, conocería a quien ahora la espera, unas cuantas yardas más allá, con ojos húmedos de emoción y deseando que acabe de una vez todo aquel agotador ceremonial para abrazarla, besarla y ser felices para siempre. Porque ese y no

otro era el deseo de Bryan Guinness, futuro marido de Diana, heredero de la familia cervecera Guinness, guapo, sensible y más amante de los libros que de las fiestas; de la poesía de Shelley o de los simbolistas franceses más que del charlestón o el foxtrot y, por más señas, uno de los jóvenes más ricos de las Islas Británicas.

—*Demasiado* rico. —Había sido el veredicto de Farve cuando Diana dijo que se habían enamorado y querían casarse.

—Y tú, demasiado joven. —Fue el comentario de Muv, antes de añadir que ni tanto dinero ni tan pocos años como ella tenía eran buena base para construir una familia—. Al menos, no tan pronto, querida. Lo siento, tendrás que esperar a cumplir los veintiuno. Cuando seas mayor de edad, podrás hacer lo que quieras.

Pero Diana no estaba dispuesta a esperar. Tres años le parecían una eternidad. Estaba deseando volar, abandonar el nido, alejarse cuanto antes de Swinbrook. Como todas nosotras, adoraba a la familia, pero qué maravilla sería poder conocer mundo, dejar atrás las corrientes de aire, la palangana de agua congelada por las mañanas, los enfados volcánicos de Farve. Y también las interminables tardes alrededor del fuego leyendo o haciendo *petit point* por todo divertimento, porque nuestros padres solo nos permitían ver a «gente como uno». O lo que es lo mismo, a prácticamente nadie, porque no había personas de tales características en las inmediaciones. Solo nos estaba permitido socializar con nuestros parientes. Miembros de la familia Mitford, por un lado, y por otro los primos Churchill. Pero vivían lejos, y aunque de vez en cuando coincidíamos en alguna reunión familiar, después, y durante meses y meses, nuestro único contacto era epistolar. Cartas, por cierto, que eran para nosotras como el maná y que hacían que cada mañana después del desayuno corriéramos a la

mesa del vestíbulo a ver si había llegado alguna para nosotras: el mejor momento del día.

***

Estos y otros muchos tedios de nuestra vida monacal mencionó Diana tratando de convencer a Muv de que estaba «locamente enamorada de Bryan» y no podía «de ninguna manera» esperar tres años. Pero fracasó.

—Compréndelo, cielo —insistió Muv sin ceder ni un ápice—. Mira, es muy fácil de entender: tú no eres la mayor, sino nada menos que la cuarta de la familia. ¿No te das cuenta de que casarte antes que Nancy, que te lleva seis años, o que Pamela, que te lleva tres, merma muchísimo las posibilidades de ellas de encontrar marido? Lo siento, pero no es posible. Ni hablar, de ninguna manera.

Tan rotunda fue la negativa, que Diana, que estaba tan poco dispuesta como Muv o Farve a dar su brazo a torcer, decidió recurrir a medidas drásticas: poner en práctica una de esas campañas de resistencia pasiva que mis hermanas pequeñas —que le tenían cogido mucho mejor el punto a Farve que nosotras, las mayores— habían ensayado ya con gran éxito. La especialista en estas artes era Unity. Cada vez que se le prohibía algo, se sentaba a la mesa, miraba fijamente a Farve sin pronunciar palabra y se dedicaba a ingerir descomunales cantidades de puré de patata. Farve, a su vez, la miraba, confiando en que el fuego sulfuroso de sus ojos le hiciera apartar la vista. Pero allí seguía Unity, en la otra punta de la mesa, trasegando puré y mirándolo sin pestañear con esos ojos suyos que años más tarde mesmerizarían al mismísimo Adolf Hitler. Al final, Farve apartaba la mirada y rugía:

—¡Basta! ¡Deja de mirarme así! ¡Ya está bien!

Esto hacía que Decca y Deborah celebrasen la victoria de su hermana canturreando por lo bajini (aunque lo suficientemente alto como para que lo oyéramos el resto de los hermanos y no así nuestros padres): «¡Pobre Farve, pobre Farve!, resulta que el león es incapaz de soportar una mirada humana, ja, ja, ja».

Una táctica similar fue la que adoptó Diana cuando quisieron obligarla a retrasar su boda con Bryan Guinness. A ella no le dio por tragar puré, sino que, durante semanas, se sumió en un silencio glacial que solo rompía para responder con monosílabos y/o pedir que le pasaran la sal mientras que su vista vagabundeaba por las molduras del techo.

Mis padres por fin claudicaron. Al fin y al cabo, tampoco estaba tan mal que la primera de las chicas Mitford en casarse emparentara con una de las fortunas más grandes del país. Por otro lado, resultaba enternecedor ver lo enamoradísimo que estaba Bryan Guinness de Diana. «Bello como un dios griego, y tan sensible», así lo describió Muv, porque era obvio que a aquel dios griego y rubio como la cerveza le resultaba imposible despegar la vista de mi hermana. Los padres de Bryan también parecían encantados con ella. Tan guapa, tan agradable, tan bien educada... Su futura suegra iba contando a todo el mundo que era una verdadera perla.

—¡Pero si es capaz de preparar ella sola unos huevos con beicon y encima sabe coser botones! —se admiraba lady Evelyn Guinness (que en su vida había puesto un pie en la cocina y menos aún dado una sola puntada que no fuera de *petit point*, por lo que encontraba las habilidades domésticas de Diana *very charming*[5] ).

Por eso, y, por fin, vencidas todas las reticencias de Muv y Farve, allí estábamos un buen número de invitados en aquella fría mañana de 1929, en la iglesia de Saint Margaret para ser testigos del tan esperado «sí, quiero» de Diana y Bryan. En el banco delante del mío,

podía verse a Muv con un sombrero gris perla de lo más favorecedor y, al otro lado del pasillo, la familia Guinness en pleno, capitaneada por lady Evelyn, con los ojos húmedos y deslumbrante con un traje de Paquin beige con cuello y puños de zorro que atraía (casi) tantas miradas como el de la novia.

Recuerdo que aquella mañana yo tenía un catarro de campeonato. Situación poco agradable cuando debe una pasar horas y horas enfundada en un vestidito de gasa verde agua con solo una estolita a juego por todo abrigo. «Menos mal —cavilé entre toses— que no han venido ni Decca ni Deborah, eso sí que hubiese sido una complicación».

Resultó que las dos Mitford pequeñas habían caído con rubeola un par de días atrás. Algo francamente inusual en mi familia, porque, al vivir tan aisladas, ninguna de nosotras había contraído ninguna de esas enfermedades comunes en la infancia, como varicela, paperas o el tan temible sarampión. Muv, fiel siempre a sus particulares teorías médicas, era partidaria de que, rubeola o no rubeola, Decca y Deborah asistieran a la boda.

—Un cambio de aires les vendrá de maravilla. Además, las pobres llevan semanas con los preparativos: que si tejiendo coronas de flores, que si probándose una y mil veces sus vestidos de damas de honor... También se han aprendido de memoria todos los himnos religiosos elegidos para la ceremonia. ¿Cómo se van a quedar en casa? Sería demasiado cruel. Total, ¿qué más dan unas décimas de fiebre y unos cuantos granitos de nada? ¿Quién se va a dar cuenta? A las niñas pequeñas nadie las mira a la cara.

Costó mucho convencer a Muv de que con su presencia podrían causar un desastre sanitario de proporciones impredecibles.

—Imagine la señora —intervino Nanny Blor, nuestra adorada niñera, que fue quien, con su sensatez curtida en mil batallas contra

las excentricidades de la familia Mitford, consiguió que cambiara de opinión—. La semana que viene seremos la comidilla de medio Londres. Ya estoy viendo los titulares en las columnas de sociedad. O peor aún, en uno de esos odiosos pasquines que se ocupan de la vida ajena. Apuesto que dirán algo así como: «La familia de los barones de Redesdale (es decir, nosotros) siembra el pánico en la alta sociedad contagiando de una enfermedad infecciosa a lo más granado de la nobleza».

Convencida por Nanny Blor de que la idea era temeraria, Muv dispuso que Decca de doce años y Deborah de nueve se quedaran en casa. Y así, en pijama, llorando a mares y repitiendo mil veces «¡No es justo! ¡No-es-justo!», nos vieron partir desde la ventana de su habitación.

La que sí asistió, y no precisamente de buen grado, fue Unity, que, con casi seis pies de humanidad, envuelta en los tules de su vestido de dama de honor y con una coronita de nardos en la cabeza, no pasaba lo que se dice inadvertida.

—¿Dónde habrá dejado esa valquiria su escudo y espada flamígera? —oí que comentaba una dama a mi espalda—. Mírenla, pero si parece recién salida de no sé qué brumas germánicas.

—Ah —terció entonces una voz masculina a su lado—. ¿No lo sabes entonces? No es que Unity *parezca* una valquiria, sino que lo *es.* ¿Que no tienes ni idea de lo que hablo, querida? Pues escucha, porque la historia es fascinante. Resulta que, más o menos un año antes de que ella llegara a este mundo, en una de sus periódicas crisis financieras, al padre de las Mitford no se le ocurrió mejor idea que ir a buscar oro en Canadá, y allá se fueron él y lady Redesdale, poco menos que en plan pioneros, a explotar no sé qué mina comprada hace ni se sabe cuántos años por la familia. ¿Y sabes cómo se llamaba el lugar en cuestión? Esvástica. Sí, sí, como lo

oyes. Así se llamaba y se llama ese enclave en no sé qué punto perdido de aquel inmenso y helado país. Por eso, al volver a Inglaterra, con lady Redesdale ya a punto de dar a luz, al nacer la niña (¡otra niña, vaya por Dios, qué disgusto, los pobres iban ya por la cuarta!), decidieron llamarla Unity Valquiria en recuerdo del lugar en el que la habían concebido. Luego, como el destino es así de bromista, hete aquí que la chica ha crecido tanto tanto y mira tú por dónde resulta que ahora tiene *le physique du rôle.*

—¿Qué es *le physique du rôle*? —inquirió la voz de su interlocutora, pero resultó que en ese momento comenzaron a sonar los primeros acordes de la *Marcha nupcial*, de Mendelssohn, y la conversación quedó trunca, puesto que tanto los autores de aquel comentario como yo misma nos volvimos hacia el pasillo central para ver desfilar a los felices novios camino de la salida de la iglesia.

***

A diferencia de la dama que había hablado en último lugar, yo no necesitaba que nadie me explicara qué quería decir aquella expresión francesa. En el teatro sirve para explicar que el aspecto físico de un actor se parece mucho al del personaje que le tocará representar. Mis hermanas y yo, desde muy pequeñas, nos divertíamos montando charadas, musicales y obras de teatro. Muchas de ellas en francés con la ayuda de mademoiselle Dubois, luego Boulanger/Lefèvre/Dupont y otras tantas institutrices francesas que desfilaron por casa antes de que las jugarretas de las Hons o los rugidos de Farve las obligaran a poner entre ellas y nuestra estrambótica familia tierra —o mejor dicho todo el Canal de la Mancha— de por medio. Decir también que una de estas institutrices, además de enseñarnos los verbos franceses, se esmeró en adiestrarnos en el difícil arte de robar en las tiendas. «¿Un ratito

de *shopping*, chicas? —solía decir cuando bajábamos con ella a la ciudad de Oxford, supuestamente en excursión cultural—. Mirad, aquel gran almacén está diciéndonos "Visitadme"», y tras crujir profesionalmente los nudillos (nosotras la imitábamos, naturalmente), allá que nos íbamos camino de Elliston's o cualquier otra tienda a ejercitar nuestra destreza. Uno de sus métodos más sutiles —«el del pañuelo»— resultaba indetectable y consistía en dejar caer esta prenda y coger al pasar una barra de labios o —según la edad y gustos de la ratera involucrada— un par de chocolatinas.

Pero, bueno, volviendo ahora al comentario de aquella pareja en la iglesia durante la boda de Diana, y para completar su comentario sobre Unity, debo decir que, si bien es cierto que mi hermana parecía una valquiria, también lo es que, a esas edades inciertas de la adolescencia, cuando una es demasiado alta y grande y se la viste de gasa rosa y tules es fácil parecer desgarbada y sin gracia. También feroz y algo intimidante en su caso. Todo lo contrario que Diana, que en aquel momento acababa de pasar a mi lado del brazo de Bryan dedicándome una «mirada Mitford». Es decir, una que nadie más que nosotras podía decodificar. Al igual que ocurría con el *boudledidge*, ese idioma secreto que las Hons inventaron para hablar delante de otros sin que nadie comprendiera ni media palabra, las seis hermanas nos comunicábamos con apenas un chispear de ojos o un insinuar de la comisura de los labios. ¿Y qué decía en aquel momento el rostro sonriente de Diana? «Soy tan feliz», decía. Y también: «He ganado la partida». E incluso me pareció interpretar dos mensajes más. Por un lado, «No te vayas demasiado lejos, Woman» (tal era el mote con el que mis hermanas se referían a mí), y por otro —y en esta ocasión acompañada de una mirada fugaz

hacia el lugar en el que se encontraba nuestra hermana Nancy—: «No la dejes sola, por favor, te necesita».

# 4

## Después de la ceremonia

Si no fuera porque nuestro lenguaje sin palabras era infalible, habría pensado que no llegué a comprender bien qué había querido decirme Diana con aquella última mirada. ¿A qué se refería con eso de no dejar sola a Nancy? No había más que echar un vistazo hacia donde se encontraba nuestra hermana mayor, para concluir que no necesitaba ayuda alguna. En contra de esa convención que dicta que vestir de oscuro en una boda de mañana está del todo desaconsejado a menos que una sea viuda, Nancy había elegido un vestido púrpura con alamares en negro que le sentaba como un guante y que, contra todo pronóstico, la hacía parecer bastante más joven de los veinticuatro años que pronto cumpliría. Una edad, dicho sea de paso, que en aquella época se consideraba la puerta que conducía a un terrible desbarrancadero: la condición de solterona.

¿Por qué había elegido vestirse así? Su traje había llegado por la mañana muy temprano, de modo que ni a Muv ni a Nanny, atareadas con mil cosas, les dio tiempo de poner el grito en el cielo y preguntar a qué diablos venía semejante excentricidad. El que sí comentó que parecía «un enterrador, por Dios, niña, ¿qué mosca te ha picado?» fue Farve, pero tampoco pudo rezongar mucho más. Bastante tenía con meter tripa y procurar parecer lo más flaco posible en su chaqué confeccionado lo menos veinte años antes y que le obligaba a andar tieso como un huso y a sentarse con tiento

no fuera que las costuras de las posaderas le dieran un disgusto. Por lo que a mí respecta, debo decir que —convenciones o no convenciones— me pareció que Nancy estaba guapísima. Y más aún luego, durante el gran almuerzo nupcial que los suegros de Diana ofrecieron a los más de quinientos invitados en su casa de Grosvenor Square.

Lady Evelyn era célebre por sus fiestas: la que organizaba cada año por Navidad comenzaba a prepararla en el mes de agosto, y cada vez se superaba en imaginación y derroche. Se cuenta que todos los invitados (y rara vez eran menos de doscientos) recibían un regalo adecuado a su personalidad y elegido directamente por ella. Y se trataba de cualquier cosa menos de bagatelas. Lord Guinness, por su parte, odiaba los villancicos, los arbolitos navideños, el ponche y el *Christmas pudding*, así que llegada la fecha, emigraba al sur como las grullas. «Nos vemos en Nochevieja, querida», se despedía poco antes de desaparecer camino a Dover con su ayuda de cámara, su secretario personal y un equipaje lo suficientemente amplio como para sobrevivir en Montecarlo y Cannes durante varios lustros.

***

El banquete nupcial fue un éxito. Según me contaría más adelante Farve, al que siempre le divertían las pequeñas conspiraciones domésticas, hacía unas semanas que lady Evelyn había conseguido birlarle al embajador belga el cocinero estrella del momento, y desde luego ese día monsieur Anatole (así se llamaba aquel divo de los fogones) dio el do de pecho. Deliciosos me parecieron sus volovanes de setas con foie y su esturión *aux fines herbes avec du caviar*. Pero lo que más me gustó con diferencia fue una simple becada en salsa de castañas cuya receta decidí imitar en casa, con permiso de Muv

días más tarde, y que me quedó (casi) tan buena como la de Anatole.

También tuve suerte con mis compañeros de mesa. A la derecha me tocó un anciano general de brigada al que apenas tuve que dar palique porque se quedó frito antes de que llegara el esturión. A mi izquierda estaba John Betjeman. Pobre Betjie, nunca le presté demasiada atención. Ni siquiera cuando, con el correr de los años, se convirtió en Poeta Laureado del Reino Unido. Pero, entre ustedes y yo, no soy demasiado admiradora de la poesía. Menos aún cuando —con mis hermanas acaparando ya portadas en los periódicos de toda Europa (cada cual por una razón diferente y ninguna muy sacrosanta que digamos)— Betjie nos dedicó a las seis estos encendidos versos:

¡Las chicas Mitford, las chicas Mitford!
Las amo por sus pecados.
La bendita diosa a la que llaman Sofisticación
a buen seguro las ha engendrado a todas.
Sí, incluso a ti, amable Pamela,
la más rural de todas ellas.

Poco antes de que coincidiéramos en la boda de Diana, Betjie me había propuesto matrimonio, pero amablemente decliné su ofrecimiento. Desde entonces, solo se dedicaba a mirarme con ojos brumosos y a tartamudear. Tenía un aire tan desvalido aquella noche que le sonreí para que recobrara su confianza. A fin de cuentas, tampoco es que yo me caracterice precisamente por eso que llaman «habilidades sociales», más bien todo lo contrario. Por eso procuro solidarizarme siempre con los que como yo son, o al menos parecen, sapos de otro pozo.

Aun así, tras intercambiar con él unos cuantos comentarios banales, dejé de prestarle atención. Tenía otras cosas de las que ocuparme. En especial, estudiar a Hamish, el novio de Nancy, que estaba justo enfrente de mí en pleno proceso de diseccionar con precisión de cirujano el riquísimo esturión de monsieur Anatole. Nunca llegaré a comprender qué vio mi hermana en él. Entre bocadito y bocadito de esturión, Hamish Erskine zambullía sus saltones ojos azules canalillo abajo del escote de su compañera de mesa, Caroline, una prima lejana nuestra a la que no parecían disgustarle del todo aquellas incursiones visuales de Hamish. Agucé el oído a ver de qué hablaban.

—Querida —estaba diciendo Hamish—, ¿dónde tenía tu familia escondida una ninfa como tú? ¿No será que tus primas Mitford han decidido encerrarte en una mazmorra para que no proyectes sobre ellas tu sublime sombra de cisne blanco?

«Grandísimo cursi», pensé. Sabía que Hamish era egocéntrico, irónico y esteta (en sociedad, su aspecto de elfo, alto y desgarbado, le confería un aura de sofisticación y a la vez de vicio, muy apreciada entonces por las chicas), pero no me lo imaginaba tan redicho en las distancias cortas. A ver qué contestaba ella.

—Por Dios, Hammy, ¿cómo puedes decir eso? Yo a-do-ro a mis primas, y muy especialmente a Nancy. —Y tras una deliberada pausa, añadió—: Casi tanto como la adoras tú.

«Bravo por Caroline», me dije. Sutil modo de ponerlo en su sitio y al mismo tiempo tirarle de la lengua con respecto a la relación que le une a mi hermana. Una relación, vale la pena repetir, que tenía asombrados a todos aquellos que nos preocupábamos por Nancy.

—¿Adorar? —gorjeó elegantemente Hamish—. ¡Querida! ¿No te lo han dicho por ahí? Yo solo me adoro a mí mismo... —Oye, chico —se dirigió de pronto al joven camarero que acababa de cambiarle el

plato al tiempo que echaba un deliberado vistazo a las partes pudendas del muchacho, lo que hizo que este retrocediera casi media yarda, confundido—, tráeme otro whisky igual que el anterior. Triple, sin hielo y sin soda, ¿está claro? —agregó antes de girarse de nuevo hacia Caroline con un suspiro—. ¿Por dónde íbamos, princesa? ¡Ah, sí! Ya recuerdo. Solo los que se adoooran a sí mismos, como yo, pueden saber el verdadero significado del verbo amar. Porque, dime —añadió abatiendo sus largas y poéticas pestañas—, en realidad, ¿qué es amar? Nada más que un verbo reflexivo que de vez en cuando, *muy* de vez en cuando, acuérdate lo que te digo, se vuelve transitivo...

Volví la cabeza. Prefería no enterarme qué más tenía Hamish que decirle a Caroline. Con sus diecisiete años recién cumplidos, mi prima era demasiado joven como para responder algo lo suficientemente sarcástico a aquellas provocaciones. Además, necesitaba ver cuál era la reacción de Nancy. Ella, que estaba sentada unas cuantas yardas más allá, fingía prestar atención a su vecino de mesa, pero estaba mortalmente pálida. Le lancé una «mirada Mitford» que decía: «¿Has visto lo que hace el impresentable de tu novio?». Pero sus ojos verdes me telegrafiaron centellantes: «Qué sabes tú del amor, Woman? Eres el colmo de la sensatez, y el amor es cualquier cosa menos sensato».

# 5

## UNITY COMIENZA A SALIR DEL CASCARÓN

Aquel año de 1929, que se estrenó con la boda de Diana, vendría a demostrar que el tiempo es elástico. Hay tiempos que se arrastran lentos mientras que otros se suceden vertiginosos, llenos de novedades, amores, desengaños y mil sobresaltos e inesperados cambios. El primero de los cambios de aquel inolvidable año veintinueve fue que, tras la boda de Diana y nada más despojarse de su vestido de dama de honor, Unity cumplió el sueño de todas las hermanas Mitford.

—¡No-es-jus-to! —protestó Decca, entonando su salmodia infantil más recurrente—. ¡Injusto a más no poder! ¿No ha dicho siempre Farve que ir al colegio no es de señoritas y que lo único que una chica consigue es que las piernas se les pongan como columnas dóricas de tanto jugar al hockey? ¿Por qué Unity sí y Deborah y yo no, Muv? ¡Explícame por quéééé!

Pero Muv dejó su pregunta sin respuesta. Primero, porque los padres de entonces no se caracterizaban precisamente por dar explicaciones. Y segundo, porque ¿qué podía decirles a Deborah y a ella? ¿Que Unity comenzaba a ser una mala influencia para las dos? ¿Cómo reconocer que ni su padre ni ella sabían ya cómo dominarla? La estrategia de trasegar grandes cantidades de puré en silencio con aire fiero se había vuelto recurrente, y Unity la aplicaba para conseguir sus caprichos, sobre todo los más locos. No solo había

logrado que Enid, su serpiente recién adquirida en Harrod's, tuviese un terral (que más parecía una playa del Caribe) al pie de su cama. También —y como por aquel entonces fue cuando comenzó su devoción por el fascismo— aprovechaba cualquier momento para provocar a un conservador liberal como nuestro padre con sus encendidas alabanzas a Benito Mussolini.

—Vete haciéndote a la idea, Farve, el mundo será fascista o no será. ¿O es que acaso quieres que tu adorado Jorge V, nuestro rey, acabe como su primo Nicolás de Rusia cosido a balazos como un colador? Acuérdate bien de lo que te digo, cualquier día de estos, ¡zas! (y al decir esto Unity se pasaba la uña del pulgar derecho por el gaznate a modo de navaja), ocurrirá lo mismo en Gran Bretaña, a menos que tengamos un gobierno con mano dura... ¡Pero si no hay más que ver las fotos del pobre zar antes de que lo apiolaran los bolches. Él y nuestro rey eran como dos gotas de agua, no me digas que no. Más que primos parecían hermanos siameses. Y ya sabes lo que suele decirse en estos casos, cuando las barbas de tu vecino veas pelar, prepara la cuchilla, más aún si andan por medio los sucios comunistas.

Después de aquella soflama, Farve la mandó a su cuarto castigada sin postre. Pero sirvió de poco. Más o menos por esas fechas fue cuando Unity comenzó a tapizar su mitad de la pequeña sala de estudio, en el ático que compartía con Decca, con fotos de *il Duce* a las que pronto se sumarían otras de la estrella política emergente del momento: Adolf Hitler, líder del Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán, del que se decía que estaba consiguiendo devolver el orgullo a su pueblo, después del humillante tratado de paz que los alemanes se vieron obligados a firmar al perder la Primera Guerra Mundial.

—Lo que me faltaba... —decía Farve entre consternado y patidifuso—. Tengo un hijo y seis hijas, y resulta que mientras que a Tom le ha dado por el piano (mi hermano, en ese momento, medio en serio, medio en broma, aseguraba que iba a ser concertista profesional y, aunque Farve adoraba la música, los músicos le parecían todos unos lilas)... y anda a vueltas con Schubert y Chopin, ¿qué pasa con las niñas? Lejos de tener gustos de señoritas, les da por la política y las barricadas. ¿Pero qué hemos hecho vuestra madre y yo para merecer esto?

Fue a causa de estas y otras rebeldías, que a Unity la mandaron a Saint Margaret, un internado con fama de estricto que se vanagloriaba de «saber quebrar hasta a las alumnas más difíciles». Pero la jugada no salió bien. A los tres meses de estar allí, la expulsaron por ingobernable. Resultó que, nada más llegar a la institución, se había negado a asistir a los servicios religiosos alegando que era atea. Tampoco le gustaba estudiar. Bostezaba en clase de matemáticas, roncaba en la de lengua, incluso en las de filosofía e historia (precisamente ella, que siempre había sido una voraz y crítica lectora de ambas disciplinas). Su actividad preferida en clase era dibujar desnudos en su bloc de notas, que la profesora descubría de inmediato con gran aspaviento por su parte y tronchante regocijo por el de las niñas. Tras semanas de castigos que no surtieron el menor efecto, la directora se dio por vencida y la expulsó. «La invitó a partir», según la particular terminología de Muv, que siempre tenía el eufemismo perfecto para cada desastre doméstico. Pero, se dijera eufemísticamente o con todas sus letras, la realidad fue que Unity regresó a casa, no solo tan irreductible como siempre, sino convertida, además, en la heroína absoluta de Decca y Deborah.

—¡Ay, Bobo! —le decían, poniendo los ojos en blanco—. Tú sí que eres valiente. ¿Qué le soltaste a la directora cuando te puso de patitas en la calle? Cuenta, cuenta.

Pero Unity ya había pasado página de sus experiencias escolares. Lo que acaparaba su interés en aquel momento, y más que nunca, era la política.

—¿Quieres que te preste mi biografía de Mussolini? —le ofreció a Decca, intentando llevarla a su terreno—. También estoy detrás de la autobiografía de Adolf Hitler, *Mein Kampf*. Aún no está traducida al inglés, pero me ha dicho la bibliotecaria que no tardará en salir. ¡Me muero por leerla! Seguro que es fascinante. Ya su título, *Mi lucha*, lo dice todo. ¡Qué romántica y qué necesaria es su lucha por el bien común, por la paz, por la concordia! ¿No te parece que es precisamente lo que todos buscamos?

—Verás, Bobo —retrucó Decca—, tú podrás ser nuestra heroína por cómo te expulsaron de Saint Margaret, ya nos gustaría a nosotras esa experiencia, ¿verdad, Deborah? Por lo menos tendríamos algo emocionante que contar. Pero, en cuanto a esas lecturas que propones, no, gracias. Por las fotos que salen en los periódicos, tu Benito Mussolini parece un pecho-palomo paticorto y ridículo. En cuanto a ese tal Hitler, dime, ¿cómo diablos piensa enardecer a las masas con semejante bigotito que parece un cepillo de dientes? ¿A que sí, Debo? —añadió, intentando embarcar a nuestra hermana pequeña en la discusión.

Pero a Deborah le interesaba poquísimo la política, así que Decca tuvo que perseverar ella sola en llevarle la contraria a Unity.

—Además —prosiguió—, ya oíste lo que dijo el otro día Bernard Shaw en BBC Radio. ¡Y no finjas que no, porque estábamos juntas escuchando las noticias! «El futuro de la humanidad no es el fascismo, sino el milagro soviético». Eso mismito fue lo que dijo, y él

es Premio Nobel, así que punto en boca. Por lo que Shaw y yo abogamos es por una sociedad libre, igualitaria, fraternal...

—Sí, ya —ironizó Unity—. Supongo que también te habrá parecido de perlas que los sóviets, tan fraternales ellos, masacraran al zar y a su familia.

Solo entonces Deborah prestó atención a la conversación de sus hermanas. Al igual que millones de personas, en nuestra familia todos nos habíamos dejado fascinar por la trágica suerte de los Romanov. En especial por la de los hijos del zar, cuatro chicas y un chico, (casi) como nosotros, los hermanos Mitford. Cada una de mis hermanas (salvo Unity) tenía una gran duquesa favorita: Nancy admiraba el temple y la inteligencia de Olga, que era, como ella, la hermana mayor; Diana se parecía incluso físicamente a Tatiana, las dos etéreas y guapísimas; yo me sentía identificada con María, la más callada de las hermanas, mientras que a Decca y a Deborah les parecía arrebatador el destino de Anastasia. Especialmente cuando se empezó a rumorear que había sobrevivido a la matanza, gracias a que uno de los soldados del pelotón de fusilamiento se había enamorado de ella. Desde que en 1917 se produjo la matanza, la historia de los Romanov había sido motivo tanto de horror como de fascinación en el mundo entero. Sin embargo, a principios de los años treinta empezaba a quedar ya atrás la conmoción que causó la tragedia.

Por otra parte, poco después, intelectuales occidentales como Hemingway, Thomas Mann, H. G. Wells, Sartre o Bernard Shaw... comenzaron a declararse admiradores de lo que estaba ocurriendo en la Unión Soviética. Es decir de aquel experimento social único en la historia de la humanidad que, según se decía entonces, estaba logrando arrancar de la pobreza y del analfabetismo a millones de rusos. Para lograrlo, Lenin había abolido la propiedad privada y luego

Stalin ordenó la colectivización, así como la reagrupación de los medios de producción en koljós o granjas comunales, desposeyendo a los campesinos de sus tierras y de sus animales. Y si para alcanzar aquel fin primordial se causaban desplazamientos masivos, merma en las cosechas e incluso feroces hambrunas, tampoco importaba demasiado. El objetivo era irreprochable: que en un tiempo récord la Unión Soviética pasara de ser un país atrasado y rural a una potencia industrial en la que todos fueran felices.

Con esto no pretendo decir que mi hermana Decca, apenas una adolescente entonces, estuviese enterada o siquiera entendiese en qué consistía la construcción de aquel sueño de libertad, igualdad y fraternidad. Pero leía los periódicos a diario y sobre todo escuchaba a escondidas la radio hasta convencerse de que aquel paraíso en la tierra del que tanto se hablaba debía de ser la solución a la penuria económica que, tras el crack bursátil, comenzaba a dejar en la calle a millones de personas en todo el mundo occidental. Porque el descalabro de las bolsas, aquella mañana del 24 octubre de 1929, fue solo el primero de otros muchos movimientos telúricos que vendrían a continuación. Gracias a BBC Radio, Decca supo, por ejemplo, que después del denominado Jueves Negro, bancos y grandes empresas se vinieron abajo como castillos de naipes y los suicidios estaban a la orden del día. Supo también de la multitud de obreros despedidos de un día para otro, de las colas del hambre y de madres desesperadas y dispuestas a todo con tal de dar de comer a sus hijos. Y otro tanto estaba ocurriendo en Gran Bretaña y en el resto de Europa.

Si alguien se pregunta por qué tantas personas, incluidas dos adolescentes como Unity y Decca, se dejaron abducir entonces, una por el fascismo y otra por el comunismo, regímenes que tanto dolor y millones de muertos acabarían causando a lo largo del siglo xx, es

preciso recordar que, a principios de la década de los treinta, ambos se presentaron como audaces y atractivas propuestas que ofrecían esperanza y optimismo en tiempos convulsos.

***

A partir de entonces, la sala de estudio que compartían Unity y Decca en el ático de nuestra casa de Swinbrook se dividió en dos. El lado (derecho, por supuesto) correspondiente a Unity se convirtió en santuario fascista, presidido por una enorme esvástica, mientras que, desde una de sus paredes, sus nuevos dioses Benito y Adolf, la bendecían brazo en alto. Apenas un par de yardas más allá, en el lado izquierdo de la habitación, un desplegable tan grande como el de la esvástica de Bobo, solo que con una hoz y un martillo, marcaba el territorio de Decca. Y custodiando su mesa de estudio podía verse a Iósif Stalin, así como un póster con este eslogan tranquilizador: «El trabajo es esencial, el rifle está cerca».

—Queridas —intenté hacerlas razonar yo un día en que entré en aquel dividido reino para pedir que me prestaran una goma de borrar—, ¿no creéis que sería aconsejable firmar un armisticio?

Las dos me miraron como si fuese lela.

—A ver si te enteras, Woman, hay que prepararse para el futuro —comenzó Decca.

A Unity le dio por las citas bíblicas.

—Nunca has oído eso de «¿A los tibios los vomitaré de mi boca?». Escoge con quién vas a estar: conmigo y el progreso de los fascistas, o con Decca y sus bolcheviques asesinos. Conviene que vayas eligiendo bando. El mundo va ahora de esto.

Las dejé por imposibles. También mis padres prefirieron considerar aquello una chiquillada pasajera. Además, Unity parecía más sosegada ahora que tenía una gran causa. Al menos durante un par

de meses dejó de aterrorizar al cartero con Enid, su serpiente, y al lechero con Ratular, su enorme rata blanca, cada vez que se acercaban a la casa a cumplir con sus obligaciones. Todo un avance.

# 6

## LOS TIEMPOS ESTÁN CAMBIANDO

Con Diana casada y dueña ahora de una mansión en Londres, los tres hermanos mayores, es decir, Nancy, Tom y yo, comenzamos a visitarla a menudo. Un plan muy agradable, porque aquella casa de cinco plantas en el 10 de Buckingham Street no tardaría en convertirse en punto de reunión de artistas e intelectuales que, años más tarde, darían mucho que hablar. Como Cecil Beaton, por ejemplo, o Evelyn Waugh, que, entre yincana y yincana, comenzaban ya por entonces a brillar; el primero en el mundo de la fotografía, mientras que el segundo se encontraba en el proceso de escribir su primera novela. También Lytton Strachey y Dora Carrington, miembros del célebre grupo de Bloomsbury que capitaneaba Virginia Woolf, así como otros muchos personajes que aseguraban una conversación chispeante, culta e irónica, la onda preferida de mi hermana Nancy. Las veladas (profusamente regadas de *vodka-fizz*, *pimm's* y otras mezclas bastante más explosivas) se sucedían en feliz contubernio con lo más conspicuo de los *Bright Young Things* o Jóvenes Rutilantes, aquel grupo de alegres y brillantes veinteañeros del que ya les he hablado y a cuyos miembros tanto les gustaba secuestrar patos en Hyde Park y birlar sus cascos a policías urbanos. Poco a poco, la situación política y económica se ocuparía de acabar con sus trastadas, pero no antes de que mi hermano Tom protagonizara una de las bromas más

comentadas del momento. Una que los cronistas, algunos divertidos, la mayoría ya hastiados, recogerían como el canto del cisne de una sociedad ociosa y elitista. Así aparecería retratada la noticia en un rotativo de izquierdas:

> Mientras la clase obrera hace cola aterida de frío para obtener un plato de sopa y un mendrugo de pan, esos que se hacen llamar los Jóvenes Rutilantes (vaya sandez) se divierten como lo que son, ricos tontos. Para amenizar su tedio, el jueves pasado, a Tom Mitford y a un par de amigotes se les ocurrió pintar una docena de cuadros a base de brochazos y manchurrones y luego convocar a los más reputados expertos en arte de la ciudad para darles a conocer la obra de quien dijeron era un famosísimo y discapacitado artista alemán de nombre Bruno Hunt, cuyos cuadros, supuestamente, se vendían en Europa por una fortuna. Para dar más verosimilitud a la bobada, montaron una gran exposición en la que, después de mucho misterio y expectación, presentaron a Tom Mitford vestido como un mendigo y en silla de ruedas, haciéndose pasar por el susodicho e inexistente pintor. Hasta los críticos más relevantes, y por supuesto el resto de la adinerada concurrencia, se deshicieron en elogios ante aquellos cuadros dignos de un pintamonas: «¡Oh! ¡Ah! ¡Sublime, extraordinario, mucho mejor que Picasso...!». Tales eran sus comentarios hasta que de pronto Tom Mitford saltó de su silla de paralítico, no solo dando un susto de muerte a propios y extraños, sino para carcajearse de cómo los había dejado en ridículo. Bien merecido lo tienen todos esos estirados eruditos y ricachones que picaron el anzuelo. Pero la broma no hace más que evidenciar la ceguera de una clase social zángana y sin escrúpulos que se caracteriza por vivir de espaldas a lo que ocurre en el mundo.

Después de esta broma tan comentada, algo comenzaría a cambiar. Los Jóvenes Rutilantes continuarían con sus retos y sus sonados bailes de disfraces: hoy toca vestirse de romanos, mañana de gánsteres, el jueves de momias egipcias... Pero, de repente, frente a las mansiones en las que tenían lugar sus fiestas donde antes solían congregarse admiradores y cotillas, ahora eran hombres y mujeres sin trabajo los que acechaban denunciando sus privilegios y su falta de sensibilidad.

—Acuérdate de lo que te digo, Woman, ya nada volverá a ser como antes —me comentó un día Evelyn Waugh, llamándome también él por aquel mote familiar, invento de mis hermanas.

Evelyn había venido a pasar un fin de semana a nuestra casa de Swinbrook, y teníamos por costumbre (los dos éramos madrugadores y amanecíamos lo menos una hora antes que el resto) dar un paseo antes del desayuno. Para aquel entonces, hablo ahora del año 1931, Evelyn se había convertido en uno de los mejores amigos de toda la familia. Empezó siendo inseparable de Tom, poco después se hizo confidente de Nancy y últimamente —y como tantos otros— estaba tan perdida como platónicamente enamorado de Diana. Hasta tal punto que le dedicó su primera novela, *Cuerpos viles*, una parodia de los Jóvenes Rutilantes que levantó ampollas entre sus amigos, pero que, ya saben ustedes cómo son estas cosas, en el fondo, a todos les encantó, porque ¿a quién no le gusta ser el protagonista de la novela del momento, incluso aunque lo retraten como un insustancial?

Diana estaba embarazada de su segundo hijo, y Evelyn, a quien, a pesar de su éxito como escritor, su mujer acababa de abandonar por otro, cayó definitivamente bajo el embrujo de mi hermana. «Es que verás, Woman, una mujer embarazada es como... ¿cómo decirlo?... Es como una madona de Rafael o una de las vírgenes de Murillo», me había confesado pocos días atrás. «No tiene uno más remedio que adorarla. Guardando las debidas distancias —precisó a continuación—. No hay nada en el mundo tan intoxicantemente maravilloso como un amor casto, ¿no crees?».

Evelyn, al igual que Hamish Erskine, el novio de Nancy, era bisexual. Nada fuera de lo común. Incluso mi hermano Tom había tenido sus escarceos (con Hamish, para más señas), circunstancia, por cierto, que puso en conocimiento de Nancy en cuanto vio que

aquel noviazgo llevaba camino de convertirse en un amor pernicioso. Pero bueno, me apresuro a aclarar que la bisexualidad entonces y en aquel ambiente no era algo que llamaba la atención. Se consideraba consecuencia inevitable de largos y tediosos años vividos en internados educativos y elegantes. De hecho, había quien sostenía que la bisexualidad era como el rocío. A medida que el sol de la vida social comenzaba a calentar, en la mayoría de los casos se evaporaba, dejando paso a amores más socialmente... correctos.

—Somos dinosaurios, querida, una especie en extinción —continuó argumentando Evelyn aquella mañana sin que yo supiera a qué se refería y así se lo dije.

—No sé de qué me estás hablando —retruqué.

—Claro que no lo sabes, Woman; al fin y al cabo, tú nunca te has sentido parte de eso que llaman la buena sociedad, sus obras, sus pompas y sus infinitas frivolidades. Las observas sin involucrarte, a diferencia de lo que hacen otras personas más influenciables. Yo, sin ir más lejos —rio—. ¿Sabes cómo te veo? Eres como uno de esos ingrávidos cisnes blancos que se deslizan sobre aguas cenagosas sin que se les manche ni una pluma. Pero, bueno, por muy ingrávida que seas, lo que se avecina también te afectará: la situación privilegiada a la que perteneces se extingue. ¿Cómo no se va a extinguir? Ese mundo con enormes diferencias sociales comenzó a hacer agua con el Titanic en 1912 y, dos años más tarde, llegó la guerra del catorce con sus treinta millones de víctimas para recordarnos a todos que la muerte es la gran igualadora y, ante ella, no hay clases ni privilegios que valgan. Y resulta que ahora, tras el breve espejismo de los felices años veinte, en los que todos nos hemos dedicado a divertirnos como si no hubiera un mañana, la Gran Depresión y sus consecuencias será quien se ocupe de acabar con nosotros.

—¿Y quiénes somos «nosotros» exactamente? Imagino que te refieres a los Jóvenes Rutilantes.

—Esos —descartó Evelyn— no son más que un grotesco síntoma. Apenas la espuma de una pócima mucho más espesa y amarga. ¿Tú crees que se puede seguir viviendo impunemente en palacios de cuatrocientas habitaciones con un ejército de criados y por toda ocupación jugar al croquet, beber infinitos cócteles y perseguir al zorro mientras el resto de la población pierde su trabajo y empieza a pasar hambre? ¿Sabes qué está ocurriendo en Estados Unidos con la quiebra del sistema que, como siempre, ha golpeado más a los que menos tienen? Y algo parecido pasa ya en Gran Bretaña. Eso por no hablar de Alemania, que, tras el humillante pacto de rendición que la obligaron a firmar en Versalles, tras su derrota en la Primera Guerra Mundial, va de crisis en crisis. Para que te hagas solo una idea, la hiperinflación galopante alcanzó un punto tal que una barra de pan llegó a costar, en un momento dado, cien mil millones de marcos.

—Mi hermana Unity dice que Adolf Hitler lo arreglará todo —respondí medio en broma, medio en serio. En broma, porque ¿qué podía saber de hiperinflación y economía alemana una adolescente como Bobo? Y en serio, porque según los periódicos y lo que contaba la BBC en los noticiarios que la familia entera escuchaba reunida alrededor del aparato de radio, la formación política de Hitler ganaba cada día más adeptos. No solo entre la clase trabajadora, sino también entre figuras destacadas de la política nacional e internacional que hablaban de él como un líder con ideas y agallas en tiempos oscuros.

***

Con la perspectiva y el conocimiento de los hechos que da el paso del tiempo, parece inverosímil lo que voy a decir. Pero a principios de

los años treinta, Hitler era un referente en Europa, y, en muchos países, incluida Gran Bretaña, se le veía como el único antídoto contra el comunismo.

Así parecía considerarlo también Evelyn Waugh porque no le sorprendió lo que le acababa de decir de Unity. Al contrario, debió sonarle de lo más natural, porque me preguntó:

—Supongo que habrás oído hablar de Oswald Mosley, ¿verdad?

Respondí que no, y me miró sorprendido.

—¿De veras, Woman? ¿En qué galaxia vives? Bueno, da igual, si no has oído hablar de él, lo harás muy pronto. Mosley es la estrella política emergente del momento, cada vez cuenta con más simpatizantes.

Al ver que yo seguía sin decir nada, procedió a ilustrarme con renovado énfasis.

—Te va a fascinar. Tiene uno de esos físicos a lo Clark Gable que gustan a las señoras, e incluso a los hombres, pura testosterona, tú ya me entiendes. Además, viste siempre de negro al estilo de los fascistas italianos, lo que, dada su elevada estatura, le queda sensacional. Ha militado tanto en el Partido Conservador como en el Laborista, pero, desencantado de la inoperancia de los políticos y harto de ver la miseria que amenaza a nuestra clase trabajadora, dice que quiere fundar un nuevo partido en la estela del de Benito Mussolini. Paz, trabajo, patria, mensajes todos positivos y muy necesarios. Mira, se me está ocurriendo una idea. ¿Qué tal si la próxima vez que viajes a Londres para visitar a Diana nos vamos ella, tú y yo a uno de sus mítines?

Alcé una ceja sorprendida. Realmente los tiempos debían de estar cambiando muchísimo si alguien tan mundano y políticamente moderado como Evelyn Waugh me proponía que lo acompañara a un mitin sindicalista. Pero luego caí en la cuenta de que mi papel en el

plan iba a ser el de carabina y coartada para que él pudiese ver a su adorada Diana.

—Me da a mí —comenté fríamente— que Diana, con un bebé que puede nacer en cualquier momento, no está como para meterse en aglomeraciones. Además, la política no es lo suyo.

—¡Pero si siempre ha tenido una gran sensibilidad que la hace estar pendiente de todo lo que pasa a su alrededor! —perseveró Evelyn sin darse por vencido.

Podría haberle dicho que la sensibilidad de mi hermana iba por otro lado, y que su forma de estar pendiente de lo que pasaba a su alrededor era cultivar su lado cultural, llenar la casa de artistas e intelectuales, por lo que en sus planes no entraba asistir a mítines, sino escuchar a sus invitados disertar desde su salón sobre los problemas del mundo mientras fumaban y bebían hasta el amanecer. ¿Qué podía importarle a Diana un tipo con bigote a lo Clark Gable que hipnotizaba a las masas al estilo de Mussolini?

Sí, podría haberle dicho esto a Evelyn, esto y mucho más aquella mañana, incluida la puntualización de que me agradaba poco y nada el rol de carabina. Pero no hubo ocasión. Estábamos a punto de acabar nuestra madrugadora caminata. Enfilábamos ya el pequeño sendero de grava que conducía a la casa y allí al fondo, bajo el dintel, estaba Farve dando golpecitos con la uña a su reloj de bolsillo. Faltaban cuarenta y cinco segundos y medio para que dieran las nueve y su puntualidad era legendaria.

—¡Buenos días, buenos días! —saludó efervescentemente a Evelyn e incluso le propinó una amistosa palmadita en la espalda.

Y es que según los cánones de Farve, había en este mundo dos tipos de invitados y huéspedes. Los Repugnantes, es decir, aquellos que él aborrecía desde el minuto uno y a los que se dedicaba a decir todo tipo de horrores e incluso a ponerlos de patitas en la calle a la

mínima que hicieran algo que no le gustaba (a un amigo de Tom, por ejemplo, lo echó en plena noche porque descubrió que guardaba un peine en el bolsillo superior de la chaqueta, y ¡horror de horrores!, de vez en cuando se peinaba con él). Pero luego —y siempre según los cánones de Farve— estaban los que podríamos llamar Huéspedes con Bula. Es decir, los suertudos que, vaya usted a saber por qué (en Farve, todo era imprevisible e indescifrable), desde el instante en que los conocía, le caían en gracia. Y, a partir de ese momento, daba igual lo que hicieran y cómo se comportaran (algunos francamente fatal), pero, ¡quia!, pelillos a la mar, a mi padre todo lo que hacían le parecía de perlas. Lo único malo de ser un Huésped con Bula era que había que pagar algunos peajes como consecuencia de la predilección que mi padre les profesaba. Por ejemplo: verse obligados a saltar de la cama al alba para acompañar a Farve a estirar las piernas bajo lluvia torrencial o comulgar con ciertos gustos culinarios poco habituales. Como Evelyn se encontraba en el selecto grupo de los Huéspedes con Bula, poco pudo sorprenderle oír aquella mañana exclamar a Farve:

—Bien, muchacho, muy bien. ¿Has disfrutado de tu mañanero paseo con Pamela? Espero que no os hayáis dedicado a hablar de política; de un tiempo a esta parte, nadie hace otra cosa en este país. Y ahora, ven, que te tengo una sorpresa. ¿Sabes lo que hay para desayunar? ¡SESOS! —Aquí la tez de Evelyn adquirió un leve tono verde, pero Farve no reparó en el cambio de coloración—. Además, le he dicho a la cocinera que los deje casi crudos, justo como a ti y a mí nos gustan, ¡qué delicia! Y tú, querida —se dirigió a mí—, sube a ver qué rayos pasa con tu hermana Nancy. Se ha atrincherado en su dormitorio y se niega a abrir. Mujeres... —añadió, buscando la complicidad de Evelyn—. No hay Dios que las entienda: anoche tan campante y sarcástica como siempre, y hoy llorando a

moco tendido. Nada que ver con nosotros, ¿verdad, mi querido muchacho? Los hombres somos *tan* fáciles, *tan* normales. ¿Más sesos? No seas tímido, sírvete más, que sé que te encantan. ¡Y mira qué tenemos también! ¡Mmmmm, criadillas al punto de sangre! Manjar de dioses.

# 7

## Desolación

Obedecí a Farve y, camino de la habitación que compartíamos Nancy y yo, me crucé con Muv en el rellano.

—No sé qué le pasa a tu hermana, se niega a abrir. Para mí que son malas noticias de Hamish. Dios mío, Pam, ese muchacho va a acabar con ella. ¿Pero qué demonios puede haberle visto a semejante lechuguino petimetre?

Mi madre no ahorraba epítetos cuando se trataba de describir a Hamish Erskine. Sus muchas lecturas y su amplio vocabulario brillaban con luz propia en ocasiones como esa, y yo la había oído referirse a él como: narciso, diletante, insustancial, egotista, esteta enamorado de sí mismo, ruin, candidato a un coma etílico y otros calificativos por el estilo que le encajaban todos como un guante. Porque Hamish Erskine era el pasmo de nuestra familia. Nadie llegaba a entender qué podía ver en él una mujer inteligente, independiente y tan segura de sí misma como Nancy. Pero el amor es así y casi cinco largos años llevaba empeñada en lo que ella misma llamaba la «redención» de Erskine.

—Sí, querida —le había dicho yo en una ocasión—, pero supongo que no hace falta que te recuerde cómo acaban los redentores... Crucificados —añadí, extendiendo ambos brazos y sin que me importara caer en la irreverencia religiosa, algo poco habitual en mí, todo sea dicho. Pero qué diablos. Se trataba de mi hermana.

Había que ver en qué estado regresaba cada vez que visitaba a su novio en la Universidad de Oxford. La escena era siempre la misma. Al llegar, Nancy se encerraba en nuestro dormitorio sin querer hablar con nadie. Solo conmigo, pero tenía que arrancarle las palabras con fórceps.

—Ay, Woman —comenzó esta vez—, ni te imaginas lo que ha pasado. Llegué a su *college*, subí a su habitación, ¿y qué crees que hizo? Me gritó que me marchara. Estaba con ese horrible amigo suyo, Alan Boyd, en calzoncillos los dos, borrachos como piojos y ni siquiera se tomaron la molestia de disimular... Me había pedido que le trajera algo de dinero y le llevaba las veinte libras que me dieron como parte del adelanto de mi primera novela. ¿Y sabes qué? Cogió el dinero, se lo metió en el calzoncillo y acto seguido me soltó que el manuscrito de *Highland Fling*, que con tanta ilusión le había dejado la semana anterior para que lo leyese, aburría a las ovejas... «Y aburre también a Alan, ¿verdad, querido?», le preguntó al tipo aquel que no paraba de rascarse la entrepierna. ¿Qué puedo hacer?

—Dejarlo —respondí como tantas otras veces cuando Nancy me contaba estas y otras lindezas de su novio. Ella prometía hacerlo. Pero luego volvía a las andadas.

—Tú no lo entiendes, Woman. Nadie más que yo comprende a Hamish. Estamos hechos el uno para el otro. Además, ¿qué sería de él sin mí? Me ha jurado que soy la mujer de su vida, ¿te das cuenta? Solo podría casarme con él, con nadie más.

—Pues te recuerdo que llevas con Hamish un montón de años y ni siquiera se ha dignado a terminar sus estudios.

—Sí, ya. ¿Pero qué quieres que haga? El otro día su madre me escribió suplicándome que le ayudara a romper la espiral de destrucción en la que se ha metido. ¿Y sabes qué le dije? Que su única salvación sería alejarse de Oxford cuanto antes. Ahora parece

que, por fin, Hamish quiere dejar la universidad y buscarse un trabajo. Ya verás, cuando lo encuentre todo cambiará, seguro.

Pero nada cambió. O mejor dicho, sí, pero las buenas intenciones le duraron un par de días, porque la relación que mantenían ellos dos parecía nutrirse de aquellas rupturas, seguidas de apasionadas reconciliaciones en las que Nancy volvía a poner a disposición de él el poco dinero que ganaba con sus artículos y colaboraciones literarias solo para, poco después, verse de nuevo defraudada. El día que Farve me pidió que hablase con ella conseguí arrancarle al menos una promesa: si Hamish no cambiaba de actitud, esta vez sí o sí, rompería definitivamente con él.

Durante un par de semanas volvió a ser la Nancy de siempre, la ingeniosa, la divertida. Incluso la siguiente vez que viajamos juntas a Londres a pasar unos días en casa de Diana, la vi prestar mucha atención a sir X. Así llamaba ella a sir Hugh Smiley, un hombre sumamente agradable, pelirrojo, bien plantado, oficial de granaderos y con una situación económica envidiable al que todos auguraban gran futuro como parlamentario. «El sueño de toda suegra», fue el comentario de Nancy cuando, en nuestro regreso a Swinbrook, le pregunté por él.

—A Muv, desde luego, le chiflaría —dijo—. Incluso estoy por apostar que Farve lo invitaría a desayunar sesos y criadillas —ironizó, antes de añadir que sir Hugh le había propuesto matrimonio, a lo que ella respondió que le daría su contestación una vez que acabase de escribir su segunda novela.

—¡Pero si aún no las empezado! —protesté.

—Precisamente por eso. Así me dará tiempo a ver qué pasa con Hamish. ¿Sabes, Woman? Sería tan condenadamente fácil dejarse atrapar en un matrimonio como el que me ofrece sir X... Tengo veintisiete añazos, casi veintiocho. Todas mis amigas se han casado

y están llenas de niños. Es tan tentador eso de tener una vida apacible, desahogada. No me extraña que tantas mujeres opten por ella. Una «vidita», así la llamo yo —ironizó—. Yo también podría ser madre de tres o cuatro criaturas rubias y monísimas, estar casada con un hombre que me adore, dejarme querer y buscarme un par de amantes que me ayuden a sobrellevar el yugo conyugal. Pero no, no soy capaz. Mejor mantener el respeto propio en una digna pero apasionada pobreza, ¿no te parece? Ayer Cecil Beaton, que se empeñó en sacarme unas fotos (divinas, por cierto) para no sé qué revista, me preguntó: «¿Querida, cómo diablos haces para estar así de flaquísima y al mismo tiempo mantener esas mejillas tan sonrosadas?». «Fácil —le contesté—, basta con pasarlo fatal en amores y ser muy hábil con el maquillaje».

***

Poco después de las fotos de Cecil Beaton y de que Nancy comenzara con buen pie su segunda novela (la primera pasó sin pena ni gloria), Hamish volvió a las andadas. Esta vez lo encontraron durmiendo la mona en un parque junto a otros dos amigotes de Oxford. Por suerte, sus padres consiguieron que la noticia no apareciera en las columnas de cotilleos mundanos, pero, por supuesto, todo el mundo se enteró. Cuando una amiga le telefoneó para contárselo, Nancy se encerró una vez más en nuestra compartida habitación sin querer ver a nadie. Recuerdo que eran las cinco, yo regresaba de Oxford de una tarde de compras en Elliston's llena de paquetes, cuando Decca y Deborah, tan oficiosas siempre, me informaron de la situación.

—Llevamos un buen rato con la oreja pegada a su puerta y no para de llorar —dijo Decca.

—Llora así como muy muy bajito —apostilló Debo.

—Sí, como cuando lo pasas *realmente* fatal —fue el veredicto de Decca—. Por si no lo sabes, Woman, el doctor Sigmund Freud llama a esto «llanto de rendición». Según él, el llanto de rendición es más desolado que el llanto de desesperación, porque significa que la paciente lo da todo por perdido. Por eso, en casos como este, a veces ni siquiera lloran, sino que miran así, al infinito, muy lejos, muchísimo rato, como si el alma se les hubiera quebrado. ¿No es así, Debo? Díselo tú. Las dos hemos leído sus estudios al respecto subrayando los pasajes más interesantes.

Las mandé rápidamente a merendar. Lo que menos necesitaba yo (y no digamos Nancy) era dos psicoanalistas adolescentes ofreciendo su diagnóstico. Farve no estaba en casa, pero Muv me esperaba en la salita, muy preocupada.

—Menos mal que has llegado, cielo, eres la única a la que le hace un poco de caso. Vete a ver, yo no he conseguido que abra.

No fue fácil convencerla de que me permitiera entrar, y cuando por fin lo hizo, su aspecto me alarmó. De hecho, no tuve más remedio que darle (en parte) la razón a Decca, a Debo y a sus lecturas del doctor Freud. Perfectamente vestida y peinada, Nancy miraba por la ventana con una serenidad helada. Ni siquiera se giró para hablar conmigo. Simplemente me tendió dos sobres. Uno era azul con el monograma de la familia de Hamish en el remite y el contenido escuetamente decía:

> *Lo siento, querida mía. Todo se ha complicado por esta estúpida petite scène en el parque. Mi padre ha dicho que me cortará en seco los suministros a menos que me marche a Estados Unidos. Me ha conseguido no sé qué aburridísimo trabajo en Nueva York y mi pasaje es solo de ida. Te extrañaré cada minuto de mi existencia. Nadie me ha querido como tú.*

El otro sobre, dirigido a Hamish, contenía una nota redactada con la fácilmente reconocible caligrafía de Nancy. Reparé también en que en la papelera había otros seis o siete folios arrugados y desechados. Se veía que mi hermana había realizado varias pruebas hasta encontrar la caligrafía más firme, la menos doliente antes de escribir. La nota que Nancy me extendió para que leyera decía:

> *Visto lo visto, esto no puede ser más que la despedida definitiva. Como tú elegantemente no has roto nuestro compromiso, lo romperé yo. Que seas feliz, Hamish. Y sí, puedes estar seguro, nadie te querrá como yo.*

—¿Se trata entonces de un adiós? —indagué, y por una vez Nancy no me regañó por preguntar obviedades.

La abracé y le dije lo que suele decirse en estos casos. Que aquello pasaría; que volvería a enamorarse; que dentro de unos meses ni siquiera sería capaz de comprender cómo pudo llorar tanto por un tipo como él; que tenía toda una vida por delante; que, a pesar de la opinión de Hamish, su primera novela había merecido críticas interesantes, que la segunda sería aún mejor. Y puntualicé también que, entre la literatura y sus colaboraciones en prensa, pronto se podría alquilar un pisito en Londres, independizarse, introducirse en el mundo cultural; codearse, por ejemplo, con Virginia Woolf y sus camaradas del círculo de Bloomsbury, convertirse en uno de ellos. Méritos no le faltaban, talento tampoco.

—Incluso podrías —me atreví a bromear— casarte con sir X, tener una *vidita*, un par de hijos rubios, al tiempo que mantienes un montón de amantes y te conviertes en la gran novelista que aspiras ser. Ambos escenarios no solo son perfectamente compatibles, sino que incluso son complementarios. Ya sabes lo que acaba de publicar

la señora Woolf y que tanta repercusión está teniendo. Para que una mujer destaque en literatura, lo primero que necesita es una habitación propia, unos medios y una renta saneada y para eso sir X es perfecto...

Solo entonces Nancy volvió a ser Nancy. Sus ojos centelleaban de lágrimas y furia. Me duele incluso hoy, después de tantísimos años, recordar lo que me espetó. Comenzó diciendo que qué podía saber yo del éxito.

—Al fin y al cabo, querida, ¿cuál ha sido tu única ambición en esta vida? Ser un caballo. Eso es lo que decías siempre de niña, ¿no es así? Aún te recuerdo con seis o siete o incluso diez o doce años relinchando por ahí y haciendo como que trotabas clop, clop, clipity clop... Hay vidas y vidas. Si la tuya te gusta, bien por ti, pero esa, desde luego, nunca será la mía.

A la mañana siguiente muy temprano partió hacia Londres. Ni mis padres ni Nanny Blor, cuya sensata opinión era siempre tenida en cuenta, lograron detenerla. Lo único que dijo antes de marchar fue que no pensaba alojarse en casa de Diana.

—La felicidad ajena —explicitó con una sonrisa amarga— resulta perfectamente insufrible cuando lo único que una quiere es abrirse las venas.

# 8

## Suicidio

—Cielo, parece que no conoces a tu hermana —intentó consolarme Evelyn Waugh cuando lo llamé a su casa de Londres para contarle lo sucedido—. Es igualita a tu padre, ya sabes, los dos, perros ladradores, pero poco mordedores. Venga, no te angusties, déjamelo a mí. No tardaré en averiguar dónde se aloja y luego, en cuanto pueda, iré a verla.

Llamó al día siguiente y las noticias fueron todo menos buenas. Nancy había intentado quitarse la vida. Con el auricular en la mano en medio de la sala de estar, tuve que hacer enormes esfuerzos por disimular, mientras Evelyn al otro lado del hilo me relataba lo ocurrido. Muv leía junto a la chimenea; Tom, que acababa de llegar de Oxford, escribía cartas mientras que Unity, Decca y Debo competían por ver quién completaba antes el puzle gigante en el que estaban enfrascadas. Todo tan normal, todo tan *como siempre*, y sin embargo...

—Dios mío, ¿cómo se encuentra? —me atreví a preguntar a Evelyn, haciendo votos para que mi voz no temblara despertando las suspicacias de nadie. En especial las de Decca o Debo; estas niñas tenían un sexto sentido cuando se trataba de malas noticias.

La voz de Evelyn sonaba diligente, pero preocupada.

—Se encuentra bien, pero será mejor que vengas cuanto antes. ¿Qué hora es en este momento...? A ver... casi las diez y media. Si

te inventas una buena excusa, podrías tomar el rápido de las doce cincuenta y cuatro y llegar a Londres entre las dos y las tres. Nancy está en casa de su amiga Romie Drury Lowe y su marido. Eso, sin duda, le ha salvado la vida, luego te cuento. Anota la dirección...

A las doce cincuenta y cuatro estaba yo en el tren camino de Londres con la excusa más tonta que se me ocurrió. Le conté a Muv que había pasado una noche de perros con un terrible dolor de muelas y que, después de telefonear a nuestro dentista y suplicarle que me recibiera lo antes posible, conseguí que me diera cita para las cuatro.

—Como tienes que hacer noche, tú sí te alojarás en casa de Diana, ¿verdad, querida? —comentó Muv tras recetarme (con su habitual desdén por la medicina convencional) que hiciera gargarismos con ginebra o whisky antes de salir para la estación—. Mano de santo, cielo, ya lo verás —añadió, al tiempo que se disponía a telefonear a mi hermana para advertirla de mi llegada.

Yo, en cambio, tenía otros planes. De ninguna manera quería preocupar a Diana, que estaba en la recta final de su embarazo. ¿Para qué? Cuantas menos personas estuvieran al tanto de lo que había hecho Nancy, mejor.

—No, Muv —atajé con mi sonrisa más inocente—. Mañana pasaré por casa de Diana a darle un beso, pero me gustaría aprovechar mi viaje para visitar a Ketty, se acaba de casar, ¿sabes? Además, vive muy cerca de la estación Victoria.

Ketty Brooks era la única amiga que una muchacha solitaria como yo había tenido de niña. Vecina de Swinbrook, no pertenecía a lo que Farve consideraba «gente como uno», pero yo sabía que podía contar con la complicidad de Muv si le decía que deseaba hacerle una visita. Ella siempre había fomentado esta relación. Más aún

sabiendo que me daba la oportunidad de abrir un poco mi casi inexistente círculo de amigos.

—Muy bien, querida, dale a Ketty un beso de mi parte —dijo, y luego, siempre práctica, añadió—: Pero mira, como mañana vas a ver a Diana, te daré tres o cuatro jerseicitos y unos cuantos patucos que he ido tejiendo para su nuevo bebé. ¿Cuánto dinero llevas? Toma, aquí va media libra más, por si surge algún imprevisto.

Los diez chelines de Muv me vinieron de perlas. Normalmente me muevo por Londres en metro, pero estaba tan angustiada por llegar a casa de Romie Drury Lowe lo antes posible y ver a Nancy, que tomé un taxi. Menos mal, porque los Drury vivían en las afueras de la ciudad, en un lugar apartado y nada fácil de llegar.

—¡Pero miren quién está aquí! —rio Nancy al verme.

Su amiga Romie no se encontraba en casa en ese momento, y ella me recibió en la pequeña pero muy acogedora sala de estar de sus anfitriones, vestida con una primorosamente planchada blusa de seda con lunares blancos y negros, falda oscura y sus mejores zapatos de tacón mediano. Cualquiera diría que estaba a punto de salir para un almuerzo en el Savoy o asistir a una matiné en el Albert Hall. Pero yo sabía descifrar los secretos códigos que se ocultaban tras la elección de la indumentaria de mi hermana. Cuanto más desdichada se sentía, más se arreglaba. «A más adversidad, más *rouge* de Elizabeth Arden», esa era su consigna, y bien que se ponía de manifiesto aquella tarde. Su aspecto era impecable, su peinado perfecto.

—El muy chivato de Evelyn —comenzó diciendo—, ya ajustaré cuentas con él más adelante. ¿De qué sirve, dime tú, tener un confidente y un paño de lágrimas si te traiciona a la primera de cambio? Ten amigos para esto... No sé para qué le conté nada.

Después de todo, ya me ves, aquí estoy, sigo en este valle de lágrimas.

—¿Qué ha pasado, Nancy? ¿Me lo quieres contar?

Ella se encogió de hombros y encendió un Benson & Hedges.

—¿Por qué no? Si no te lo cuento yo, te lo chivará ese traidor de Evelyn. Anoche intenté gasearme. Una sensación deliciosa, por cierto, ni te imaginas, igual que cuando te dan un anestésico. Te juro que nunca más sentiré lástima de esas maestras de escuela que deciden, como yo, meter la cabeza en el horno, y adiós mundo cruel.

—¡Nancy! —la reprendí.

Pero ella continuó con su mejor aire mundano, igual que si relatara una partida de bridge o un set de tenis.

—Ni te imaginas qué paz, qué delicia, la mejor de las borracheras, unos cuantos minutos más, y ya está, eso me dije. Pero de pronto se me ocurrió pensar: ¿qué pasará cuando Romie, que, por supuesto, está embarazadísima (tooodas mis amigas están embarazadas), me encuentre mañana muerta y en una postura tan poco elegante, tirada en el suelo de su cocina y con los ojos fuera de las órbitas? ¿Y si de la impresión resulta que pierde su bebé? ¿Sabes qué hice entonces, Woman? —continuó narrando Nancy—. Saqué la cabeza del horno, me arrastré como una cucaracha hasta mi cama, mareada como una cuba y allí vomité hasta la primera papilla. Eso es lo que hice. Luego, en cuanto logré recuperarme un poco, abrí bien las ventanas y limpié todo, mientras Romie y su marido dormían como querubines. Ninguno de los dos se enteró de nada y ni pienso decírselo por supuesto. ¿Y sabes qué? Ahora que ya pasó, todo es *tan tan* divino... Me siento liberada. Creo que incluso podría volver a ver a Hamish y no sufrir. Me he enterado de que regresa en un par de semanas de Estados Unidos. Por lo visto, allá son tan puritanos y mojigatos, que no han entendido su... estilo etílico —añadió con una

carcajada—. Seguro que en un par de semanas a lo sumo coincidiré con él en alguna de las mil fiestas a las que pienso asistir para celebrar mi resurrección y le saludaré con la punta de los dedos...

—¿No te lo ha dicho Evelyn Waugh? —la interrumpí—. Las cosas están cambiando, Nancy. Se avecinan tiempos duros, la crisis...

—Bah, las crisis... —atajó ella—. Solo preocupan a los lilas y a los aburridos. Siempre habrá fiestas, Woman. Cuanto más dolor, más ganas de divertirse, mírame a mí.

En efecto, la miré. Mi bella hermana, tan diferente a mí en todo. ¿Cómo es ese refrán de que «Hasta parece mentira, pero es cosa señalada que de la sangre pareja salga la cría cambiada?». Nanny Blor, nuestra niñera, decía siempre que en su vida haba visto a siete hermanos tan diferentes. Y tenía razón. En nuestro caso, no nos parecíamos en nada, pero nos adorábamos todos. En especial, yo adoraba a Nancy, la más cercana a mí en edad, mi compañera de habitación durante tantos años. No se puede decir que el cariño fuera mutuo (o al menos Nancy hacía todo por disimular el suyo), pero así de complicados y caprichosos son los afectos. Que se lo digan a ella, si no. Al día siguiente de nuestra conversación, Nancy ya estaba tejiendo estrategias para hacerse la encontradiza con Hamish, y no tardaron en retomar, por enésima vez, su relación. De nuevo comenzó a entregarle el poco dinero que ganaba con sus artículos. Mientras ella ahorraba yendo a todas partes a pie o en autobús, y se dedicaba a hacerle regalos a cuál más caro y extravagante, él, por su parte, al enterarse de la existencia de sir X, le dio a mi hermana un anillo de Cartier como regalo de reconciliación (me pregunto de dónde lo habría sacado. Mucho me malicio que lady Vera, su madre, se llevaría un serio disgusto al abrir su caja fuerte).

Para afianzar aún más su relación con Hamish, Nancy permaneció unas semanas en Londres en casa de Romie (que nunca llegaría a saber lo cerca que había estado de encontrar a mi hermana muerta en el suelo de su cocina). Yo regresé rápidamente a Swinbrook, de modo que fue Evelyn Waugh quien me telefoneó para decir que Nancy y Hamish se habían reconciliado. Evelyn siempre lo sabía todo de todos. No me extraña que sus novelas sean tan perspicaces. Cada una, y en especial la más famosa, *Retorno a Brideshead*, están basadas en lo que veía a su alrededor. «Hay que ir siempre con ojos y oídos bien abiertos, el ser humano es tan fascinantemente imprevisible».

***

Aun así, del siguiente capítulo en la tormentosa relación entre mi hermana con Hamish no me enteraría por Evelyn. Tampoco por Nancy, que cuando llamaba a casa era solo para hablar con Muv y tranquilizarla contándole tres o cuatro vaguedades agradables: que lo estaba pasando fenomenal en Londres; que *Vanity Fair* le había encargado un artículo sobre las carreras de Ascot y *The Tatler,* otro sobre la moda de ir sin sombrero... En resumen, cualquier cosa menos confesar que había vuelto con Hamish. Por eso, y como digo, del siguiente capítulo en tan tormentoso noviazgo me enteré y de pura casualidad a través de Ketty, la amiga en cuyo apartamento me había alojado cuando el penoso episodio del horno.

—Pam, querida —comenzó Ketty, cautelosa, al teléfono desde Londres, tras pedirme que me asegurara de que no había oídos indiscretos cerca y podíamos hablar con libertad—, sabes que soy poco de dimes y diretes, pero creo que debo contártelo. Ayer me encontré con tu hermana Nancy.

—¿Y bien? —la animé a seguir—. Te reconoció, espero. Ya sabes cómo es, muy despistada a veces.

—Claro que me reconoció, pero fingió que no. Y no me extraña, yo hubiera hecho lo mismo en su caso...

Me explicó entonces que Nancy y ella habían coincidido en Fortnum & Mason a la hora del té.

—Compartía mesa con un hombre pelirrojo muy agradable y de unos treinta y muchos años que solo tenía ojos para ella —comenzó relatando Ketty—. No me encontraba lo suficientemente cerca como para oír qué decían, pero a veces los cuerpos hablan más que las palabras. Él, inclinado hacia ella... ella, echada hacia atrás... Él, perseverante; ella, reticente; él, intentando coger su mano; ella, que si mordisqueo un sándwich, que si enciendo un cigarrillo o juego con el mechero, cualquier cosa con tal de tener las dos manos ocupadas... En resumen, resultaba fácil deducir que él trataba de convencerla de algo sin éxito. Nancy se reía, quitando importancia a todo mientras despejaba a córner. Sí, creo que es la expresión que usan los entendidos en fútbol y desde luego es la que mejor describe la situación.

—De pronto —continuó narrando Ketty—, se oyó una carcajada masculina. Una estridente, cruel. Al principio pensé que era el hombre pelirrojo quien reía, pero en ese instante reparé en el otro. Hablo de un hombre de veintipocos años que se encontraba en una mesa a corta distancia de la que ocupaban Nancy y su acompañante. El pelirrojo se inclinó aún más hacia tu hermana ignorando la risa del tipo aquel. Lo tomaría, me figuro, por alguien que se había pasado con el *gin-fizz*. O esa era la impresión que daba, con su tupé castaño revuelto y el aspecto indolente que suelen adoptar los estudiantes de Oxford o Cambridge. Sí, ya sabes

a qué me refiero, uno que parece decir: «¿Qué pasa? Aquí estoy yo, y tengo patente de corso».

Ketty tomó aire antes de proseguir con su relato. Yo escuchaba con atención, y ya barruntaba quiénes serían los personajes de aquel teatrillo.

—Con una segunda carcajada más fuerte que la anterior —narró entonces Ketty— el individuo aquel dejó bien claro que se reía de ambos. «Pero qué *bellllo*», ironizó italianizando el sonido de esa palabra con otra risotada, «Qué *bellllllissimo* es el amor. Esperad, esperad, os voy a poner música de Boccherini», añadió fingiendo tocar el violín. Nancy al oír aquello comenzó a reír. Al principio intentó que no se le notara. Dio una calada a su cigarrillo y exhaló, camuflándose tras el humo, pero la risa se le escapaba por todos los poros. El caballero pelirrojo se puso en pie. Por un momento pensé que iba a pegarle al tipo del tupé. Incluso dio dos o tres pasos hacia él. Pero en el último instante giró sobre sus talones para dirigirse a Nancy. Muy frío y sin levantar la voz, le dijo: «Tan lista como eres, tan independiente y capaz y, sin embargo, ya ves. Debes de ser la única tonta en todo Londres que no lo sabe: este mequetrefe te arruinará la vida y ten por seguro que jamás se casará contigo. Feliz vida de solterona, querida mía».

***

Poco después, y por la propia Nancy, me enteraría del epílogo del episodio que acabo de narrar. Ella me escribió una carta abundando en lo que ya me había contado Ketty y dejándome todavía más preocupada que antes.

*Tras esta encantadora profecía por parte de sir X, ¿sabes lo que hice, Woman? Me largué con Hamish al Slipskin, un nuevo antro de perdición, a bailar hasta que nos dieron las claras del día. Así que ya ves, querida: adiós para*

*siempre a cuatro o cinco hijitos rubios y pelirrojos, a una mansión en una zona carísima, al yerno que a Muv tanto le hubiese gustado y a una «vidita». Adiós a todo lo que pudo ser y no fue, y hola una vez más a los viajes en tren en tercera clase; a las apuestas ecuestres de Hamish y otros caprichos que deberé sufragar con el sudor de mi frente. Y, por supuesto, hola también a fiestas eternas bebiéndonos hasta el agua de los floreros, porque si una no tiene amores felices debe, al menos, poder divertirse. ¿No te parece?*

# 9

## La muerte no suele tomarse vacaciones

Esta no fue mi única preocupación de aquellos días. A principios del año de 1932 que ahora comenzaba, murió Lytton Strachey. Para quienes no lo conozcan, diré que Lytton fue uno de los artistas más interesantes de su época. Poeta, escritor, pintor y autor de un ensayo biográfico que aún hoy se considera icónico en su género. Él y su compañera de vida, la pintora Dora Carrington, se habían hecho grandes amigos de mi hermana Diana y de su marido Bryan y ambos pertenecían al círculo de Bloomsbury en el que militaban las mentes más brillantes de la época. Dora se había enamorado perdidamente de Lytton, a pesar de saber que era homosexual y de que jamás podría corresponderla. La fidelidad amorosa no era una de las características más destacadas del grupo (de hecho, los tríos, los cuartetos y otras relaciones más poliédricas eran la norma), pero Dora solo veneraba a Lytton y lo cuidó con total entrega hasta que el cáncer de estómago contra el que luchaba desde hacía años le ganó la partida.

Dora cayó entonces en depresión. Su carácter frágil y retraído como el de un elfo hizo que se atrincherase sin querer ver a nadie en la casita de campo cercana a Londres que ambos habían compartido. Sus amigos de Bloomsbury, que conocían su fragilidad, hacían turnos para consolarla, y sobre todo Virginia Woolf y su hermana Vanessa la visitaban con frecuencia. Bryan y Diana, que tan

amigos se habían hecho de Dora y Lytton en sus últimos meses, y cuya propiedad, Biddesden, se encontraba a tiro de piedra de la casa de la pareja, también estaban pendientes. Dora tenía algo especial que hacía que todos quisieran protegerla, pero nada parecía animarla. Para que se distrajera, Bryan le encargó pintar, en una de las ventanas de Biddesden, un trampantojo como regalo sorpresa para Diana, que acababa de dar a luz a Desmond, el segundo hijo de ambos. También yo me encariñé con Dora. Imposible no hacerlo. Con sus ojos levemente estrábicos y una desordenada melena cortada a lo paje, que le confería el aspecto de niña desvalida, esta artista brillante se hacía querer.

Más o menos por aquellas mismas fechas, Bryan y Diana me hicieron un espléndido regalo. La posibilidad de administrar y llevar los asuntos de una granja aneja a Biddesden, una tarea que me permitía dedicarme a la vida campestre que tanto me gustaba. A esto se añadía la posibilidad de ganar un dinero que me facilitara independizarme un poco de mis padres, amén de vivir cerca de Londres y disfrutar de la compañía de gente interesante como Dora y sus fascinantes amigos del círculo de Bloomsbury. Congeniamos enseguida ella y yo. Las dos éramos reservadas, tranquilas, amantes de los animales y de la vida al aire libre. Y nuestra amistad se hizo más fuerte después de que la muerte de Lytton la sumiera en la desolación.

—También esto pasará —me esmeré en animarla repitiendo lo que le había dicho un par de semanas atrás a mi hermana Nancy—. Tú céntrate en tu pintura, que es deslumbrante y muy original, y ya verás como pronto te sentirás mejor.

Pero la tristeza de Dora iba en aumento. A veces ni siquiera lograba levantarse de la cama. Lo único que parecía abstraerla de su

pena era pintar aquel trampantojo que Bryan le había encargado como regalo para mi hermana.

—Diana es muy afortunada —me comentó Dora un día mientras yo admiraba cómo iba dando forma a su obra. Se trataba de un paisaje pintado en el falso vano de una de las muchas ventanas de la propiedad, de modo que pareciera que a través de ella podía verse a una muchacha que pelaba una manzana junto a un gato, tan real, que daba la sensación de que en cualquier momento iba a saltar sobre nosotras—. Sí, *muy* afortunada —enfatizó Dora—. Un hombre como Bryan es casi imposible de encontrar. Lytton decía que es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja a que un rico tenga verdadera sensibilidad artística —recordó tristemente—. Pero no es el caso de Bryan... ¿Le has oído recitar sus últimos poemas? Recuerdan a los de Keats.

Exageraba, naturalmente. Es cierto que Bryan, con su forma de ser templada y dulce, estaba lejos de parecer lo que realmente era, uno de los hombres más ricos de Inglaterra, pero de ahí a ser un Keats... Empeño sí que ponía y también corazón, aunque el resultado no siempre fuera deslumbrante. En todo caso, yo no podía estar más de acuerdo con Dora, Diana lo tenía todo. Belleza, inteligencia, curiosidad intelectual, dos niños que eran un sueño y, además, una situación económica privilegiada que le permitía llevar una vida social interesante con amigos muy distintos entre sí. Unos eran artistas e intelectuales como Dora y Lytton; otros, multimillonarios como la familia de Bryan; o poderosos y muy influyentes, como nuestros primos, los Churchill, que se dejaban caer con frecuencia por Biddesden o los visitaban en su casa de Londres. Y, por si todo esto fuera poco, tenía un marido que la adoraba, pendiente de todos sus deseos. ¿Qué más se le puede pedir a la vida?

—Cierto —comentó Dora mientras daba las últimas pinceladas a su mural—, ¿pero te has fijado en el brillo gris que tienen a veces los ojos de tu hermana?

—¿Brillo gris? —repetí sorprendida.

—Sí, metálico, mate. Cuando una está hundida, como es mi caso, adquieres una sensibilidad especial para detectar insatisfacción en otros. Pero, bueno —se apresuró a sonreír, encogiéndose de hombros, lo que le confirió un aire más aniñado que nunca—. No me hagas demasiado caso, quizá sea solo una impresión mía. ¿Te importa ayudarme a mezclar estos colores? Lytton lo hacía siempre, y yo...

Al recordar a su gran amor los ojos se le llenaron de lágrimas. Dora trató de enjugarlas con el revés de la mano, pero lo único que consiguió fue embadurnarse la cara de pintura roja.

—Qué tonta soy, apuesto a que ahora se puede ver cómo estoy por dentro: en carne viva.

***

Apenas unos días después, Dora le pidió a mi cuñado Bryan que le prestara una de sus escopetas. Según explicó, los conejos estaban invadiendo su pequeña propiedad, y muy a su pesar no tendría más remedio que hacer algo al respecto.

Dios mío, ¿cómo no me di cuenta? Dora amaba a los animales tanto o más que yo, jamás les habría hecho daño. ¿Por qué no sospeché, cómo pude estar tan ciega? Aún no me lo explico.

Aquel día, como tantos otros, pasé por su casa para recoger a Dora. Habíamos convertido la pintura del trampantojo en casa de Diana y Bryan en nuestro ritual mañanero: ella pintaba, yo la ayudaba, le mezclaba los colores, charlábamos, lo pasábamos bien juntas. Dora era de esas personas con las que uno puede estar a

gusto hablando como sin articular palabra. Amaba el silencio... tanto que, a veces, se abstraía olvidándose incluso de dónde estaba o de lo que tenía que hacer. Por eso, no le di importancia a que no acudiera cuando le toqué el claxon desde el exterior. Y al entrar en la casa para avisarle, tampoco me llamó especialmente la atención la extraña calma que allí reinaba.

—¿Dora? Dora, querida, ¿dónde estás? —la llamé.

No estaba en la cocina y tampoco en la salita. El silencio era total, perturbado apenas por un zumbar de moscones que provenía de su dormitorio. La puerta estaba entreabierta y desde fuera alcancé a ver dos. Verdes y pesados, revoloteaban encima de donde estaba la cama, aunque el ángulo visual que tenía solo me permitía ver el cabecero.

Toqué suave, y al no recibir respuesta, entré.

Entonces la vi. Como una novia, toda vestida de blanco, el color favorito de Lytton. Dora yacía en el lecho que jamás había logrado compartir con su amado.

Los moscones zumbaban cada vez más bajo. Si yo no lo impedía, pronto se posarían sobre su vestido blanco maculado de rojo. O peor aún, sobre su rostro pálido, como el de un espectro

Corrí hacia ella. Dora se había disparado en un costado y las moscas se estaban dando un festín con el amasijo de vísceras que emergían sanguinolentas, negras. Y mientras tanto, un viento helado que entraba por la ventana mecía las sábanas, y su infantil flequillo. Agonizaba. Sus ojos desmesurados me miraban y en sus labios había algo muy parecido a una sonrisa. Murió en mis brazos.

***

Llamé a la policía, también a Diana y a Bryan, que se encontraban en Londres y se pusieron en camino de inmediato. Un par de horas

más tarde los tres nos encontrábamos en la cocina de la granja que ambos me habían permitido regentar para cumplir mi sueño de emanciparme de mis padres. Bryan, propietario del arma con la que Dora se había quitado la vida, caminaba arriba y abajo a grandes zancadas sin saber ni siquiera qué hacer con las manos, a veces las llevaba a la espalda, otras se mesaba el pelo. Estaba pálido, desencajado. Diana aún más y no paraba de llorar. Nunca había visto a mi hermana en tal estado. Intenté consolarla, pero se zafó de mi abrazo y salió de la habitación. Cuando la seguí vi que, sin importarle la lluvia que caía con fuerza, se había sentado en la escalera de piedra de la entrada abrazada a sus piernas y sollozando.

—Dios mío, Woman, aún no lo puedo creer, ¿cómo ha podido pasar...? Mi vida me parece absolutamente inútil y vacía. No le encuentro sentido, yo...

—También esto pasará —repetí con mi fórmula habitual—. Además, no seas niña, Diana; es lógico que una muerte terrible como la de Dora te impresione. Pero piensa un poco. Apenas os conocíais. Un año, a lo sumo. Por otra parte, como ella misma dijo una vez, tú lo tienes todo. Todo, querida. No tientes a la suerte.

Diana levantó la cabeza y me miró entre lágrimas.

—¿Qué sabes tú, Woman? ¿Qué sabe nadie de la vida de nadie? Cada vida es un mundo y un misterio.

***

Aquel mismo mes de marzo, durante una cena de gala a la que estaban invitados Bryan y ella, a Diana la sentaron al lado de alguien que empezaba a dar mucho que hablar.

—¿No se acuerda usted mí? —comenzó él—. Soy Oswald Mosley, coincidimos el verano pasado en las carreras de Ascot. Vestía usted

de gris claro y su sombrero y sus guantes eran malva.

Diana dijo que lo sentía mucho, pero que no lo recordaba. Según contaría años más tarde en sus memorias, el señor Mosley, al menos en ese momento, no le llamó la atención. Tampoco es de extrañar. Alrededor de Diana no escaseaban precisamente los hombres guapos y obsequiosos. Sin embargo, a continuación, su compañero de mesa, que aparentaba ser unos catorce años mayor que ella, comenzó a hablar, y Diana ya no pudo despegar la vista de él.

«¿Qué le diría?», me he preguntado muchas veces. Personalmente, sir Oswald Mosley, líder del partido fascista británico, nunca me pareció fascinante, pero es obvio que estoy en minoría. Los millones de personas que poco después se convertirían en sus votantes, atestiguan lo contrario. «Emanaba seguridad —dejaría escrito Diana al recordar el primer encuentro—. Sabía exactamente qué había que hacer para acabar con el desastre económico en el que Inglaterra se encontraba inmersa. Solo él podía poner fin al paro generalizado. Lúdico, lógico, lleno de fuerza, Oswald me convenció enseguida. Él era el único que podía dar respuesta a todo».

Dudo que en aquel primer encuentro Diana extrajera todas estas conclusiones que acabo de citar. Pienso más bien que fue su aplomo y sobre todo su físico los que la conquistaron. Alto, de complexión atlética y con un aspecto más latino que anglosajón, este descendiente de una antigua familia de barones (riquísima, por cierto) no pasaba inadvertido. Y el caso es que atraía por igual a un público femenino como masculino. A ellos, porque percibían en él un líder nato, algo especialmente atractivo en tiempos revueltos. Y a las mujeres, porque además de sus cualidades como adalid político, daba la impresión de ser un emisor sin límite de feromonas. De esas que excitan la pituitaria, una cualidad tan primitiva y ancestral como irresistible.

Recuerdo que cuando Diana me habló de su encuentro con Oswald Mosley, no presté especial atención. Después de todo, mi hermana, que tenía una vida social intensa, conocía a personas interesantes y llamativas todos los días.

—Tenemos que ir juntas a uno de sus mítines —propuso ella—. Siento mucha curiosidad por ver qué dice, qué hace y cómo reaccionan los asistentes. Fascinante.

—¿Vendrá Bryan? —quise saber yo.

—Bah, ¿para qué se lo voy a decir? —respondió con una sonrisa que me pareció dolida—. ¿Para que me pregunte qué rayos se me ha perdido en una manifestación fascista? Parece que no lo conoces, Woman, a Bryan lo único que de verdad le interesa es sentarse bajo un árbol en Biddesden y escribir versos. Una actividad, me temo, que solo es romántica para el poeta, no tanto para los que tiene a su alrededor. Por lo menos en mi caso, preferiría a mi lado a alguien menos etéreo, más con los pies en la tierra. Hay que comprometerse con los tiempos que uno vive. Vendrás conmigo, ¿verdad, Woman? Anda, prométemelo.

Claro que se lo prometí. Me alegraba verla tan animada por primera vez desde la muerte de Dora Carrington. Sus ojos volvían a brillar, y no con aquel destello metálico plomizo mencionado por nuestra malograda amiga antes de quitarse la vida.

—¿Qué tal si le decimos a Evelyn Waugh que nos acompañe? —planteé yo—. Casualidades de la vida, supongo, pero lo cierto es que la primera persona que me habló de Mosley fue él. Incluso propuso que asistiéramos los tres a un mitin. Pero lo tomé como un pretexto. Ya sabes cuánto le gusta a Evelyn encontrar excusas para verte. Ahora en cambio no me parece tan mala idea decirle que nos acompañe, tener un hombre cerca no está de más cuando se trata de adentrarse en tumultos callejeros.

—No necesitamos a un hombre para nada —descartó Diana—. Y menos a Evelyn. Se ha vuelto pesadísimo. Está todo el día enviándome por correo postales de madonas italianas y vírgenes barrocas con el niño en brazos. No sé si será porque se le ha ocurrido hacerse católico (llevaba tiempo coqueteando con la idea), pero le he dicho que pare ya de tonterías. Mejor vamos tú y yo solas, aunque... ¿sabes? Se me está ocurriendo que también se lo podemos decir a Bobo. ¿Su dormitorio en Swinbrook sigue tan tapizado de fotos de Hitler y Mussolini como la última vez que lo vi?

—Más, si cabe. Estuve en Swinbrook el fin de semana pasado y acababa de llegarle por correo una esvástica nueva y más grande que la anterior.

—¿Tú crees en el destino, Woman?

—Si lo dices porque Bobo se llama Unity Valquiria en recuerdo de que nuestros padres la concibieron en aquel pueblito canadiense de nombre Esvástica, la respuesta es no. La vida está llena de casualidades, pero la mayoría son solo eso, coincidencias, no profecías.

—No estoy pensando ahora en Unity...

—¿Ah, no? ¿En quién, entonces?

—En nadie... Déjalo, solo son bobadas mías. ¿Me acompañarás? Los desahucios y despidos masivos se multiplican, la crisis económica mundial no tiene precedentes y nosotras...

—¿... Y nosotras vamos a arreglar el mundo asistiendo a una manifestación fascista? —la interrumpí—. Mucho confías tú en ese señor Mosley.

—Ni confío ni dejo de confiar —se impacientó Diana—. Pero está claro que los tiempos difíciles requieren de líderes fuertes y con mano firme. Es una ley natural que se cumple inexorable: ocurre lo

mismo en el mundo animal. ¿Y qué somos nosotros sino simios un poquito más evolucionados?

***

Antes de que Diana, Unity y yo nos vistiéramos *ad hoc* para asistir a una concentración fascista que iba a celebrarse en la ciudad un par de semanas más tarde, nos tocó —en consonancia con la vida de contrastes que siempre caracterizó a la familia Mitford— vestirnos de lamé, gasas, plumas y demás para participar en un ritual social inexcusable. Había llegado la hora de que Unity, a punto de cumplir dieciocho años, se pusiera de largo, con los muchos gastos que aquello suponía para una familia con estrecheces económicas. Nuestra casa de Londres estaba una vez más alquilada para hacer frente a las deudas del último fiasco empresarial de Farve (esta vez la importación de no sé cuántos miles de pares de medias de nailon italianas, que salieron defectuosas). No podíamos contar, por tanto, con los elegantes salones de Rutland Gate para celebrar su fiesta de debutante. Por eso Muv, resolutiva siempre, decidió alquilar una casita muy mona en un barrio elegante durante los cuatro o cinco meses que suele durar la *season.* Así llamaban entonces a la temporada social que arrancaba con la presentación de las debutantes en Buckingham Palace en compañía de sus padres y hermanos.

Una vez cumplimentado este primer rito iniciático, cada familia organizaba su particular agasajo (en el que había que tirar la casa por la ventana y competir en derroche y fastos con otros padres, ansiosos todos de que su niña fuese la debutante del año). A partir de aquel momento y hasta el fin de la *season*, que duraba hasta bien entrado el verano, se sucedían bailes, ágapes, fiestas de disfraces, kermeses, tés danzantes, óperas al aire libre, carreras de

Ascot, el Gran National, cenas, almuerzos, campeonatos de tenis, de croquet, de golf y demás actividades, hasta la extenuación de la debutante y más aún de sus madres, grandes sacerdotisas de tales eventos.

Y, como es lógico, cada ocasión requería su vestimenta específica sin repetir jamás atuendo, por lo que había que hacerse con un enorme y variadísimo vestuario. Y no solo la debutante, también su madre, sus hermanas, sus tías y toda la parentela femenina que participaba gira que te gira, en aquel inacabable (y carísimo) carrusel de vanidades. Entre las acompañantes, a algunas les divertía muchísimo ir de sarao en sarao, como a mi hermana Nancy, por ejemplo. Otras, en cambio, como Muv y yo, nos aburríamos como setas en nuestra labor de acompañantes, por lo que acabábamos dormitando disimuladamente —o no tan disimuladamente— en alguna indómita sillita hasta que el baile llegaba a su fin al clarear el día. Y todo esto había que acometerlo sin más queja que un disimulado bostezo, porque los ritos sociales son inmisericordes y cualquier patinazo, bien de actitud, bien de vestuario o de lo que fuera, podía significar que la debutante quedase de alguna manera señalada por el desdoro, el consiguiente desprestigio y quién sabe si también —horror de horrores— hipotecando sus posibilidades de encontrar un buen partido.

—Como si a mí me importaran un güito todas estas bobadas —bostezó Unity mientras Muv y yo supervisábamos la última prueba de su atuendo de debutante. Un vestido de brocado color melocotón que poco hacía, la verdad, por camuflar la rotunda anatomía de Bobo.

—¿Qué tal si le cogemos unas pincitas en el talle? Te va a quedar muchísimo más mono —sugirió diplomáticamente Muv, al ver todo aquel despliegue de melocotón maduro.

Pero Unity tenía sus ideas muy claras y dijo que ni hablar, que en todo caso había que soltar un par de pinzas para que hubiera más tela.

—Y desde ya os lo aviso —añadió acto seguido, incluyéndome en su admonición— que ni muerta pienso ponerme en el pelo esta antigualla de broche familiar que habéis traído. Lo que yo quiero es aquella tiara. —Y le enseñó a una consternada Muv una especie de corona de piedras falsas de colorines que la modista había sugerido para completar el conjunto—. ¿A que queda sensacional? Ya podéis dar gracias de no me dé por llevar a Ratular a modo de estola.

***

De Ratular, su rata blanca de compañía, por suerte nos salvamos. Al menos aquella vez. La fiesta que Muv y Farve organizaron para ella resultó muy divertida, y Bobo con su atuendo melocotón y su diadema de colores causó sensación (Londres entonces estaba ávida de novedades y si a alguna debutante le daba por la excentricidad, mejor, más material para las columnas de chismorreos). A mí se me humedecieron los ojos al verla tan feliz y siendo el centro de todas las miradas. Incluidas las de Farve que, embutido en un frac que había conocido lustros mejores, al contemplarla hizo centellear un par de veces sus aterradores ojos, pero luego también él se emocionó, y con un «¡Mi niña!», que acompañó de un paternal achuchón, casi tumba la tiara de colorines. Porque, por imponente que fuera su aspecto y con sus seis pies de altura, Unity tenía algo de infantil que desarmaba. Había que verla aquella noche, tan radiante, hablando y riendo con todos. Y, sin embargo, es necesario precisar también que, pese a que todos los chicos querían al principio sacarla a bailar, ninguno repetía.

—Lógico y normal —fue el veredicto de Decca, que a sus casi quince años no podía asistir a la fiesta, pero que se las arregló para, junto con Deborah, espiarlo todo desde el descansillo superior de la escalera o escondida tras alguna cortina—. Bobo es demasiado bistec para tan poco arroz.

—¿A qué te refieres? —le pregunté, al descubrirla por tercera vez agazapada detrás de un biombo japonés para, según ella, «aprender de qué va el mundo».

—¿No lo ves? —me explicó—. Bobo los apabulla a todos. Para empezar, es palmo y medio más alta que la mayoría de ellos. Y eso a los chicos no les gusta, lo he leído en un libro muy interesante que se llama *Unas cuantas verdades incómodas sobre el apareamiento de las especies.* Por otra parte, ella siempre dice lo que piensa, y eso da mucho canguelo a los hombres. ¡Ah...! —suspiró, entre profética y soñadora—. No le va a ser nada fácil encontrar un hombre que esté a su altura, acuérdate de lo que te digo. ¡Y resulta tan poco sexi tener que conformarte con cualquier lechuguino solo por el qué dirán!

—¿No lo crees tú así, Woman? —intervino Deborah, que andaba también por ahí enredada en unos visillos.

Les ordené que abandonasen su puesto de espionaje de inmediato y se fueran a la cama. De buena gana me habría ido yo también. Eran casi las cuatro de la madrugada y me moría de sueño. Por fin, después de protestar y remolonear lo suyo, obedecieron, pero no sin que antes Decca añadiese:

—Acuérdate de lo que te digo, Woman. No sé si esto lo menciona el doctor Freud en alguno de sus estudios, pero en todo caso es una verdad como un piano: una chica, para enamorarse, tiene que mirar a un hombre de igual a igual. O, en el peor de los casos, de abajo

hacia arriba, pero *jamás* de arriba hacia abajo. Así es como funciona la cosa, pura biología.

No debía de andar muy descaminada Decca, a juzgar por lo que ocurrió a continuación, porque Unity, al día siguiente, tras declarar que todos los chicos que había conocido le parecían unos plomos redomados, añadió que el panorama social londinense era de un aburrimiento supino y que, de ahí en adelante, se dedicaría a añadirle «tabasco al asunto».

Y dicho y hecho. Porque a salsear a diestro y siniestro la *season* londinense se entregó a partir de aquel día. En una nueva recepción a la que tuvo la suerte de que la invitaran en Buckingham Palace, por ejemplo, se esfumó tras el besamanos para reaparecer media hora más tarde con su vestido (de chifón verde manzana en esta ocasión) bastante más henchido a la altura de las caderas que cuando entró a palacio. El porqué de aquella protuberancia no se descubriría hasta que, días después, varias de sus amistades, amén de nuestros primos, los Churchill, e incluso el propio Farve, empezaron a recibir cartas escritas con la grande y redonda caligrafía de Unity.

La de nuestro padre, por ejemplo rezaba así:

*Querido Farve,*

*Espero que al recibo de la presente no te caigas al suelo del julepe ni hagas rechinar tu dentadura. Como la hija obediente que soy, llevo semanas haciendo todo lo que se espera de una debutante modélica: bailar con este, ser simpática con aquel, coquetear con el de más allá, y así hasta la náusea y más aburrida que un clarinete en un velorio. Cuando acabe esta turné infernal a la que la sociedad condena a chicas como yo, volveré a nuestra casa de Swinbrook, a mis pantuflas, a mis cruces*

*gamadas y, por supuesto, también a ganarte al ajedrez como de costumbre. Mientras tanto, recibe el amor de esta que lo es,*

*Tu hija Bobo*

Farve, en efecto, casi se cae de la silla al recibir estas líneas, pero no por su contenido, sino por el continente.

Ahí fue cuando nos enteramos de que, durante su anterior visita a Buckingham, Bobo había logrado colarse en la biblioteca privada de Su Majestad Jorge V, donde procedió a birlar un buen mazo de papel de cartas y sus respectivos sobres, como bien atestiguaba el membrete con corona real que podía verse en la parte superior de la misiva dirigida a Farve. Decir que este descubrimiento le hizo soltar espumarajos por la boca es quedarse corto. Jamás lo había visto tan fuera de sí. Jamás, hasta que tuvieron lugar las siguientes trastadas de Unity... Ahora mismo no recuerdo si la primera fue la de la serpiente, la del yoyó o la de los campeones de lucha libre, pero la revista *The Tatler* —publicación más que acostumbrada a hacerse eco de las ocurrencias de los llamados Jóvenes Rutilantes— tituló de este modo el artículo en el que compendiaba sus andanzas:

UNITY MITFORD: HA NACIDO UNA ESTRELLA DEL «BURLESQUE»

Por su parte, los periódicos de información nacional, incluso los más complacientes con las excentricidades de los ricos y privilegiados, se hicieron asimismo escandalizado eco. He aquí uno de los muchos artículos aparecidos por aquellas fechas.

¿HASTA CUÁNDO?

Unity Valquiria Mitford compendia todo lo que hay de censurable en las clases privilegiadas. Según ha podido averiguar este periódico, miss Mitford, debutante

recién presentada ante Su Majestad el Rey, es admiradora confesa de Mussolini y Hitler, cuyos retratos y eslóganes, amén de esvásticas y fasces, adornan su elegante dormitorio de niña bien. A pesar —o quizá a causa— de sus inquietantes inclinaciones políticas, desde su presentación en sociedad, miss Mitford no ha dejado de dar la nota. Después de pasar por Buckingham dejando infausto recuerdo de su pésima educación, le ha dado por asistir a fiestas y bailes con una serpiente viva enroscada al cuello a modo de estola. El otro día, sin ir más lejos, cuando sus amigos le pidieron que por favor dejara al ofidio en el vestuario, contestó que sí, que de acuerdo, que así lo haría porque Enid era muy dócil y se quedaría roque enseguida sin apenas molestar a los encargados del guardarropa. Pero, a continuación, advirtió que desde ya avisaba que a la próxima fiesta en casa de lord y lady X acudiría con su rata gigante y que Ratular era mucho menos acomodaticia. «Tía Clementine Churchill, por ejemplo, me tiene prohibido llevarla a su casa porque se zampa los puros habanos de tío Winston», explicó impertérrita.

Esta joyita con la que ahora cuenta la buena sociedad británica ha declarado asimismo que todos los potenciales novios que ha conocido, de momento, le parecen insufribles, de ahí que cuando alguien la saca a bailar, se dedica a jugar al yoyó por encima del hombro de su pareja para paliar su mortal tedio. Se cuenta también que el último viernes, en el baile ofrecido por los duques de XX, miss Mitford se escapó por una ventana para asistir a un combate de lucha libre en el Soho, de donde regresó cuando comenzaba a amanecer, con su vestido (lila y blanco, según nuestros informantes) tachonado de sangre y sudor. Aun así y tal como hemos apuntado más arriba, paralelamente a estos y otros infantilismos insufribles, Unity Valquiria, familiarmente conocida como Bobo, aplaude todo lo que está ocurriendo en el Continente con la irresistible ascensión del fascismo, según ella, la solución a todos los problemas de nuestra época. Apañados vamos.

Así era mi hermana Unity por aquel entonces. Pasaba sin pestañear del vestido de lamé a la camisa parda; y de robar papel de carta en Buckingham Palace a estudiarse a fondo el ideario de Mussolini.

Hablando de idearios, 1932 se revelaría como un año crucial tanto en la vida de Unity como en la Diana. Mientras nuestra hermana Nancy continuaba con su autodestructivo romance con Hamish y yo, con mi eterno idilio con la vida apacible en el campo, Diana y Bobo se convertirían en inseparables. Por razones que ahora me dispongo

a narrar, ambas convergirían en un mismo camino: el que, en media Europa, comenzaba a trazar el fascismo.

# 10

## DOS HERMANAS Y (CASI) UN MISMO DESTINO

Estoy segura de que a Sigmund Freud le hubiera encantado estudiar sus casos. Hablo ahora de Diana y de Unity, pero también y por extensión del resto de mis hermanas. Conociendo la predilección por la cultura clásica del doctor Freud, estoy por apostar que al verlas habría acuñado algo así como el síndrome de Clitemnestra y Helena para hablar de las dinámicas que se establecen en las relaciones entre hermanas. O tal vez podría haber hablado del síndrome de las Moiras porque, según he leído por ahí, en la mitología griega se denomina así a unas míticas hermanas que hilaban, medían y cortaban el hilo del destino de los humanos. No digo yo que las Mitford llegáramos a tanto. Pero en las relaciones entre hermanas hay mucho amor a la vez que rivalidad; admiración y envidia; deseos de emulación al tiempo que un ansia desesperada por ser diferente, única. Y estas dinámicas son las que hacen que, al competir entre ellas, alcancen, como en el caso de mis hermanas, metas fuera de lo común. Yo, en cambio, no cuento. Como bien decía Nancy, mi única ambición desde niña fue convertirme en caballo (y casi lo consigo, ya lo comprobarán más adelante).

El gran amor de mi vida se enfada cuando escribo este tipo de comentarios. «Harías bien en aprender de tus hermanas», me dijo Giudi (ese es su nombre, el más bello del mundo para mí) cuando le mostré este pasaje. «Ellas en sus autobiografías bien que se cuidan

de hablar solo maravillas de sí mismas. Todo el mundo lo hace, cielo, es lo natural. Eso de "el que se humilla será ensalzado y el que se ensalce será humillado" es muy evangélico y todo lo que tú quieras, pero en la vida ocurre lo contrario. El que no se ensalza queda como un bobo y un descafeinado».

Ya intentaré convencer a Giudi de que se equivoca y que ser fiel a la verdad y a mí misma es la única manera de hablar del pasado y contar lo acontecido. Pero, de momento, volvamos a nuestra historia. ¿Por dónde iba? Ah, sí, déjenme que les cuente ahora cómo ese curioso síndrome admiración-rivalidad que tanto se da entre hermanos se manifestaba en el caso de Unity y Diana. Se llevaban algo menos de cuatro años y las dos eran altas, rubias, de ojos casi transparentes; tenían las mismas extremidades gráciles y largas. También la forma de la nariz, el mentón, la frente y el óvalo de la cara eran similares, solo que en el caso de Diana resultaban deslumbrantes y en el de Unity descompensadas, toscas. A pesar de que los ojos de una y otra eran del mismo tono de azul, los de Diana almendrados y chispeantes resultaban magnéticos mientras que los de Bobo, más pequeños, caían por los lados dándole un aire de cachorro triste. En cuanto a las orejas y la frente o la barbilla ocurría al revés: las facciones de Diana eran delicadas; las de Bobo, grandes, como dibujadas con trazo grueso. En resumen, Unity era la mala copia de su hermana mayor, y eso explica mucho de lo que estaba a punto de suceder en sus vidas.

A esta circunstancia de ser tan parecidas, hay que añadir un elemento de puro azar que me dispongo a contar ahora. Ocurre todos los días: al salir de casa, girar a la derecha en vez de a la izquierda; tomar un taxi o tomar el bus; quedarse en casa leyendo un libro o acompañar a un amigo de paseo... estas y otras nimiedades cambian nuestro destino. A la suerte le encanta ese tipo

de momentos decisorios y en la vida de mis dos hermanas estaban a punto de producirse varios de estas características.

***

—¿Recuerdas, Woman...? —me preguntó Diana por teléfono desde su casa de Londres—. ¿Recuerdas lo que me prometiste antes de la puesta de largo de Bobo? Bien, pues ha llegado el momento. Acabo de leer en *The Times* que el próximo jueves, en un antiguo teatro no muy lejos de los Docklands, se celebrará un mitin de la UBF.

—¿La U. B. qué? —repetí, despistada, porque la llamada de Diana me había pillado de visita en Swinbrook, en casa de Muv y Farve, preparando mermelada de naranja amarga con Decca y Deborah como pinches.

—De la U-B-F —deletreó Diana al otro lado del hilo—, la Unión Británica de Fascistas, que lidera sir Oswald Mosley.

—¿¿¿Mosley??? —intervino Decca, que tenía oído de tísica cuando se trataba de captar conversaciones ajenas—. ¡Pero si ese es peor que Adolf Hitler! Deberías haber oído las cosas que soltó ayer en una entrevista que le hicieron en BBC Radio. Poco le faltó para arengar a las masas a tomar el Big Ben.

—Calla, Decca —la regañé—, y no dejes de revolver la olla, que se nos quema la mermelada. —Y continué dirigiéndome ahora a Diana al otro lado del hilo telefónico—: Sí, ya sé lo que hablamos antes de la fiesta de Unity. Pero pensé que se te había pasado la ventolera. ¿Qué se nos ha perdido a ti y a mí en una concentración fascista?

—Te lo dije entonces y te lo repito ahora, Woman. No se puede vivir de espaldas a la realidad. Estoy preocupada por lo que está pasando con nuestro país. Y tú también deberías estarlo. Mira —se impacientó de pronto—, si no quieres venir, iremos solas Unity y yo, ella *sí* que tiene sensibilidad social.

—¿Quieres decir —bromeé— que Bobo tiene sensibilidad social de lunes a jueves y los fines de semana se la deja en casa para asistir a bailes, fiestas y kermeses con su serpiente enrollada al cuello?

—La tiene *siempre*, Woman. De hecho, todas esas extravagancias suyas con los chicos no son más que su forma de protestar contra un tipo de vida que deplora.

—Mi Bobo favorita es la que se dedica a hacer gamberradas —intervino Decca, metiendo su cuchara en la conversación. Acababa de delegar en Deborah la tarea de revolver la mermelada y pegaba ahora la oreja a escasas yardas de donde estaba yo al teléfono)—. A esa otra Bobo —continuó—, la que le da por recitar discursos de Mussolini, no hay quien la soporte. Así que ni se te ocurra, Woman —añadió, abriendo teatralmente los ojos—, ir con ella a ningún mitin. Seguro que los fascistas son como esos tipos que regalan caramelos envenenados a los niños.

—¿Qué tonterías anda diciendo Decca por ahí detrás? —se enojó Diana—. Haz el favor de mandarla a su habitación a sacar lustre a su hoz y a su martillo. —Y luego añadió—: Vendrás conmigo, ¿verdad, Woman? Te necesito.

En ese momento no alcancé a comprender qué quería decir con aquel «te necesito», pero ¿cómo fallarle? Nunca he sabido decir que no a mis hermanas. De hecho, es mi virtud más destacada (y también la que me ha metido en más embrollos).

—Claro que iré —claudiqué—. Incluso puedo recoger a Unity de camino a tu casa de Londres. Ahora mismo está pasando el fin de semana con los Churchill. Seguro que lograré convencer a Muv para que me preste su coche. ¿Qué día es esa famosa concentración?

—¡Sabía que podía contar contigo! Es el jueves. Ya verás como no te arrepientes. Gracias, querida.

***

—¿Estás segura de que es aquí? —le pregunté a Diana en cuanto nos apeamos del bus que nos había llevado hasta las inmediaciones de los Docklands. Nos encontrábamos en uno de los suburbios más industriales de la ciudad, una zona desconocida para nosotras. Las calles estaban silenciosas, como abandonadas. Diana intentaba orientarse con un plano que había comprado antes de salir, pero ni siquiera sabíamos si dirigirnos hacia el norte o el sur para llegar a nuestro destino—. ¿Y si estamos yendo en dirección contraria? ¿No habrá por aquí nadie a quien podamos preguntar?

Como si mis palabras fueran un conjuro, de pronto la calle comenzó a llenarse de gente. Venía de todas las callejuelas adyacentes. Emergía de las bocas de metro, algunos llegaban en bicicleta, pero la mayoría a pie con la misma cara de despiste y expectación que mis hermanas y yo. Los ingleses tenemos fama de puntuales, pero la súbita riada de personas que comenzó a formarse exactamente a las cinco menos cuarto de la tarde, parecía una coreografía estudiada en la que menudeaban los pasos, las voces, el runrún de los murmullos. No tuvimos más que unirnos a ella para comprobar que, doblando la siguiente esquina, se encontraba el lugar que buscábamos, un antiguo teatro convertido en cine que, como un silencioso monstruo de cemento, madera y metal, nos aguardaba con las fauces bien abiertas.

Pude observar que todo el perímetro del edificio estaba custodiado por decenas de hombres jóvenes y también alguna chica, vestidos todos de color pardo. Una silenciosa guardia pretoriana que, con los brazos cruzados sobre el pecho y piernas separadas, observaba la llegada de los asistentes.

—Esperen aquí —nos indicó uno de aquellos muchachos inquietantemente idéntico a todos los demás—. El acceso al recinto

comenzará en diez minutos. Mientras tanto, ¡escuchen todos! Vayan formando dos filas, y nada de tumultos, hay sitio de sobra...

Diana, que acababa de abrirse paso entre la multitud con esa sonrisa suya capaz de derretir icebergs, se adelantó para intercambiar algunas palabras con otro de los vigilantes. No tengo ni idea de qué pudo decirle, pero nos dejaron entrar antes que al resto de los asistentes e incluso nos indicaron que nos sentáramos en la primera fila.

—¿Qué tipo de «Ábrete, Sésamo» has utilizado, querida? —preguntó Bobo, pero no alcancé a oír la respuesta de Diana. Descendíamos ya camino de nuestras localidades y no era cuestión de detenerse.

—Por aquí —me indicó otro de esos vigilantes, idéntico a los demás, solo que pelirrojo. Se trataba de un muchacho algo menor que nuestro hermano Tom, pero con su mismo aspecto de exalumno de Eton o Harrow. Muy amable, nos tendió por turnos la mano para ayudarnos a salvar los dos últimos escalones, que eran pronunciados.

—Cuando se abran las puertas, veréis lo que es fervor —nos tuteó antes de saludar brazo en alto y desaparecer por donde había venido.

Al quitarnos las gabardinas descubrí que, de nosotras tres, la única que no vestía de oscuro era yo. Se me había ocurrido ponerme una falda tableada clara y un *twin set* de entretiempo, un atuendo que me pareció adecuado para una lluviosa y bastante heladora tarde de principios de julio; ya saben, así son los veranos ingleses... Llevaba, para completar el conjunto, una boina escarlata. Pero se ve que a Unity no le pareció adecuado mi conjunto.

—Por Dios, Woman, ¿cómo se te ocurre vestirte así? ¿Adónde pensabas que ibas? ¿Al dentista o a merendar con las amigas? ¡Con

esa boina roja, además! Trae para acá. —Y me la arrebató, haciendo desaparecer la prenda de mis pecados dentro de su bolso igualmente oscuro y de considerables proporciones.

A punto estuve de preguntarle si Ratular, su rata gigante, sesteaba, por casualidad, allí dentro y si tenía intención de soltarla luego para que tomase un poco el aire, pero me di cuenta de que mi broma no iba a ser muy celebrada. Unity se tomaba estas cosas muy en serio. Vestía medias negras, falda oscura y una blusa del mismo color con discretos ribetes blancos. «Bobo va de alivio de luto», sonreí divertida. Diana, por su parte, resplandecía con un vestido de punto gris marengo y medias del mismo tono. Con la cabeza descubierta y su pelo rubio ceniza recogido en un moño de bailarina, estaba espléndida y a la vez sobria. Su única concesión a la coquetería eran unos pendientes *art déco* de baquelita, tan simples, que ninguno de los presentes habría adivinado jamás lo carísimos que eran.

El recinto abrió sus puertas y, a medida que los asistentes accedían al interior y comenzaron a despojarse de sus chaquetas y gabardinas, pude comprobar que casi nadie vestía de oscuro como mis hermanas o como los organizadores, de modo que mi falda beige y yo tampoco desentonábamos tanto. Daba la impresión de que la mayoría de los presentes eran ajenos, al menos de momento, a los requerimientos estéticos de la Unión Británica de Fascistas. Vi por ahí muchas gabardinas claras y también muchos sombreros femeninos con flores, acordes a la época del año en que nos encontrábamos. Entre aquellos que se regían más por el calendario que por el termómetro, vi asimismo a hombres con trajes claros en los que se adivinaba la mano de un buen sastre; vi a mujeres con vestidos veraniegos de alegres colores y algunas con atuendos parecidos al mío, es decir, faldas largas y jerséis de verano, que

miraban curiosas y desconcertadas a su alrededor, como si jamás hubiesen pensado verse en un acto de tales características.

En cuanto a edades y clase social, había de todo. Desde veinteañeros con pinta de jugar al rugby hasta ciudadanos de cincuenta o incluso sesenta con aspecto de haber trabajado toda su vida en una empresa de seguros o en la ventanilla de un banco. Cerca de estos vi a un par de muchachos con pancartas, pero los organizadores les indicaron que no las desplegaran hasta que comenzara el encuentro. Aun así, alcancé a leer una que ponía: «FASCISMO ES IGUAL A REY E IMPERIO», y otra: «EL FASCISMO ES PATRIOTISMO PRAGMÁTICO».

Pero no todos los asistentes eran personas de clase media, secretarias, contables, funcionarios. Había entre la concurrencia un número igual o superior de operarios vestidos con monos de trabajo, blusones y guardapolvos y a estos, al igual que a las mujeres con niños y bebés que lloraban hambrientos, se les tenían reservadas localidades en las filas más próximas al escenario.

Faltaban pocos minutos para que comenzara el acto. El recinto bullía de expectación. Un par de voces se alzaron de pronto para gritar consignas: «¡Trabajo para todos!», «¡Abajo los privilegios!», «¡Pan para nuestros hijos!». Pero justo en ese instante, las luces se apagaron sumiéndonos en el desconcierto. Enmudecieron las voces. Se palpaba en el ambiente una calma tensa cuando, de pronto, pudimos observar cómo un círculo de luz algo más grande que el tamaño de una naranja, pero muy brillante, recorría el recinto, saltaba de un lado para otro iluminando ahora una cara, luego otra y otra más, hasta cruzar de parte a parte la sala y posarse en el escenario.

A partir de ese momento, el círculo luminoso comenzó a ensancharse y luego a crecer hasta desvelar, como si de un mago o

un prestidigitador se tratara, la presencia de una silueta alta, esbelta, oscura.

Por fin pude ver al hombre del que todo Londres hablaba. Sir Oswald Mosley, con sus cerca de seis pies tres pulgadas[6] de estatura, su complexión atlética, su bigote terso al estilo Hollywood y su pelo engominado hacia atrás, permitía ahora que aquella luz andarina lo bañara descubriendo también su atuendo. Consistía este en una camisa negra abrochada hasta el último botón y sin corbata, así como unos pantalones de montar oscuros acompañados de botas altas y lustradas hasta refulgir, lo que confería a este treintañero, perteneciente a una vieja familia vinculada desde siempre a la política, un aire que solo puedo calificar de imponente.

Miré a mis hermanas para ver su reacción y comentar. Unity, por una vez en su vida, parecía haberse quedado sin palabras. En cuanto a Diana, la sonrisa expectante que en un principio iluminaba su cara se ensanchó al comenzar Mosley su alocución. No puedo decir que la voz del líder de la UBF me pareciera especialmente melodiosa, pero sí varonil, resuelta. En cuanto a sus palabras distaban de ser brillantes como las de nuestro pariente, Winston Churchill. Lo que decía no dejaban de ser obviedades, pero articuladas con una autoridad nada ampulosa o impostada. Tan eficaz era su modo de comunicar que conseguía transmitir la impresión de que él era el primer y más convencido creyente de todo lo que decía. De sus palabras ese día recuerdo unas que me parecieron especialmente fáciles de suscribir por cualquiera, da igual edad, condición o cultura. Al hablar de la época de incertidumbre por la que atravesaba el mundo, y más particularmente el Reino Unido, Mosley señaló la absoluta necesidad de que todos nos involucráramos comprometiéndonos con los tiempos.

—Toca, amigos míos, hacer lo imposible, incluso lo impensable —comenzó, para luego continuar la frase señalando directamente al público con el índice de su mano derecha—: ¡Tú, tú y tú también! Lo imposible y lo impensable para escapar del marasmo de desaliento y penuria política y económica que se cierne sobre Europa. —El público estalló en aplausos, y Mosley, barbilla en alto y brazos en jarra, esperó a que se apagasen antes de decir—: Es, amigos míos, el momento del valor, el momento de la decisión, de arremangarnos y dar un paso al frente. Y con esto no me refiero a los políticos, sino a cada uno de vosotros. De nosotros, porque en nuestras manos está...

Al decir esto, Oswald Mosley bajó de pronto el tono de voz hasta casi un susurro, lo que hizo que se produjera un profundo silencio en el que más de quinientas almas aguardaban expectantes sus próximas palabras, que fueron estas:

—... Porque en nuestras manos está el futuro. El de nuestras familias. El de nuestros hijos. El de nuestros nietos. Imaginaos por un momento, compatriotas —alzó ahora la voz—, imaginaos la siguiente situación: pensad qué habría pasado si el día que Francis Drake o Walter Raleigh partieron a la conquista de nuestras gloriosas colonias, los congregados en el puerto para despedirles les hubiesen dicho: «¡No, no vayáis! La mar es peligrosa, amenaza tormenta, os esperan vendavales e infinitos peligros. ¡Quedaos en tierra!». Decidme, ¿qué hubiera ocurrido entonces? ¿Qué habría sido de nuestra patria, de nuestras ambiciones, de nuestro imperio? ¡No, amigos míos y compatriotas todos! —Y aquí Mosley una vez más subió el volumen de su voz hasta hacerla vibrar de pasión, de entrega—. Yo os digo: ¡no y mil veces no! Hay siempre que salir al paso de la historia. ¡Porque no hay gloria ni grandeza en la inacción, solo cobardía y fracaso! Quedarse quietos en un momento como

este implica que un día la historia nos juzgue y diga: estos son los hombres a quienes se confió nuestro glorioso Imperio Británico y cuya ociosidad, ignorancia y cobardía consiguieron que se viniera abajo. ¡No hacer nada en este momento no es una opción, es un suicidio!

Una vez más, Oswald Mosley calló, aguardando, brazos en jarra, el fervor del público. Dominaba la escena. Tenía a quinientos pares de ojos pendientes de cada uno de sus movimientos, de sus labios, de sus miradas. Tras aquellas palabras, y hasta que, con un bien estudiado vaivén de su mano, hizo que volvieran a sonar los aplausos, se podía oír el vuelo de una mosca.

Para mí que Mosley había estudiado con minuciosidad de orfebre las obras de Shakespeare y en especial sus tragedias, porque, al igual que Hamlet, Macbeth o Marco Antonio, sabía cuándo alzar la voz, cuándo modularla o bajarla hasta un pianísimo para convertir a cada uno de nosotros en cómplice de su conjura por un mundo mejor. Como cuando añadió:

—Ya lo estáis viendo. Los viejos partidos se comportan como lo que son: criminalmente incapaces de solucionar nuestros problemas. Toca ahora —y a partir de aquí fue gradualmente subiendo de volumen— virar de rumbo, confiar la nave a nuevos timoneles. ¿De qué sirve guardar vino nuevo en odres viejos? Hacerlo solo conduce a que la situación se pudra. ¡Que se hagan a un lado los inútiles, los cobardes, los tibios! Aquellos que durante años, ¡durante siglos, digo!, han pensado solo en sí mismos y en sus vidas de privilegios. Y esos mismos politicastros sin escrúpulos son los que ahora pretenden amedrentarnos con la cantinela de que, si no seguimos sus mandatos, vendrán los bolcheviques y acabarán con nosotros, con nuestra patria y con el mayor proyecto global que ha conocido la historia: ¡nuestro glorioso Imperio Británico! A ellos yo les digo:

guardaros vuestras timoratas palabras y agoreras profecías. Entre caer en las sangrientas garras de Stalin o, si no, en las fauces del capitalismo egoísta y criminal existe otro camino. El de nosotros, los fascistas. El de aquellos que creemos en la fuerza del trabajo, en el poder del esfuerzo, en la igualdad de oportunidades. También en la familia, en nuestro rey Jorge V y en todos los valores ancestrales de nuestros antepasados...

Sus ojos titilaban y el ardor guerrero que irradiaba se apoderó de los presentes. Un muchachito de no más de dieciocho años que estaba a mi derecha lloraba, al igual que lo hacía una mujer mayor vestida modestamente y con un pañuelo en la cabeza. Una invisible corriente eléctrica galvanizaba el ambiente y, cuando Oswald Mosley saludó brazo en alto a la multitud, el recinto entero pareció venirse abajo.

—¡Salgamos de aquí! —le dije a Diana, pero no pareció oírme.

Como el resto de los presentes, Unity y ella, puestas en pie, devolvían el saludo a su líder. Noté cómo el corazón se me aceleraba. Tantos años de vida de campo en contacto con la naturaleza me habían enseñado a olfatear el peligro, y sentí miedo. Miedo de aquellas caras que, transfiguradas, veía a mi alrededor; miedo a las gargantas roncas, a los ojos arrasados en lágrimas. Pero, por encima de todo, miedo al verme entre aquel intrincado bosque de brazos que se alzaban elevando primero las manos al cielo en diagonal y luego llevándolas al corazón, una y otra y otra vez en alarmante sincronía. Brazos de toda descripción: jóvenes, viejos, femeninos y masculinos, brazos enfundados en *tweed* y en gabardinas de Bond Street, pero también los de aquellos vestidos con monos azules y blusones de trabajo.

Y entre tal multitud de brazos disciplinados y fervorosos estaban los de mis hermanas, Diana y Unity; Unity y Diana. Tan parecidas y,

aquella tarde, casi indistinguibles, contagiadas del fanático fragor que se había apoderado de toda aquella gente que, apenas media hora antes, parecía pacífica y sensata.

# 11

## DIANA QUEMA SUS NAVES

Como solía ocurrir a menudo en la vida llena de contradicciones y contrastes de nosotras, las hermanas Mitford, el día después de la concentración fascista volvimos a la superficialidad, a la frivolidad y al acontecimiento social del momento. Y por una vez me alegré de que así fuera.

El caso es que Diana se había comprometido a organizar para Unity un gran baile en su casa de Belgravia. Uno destinado a reunir, como cierre de la s*eason*, a todas las debutantes de aquel año y a sus familias. Era 7 de julio y pronto tocaría, como todos los años, emigrar a algún lugar de Europa para que, crisis o no crisis, fascismo o no fascismo, la buena sociedad de todo el continente se reencontrara («¡Uy, querida, ¿pero has visto qué mal va todo?», «Fatal, fatal, un horror, pásame otro *gin-fizz*»), y así, continuar todos bailando al borde del precipicio.

—Y ni se te ocurra decirme que no vas a venir con Bryan y conmigo a Italia. Te recuerdo que el año pasado te rajaste en el último minuto, así que esta vez no acepto un no por respuesta. —Eso me dijo Diana mientras la ayudaba a decorar la casa para la fiesta de Unity que iba a tener lugar aquella misma noche.

Se me dan bien los arreglos florales, es una de mis especialidades. Además, siempre he preferido los preparativos a las fiestas en sí, y esta en particular requería mucha elaboración previa. Más de

trescientas personas estaban invitadas, lo que llaman «el todo Londres», para un cóctel de bienvenida, cena a la luz de las velas, baile hasta las tantas, y luego, por supuesto, yincana. En resumen: programa completo. La madre de Bryan había sido famosa en su tiempo por la originalidad de sus fiestas y desde luego Diana no le iba a la zaga. En cada ocasión se superaba y en esta se había propuesto cuidar todos los detalles, no dejar nada librado al azar.

—A ver si así conseguimos que se olviden de las trastadas de Bobo —acababa de suspirar Muv antes de salir corriendo hacia Harrod's, porque, oh, desastre, habíamos calculado mal el número de velas y de tallos de camelias y aún quedaban por decorar la entrada y todo el arranque de la escalera principal.

La idea de Diana era reproducir la famosa puesta en escena de *El sueño de una noche de verano,* de Shakespeare, que Covent Garden programó en 1912, una de las más caras y memorables. En la nuestra —con el vestíbulo convertido en una misteriosa selva de luces y flores— solo faltaban hadas y elfos.

—Nada mejor que dejarlos a todos con la boca abierta en cuanto traspasen el umbral; la primera impresión siempre es la más inolvidable, ¿verdad, niñas? —continuó diciendo Muv—. ¿Qué os parece si compro también, en la sección de animales vivos, una o dos bandadas de mariposas? En el baile de los Grafton las hubo y causaron sensación. Pero —y aquí nuestra madre volvió a ser el ama de casa ahorrativa que siempre fue— será mejor que dejemos fuera a las mariposas, seguro que cuestan una fortuna.

—Da igual, Muv —intervino Diana—, es mi regalo para Unity, ¿recuerdas? *À la guerre comme à la guerre*[7] .

En cuanto Muv desapareció por la puerta, Diana volvió a insistir en que tenía que viajar con Bryan y con ella a Venecia.

—Pero si aún faltan dos semanas —argumenté, peleándome con unos crisantemos que debía anudar al pasamanos de la escalera—. Déjame que te conteste después de la fiesta de Bobo.

—Eres tremenda, Woman. No conozco a nadie que se haga tanto de rogar cuando se trata de socializar con otros seres humanos. Dame al menos una buena razón para no venir con nosotros.

Mi buena razón se llamaba Oliver Watney. Sé que para ustedes este nombre es nuevo, pero si no les he mencionado antes a Oliver no es por reserva ni por timidez, sino porque considero que la vida de mis hermanas es más interesante que la mía. Mientras que en la suya tuvieron lugar hechos que sintetizan bien los acontecimientos y contradicciones del siglo xx, en la mía todo ha sido mucho más normal. Quizá si hubiese aceptado la propuesta de matrimonio de John Betjeman, de la que les hablé capítulos atrás, mi biografía habría tenido más glamour. Al fin y al cabo, con el tiempo, se convirtió en una figura intelectual de primer orden. Pero nunca me gustó Betjeman. En cambio, por aquel entonces me había enamorado perdidamente de uno de mis vecinos. Nos conocíamos de toda la vida. Sus padres tenían una pequeña propiedad cercana a la nuestra de Swinbrook, en el condado de Oxfordshire. Y, aunque su familia era (dicho esto en la particular terminología de Farve) «gente como uno», no tenía, ni de lejos, los miles de millones de Bryan Guinness, el marido de Diana, y ni siquiera contaba con la elegante y enloquecida personalidad de Hamish Erskine que tanto trastornaba a Nancy. De hecho, era tan reservado con su vida privada como yo y me había pedido matrimonio secretamente un par de meses atrás con un bonito y nada ostentoso anillo inspirado en una antigua joya medieval. Pero el compromiso se rompió semanas después. Le diagnosticaron tuberculosis, una enfermedad incurable en aquella época. Al saberlo, Oliver me escribió unas líneas en las que explicaba

que no quería condenarme a su misma suerte. Que lo perdonara. Que siempre me querría y que me rogaba conservase su anillo en recuerdo de lo que pudo ser y no fue.

Como comprenderán, me quedé helada y contesté a vuelta de correo que de qué servía mi amor si no era para ayudarle a sobrellevar un momento duro como aquel. Pero Oliver siguió firme en su propósito. No hubo manera de que cambiara de opinión, y lo único que conseguí, tras intercambiar un par de cartas más, fue arrancarle la promesa de acudir a la fiesta que Diana organizaba para Unity. «Quiero verte —le escribí entre lágrimas—, necesito que me digas cara a cara que no deseas mi amor».

A esto él contestó que me amaría siempre y que sí, que de acuerdo, que había sido un cobarde al romper nuestra relación por carta y que vendría a Londres para la fiesta.

Mi intención era convencerle de que podíamos ser felices el tiempo que su enfermedad nos concediera. Si ustedes se preguntan por qué no les conté nada de esto a mis hermanas, la respuesta es que así como, a lo largo de nuestras vidas, he sido el paño de lágrimas de todas ellas, he preferido llevar sola mis penas. A fin de cuentas —me dije entonces—, ¿para qué preocuparlas? En caso de que todo se arreglara entre Oliver y yo habría tiempo de sobra para contárselo. Además, no era momento. Había mil cosas en las que pensar en aquella tarde con la casa revolucionada y a pocas horas de recibir a centenares de invitados. Diana iba y venía dando instrucciones a Meadows, el mayordomo, que a su vez las trasladaba con solemne verbo al escuadrón de camareros, doncellas, jardineros, ayudantes, pinches, cocineros y demás personal doméstico que debía ocuparse de que la noche fuese de las que no se olvidan.

—¿Qué te ocurre, Woman? Te veo aún más callada de lo habitual —preguntó Diana, mientras daba unos últimos toques a la catarata

de flores silvestres que adornaba la base de la escalera y de la que parecía que, en cualquier momento, podía emerger un Puck, una Titania o cualquier otro espíritu travieso de aquel tan bien imitado bosque de hadas—. ¿Seguro que estás bien? —insistió—. Sea lo que sea, cuéntamelo, te hará sentir mejor.

—No es nada, yo... —comencé, tratando de pensar a toda prisa cualquier excusa, pero no fue necesaria. Nuestra conversación se vio interrumpida por la llegada de Meadows que se acercó, silente como una sombra, a preguntar no sé qué relacionado con el jerez y los aperitivos, momento que aproveché para fingir gran asombro y comentar lo tardísimo que era.

Diana miró su reloj y se alarmó también.

—¡Las seis y media! Habría jurado que eran las cinco. Ven, Woman —dijo a continuación—, dejemos que Meadows y el ama de llaves se ocupen de rematar los últimos flecos. A este paso llegarán los invitados y nos encontrarán confeccionando guirnaldas de margaritas. —Y luego se dirigió al ama de llaves—: Lo tiene usted claro, ¿verdad, miss Prince? Cuanto más salvaje parezca nuestro bosque shakespeariano, mejor. Y preste mucha atención a las velas, debe parecer que están entre la maleza, pero sin estarlo. Vaya usted con cien ojos, no sea que salgamos todos ardiendo.

—Me quedo y superviso todo —me ofrecí—. Tú sube a vestirte, yo me arreglo en medio minuto.

—Precisamente eso es lo que *no* quiero, que te arregles en medio minuto y de cualquier manera. Además, tampoco es *tan* tarde, subamos a ver qué hacen Decca y Debo, las he dejado en mi vestidor hace ya un buen rato, y temo cualquier terremoto.

***

No se equivocaba.

Decca y Deborah habían tomado por asalto las habitaciones de Diana en la primera planta, y nada más hacerlo, se atrincheraron allí. Porque ¿qué lugar más fascinante que un vestidor lleno de maravillas puede existir para dos niñas de casi quince y doce años que, como ellas mismas se quejaban tan a menudo, habían vivido toooooda su vida encerradas en lo más profundo de Oxfordshire y sin ver una fiesta ni con telescopio?

—¡La cueva de Alí Babá! —exclamaba Decca en ese momento y con dudoso tino—. ¡Pero mira esto, Debo! ¿Es o no absolutamente divino este collar de corales? Se pueden llevar corales con quince años, ¿verdad que sí, Woman? Sí, ya sé que Muv dice que es una cursilada espantosa que las niñas usen joyas, pero ¿y el coral? En los cuadros que hay en los museos *hasta los bebés* llevan corales, ¡que los he visto yo con mis propios ojos! Además, un día es un día.

Muv había previsto para ellas dos vestidos de *broderie*, uno en tonos azules, el otro en amarillo, y Nanny Blor estaba en plena lucha para que no se los pusieran ahora, sino un poco más tarde y que no se arrugaran. Pero Deborah ya se había enfundado el suyo, mientras que Decca se quejaba de que los zapatos le quedaban pequeños.

—Desde ya te lo aviso, Nanny, de ninguna manera pienso ponerme estas merceditas de colegiala. ¡Antes muerta!

—Pues si no quieres ponértelas, querida, me temo que tendrás que espiar el baile a vista de pájaro desde la planta superior y entre los barrotes de la escalera. Las niñas descalzas no son bienvenidas en los salones —argumentaba Nanny, cuya paciencia tenía poco que envidiar a la del Mahatma Gandhi.

—¡Uff! —suspiró Diana, poniendo los ojos en blanco—. Dejemos a Nanny con sus trabajos de Hércules y vayamos a tu habitación, Woman. Tengo una sorpresa para ti. —Y me cogió de la mano, igual que cuando éramos niñas.

La seguí por aquellos amplios pasillos revestidos de madera clara preguntándome de qué sorpresa podía tratarse, aunque tampoco era demasiado difícil de adivinar. Tanto Nancy como Diana (eso por no hablar de Unity, Decca y Debo, que no tenían el menor recato en soltar todo lo que se les pasaba por la cabeza) opinaban que mis gustos en materia de ropa eran deplorables. Tampoco Muv era muy partidaria de ellos, solo que sus comentarios eran más amables:

—Pamela, querida, ¿pero tú te crees que se puede ir todo el día vestida de *tweed*, Barbour encerado y botas de campo como si fueras una granjera? Mira qué blusita de chifón tan mona te he comprado. Es para que te la pongas estos días que vamos a estar en Londres preparando la fiesta de Bobo. Y hazme el favor de jubilar de una vez esa rebequita de cachemir beige que *jamá*s te quitas de encima. ¡Parece masticada por uno de los mastines de tu padre!

Por eso digo que no me sorprendió demasiado ver extendido sobre mi cama un portatrajes de la casa de modas Worth, que mi hermana Diana procedió a abrir mientras yo protestaba.

—Pero, querida, ¿qué más da, si a mí me da igual...?

—Nada de peros —zanjó mi hermana—, y menos aún «me da igual». Como te conozco, sé que eres perfectamente capaz de volver a ponerte ese trajecito de terciopelo negro tuyo más viejo que la tos, que hace que parezcas una viuda de guerra. Mira, en cambio, esta maravilla. —Y me mostró un vestido de lamé gris con un escote lo suficientemente discreto como para que yo no pudiera ponerle pegas —. ¿Es o no ideal? Además, hoy tienes que estar radiante. Ya sabes por qué —añadió, mencionando a continuación, y así como quien no quiere la cosa, el nombre de Oliver.

Al principio me asombré de que hubiese adivinado mi secreto. Pero luego caí en la cuenta de que tampoco era tan difícil. Oliver, en un primer momento, había declinado la invitación, pero luego, tras

mi insistencia el día anterior, telefoneó a Diana diciendo que vendría. Yo estaba delante cuando llamó, y seguro que mi hermana había reparado en cómo me cambió la cara. Entre la rectificación de Oliver y mi alegría, solo tuvo que sumar dos más dos.

—También te he traído esta tiara de aguamarinas —continuó diciéndome—. Es discreta y muy favorecedora. Vamos, querida, ¿de veras que no quieres que hablemos de él? ¿Para qué estamos las hermanas? Somos un equipo, ¿recuerdas? Un equipo de seis, y remamos juntas.

La abracé. Así era Diana. Tan pronto parecía ajena y preocupada solo de sí misma como captaba al vuelo el dolor de los demás.

—Gracias —respondí simplemente—, hoy es un día decisivo para mí.

Diana me miró. Había un brillo metálico en sus ojos. Uno que me recordó al que en su momento había detectado Dora Carrington.

—También es importante para mí —apostilló con una sonrisa que no supe cómo interpretar.

***

El bosque shakespeariano del vestíbulo, con sus velas, plantas y mariposas revoloteando alrededor, fue muy celebrado por todos, pero eso me lo contaron más tarde. Yo no pude ver la reacción de los invitados a su llegada, porque Decca y Debo me entretuvieron en el piso de arriba hasta bien pasadas las siete y media. Estaban monísimas con sus vestidos de *broderie*, y Decca, tras su plante por lo que ella llamó «mis bochornosas merceditas de colegiala», por fin había logrado que Diana le prestara unas bailarinas plateadas que le quedaban grandes. Pero sus preocupaciones no estaban en ese momento relacionadas con vestidos de *broderie*, merceditas y demás

fruslerías, sino con la otra parte de su personalidad, aquella que tenía que ver con sus inclinaciones políticas.

—Míralos allí, Woman —dijo Decca, retirando los visillos de la galería del piso superior mientras señalaba hacia la calle, donde un buen número de personas se apiñaba ante la reja de la propiedad—. ¿Los ves? Pobre gente, seguro que nos odian.

—No es nada que deba preocuparte —le respondí—. Ocurre siempre cuando hay fiestas o bailes. Muchos curiosos se acercan a ver la llegada de los invitados, las tiaras de las señoras, los sombreros de copa de los hombres y las...

—Sí, todo eso era antes —me interrumpió—. Ahora ya no. A ver si te crees que están los tiempos como para admirar las enormes diferencias que existen entre su vida y la nuestra. Hambre, desolación, eso es lo que veo ahí fuera. Ya sé lo que voy a hacer. Bajaré ahora mismo a hablar con ellos. Apuesto a que muchos son comunistas como yo, lo veo en sus caras.

—¡Ni se te ocurra! —se alarmó Deborah, que era bastante más prudente que su hermana.

—Debo tiene toda la razón —abundé yo—. ¿Qué crees que harán cuando te vean vestida así y hablándoles de la rebelión de las masas? Piensa un poco, Decca. Por otro lado, te aseguro que te equivocas; han venido, como tantas otras veces, a curiosear. Es gente pacífica, ¿no lo ves? No pasa nada.

Lo dije para no preocupar a las niñas, pero no tenía todas conmigo que se tratara de curiosos. No había más que mirar sus caras. Se contaba, además, que la semana anterior, en casa de los Davies, varios muchachos habían arrojado huevos y tomates a los coches de los invitados que hacían cola para entrar en la propiedad. Pero, bueno, mejor no anticipar acontecimientos. Hasta el momento no se había producido ningún incidente y la mayoría de los invitados

estaba ya en la casa, de modo que era preferible bajar cuanto antes. Al pasar, me miré en uno de los muchos espejos del pasillo. Mis hermanas y Muv podían estar contentas. Había puesto más atención que de costumbre a mi aspecto. El vestido de lamé gris de Diana me quedaba como un guante e incluso, y en contra de mis costumbres, había permitido que Lilly, la doncella de mi hermana, me peinase con ondas al agua. «Oliver», dije para mí, y al hacerlo, mi imagen en el espejo sonrió hasta hacerme parecer muy bella. Deprisa, deprisa, pensé a continuación; a las siete y media estaba previsto que pasaran todos al comedor y seguro que Farve, al ver que no bajaba, se pondría como una furia. Según él, solo las mujeres bobas y superficiales llegan tarde para hacerse notar, «Una estupidez —le gustaba decir—. Lo único que consiguen es impacientar a todo el mundo».

***

Tomé un atajo y bajé por la escalera interior en vez de por la principa, desde la que podía verse a Nancy haciendo su entrada radiante (y, por supuesto, tarde) del brazo de Hamish. Los invitados no tardarían en repartirse entre los dos grandes comedores en los que se serviría la cena, por lo que se me ocurrió que, si accedía a ellos a través del *office*, me ahorraría tener que saludar a un montón de caras conocidas.

En la zona de servicio, un silente ejército de doncellas y de camareros perfectamente uniformados, con miss Prince y Meadows al mando, aguardaba expectante, todos con sus manos a la espalda y ya con sus guantes blancos.

—Señorita Pamela —se asombró el viejo mayordomo—, ¿en qué puedo ayudarla? ¿Todo bien?

—Todo perfecto, Meadows. Sin novedad en el frente —bromeé al ver a aquel escuadrón preparado para entrar en batalla y, a continuación, aproveché para echar un vistazo por la ventana y comprobar si los curiosos que se arremolinaban en el exterior de la propiedad continuaban allí.

No había nadie.

—¿Qué ha ocurrido —le pregunté a Meadows— con las personas que aguardaban antes ahí fuera? ¿Qué ha sido de ellos?

—Creí prudente avisar a la policía, señorita. Los tiempos no son fáciles, es preferible no tentar a la suerte. Quien quita la ocasión, quita el peligro, ¿no cree usted?

Fue con una desasosegante sensación que accedí a uno de los comedores desde el *office* en el que velaban armas aquel cerca de un centenar de camareros contratados por Meadows para la cena. Muchachos y muchachas tan jóvenes y guapos como los invitados, que ahora, vestidos de etiqueta, estaban a punto de ocupar sus asientos. En escasos minutos, unos y otros se entreverarían, pero cada uno en su ancestral e inamovible rol social, juntos y a la vez tan distantes, dos mundos que se tocan, aunque no se funden.

—¿Dónde diablos estabas? —me preguntó Muv, abordándome cuando ya me dirigía a ocupar mi lugar en la mesa—. Tu padre está como una pantera. Resulta que Bryan le ha pedido que escolte a la esposa del embajador de Alemania a su mesa y casi tenemos un incidente diplomático. Dios y ayuda me ha costado convencerle de que accediera a hacer algo tan simple como darle el brazo a la pobre señora Von Hoesch. Ya sabes cómo se pone cuando se trata de extranjeros. No se atrevió a decirle que no a Bryan, pero por lo bajini no ha parado de farfullar que los «hunos» —como tan poco disimuladamente llama a los alemanes— son unos salvajes y que cualquier día de estos les dará por ponerse de nuevo sus cascos con

pinchos e invadir Europa como en 1914. Ni te imaginas el rechinar de dientes y centellear de miradas asesinas; menos mal que la buena de la señora es un poco sorda, que si no... Por si esto fuese poco, resulta que a Decca se le ha ocurrido ir por ahí convenciendo a todos —incluido Meadows— de que los pobres infelices que siempre acuden a ver entrar a los invitados en bailes son rojos peligrosos a punto de tomar el palacio de Invierno. Tanto le calentó la cabeza, que el bueno de Meadows acabó avisando a la comisaría de la zona para que los dispersara. ¡Qué familia esta, Pam, a cuál más imposible! ¿Por qué no podrán ser *normales* como tú o como yo? Menuda tribu. Por cierto, ¿has visto a Bobo?

—Sí, y por ella no te preocupes —la tranquilicé—. Mírala allí, está monísima, ¿no crees? Y a Dios gracias, y por esta vez, también normalita. Al menos no se ha traído ni a Ratular ni a Enid.

—Uf, qué alivio —suspiró Muv—. Dios y ayuda me costó convencerla de que nada de extravagancias hoy. Por fin claudicó cuando le dije que el *hall*, convertido en bosque shakespeariano, está lleno de mariposas revoloteando por ahí y no era cuestión de alterar su hábitat apareciendo con su rata gigante o peor aún con su serpiente. Una preocupación menos —suspiró Muv, antes de cogerme del brazo—. Ven, cielo, ayúdame a facilitar que cada comensal encuentre su lugar en la mesa lo antes posible, es tardísimo.

***

La estrategia militar capitaneada por Meadows y miss Prince se ejecutó con tal diligencia que, apenas siete minutos más tarde, todos estábamos en nuestros respectivos asientos disfrutando de una deliciosa *vichyssoise*, famosa obra maestra del cocinero de Diana, monsieur Anatole.

—De monsieur Anatole no, querida mía —intervino John Betjeman como si me hubiera leído el pensamiento—. Hay que ver lo mucho que les gusta a los franceses atribuirse la autoría de todo. Pero, para que lo sepas, la *vichyssoise* no es un invento de Anatole, de hecho ni siquiera es francesa, sino norteamericana. Verás te contaré su historia. Resulta que...

Dejé que Betjeman se explayara contándome cómo en 1917 a Louis Diat, cocinero del Ritz-Carlton, se le ocurrió combatir los rigores del verano neoyorquino sirviendo fría la sopa invernal de puerro y patata que su madre solía preparar caliente.

—Y la llamó *vichyssoise* que, por si no lo sabes, querida —puntualizó—, es el patronímico en femenino de la ciudad de Vichy de la que la familia de Diat es oriunda, porque provienen de un pequeño pueblo cercano. Sí, ya sé lo que estás pensando, que la sopa es, por tanto, tan francesa como la Torre Eiffel, ¡pero no, señor! Porque fue inventada en Nueva York y no en Vichy, de ahí que, para nosotros, los gourmets...

La suerte había querido que fallara un comensal y, en el último momento, hubo que hacer cambios, de modo que me tocó, una velada más, a John Betjeman de compañero de mesa. Al principio me había mirado con ese aire mitad cordero degollado, mitad «no sabes, tonta, lo que te has perdido», con el que algunos hombres miran a las chicas que les han dado calabazas. Pero la historia de la sopa *vichyssoise* había venido a mi rescate. No hay nada como ofrecerle a un gourmet la posibilidad de llevar a cabo un acto de misericordia gastronómico y enseñar al ignorante.

—¡Pero qué curioso! ¿De veras que monsieur Diat se hacía traer los puerros semanalmente de Francia? Le saldría por un Congo ¿no? Cuenta, cuenta...

Y así, mientras John Betjeman olvidaba las calabazas y se deleitaba revelándome estos y otros misterios culinarios a cargo de magos de la cocina, yo me dediqué a otear por entre los bellísimos centros de flores que adornaban las mesas a ver si descubría dónde podía estar sentado mi querido Oliver Watney. Me costó encontrarlo. Los trescientos comensales se habían repartido entre los dos grandes comedores de la casa, y por un momento pensé que a él le habría tocado cenar en el otro. Pero, tras un más detenido vistazo, a las doce o quince mesas decoradas cada una con un motivo shakespeariano distinto —la mesa veneciana de Otelo, la escocesa de Macbeth, la romana de Julio César, etcétera—, di con él. Departía con una de mis primas Churchill. Una que guardaba un parecido tan acusado con nuestro común pariente Winston, que algunos malvados la llamaban Winnie the Pooh. Según Farve, Winnie y yo nos parecíamos mucho. «¡A Dios gracias, no en el aspecto exterior! —solía puntualizar con un escalofrío—, pero sí en el carácter, en gustos; las dos sois más caseras que un par de pantuflas».

Saludé discretamente con la mano en aquella dirección, pero ni Oliver ni Winnie me vieron. Parecían muy enfrascados en su conversación.

«Me alegro», recuerdo que pensé, porque a Oliver tampoco le gustaban las reuniones mundanas. Prefería, como yo, y también como mi prima Winnie, la tranquilidad del campo y la compañía de un caballo o de un buen libro.

Con la llegada del segundo plato y tal como marcan las implacables leyes no escritas de la urbanidad británica, me giré para dar conversación al comensal de mi izquierda. Esta vez tuve más suerte, porque se trataba de Pongo Little, un amigo de mi hermano Tom, que claramente estaba tanto o más deseoso que yo de que terminara la cena. En su caso y por lo que pude ver, para reunirse

cuanto antes con una chica rubia y de aspecto feérico que, desde la mesa de al lado, lo miraba con ojos tan enamorados como él a ella. Por eso, la conversación con Pongo fue perfecta, es decir, casi inexistente. Él pensaba en lo suyo, yo en lo mío, y de vez en cuando cubríamos el expediente con intercambios tan interesantes como: «¿No están deliciosas estas *quenelles à la crème de truffe?»,* o si no: «Hoy ha hecho un frío pelón, ¿no crees?», «¡Uf, terrible, terrible! Mediados de julio, y yo echando de menos mis calcetines de lana».

De este modo, sin necesidad de involucrar en la conversación más que un par de neuronas, transcurrió la cena. Incluso me dio tiempo a ver qué hacían mis hermanos. Tom parecía abducido por una de las estrellas del momento, Madeleine Dubois, bailarina francesa que había debutado semanas atrás y con enorme éxito en el Covent Garden. Por su parte, Diana, sentada en la mesa principal, me sonrió, pero no pudo intercambiar impresiones en el secreto lenguaje no verbal de las Mitford, porque estaba demasiado ocupada en ser la anfitriona perfecta. A Nancy no la vi. Hamish y ella debían de reinar en el otro comedor entreteniendo a sus compañeros de mesa con frases chispeantes que, casi seguro, en un par de días podríamos todos leer en las páginas de *The Tatler*. Decca y Deborah, después de saludar a los invitados habrían, calculé yo, subido a su habitación entonando su habitual salmodia de ¡¡¡No-es-justo!!! Porque, como aún no habían debutado en sociedad, no podían asistir a la cena. ¿Y Unity? Diana la había sentado entre dos de los solteros más cotizados del momento, un Guinness, primo de Bryan, y el primogénito de los duques de Morney, que gastaba fama de irresistible. Bobo estaba guapa aquella noche con un vestido gris y blanco y, al menos, en esta ocasión, en la cabeza nada de tiara de piedras falsas de colorines, sino una de aquellas altas plumas de garza blanca que se llevaban entonces, y que, según pude ver,

oscilaba a derecha e izquierda como un periscopio, un detalle que era, en este caso, su único acto de rebeldía.

«¿Qué tal vas?», le telegrafié con los ojos. Y su respuesta fue un gesto de: «A punto de cortarme las venas». También creí entender: «Si esto no se acaba pronto, me pondré a jugar al yoyó». A modo de respuesta y con idéntica elocuencia no verbal, abrí muchísimo los ojos para telegrafiarle un: «¡Ni se te ocurra!».

Por supuesto no me hizo el menor caso, y estoy segura de que ahí mismo habría sacado de su bolsito de noche de *paillettes* su inefable yoyó, si nuestro cuñado Bryan como anfitrión de la velada no llega a ponerse en pie en aquel momento para oficiar otro de esos ritos sociales insoslayables: invitar a los presentes a brindar a la salud de nuestro rey Jorge V, momento que marca el fin de este tipo de cenas.

Miré el reloj. Las diez menos cuarto. Quedaban por delante por lo menos tres o cuatro horas de baile, o incluso más, si contábamos la yincana, pero esta vez no me importó. Oliver estaba allí, a pocas yardas de distancia. En cuanto saliéramos del comedor seguro que se acercaría, hablaríamos y yo disiparía sus temores. Le diría que juntos podríamos sobrellevar su enfermedad, que todo se iba a arreglar, que, con un poco de suerte y como la vida es tan imprevisible, quizá lograra curarse. Pero que, si no, seríamos felices el tiempo que el destino quisiera regalarnos.

Nunca me había parecido más bella y pertinente una fiesta. Hasta me deshice en sonrisas con John Betjeman durante el postre. Tanto que, antes de que abandonáramos la mesa, me tomó del brazo:

—Si tú quisieras, Pam... —dijo, y luego añadió algo así como que donde hubo llamas quedan rescoldos y que las musas más inteligentes son aquellas que cambian de opinión.

Sonreí sin responder. ¿Qué podía decir? ¿Que no sabía nada de musas, pero que yo, desde luego, no era la suya? ¿Que él, tan culto, tan brillante, sin duda era un partidazo, pero no, muchas gracias? ¿Que lo sentía, que unas veces se gana y otras se pierde y que lamentaba no poder ayudarle? Las palabras suenan siempre huecas y/o inadecuadas en situaciones como estas...

—Adiós, Betjie —opté por decirle y giré, no sé si demasiado rápido, sobre mis talones. Desde donde estaba se alcanzaban a oír los primeros acordes de una canción de Cole Porter. ¿O sería una de Benny Goodman? No sé; en cualquier caso, bendita música cómplice de corazones que, como el mío en ese momento, latía desbocado.

***

—¿Has hablado ya con Oliver, Woman? No, claro que no, ¿cómo vais a hablar si el muy tonto lleva lo menos un siglo allí en un corrillo con otros señores, venga fumar puros y arreglar el mundo? Pero no te preocupes, tú déjanoslo a nosotras. Ya verás cómo Deborah y yo te lo traemos aquí en un periquete.

—¿Pero se puede saber qué dices, Decca? Además, ¿qué hacéis aquí? ¡Debo y tú deberíais estar en la cama hace horas, es tardísimo!

—No lo suficientemente tarde como para que arregles lo tuyo con tu chico. No-de-ma-sia-do-tar-de —deletreó, abriendo mucho los ojos.

Yo sabía que las Hons, es decir, Debo y Decca, eran grandísimas metomentodo y aventajadas alumnas de Arsenio Lupin y Sherlock Holmes en eso de saberlo todo de todo el mundo. Pero con lo precavida que había sido, ¿cómo diantres se habrían enterado de lo mío con Oliver?

—No se os habrá ocurrido leer mi correspondencia, ¿verdad? Si es así, no os lo perdonaré en la vida.

Ahora fueron ellas las que abrieron mucho los ojos, ofendidísimas.

—¿Pero por quién nos tomas, Woman? La correspondencia es sagrada.

—Y leer cartas ajenas, un delito —apostilló Deborah.

—Un delito gordísimo y completamente innecesario —retrucó Decca—. Mira, para que lo sepas: nuestros métodos de investigación son científicos cien por cien. Consisten en ver lo que está más claro que el agua.

—¿Y qué está más claro que el agua?

—¡Uf! —resopló Decca, poniendo ojos en blanco—. En tu caso, un montón de cosas: cómo sonríes, por ejemplo, cada vez que llega una carta sin remite...

—... Una carta —añadió Deborah tomando el relevo de su hermana— que *obviamente* viene de muy cerca porque el sello es de solo dos peniques.

—... Y además trae matasellos de Wilkins —intercaló Decca.

—Que da la casualidad de que es el pueblo vecino al nuestro en el que vive Oliver —colaboró Debo.

—También nos fijamos mucho —intervino Decca de nuevo— en la cara que pones cada vez que suena el teléfono.

—Y en cómo te escapas a la cocina para hablar desde allí en vez de hacerlo cómodamente desde el cuarto de estar.

—Y en que vuelves de la cocina con las mejillas como un tomate.

—O, si no, con los ojos vidriosos, como la última vez que hablaste con Oliver...

—¡Basta! —me enfadé—. Eso no es verdad, yo...

—Tú te creías —continuaron las Hons, alternándose como si fueran un par de policías de la secreta—... Tú te creías que no nos

íbamos a enterar, ¿verdad? Pero si en casa lo sabe todo el mundo: lo saben Muv, Nanny y hasta Farve debe de haberse enterado, aunque, en cuanto se trata de tema de pretendientes, él considera que hasta que se formaliza el noviazgo el asunto no es de su negociado. Salvo, claro está, que el candidato en cuestión no sea «gente como uno», caso que no es el de Oliver, aunque el pobre no tenga ni un penique.

—Pero bueno —concluyó Decca con impaciencia—, dicho todo esto, ahora toca actuar.

—¿Y qué sabéis exactamente? —me interesé yo, a pesar de que la pregunta resultaba ociosa. Vista la destreza *espionajil* de las Hons, seguro que estaban enteradas, no solo de nuestro compromiso y de nuestra ruptura, también de los motivos de Oliver para interrumpir la relación, de modo que las dejé que siguieran perorando.

—Mira, Woman, estas cosas del corazón solo se arreglan hablando. Ya lo dice el doctor Freud. ¿O es quizá Ovidio quien lo dice? En fin, ahora mismo no me acuerdo, pero da igual. Los dos lo saben *todo* de relaciones y de las oscuras razones que anidan en el alma humana. «Al amor hay que darle un empujoncito», eso es lo que ellos aconsejan. ¿No te das cuenta? Por eso, en la mitología clásica, alrededor de los tortolitos sobrevuelan siempre Eros o Cupido, venga tirar flechas y propiciar encuentros. Tú quédate aquí, que ya verás cómo nosotras te traemos a Oliver, aunque sea de una oreja.

—¿Y qué os hace pensar que no quiere venir voluntariamente? —reí, aunque el comentario no acababa de hacerme gracia del todo.

—Nada, nada, lo dicho: tú espera aquí y míranos en acción.

Preferí mirar para otro lado. Ojos que no ven, vergüenza que una se ahorra, y me pareció mejor aguardar acontecimientos lejos de la sala de baile. La noche era fresca, pero se estaba bien en la galería acristalada que daba al jardín. Sentada en el alféizar de una de las

ventanas, me entretuve en observar las estrellas y en tratar de encontrar el planeta Venus. Según Nancy, siempre hay que encomendarse a una estrella propicia. Yo no creo mucho en estas cosas, pero había que matar el tiempo hasta que... Ojalá las Hons lograran su propósito. Crucé los dedos.

—¿Pamela?

Allí estaba él.

Oliver no era guapo. No pocos habrían opinado que sus ojos eran de un azul demasiado desvaído, su pelo rubio y fino presagiaba un futuro capilar incierto y su estatura solo era media. Pero yo lo adoraba. «El amor no solo es ciego, sino que además tiene muy mal gusto», solía repetir Nancy con la rotundidad de quien ve la paja en el ojo ajeno y no la viga en el propio. También solía señalar que la belleza física no era indispensable en el amor, pero que alegraba mucho el ojo, y más aún otras partes de la anatomía. Pero bueno, sé por qué me dio por hacer tales consideraciones. Lo único importante era que Oliver estaba allí, ¿incómodo y sudando demasiado visiblemente? «Sí, pero vamos, tonta —me amonesté—, ¿qué esperabas? Es nuestro primer encuentro tras la ruptura. Además, que esté un poco nervioso solo puede significar una cosa: que le importo».

—Tus hermanas me han dicho que estabas aquí en la galería, y yo... —comenzó él.

No le permití seguir. Lo tomé de la mano para que se sentara a mi lado y le repetí todo lo que le había dicho anteriormente en mis cartas: que deseaba compartir su suerte, que seríamos felices el tiempo que su enfermedad nos concediera, que no se preocupara por mí, que mi propósito era quererle en la salud y más aún en la enfermedad. Y mientras le decía todo esto, jugueteaba con mi anillo de compromiso, aquella copia de una joya medieval con un granate

y dos minúsculas piedras de luna, una sortija tan valiosa para mí como humilde para el resto del mundo. Tan humilde e insignificante que ni siquiera a las Hons, que se fijaban en todo, les había llamado la atención.

Oliver se llevó el anillo a los labios y lo besó.

—Quiero que lo conserves siempre —dijo—. Así al menos ese vínculo entre nosotros perdurará en el tiempo.

—¿Debo entender que si has decidido venir hoy aquí es solo para decirme que no has cambiado de opinión?

—He venido, mi sol, porque no es justo ni tampoco valiente romper un compromiso por carta. Estoy aquí para decirte que te quiero y te querré siempre, pero no puedo seguir adelante. No, no digas nada, solo escucha: las cosas son como son y no como a mí me gustaría que fueran. La semana próxima viajo con mi madre a Estados Unidos. Está empeñada en que me vea no sé qué especialista en tuberculosis con quien ha concertado cita. Por lo visto, tiene una clínica en Montana. Los tratamientos son largos, duran a veces años, e incluso así, el resultado es incierto. No puedo permitir que me esperes. Sigue con tu vida, Pam. Haz como si nunca nos hubiéramos conocido. Te quiero libre, ¿comprendes? Libre de mí y de esta maldita enfermedad mía, libre para enamorarte de nuevo y empezar otra vida. Y estoy seguro de que eso no ocurrirá a menos que yo esté fuera de ella. ¿Me comprendes, verdad?

Durante un buen rato continuó hablando. Sentados los dos en la galería desierta y con mis manos entre las suyas, besó nuestro anillo y lloró conmigo. Al fondo, en la sala de baile, las canciones de Cole Porter y los acordes de un foxtrot y luego de un charlestón hablaban de alegría, de esperanza, de vida y de amor. Nuestras manos entrelazadas, en cambio, hablaban de todos sus antónimos. De

pronto, un dúo de voces y risas ahogadas interrumpió mi desventura.

—Qué afortunados —pensé al tiempo que giraba la cabeza, esperando ver a dos jovencitos escapados de la fiesta en busca de soledad para prodigarse los primeros besos. Pero en vez de a dos adolescentes, vi a Diana. Bella como nunca, cubierta de diamantes y con la luz de la luna haciendo titilar tanto las lentejuelas de su traje de noche como sus ojos azules, mi hermana reía en brazos de Oswald Mosley.

# 12

## VENECIA ERA UNA FIESTA

—¿Champán a estas horas, Evelyn? ¡Pero si el Moët & Chandon de anoche aún te debe de salir por las orejas! Toma, prueba un poco de mi zumo de melocotón helado; seguro que tus neuronas me lo agradecerán.

Evelyn Waugh, con gafas de sol inescrutables, tez de acelga y rictus de «no me dirijan la palabra por lo menos hasta las cuatro de la tarde», dormitaba en una de las tumbonas del *palazzo* veneciano que Bryan y Diana habían alquilado a orillas del Gran Canal.

Evelyn tenía la habilidad de despertar mi instinto de protección. Contra todo pronóstico, además, si tenemos en cuenta que el futuro autor de *Retorno a Brideshead* era ya, en aquel año de 1932 el escritor más adulado del momento y con un pasado tempestuoso en la Universidad de Oxford. Allí adquirió fama de pendenciero y jugador, amén de formar parte del famoso Club de los Hipócritas, que bajo su lema en griego *áriston men hýdor* («El agua es lo mejor»), sacado de una oda de Píndaro, se dedicaban a competir en borracheras épicas. Pero ya saben ustedes lo caprichosos que pueden llegar a ser los afectos: hay gente maravillosa que le deja a uno indiferente y rufianes que todos adoran.

Evelyn contaba con otro dato a su favor. A sus veintinueve años conservaba un aspecto de mofletudo querubín y sonrisa de no haber roto un plato. También, y no sé por qué, me inspiraba ternura verle

aferrado siempre a una gran pipa de brezo que él acunaba con la mano derecha en el lado izquierdo de la boca. Un contorsionismo que suele conferir un aire muy interesante cuando uno es fotografiado para la contraportada de un libro, pero que para fumar resulta incomodísimo. Evelyn me había desarmado del todo el día en que me confesó que, con veinte años y por un mal de amores, intentó poner fin a sus días ahogándose románticamente en una playa bravía. Por lo visto, dejó sobre la arena su ropa, sus zapatos y una sentida nota para sus padres: «Adiós, mundo cruel, que no se culpe a nadie de mi muerte, etcétera». Pero, al adentrarse en las aguas, se vio atacado por una colonia de medusas y salió por pies.

Nancy decía que yo estaba secretamente enamorada de él, pero no es cierto, solo me gustaba su compañía, sobre todo en aquel verano en que la partida de Oliver a Estados Unidos me había dejado tan triste. Oliver era también la razón por la que había accedido a viajar a Venecia con los amigos de Diana y su marido. O, lo que es lo mismo, con un grupo de los *happy few* o «los pocos afortunados», que es como ellos se hacían llamar en honor a Stendhal, autor de *La cartuja de Parma*, libro que por supuesto todos ellos habían leído con desmayada devoción.

El grupo estaba formado por Nancy, Hamish, Cecil Beaton, así como otros de los que hablaré más adelante. Felices mortales. Todos jóvenes y guapos, se caracterizaban por ser lectores, no solo de Stendhal, también de Proust, de Kafka y hasta de Joyce, amén de ser amantes de la pintura de vanguardia, *y connaiseurs* de todo lo más nuevo, rupturista y/o escandaloso. Uno de los planes favoritos de estos afortunados era migrar de Londres al Continente como tardías golondrinas a finales de julio. No para huir de los rigores (inexistentes, por otro lado) del verano inglés, sino para reunirse con los *happy few* del resto de Europa. A veces se daban cita en alguna

isla griega donde fingían abrazar la vida rural, pasear en burro y otras rusticidades, aunque, eso sí, siempre alojados en villas maravillosas y carísimas. En otras ocasiones, el punto de reunión era la Toscana para emular a Byron y Mary y Percy Shelley, enamorarse y cambiar de cónyuges (solo entre ellos, porque la endogamia, cuando no el incesto, han sido siempre pecados muy elegantes).

Esta vez el punto de encuentro era Venecia con algunos *happy few* venidos de todas partes del mundo —Estados Unidos, Francia, Italia, el Río de la Plata y Gran Bretaña—, que se desparramaban por los distintos *palazzi* que aristócratas venidos a menos les alquilaban a precio de ganga, encantados de que alguien se ocupara de repintar sus blasones (y, de paso, también el resto de su desconchada propiedad). Bryan y Diana habían alquilado uno especialmente bello en la orilla izquierda del Gran Canal, en cuya terraza, en aquel momento, Evelyn intentaba resucitar tras una noche de farra en la que había dejado bien alto el pabellón del Club de los Hipócritas oxonianos. Yo, por mi parte, intentaba colaborar con su resurrección ofreciéndole un vaso del delicioso zumo de melocotón recién exprimido que un discípulo aventajado de Meadows, el mayordomo de Diana, acababa de servirme.

—¿Melocotón helado? —se horrorizó Evelyn—. No lo quiera Dios. Un clavo solo se saca con otro clavo. —Y se sirvió otra copa de champán.

No sé cómo, pero logré convencerle de que le diera una oportunidad al melocotón. Estaba yo más inspirada que de costumbre aquella mañana. Seguro que Muv se habría sentido orgullosa de ver lo alto que dejé el pabellón de la vida sana y natural, porque, tras protestar un rato (y sospecho que también para que dejara de darle la lata perorando sobre vitaminas y demás

zarandajas), Evelyn accedió a rebajar su Moët & Chandon con algo de zumo.

—Oye, oye, no te pases. ¿Adónde vas con tanto melocotón? Dedo y medio basta y sobra... A ver... déjame que pruebe. ¿A qué sabe esta mezcla herética? Hmmmm, ¡pero si está buenísima! Sirve un poco más, vaya descubrimiento. Tengo que acordarme de comentar esto con Cipriani, el dueño del Harry's Bar, cuando lo vea esta noche. Anda siempre en busca de nuevos cócteles, y este podría ser un exitazo. ¿Qué nombre le pondrías tú a nuestro invento, Woman? Tiene que ser uno culto y muy italiano. ¿Qué tal te suena el cóctel Leonardo? No, no, horriblemente obvio, igual que el cóctel Miguel Ángel, otro topicazo imperdonable. ¿Qué te parece llamar a nuestra nueva pócima un Benvenuto Cellini?... No, mira ya lo tengo: ¡un bellini! Suena muy veneciano, ¿no crees? Si algún día Cipriani logra hacer famoso este brebaje, me ocuparé de contarle a todo el mundo que lo inventamos tú y yo una mañana de mortal resaca.

—Por cierto, querida, ¿qué haces despierta a esta hora indecente de las ocho y cuarto de la madrugada? Deberías estar roncando tan elegantemente como tus hermanas y el resto de los invitados. Como, dicho sea de paso, también debería estar haciendo yo, si no fuera, maldita sea, porque, cuando trasnocho, a mi cuerpo, que es un traidor y un sádico, le da por despertarse al alba para castigarme. Sírveme otro *bellini*, ¿quieres? ¿Cuándo has venido? Veo que decidiste no viajar con Diana y Bryan, que llevan aquí días, y tampoco con Nancy; ella y Hamish llegaron hace dos días. Tú siempre a tu aire, tesoro, eso es lo que más me gusta de ti: estás, pero no estás; eres, pero no eres «una de los nuestros». Mejor así, las lenguas andan desatadas estos días en Venecia.

***

No fue hasta dos cócteles más tarde que conseguí que Evelyn me contase a qué se refería. Pero, antes de eso, es necesario explicar que mi ruptura con Oliver me había dolido tanto que decidí tomarme un tiempo para asimilarla. De ahí que, al día siguiente del baile de Unity en casa de Diana, regresé a la granja que me ocupaba de regentar en la propiedad de Bryan, esa tan próxima a la cabaña que habían ocupado Lytton Strachey y Dora Carrington y en la que ella se quitó la vida. Aquel paraje era mi refugio, mi paraíso, compartido con mis caballos, mis perros, esos amigos fieles que jamás preguntan, ni juzgan, solo acompañan.

—Verás —le mentí a Diana con desparpajo, cuando por enésima vez me insistió en que *tenía* que viajar con ellos a Venecia la semana siguiente—. El campo tiene sus propios tiempos, sus labores inaplazables, ya sabes. Pero te prometo que en una semana, diez días a lo sumo, estaré allí. No quiero fallarte. Tampoco a Bryan —especifiqué.

Mi hermana me miró con suspicacia.

—¿Hay algo que quieras decirme, Woman? —Por un momento pensé que Diana había intuido mi ruptura con Oliver y se interesaba por ella, pero, al cabo de unos segundos y sin esperar respuesta, repitió—: ¿Nada que decirme?

Esta vez comprendí que sus suspicacias no se debían a que hubiese adivinado lo ocurrido entre Oliver y yo. Diana era tan o más perspicaz que Decca y Deborah, las detectives consumadas de la familia. Pero el instinto detectivesco suele oxidarse cuando una anda metida en otros afanes, en otros secretos. Sobre todo si esos afanes y secretos son amorosos. Yo me había cuidado muy mucho de comentarle que la había visto besándose con Mosley la noche del baile. Mi intención era, antes de hacer nada al respecto, hablarlo con Nanny Blor.

***

Creo que, hasta el momento, les he contado poco de este miembro fundamental de la familia Mitford. Nanny Blor, nuestra niñera, la que nos había criado a todos, el rompeolas de nuestros problemas, la salvaguarda de nuestras tribulaciones. Las niñeras de entonces jugaban un papel esencial en la vida de los niños que eran afortunados de tenerlas. Con unos padres que, en la mayoría de los casos, veían a sus hijos un ratito antes de la cena como mucho, las niñeras eran el interregno entre el mundo infantil y el de los mayores, las abogadas leales, las mediadoras perfectas en todos los conflictos. En casa de los Mitford, hasta Farve se inclinaba ante la callada sabiduría y suave mano izquierda de Nanny Blor. Bueno, «inclinarse» no es palabra que encaje demasiado si hablamos de Farve. Digamos que, tras sulfurarse y despotricar un rato, acababa condescendiendo con un «¡Hágase pues!», que, en su caso, era lo más parecido a una claudicación.

Cuando al día siguiente del baile en casa de Diana encontré un momento para hablar con ella a solas sobre lo que había visto en la galería, Nanny me tranquilizó:

—Pam, querida, cualquiera diría que no conoces el mundo en el que os movéis tu familia y tú. Como buena parte de los matrimonios son solo de interés, se sobreentiende que las parejas engendran juntos uno o dos hijos y, a partir de ahí, anchas son las verdes campiñas de nuestra amada Inglaterra: cada uno hace su vida sin despeinarse pero, eso sí, guardando las apariencias.

—Pero este no es el caso —argumenté—. Diana sí se casó por amor. Ella y Bryan son la pareja más atractiva de Londres, la más admirada, la más envidiada. No hay más que verlos juntos, parecen dos dioses griegos.

—¿Y tú te piensas que los dioses griegos no se aburren como ostras allá arriba en el Olimpo? Lo perfecto es enemigo de lo bueno, querida. Mírales, Bryan es el marido ideal: guapo, sensible, amante de la poesía y del campo, un padre entregado y un hombre de bien. Eso por no mencionar, claro —puntualizó Nanny Blor—, que es dueño de una fortuna tan enorme que haría irresistible hasta a Quasimodo. Sin embargo, tu hermana se aburre sin remedio, y, para que lo sepas, no hay peor asesino del amor que el aburrimiento. No se trata de justificar a Diana, pero es necesario tratar de entender. Bryan es como esas esculturas clásicas que lo tienen todo, salvo lo que más importa, sangre en las venas. Diana, por el contrario, ama la vida, admira aquello que es vital, fuerte, viril, y mucho me temo que Oswald Mosley, aunque no sea ni tu tipo ni el mío, encarna estos y otros atributos. Era de prever que ocurriera algo así; ahora solo cabe desear que Diana sepa manejar la situación como hacen otras mujeres casadas en situaciones similares, con inteligencia y discreción.

***

Todo esto había hablado yo con Nanny Blor el día después de la fiesta de Bobo, por lo que, al final, decidí no decir nada de lo que había descubierto la víspera. A nadie, ni siquiera a Diana. A fin de cuentas, tenía razón Nanny. Nadie es perfecto, ni siquiera un hombre tan maravilloso como Bryan Guinness. Por otro lado, reflexioné, tratando de convencerme aún más, como también decía Nanny Blor, que era tan sabia, mientras todas las partes implicadas, esto es, Diana, Bryan, Mosley y también lady Cynthia, la mujer de este último, conozcan las reglas del juego y no las rompan, el mundo (o al menos ese mundito nuestro de los *happy few*) seguiría girando sin perjuicio para ninguno de sus implicados.

Aun así, sentí una punzada de malestar por Bryan. Había sido tan generoso conmigo. Le debía la posibilidad de trabajar en su granja, lejos de Londres y lejos también de Swinbrook y de mis padres. Independencia. Ese había sido su regalo y le estaba agradecida. Lo único que se me ocurrió pensar entonces fue que ojalá que, en aquel juego de sillas musicales que era la buena sociedad de entonces, uno, en el que todos flirteaban con todos, Bryan tuviese la suerte de encontrar, a su vez, una silla musical de su gusto. Por fortuna, aquella noche nadie más había visto lo que yo vi, de eso estaba segura. Ahora tocaba contribuir a guardar las apariencias, eso era todo; hacer, yo también, como que no pasaba nada.

Entonces recordé una frase de La Rochefoucauld, pirateada más adelante por Oscar Wilde, que Nancy solía repetir con frecuencia, una que yo siempre había desdeñado por frívola: «La hipocresía es el homenaje que el vicio rinde a la virtud». Ahora empezaba a entender su sabiduría. Porque resulta que la tan denostada hipocresía, al verse obligada a fingir virtud para no caer en el descrédito social, consigue, paradójicamente, dos cosas: por un lado, que los no virtuosos se comporten como si lo fueran. Y, por otro, hace que se mantengan las normas que propician la estabilidad y el *statu quo*. En resumen, la hipocresía es sinónimo de civilización. También de respeto a las normas y la mejor aliada de una armoniosa convivencia. De este modo, cada uno puede hacer de su capa un sayo, pero siempre y cuando respete las convenciones y así la sociedad mantiene su orden. ¿Una actitud cínica? Por supuesto, pero ¿qué es el cinismo sino la capacidad de ver las cosas como son y no como nos gustaría que fueran?

—¿Has oído lo que te acabo de decir, Woman? —preguntó en ese momento Evelyn Waugh, interrumpiendo mis cavilaciones.

—Ni una palabra —reconocí—, perdona, pensaba en Diana y...

—Pues precisamente de ella te hablaba. Para que lo sepas: he dejado de venerarla como madona y virgen de Murillo.

—¿Y eso por qué? —me asombré.

Siempre me había hecho gracia la devoción que Evelyn profesaba a mi hermana a distancia. Una que comenzó cuando su mujer lo dejó por otro. Aquel desengaño hizo que se obnubilara por Diana, y al ver que para ella nunca pasaría de ser un amigo, todo lo más un perro fiel, se aprestó a recoger las migajas de cariño que cayeran de su mesa. Encantador y contradictorio Evelyn. Descreído por un lado y por otro fervoroso católico; escritor genial, pero a la vez sin pizca de talento en lo que a relaciones personales se refiere. Él siempre se enamoraba de imposibles. En su primera juventud, de muchachos de su edad, y ahora de mujeres inalcanzables, como Diana.

—¿Y se puede saber por qué has dejado de adorar a mi hermana? —pregunté divertida, y me serví también yo un gran vaso de *bellini*. Algo no muy prudente antes del desayuno, pero adiós remilgos. Además, ya fuera por el champán o por la visión deslumbrante del Gran Canal sobrevolado por gaviotas, lo cierto es que la mañana de pronto me pareció perfecta. Incluso conseguí durante ese rato olvidarme de Oliver—. Venga, Evelyn, cuéntame por qué has apeado a Diana de su pedestal.

—Se ha bajado ella solita —respondió él, que iba por el tercer *bellini* y preparaba un cuarto—. O dicho de otro modo: se ha metamorfoseado de diosa en simple mortal por culpa de ese maldito individuo con cara de comadreja.

De pronto, me pareció más sensato volver al zumo de melocotón. Adiós *bellinis*. Si la conversación iba a ir por donde yo imaginaba, mejor mantener la cabeza despejada para defender a mi hermana. ¿Cabía la posibilidad de que lo que yo vi en la galería de casa de Diana hubiera sido observado por alguien más? Imposible. Aquella

zona estaba desierta, de eso estaba bien segura. No había en los alrededores nadie más que ellos y nosotros, y Oliver tampoco pudo ver nada porque estaba de espaldas cuando sucedió todo.

—Comadreja y sabandija —continuó Evelyn—. Debí imaginármelo cuando Diana me dejó deliberadamente fuera del plan de ir con vosotras a la manifestación de este individuo. ¿Te acuerdas? Primero dijo que no, luego que sí, luego otra vez que no, todo muy raro. Lo que no podía imaginar de ninguna manera es que mi madona adorada, además de poco virginal, fuese tonta de remate. ¡Mira que convencer al buenazo de Bryan de que alquilase este *palazzo* sabiendo perfectamente que en el *palazzo* de allá enfrente estaría Mosley con su mujer! —Se escandalizó con el regusto amargo de quien la noche anterior ha intentado ahogar en alcohol una gran desilusión, solo para descubrir que las grandes desilusiones nadan divinamente a crol.

—Pobre Bryan, y sobre todo pobre lady Mosley —retomó Evelyn—. Imagínate su situación, apenas repuesta de un embarazo complicado que casi se la lleva al otro mundo, y resulta que ahora le toca presenciar cómo, mientras ella da el pecho a su bebé, el sátiro de su marido corre tras el escote de otra. ¿Pero en qué diablos piensa tu hermana, di? ¿No sabe que en sociedad se puede hacer todo menos el ridículo? El ridículo propio, y peor aún, el que inflige a quien menos lo merece. ¿Quieres que te cuente a qué se ha dedicado tu querida hermana desde que llegó aquí?

Sin abandonar los *bellinis*, Evelyn añadió que aquellos días en Venecia no se hablaba de otra cosa entre los que se encontraban pasando allí la temporada.

—Figúrate que la primera tarde de nuestra estancia salimos un grupo grande a dar una vuelta por la plaza de San Marcos y a comer luego en una *trattoria*. ¿Y sabes qué hicieron los tortolitos? Fingieron

perderse y no regresaron hasta bien entrada la noche, los dos tan ricamente y como si nada. Y mientras duró la escapada, el pobre Bryan preocupadísimo, imaginando todo tipo de posibles explicaciones trágicas: un accidente, un robo, un secuestro... Lady Cynthia, en cambio, ni se inmutó. Deberías haberla visto. Pálida como un espectro, ni por un minuto perdió el *savoir faire* y se dedicó a quitar importancia al asunto, incluso ofreció una explicación verosímil para la desaparición. Argumentó que seguramente Mosley se había encontrado con algunos correligionarios suyos. «Al fin y al cabo, y como todo el mundo sabe, Italia es la cuna del fascismo —enfatizó ella—. ¿Y cómo desaprovechar una ocasión así? Ya veréis como antes de la cena están aquí sanos y salvos». Gran mujer Cynthia —continuó narrando Evelyn—. ¿La conoces? Es de las tuyas, Woman. No le gusta ser el centro de atención. Y sin embargo, deberías verla cuando sube a un escenario, cambia por completo.

—¿Es actriz? —me asombré.

—Al contrario, es ella misma en todo momento. Desconoce lo que es el fingimiento, un don que en política resulta imbatible. Mosley como orador puede que tenga *auctoritas*, vehemencia y énfasis, pero le falta corazón. A lady Cynthia, por el contrario, le sobra. Conecta con la gente, sabe cómo darle lo que más necesitamos todos en estos tiempos tan revueltos: esperanza. Mosley nunca habría llegado a donde está sin su mujer; forman un equipo perfecto.

—¿Hasta el punto de cubrirle las espaldas y servirle de coartada cuando él «desaparece» con otra? Para mí eso se llama sumisión.

—Te equivocas. Se llama pasión. Ella adora a su marido y él, a su manera, la ama también. O la necesita, que casi siempre es un lazo más sólido que el amor.

—Y entonces, Diana ¿qué es para él?

—Una más —rio amargamente Evelyn—. Mosley es como esos halcones que majestuosos surcan el aire y cazan lo que se tercie, a veces un gorrión, otras una calandria o un mirlo. Y otras, como en este caso, la más bella de las aves. Pero luego, tras probar la eficacia de sus garras y la elocuencia de su pico, el depredador vuelve al nido. Y lo hace, no como la majestuosa ave que parecía ser, sino como un polluelo descarriado que sabe que allí es donde está su abrigo. ¿Comprendes, Woman?

Yo recordaba haber visto a lady Cynthia en alguna ocasión. Una mujer alta, huesuda, de aire distinguido y mirada de serena inteligencia. El tipo de mujer de la que no me hubiese importado hacerme amiga. Ahora, en cambio, las circunstancias nos colocaban en bandos opuestos. Pasara lo que pasara, mi deber, como hermana mayor de Diana, era protegerla.

—¿Y Nancy qué dice de todo esto? —pregunté. El *bellini* había convertido en tan locuaz a mi interlocutor que seguro que me contaría algo interesante.

—Ni idea —respondió, sentándose a la sombra para guarecerse del sol veneciano que comenzaba a brillar con furia, anunciando otro día de temperaturas asfixiantes—. Si me preguntas si he hablado con ella desde que llegó aquí el jueves, la respuesta es no. Me ha puesto en su lista negra.

—¿Y eso por qué? Habéis sido siempre grandes amigos...

—Y espero que volvamos a serlo. Pero, de momento, no me perdona que te telefoneara para alertarte de su intento de suicidio por sus desventuras amorosas con Hamish. Ya sabes cómo son estas cosas, cuando vuelves con un individuo como ese, lo normal es intentar que todos olviden lo que no conviene que recuerden.

—Pero de ahí a ponerte en su lista negra...

—Llámalo como quieras. Las veces que hemos coincidido, me aplica el tratamiento «frialdad de témpano»: sonrisa helada, palabras amables pero refrigeradas mientras su novio, con desdén oxoniano, pasa a mi lado y finge que soy transparente. Imagínate lo que me importa en el caso de Hamish. Pero Nancy sí me importa. Y también Diana, aunque ya nunca volverá a ser mi madona de Rafael ni mi virgen de Murillo. Estate atenta, Woman, una de tus hermanas, o quizá las dos, están a punto de poner a prueba la tolerancia y la paciencia de esta clase nuestra tan particular. Y ya conoces sus reglas. Puedes hacer de todo, sí, pero según cómo. La gente normal piensa que las apariencias son bobadas de esnobs, coartadas de un grupo humano banal, mentiroso e hipócrita. Y, en efecto, lo son. Pero existen. Y solo los fatuos (y tontos) se permiten ignorarlas. Mira —dijo, dando un último sorbo a su *bellini*.

Yo giré la cabeza hacia donde me señalaba con un gesto de su mano el deslumbrante escenario que ambos teníamos delante: el Gran Canal surcado por góndolas, los *palazzi* a cuál más bello y, al hacerlo, Evelyn se detuvo en señalar uno, contiguo al nuestro a cuya terraza comenzaban a acceder perezosamente varios de los *happy few*. Entre ellos, identifiqué a Hamish (sin Nancy en ese momento), a mi prima Winnie Churchill, también a Cecil Beaton que, como Evelyn, tenía todo el aspecto de acunar una mortal resaca.

—Allí están —añadió mi compañero de *bellinis*, saludando en aquella dirección, al tiempo que lanzaba un beso volandero, en concreto a cierta rubia lánguida desconocida para mí. Una que poco después supe que era prima de los Vanderbilt de Nueva York e incluso más rica que ellos, una chica de unos veintipocos años y de aspecto frágil, que guardaba cierto parecido con Diana, madona y virgen intacta de Evelyn Waugh y ahora desalojada de su hornacina —. Míralos a todos —continuó él, sin despegar la vista de la rubia

enfundada en lo que tenía toda la pinta de ser una carísima bata de baño, trasunto de las que lucen los nadadores que cruzan el Canal de la Mancha, solo que sexi—. En pocos minutos los engranajes sociales se pondrán en marcha, comenzará una jornada más y todos entonarán las consabidas letanías propias del caso: «¡Buenos días! ¡Buenos días! Qué mañana gloriooosa, ¿verdad? ¿Cuándo has llegado? ¿Hasta cuándo te quedas?». En fin, Woman, tú ya me entiendes, dentro de unos minutos, y puesto que estamos en Venecia, cada uno de nosotros procederá a ajustarse su mejor careta de carnaval. A propósito, querida, ¿dónde has dejado la tuya? Cualquiera diría que no te has enterado de que en esta mascarada perpetua que es nuestro mundo, no se puede —ni se debe— prescindir de antifaz.

—Tienes razón —reconocí—, se me da fatal fingir, y mira que lo siento.

—Pues me temo que has venido al peor lugar posible para ir por ahí a cara descubierta. Porque, como acabo de decirte, aquí en Venecia *siempre* es carnaval, como lo es también en Londres, y París, Corfú, Nueva York, Capri, Montecarlo o donde quiera que se reúnan nuestros amigos a pasar unos días. Una mascarada eterna vayamos a donde vayamos. Eterna, claro está, hasta que llegue la Cuaresma.

—Más católico que nunca te veo —reí.

—Católico desde luego que lo soy —replicó él—, cada vez más convencido, además, pero sobre todo, soy realista, querida. Por eso recuerda mis palabras, hay que divertirse, porque doña Cuaresma llega. Inexorable.

# 13

## UNA EXCURSIÓN AL LIDO

Apenas una hora más tarde, comencé a comprender a qué se refería Evelyn con eso de que en Venecia siempre es carnaval. Bryan había organizado una excursión a la cercana isla del Lido para almorzar en el famoso Hotel des Bains, un plan al que había convidado también a los amigos alojados en el *palazzo* contiguo. Por supuesto, ninguno de ellos llevaba aquella mañana vestimenta dieciochesca ni una de esas llamativas máscaras de papel maché por las que esta ciudad es famosa. Pero, a falta de otro disfraz, buenas eran una gafas ahumadas y/o un turbante a lo mademoiselle Coco como el que lucía aquella mañana mi hermana Nancy. Tampoco me pareció mal camuflaje la enorme pamela de Harvey & Nichols tras la que intentaba disimular su felicidad mi hermana Diana. Pero, como según se dice siempre, dinero y dicha difíciles son de esconder, y a ella la felicidad se le escapaba por todos los poros. Me volví para observar a su marido. Quedaba claro que lo suyo no eran las máscaras sociales. Enfundado en unos pantalones de loneta blanca y en una camisa azul celeste, Bryan Guinness trataba de disimular su desasosiego con un sombrero panamá calado hasta las cejas y unas gafas tan oscuras que le daban el aspecto de un invidente.

Pero mi cuñado era de todo menos ciego. Tanto él como lady Cynthia (guapa y muy frágil en un caftán blanco) todo lo veían, todo lo sufrían. No sé qué habría ocurrido en los días anteriores a mi

llegada. Pero contaré lo que yo viví aquella mañana cuando, después del desayuno e intentando no desentonar con la túnica de algodón milrayas que Muv me había regalado para este viaje, bajé al embarcadero donde esperaban las lanchas para llevarnos a las playas del Lido. Me había entretenido demasiado escribiendo cartas (en especial, una para Oliver, que, después de darme mucho trabajo, acabó en la papelera).

Por eso, cuando llegué al muelle, el resto de los pasajeros ya estaba a bordo. Y estos eran, para mi consternación, aparte de mi prima Winnie, que me saludó lánguidamente, Mosley y lady Cynthia. También estaba Evelyn, y junto a él otra pareja para mí desconocida. Ella, según pude corroborar a continuación, era la muchacha rubia de aire etéreo que Evelyn admirara una hora antes desde la terraza, y él, cavilé, debía de ser su marido. Ni uno ni otro me parecieron demasiado duchos en máscaras y disimulos. De hecho, no resultaba difícil descifrar qué se escondía tras sus sonrisas. La de él (pronto descubriría que se llamaba Garvey Smith) era rígida y tan ancha que en un par de ocasiones dejó al descubierto un delator diente de oro. Su vestimenta, en cambio, era perfecta, y muy acorde a lo que se supone debe lucir un miembro de los *happy few*: pantalones claros, jersey sobre los hombros, alpargatas italianas tan rústicas como carísimas y una bonita camisa de algodón. Aun así, todo en él chirriaba. No solo el diente de oro, sino también la forma en la que parecía posar como un maniquí de revista con una mano en el bolsillo de su pantalón de lino perfectamente planchado y aquel jersey de críquet cuando hacía un calor sahariano. ¿Un hombre hecho a sí mismo?, cavilé. ¿Un capricho de niña rica que ha desafiado a su familia para casarse con Garvey Smith, quien quiera que fuese? Mister Smith me ofreció su mano para subir a bordo y pude observar entonces que en su pulcro meñique manicurado lucía

una sortija de oro con la inicial B. Pronto descubriría también que la B correspondía a la inicial del nombre de su mujer.

En cuanto a Bianca van Schuller-Smith, era el colmo de la sofisticación. Con la elegancia serena que confieren largos años de institutrices francesas, infinitas clases de piano y ballet, amén de una abultada cuenta corriente, Bianca merecía —y al mismo tiempo desmerecía— el título de madona renacentista que Evelyn Waugh le había atribuido hacía un rato para sustituir en su particular paraíso a Diana. Lo merecía porque su aspecto era rubio, frágil y virginal, pero el efecto se rompía al observar sus ojos. Su mirada era... ¿cómo describirla?... como la de un milano o un gavilán. Sí, eso es. Tenía un modo de fijar la vista en sus interlocutores que parecía decir algo así como: «Esta soy yo y este es mi marido, ¿pasa algo? Hago lo que quiero. Soy una Van Schuller».

***

Las circunstancias del resto de los pasajeros de aquella lancha rumbo al Lido no necesité imaginármelas porque las conocía. Evelyn Waugh, muy repeinado como si acabara de salir de una redentora ducha helada, se sentó en la proa intentando disimular, con un silencio taciturno, el dolor de cabeza que le habían dejado tantos *bellinis* antes del desayuno. Su aspecto contrastaba con el de Nancy, toda efervescencia y locuacidad junto a Hamish, que parecía pertenecer al clan de Evelyn, es decir, de los que intentan capear sin éxito una descomunal resaca. Tal vez esa era la razón por la que aquella mañana había aparecido con un conjunto de camisa y pantalón de hilo de un color que solo puedo describir como amarillo huevo. Una circunstancia que no solo atrajo la atención de todos los presentes, también la de los mosquitos del lugar que tienen fama de

voraces, por no decir caníbales y que, incluso antes de zarpar, comenzaron a acribillarlo.

—¡Malditos bichos! ¿Se puede saber a qué esperas, Nancy? Pásame ese potingue milagrero que mamá mandó preparar especialmente para mí en Boot's. ¿¿¿Que no lo has traído??? ¿Pero se puede saber en qué estabas pensando cuando me hiciste la maleta? ¡Con lo delicada que tengo la piel! ¡Ya verás cuando llame a mamá para contarle que me han comido vivo los mosquitos por tu culpa! Contenta se va a quedar, ¡estas Mitford! Está claro que no se puede uno fiar de ellas. De *ninguna* —añadió con lo que me pareció una mirada mitad irónica, mitad de conmiseración hacia Bryan, y justo antes de girar sobre sus talones, sentarse junto a Evelyn en proa dejando a Nancy cargada con la voluminosa bolsa de playa y bastante atónita.

El desconcierto de Nancy duró apenas un par de segundos, los que tardó en calzarse el antifaz que la situación requería, en este caso, la máscara del sarcasmo.

—No, querido, no me he traído el ungüento mágico contra los mosquitos que preparó tu mamá. Pero descuida, cielín. Esta noche, en cuanto regresemos, te embadurnaré de arriba abajo con el bálsamo para bebés que mami también mandó preparar especialmente para ti. Es tan cómodo viajar con Hamish —ironizó mientras encendía uno de los cigarrillos que Alfred Dunhill mezclaba especialmente para ella (y que solo fumaba cuando estaba en compañía de sus amigos ricos; el resto del tiempo economizaba con Benson & Hedges)—. Ni os podéis imaginar lo comodísimo que resulta este novio mío. De cuidarlo y tutelarlo —incluso a distancia— se ocupa lady Vera, su querida mamá. Resulta enternecedor ver cómo cada día llama a su polluelo para preguntarle si ha dormido bien, si ha tomado su aceite de hígado de bacalao y si se ha puesto

la camiseta de entretiempo: «¡Nada de tonterías, Hammy, tesoro! Mira que los vientos del Véneto son tremeeeendameeente traicioneros!» —escenificó Nancy, imitando el acento de la muy maternal lady Vera—. «¿Ves estas pastillas potabilizadoras de agua que le pedí para ti al nieto de lord Kitchener, tesoro? Úsalas todos los días, es muy importante. ¡Ah! Y ahora que hablamos de lord Kitchener, ¡¿i¿no se te habrá ocurrido viajar sin mis polvos especiales para la diarrea, verdad, tesoro?!!!»... Sí —continuó Nancy, expeliendo una elegante voluta de humo—, Hamish no puede *vivir* sin mamá, ¿verdad que no, mi pichón? Anda ve, enfurrúñate todo lo que te dé la gana, pero allá lejos, en proa. Cualquier cosa que necesites estaré en popa con los adultos. Te lo encomiendo —añadió, dirigiéndose ahora a Evelyn—. Sois tal para cual.

Y dicho esto fue a sentarse en la misma fila que ocupaban Bryan y Diana, es decir, delante de Mosley y su mujer.

Diana entonces aprovechó el momento de desconcierto general para enviar, tamizada por el ala de su pamela, una larga mirada a Oswald Mosley que lady Mosley interceptó devolviéndole a mi hermana otra implorante a la vez que digna.

«Pues sí que empieza bien este apacible día de playa —me dije porque aún no habíamos zarpado y ya el ambiente se podía cortar a cuchillo—. No quiero ni imaginar qué ocurrirá dentro de un rato cuando lleguemos a tierra. Paciencia. —Me resigné—. También esto pasará...».

***

Por fortuna para mí —e imagino que también para el resto de los presentes—, en cuanto la embarcación se puso en marcha, las máscaras sociales volvieron a cumplir su civilizada función y cada uno de nosotros se dejó embargar por la belleza del paisaje y de la

travesía que teníamos por delante. Y lo hicimos recurriendo a todos los comentarios habituales en estos casos.

—Venecia es única, ¿verdad?...

—Oh, sí, y más ahora vista desde el mar... ¿Habéis estado en el Lido?

—Naturalmente que sí, el Hotel des Bains es uno de mis favoritos en todo el mundo...

—Qué razón tienes. ¿Has leído *Muerte en Venecia*?

—Querida, ¡qué pregunta la tuya! Es un libro *in-dis-pen-sable*, de una belleza acongojante, cada página es un poema...

—Oh sí, es tan melancólica esa pasión desesperada de un viejo escritor por un muchacho apenas un niño. Una verdadera obra maestra...

—Pues yo no estoy de acuerdo con vosotros, a mí me pareció un libro deprimente. Oscuro y repugnante. Porque, además de la pederastia nunca consumada que a mí me da bastante asquete, está la epidemia de cólera que se cierne sobre el mundo idílico y decadente que pinta Thomas Mann, la podredumbre que acecha, la ciudad que agoniza, la belleza que perece...

—¡Claro, tonto, vaya descubrimiento el tuyo! El título del libro ya lo dice todo: «Venecia» y «muerte» son palabras sinónimas, ¿no os parece?... pero vaya topicazo acabas de soltar, puro blablablá de filisteos y de gente poco cultivada. Eso que dices está muy bien para los folletos turísticos que procuran dar un punto de misterio y de tragedia a la que es una de las ciudades más vivas y bellas del mundo... Pero mira qué día glorioso. ¿Tú te crees que puede pasar algo malo con este sol y rodeados de tanta belleza? Disfruta y déjate de monsergas...

—Venga, vosotros, dejad de perorar y saltemos a tierra...

—¿A qué hora has reservado en el Hotel des Bains para almorzar? —preguntó Nancy a Bryan mientras él ofrecía su brazo, primero a ella y luego a Diana para desembarcar—. ¿Una y cuarto, dices? Perfecto, perfecto. Así nos dará tiempo a darnos un largo baño antes. ¿Nadas conmigo hasta aquella balsa, Woman? —me propuso Nancy a continuación señalando mar adentro...—: Esa no, la otra, la que está más lejos —corrigió, apuntando a una plataforma que estaba anclada por lo menos a media milla de la playa.

—Por supuesto —acepté—, siempre me ha encantado nadar.

—Y tú, Diana, ¿vienes con nosotras? —le pregunté—. Anímate, será divertido.

Pero Diana ya había saltado a tierra y, ocupada en sus afanes, ni siquiera prestó atención a mi pregunta.

# 14

## Muerte en Venecia

Como ocurre con frecuencia cuando uno llega a un lugar del que ha oído hablar maravillas, el Hotel des Bains me pareció más pequeño de lo que esperaba, y también su playa tachonada de cabinas de loneta blanca y verde, ordenadas en formación de revista. Ni una cosa ni otra llamaron especialmente mi atención, pero sí otras bellezas. Como la perfecta forma semicircular de la costa de arena blanquísima o el turquesa del agua sobre la que se adivinaban, a media y a larga distancia, aquellas dos balsas que Nancy había mencionado a nuestra llegada. Se trataba de un par de almadías flotantes de buen tamaño para que los nadadores llegaran hasta ellas y descansaran antes de emprender el regreso a tierra. Los invitados de Bryan andaban ya por ahí admirando el paisaje. En la distancia pude ver a Cecil Beaton charlando con mi prima Winnie Churchill. Preferí evitarlos, sobre todo a Winnie. No podía olvidar lo encantada que la había visto charlando con Oliver en la fiesta de Unity. Tonterías mías, lo sé. Seguramente habrían hablado de naderías, como hacemos todos en situaciones similares. Pero su presencia allí me recordaba a Oliver por lo que preferí esquivar tanto a Winnie como a Cecil e ir en busca de Evelyn, al que no tardé en encontrar en el bar de la playa tentándome desde lejos con un *negroni*.

—¿No escarmentarás nunca? —reí, rechazando el ofrecimiento—. Después de los seis *bellinis* que te soplaste antes del desayuno, pensé que harías una pausa hasta la noche.

—¿Pausa, querida? La única manera de acabar con un resacón del calibre del mío es ahogarlo en más alcohol. Díselo tú, Nancy —añadió, dirigiéndose a mi hermana, que se había dado mucha prisa en cambiarse y se acercaba envuelta en un albornoz—. Cuéntale a tu hermanita, tan puritana ella, cómo combate Hamish sus clavos matutinos si no es con una melopea perpetua.

Pero Nancy no entró al trapo. Había comenzado a ponerse su gorro de baño. Uno de color turquesa que hacía resaltar sus ojos verdes y combinaba sin estridencias con su traje de baño blanco.

—Venga —me insistió Evelyn—, prueba un poco, te encantará, refresca un montón.

—Parece que no la conoces —terció Nancy—, no tienes la más ínfima posibilidad de hacer de Woman una bebedora de *negronis*. Y de mí, menos aún, tesoro mío —ironizó—. Sobre todo, antes de nadar. En cambio mira, allí, un par de tumbonas a tu izquierda y sin marido a la vista, tienes a la candidata perfecta. —Y señaló nada disimuladamente hacia la americana rubia con la que habíamos compartido embarcación minutos atrás.

—Evelyn dice —observé yo— que tiene cara de madona y de virgen de Murillo.

—Pues debe de ser lo único que tiene de virginal, porque en lo que respecta a todo lo demás, Bianca van Schuller es un lince y una calculadora ambulante.

—¿Y qué es todo lo demás? —pregunté, procediendo a ponerme yo también mi gorro de nadadora.

—Sus negocios, sus propiedades, sus compañías. Es una de las mujeres más ricas de Nueva York. Ahí donde la veis, es cualquier

cosa menos una vestal despistada.

—Bah —descartó Evelyn con un vaivén de su *negroni*—. Conozco bien el perfil. Las niñas ricas tienen siempre un papá, un tío o, si no, un ejército de abogados que se ocupan de todo mientras ellas disfrutan de la vida.

—Pues te equivocas una vez más —corrigió Nancy mientras comenzaba a embadurnarse el cuerpo con una crema con protección solar que no era receta de mamá Hamish, sino de Helena Rubinstein, amiga de mi hermana que ya entonces sostenía la novedosa teoría de que había que protegerse del sol—... Porque Bianca, que es huérfana, fue criada por su abuelo Van Schuller, que la educó para que fuera consciente de que alrededor de alguien tan joven y con tanto dinero como ella revolotearían infinidad de moscones y no digamos buitres. Por eso la apartó por completo de toda vida social, la aisló de parientes ambiciosos, de amigos interesados, de aduladores y pelotas. «Te he enseñado todo lo que tienes que saber para valerte por ti misma cuando yo falte», aseguran que le dijo Van Schuller el día en que cumplió dieciocho años. «Fíate solo de tu instinto, mi niña, de *nadie* más».

—¿Tampoco de su marido?

—Ese fue el único fallo que cometió el viejo. De tanto protegerla y aislarla del mundo, no vio lo que ocurría bajo su propio techo.

—Y lo que ocurría se apellidaba Smith —incidí yo.

—Exacto —continuó Nancy—. Garvey Smith era el contable de la familia. El más servicial, el más dispuesto y prudente, la mano derecha del viejo. En cuanto Van Schuller se enteró de lo que pasaba entre su nieta y el contable, lo puso de patitas en la calle. Lástima que poco después el viejo sufriera un lamentable accidente. Se cayó escaleras abajo y nunca se recuperó del golpe. Murió, y solo un par meses más tarde Bianca y Smith se daban el «sí quiero».

—Ya, y desde entonces, él maneja las finanzas de su mujer, ¿no es así?

—Te equivocas una vez más, Evelyn. Ya te he dicho que Bianca, pese a sus pocos años, no es ninguna cándida paloma. Tanto entonces como ahora, siempre ha tenido muy claro que una cosa es el amor y otra su enorme fortuna. Esa lección del viejo Van Schuller sí que la aprendió bien. Por eso y según cuentan, tiene a Smith atado con una correa muy corta.

—Y él, encantado de la vida. Al menos, yo lo estaría. Después de todo, no es lo mismo casarse con una riquísima heredera que hacerlo con una riquísima heredera que parece salida de un cuadro de Botticelli —rio Evelyn, apurando su *negroni* mientras los ojos se le escapaban, soñadores, hacia donde dormitaba Bianca van Schuller.

Ahí acabó nuestra conversación a tres. Tanto Nancy como yo nos habíamos enfundado ya en nuestros albornoces con monograma del Hotel des Bains y estábamos listas para el baño.

—Eso, eso, id a practicar un rato el *mens sana in corpore* etcétera —nos despidió Evelyn antes de añadir—: Seguro que a Bianca la convenzo con más facilidad que a vosotras, aburridas damas de la liga antialcohólica. Luego os cuento qué más he logrado averiguar de la vida de mi dulce madona tras el *negroni* al que pienso convidarla. No parece demasiado contenta, ¿no creéis? ¿Será porque la bolsa de Nueva York está como está o será, más domésticamente, porque ya no aguanta a ese lechuguino de mister Smith? ¡Ah, los caprichos de las niñas ricas! Si los príncipes azules destiñen al primer lavado y/o se convierten en ranas, imaginaos qué ocurre con los contables lechuguinos. Para mí que está hasta el último pelo de él. A vuestra vuelta os cotilleo.

***

Nancy era una experta nadadora y yo, modestamente, incluso mejor que ella. La media pulgada de diferencia en longitud entre mi pierna izquierda y la derecha, que en tierra yo corregía con una plantilla, dejaba de ser relevante en el agua. Por eso disfrutaba tanto haciendo largos; me hacía sentir ágil, libre. Antes de salir planeamos el recorrido. Teníamos dos opciones. Nadar hasta la primera balsa que estaba a unas cuatrocientas yardas de la playa o aventurarnos hasta la segunda plataforma anclada mar adentro al doble de distancia, calculé yo, más o menos. Elegimos la más cercana, pero, al alcanzarla, decidimos nadar hasta la segunda; el agua estaba deliciosamente templada y nos sobraba tiempo. El almuerzo estaba previsto para dentro de tres cuartos de hora, tiempo suficiente para ir hasta allí y volver. Nancy, con su perenne espíritu de hermana mayor, nadaba delante marcando el ritmo. Durante un buen trecho la seguí, tal y como había hecho desde que éramos pequeñas, pero mis brazadas eran más largas, más veloces que las suyas y la adelanté, lo que la obligó a redoblar esfuerzos para alcanzarme. A Nancy no le gustaba que nadie le ganara. Menos aún una hermana pequeña con una pierna más corta que la otra.

—¿Se puede saber adónde vas, Woman? ¿Qué te crees que es esto, una competición para ver quién cruza antes el Canal de la Mancha? —me dijo al llegar jadeante a la segunda balsa—. Ahora te esperas hasta que yo lo diga para volver a tierra. Ni que fueras Esther Williams, o peor aún, Johnny Weissmüller.

Regresábamos ya hacia la playa cuando me pareció distinguir en la otra balsa, la más cercana a la costa, a dos personas, o, para ser más precisos, y dadas las dificultades debidas al vaivén de las olas y del sol a contraluz, dos siluetas oscuras en actitud de abrazarse, aunque de un modo que se me antojó brusco, violento. «Dios mío —

pensé—. ¿Y si son Diana y Mosley?». De ser ellos, me dije también, ojalá que no sean visibles desde la playa.

Continué nadando, y unos minutos más tarde, al mirar de nuevo hacia la segunda balsa, ya solo vi una silueta. «Juraría que antes eran dos», me extrañé, pero no le di importancia, posiblemente la otra persona se hubiera tirado al agua. Pensé en comentarlo con Nancy, pero ella nadaba a espalda, de modo que nada pudo ver.

Me detuve a esperarla y aproveché para hacer la plancha y descansar antes de preguntarle, señalando a la primera balsa que aún parecía bastante lejana:

—¿Cuánto calculas que falta para alcanzarla?

—Uf —respondió ella, aprovechando para descansar también—. Espero que el tiempo suficiente como para que ahueque el ala el nadador que está ahora allí.

—Nadadores —corregí—. Son dos; el otro, u otra, estará, calculo yo, en el agua.

—Tú siempre tan exacta, Woman —se impacientó Nancy, reanudando la marcha—. Sean uno o dos, ojalá se larguen. En una balsa tan pequeña, vamos a estar como piojos en costura, y yo quiero tumbarme ahí un ratito, tomar el sol, disfrutar del día. ¿Qué prisa tenemos?

Cuando estábamos a mitad de camino entre una plataforma flotante y otra, volví a mirar y me alegró comprobar, ahora que estábamos más cerca, que la silueta masculina, que con anterioridad había tomado por Mosley, correspondía a un hombre más bajo y menos fornido. La distancia no me permitía distinguir sus facciones, pero claramente no era él.

Nadamos un trecho más. Unas cien yardas nos separaban de la balsa, cuando tanto Nancy como yo pudimos ver cómo aquel hombre, que ahora estaba de espaldas a nosotras, se puso a hacer

frenéticas señas con los brazos en dirección a la playa. Sus gritos, que nos llegaban a ráfagas, eran tan desesperados como sus gestos; claramente estaba pidiendo ayuda. Comenzamos a nadar a mayor velocidad. El hombre desapareció de pronto. La crecida de una ola nos impedía distinguir su figura, y cuando la ola bajó, lo descubrimos arrodillado ante otra persona que, con el movimiento del mar, no alcanzábamos a identificar. Qué desesperantemente lentos son los movimientos que uno realiza en el agua. De estar en tierra, hubiéramos llegado hasta la balsa en menos de un minuto, pero a nado se nos hizo eterno. Braceábamos con todas nuestras fuerzas y, aun así, teníamos la sensación de no avanzar. Unas yardas más, sí, ya casi estábamos... A medida que nos aproximábamos, conseguimos oír con más nitidez sus gritos, sus llamadas de auxilio.

—¡Se muere! ¡Dios mío, se me muere! ¡Aguanta, amor, no me dejes, no puedo vivir sin ti...!

Fui yo la primera en alcanzar la plataforma, y trepé por la escalerilla lo más rápido que pude. De rodillas sobre el suelo de la balsa, Garvey Smith acunaba entre sus brazos el cuerpo de su mujer. Bianca van Schuller tenía los ojos abiertos, despavoridos, mientras que su pelo de madona de Botticelli se desparramaba alrededor de su cabeza como una rubia mortaja.

***

El resto de lo ocurrido aquel día en la playa del Lido vuelve a mi memoria ahora como ráfagas de una película inconexa.

Veo a Nancy intentado hacer en vano el boca a boca a un cadáver. Veo a Garvey Smith llorar como un niño sin querer separarse del cuerpo de Bianca. Me veo a mí misma lanzándome al agua para nadar desesperadamente en dirección a tierra. Daba igual el cansancio, daba igual la angustia, lo único que deseaba era llegar a

la playa con la inútil premura que se produce cuando lo irremediable ha ocurrido ya... El agua se me metía en los ojos, nadar contra el viento hacía que me atragantase. Vamos, me apremiaba, un esfuerzo más, solo uno más. Entonces, los vi. Allá lejos, sobre unas dunas y ajenos a todo, Diana y Mosley paseaban su amor clandestino, besos, miradas... Pero qué más daba eso ahora. Cuando la muerte salta a escena, el baile de máscaras se desvirtúa y lo demás pierde relevancia.

—¡Bryan! —grité, porque acababa de descubrir, en el extremo contrario de la playa, a mi cuñado. Acababa de lanzarse al agua. ¿Intentaría de este modo alejarse al menos durante un rato de su situación personal, poner distancia entre él y su vergüenza? ¿Olvidar lo que todos sabían y callaban? Costaba poco imaginar que sí, pero, en aquel momento, para mí lo único importante era avisar de lo que estaba ocurriendo en la balsa, pedir su ayuda—. ¡Un accidente! Pronto, una lancha, hay que llegar hasta la balsa, es Bianca van Schuller. ¡Tal vez no sea demasiado tarde aún...!

***

Nada se pudo hacer por ella. Estaba muerta mucho antes de que Bryan junto a dos socorristas del Hotel des Bains llegaran en su auxilio. Todas las tentativas de reanimarla, primero las de su marido, luego las de Nancy, y por fin las de los socorristas profesionales, resultaron inútiles. Bianca van Schuller murió ahogada aquel caluroso día de julio mientras su marido lloraba sin consuelo.

La noticia no tardó en trascender, la difunta era demasiado rica como para que las columnas de sociedad, siempre a la caza de noticias suculentas, no se hicieran eco del suceso. Así la recogió, por ejemplo, Elsa Maxwell, la más famosa y temida cronista social de

entonces. Bajo un más que previsible título que lo sintetizaba todo, su artículo rezaba así:

MUERTE EN VENECIA

El Hotel des Bains, que Thomas Mann hizo famoso en su celebérrima novela *Muerte en Venecia*, acaba de ser nuevamente visitado por la tétrica dama de la guadaña. La arrebatada por la parca es una compatriota mía, la guapísima, riquísima y jovencísima Bianca van Schuller-Smith, perteneciente a una de las familias más antiguas y poderosas de Nueva York. Bianca se encontraba con su marido, Garvey Smith (antiguo contable y chupatintas de los Van Schuller, apunten ustedes el dato), disfrutando de unas merecidas vacaciones, cuando decidió participar en una excursión a las playas del Lido en compañía de otros amigos. La señora Van Schuller-Smith, fiel a una moda muy extendida entre los *happy few* (es decir, jóvenes ricos y buenos para nada), había alquilado, durante el mes de julio, uno de los diferentes *palazzi* venecianos que hay junto al Gran Canal. Una moda extendida entre los millonarios de diferentes países, y como muestra les diré que el *palazzo* vecino al de los Van Schuller-Smith estaba arrendado por Bryan y Diana Guinness. Bryan, aparte de ser el heredero del imperio cervecero que lleva su nombre, es un sensible hombre de letras que prefiere la pluma a los martinis y las verdes praderas de su propiedad en Biddesden, en el condado de Wiltshire, a las playas de moda. En cuanto a Diana, hablamos de una de las bellezas más celebradas de Europa. Y de la que se rumorea, se cuenta, se secretea, que está embarcada en un *affaire* con Oswald Mosley, líder del recién creado partido fascista británico, y que, «casualmente», también se encontraba en Venecia de vacaciones.

Pero bueno, me estoy yendo por las ramas, volvamos a lo ocurrido aquella calurosa mañana en las playas del Lido. Según declaró ante la policía el señor Garvey Smith, la tragedia se desencadenó después de que uno de los invitados presentes, Evelyn Waugh, célebre escritor que también formaba parte de tan fatídica excursión, invitara a Bianca —bajo un sol de justicia, es pertinente recalcar— a un *negroni*, un brebaje a base de Campari, ginebra y vermut rojo, que la dama aceptó, pese a no ser bebedora habitual. Poco después, y desoyendo las advertencias de su marido, la ahora finada expresó su deseo de nadar un rato. Siempre según el testimonio del señor Smith, él y su mujer habían tenido previamente una «pelea de enamorados sin importancia», así lo llamó el marido, aunque otros aseguran que el matrimonio llevaba por lo menos un par de años con continuas «peleas de enamorados sin importancia», no precisamente por amor, sino más bien por el vil metal. En fin, no especulemos... Volvamos al día de autos y al momento en que, según su marido, después de aquel fatídico *negroni*, Bianca decidió nadar hasta una balsa que había anclada

a una distancia considerable de la costa. «La seguí —declaró el desconsolado viudo—. Mi mujer no estaba acostumbrada al alcohol, menos aún con el estómago vacío y un calor de treinta y ocho grados a la sombra».

Por lo visto, y una vez más según declaración del marido a la policía, la dama, poco antes de llegar a la plataforma flotante, se sintió indispuesta, empezó a manotear desesperadamente y, a continuación, se hundió delante de él que, horrorizado, logró, con suma dificultad, arrastrarla hasta la balsa, donde expiró en sus brazos. Así pudieron atestiguarlo las dos personas que primero acudieron a los gritos de auxilio de del señor Smith, las señoritas Mitford. Una de ellas es Nancy, célebre articulista y prometedora novelista de afilada lengua y pluma. La otra no recuerdo cómo se llama.

«Ni yo ni nadie», remarcaba amablemente Elsa Maxwell en su crónica en alusión a mí, antes de volver a su relato para concluir que la sociedad neoyorquina estaba en *shock* por la desaparición de Bianca van Schuller, cuya fortuna convertía al viudo en uno de los mejores partidos del momento. «¿Será verdad —concluía preguntándose miss Maxwell— lo relatado por mister Smith sobre lo ocurrido? El tiempo lo dirá».

# 15

## DIANA ROMPE CON TODO

Gracias a Elsa Maxwell, aprendí entonces el interesante funcionamiento del fenómeno social al que llamamos «un secreto a voces». La relación de Diana y Oswald Mosley era conocida y comentada *sotto voce* desde hacía meses. Pero ni los interesados, ni sus familias y/o amigos más cercanos, y menos que nadie, sus cónyuges, Bryan y Cynthia, se daban por aludidos. Fingimiento y cara de póquer, porque, sonrisa va, carcajada viene y *noblesse oblige*, el baile debe continuar... Y, sin embargo, ocurría también que bastaba con que solo una voz se alzase para que la santa *omertá* saltara por los aires. O peor aún. En este caso, bastó con que la señorita Maxwell se atreviera a poner negro sobre blanco lo que todos sabían para que lo que era susurro se volviera clamor. Y es así como sobreviene el escándalo. De pronto, los que antes callaban pasan a rasgarse las vestiduras y a mesarse el elegante tupé: «Qué horror, qué espanto, mira que dejarse pillar por la prensa, *absolutamente* imperdonable».

Precisamente *eso* fue lo que ocurrió con Mosley y en mayor medida con mi hermana Diana, porque no creo que se sorprenda nadie si digo que los pecados de cintura para abajo son doblemente mortales cuando los comete una mujer.

Sucedió que, después de lo que vengo de relatar, Mosley y lady Cynthia regresaron a Londres con su bebé recién nacido intentando,

sonrisa indesmayable y cabeza bien alta, capear habladurías, mientras Bryan y Diana permanecieron en Venecia jugando, también ellos, a aquí no pasa nada.

Pero era tarde. Porque los escándalos son como los incendios: se pueden ahogar cuando son solo una columnita de humo, pero cuando el humo se convierte en llama, ya no hay quien los apague.

Entretanto, en Londres, Farve, al enterarse de que la noticia estaba a punto de saltar a los periódicos ingleses, movió hilos tratando de impedir su publicación, pero lo más que consiguió fue retrasar un par de días su divulgación. «El tiempo suficiente», se dijo entonces y sin darse por vencido, de ir a ver al padre de Bryan y convencerle de que ambos debían confrontar a Mosley y hablar con él «entre hombres»; esa era la consigna. Farve jamás contó lo ocurrido en aquel encuentro que tuvo lugar en el club de caballeros del señor Guinness en Pall Mall, pero, conociendo la forma de ser de sus tres protagonistas, resulta sencillo imaginarse la reunión. Walter Guinness, hábil hombre de empresa, tenía fama de gran negociador y como tal seguramente intentaría, con autoridad y buenas palabras, convencer a Oswald Mosley, de que, por caballerosidad y también para velar por sus intereses como político en activo, debía evitar el escándalo y renunciar a Diana. Pero estoy por apostar también que, una vez hecha la propuesta por parte de Guinness, Farve, haciendo rechinar al máximo su dentadura postiza, soltaría venablos e improperios que harían volar por los aires la diplomática negociación de su consuegro. El resultado fue que Mosley se encastilló diciendo que de ningún modo pensaba dejar de ver a Diana. Peor aún, aclaró que no tenía la menor intención de casarse con ella, ni siquiera en el supuesto de que Diana decidiera abandonar a su marido. Porque es necesario especificar que una cosa era que el divorcio existiera en Inglaterra desde hacía añares y otra muy distinta que fuese

socialmente aceptable, lo que dejaba a Diana en una situación muy desairada. ¿Creen ustedes que a ella le importó? En absoluto. Llegado este punto, y ahora que lo ocurrido era público y notorio, estaba decidida a dejar a Bryan y nadie logró disuadirla. «Querida —le escribió nuestro hermano Tom—, no lo hagas, en cuanto dejes de ser la señora Guinness con todo lo que eso representa, te darán con la puerta en las narices vayas donde vayas».

Nancy, por su parte, algo más contemporizadora que Tom, le envió las siguientes líneas: «Espero que sea la decisión acertada, eres demasiado joven para tener a todo el mundo en contra. Pero, en fin, tú sabrás qué haces y, pase lo que pase, yo siempre estaré a tu lado».

***

Fueron días duros. Ni Muv, ni Farve ni ninguno de nosotros logramos que Diana cambiase de opinión. Según dijo, ya no podía vivir mintiéndole a todo el mundo. Bryan se comportó como lo que era, un caballero. Una vez confrontado con lo inexorable, para facilitar las cosas (y también para no quedar del todo como el perdedor de tan lamentable triángulo amoroso), aceptó declararse como parte culpable en el divorcio. Con una de esas deliciosamente hipócritas coartadas que se estilaban entonces y con la ayuda de un detective privado, escenificó que lo habían pillado *in fraganti* con una señorita en un balneario de la costa.

A partir de ahí, los abogados comenzarían a dar forma a los términos del divorcio: la custodia de los hijos; el monto de la pensión, muy generosa por cierto, que Diana habría de recibir; incluso se explicitaba el número de criados que le sería permitido conservar a la ahora ya exseñora Guinness. Naturalmente, resultó imposible que el caso no hiciera las delicias de la prensa del

momento. Diana se presentó a declarar en el tribunal abriéndose paso entre el enjambre de fotógrafos y curiosos que acudieron a ver de qué color era su traje y qué clase de sombrero había elegido lucir aquella mañana. ¿Cloche? ¿Pillbox? ¿Con o sin velo? También había mucho interés por saber si su actitud sería contrita o desafiante. Diana apostó por la sobriedad. Vestida en tono claro y luciendo su famosa sonrisa experta en derretir icebergs, a todos saludó, incluso con especial deferencia a Bryan, que aquella mañana parecía más que nunca un dios griego, solo que en esta ocasión no de carne y hueso, sino más bien de pálido mármol.

***

Fue así, con todo Londres haciéndose lenguas de tan apetitoso escándalo, como Diana dejó atrás la vida de lujos que había llevado junto al tranquilo e hipersensible Bryan Guinness para irse a vivir sola en una casa de Eaton Square, deliberadamente próxima a un pisito de soltero que Oswald Mosley había alquilado al comienzo de sus amores, para facilitar sus encuentros clandestinos. Y lo hizo, a pesar de saber que él nunca abandonaría a su mujer, lo que la convertía en «la otra», en la amante de un hombre casado. En este aspecto, Oswald jamás la engañó. Desde el primer momento dejó claro que para él una cosa era el amor y otra su carrera política. Por otro lado, y esto fue quizá lo más doloroso para Diana, tampoco le ocultó que, a su manera, amaba a Cynthia.

Ni siquiera esta cruel puñalada logró hacerla dudar de su propósito. Cuando Diana quemó sus naves lo hizo sin mirar atrás, también sin un reproche.

—Ya te lo he dicho, Woman, no quiero seguir viviendo una mentira —me especificó la primera vez que fui a visitarla a Eaton Square, una casa decorada con limitados medios, pero llena de flores de

todas clases, como si con su perfume y colorida belleza quisiera suplir los lujos que había perdido. El resultado era perturbador. Allí estaba mi hermana, blanca y bellísima, rodeada de rosas, tulipanes y margaritas como Titania, reina de las hadas, en su sueño de una noche de verano y negándose a despertar—. Tampoco quiero que nadie me compadezca. Conozco de sobra el precio de mi decisión, pero prefiero estar libre para él. Verlo incluso menos que antes quizá, pero sin esconderme y sobre todo sin remordimientos. No puedo hacer otra cosa, sobre el corazón no se manda.

Bien que lo sabía yo. El mío aún sangraba por Oliver. Ni una línea suya había recibido desde que se marchó a los Estados Unidos. Ignoraba incluso si su enfermedad remitía o avanzaba. Tenía que olvidarlo, como también Diana debería olvidar a Mosley, pero ninguna de las dos podíamos, ni queríamos hacerlo.

—¿Por qué es todo tan difícil? ¿Por qué el sentimiento más maravilloso que existe, el que da sentido a todo, duele tanto, Woman?

Aquella tarde Diana y yo lloramos una en brazos de la otra. Las dos por nuestros amores sin futuro.

—¿Y qué dicen Muv y Farve de mí? —me preguntó entre lágrimas —. Si al menos ellos no me hubieran abandonado.

Desde que Diana tomó la decisión de separarse de Bryan, mis padres cortaron con ella toda relación. Se encerraron en un dolor mudo. También prohibieron a las tres pequeñas, Unity, Decca y Deborah, poner un pie en la nueva casa de Eaton Square. Según Farve, había que preservar por todos los medios sus posibilidades de casarse bien, y una hermana protagonista de semejante campanada, las comprometía. Él se mantuvo firme en su decisión de no verla, pero Muv cada vez me asaeteaba más a preguntas: «¿Cómo está?

¿La ves bien? ¿La casa es agradable? Averigua si necesita algo y me lo dices, pero sin que se entere Farve...».

—Dales tiempo —le respondí a mi hermana—. Ha sido todo tan rápido, e inesperado, tú recién casada, como quien dice, y con dos hijos tan pequeños. Desmond, el chiquitín, apenas tiene año y medio... No es fácil para ellos comprenderlo. Farve aún tiene la esperanza de que recapacites y vuelvas con Bryan.

—Eso no ocurrirá nunca. Además, tampoco Bryan me aceptaría. Es lo que tiene quemar las naves, Woman, no hay marcha atrás.

—Y tampoco marcha hacia delante, vista la actitud de Mosley —respondí, sin ser del todo consciente de lo doloroso que podía ser mi comentario.

Diana no acusó el golpe, solo sonrió.

—Cierto. Él jamás se divorciará de Cynthia. Piensa que la ama porque la necesita, pero no se da cuenta de que es justo al revés: la necesita y por eso cree amarla. Es un error muy común, sobre todo uno que cometen mucho los hombres. Pero yo voy a convencerlo de que me necesita más a mí.

—Estoy segura de que sí, pero son necesidades distintas —argumenté—. A Cynthia la necesita como todos los políticos a sus esposas. Más aún en este caso. Ella es su complemento perfecto cuando se trata de conectar con la gente.

—¿Y qué te hace pensar que yo no pueda desempeñar ese mismo papel o incluso mejor? Voy a enseñarle a Oswald de lo que es capaz una mujer enamorada. El amor todo lo puede.

—Me gustaría creer que en efecto es así —contesté, recordando el pálido rostro de Oliver cuando me pidió que lo olvidara.

—Pues créelo, Woman. El truco es muy simple: consiste en luchar por lo que amas. No te des nunca por vencida, como tampoco lo haré yo.

—¿Y eso cómo se hace?

—Consiste en tentar al destino, en forzarle la mano, en propiciar que pase lo que tú quieres que pase. Y funciona. ¿Sabes por qué? Porque al destino le encanta ser tentado. Eso decía Oscar Wilde, y él siempre tenía razón en todo.

—Pues, en su caso, eso de desafiar al destino no le salió del todo bien. Te recuerdo que acabó en la cárcel al ponerse a la sociedad en contra. Como ahora estás haciendo tú...

—No seas aguafiestas, Woman, hay formas y formas de tentar al destino.

—¿Y cuál es la tuya?

—Hacerme la imprescindible. Demostrarle a Oswald que puedo ser mejor baza política que Cynthia, la mejor aliada de sus ambiciones, conectar con sus votantes. ¿Conoces a Putzi Hanfstaengl? No, claro que no, con lo poco que te gusta la vida social, y con esa vocación tuya de hurón, cómo lo vas a conocer. Es un periodista, escritor, músico y, según cuentan, también espía a las órdenes de Hitler. Sus ojos y sus oídos aquí en Inglaterra, un tipo muy interesante.

—¡No me digas que estás pensando hacerte amiga de un individuo así!

—¿Y por qué no? Europa entera admira a Hitler, lo ven como una gran esperanza. Para que te hagas una idea, aquí en Gran Bretaña, en las altas esferas muchos están convencidos de que es la única persona que puede frenar el avance del comunismo.

—¿Y tu amigo Putzi está también en esa sacrosanta cruzada contra los temibles bolcheviques que van a desposeer al mundo occidental de todo?

—No ironices, Woman, no va nada con tu carácter. Mira, te diré cuál es mi plan: Putzi, que viaja con frecuencia a Alemania, se ha ofrecido a llevarme a una de las espectaculares y masivas

concentraciones que organiza el partido nazi cada mes de septiembre en Núremberg. Por lo visto, la de este año va a ser apoteósica. Hitler acaba de ser nombrado canciller, con todo lo que eso supone para Alemania y también para el resto de Europa. Imagínate los contactos tan interesantes que podré hacer en favor del partido fascista británico de Oswald. Además, Putzi me ha prometido que hará lo posible por presentarme al Führer. No me digas que no es fascinante. ¿Por qué no te vienes conmigo? Podríamos viajar a Múnich y de ahí...

No la dejé continuar. Su forma de «tentar al destino» me parecía disparatada y así se lo dije.

—Ya bastante has puesto a prueba tu suerte últimamente, querida. Mejor darle un respiro, ¿no te parece?

***

Por un tiempo, tanto Diana como yo olvidamos el ofrecimiento de Putzi Hanfstaengl. Había otros asuntos en que pensar. El más urgente, en mi caso, intermediar para que mis padres perdonaran a Diana. Desde luego, no me iba a resultar fácil. Farve echaba espumarajos por la boca cada vez que alguien mencionaba a Oswald Mosley. «Ese tipo», así se refería a él sin pronunciar jamás su nombre.

—No insistas, no hay nada que hacer —me advirtió Muv—. Y ni se te ocurra facilitar que tus hermanas pequeñas vean a Diana. A tu padre puede darle una apoplejía si se entera de que Decca, Deborah ¡y no digamos Unity! coinciden, aunque sea diez minutos, con semejante individuo en la misma habitación.

Le prometí que no. Pero el destino tenía otros planes.

De hecho, y como ustedes recordarán, los caminos de Unity y Oswald Mosley ya se habían cruzado un año atrás en aquel mitin del

partido fascista británico al que acudimos junto a Diana, cuando sus amores con Mosley comenzaban. Pero no sería hasta que, desafiando todas las advertencias de Farve, coincidió con él en Eaton Square y entonces Unity cayó del caballo como Saulo y encontró la razón de su existencia en el fascismo. Sí, ya sé que he relatado en capítulos anteriores cómo, desde los quince años, Bobo tenía su mitad de la habitación que compartía con Decca decorada con fotos de Mussolini, Hitler, esvásticas y todos los emblemas nazis habidos y por haber. Pero su deslumbramiento fascista se había atemperado al cumplir los dieciocho y cuando, como debutante en sociedad, le tocó atender los repetidos compromisos sociales que aquello entrañaba. Ni qué decir tiene que no perdía la ocasión de escandalizar a los jóvenes pipiolos que la sacaban a bailar recitando extractos de las declaraciones de Hitler aparecidas en la prensa. No en vano, dejar patidifusos a propios y extraños era el deporte favorito de Bobo. Pero se trataba solo de una provocación más. Como soltar a su rata amaestrada en pleno baile de debutantes. Más o menos.

Por eso digo que no fue hasta aquella primavera de 1933 que la fe fascista de Unity Valquiria Mitford volvió al primer plano para convertirse, de ahí en adelante, en motivo y razón de su existencia. Recuerdo que, más o menos por esas mismas fechas, en una de sus cartas, me describió cómo había sido ese segundo, y ahora decisivo, encuentro con el líder del partido fascista británico.

*Londres, 20 de junio de 1933*

*Woman querida,*

*¿Qué haces de nuevo encerrada en tu guarida campestre? Empiezo a pensar que te gustan más tus conejos, caballos y gallinas que tus hermanas. Desde luego, en eso no nos parecemos nada. Tú prefieres la soledad y a mí me gusta estar*

*donde pasan cosas. Por cierto, ni te imaginas lo que me ocurrió ayer. Después de suplicar durante ¡siglos! a Farve que me permitiera apuntarme a un curso veraniego de dibujo, el muy plomazo por fin acabó accediendo. Por eso, aquí me tienes ahora en Londres pasando quince días en casa de una amiga de Muv que me vigila como un perro pointer. Obviamente, tengo prohibidísimo ¡bajo pena de muerte! acercarme a casa de Diana, pero ya me conoces. Tiempo me faltó para correr a Eaton Square (literalmente y así me ahorré los diez peniques del bus) y hacerle una visita. ¿Y a que no sabes quién llegó diez minutos más tarde a tomar el té, vestido de negro de pies a cabeza, con pantalones de montar y botas lustrosas? Claro que lo sabes, no sé por qué me hago la misteriosa: «Ese tipo», que diría Farve, Belcebú en persona, Oswald Mosley.*

*¿Tú crees en las premoniciones, Woman? ¿Piensas que se producen en esta vida fogonazos anticipatorios que desvelan por dónde va a ir tu futuro? Yo tampoco, hasta que vi a Mosley. No, no es que me haya enamorado de su bigote de Clark Gable ni de su sonrisa a lo Rudy Valentino, todo eso se lo dejo a Diana. Pero me fascinó su pasión, su compromiso inquebrantable con la Historia con mayúscula. ¡Deberías oír los planes fascinantes que tiene para su Unión Británica de Fascistas, la UBF! Me regaló un panfleto con su ideario y desde entonces lo he releído lo menos siete veces y lo tengo todo subrayado. También pienso saquear mi hucha para comprarme un uniforme de «camisa negra». Tendré que darme prisa, porque el jueves próximo hay una concentración de comunistas en el sur de Londres y pienso ir a reventarles el acto junto a otros miembros de la UBF. Diana se ríe de mí, dice que he sufrido la epifanía política más increíble que ha visto nunca. Pero, como tú bien sabes, Woman, esta devoción*

*no es nueva en mí. Yo SIEMPRE he sido fascista. Antes que Diana, incluso antes de que lo fuera el propio Mosley. Diana me ha prometido que algún día iremos juntas a Alemania para ver de cerca todas las maravillas que allí suceden, y que no habrá nada que nos lo impida.*

Pero sí lo hubo. De hecho, tuvieron lugar un par de acontecimientos inesperados con consecuencias imprevistas para dos de mis hermanas. El primero tiene que ver con Nancy y sucedió en casa de Diana la misma tarde en que Unity tuvo su epifanía política. Tan entusiasmada estaba Bobo con su momento iniciático, que en la carta que me envió y que vengo de reproducir, nada decía. Pero, según pude enterarme más adelante, esa tarde, Diana y Bobo degustaban con Nancy unas tartaletas de frambuesa y unos sándwiches de pepino antes de la llegada de Mosley cuando sonó el teléfono. Era Hamish Erskine, el novio de Nancy, que preguntaba por Diana. Nancy, con toda naturalidad, cogió el auricular para darle una sorpresa: «Querido, estoy aquí, ¿qué haces llamando a mi hermana?», preguntó divertida, y Hamish quedó confuso. No esperaba que Nancy estuviera allí. De hecho, si llamaba a Diana era para que ella lo ayudara a amortiguar el efecto del golpe de lo que tenía que decirle a Nancy. «Pero ya que estás ahí, querida —dijo entonces Hamish con su aire más despreocupado—, fuera paños calientes, allá va lo que quería decirte: lo nuestro ha terminado. Me voy a casar con Kit Dunn».

Nancy no podía creer lo que estaba oyendo, ¿cómo se atrevía a decirle, ¡y por teléfono!, que iba a casarse con otra? Gritos, insultos, lágrimas. Hamish colgó de forma brusca y ella, con el auricular aún en la mano, quedó muda, sin capacidad de reacción. Pero fue solo un instante. Recomponiéndose y sin permitirse ni una lágrima, voló

escaleras arriba y se atrincheró en la habitación de Diana, para, desde allí, escribir atropelladamente a Hamish, en una última tentativa de reconciliación:

> *Lo siento muchísimo, soy una miserable: he sido tan injusta contigo hace un momento. ¡Pero de repente me dices que quieres compartir tu vida con Kit Dunn! Tú, a quien siempre creí tan razonable... tú, que veías el matrimonio como tu ideal; tú, que querrás tanto a tus hijos... Me resulta terriblemente difícil soportar la idea de que la prefieras a mí. Ya ves, siempre supe que no estabas enamorado de mí. Pero, como sueles enamorarte tantas veces y tan fugazmente, me decía que, en el fondo de tu alma, me amabas. Pensaba que nuestra relación era importante para ti y que, si alguna vez llegabas a romperla, la reemplazarías por otra igualmente importante y valiosa. Pero veo que no es así, y eso me resulta intolerable.*

***

Un par de días más tarde y con aún más sufrimiento, Nancy llegaría a saber que Hamish no tenía la menor intención de casarse con la excéntrica y extravagante Kit Dunn. En realidad, la había utilizado como coartada para romper su compromiso con ella.

La desesperada carta que escribió en el dormitorio de Diana fue la última que intercambiaron. Apenas un par de semanas más tarde en *The Daily Telegraph* (que dada la situación política que atravesábamos, recogía en portada uno de los cada vez más frecuentes encontronazos callejeros entre comunistas y «camisas negras» de la recién creada Unión Británica de Fascistas), en su página de ecos de sociedad anunciaba:

... el compromiso matrimonial de la señorita Nancy Mitford con Peter Rodd, hijo de un afamado y cosmopolita diplomático. Según ha podido saber este medio, los felices novios han expresado su deseo de pasar por el altar lo antes posible.

# 16

## GENTES QUE VIENEN, GENTES QUE SE VAN

Al tiempo que este, hasta ahora, desconocido personaje hacía su entrada en la vida de Nancy, otra vida muy cercana a Diana se extinguía. Ocurrió que, al regreso de un viaje a Italia en el que Oswald Mosley y su mujer fueron huéspedes de Mussolini, Cynthia Mosley, que llevaba días con dolores estomacales, se desmayó en brazos de su marido. La llevaron de urgencia al hospital y allí le diagnosticaron peritonitis. La señora Mosley era joven y fuerte, pero los médicos pronto se dieron cuenta de que no luchaba, se estaba dejando morir. A pesar de la presencia constante de Oswald en su cabecera y de todos los cuidados posibles, la esposa fiel, la que jamás había rechistado ni se había quejado, ya no sentía interés por nada. Tras una semana entre la vida y la muerte, perdió la batalla. El más pequeño de sus hijos aún no había cumplido un año. Ella tenía treinta y cuatro.

Mosley quedó desolado, Diana también. Ninguno de los dos esperaba un desenlace semejante, uno que hizo que Diana se sintiese terriblemente culpable y Mosley más aún. Por una temporada dejaron de verse, eso era lo decoroso, lo correcto. Y fue en ese preciso momento cuando hizo su entrada en escena un nuevo personaje de esta historia, Alexandra Metcalfe, más conocida como Baba y hermana menor de Cynthia. Alexandra estaba decidida como fuera a alejar a Mosley de Diana. Y tal empeño puso que, de

tanto llorar con Mosley y lamentar abrazados la muerte de Cynthia, comenzaron un tórrido romance. Baba a continuación invitó a Mosley a pasar unos días con ella y su marido en la costa de Francia. Metcalfe era entonces un hombre muy influyente por ser amigo personal del futuro rey Eduardo VIII, el mismo que años después acabaría renunciando al trono por sus amores con Wallis Simpson. Bien, pues tanto Metcalfe como Baba hicieron hincapié en que su cuñado fuese solo a Francia, sin «esa mujer». Diana no tuvo más remedio que aceptar. Pero resultó terrible para ella enterarse (siempre hay un alma caritativa que informa de estas cosas) de que Mosley y su cuñada se consolaban mutuamente de un modo tan poco fraternal. Aun así, nada dijo. Fiel a la premisa de «lo que no se ve, no existe», Diana apretó los dientes y aceptó como pudo esta nueva carcajada del destino.

Muchos son los que, desde aquella lejana fecha y hasta ahora en que he decidido dar forma a estas memorias, me han preguntado sobre la sorprendente personalidad de Diana. ¿Cómo es posible que una mujer que acaba de abandonarlo todo —fortuna, bienestar y buena reputación— por amor a un hombre tolerara una traición de estas características? Y no solo esta traición; se rumoreaba que Oswald Mosley había tenido, poco antes de morir su mujer, un romance aún más sorprendente, en esta ocasión con la madrastra de Cynthia y Baba. Lindo gineceo familiar. ¿Por qué con estas credenciales no mandó Diana a paseo ahí mismo al doliente viudo? ¿Cómo se consiente algo así? La respuesta a estas dos preguntas es que Diana, cuando apostaba por alguien, lo hacía con todas las consecuencias.

Algo similar le ocurriría más adelante con respecto a su admiración sin límites por Adolf Hitler. Una vez acabada la Segunda Guerra Mundial y cuando se descubrieron las atrocidades cometidas por él,

Diana siguió defendiéndole contra toda evidencia y con una lealtad digna de mejor causa. Jamás se desdijo. Unos llamarán a esto arrogancia. Ella lo llamaba coherencia. «Cuando uno tiene unas ideas debe defenderlas hasta sus últimas consecuencias», afirmaba. Diana era así. Si algo o alguien despertaban su pasión se mantenía fiel a ella, costara lo que le costara, sufriera lo que sufriera. Y, en el caso de la infidelidad de Mosley con su cuñada, la herida fue de las más profundas, pero nada dijo, fiel a esa otra vieja premisa británica que ahora tan trasnochada suena, pero que entonces se consideraba el colmo de la dignidad personal: «Nunca te quejes, nunca des explicaciones».

***

—Necesito alejarme de Londres, hace demasiado calor —me dijo poco después al teléfono, sin mencionar nada de lo que era un secreto a voces—. ¿Qué tal si nos hacemos un viaje? Venga, Woman, esta vez no puedes decirme que no. Podríamos pasar el verano en el Continente, movernos por Italia, por Grecia, por Francia. Bueno, por Francia mejor no —rectificó a toda prisa, porque no era difícil leer entre líneas que, a pesar de que el país era muy grande, era preferible alejarse lo más posible de donde estaban los Metcalfe, no fuera que la mala suerte quisiera que topáramos con Mosley y Baba, su rival—. Mira, ya sé —añadió a continuación con redoblado énfasis—. Vayamos a Alemania, es el lugar a visitar en estos momentos. ¿Te acuerdas de la propuesta de mi amigo Putzi Hanfstaengl? Él está allí ahora y se encargará de mostrarnos todo lo que hay que ver en ese espléndido país. Quién sabe, tal vez incluso podamos conocer a Hitler, ¿qué te parece?

Yo no tenía el menor interés en conocer a Hitler. Pero habría acompañado a Diana hasta la boca de infierno y más allá sabiendo

lo mal que lo estaba pasando. Lamentablemente, mi pierna enferma me estaba dando problemas. Solía ocurrirme en verano, nada grave, pero se me agarrotaba e hinchaba al caminar. Además, a pesar del divorcio de Diana, yo seguía gestionando una de las granjas de Bryan, trabajo que me encantaba y que, a comienzos del verano, requería de especial atención.

—Seguro que Unity te acompaña encantada, ella siempre ha querido viajar a Alemania.

—¿Y qué dirán Muv y Farve cuando se enteren? —inquirió Diana. Por fortuna la pregunta no era ya tan complicada como hacía unos meses. La muerte de la mujer de Mosley lo había suavizado todo entre mis padres y Diana. Aún era la hija descarriada que se había divorciado de un marido para instalarse en una casa cerca de la de su amante. Pero al menos Oswald Mosley había dejado de ser un hombre casado, y el desdoro era menor. Muv no había tardado en visitar a Diana en Eaton Square y Farve ya no se sulfuraba tanto al hablar de «ese tipo».

—Seguro que a los dos les parecerá una idea espléndida que os hagáis juntas un viaje de chicas. —Sonreí—. Te vendrá bien a ti y le vendrá bien a Bobo. Se aburre mortalmente con los chicos de su edad. Quién te dice a ti que quizá el hombre que le tiene reservado el destino no sea uno de esos suevos o bárbaros que Farve tanto detesta, aunque es mejor no comentárselo —reí—. No queremos que resople y refunfuñe más de la cuenta, ¿verdad?

Eso le dije a Diana sin saber que aquel viaje propiciaría que el destino de Unity Valquiria Mitford diera un paso más en dirección a trenzarse con el del Adolf Hitler.

***

Estamos ahora en 1933. En pocas semanas tendría lugar el *Reichsparteitag des Sieges*, o lo que es lo mismo, el Congreso de la Victoria, previsto para celebrar con toda pompa y fanfarria la llegada de Hitler al poder. En estas concentraciones masivas, maravillosamente coreografiadas siguiendo la estética de las óperas de Wagner, solían participar cientos de miles de fervorosas almas. Hasta quinientas mil esperaban reunir en esta ocasión los organizadores en una descomunal explanada donde, en perfecta formación, los participantes debían vitorear y homenajear al Führer al son de músicas marciales y gritos reiterados de *Sieg Heil!*

En aquel taumatúrgico mundo de belleza marcial y de asombro en el que la exaltación era norma y la testosterona reina, se disponían a sumergirse Diana y Unity. La primera, para tratar de olvidar la traición del hombre por el que lo había dejado todo. La segunda, para ver por primera vez al suyo. Más adelante no pocos me preguntarían si el hecho de que Unity se convirtiera en miembro del círculo íntimo de Hitler no estuvo motivado por una rivalidad nunca resuelta con Diana. ¿Es posible que, entre dos hermanas, en que una era la copia menos agraciada de la otra, Bobo se hubiese propuesto superarla? O dicho de otro modo, ¿cabía la posibilidad de que, al ver que Diana tenía por pareja al carismático Oswald Mosley, Unity, siempre dispuesta a llamar la atención y a doblar la apuesta, se hubiese fijado como meta convertirse en íntima de Adolf Hitler, eclipsando a Oswald Mosley y de paso también a su hermana? Yo no juzgo. Solo me limito a relatar lo que ocurrió a partir de aquel decisivo año de 1933 para que cada uno saque sus conclusiones.

***

No tardaré en volver a las aventuras de Diana y Unity en territorio nazi, pero antes me gustaría presentarles a Peter Rodd. O Prodd,

que es como lo rebautizaría Nancy, encantada de que hubiese aparecido en su vida. Tan a tiempo, además. Justo cuando Hamish acababa de plantarla de forma desairada y cuando le faltaba apenas un año para cumplir la fatídica edad de treinta años. «Y convertirme en la vieja y fea parienta solterona de la familia, la tía Nancy que se come a besos a sus sobrinitos al tiempo que les arruina la dentadura con todo tipo de dulces y caramelos prohibidos por sus papás», solía bromear ella, no tanto por hacer un chiste como para conjurar tan deplorable eventualidad. Y de pronto, he aquí que todo cambió. De un día para otro los astros se alinearon como nunca hasta ahora lo habían hecho, porque ¿no era acaso Peter Rodd —hijo del muy reputado barón de Rennell, diplomático y gran intelectual de la época— un hombre *too too divine*[8] *,* según la terminología elegante de la época?

Nancy había acudido a una fiesta aburridísima en casa de amigos únicamente por no sentirse sola y allí estaba él. Rubio, de la misma edad que ella, con el pelo revuelto, chaqueta raída y derrochando una muy elegante y bohemia dejadez. También con una arrogancia erudita (hablaba siete idiomas y había vivido en diversos países), que a Nancy le pareció fascinante. Más aún cuando se enteró de que Evelyn Waugh, que conocía a Peter de sus compartidos años en la Universidad de Oxford, se había inspirado en él para crear al protagonista de su última novela, *Merienda de negros*, en la que lo inmortalizó como su protagonista, Basil Seal, un personaje siempre sin blanca, sin fe ni ley, dueño de un sucio desafeite, pero arrebatador, egoísta hasta la médula y, al mismo tiempo, apasionante.

El día en que se conocieron, Peter percibió inmediatamente el efecto que producía en Nancy, y sin más preámbulo —y con solo tres whiskies de por medio—, le propuso matrimonio. Así, sin más. Las

malas lenguas más tarde dirían que aquella misma noche le había hecho una propuesta similar a otras dos chicas, pero Nancy siempre negó semejante versión. Sea como fuere, lo cierto es que Rodd se encontraba en una encrucijada parecida a la de ella. Con veintinueve años había rodado mucho. Sobre todo rodado de fiasco en fiasco. Pese a su amplio bagaje cultural (se contaba que su madre, una extravagante pintora cosmopolita, de niño lo había enviado cada trimestre a estudiar a un país diferente de Europa), nunca había logrado conservar un empleo más allá de un par de meses. Después de que lo echaran de la Universidad de Oxford, por desmanes varios, su padre lo envió a Brasil a trabajar en banca, pero, una vez allí, no apareció por la oficina ni un solo día, de modo que a los pocos meses prescindieron de sus elegantes servicios. Cuando conoció a Nancy, acababa de regresar del Sáhara y trabajaba en un banco americano en Londres, un empleo que detestaba y le hacía añorar sus dos años aventureros en el desierto. El poco dinero que ganaba se lo bebía o lo perdía en el hipódromo.

Ese era Peter Rodd. Y se agarró a Nancy pensando que el matrimonio le ayudaría a sentar cabeza. Ella, por su parte, estaba convencida de que lo podría enderezar. «Redimir», esa era la palabra que prefería usar. Al fin y al cabo, ¿no era el cultísimo, inteligentísimo y atractivísimo Peter Rodd un perfecto diamante en bruto? Por otro lado, recibir una proposición de matrimonio el primer día en que conoces a alguien le parecía una idea loca, pero de lo más romántica.

A partir de ese momento, Nancy volvió a ser Nancy. Estaba más guapa que nunca, y se dijo que para qué esperar; debían casarse lo antes posible, por lo que decidió organizar un fin de semana en nuestra casa de Swinbrook para que Muv y Farve conocieran a Peter. Faltaban algunos miembros de la familia. Diana y Unity estaban

camino de Alemania y Deborah con gripe, pero Muv, Farve, Tom, Decca y yo nos esforzamos en hacer que Peter se sintiera como en casa, e incluso Farve lo recibió con su sonrisa más patriarcal.

—Bienvenido, muchacho, ¿de veras os prometisteis el mismo día en que os conocisteis? Bueno, bueno, eso es lo que yo llamo quemar rápido las etapas, bravo por ti. ¿Te gustan los sesos rebozados?

Aquella era la forma más expeditiva de Farve de averiguar si había entre él y su futuro yerno afinidades, una táctica que jamás fallaba. Peter dijo que le encantaban y hasta se sirvió doble ración. Pero, a partir de ese momento y vaya usted a saber por qué, se dedicó a perorar sobre el número de esclusas que había en los canales del Reino Unido, su tamaño, el caudal de agua que controlaban, el material con el que estaban fabricadas... Farve, al principio, se interesó. Todo lo que tenía que ver con la campiña inglesa le llamaba la atención, pero Peter Rodd redobló su monólogo enumerando fechas, datos, detalles cada vez más minuciosos de las susodichas esclusas hasta aburrir a las ovejas. Aun así, y a pesar de que Decca no paraba de hacer gestos de «me pego un tiro aquí mismo», el veredicto de Farve sobre Rodd fue favorable.

—Tiene buena dentadura y sus manos son fuertes —comentó cuando, acabada la visita, su futuro yerno se fue tan ufano como había venido.

—¿De veras no te ha parecido el pedante más grande que has visto en toda tu vida? —se asombró Tom, que, como antiguo alumno de Oxford, conocía el método utilizado por Peter. Uno (mitad filibustero, mitad erudito) consistente en dejar a la concurrencia, en este caso a su futura familia política, patidifusa con una catarata verborreica irrefrenable.

Pero resultó que Farve, que, en otras circunstancias, habría echado al filibustero de casa de una buena patada por plomazo, dijo

que todo le parecía fenomenal.

Se me ocurre pensar que, dada la edad de Nancy y después de años de soportar a Hamish Erskine, cualquier candidato a la mano de su hija mayor le parecería sensacional.

***

Nancy estaba llena de proyectos para su futura vida con Peter Rodd. Daba por sentado que tendrían que apretarse el cinturón y vivir en un barrio modesto, ya que el padre de Peter estaba aburrido de financiar a su hijo. En cuanto a los ingresos de Nancy, la asignación que Farve podía pasarle era el único dinero fijo con el que contar. El resto tendría que conseguirlo ella con sus artículos y libros: el sueldo que Rodd ganaba en aquel banco que tanto detestaba apenas llegaba para nada.

—Qué vida esta, el día entero amarrado a una dura silla de despacho y remando como un galeote por una miseria al mes —rezongaba él—. ¿Y todo para qué? El dinero se va como el agua. Dos idas al hipódromo y un par de copas, y adiós caudales.

Aun así, nada podía empañar la felicidad de Nancy. El traje de novia que había elegido no podía ser más ideal. Además, Muv había sacado de una cuenta bancaria rotulada «emergencias e imprevistos» dinero suficiente para pagar no solo el traje, sino también hacer frente a los gastos de una boda con pocos invitados, pero por todo lo alto. Quien observe las fotos que existen de Nancy a la salida de la iglesia del brazo de Peter Rodd (guapísimo, todo sea dicho), verá que es la viva imagen de la felicidad. «Un sueño», escribirá ella en su diario, porque mi hermana no estaba enamorada de su atractivo marido, estaba, sobre todo, enamorada del amor, y con las orejeras que este confiere, la vida no podía ser más bella.

El embrujo continuó durante la luna de miel. Viajaron a Roma, donde pasarían unos días en el lujoso piso que los padres de Peter tenían en la Ciudad Eterna. Lord Rennell había sido embajador británico allí años atrás y conservaba amistades muy interesantes. Durante su estancia, y según me contaría Nancy más adelante, Peter se dedicó a ser el mejor y más sapientísimo cicerone. Nada pedante, por otra parte, porque Peter no tenía rival cuando decidía ser encantador. «Me ha descubierto todos los secretos de Roma. Además, habla italiano como si fuera de aquí», escribiría Nancy a Evelyn Waugh en una de sus cartas.

Lo que no le contó a Evelyn fueron otros pormenores menos *turísticos* del viaje de novios, como su lucha con Peter por el dinero. Nancy, que estaba acostumbrada a ahorrar hasta el último penique y a comprar billetes de segunda cuando viajaba en autobús, no lograba entender que Peter eligiera los restaurantes más caros, y menos aún que saltase de un taxi a otro. «Cielo —lo amonestaba medio en serio, medio en broma—, a este paso nos tocará volver a Inglaterra a nado».

Peter entonces se enfadaba, discutían. Pero para Nancy aquello no eran más que nubes de verano. Como lo era también el ambiente que se palpaba en las calles de Roma con eslóganes fascistas y enormes retratos de Mussolini en cada esquina. Nancy pensó en sus hermanas Diana y Unity. Poco antes de su boda con Peter, ambas habían vuelto de Alemania deslumbradas por lo que allí vieron. ¿De verdad sería tan impresionante aquel Congreso de la Victoria al que habían asistido junto a cientos de miles de personas que vitoreaban a Adolf Hitler? A Nancy le interesaba todo lo que pasaba en el mundo, ya fuera en política o en movimientos sociales. Pero Diana y Unity habían regresado a Inglaterra apenas un par de días antes del casamiento y, con el ajetreo de los preparativos, casi no había

podido hablar con ellas de su viaje. Solo sabía que Unity había vuelto tan impresionada con lo que vio, que no hablaba de otro tema, y estaba intentando convencer a Farve para que le permitiera pasar un semestre en Múnich y aprender alemán. Muv lo relataba así en una de sus cartas a Nancy:

> *De momento, tu padre no está muy por la labor. Piensa que qué pinta Bobo en Múnich o Núremberg en un Reichsparteitag des Sieges (o como rayos se escriba) cuando debería estar en Londres buscando marido. Yo le digo que los tiempos están cambiando y que las chicas modernas tienen otros intereses, pero él insiste en que ni hablar. A ver quién gana el pulso a quién, son a cuál más cabezota y latosísimos los dos.*

# 17

## Nueva estrategia del puré

Ahora no recuerdo bien cuánto tardó Unity Valquiria Mitford en torcerle el brazo a Farve para que la dejara ir a aprender alemán. Lo que sí recuerdo, y muy bien, fue el método que usó: una versión perfeccionada de la «estrategia del puré» que tan buenos resultados le había dado de niña. Si entonces, para conseguir tal o cual cosa, se dedicaba, durante las comidas familiares, a trasegar puré de patata en grandes cantidades mirando fijo a Farve con ojos de búho, ahora había perfeccionado el sistema cambiando el puré por una acumulación de objetos relacionados con el país de sus sueños, lo que se traducía en añadir hasta la saturación, en el cuarto que compartía con Decca, nuevos elementos fascistas encargados por correo a Alemania (algo que enfureció a Decca, que, a su vez, se gastó parte de su paga mensual en pedir por correo un nuevo cartel con la cara de Lenin).

Pero, aparte de usar como presión la decoración ambiental, Bobo introdujo más cambios. Tras su breve visita con Diana a Alemania, le dio por vestir solo con una vieja falda parda y camisas del mismo color que tenían horrorizada a Nanny, que la perseguía por la casa suplicando que al menos se pusiera una blusita clara: «Para no parecer un miliciano serbio, niña, menuda facha». Dudo mucho que Nanny hubiera visto alguna vez en su vida a un miliciano serbio, pero así se los imaginaba ella: igual que Unity, por aquel entonces

vestida de luto riguroso con corbatín del mismo color, correajes de cuero, guanteletes a juego, zapatones con gruesa suela de goma y una boina. Estoy segura de que a Nanny no le habría importado tanto semejante aspecto si a Unity no le hubiera dado también por bajar con más frecuencia de la habitual al pueblo y, una vez allí, en la estafeta de correos o en la panadería, saludar al estupefacto vecindario brazo en alto y un *«Heil Hitler!»* muy sonoro y germánicamente pronunciado.

Para colmo, y para desesperación tanto de Nanny como de Muv, el nuevo comportamiento de Bobo tuvo su efecto en la conducta de Decca. A ella por lo menos no le dio por vestirse de bolchevique según sus particulares gustos políticos, pero cada vez dedicaba más dinero de su paga semanal, e incluso parte de sus ahorros destinados a un día largarse de casa (esta era una vieja aspiración de Decca que pensaba llevar a cabo en cuanto pudiera), en libros de autores considerados «infernalmente comunistas», como Bertrand Russell, por ejemplo, o Bernard Shaw, que nunca ocultaron su admiración por la Unión Soviética. Otro autor cuyas obras encargó y leyó con aprovechamiento y (casi) de cabo a rabo, para cuchufleta de Unity, fueron las de Karl Marx. Según dejaría escrito Decca en sus memorias años más tarde: «La claridad y la brillantez del *Manifiesto comunista*, con su solución definitiva a los horrores de la guerra y la pobreza universal, estallaron en mi cabeza como fuegos artificiales. Ya nunca más pude ver las cosas de otro modo».

En resumen, entre las soflamas de una y de otra, el ambiente en nuestra casa de Swinbrook se volvió irrespirable, por no decir altamente inflamable. Para colmo, tanto Decca como Unity querían hacer proselitismo con Deborah y ganarla para su causa.

—¿Qué vas a ser de mayor? —le preguntaban, apremiándola a escoger bando—. ¿Fascista o comunista?

Y Debo, sin dejar de inspeccionar las orejas de su adorado cocker spaniel en busca de alguna pulga despistada, contestaba:

—Ni fascista ni comunista. Pienso casarme con un duque y ser duquesa.

(Esta afirmación enfurecía por igual a sus combativas hermanas, que la tachaban de insufrible y asquerosamente burguesa).

También con mis padres se dedicaban nuestras dos activistas a hacer *pedagogía*. Unity le dijo a Farve que, aparte de ser un gruñón insufrible, era un «fósil del sistema feudal», mientras que Decca confrontó a Muv con un: «¿No te das cuenta de que eres una enemiga de la clase trabajadora?», a lo que Muv, muy molesta, contestó en la más pura lógica Mitford: «Yo, niña, no soy enemiga de la clase trabajadora. De hecho, pienso que algunos de ellos son realmente encantadores».

Mis padres estaban desesperados con aquellas dos guerrilleras irreductibles y ni siquiera Nanny Blor conseguía apaciguar los ánimos.

—Pero vamos a ver, niñas, ¿no podéis ser un poco más razonables y tener ideas y gustos *normales*? —les decía.

***

Al final, fue Unity la que se salió con la suya. Después de días de trasegar puré vestida de miliciano serbio y de discutir a todas horas con Decca sobre política, Farve, echando venablos por los ojos y espumarajos por todos los resquicios de su dentadura postiza, claudicó. A Unity se le permitiría viajar a Múnich y alojarse en la escuela de señoritas de la baronesa Laroche, una dama elegantemente arruinada que recibía a pupilas de familias inglesas, para que culminaran sus estudios en todas las disciplinas en las que una muchachita bien de entonces debía licenciarse: piano, modales

cosmopolitas, algo de canto y, por supuesto, en este caso, conocimiento de la lengua de Goethe.

Aún recuerdo la mañana en que Bobo, en compañía de Muv, partió para Múnich. Por una vez y como muestra de magnanimidad con el vencido (léase, Farve), prescindió de su atuendo pardo. Se había puesto un primaveral vestidito floreado de Liberty que la hacía parecer una muñeca. Una muñeca de casi seis pies de altura, cierto es, pero con una sonrisa de infantil felicidad y ojos titilantes.

Durante meses nos escribimos ritualmente una vez por semana. En nuestra familia, el arte de la correspondencia formaba parte de nuestras vidas, teníamos la costumbre de mandarnos notas incluso cuando estábamos en la misma casa si necesitábamos decirnos algo importante. Ahora que todo el mundo se comunica por teléfono parece inverosímil, pero era así. Es por eso que me resulta tan fácil reconstruir cómo fue la vida de Unity allá en Múnich, adonde se marchó con un único propósito: conocer al ídolo de sus sueños, Adolf Hitler. Acompáñenme entonces, sigamos a Bobo a su nuevo destino.

***

Todo comenzó así:

Llegó a Múnich uno de esos días de marzo que más parecen de mayo. Era el año 1934 y Muv, ojos llorosos, y recomendaciones varias, se marchó dejándola en la escuela de la baronesa Laroche, no sin antes decirle a la dama: «Le encargo a mi niña, es un poco traviesa, pero tiene un corazón de oro, ya lo comprobará usted». La baronesa le respondió con su frase habitual: «Descuide, amiga mía, estoy más que acostumbrada a lidiar con todo tipo de muchachas, sería la primera vez que no hago carrera de una».

Muv echó un vistazo de inspección a su alrededor. Ella era de la teoría de que la idoneidad de un establecimiento (ya fuera la consulta de un dentista, la casa de una modista o, como en esta ocasión, un colegio de señoritas) era directamente proporcional a dos cosas: la pulcritud de los cristales de sus ventanas y el olor que flotaba en el ambiente. Visto que los cristales relucían y que el perfume que envolvía a la baronesa era fresca lavanda, coligió que Bobo quedaba en buenas manos. Por eso, tras abrazarla y enjugar una involuntaria lágrima (Muv, a pesar de aparentar que era de amianto, siempre tenía dificultades a la hora de separarse de sus polluelos), inició su camino hacia la puerta.

—Ven por aquí, querida, te presentaré a las otras alumnas de tu edad —dijo entonces la baronesa incluso antes de que la puerta se cerrara—. Estoy segura de que pronto tendrás un montón de amigas.

***

Pero el objetivo de Unity no era hacerse amiga de ninguna compañera de clase por agradable que fuera. Su único interés era conocer a Adolf Hitler. ¿Cómo lograrlo? En realidad, contaba con solo una baza, su amistad con Putzi Hanfstaengl. «Amistad», sin embargo, no era palabra que encajara exactamente con la relación que hasta el momento había mantenido con Putzi. Durante el viaje que habían hecho Diana y ella meses atrás para asistir al Congreso de la Victoria, Putzi les había conseguido entradas para el histórico evento e incluso alardeó de que podía presentarles al Führer. Pero todo quedó en buenas palabras.

Según les había comentado Putzi Hanfstaengl en aquella ocasión, al flamante y todopoderoso canciller le gustaban las mujeres sin maquillar, nada de ojos resaltados con lápiz negro y menos aún de

labios rojos o de mejillas empolvadas. Sobria, regia y sin afeites, así tenía que ser la nueva mujer aria. Unity estaba dispuesta a prescindir del *eyeliner* y de la polvera, pero de ninguna manera pensaba renunciar a la espléndida barra de labios de Guerlain especialmente comprada para aquel viaje. Tras un pequeño tira y afloja verbal con Putzi, tanto Diana como ella habían asistido al congreso con los labios bien rojos. ¿Fue esa la razón por la que su amigo no les presentó a Hitler? Tal fue la excusa que Putzi les dio. Pero Unity no estaba dispuesta a creerla. Su amigo le había parecido un fanfarrón de los que prometen más de lo que está a su alcance. «Cuando yo conozca a Hitler, y estoy segura de que lo conseguiré —se propuso ella—, lo haré perfectamente maquillada, vaya que sí».

Pronto descubriría que no iba a ser tan sencillo. Una muchacha como ella debía guardar ciertas formas, ciertos recatos y tempos, de modo que lo mejor que podía hacer por el momento, se dijo, era concentrarse en aprender el idioma. Fiel a su proverbial forma de ser, en vez de estudiar piano, cultura general y demás asignaturas, según ella inservibles y latosísimas, se concentró en sus clases de alemán. El resto del tiempo lo dedicaba a vagar por la ciudad en busca de una señal de la presencia del Führer. ¿Un par de guardias suplementarios delante del edificio en el que solía alojarse cuando visitaba Múnich? ¿Sería aquello indicio de que pronto llegaría? ¿Una caravana de largos, negros y lustrosos Mercedes-Benz atravesando la ciudad al caer la tarde? ¡Dios mío, seguro que era él! ¿Quién si no?

Así iban pasando sus días. Estériles pero esperanzados. A medida que su conocimiento del alemán progresaba, se las arregló para entablar amistad con uno de los guardias que custodiaban la Casa Parda, un edificio cubierto de banderas, cruces gamadas y águilas de bronce como corresponde al cuartel general del partido nazi. Fritz,

su nuevo amigo, se mostró hermético en todo lo concerniente a movimientos del Führer (cómo no serlo, se jugaba el puesto y tal vez también la vida), pero Bobo consiguió al menos arrancarle algunas anécdotas y curiosidades personales sobre Hitler, como, por ejemplo, que era vegetariano, no tanto por convicción, sino por dificultades para digerir la carne, pero que, aun así y en realidad, le encantaba un buen fricasé de ciervo, pese a que luego sufría movimientos estomacales nada elegantes... Fritz también le secreteó que el gran hombre podía llegar a ser sumamente supersticioso, sobre todo en lo concerniente a su círculo más próximo. Según confesión especialmente locuaz de aquel muchacho, el Führer estudiaba el horóscopo de todos sus colaboradores antes de contratarlos para ver si era compatible con el suyo. Y no solo eso, también tenía su propio mentalista.

—Judío, imagínate —añadió Fritz, bajando la voz hasta un susurro pecaminoso—. Pero ni se te ocurra decírselo a nadie, ¿eh? Es un secreto.

De momento a Unity toda esta información no le servía más que para conocer anécdotas de su ídolo y descubrir su lado humano. Pero, precisamente por eso mismo, las atesoraba. Saber es poder, se decía, y todo puede ser útil para cuando por fin nos conozcamos. Y, a la espera de que ese día llegase, se contentaba con rondar cerca de la fachada principal de la Casa Parda y acechar sus entradas y salidas. Dos o tres veces logró entrever su silueta tras los cristales tintados del Mercedes-Benz, y cuando esto ocurría el corazón se le aceleraba: ¡ya estaba más cerca de él!

***

Más interesante que los detalles indiscretos que había conseguido arrancar con cuentagotas al bueno de Fritz fue la información que le

proporcionó una profesora del internado de la baronesa Laroche, tan rendida admiradora de Hitler como ella. Según fräulein Baum, el Führer era hombre de hábitos y rutinas inamovibles.

—Por eso, cuando está en Múnich, almuerza siempre en el mismo lugar. La Osteria Bavaria, un mesón que está a tiro de piedra de la Casa Parda. Y, por cierto, lo hace tardísimo —puntualizó Baum—, rara vez llega antes de las dos y media o las tres. Un horario nada germánico, pero él es un hombre muy ocupado. Siempre desviviéndose por los intereses de nuestro pueblo.

—Desde luego que sí, pero ¿no teme que alguien atente contra su vida yendo siempre al mismo mesón y a la misma hora? —se preocupó Unity.

Fräulein Baum descartó la posibilidad.

—Imposible, ¿quién osaría hacerlo? En Múnich, como en cualquier otro punto de Alemania, las paredes oyen y de todo acaban por enterarse las SS de Heinrich Himmler, la FBK, que es la guardia personal del Führer, o la RDS, que es el implacable servicio de seguridad del Reich. Te aseguro, niña, que en Alemania no se mueve una hoja sin que lo sepa alguno de estos organismos.

***

A partir de aquel momento, Unity se convirtió en clienta diaria de la Osteria Bavaria con la intención de coincidir con su ídolo, si bien la estrategia acabaría resultando bastante más larga y pesada de lo previsto. Como nunca se sabía cuándo el Führer visitaría Múnich, había que ser constante y tener mucha paciencia. Y, cuando el advenimiento por fin se producía (y así ocurrió en un par de ocasiones), resultaba que, para desesperación de Bobo, Hitler pasaba como una centella delante de su mesa rodeado de guardias y colaboradores y sin dedicar una mísera mirada a aquella muchacha

rubia que se deshacía en sonrisas sentada cerca de la puerta. «Paciencia y a aguardar —se dijo—. Ya llegará mi día».

Entretanto se dedicó a no faltar ni una vez a su cita, momento que aprovechaba para charlar con el mesonero en su ahora bastante correcto alemán. Le contaba quién era, le decía que Farve era miembro del Parlamento británico, y primo de Winston Churchill. También le hablaba de Diana, que pronto sería (y aquí cruzaba los dedos para que su mentirijilla se convirtiera pronto en realidad) la nueva esposa del líder del partido fascista de Gran Bretaña. A Bobo siempre le gustó presumir de relaciones y confiaba en que este tipo de datos no solo sirviera para que el mesonero supiese quién era, sino también y, sobre todo, para que el cotilleo llegase a Hitler, de modo que, al pasar junto a su mesa, se dignase mirarla. Y para propiciar que esto ocurriera, cada vez que Hitler asomaba por la puerta, Unity hacía algo que atrajera su atención, dejaba caer, por ejemplo, el libro que estaba leyendo o tosía o pedía un vaso de agua...

Apenas un par de días después se produciría un acontecimiento del que se hicieron eco los periódicos del mundo entero. Entre el 30 de junio y el 2 de julio de 1934, el partido nazi ordenó y llevó a cabo una serie de asesinatos políticos con el fin de acabar con la cúpula de las SA, una organización paramilitar con más de tres millones de militantes de la que era cabeza visible uno de los mejores amigos de Adolf Hitler, Ernst Röhm. El Führer consideró que suponía una amenaza dentro del partido y, tras una redada nocturna, hizo pasar por las armas o a cuchillo al menos a ochenta y cinco personas, entre las que se contaba Röhm. Por aquel entonces, Unity le escribió a Diana:

*¡Imagínate! Röhm era el único que lo trataba de tú en público. Por lo visto, al ir a arrestar a Edmund Heines, su más estrecho colaborador, se lo encontraron en la cama con un muchacho. ¡Pobre Führer, debió de ser terrible para él!*

Tal era el tono de las cartas de mi hermana Unity... A través de ellas nos enteraríamos también de que no desesperaba en el empeño de conocer a su ídolo. Al contrario, continuaba dejándose buena parte de su paga mensual en la Osteria Bavaria a la que acudía ahora con una compañera de estudios para no ir siempre sola y con la convicción de que algún día la suerte le sonreiría. «Al fin y al cabo», se dijo, «¿no había conseguido ella hasta el momento, a base de insistencia y de tesón, todo lo que se había propuesto?».

# 18

## PARA NANCY, TODO ES UNA COLOSAL BROMA

Mientras tanto, en Inglaterra, esta persecución de Bobo despertaría en Nancy su vena más sarcástica y paródica, por lo que se propuso afilar su pluma y hacer uso de ella en su nueva novela. Una que, ya estaba decidido (Nancy siempre tuvo a gala contar la realidad caiga quien caiga), tendría como protagonista precisamente a Unity. A Unity y también a «nuestro capitán», que es como ella rebautizaría en su libro a Oswald Mosley, jefe de la Unión Británica de Fascistas y futuro marido de Diana. Según Nancy, el mundo estaba cada vez más loco, proliferaban, tanto en Inglaterra como en el resto de Europa, fuerzas antagónicas —por un lado, comunistas y, por otro, fascistas— a cuál más desquiciadas, y ella pensaba ironizar sobre ello en su nueva novela.

Nancy y Peter Rodd acababan de instalarse en su nueva vida y en su nueva casa. Habían encontrado una, preciosa y muy barata, en Chiswick, a unos treinta y tantos minutos del centro de Londres. Muy lejos de los barrios elegantes que antes frecuentaban, pero a Nancy, Rose Cottage, que es como ella la había bautizado, le parecía un sueño. Una auténtica casa de muñecas con vistas al Támesis, que se esmeró en decorar con poco dinero y mucha imaginación. Las camas y el sofá, por ejemplo, los compró a precio de ganga en unos grandes almacenes que acababan de quebrar; la mesa de comedor la encontró en un mercadillo callejero; las sillas eran préstamo de

Diana, y luego, tanto las cortinas de las habitaciones principales, confeccionadas por Daisy, la costurera de la familia, como varios regalos de boda, se encargaron de completar el milagro. Además, y para más felicidad, Peter y ella se vieron bendecidos por la llegada de dos bebés. Millie y Lottie, un par de bulldogs franceses, regalo de los padres de Rodd, que, aparte de adorables, entonaban admirablemente con el chintz del cuartito de estar y acompañaban a Nancy mientras ella escribía.

Necesitaba trabajar duro; Peter estaba de nuevo desempleado. Pocos días después de su regreso del viaje de novios había dejado el banco por otra colocación que no llegó a concretarse. Quizá por eso, y para olvidar el fiasco, se empeñaba en salir casi todas las noches. A Nancy le encantaba acompañarle, pero, entre lo lejos que estaban del centro de Londres y la necesidad de Peter de demostrar que tenían dinero a raudales invitando a sus amigos a lugares caros, vivían muy por encima de sus posibilidades.

—Compréndelo, cielo, se trata de hacer contactos. —Así justificaba Peter el dispendio—. Si me quedo en casa, nadie vendrá a ofrecerme un trabajo. Además, amor mío (y en ese momento la miraba con esos ojos azules suyos vencedores en mil batallas amorosas), tú eres una verdadera maga de la economía doméstica, no sé cómo lo haces, obras milagros, te admiro tanto...

La maga entonces redoblaba sus milagros. A veces —después de ir a todas sus citas de trabajo con sus editores a pie o en autobús, de economizar hasta en el azúcar y de apagar la calefacción cuando Peter no estaba en casa—, si aún así no lograba llegar a fin de mes, recurría a Muv (ella sí que era ducha en esto de la multiplicación de los panes y los peces). Mientras tanto, trabajaba sin tregua en sus artículos que, por suerte, tenían bastante éxito. Pero lo que se paga

por colaboraciones en prensa es, en la mayoría de los casos, mucha gloria y pocas nueces.

Hay quienes sostienen que, si Nancy escribió aquella sátira tan explícita en la que los protagonistas eran tan reconocibles y familiares suyos, fue por dinero. Yo no lo creo. A pesar de haber publicado ya dos novelas, no ganaba mucho con la literatura. Pienso más bien que, como ocurría con frecuencia con nosotros, los Mitford, todo lo que tenía que ver con nuestra familia era para Nancy un juego, una gran broma. Si decidió escribir semejante parodia, que se publicaría bajo el nombre de *Trifulca a la vista,* fue, simplemente, para reírse un poco de sus hermanas, igual que hacía cuando éramos niñas.

—¿Ah, sí? Entonces, explícame, ¿qué gracia le ves tú a *esto*? —se indignó Diana cuando Nancy le pasó el borrador de los primeros capítulos—. Y encima tienes el tupé de mandármelos para que yo «compruebe que nada de lo que dice tiene importancia» y que no es «nada personal». Desde ya te digo que, si publicas esto, no volveré a dirigirte la palabra.

Cuando llamé a Diana para intentar mediar en el asunto, su voz temblaba de indignación:

—A ver a ti qué te parece, Woman. No te pierdas cómo describe a Eugenia, la tonta protagonista de este malvado bodrio que ni siquiera tiene gracia. Mira tú por dónde, qué increíble casualidad, resulta que la tal Eugenia tiene el flequillo corto y rubio como Bobo, se viste como Bobo, habla como Bobo, traga puré como Bobo y tiene su cuarto decorado con fotos de Hitler, al que saluda todas las mañanas brazo en alto. A Nancy nunca le ha importado hacer daño a quien sea con tal de crear un personaje risible y soltar una frase ingeniosa. Supongo que esto es lo que ella llama «una sátira sutil». Y para sutilezas fíjate en cómo describe al líder de los fascistas

británicos, es decir, a Oswald Mosley, al que en su novela llama «gran capitán»: viste a todas horas pantalones de montar y botas lustrosas y «parece recién bajado de un caballo».

—Pero si eso es verdad —me atreví a apuntar porque siempre me había llamado la atención aquella particularidad de la indumentaria fascista.

—Precisamente por eso, Woman —se enfureció aún más Diana—. Si no fuera cierto, la burla no sería tan dolorosa. ¿Cómo se atreve a reírse así del hombre por el que lo he dejado todo?

¿En qué punto se encontraría la relación entre mi hermana y Mosley? —cavilé para mis adentros—. ¿Qué estaba pasando entre ellos? ¿Seguiría Mosley viéndose con Baba, la hermana de su difunta mujer? Pero no me atreví a verbalizar mis preguntas. Como ocurre tantas veces en la vida, de lo más importante, de lo que más nos preocupa o duele no se habla. Incluso entre hermanas tan unidas como nosotras. Lo que sí sabía era que, al regreso de su viaje a Alemania con Unity, hacía ya muchos meses, Diana, de cara a la galería, había optado por hacer como que tan *fraternal* relación no existía. Eligió ese método, habitual entonces de la ceguera selectiva, aun a sabiendas de que el tamtam de la selva social no había parado ni un minuto de redoblar con aquel secreto a voces. ¿Pero qué estaría pasando de puertas adentro? ¿Ante Mosley también habría recurrido a hacer como que nada veía? Conociéndola, me inclino a creer que, en privado, y sin perder su sonrisa derretidora de icebergs, le habría hecho notar que estaba haciendo el ridículo con aquella relación que más que un incesto parecía un sarcasmo.

A saber. Lo que pasa de puertas adentro, dentro se queda. Lo único que sí puedo atestiguar es que Mosley estaba, de un tiempo a esta parte, más manso que un cordero. Y también que —a juzgar por la reacción de Diana con respecto a Nancy y su futura novela

*Trifulca a la vista*, y pese a todo— ella seguía locamente enamorada de Mosley. Tanto como para añadir:

—Nunca pensé que diría esto, Woman. Pero mi relación con Nancy acaba aquí. Sus bromas han ido demasiado lejos esta vez. Si piensa que aún somos niñas y que puede reírse de Unity y de mí como cuando íbamos con calcetines cortos, está muy equivocada. Ya nada será igual.

***

*Trifulca a la vista* se publicó el año siguiente sin que Nancy suavizara apenas su crudo retrato de Mosley o de Unity. Con la incisiva inteligencia que caracterizaba su pluma, ironizaba sobre la fiebre fascista que se estaba apoderando de la sociedad inglesa, entre la que se contaba buena parte de la clase alta. Por aquel entonces, un crítico, especialmente encantado con tan vitriólica sátira, no dudó en resaltar lo que hasta entonces solo sabíamos los más allegados: que Nancy se había valido de las inclinaciones políticas de sus hermanas Diana y Unity para burlarse del fascismo británico y sobre todo de su carismático líder. «¿Cómo de fruncido habrá quedado el ceño y más aún el sedoso bigote de sir Oswald Mosley al leer las páginas que le dedica su futura cuñada?», se preguntaba el autor de aquella reseña antes de concluir que el líder de la UBF debía tener mucho cuidado, porque el fuego amigo es el que más chamusca.

A partir de ese momento, las relaciones entre Diana y Nancy se enfriaron casi por completo. Tanto mi hermano Tom como yo hicimos lo posible por suavizar la situación y tender puentes, pero sin éxito. Nancy aseguraba no comprender por qué se había enfadado tanto. ¿A qué tanto revuelo? En su opinión, Eugenia, la protagonista (es decir, Unity) era, con diferencia, el personaje más simpático de su novela. En cuanto al líder del partido (léase, Mosley), en honor a

Diana había suprimido al menos tres páginas, las más agudas y divertidas, según ella.

Diana, por su parte, y fiel a su forma de ser, eligió el silencio. Se limitó, a partir de ese momento, a devolver sin abrir las muchas cartas que Nancy le mandaba intentando congraciarse con ella.

***

—Esto solo lo puede curar el tiempo —fue el comentario de Nanny Blor cuando acudí a ella para ver qué podíamos hacer entre todos y remediar la situación—. No somos la única familia a la que la política ha dividido. Es el signo de los tiempos querida, todo y todos se están escorando. Deberías ver las cosas que dice nuestra pequeña Decca con respecto al auge de Hitler. Ya conoces a tus hermanas, tan poco exageradas para todo —ironizó—. A Decca, por ejemplo, le ha dado por buscarse trabajillos extra: recoger las hojas muertas del jardín, juntar botellas viejas y venderlas en el colmado, etcétera. Según ella, necesita urgentemente engordar su «hucha de huida», esa en la que lleva, desde los doce años, juntando dinero para escaparse de casa. «Y con más razón ahora que los fascistas se multiplican como las setas», ese fue su comentario. «Cualquier día me largo a luchar contra todo lo que se nos viene encima». Hay que ver cómo son estas hermanas tuyas —continuó Nanny Blor—. La única normal, además de ti, es Deborah. A ella, con tal de que la dejen tranquila con sus caballos y su nuevo perrito cocker, no necesita más. Por cierto, ¿tienes noticias de Bobo? Hace por lo menos una semana que no escribe, algo muy poco habitual. Ella solo se atrasa en su correspondencia cuando está o bien muy contenta o bien muy triste. Espero que sea por lo primero...

# 19

## Y LA MONTAÑA FUE A MAHOMA

Como siempre, tenía razón Nanny Blor. Pronto llegarían cartas de Unity con la gran noticia. Sus infinitas visitas a la Osteria Bavaria por fin fueron fructíferas; había conocido a Adolf Hitler. Ocurrió así:

A comienzos de 1935, Unity Valquiria Mitford llevaba una larga temporada viviendo en Múnich. Para entonces se manejaba con razonable soltura en alemán y perseveraba en su empeño de conocer al Führer. Muv, Diana y Decca le habían hecho poco tiempo atrás una visita. Ella y Diana (Decca se negó en redondo a este plan) habían acudido un par de veces juntas a la Osteria Bavaria. En una ocasión, Hitler había estado a punto de detenerse delante de la mesa de aquellas dos bellas señoritas extranjeras de aspecto tan ario. Pero, en el último instante, maldita sea, se acercó a él uno de sus acompañantes y su atención se desvió.

«Al menos en esta ocasión —se dijo entonces Unity— ha hecho amago de saludarme, la próxima vez seguro que será la vencida». No ocurrió así, pero en cuanto Muv y mis hermanas regresaron a Inglaterra, perseveró en su empeño.

Para entonces, Bobo había probado todos y cada uno de los platos de la Osteria Bavaria: también era capaz de distinguir, antes que nadie, el sonido del Mercedes que anunciaba la llegada del Führer, así como el retumbar de sus pasos en los adoquines de la entrada. Y, naturalmente, habría reconocido entre un millón la voz de Hitler, lo

que, indefectiblemente, hacía que una culebrilla de excitación le electrizara la espalda.

Resultó que aquella helada mañana de febrero estuvo a punto de saltarse el ritual de acudir a su querida *osteria*. La víspera había estado hasta las seis de la mañana en una fiesta de disfraces fumando y bebiendo. Cuando Bobo se divertía, lo hacía a conciencia. Por eso había despertado hacia las doce y media y con aquel brutal dolor de cabeza. Estaba pálida, con la lengua como un estropajo y con grandes ojeras oscuras. «¿Y si me quedo en casa?», pensó. La tentación de ovillarse en su edredón, tan tibio, y echar otra cabezadita, parecía irresistible. Además, era sábado y no había clase. ¿Qué le impedía resucitar más tarde, hacia las dos o las tres? Pero Unity era supersticiosa. ¿Y si hoy era el día que el destino había elegido para concederle su mayor deseo y ella dejaba de acudir a la cita por una tonta resaca?

Al final, se decidió. Saltó de la cama, se dio una ducha helada al más puro estilo valquiria aguerrida, y luego puso especial atención a su maquillaje. A pesar de la advertencia de Putzi Hanfstaengl, el Führer siempre la había visto maquillada, con los labios pintados de rojo, y no era cuestión de cambiar de rutina. Por otro lado, algo tenía que hacer para disimular aquellas ojeras tan poco favorecedoras. «Deséame suerte», le dijo a su propia imagen en el espejo. No, no estaba nada mal. Su uniforme oscuro perfectamente planchado la hacía parecer más delgada y el maquillaje obraba milagros. De hecho, el dolor de cabeza solo se manifestaba en que sus ojos relucían con una intensidad rara, mitad falta de sueño, mitad tenaz esperanza.

***

Aquel día Hitler apareció por la *osteria* especialmente tarde, hacia las tres y diez. Eso era lo que menos le gustaba a Unity de su ídolo. Aquellos horarios tardíos hacían que, hambrienta, se comiera todo el pan, porque su estrategia era aguardar a que llegara para encargar el primer plato. Pero, bueno, a él se le perdonaba todo, incluso que la hiciera engordar. «Dios mío —pensó al oír los motores—, en un par de minutos pasará por delante de mi mesa. ¿Qué tal estoy ?». Retiró a toda prisa un rizo rebelde escondiéndolo detrás de la oreja, se irguió y enarcó las cejas, necesitaba estar muy ariamente guapa para él. Diana, en una de sus últimas cartas, le había contado que Nancy acababa de publicar una novela en la que la protagonista era un trasunto nada disimulado de ella. «Una fanática fascista», así, por lo visto, la había pintado su querida hermana... «Pero, bah —descartó, echando un último vistazo de control en el espejo de su polvera—. Si hoy consigo mi objetivo, los lectores de esa tonta novela de Nancy y toda Inglaterra van a saber quién es Unity Valquiria Mitford». «Ya viene, ya está aquí. Vamos, Bobo —se dijo entonces, dándose ánimos—, tu mejor sonrisa, así, muy bien y ahora, mirada al frente y ojos soñadores».

Pero Hitler pasó por delante de su mesa como tantas otras veces sin un gesto de reconocimiento.

Unity ni siquiera se disgustó. Había ocurrido tantas veces. «No importa —pensó—, incluso es preferible que no se detenga hoy, me duele tanto la cabeza», y regresó a su plato de sopa, ya fría.

No sería hasta la llegada del segundo plato (pollo a la cerveza; por suerte, una receta nueva de la *osteria*, era tan cansado comer siempre lo mismo), cuando el dueño se acercó a su mesa para decirle al oído:

—Fräulein, el Führer desea hablar con usted. ¿Me acompaña?

Entre el estruendo de vasos y platos y el tumulto de las conversaciones, Unity dudó. ¿Habría oído bien? ¿Sería verdad? ¿Y si todo era una broma del mesonero? Su ídolo ni siquiera había mirado una vez en aquella dirección. Pero el dueño del local sonreía; él estaba al tanto de que aquel era su mayor deseo, anhelado durante meses. Por eso la animó con un *«Gehen Sie»*, vaya usted, y una palmadita paternal. Había llegado a encariñarse con aquella muchacha tan alta y tan perseverante, capaz de gastarse toda la paga mensual en su establecimiento.

«Lo curioso del caso —contaría Unity más tarde— es que ni siquiera estaba nerviosa. Entre la resaca del día anterior y la sorpresa monumental, era como si flotara en una nube algodonosa. Al acercarme a su mesa, Hitler se puso en pie, me estrechó la mano y, con una sonrisa, me presentó al resto de los comensales».

***

De lo ocurrido a continuación, Unity nos lo relató tantas veces en sus cartas y con tal detalle a cada una de nosotras (excepto a Nancy), que resulta fácil reconstruir la escena.

Sucedió que a Unity, con la emoción del momento, se le desató la lengua. Empezó por hablarle al Führer de nuestros padres y decirle que Farve era miembro de la Cámara de los Lores. De ahí pasó a contarle cosas de nosotros, sus hermanos; de Tom, por supuesto, pero en especial de Diana y de la relación que la unía con el líder del partido fascista británico. Y, ya que se había adentrado en el terreno político, mencionó también nuestra conexión familiar con Winston Churchill.

—Para ser más exactos, *mein Führer* —continuó desgranando Unity sin desmayo—, Clementine, su mujer, es prima de Farve. Pero más allá del parentesco, siempre hemos tenido una relación muy

estrecha, figúrese que incluso hay quien piensa que Clementine y Farve son hermanos y no primos... Ya sabe usted lo que pasa en este tipo de familias, a veces los lazos son aún más «estrechos» de lo que parecen a primera vista —rio con ganas—. En fin —se azaró a continuación, pensando que, entre la nube algodonosa de la resaca y la emoción del encuentro, se había pasado de la raya con las indiscreciones—, perdóneme, no sé por qué le cuento todo esto, yo no soy nada indiscreta, se lo aseguro, debe de ser el efecto de su presencia, *mein Führer*. —Y se puso roja como un tomate.

A Hitler —más allá de los cotilleos familiares— le interesó enterarse de que aquella fervorosa admiradora suya estaba tan bien conectada. Por otra parte, Unity tenía a su favor otra particularidad. Era inglesa y, por tanto, según los supremacistas cánones que él manejaba, pertenecía también a la raza superior. Nada que ver con los franceses, tan engreídos, ni con los italianos y españoles, indolentes y poco de fiar. Para él, alemanes y anglosajones eran primos hermanos. Incluso más que primos, porque ¿acaso los Hannover, reyes británicos durante siglos, no eran alemanes de pura cepa? ¡Pero si hasta la reina Victoria y no digamos sus hijos eran más germanos que ingleses! Y estaba claro que Unity encarnaba a la perfección a la mujer aria. Se le iba la mano un poco con el colorete y también con el lápiz de labios, pero, salvo eso, perfecta en todos los sentidos.

Sí. Hitler estaba encantado con esta nueva adepta tan decorativa, aunque lo que más le interesó con diferencia de su conversación fue cuando Unity mencionó cuál era su segundo nombre.

—¿Valquiria? —se asombró mientras saboreaba un plato de espinacas—. ¿De verdad se llama usted así?

—No podía ser de otro modo, *mein Führer* —explicó entonces Bobo, cogiendo de nuevo carrerilla—. Verá usted, resulta que Farve,

es decir, mi padre, desde siempre ha tenido una atracción fatal con respecto a los negocios ruinosos. Algo que a mi madre le da muchos dolores de cabeza, como comprenderá, porque, si bien nuestra familia conserva aún unas cuantas propiedades que dan sus buenas rentas, él a cada rato siente la necesidad de ponerlas en jaque, y no precisamente para bien. El caso es —continuó Unity, tras aceptar el ofrecimiento de otro de los comensales de servirle una *radler*, una cerveza con limón bien helada que era justo lo que mejor le venía a su nube algodonosa—... el caso es, *mein Führer*, que más o menos un año antes de que yo viniera al mundo, mi padre decidió trasladarse durante una temporada al Canadá para explotar una vieja mina de oro cerca de Ontario, propiedad de la familia. ¿Y sabe su excelencia cómo se llamaba aquel remoto enclave? ¡Esvástica! Total y para hacerle el cuento corto, resulta que allá se fueron mi madre y él a la aventura con la idea de hacerse mineros y ganar un fortunón, y dejaron a los cuatro hijos que tenían entonces, mis hermanos Nancy, Pamela, Tom y Diana, en Inglaterra al cuidado de Nanny Blor durante un año.

—¿Un año entero los niños pequeños solos? —se asombró Hitler, que siempre presumía de ser hombre amante de la familia.

—Sí, más o menos —redundó ella—. En todo caso, los meses suficientes como para que mis padres me encargaran a mí, usted ya me entiende. Pero no se preocupe, *mein Führer*, si cree que mis hermanos se resintieron de tan larga ausencia o que les supuso un trauma, ¡todo lo contrario! Con Muv y Farve a miles de millas, nuestro hogar funcionaba como un reloj suizo sin la rigidez de Muv y los enfados volcánicos de Farve. Además, todos adoraban —y adoramos— a Nanny Blor.

»Debería conocerla, *mein Führer*, le encantaría. Es la viva encarnación de la raza aria, rubia, alta, dentadura perfecta... Pero,

además, es el epítome del sentido común y de la mano izquierda, la persona ideal para una familia indómita como la mía. Figúrese que tan contentos estaban mis hermanos con aquella larga ausencia de nuestros padres que Nancy (y así lo ha confesado ella misma en uno de sus libros, porque mi hermana es escritora, ¿sabe usted?)... figúrese que Nancy, digo, todas las noches rezaba para que se produjera un naufragio como el del Titanic que nos dejara huérfanos a todos. Y mientras tanto, resulta que allá, en Canadá...

Hitler y el resto de los comensales no podían creer lo que estaban oyendo. ¿Qué clase de estrafalario espécimen era aquella valquiria que hablaba como una cotorra delante del Führer? Uno de los presentes hizo ademán de cortar la perorata, pero Hitler se lo impidió con un gesto. Esta inesperada benevolencia hacia mi hermana se haría aún más patente cuando Unity comenzó a formar parte de su círculo íntimo. Y es que conviene explicar que el futuro amo de Europa, el artífice de la guerra relámpago y el responsable de uno de los genocidios más mentados de la historia, era un esnob. Le chiflaban las baronesas, las duquesas, las princesas (un par de ellas, por ejemplo, se convertirían en espías nazis). Por eso, desde el principio, le cayó en gracia aquella muchacha miembro de una familia tan elegante y estrafalaria que, encima, no parecía cohibida ante él.

—Dígame, señorita —inquirió a continuación—, ¿qué hacía usted mientras su hermana Nancy cruzaba los dedos para que sus padres naufragaran a su viaje de regreso?

—¿Que qué hacía, *mein Führer*? Ser concebida en aquel remoto (y, según mi madre, bastante misterioso y esotérico) pueblo de Esvástica. El viaje desde el punto de vista económico fue un fiasco. Farve no logró encontrar más que tres o cuatro desilusionantes pepitas, pero, a cambio, al mes de regresar los dos a Inglaterra, nací

yo, Unity Valquiria. Nanny Blor dice que lloraba tan alto y en un tono tan agudo que parecía un aria de *El anillo del nibelungo*.

***

El primer encuentro entre Bobo y Adolf Hitler acabó tan agradablemente como había empezado. No concretaron una nueva cita, pero ella sabía que no sería la última. El Führer viajaba con frecuencia a Múnich; solo era cuestión de acudir todos los días a la Osteria Bavaria y aguardar un nuevo encuentro. Entretanto, el Führer decidió hacer algunas averiguaciones sobre su nueva admiradora. Le interesaba mucho su extravagante familia y sus indudables conexiones. Ya en aquella época, él, que todo planeaba y preveía, acariciaba la idea de expandirse por Europa, y cuando esto ocurriera, contar con Inglaterra como aliada sería muy conveniente. Además, sus espías en Londres decían que cada vez tenía más simpatizantes en Gran Bretaña, en especial, entre la clase dirigente, empezando por el mismísimo príncipe de Gales, el futuro Eduardo VIII, germanófilo convencido. No en vano de niño solía pasar sus veranos invitado por el emperador Guillermo II y hablaba alemán como un nativo.

Qué lástima que la Primera Guerra Mundial hubiera enfrentado a aquellas dos espléndidas naciones hermanas, un error que él no pensaba cometer. De momento, Joachim von Ribbentrop (que en la actualidad era sus ojos y sus oídos en Londres, y al que pretendía nombrar en breve embajador de Alemania ante la corte de Saint James) había establecido excelentes relaciones con Wallis Simpson, la estadounidense de la que, se decía, el príncipe estaba perdidamente enamorado. Con tan buenas conexiones, ¿para qué le servía entonces Unity? En el tablero de ajedrez que el Führer tenía en la cabeza, todas las piezas eran importantes, y como amante de

este juego, no ignoraba que la partida se podía ganar tanto gracias a un alfil o a la reina como a un modesto peón...

Pero existía asimismo otra razón bastante menos racional. Los encargados de realizar un informe exhaustivo sobre su nueva admiradora habían proporcionado a Hitler un retazo de información adicional. A él le había impresionado mucho enterarse por ejemplo de que Bertram Freeman-Mitford, padre de Farve, había sido íntimo amigo de Houston Stewart Chamberlain, o lo que es lo mismo, de cierto inglés nacionalizado alemán que, allá por 1899, en su libro *Los fundamentos de siglo XIX,* desarrolló la teoría supremacista en la que más adelante se basaría el futuro Führer para dar forma a la ideología nazi. «La raza aria —dejó escrito Chamberlain—, conducida al unísono por los pueblos germánicos, será quien salve a la civilización europea y cristiana del judaísmo». Este libro entusiasmó tanto a nuestro abuelo Mitford que financió su traducción al inglés e incluso escribió el prólogo. ¿Era o no una coincidencia extraordinaria?, debió de pensar Hitler. Una muchacha nieta de un prohombre pionero en apoyar la supremacía de la raza aria; una muchacha que, para más casualidad había nacido en Esvástica, se llamaba Valquiria y era prima de Winston Churchill... Hitler no creía en las casualidades. Para él todo estaba escrito en las estrellas. Lo único que había que hacer era leer en ellas.

***

Resultó además que, por aquel entonces, Hitler no contaba ya con la ayuda de Erik Jan Hanussen, el mentalista que tan útil le había resultado hasta entonces para adivinar su futuro. Una lástima que hubiera tenido que ordenar su asesinato. Una lástima que, tras predecir acertadamente su llegada al poder y otras profecías igualmente improbables, Hanussen hubiera cometido un error tan

garrafal. En realidad, fueron dos los errores. El primero, ser judío, una lata y una complicación, a pesar de la cual, al enterarse, Hitler continuó recurriendo a él. El segundo error le costaría la vida. Porque Hanussen era tan clarividente que *vio* demasiado: predijo públicamente que el Reichstag o Parlamento alemán sería consumido por un pavoroso incendio, como en efecto ocurrió. El problema fue que no pocos se maliciaron que, si Hanussen lo sabía no era por sus poderes esotéricos precisamente, sino más bien porque estaba al tanto de los planes del partido nazi, que fue el que, secretamente, había provocado el siniestro para luego culpar de él a los comunistas, una jugada perfecta que favoreció, y mucho, a Hitler y sus intereses.

Qué lástima haber tenido que prescindir de Hanussen y hacer que apareciera muerto en un bosque en las afueras de Berlín. Qué extraordinario talento el suyo. Hitler echaba mucho de menos su clarividencia. ¿Qué hubiese dicho el gran mentalista de saber que había conocido a una muchacha que reunía tantas y tan variadas constelaciones astrales favorables? Sin duda le habría aconsejado que la mantuviese en su círculo cercano. Y eso mismo se propuso hacer Hitler. Además, caviló él, Unity podía cumplir *otra* función interesante en el tablero de ajedrez que tenía en su cabeza y sobre el que planeaba tantas y tan diversas jugadas. A Hitler le agradaba rodearse de valquirias jóvenes y bonitas... pero manteniéndolas a una cierta distancia, tal como ocurría con su eterna y secreta novia Eva Braun, con la que no se dejaba ver en público. Una actitud similar era la que tenía con respecto a esas condesas y duquesas que deslumbraban su esnob corazón de hijo de un modesto funcionario de aduanas: a ellas les mandaba flores, bombones, pero siempre evitando que se acercaran demasiado.

A sus cuarenta y seis años, Hitler permanecía soltero. «Mi deber —le gustaba decir— es mantenerme célibe para dedicarme en cuerpo y alma a nuestra patria». Aquello sonaba a romántico sacrificio y contribuía al brillo de su rutilante —y para algunos entre los que me cuento— incomprensible carisma. Con otras mujeres de más edad también mantenía relaciones difíciles de catalogar, como con Winifred Wagner, nuera del famoso compositor. Winifred contaba en su haber con varios puntos a favor. Por un lado, ser una Wagner, lo que ya de por sí, y a los ojos de Hitler, le confería un estatus especial (él era un rendido admirador del famoso músico). Y, por otro, estaba la lealtad que la dama le había demostrado en tiempos difíciles (se decía que en sus años en prisión por un fallido golpe de Estado, Winifred no solo había sido su soporte emocional, sino también quien le había suministrado papel y útiles de trabajo con los que escribir su famoso libro *Mein Kampf* (*Mi lucha*). Y luego, estaba el particular vínculo que unía a Hitler con Magda, la esposa del su ministro de Propaganda, Joseph Goebbels. Magda se había convertido en una especie de primera dama en la sombra, porque, según el Führer, que la ensalzaba y admiraba sin disimulos, encarnaba todos los valores femeninos morales y épicos que el Reich preconizaba, entre otros, su gran fecundidad: era madre de un montón de hijos.

Como es lógico, en la Alemania de entonces, a nadie se le ocurría hablar públicamente de la —en el mejor de los casos— peculiar relación del Führer con las mujeres. Pero ocurre que, incluso en los regímenes más temidos, al final siempre hay alguien dispuesto a cuchichear retazos de información suculenta. En el caso de Unity, quien la puso al tanto de ciertos secretos fue una vez más fräulein Baum, su profesora de alemán, tan fascinada por Hitler como ella

(aunque, por lo que se ve, no lo suficientemente abducida como para renunciar al universal y sin par placer del cotilleo).

—Querida —le había dicho Baum cuando Unity le contó que Hitler la había invitado a su mesa y permitido charlar con él durante ¡más de media hora!—. Eres sumamente afortunada, pero no te hagas ni la menor ilusión sentimental. Nuestro Führer está casado con Alemania, ella es su única esposa.

—Ni se me ha pasado por la cabeza —se sorprendió Unity—. Yo solo lo admiro como lo que es, el hombre más importante de la historia desde Alejandro Magno y Julio César.

—¡Esa es mi chica! Otra cosa no es posible, ni contigo ni con nadie. La sombra del fantasma de Geli es alargada.

—¿Y quién es Geli?

Fräulein Baum se esponjó. Como buena docente, su acto de misericordia favorito era enseñar al ignorante. No vio necesario hacerle jurar a su pupila que jamás comentaría con nadie el capítulo de la vida del mayor hombre de todos los tiempos que se proponía desvelar. Estaba claro que Unity guardaría el secreto porque las dos eran incondicionales de su ídolo. Por otro lado, en opinión de fräulein Baum, el «episodio Geli Raubal», como ella lo llamaba, contribuía a humanizar aún más al Führer y demostrar que no era inmune al sentimiento más bello y doloroso que pueda existir entre los humanos: un gran amor imposible.

—Verás, querida —comenzó narrando su profesora de alemán—, Geli Raubal era sobrina carnal de nuestro Führer. Hija de su hermanastra Ángela, a la que él, haciendo gala de un gran corazón, contrató como ama de llaves de su refugio alpino al quedar viuda y con tres hijos pequeños. Geli tenía diecisiete años cuando su madre se instaló como parte del servicio en uno de los enclaves más deslumbrantes de las montañas bávaras.

—¿Hitler trataba a su hermanastra como una criada? —se asombró Unity.

Pero a fräulein Baum no le pareció relevante ahondar en tal punto. En vez de eso, se lanzó a describir a Geli como una adolescente no muy guapa, pero pizpireta, dicharachera y llena de vida que pronto cautivó el corazón de su tío, que era casi veinte años mayor que ella.

—Hitler —explicó a continuación fräulein Baum— se volcó de inmediato en el futuro de su sobrina. Tanto, que un año más tarde se la llevó a vivir con él en su piso de Múnich para que así pudiera cursar estudios de medicina. La madre de la chica estaba encantada, como tú comprenderás, qué gran oportunidad para Geli, así podría cumplir su sueño de convertirse en doctora. Nuestro Führer se portó como un ángel, se ocupaba de todo: de supervisar los estudios de la chica, de elegirle ropa, la más adecuada, la más cara. La llevaba a actos oficiales, le indicaba con quién debía hablar y con quién no. De pronto, Geli abandonó sus estudios. Decía que le resultaba imposible compaginarlos con su obligación de estar cerca de su tío en todo momento. ¿Te das cuenta de lo afortunada que era? ¡Nada menos que todo un führer pendiente de una muchachita como ella! Por lo visto, él estaba deseando volver a Múnich para estar con su niña, pasear, cenar juntos mano a mano, llenarla de caricias, tocar el piano a cuatro manos. Geli, en cambio... —y aquí fräulein Baum frunció, el ceño—. ¿Puedes creer que en vez de disfrutar del cariño y de los mil desvelos de su tío, la muy tonta empezó a estar triste y a decir que su tío no la dejaba vivir? ¿Te das cuenta, niña, de lo terriblemente desagradecida que era la tal Geli? —enfatizó frau Baum—. Todas las mujeres de Alemania hubiésemos dado nuestra vida por una mirada suya mientras ella estaba cada vez más hosca, más demacrada y silenciosa, hasta que ocurrió «aquello».

—¿Y qué fue «aquello»? —preguntó Unity.

—Nadie lo sabe realmente. Pero, un mal día de septiembre de 1931, Geli y nuestro Führer mantuvieron una fuerte discusión, y esa misma tarde, él partió para asistir en Núremberg a una reunión importante. Una hora después, tuvo que regresar a toda prisa. Geli acababa de aparecer muerta con un orificio de bala en el pecho. Se había quitado la vida disparándose con una de las pistolas de su tío. Nuestro pobre Führer se quedó desconsolado. Fue terrible, y más terribles aún fueron las habladurías que surgieron.

***

Al llegar a este punto, fräulein Baum se detuvo y Unity la apremió para que siguiera. Su profesora estaba muy compungida, pero tampoco se hizo rogar demasiado.

—Me cuesta hasta repetir las versiones de lo ocurrido tan odiosas que corrían por ahí... Por lo bajini (ya imaginarás que nadie se hubiese atrevido a alzar la voz), se secreteaba por ejemplo, que en su relación con Geli Raubal había un componente bajo, sucio. Un comportamiento indigno de nuestro Führer. ¿Lo puedes creer? ¡Cuánta calumnia, cuando es obvio y evidente que su interés era solo por su bienestar, por su salud, por su porvenir! ¡Mala gente que inventa cosas! —suspiró indignada fräulein Baum—. También dijeron que, si Geli se suicidó usando la pistola de nuestro Führer fue porque estaba enamorada de uno de los chóferes de su tío y que él se interpuso en su romance. Otros fueron aún más allá en sus mentiras insinuando que —y aquí fräulein Baum bajó la voz hasta un susurro— en la discusión que tuvieron previa a la muerte, ella le había confesado que esperaba un hijo suyo y que... —Llegado este punto habló tan bajito que el susurro se volvió prácticamente inaudible—... y que él la mató porque el padre de todos los alemanes no podía ser al mismo tiempo padre de una criatura

incestuosa. Ni qué decir tiene que nada de todo esto es ni remotamente cierto. La única verdad es que Hitler se quedó transido de desesperación por la muerte de Geli, y ha colocado en su despacho de Berlín y también en el de aquí, en Múnich, sendos bustos de su querida sobrina para tenerla siempre con él.

—¿Y Eva, su actual novia? —se interesó Unity—. Aunque no la lleve con él a actos oficiales, parece evidente que su corazón está ocupado.

—Bah —descartó Baum con un gesto de la mano—. Ya te he dicho que el Führer está casado con Alemania, no hay sitio en su corazón para nadie más.

—¿Y ella cómo se lo toma?

—Cuando la conozcas lo comprenderás. No es más que una chica, buf, qué sé yo, monilla, más o menos de tu edad, pero con el intelecto de un mosquito. Incomprensible la relación que mantienen, completamente desigual y hace muy bien nuestro Führer en mantenerla discreta. Por lo visto, se conocieron cuando ella tenía diecisiete años y él, cuarenta. Eva era ayudante del fotógrafo de Hitler, y comenzaron a verse. Ella es al menos lo suficientemente lista como para no esperar demasiado de tan gran hombre. Se conforma con las migajas de cariño que le da cuando se ven.

—¿Y mientras tanto, ella qué hace, a qué se dedica?

Fräulein Baum repitió la exclamación displicente:

—Bah, como le gusta la gimnasia, se dedica a hacer cabriolas y acrobacias, a tomarse fotos en traje de baño y hacerle cucamonas cada vez que él la lleva a su refugio en las montañas. También juega con los perros del Führer, bebe cerveza con sus hermanas, que son igual o más tontas que ella, cuenta chistes bobos... En resumen: se comporta como la quinceañera que ya no es. ¿Sabes lo que yo creo, niña? Que Eva Braun es para Hitler algo muy parecido a su perro al

que adora y que tanto alegra sus escasos ratos de esparcimiento. Ya te puedes imaginar la escena: mucho «Buen muchacho por aquí, buen muchacho por allá, ven que te rasque las orejas y te haga un par de cosquillitas en la panza», y luego «Adiós, vete a jugar, estoy muy ocupado». Con Eva hace lo mismo...

—¿Y ella no se resiente de que la trate así? Yo adoro a mis animales y soy la primera que me dejaría matar por ellos. Pero prefiero que los demás me traten como a una persona, no como a un perrito.

—Eso mismo debió de pensar Eva hace un par de años cuando se disparó en el pecho.

—¡Igual que su sobrina!

—Sí, igual que Geli, pero con más suerte, porque sobrevivió. Las malas lenguas dicen que fue solo un simulacro bastante burdo y que la herida carecía de importancia, pero la verdad es que, desde entonces, el Führer le presta algo más de atención. Incluso, y según me han contado de muy buena tinta, ahora permite que Eva esté presente cuando se reúne con sus allegados en uno de sus refugios de montaña favoritos. Así que, ya ves, querida, a pesar de tener cerebro de mosquito, Eva Braun parece haber comprendido algo importante: que para llamar la atención de Hitler hay que estar dispuesta a morir por él.

# 20

## Mi amigo Lobo

Unity nunca olvidaría estas últimas palabras de fräulein Baum, tampoco lo que esta le contó de la muerte de Geli Raubal y decidió guardar la información como un tesoro. No sería ella quien contribuyera a propalar rumores y falacias, pero conocer aquellos secretos la hacía sentirse más próxima a él.

Después de su primer encuentro con el Führer en la Osteria Bavaria, Unity escribió para contarnos detalles de aquel día y animarnos a visitarla en Múnich con la promesa de que también nosotros podríamos conocerle. La primera en aceptar la invitación fue Diana. Llegó el 11 de marzo conduciendo desde Londres en su cochecito Voisin, regalo de Mosley (¿sería un regalo de desagravio para hacerse perdonar su relación con la hermana de su difunta mujer? Diana jamás hablaba de este tipo de cosas, pero me daba la impresión de que, más o menos, había logrado reconducir su historia con Mosley a base de una buena dosis de mano izquierda y otra similar de ceguera selectiva). Porque lo que estaba claro era que seguía tan enamorada como el día en que lo dejó todo por él. ¿Que aquella falsa mojigata de Baba Metcalfe pretendía vengar a su hermana arrebatándole a ella el amor de Mosley? Ya veríamos quién ganaba al final. Todo menos recurrir a los reproches. Los hombres los detestan. Huyen de ellos y es contraproducente. Por eso la táctica a emplear tenía que ser otra. Como, por ejemplo, hacerse

indispensable. A los hombres les encanta que les allanen el terreno y les solucionen problemas. Esa había sido siempre la estrategia de las mujeres inteligentes: sonreír y actuar, y Diana sabía exactamente cómo.

Ahora que Unity acababa de conocer a Hitler, era obvio que se podían tender puentes entre Mosley y el líder que había conseguido arrancar a Alemania de la situación de ruina en la que se encontraba. Las arcas de la Unión Británica de Fascistas estaban casi vacías. Mussolini había amenazado con dejar de financiar el gran sueño de Oswald Mosley, y, ante una situación así, la Alemania nazi podría ser la nueva benefactora. ¿Quién mejor? Como Bobo conocía a Hitler, ahora todo era más fácil. Por eso se presentó, sola, en Múnich tras recorrer casi setecientas millas en su Voisin verde. «Ya verás qué sorpresa se va llevar Oswald», se prometió. Y de paso también esa insufrible engreída de Baba Metcalfe...

***

Diana se quedó fascinada con Hitler. Dos días después de su llegada, Unity y ella, alertadas por el dueño de la *osteria* de que Hitler estaba al caer, se presentaron en el local.

—Vaya, vaya —sonrió cuando ellas se acercaron a saludarle—, si no fuera abstemio, pensaría que veo doble. ¡Pero si son iguales, como dos gotas de lluvia en un bosque de hayas!

Naturalmente, Unity se quedó encantada con el piropo. Desde niña cargaba con el estigma de ser como Diana, pero en versión patito feo.

—¿Habla usted alemán como Unity? —continuó el Führer, besando la mano de Diana—. ¡Umph! Cuánto lo siento —añadió, al comprobar que Diana negaba con la cabeza—. Bueno, no tiene

importancia, su hermana Valquiria nos hará de intérprete. Mi inglés es bueno pero haragán, se cansa rápido —bromeó.

Las invitó a comer con él y estuvieron charlando de esto y aquello. De frivolidades, como cuáles eran sus canciones populares favoritas, porque el Führer era muy musical, incluso se valía de música para provocar estados de ánimo en actos y ceremonias del partido. Pero también le gustaban las tonadas sencillas y campesinas (su canción favorita resultó ser una muy alegre y picante que canturreó con brío). Acabada la sección musical, se interesó por saber cuál era la situación de la clase trabajadora en Gran Bretaña. Le preguntó a Diana, por ejemplo, cuáles eran las principales reivindicaciones laborales en Londres. Diana a punto estuvo de hablarle de las dificultades económicas por las que pasaba la Unión Británica de Fascistas. Pero era su primer encuentro, por lo que le pareció preferible conversar con Hitler de generalidades, trufadas, eso sí, de una buena dosis de *name dropping*[9] , un arte muy inglés que si se lleva a cabo con sutileza resulta muy útil. Por eso mencionó, así como de pasada, a Mosley, y dijo que, como jefe de la UBF, era gran admirador suyo.

—Desde niño —apostilló—, siempre ha tenido una enorme sensibilidad social y se está dejando la piel para llevar esperanza a los menos favorecidos. Figúrese, *mein Führer*, que hasta David, el príncipe de Gales, quiero decir —parpadeó modesta—, lo felicitó el otro día, son tan tan amigos... —Y luego, al comprobar que esta mención hacía que los ojos de Hitler se achinaran interesados, continuó—: Sí, porque, como usted sabe, David es un *ferviente* admirador suyo también —exageró—. No como su pobre hermano Bertie, que no simpatiza demasiado con usted y sus planteamientos políticos. Pero bueno, el futuro rey es David y no Bertie, así que no hay de qué preocuparse.

Hitler preguntó entonces qué pasaría si David, el actual príncipe de Gales, insistiera en casarse con Wallis Simpson.

—Soy impenitente jugador de ajedrez, sabe usted —explicó el Führer—, no lo puedo evitar. Y anticipar jugadas, aparte de gustarme, es mi obligación. No solo sopeso las eventualidades que tienen que ver con mi país, sino también las relacionadas con otros, en especial el suyo. Dígame, por tanto, querida, ¿qué cree usted que pasaría, llegado el caso?

Diana (que odiaba cordialmente a Wallis Simpson porque era gran amiga de Baba, su archirrival) respondió, encogiéndose deliciosamente de hombros.

—No se preocupe usted por eso. Es absolutamente *imposible* —enfatizó— que se case con semejante aventurera. Tendría que abdicar, poner al país patas arriba, y en un momento delicado, tanto política como económicamente hablando, sería una temeridad. Cosas así no pasan en Gran Bretaña, puede estar seguro. Ya sabe cuál es nuestra consigna nacional: ante lo que a uno no le gusta, firme el labio superior, o lo que es lo mismo, uno aprieta los dientes y cumple con su deber. David, por tanto, renunciará a ella, y Wallis ocupará en su vida el lugar que le corresponde: el de una mantenida, el de una meretriz, por no decir algo más vulgar.

—¿Y si decide no renunciar a ella y elige abdicar? —insistió Hitler, al que claramente este tipo de cotilleos con nombres conocidos y relevantes le divertían (e interesaban) a partes iguales—. En ese caso, ascendería al trono su hermano Bertie. ¿No es así? Dicen por ahí que es tartamudo. También me ha contado Von Ribbentrop que Wallis y el príncipe llaman Cookie a Elizabeth, la mujer de Bertie, porque, según las malas lenguas no es hija de su madre, sino de la cocinera.

—Veo que le informan admirablemente bien —sonrió Diana—. Siendo así, también le habrán dicho que Elizabeth es muy protectora de su marido. Ella es quien manda en esa pareja. Pero, como le digo, no tienen la menor posibilidad de llegar al trono. Será el actual príncipe de Gales quien lo ocupe. Es impensable otra posibilidad ¿Un rey de Inglaterra tartamudo y su consorte la supuesta hija de una cocinera? Antes las ranas criarán pelo, *mein Führer*.

Llegado este momento, y visto que a Hitler le divertían sus historias y cotilleos, Diana sopesó llevar la conversación al terreno que a ella le interesaba: la posibilidad de que el Gobierno alemán financiara la aventura fascista de su amado Mosley. Pero prefirió esperar. «Todo tiene su momento», se dijo. La sintonía entre ambos ya existía, mejor no forzar las cosas. Además, Diana era de la teoría de que cuando una quiere conseguir algo de un poderoso, es preferible no acudir a él, sino a un subalterno. Mejor hablar con el sargento que con el general. A los generales es preferible sonreírles, derrochar encanto y no pedirles nada. Todo es un proceso. Por eso, lo que Diana hizo en aquel viaje fue aprovechar para establecer contacto... con Goebbels. Seguro que al todopoderoso ministro de Propaganda nazi le interesaría la idea de financiar a la Unión Británica de Fascistas. Diana, con su famosa sonrisa derretidora, hizo algunos progresos en aquel sentido antes de regresar a Inglaterra. Sobre todo consiguió afianzar su amistad con Magda Goebbels, a la que había conocido en un viaje anterior. No hacía falta demasiada perspicacia para darse cuenta de que Magda era, para sus intereses, la pieza de ajedrez perfecta en aquella partida.

***

Poco después, Diana y su Voisin biplaza verde enfilaron de nuevo hacia Inglaterra con muchas esperanzas y una apasionante anécdota

que contar a su regreso («He almorzado con Hitler...», «¿De veras, y cómo es?», «Encantador, ni te imaginas. ¡Y qué ojos! Mirarlos da entre miedo y fascinación»).

Poco después de esta visita, se produjo un nuevo desembarco de Mitfords en Múnich. En esta ocasión fuimos Muv, Farve, Jessica, Deborah y yo quienes nos propusimos visitar a Bobo. La secreta intención de mis padres era conseguir que ella regresara con nosotros a Inglaterra, pero, conociéndola, sabían que no sería sencillo, por eso decidieron llevarnos de refuerzo. En el viaje anterior que Muv había realizado seis meses atrás, Bobo se había puesto pesadísima al empeñarse en que Muv hiciera el saludo nazi al pasar por delante del Feldherrnhalle, es decir, ante el monumento erigido en memoria de los fallecidos en el infructuoso golpe de Estado dado por Hitler en 1923 y que le costó la cárcel. Muv dijo que ni hablar, que de ninguna manera, y entonces mi hermana, como represalia y en una versión renovada de su «estrategia del puré», se dedicó a extraviarla deliberadamente por las calles de Múnich hasta que, cansada y aburrida de lidiar con Unity, volvió a Inglaterra, dejándola por imposible.

Por el contrario, todo apuntaba a que este segundo viaje iba a ser diferente, y nos instalamos los cinco en un hotel muy agradable cerca de donde vivía Unity. El tiempo era espléndido, la gente amable, la ciudad nos encantó. A todos, menos a Decca, que no quería haber venido y no paraba de refunfuñar. Para ella todo lo que veía a su alrededor le resultaba odioso. Odiosas las insignias, odioso el culto a ese individuo de aspecto demasiado parecido a Charles Chaplin, cuyo rostro acechaba desde los carteles que había por todas partes, y odiosas las banderas con aquella esvástica en forma de tarántula. ¿Y qué decir de aquellas milicias juveniles que desfilaban por la calle con todos sus integrantes idénticamente

rubios, altos, y aterradoramente sincronizados? Miedo daban sus sonrisas fanáticas. Niños como ellas, como Decca o como Deborah, que, brazo en alto, entonaban a saber qué cánticos y consignas entre sonrisas y miradas fieras. Años más tarde, Decca escribiría en sus memorias: «Cuando vi aquel tinglado siniestro, solo pensé que debía conseguir, como fuera, engordar mis "ahorros de fuga". Si aquel era el futuro de Europa y de Gran Bretaña, yo, desde luego, no estaba dispuesta a formar parte de él».

En lo que respecta a Deborah, ella no sintió el menor interés por lo que veía a su alrededor. A Debo, que siempre fue la más tranquila y convencional de mis hermanas, le atraía sobre todo visitar enclaves históricos, perderse en algún museo, admirar obras de arte. Nada de presenciar desfiles ni ninguna otra muestra de exaltación patriótica. Yo opté por acompañarla. Sobre todo, después de que Unity nos presentara a Hitler.

Es necesario decir que desde el principio él hizo todo por mostrarse amable. Recuerdo especialmente una tarde en la que invitó a la familia a dar un paseo en su enorme Mercedes por Múnich y sus alrededores. Por suerte para todos, ese día, Decca y Debo no participaron de la excursión (no quiero ni pensar en lo que podría haber ocurrido con una adolescente como Decca dispuesta a hacer valer sus convicciones comunistas en un espacio tan reducido). Farve y Hitler se instalaron en los asientos contrarios a la marcha del vehículo mientras que Muv, Unity y yo, sentadas frente a ellos, tratábamos de que nuestras piernas, enfundadas en nuestras mejores medias sin costura, compradas antes de venir a Alemania en el mercado negro, mantuvieran una postura tan elegante como incomodísima.

Esta vez pude estudiar con especial detenimiento a Adolf Hitler. En ningún momento nos habló en inglés. Recurría a Unity para que le

tradujera, pero, a pesar de que yo no entendía ni palabra de alemán, su acento se me antojó poco distinguido. Algo similar ocurría con su aspecto. Si quieren saber mi opinión, los ojos metálicos y azules de los que todos hablaban, comenzaban a estar, ya entonces, levemente encapotados. Por lo demás, parecía un campesino disfrazado de militar, con botas muy relucientes, eso sí, y con un enojoso flequillo lacio que a cada rato se le metía en el ojo.

En aquel paseo, más que prestar atención a las palabras del gran hombre que Bobo nos traducía con devota eficacia («Miren allí, bla, bla, sí, sí, un poco más a la derecha, aquel enorme puente que acabamos de inaugurar, ¿es o no un prodigio de ingeniería? Y allá, ¿la ven? Aquella es la flamante sede de la Unión de Granjeros Bávaros, bla, bla, bla, bla»), preferí entretenerme en observar la reacción de mis padres. Muv miraba por la ventana, azorada, e incluso, diría yo, atemorizada, sobre todo al ver el nutrido bosque de brazos en alto de una multitud entusiasta y perfectamente coordinada que se agolpaba a un lado y a otro de la ruta para vitorear a su Führer. En cuanto a Farve, debo decir que, a partir de aquel paseo con Hitler en Mercedes, nunca más volvió a llamar a los alemanes hunos, suevos, ni sucios teutones. Al contrario, al militar de corazón marcial que jamás dejó de ser desde que lo licenciaron de la Guerra del Catorce, le complació enormemente descubrir aquella Alemania pujante, ordenada, jerarquizada y llena de fuerza en la que —y el Führer lo había dejado muy claro en su conversación — no tenían cabida los indolentes, los tibios y menos aún los comunistas y los judíos, escoria, según él, de la humanidad.

—Sí, amigos míos —concluyó el Führer mientras Unity traducía con voz solemne—. Estamos en los albores de un nuevo orden como nunca ha conocido la historia. Los tiempos del dolor, la penuria y el miedo han concluido.

A cada frase de Hitler, Farve asentía complacido. Muv, tímidamente, también.

Y mientras tanto, ¿qué pensaría Hitler de nosotros, los Mitford?, me pregunté al tiempo que trataba de leer más allá de sus gestos, de sus sonrisas, de sus miradas amables. Daba la impresión de que nos tomaba por más importantes de lo que éramos y por eso se mostraba tan obsequioso. Es verdad también que nuestra relación familiar con Winston Churchill era estrecha. Verdad también que Farve tenía excelentes contactos y pertenecía a la Cámara de los Lores. Pero no era en la Cámara de los Lores, sino en la de los Comunes donde se tomaban las decisiones de importancia. En cuanto a pensar que Farve iba a tener ascendente alguno sobre Winston, era, simplemente, no conocer ni a uno ni a otro...

A partir de aquel momento (y ahora lo cuento con algo de remordimiento), dejé de prestar atención a lo que veía y oía a mi alrededor. Un paseo con Hitler en su coche privado, una situación que para cualquier otro mortal hubiera sido sumamente interesante, para mí significaba poco, debido a unas líneas recibidas aquella misma mañana en nuestro hotel de Múnich y que dolían como un estigma.

La carta era de Oliver, estaba fechada dos semanas atrás en Nueva York y me la había reenviado Nanny Blor desde Swinbrook.

He intentado mil veces olvidar su contenido, pero sus palabras tuvieron durante años la cruel costumbre de hacerse presentes como esas espinas viejas encapsuladas en nuestra carne que de pronto, y cuando uno menos lo espera, sobresaltan con su punzada. En su carta, Oliver me decía que, tras numerosos estudios médicos en Estados Unidos, resultó que su enfermedad no era tan perniciosa, que se encontraba mucho mejor, que se sentía pletórico,

completamente recuperado... Y a renglón seguido, me anunciaba que pensaba casarse.

*Prefiero que lo sepas por mí antes de que The Times haga público nuestro compromiso. Además, me temo que el anuncio dará que hablar. La familia de Gloria Van Schuller, mi prometida, es una de las más adineradas y antiguas de Nueva York y tiene mucho interés en esquivar toda publicidad. Ya bastantes disgustos tuvieron, por culpa de la prensa, hace un par de años cuando murió Bianca Van Schuller, prima hermana de Gloria, en trágicas circunstancias. Tengo entendido que tú, querida mía, estabas presente cuando se produjo el accidente. ¿No es así? Bianca se ahogó prácticamente delante de vosotras. ¡Qué fatalidad! Gran mujer. Lástima que estuviera casada con un indeseable que, desde el primer día, no hizo más que dar quebraderos de cabeza a la familia, y después de que ella muriera, muchos más. Figúrate que, tras heredar la enorme fortuna de la pobre Bianca, resulta que ahora ha anunciado que piensa casarse de nuevo. ¿Y a qué no sabes con quién? Pues con tu silenciosa y no precisamente agraciada prima, Winnie Churchill. Sí, querida, como lo oyes. Parece que el desconsolado viudo mister Garvey Smith, ahora que tiene millones, también pretende tener blasones. Y los tendrá, qué duda cabe, pero complicándome a mí la vida, porque resulta que después de aquella experiencia con semejante tipejo, los Van Schuller se han vuelto hipersuspicaces, y piensan que yo soy como el tal Smith, un burdo cazafortunas. ¡Te lo puedes creer, querida! Tú, que tan bien me conoces, sabes que el dinero jamás ha sido una de mis preocupaciones, y menos aún los blasones. Si no, no te habría amado como te he amado. ¿No crees?*

*En fin, mi querida Pam, deseo que sepas que un trozo de mi corazón será siempre tuyo... Por eso, y en recuerdo de lo que fuimos el uno para el otro, necesito pedirte un gran favor: ¿recuerdas algo que haga sospechar que la muerte de Bianca Van Schuller no fue un accidente? ¿Conoces cualquier detalle, palabra o hecho que ese día te llamara la atención en la conducta de Garvey Smith? ¿Un comentario imprudente, quizá, una mirada de soslayo? ¿Algo, lo que sea, ocurrido en aquella desdichada plataforma marina que indique que pudo haber juego sucio por parte de este individuo? Aquí, en Nueva York, somos muchos los que recelamos de Smith; ni te imaginas las cosas que de él se dicen sotto voce en los ambientes sociales. Más aún ahora que acaba de anunciar su boda con alguien como tu insulsa prima Winnie, que, oh, casualidad, también estaba presente el día en que Bianca se ahogó...*

*Todo es tan oscuro y feo en el comportamiento del tal Smith que —para que mi futura familia política sepa que no soy ningún cazafortunas— me ofrecí hace un par de semanas a entrevistarme con Elsa Maxwell. Sí, ya sabes, la reina de los cotilleos mundanos, la misma que en su momento difundió la noticia del accidente de la prima Bianca. Mi idea era contarle nuestras sospechas para que se haga eco de ellas y siembre dudas sobre lo ocurrido aquel día. Pero fracasé. Para mi estupor, miss Maxwell (que no estuvo nada simpática conmigo, no sé qué se habrá creído) se descolgó con que agua pasada no mueve molino y que de nada sirve remover el pasado. Sí, eso dijo la muy taimada, pero yo supe leer a través de sus palabras. Para mí que Smith, que de tonto tiene lo justo, ha hablado con ella de antemano. Poderoso caballero es don dinero, y, a pesar de que*

*miss Maxwell va por ahí presumiendo de incorruptible, cada adefesio —y ella lo es, vive Dios que sí— tiene su precio.*

*En resumen, querida mía, a ti apelo en recuerdo de lo que un día fuimos el uno para el otro. Si tú hablaras, si contaras lo que viste aquel día, se resolvería un asesinato que de otro modo quedará impune. Además, piensa que está en juego también la felicidad de la pobre Winnie Churchill. ¿Querrías ver a tu querida prima casada con semejante monstruo por muy rico que sea? Piénsalo, no tienes por qué contestarme ahora, pero, conociéndote, sé que lo harás, lo meditarás y harás lo correcto. Y si lo correcto beneficia a alguien que tanto te quiso como yo, con más razón aún. ¿Me equivoco, mi dulce Pam?*

*Aguardando tus prontas noticias, que espero sean positivas, recibe el cariño de este que no te olvida,*

*Oliver*

—Pam, querida, ¿has oído lo que te acaba de preguntar el Führer?

Ni idea. Me encontraba a miles de millas de aquel Mercedes en el que viajábamos los Mitford en compañía de Hitler, lamiéndome las heridas y preguntándome cómo había podido amar a semejante individuo. Aún llevaba puesto el anillo que Oliver me regaló cuando nos comprometimos. Aquel granate engarzado en oro que atesoraba con la esperanza de que él un día volviera. Lo arranqué de mi dedo anular y me lo guardé en bolsillo.

—Perdone, excelencia, estaba distraída. ¿Qué me preguntaba usted?

# 21

## Bobo y Wolf

Hitler y yo nunca congeniamos. Me sería muy fácil decir ahora que, ya en aquel lejano año de 1935, intuí todas las calamidades que iba a traer al mundo; asegurar que lo leí en la fijeza fanática de sus ojos o en el tacto de sus manos siempre un poco húmedas y viscosas. Pero no es cierto. No tenía entonces la bola de cristal, como tampoco la tengo ahora, y solo sé que, como he señalado, su aspecto me pareció el de un campesino disfrazado de militar, con un bigotito absurdo y un acento gutural nada atractivo. Tampoco puedo decir cuál fue la pregunta que me hizo en el coche, posiblemente algo relacionado con la comida. Muv le había contado que yo era la cocinitas de la familia, y eso pareció interesarle. Incluso llegamos a intercambiar recetas en una ocasión. Yo le hablé de mi sopa de cebolla, que siempre ha sido muy celebrada, y él de su plato favorito, paloma rellena de orejones, nueces y pistachos (el vegetarianismo de Hitler se debía más a problemas estomacales que a reparos éticos, expresión, por cierto, que en él suena a sarcasmo). La paloma al estilo Adolf resultó ser una receta francamente deliciosa que me abstuve de preparar cuando Alemania e Inglaterra entraron en guerra y que, por supuesto, taché definitivamente de mi recetario, al descubrirse más adelante los horrores cometidos por los nazis. Pero lo cierto es que hace un par de días la he vuelto a ensayar. Me ha ayudado, a la hora de escribir estas líneas, a viajar

en el tiempo. El truco «magdalena de Proust», ese que logra que determinados sabores evoquen situaciones pretéritas y las reviva, trayéndolas hasta el presente, funciona siempre. Hasta cuando se trata de recetas facilitadas por sátrapas.

Por eso ahora puedo contarles que, un par de horas después de regresar a la ciudad tras nuestro paseo con Hitler, me pasé por casa de Unity, que estaba a media manzana de nuestro hotel. El anillo de compromiso de Oliver Watney me quemaba en el bolsillo. De buena gana me habría deshecho de él en la primera alcantarilla. Pero soy de la ecónoma escuela de Farve y sobre todo de Muv: los objetos valiosos no se tiran. Además, no sé dónde había leído que las joyas tienen tantas vidas y reencarnaciones como dueños. ¿Por qué no darle una segunda vida a aquella sortija?

—¡Divina! —sonrió Bobo cuando se la regalé. Si le sorprendió el regalo, no hizo preguntas, una actitud que, en el secreto lenguaje de nosotras, las Mitford, significaba: «No me expliques nada, me lo imagino, somos hermanas...». Se lo probó en el dedo anular y le quedaba pequeño, luego en el meñique, pero le bailaba.

—Qué pena, con lo que me gustan los granates y con la buena suerte que traen. —Yo no podía estar menos de acuerdo con semejante afirmación, pero no dije ni mu—. Buenísima suerte —continuó Unity, encantada—. Mira, ya sé lo que voy a hacer con ella. A Wolf[10] —Oh, Dios mío, ¿así llamaba mi hermana a Adolf Hitler? ¿Ya estaban en tales términos de amistad cercana, por no decir íntima?—. A *mein Wolf* —añadió— le chiflan los granates. Lógico y normal —rio—, somos almas gemelas. Se lo voy a regalar. ¿Qué te parece que tu anillo acabe en el meñique del hombre más poderoso de la tierra, Woman?

—Me parece de perlas —contesté, antes de cavilar con una sonrisa, que a veces la vida nos hace estos regalos imprevistos,

porque ¿dónde mejor podía acabar la sortija de un mentiroso y un manipulador que en el dedo de Adolf Hitler?

***

El resto de nuestra visita a la Alemania nazi culminó agradablemente. A que nada estropeara tal efecto ayudó, y no poco, que Muv prudentemente dejara a Decca y a Deborah fuera de aquel paseo en Mercedes con el Führer, y tampoco estuvieron presentes en un par de almuerzos posteriores que compartimos con él. Solo en una ocasión se complicaron las cosas, y fue cuando a Decca casi le da una apoplejía el último día, en el que, como despedida, Unity intentó que las pequeñas hicieran el saludo nazi ante el monumento en recuerdo a los muertos en el golpe de Estado que infructuosamente dio Hitler en 1923. «Antes muerta —fue el comentario de Decca—, y suerte tienes, Bobo, que no le haga a tu tan querido monumento una pedorreta. O peor aún, que me fotografíe con esta carta de Nancy que me acaba de llegar esta mañana desplegada a modo de pancarta projudía».

El contenido de la carta había hecho palidecer a Unity e incluso le tocó enjugar una gota de sudor frío. Resultó que Nancy le había escrito a Decca unas líneas en las que, para provocar unas risas, relataba cierto descubrimiento familiar muy interesante que, según dijo, acababa de hacer: una de nuestras bisabuelas, una adorable dama, muy respetada en la familia, de nombre Miriam Schiff, era judía de pura cepa. Y no solo eso. Tenía por lo menos tres hermanos rabinos. Pero no paraban ahí los descubrimientos. Por lo visto, tanto Jessica (Decca) como Debo (Deborah) llevaban esos bonitos nombres, en honor a dos de nuestras tías bisabuelas, devotísimas hijas del pueblo elegido... «¿Qué tal? ¿Cómo te quedas?», se carcajeaba Nancy antes de recomendar a Decca que se lo contase a

Bobo con pelos y señales para que supiera de dónde venimos. «Yo por mi parte —añadía—, estoy pensando en escribir directamente a Hitler para revelárselo, seguro que le encantará saberlo» (más risas).

***

No llegó la sangre al río. Decca desistió de usar la carta de Nancy como pancarta y Unity le perdonó que no saludara brazo en alto a los caídos en el *putsch* del año veintitrés. Tal como había ocurrido en el pasado —y volvería a ocurrir en años venideros—, por encima de las inclinaciones políticas de una y otra, prevaleció el gordiano nudo que enlazaba a dos hermanas tan unidas como ellas. Un lazo que jamás llegaría a romperse, ni siquiera más adelante, en medio de turbulencias bastante más penosas. Pero bueno, de momento estamos solo a mediados de 1935, Unity había logrado colarse en el círculo cercano de Hitler y los periódicos de Europa entera se hicieron eco de esta amistad. De la noche a la mañana, Bobo se convirtió en la mujer de la que más se hablaba. Y todo ello sucedió de la siguiente manera:

Ahora que se movía tan cerca del poder, los colaboradores más próximos a Hitler empezaron a preguntarse: ¿Pero quién es esta chica? ¿Por qué el Führer se expresa con tanta libertad delante de ella? ¿De qué hablan cuando están solos?

No tardó en trascender que Unity se sentaba a los pies de Hitler y, mientras él le acariciaba la cabeza, permitía que ella lo llamase mi lobo. Chocante, sí, pero los colaboradores conocían bien a su líder. En su vida, el sexo tenía una importancia relativa, por no decir nula. Así lo atestiguaba su noviazgo con Eva Braun. Una relación extraña, desigual. Porque ¿qué tenía que ver una dependienta de un estudio fotográfico con el hombre más poderoso de la tierra?, se decían sus

allegados. Nada en absoluto. De hecho, muchos sospechaban que, si Eva seguía contando con el favor del Führer era porque, además de sus escasas luces, era dócil. Jamás lo contradecía y se abstenía de hacer preguntas. Esta inglesa, en cambio, parecía tener más brío, más sangre en las venas. ¿Cómo había logrado ganarse su confianza? ¿Y si resultaba ser una espía?

Idénticas preguntas se hacía el MI6, el servicio secreto británico, que pronto encomendó a sus agentes en Múnich que la vigilaran y dieran cuenta de todos sus movimientos: adónde iba, con quién se relacionaba, quiénes eran sus allegados. ¿De verdad estaba tan cerca del Führer solo porque le había caído en gracia su desparpajo, por llamarse Valquiria y ser inglesa e hija de un lord? Parecía insólito, pero nunca se debía descartar el factor humano. Todo miembro del MI6 sabía que con frecuencia los poderosos se mueven por impulsos caprichosos, inverosímiles. Además, según pudieron comprobar, una vez dentro del círculo cercano de Hitler, Unity no se limitaba a sentarse a los pies del Führer y a dejarse acariciar paternalmente la cabeza mientras ella y su Wolf merendaban pastelillos de crema. Poco después de nuestra visita a Múnich, por ejemplo, trabó amistad con otras personalidades del régimen, como Julius Streicher, un hombre bajito, cuadrado, calvo y barrigón, de modales toscos que desde 1933 estaba al frente de un organismo cuyo nombre lo dice todo: el Comité de Defensa contra las Atrocidades del Pueblo Judío y su Boicot.

A los pocos días del regreso de mi familia a Inglaterra, aquel individuo, famoso por sus poses teatrales (solía caminar brazos en jarra e imitar los gestos de su Führer), invitó a Unity a un evento especial. Una multitudinaria fiesta pseudopagana con motivo del solsticio de verano, en la que Streicher aprovechó para lanzar una de sus diatribas contra los judíos. Una que resultaría el preludio de las

famosas Leyes de Núremberg, aprobadas dos meses más tarde, por las que se desposeía a los «malditos hijos de Israel de la ciudadanía alemana». Otra disposición que también entraría en vigor a partir de aquella fecha fue la que prohibía los matrimonios y las relaciones sexuales entre alemanes y judíos, leyes que sentarían las bases para la posterior persecución y aniquilación.

—Vamos —la animó Streicher aquella tarde de verano al verla rubia, tan aria, con su camisa negra adornada por una cruz gamada bañada en oro, reciente regalo del Führer y firmada por él. Para completar tan gallardo atuendo, Bobo había añadido unas gafas Persol negras e inescrutables, así como un par de guanteletes de cetrería—. Venga, niña —añadió Streicher a renglón seguido—. Sube conmigo al estrado. Tras festejar el apogeo del dios sol, toca trabajar por nuestra noble causa. Dirígete al pueblo, están deseando oí una voz como la tuya.

Unity se acercó al atril. Le sacaba a Streicher lo menos dos cabezas, así que, coqueto él, optó por encaramarse a una caja de jabón que, en previsión de este tipo de eventualidades, había por allí, mientras ella se dirigía al público.

—Amigos míos —comenzó—. ¡Afortunados vosotros! En mi país, Gran Bretaña, la gente no es consciente del peligro judío. Los judíos ingleses aparentan ser personas decentes, normales, como vosotros, como yo, o como el *partiegenosse*[11] Streicher, aquí presente... Pero, en realidad, son aún más malvados que los de otros países. ¡Libremos al mundo de ellos cuanto antes, pensad en todo lo que han hecho por empobrecer Alemania, cómo han intentado esquilmarla, arruinarla! ¡El planeta entero nos mira, camaradas, espera mucho de nosotros!

Una semana más tarde, Unity envió al periódico antisemita *Der Stürmer*, que dirigía su amigo Streicher, una carta al director en la

que ratificaba lo dicho de viva voz durante la fiesta del solsticio y acababa con estas palabras: «Le ruego reproduzcan mi nombre y apellido con todas sus letras. Que quede claro ante el mundo que Unity Mitford odia a los judíos»

Por si quedase alguna duda de cuáles eran sus sentimientos, en un fugaz viaje que realizó por aquellas mismas fechas a Inglaterra para visitar a la familia, Bobo dejó atónito a su anfitrión, sir Arthur Willart. Invitada a pasar un fin de semana en su casa, aprovechó que el resto de los presentes merendaban o jugaban al croquet, para practicar el tiro al blanco. Cuando sir Arthur, que era uno de los primeros espadas del pensamiento liberal inglés, le preguntó a qué venía tanto empeño balístico, respondió que «todo momento era bueno para entrenarse para matar judíos».

Huelga decir que, desde ese día, sir Arthur nos tachó de su lista de invitados a todos lo Mitford.

Estas y otras anécdotas hacían las delicias de las columnas de cotilleos e incluso merecieron un artículo en *The Times* que, bajo el título de «¿Quién es esa chica?», se preguntaba hasta dónde podía llegar la excentricidad de una señorita que debería estar buscando novio y/o bordando su ajuar.

Mientras tanto, Diana también acaparaba titulares. Su relación con Oswald Mosley se consolidaba y la Unión Británica de Fascistas estaba dando mucho que hablar en el terreno político. Ardorosos miembros de la UBF se dedicaban a «reventar» manifestaciones de comunistas, y las peleas entre facciones eran cada vez más violentas. A medida que pasaban los días, aumentaban los adeptos tanto de unos como de otros, lo que amenazaba con convertir el país en un polvorín. En este estado de cosas, Diana decidió viajar de nuevo a Alemania, esta vez con la misión de conseguir que los nazis financiaran una emisora de radio que emitiera en onda corta desde

Alemania para radioyentes en Gran Bretaña. Una ambiciosa iniciativa que desafiaba el monopolio radiofónico de la BBC. El plan era que, contrariamente a lo que ocurría con la BBC, que era un servicio público, la emisora de la UBF, al emitir desde fuera del país, pudiera contar con publicidad en sus programas y dichas ganancias sirvieran para reparar las maltrechas arcas del partido de Mosley. Antes de aquel segundo viaje, Diana encargó a Unity que hiciera un primer tanteo con el todopoderoso ministro de Propaganda, Joseph Goebbels. Estaba segura de que le encantaría el proyecto. A fin de cuentas, tener una emisora en lengua inglesa que propagara en Gran Bretaña la doctrina del Reich ayudaría mucho a expandir su influencia en el Reino Unido.

Cuando estaba a punto de partir, tuvo lugar otro hecho inesperado que hizo que las Mitford volvieran a ser noticia escandalosa. Un día, durante un tranquilo paseo por el parque, Diana se topó con una concentración organizada por el Consejo Antinazi Británico No Sectario. La encabezaba Clement Attlee, más adelante un muy célebre político, pero en aquel entonces apenas un joven dirigente laborista lleno de ímpetu. De hecho, era una de las aún escasas voces que clamaban en el desierto advirtiendo del peligro que suponía Adolf Hitler para el mundo libre. En su discurso callejero de aquella mañana, Attlee argumentó que era imprescindible que el Gobierno británico —que tan pusilánime y dubitativo se mostraba ante el Führer— abriese los ojos y viera lo que se avecinaba. Tras unos minutos de vibrante alocución, Attlee se dirigió directamente a aquel público entregado.

—¡Y ahora, amigos, es el momento de alzar la voz y pedir acción! ¿Quiénes de vosotros sois partidarios de un boicot a los productos alemanes y al señor Hitler?

Multitud de manos se alzaron apoyando la propuesta.

—¿Y quién está en contra? —prosiguió Attlee.

Una única pero decidida mano se levantó. La de Diana Mitford provocando la airada reacción de los presentes que comenzaron a rodearla.

Al día siguiente, al hacerse eco del altercado, los periódicos relatarían que parte de los presentes la abuchearon; otros directamente se rieron de ella. La crónica especificaba:

> La exseñora Guinness, que es una de las indomables hermanas Mitford, no contenta con dar que hablar por sus escandalosos amores, resulta que, impasible el ademán y ancha la sonrisa, replicó a los presentes que solo quería expresar su opinión como cualquier otro ciudadano. Parece que los ánimos se calmaron un tanto. ¿Pero qué pasó entonces? Que al entonar los presentes con la cabeza descubierta y en actitud respetuosa el «*God Save the King*», habitual como broche a este tipo de actos, a la señora Guinness no se le ocurrió mejor idea que unirse al coro haciendo, brazo el alto, el saludo fascista.

Dos días después, y dejando tras de sí una polvareda de comentarios no precisamente laudatorios, Diana partió sola en su autito Voisin rumbo a Alemania.

# 22

## Las dos damas de Hitler

Una vez en Alemania descubriría que no iba a ser tan sencillo conseguir para la UBF de su amado Mosley la emisora de onda corta que ambos ambicionaban. Diana no se atrevió a pedírselo directamente al Führer (cuando se veían, conversaban solo de cosas agradables y banales). En cuanto a Joseph Goebbels, con él sí habló, desplegando sus elegantes armas de seducción, pero lo encontró poco receptivo. Al todopoderoso ministro de Propaganda del régimen no le acababa de convencer la idea de permitir en su territorio una radio cuyo contenido no controlara él. Diana no se dio por vencida. En su viaje anterior había hecho buenas migas con Magda, la esposa de Goebbels, a la que Hitler tanto admiraba. Estaba convencida de que «la primera dama del Reich», como la llamaba el Führer, vería de inmediato las ventajas del proyecto y, con tan buena aliada de su parte, el proyecto saldría adelante. Había que confiar en las conexiones femeninas, siempre tan útiles.

Pero en esta ocasión fallaron, porque tanto Goebbels como Magda, su colaboradora y cómplice, tenían en aquel momento otras prioridades. Hitler había decidido, y los Goebbels apoyaban con entusiasmo la idea, convertir los Juegos Olímpicos de Berlín de 1936, para los que faltaban pocos meses, en los más deslumbrantes de la historia. Así, el mundo vería con sus propios ojos de qué era capaz un Reich destinado a durar mil años. La organización debía ser

perfecta, magistral, milimétrica. Pero era necesario pensar igualmente en la posteridad, por lo que la retrasmisión y grabación del multitudinario evento tenía que ser tanto o más brillante que el acto en sí.

Y para conseguirlo, Joseph Goebbels contaba con su arma secreta, Leni Riefenstahl, cineasta y fotógrafa, que ya había demostrado su extraordinario talento a la hora de captar y al mismo tiempo embellecer las multitudinarias concentraciones militares organizadas anualmente para exaltación del partido en los famosos *Reichsparteitag* en los que miles de personas se movían con una sincronía más propia de un ballet que de un desfile militar. En estos congresos, cuya participación se cifraba en cientos de miles de almas, Riefenstahl había inmortalizado tres enormes concentraciones a las que llamó *La victoria de la fe* (1933); *El triunfo de la voluntad* (1934); y *Día de la libertad: nuestras fuerzas armadas* (1935). Porque ¿quién mejor que ella había podido retransmitir la endiablada belleza de cien mil almas moviéndose al unísono, y luego cien mil brazos en alto mientras otras tantas gargantas atronaban el aire con un *Sieg Heil!*? Una exaltación cercana al paraíso o, según se mire, de un bellísimo infierno, eso es lo que conseguía con su cámara aquella mujer, bella, esbelta como una espingarda y atlética como una amazona, que fumaba como un camionero, incluso cámara en mano. Para Goebbels, Riefenstahl era una diosa y una maga. *Demasiado* diosa y *demasiado* maga, la verdad. Vaya lata era tener que lidiar con mujeres de talento. «A saber qué se cree esta», le había comentado Goebbels a Magda, y Magda estuvo de acuerdo. Pero, bueno, comentaron resignados, qué se le va hacer. El fin justifica los latazos, así que buena cara y paciencia infinita para con aquella Leonardo da Vinci del cinematógrafo.

***

Desde luego las directrices e imposiciones de Riefenstahl no resultarían fáciles de gestionar durante la organización de los Juegos Olímpicos de 1936, pero bien que valió la pena el esfuerzo. Gracias a ella, de ahí en adelante y para siempre, cualquiera que lo desee puede maravillarse al ver cómo fueron aquellas dos semanas de exaltación deportiva sin parangón, muestra, además, de cómo iba a ser el mundo cuando estuviera bajo el dominio del nacionalsocialismo, faro de la humanidad.

Con lo que no contaban los Goebbels, y menos aún el Führer, fue con que un tal Jesse Owens les estropeara la fiesta. Porque, vamos a ver, ¿en qué situación quedaba la supremacía de la raza aria después de que un nieto de esclavos, un maldito negro mugriento al que nunca debieron permitir que saliera de las plantaciones de algodón de su tierra natal, ganase en aquella Olimpiada, prodigio de organización y exaltación, nada menos que cuatro medallas de oro? Y no cuatro medallas cualquiera: la de 100 metros lisos, la de 200 metros, la de 4 x 100 relevos y, para colmo, también la de salto de longitud. Sencillamente era indignante. Impensable para alguien como Adolf Hitler que todo lo planeaba.

Unity estaba desolada con semejante contratiempo, y su Wolf más, de modo que, una vez consumado el fiasco, apenas hablaron del tal Owens. Y nada mencionó Bobo en sus cartas a la familia, que, por aquellas fechas del verano de 1936, se volvieron retóricas y ampulosas con mucho «Wolf dice» por aquí, «Wolf hace» por allá y «Wolf opina» por acullá..., pero sin ninguna anécdota de esas que retratan una situación, o dejan adivinar las pasiones de unos y de otros, sus miserias o sus grandezas.

Para obtener información de este tipo tuve que esperar a que llegara el mes de septiembre que fue cuando, como todos los años, se celebraba el *Reichsparteitag* o congreso del partido nazi. Entonces

sí, las cartas de mi hermana se volvieron más reveladoras y jugosas para una impenitente observadora de conductas humanas como soy yo.

Por lo visto, y según me escribió Bobo, después de que la Alemania nazi (con permiso de Jesse Owens) dejara al mundo deslumbrado con la organización de aquellos espectaculares Juegos Olímpicos, Hitler ansiaba que el congreso anual en Núremberg fuera igualmente memorable. Y desde luego lo fue, como bien puede comprobarse por las imágenes captadas, una vez más, por Leni Riefenstahl y que están ahí, en todas las hemerotecas, como ejemplo de pasión, disciplina y exaltación sin límites.

Pero no es de lo sucedido en aquella enorme explanada, con los cientos de miles de fieles desfilando en perfecta formación, en una de esas coreografías que sobrecogen y hielan la sangre, de lo que quiero hablarles ahora, sino de lo acontecido en las gradas, donde mirándose de reojo con recelo, poco antes de comenzar la hora de los discursos, dos mujeres aguardaban. Incluso se parecían bastante físicamente. Las dos eran rubias de melena ondulada, ojos azules, complexión atlética. Una era lo menos veinte centímetros más alta que la segunda, pero sentadas apenas se apreciaba la diferencia. En el atuendo sí que diferían. Mi hermana Unity vestía aquella mañana su sempiterno uniforme de camisa parda y falda a juego, con la esvástica chapada en oro regalo de Hitler prendida en lugar bien visible. Junto con este regalo, el Führer le había hecho un par de semanas atrás otro algo más desconcertante. Una pistola, una pequeña Walther muy femenina, con cachas de nácar calibre 6,35 milímetros, «... porque nunca se sabe cuándo una amiga como esta puede serte útil»; eso es lo que le había dicho su Wolf al entregársela.

Unity no la llevaba encima el día del *Reichsparteitag.* Para qué. La ocasión no lo requería. Se volvió entonces hacia su compañera de asiento intentando estudiarla mejor. Desde luego su Wolf no estaba siendo demasiado caballeroso aquella mañana. Mira que sentarla al lado de Eva Braun. Era la primera vez que coincidían, «... y espero que sea la última», se dijo Bobo al tiempo que la observaba con interés ornitológico ¿o sería coleopterológico? Muy vulgar —decretó —, deplorable su tinte de pelo, parece un avestruz despeluchada. ¿Y cómo se le ocurre ponerse ese vestido de campesina bávara (delantalito incluido), más propio de una merienda campestre que de un desfile triunfal? Qué falta de sentido de la ocasión tiene la pobre. Cualquiera que la viera la tomaría por una fabricante de quesos antes que por la novia del hombre más poderoso de la tierra.

Eva Braun también observaba a Unity. «Así que esta es la inglesa grandota que tanto está dando que hablar últimamente. Está claro que el nombre de Valquiria le va que ni pintado... Vaya piernas, parecen un par de columnas mal torneadas», pensó desdeñosa.

Erik Wildeman, el oficial al que Hitler había ordenado que acompañara a las damas, se revolvió incómodo. ¿Por qué su Führer hacía estas cosas? Con lo enorme que era el estrado de autoridades, ¿a qué venía lo de sentar a estas dos chicas una al lado de la otra? Cualquiera diría que le divertía enfrentarlas y ver cómo reaccionaban. Erik Wildeman, que era incondicional de Hitler, jamás se atrevería a comentarlo ni con su sombra, pero le parecía cruel. Sobre todo, después de lo ocurrido meses atrás cuando por segunda vez Eva Braun había intentado suicidarse. En esta ocasión con una sobredosis de somníferos. ¿Habría sido una treta para llamar la atención como cuando, en 1932, se disparó y falló el tiro? Mucha gente lo creía, pero no Erik. Él llevaba meses ocupándose de la

seguridad de la muchacha, y le había tomado cariño. Eva era como un animalito, uno no muy espabilado, es verdad, pero noble, fiel.

Después de que intentara envenenarse con aquellas pastillas, Hitler había cambiado su actitud con respecto a ella. Le regaló un apartamento de tres habitaciones en un barrio lujoso de Múnich para que viviese con su hermana y luego le hizo otro regalo que encantó a Eva: permitir que asumiera el papel de anfitriona en Berghof, la mansión que poseía en las montañas cerca de Berchtesgaden y en la que acostumbraba a reunirse con su círculo más cercano de colaboradores. Berghof se convirtió así en el reino de Eva. Podía recibir en él a su familia y dedicarse a sus actividades favoritas: la gimnasia y el cine, arte que aprendió como ayudante del fotógrafo de Hitler y que la llevaría no solo a conocer al Führer y a convertirse en su pareja, sino también, y con el correr del tiempo, en la persona que inmortalizaría tantos momentos de asueto de tan gran hombre...

Pero la mayor parte del tiempo él no estaba, y la muchacha pasaba horas con su hermana filmándose mutuamente: cómo se bañaban en el lago, cómo Eva hacía piruetas y bellas contorsiones... A Erik Wildeman le encantaba verla y más aún filmarla cuando ella se lo pedía; era tan alegre, tan pizpireta. ¿Se habría enamorado de Eva? ¡De ninguna manera! Qué ocurrencia. Él jamás se habría permitido el más ínfimo pensamiento impropio con respecto a la pareja de su Führer. Eva —a pesar de su nombre— era para él la mujer menos tentadora que podía existir. El máximo deseo de Erik era ser como su ídolo: un guerrero para quien el sexo fuera una pulsión secundaria. Se rumoreaba por ahí que Hitler se había mantenido virgen hasta los veinticuatro años dominando sus pasiones para que sus pasiones no lo dominaran él. Qué gran hombre. Erik sabía que nunca lograría llegar a tan heroica castidad, pero lo intentaba. Vaya si lo intentaba.

Por eso el Führer lo había elegido para que acompañara aquella tarde a las dos importantes damas. Pero Erik se preguntaba qué vería Hitler en esa inglesa tan alta que ahora mismo lo miraba como si él tuviera la culpa de tan desafortunada coincidencia. Vaya ojos, le recordaban a los de su antigua profesora de lengua cuando él se equivocaba con las declinaciones, fijos y taladrantes. «Uf, menos mal», se dijo al oír la fanfarria que anunciaba que el espectáculo estaba a punto de comenzar. En pocos segundos los *Sieg Heil!* y demás gritos patrióticos harían olvidar los tambores de guerra que redoblaban entre Eva y Unity.

También ellas sonrieron aliviadas. La situación no podía ser más incómoda y para colmo había que ver cómo las miraban las personas que tenían a su alrededor. Unos con curiosidad; casi todos con una mal disimulada sonrisa. Según me contaría más adelante Bobo, aquella fue la primera y única vez que coincidió con Eva Braun. En muchas ocasiones iría a tomar el té con el Führer en Berchtesgaden y otros enclaves en la montaña, pero nunca a Berghof. Allí, de manera indiscutible (y también fútil) reinaba Eva Braun.

# 23

## VERANO DE 1936, EL COMIENZO DE TANTAS COSAS

Mientras Bobo continuaba consolidando su amistad con el Führer, los seis últimos meses de 1936 traerían cambios sentimentales en la vida del resto de nosotras, en concreto dos bodas, un enamoramiento y un funeral. Funeral, sí, porque el matrimonio de Nancy y Peter agonizaba sin remisión. Pero empezaré por las bodas, y en concreto la mía. Después de mi desencanto con Oliver y con su anillo de granates, ahora en posesión de Hitler, yo había tomado la decisión de no casarme. ¿Para qué? Mucho mejor así. «El que no ama, no sufre», me decía. Además, y como tanto repetían mis hermanas, la única ambición de Woman era ser un caballo, trotar, galopar y vivir en el campo sin dar cuentas a nadie. Sí, todo eso me repetía y, sin embargo, a mis veintinueve años y contra todo pronóstico, encontré a alguien especial. «Vaya por Dios, un jockey», recalcó Decca al enterarse y era verdad. Derek Jackson era un consumado jinete, de hecho había corrido con éxito el Grand National el año anterior y adoraba los caballos tanto como yo. Era, además, uno de los científicos más prometedores del país y, al igual que su hermano gemelo, heredero de una considerable fortuna. Acababa de separarse de su mujer, y yo, a los pocos meses de conocerlo, decidí (dándole a Muv y a Farve otro disgusto mortal) mudarme a vivir con él hasta que le concedieran el divorcio.

—Mira tú, la mosquita muerta —me dijo Nancy al teléfono cuando la llamé para contárselo—. Para que te fíes de las aguas mansas: Pamela, la sensata, la que llevaba camino de convertirse en la tía solterona de la familia, rodeada de ponis y otros cuadrúpedos. ¿Cuándo pensabas contármelo, querida? Anda, vente a pasar un par de días conmigo. Desde que vivo en Siberia nadie me visita. —Siberia. Así llamaba ahora Nancy a lo que antes era para ella el paraíso, su casita, Rose Cottage, en Chiswick—. Descuida, estaremos solas, no tendrás que encontrarte con Peter para que te dé el turrazo perorando sobre las esclusas y canales de Gran Bretaña. Mi querido marido solo viene por aquí a dormir, y a veces ni eso. Como ves, la situación ideal. ¿Qué más puede pedir una novelista? Siempre quise estar casada con un fantasma.

***

¿En qué momento se dio cuenta Nancy de que su matrimonio había fracasado? ¿Fue poco a poco al comprobar que ya no era posible seguir mintiéndose a sí misma sobre la verdadera personalidad de Peter Rodd? ¿O fue de golpe al descubrir la enésima traición, la enésima desilusión? ¿Quién decía aquello de que el ser humano es el único animal que tropieza dos veces con la misma piedra y, paradójicamente, las personas inteligentes son las que más y más dolorosamente tropiezan? No lo recuerdo ahora, pero en el caso de Nancy el adagio se cumplía a rajatabla. Si Hamish Erskine, su primer novio, había sido un desastre, Peter Rodd estaba demostrando ser su versión más perfeccionada: más guapo, más irresponsable, más desastre aún que Hamish. Nancy buscaba siempre un aroma de aventura a su alrededor, y eso era, supongo, lo que le atraía de Peter. «Cristalización», así llamaba Stendhal, autor de *Rojo y negro* y uno de los escritores preferidos de mi hermana, la obnubilación que

ella había vivido con respecto a Peter. Un error que, en mayor o menor medida, todos cometemos y que consiste en enamorarse no de una persona, sino de los atributos que uno le supone y que casi nunca son reales. Stendhal comparaba el enamoramiento con lo que ocurre en una mina de sal si cae en ella un tronco viejo y feo, y acaba recamado de bellísimos cristales que lo convierten en un objeto deslumbrante cuando, en realidad, no es más que un leño. Un engaño, un espejismo, solo una falsa ilusión.

—En cambio tú, Woman, mírate, siempre has sido el colmo del sentido común —me dijo cuando fui a visitarla tres días más tarde—. Nunca pierdes la cabeza ni adornas con falsos cristales a quien no lo merece, claro que no. Y ahora, dime, ¿es cierto que tu Derek Jackson, aparte de ser un jinete consumado y un científico brillante, es rico por su casa? A eso es a lo que yo llamo no dar puntada sin hilo...

Me dolió el comentario. La lengua de mi hermana Nancy seguía siendo tan afilada e inmisericorde como cuando éramos niñas. Podría haberle dicho que yo no había buscado el amor, que más bien me encontró él a mí, y que no pensaba caer en ninguna «cristalización»; que a la gente hay que amarla tal cual es y no adornándola de virtudes de las que carece. En otras palabras, sin fabricarse en la cabeza una novela rosa y sin hacerse trampas en el solitario. Todo eso podía haberle dicho, pero preferí callar. Porque, tal como solía ocurrirle en sus momentos más oscuros, Nancy se había arreglado con especial esmero aquella tarde, signo de que la procesión iba por dentro. «Que la desgracia me encuentre con los labios pintados de rojo pasión y el pelo de peluquería», era una de sus frases favoritas y la cumplía a rajatabla. Aun así, yo sabía que no tardaría en bajar la guardia y contarme qué pasaba. Solo era cuestión de esperar sin hacer preguntas. Al fin y al cabo, Pamela, la tranquila, la aburrida, la

más callada que una tumba, siempre había sido su paño de lágrimas.

—Y lo más estúpido del caso —comenzó diciendo con un nudo en la garganta— es que lo sabía, Woman, siempre supe cómo era el hombre con el que me casé. —Sus ojos brillaban a punto de llorar. Nancy consideraba las lágrimas un síntoma de debilidad y rara vez se las permitía. Por eso, y recurriendo a la ironía —disolvente perfecto de lo que ella llamaba *sensiblebobería*s—, las enjugó con rabia antes de contarme las últimas andanzas del bello Peter Rodd —. Material para mis libros no me va a faltar, eso está claro.

»Mi querido marido es una fuente inagotable de inspiración literaria. Como sabes, andamos siempre a la cuarta pregunta. Peter está, una vez más, sin trabajo, y yo, con mis artículos y el poco dinero que hasta ahora dan los libros, me paso la vida haciendo malabares, no ya para llegar a fin de mes, sino al día 15 al menos. No me quejo, me encanta mi trabajo, pero me gustaría que Rodd fuese al menos *un poco* más sutil en su haraganería. Mientras yo voy de aquí para allá en autobús, le regateo al carnicero e hipnotizo al dueño del colmado para que me fíe una docena de huevos, él está a lo suyo.

—¿Y qué es lo suyo?

—Ya te lo puedes imaginar. Actividades tan relevantes como coleccionar excusas e intentar olvidar con borracheras, farras, apuestas de *turf* y de póquer que es un fracasado. Luego, el tiempo que estas actividades tan productivas le dejan libre lo emplea en empeñar las pocas joyas que me quedan para financiar sus gastos.

—Dios mío, Nancy, ¿y no puede recurrir a su padre? Sir Rennell Rodd, aparte de ser uno de los intelectuales más respetados de este país, es un hombre muy rico.

—Mi suegro, harto de él, le ha cortado los suministros por completo. Y sin embargo... —Aquí Nancy hizo una pausa para estudiar las volutas de humo de su cigarrillo como si dudara en continuar o no—. Y sin embargo —retomó al cabo de unos segundos —, resulta que de un par de meses a esta parte, empecé a notar que ya no me pedía tanto dinero como antes. Rarísimo, oye. Pensé que estaba recurriendo a un prestamista. No sería la primera vez, ¿sabes?, que intentan embargarnos los muebles por un impago. Pero el tiempo pasaba y él seguía manejando dinero sin que los acreedores nos acecharan, muy extraño. «¿De dónde ha salido esto?», le pregunté una tarde en que, para mi enorme sorpresa, al planchar su chaqueta de *tweed* favorita, encontré casi doscientas libras en un bolsillo interior. (Peter es tan desastrado que ni siquiera se toma la molestia de borrar sus huellas). «Mi padre de pronto se ha vuelto rumboso», me contestó con una carcajada. «¿Nunca te he hablado del punto débil del viejo? Verás, querida...». Aquel día —continuó relatándome Nancy—, Peter no había salido de casa porque estaba con gripe, pero a las seis de la tarde iba ya por el cuarto whisky, lo que le hacía estar muy locuaz. De no ser así, sospecho que nunca me lo habría contado.

—¿Contarte qué?

Nancy encendió otro cigarrillo. Un Player's, signo inequívoco de que sus finanzas estaban bajo mínimos. Pese a sus estrecheces crónicas, mi hermana rara vez economizaba ni en tabaco ni en comida. «Podrán embargarme la casa pero no mi polvera Helena Rubinstein ni mis chuletitas de cordero con salsa de menta de los jueves», era una de sus *boutades* favoritas.

—¿Recuerdas —dijo a continuación— que Peter siempre ha presumido de que su padre y Oscar Wilde fueron grandes amigos es su juventud? Bien, pues según parece, llegaron a ser algo más que

camaradas... Wilde escribió para Rennell un libro de poemas. «A mi amigo del alma», rezaba la dedicatoria que encabezaba el texto.

—¿Y qué tiene eso de raro?

—Nada, si no fuera porque, poco después de su publicación, a Wilde lo condenaron a dos años de trabajos forzados por «actos de grosera indecencia con hombres». Ya te puedes imaginar el pavor que se apoderó del muy honorable sir Rennell Rodd. Toda su ordenadísima y respetabilísima vida se podía venir abajo por culpa de aquellos pretéritos ardores... Incluso cabía la posibilidad de correr la misma suerte que su «amigo del alma», y acabar entre rejas. Por lo visto, y según me contó Peter, los versos eran más que explícitos. Afortunadamente, el librito de marras apenas se vendió después de que Wilde se convirtiera en un apestado social, y Rennell Rodd se apresuró a comprar todos los ejemplares que había en el mercado. Aun así, algunos quedaron por ahí, amenazando su buen nombre. Esa espada de Damocles pendía desde entonces sobre su cabeza. Por supuesto, Peter lo sabía y se aprovechó de la circunstancia. Consiguió hacerse con un ejemplar y desde entonces se ha dedicado a extorsionar a su padre con él.

—¿De qué manera? —pregunté sin comprender cómo un hijo podía hacer negocio con el pasado de su propio padre.

—Al más puro estilo Peter. A cada rato le venía con el cuento de que había encontrado en alguna librería de segunda mano un nuevo ejemplar y le reclamaba dinero para comprarlo y destruirlo, cuando, en realidad, se trataba de un único volumen del que llevaba viviendo desde hacía meses. «¿No te sientes orgullosa de mí, cielo? —me preguntó aquella tarde y entre risas—. Tú, que tanto me reprochas que no saque partido a mis dotes de negociante, ya ves...».

No supe qué responder, y Nancy encendió otro Player's.

—¿Quieres que te cuente más?

—¿Pero hay más?

—Más y mejor. ¿Conoces a los Sewell? No, claro, hace tiempo que no vienes por casa, y no te culpo, sé bien lo lejísimos de la civilización que queda Siberia —rio antes de añadir—: Pero, bueno, el caso es que Thomas Sewell y Peter se conocen desde la universidad, así que cuando un día reapareció en la vida de mi marido, me alegré. Thomas es la antítesis de Peter, un hombre cabal, trabajador, familiar, buena gente. Peter, naturalmente, tiene otro concepto de él: «Un plomo redomado, aburre a las ovejas», ese es su veredicto. Por eso, me extrañó que lo invitara a cada rato a casa a jugar al bridge, hasta que descubrí que no era Tom quien le interesa, sino Mary, su mujer.

—¡No me digas que los pillaste haciendo piececitos por debajo de la mesa en plena subasta para cuatro piques!

—Ojalá —rio nuevamente—. Donde los descubrí fue en mi bañera chapoteando entre mis mejores sales de Floris.

—Dios mío, Nancy —dije, poniéndome en pie para abrazarla, pero ella se deshizo de mi abrazo.

—Odio que la gente me compadezca. Solo se compadece a los perdedores y yo no lo soy —respondió, arisca, antes de proseguir—: Ni te imaginas, querida, lo ridículos que estaban los dos tortolitos envueltos en espuma y pompas de jabón. Esta es una situación que, mira tú, pienso guardarme en la memoria para un futuro libro. Ya sabes cómo son estas cosas, una escena de sexo puede ser sublime y divina cuando la vives como protagonista, pero, si te pillan *in fraganti*, lo sublime se convierte en ridículo y lo divino, en patético. Aún me estoy riendo de la pobre Mary, enjabonada hasta parecer una oveja.

—¿Y qué hiciste? O mejor dicho, ¿qué vas a hacer? Cuánto lo siento, Nancy, es terrible.

—Ya te he dicho que odio que me compadezcan, no lo merezco, ni lo necesito. Y la respuesta a tu pregunta es no, aún no sé qué voy a hacer. De momento, Peter está como un corderito. Incluso me ha comprado un regalo, un pañuelo de Hermès carísimo, con el dinero extorsionado a su padre, supongo. ¿No te parezco afortunada, Woman?

Así era Nancy. Se dedicaba a reírse hasta de su sombra y luego a lamerse a solas las heridas. La abracé. Esta vez no se resistió. Tampoco pudo evitar que sus ojos se llenaran de lágrimas al decir:

—Eres muy afortunada, Woman. Sin buscarlo, has encontrado cariño, templanza, sosiego... Me temo que es en esa clase de simplezas donde reside la verdadera felicidad, no en espejismos y fuegos fatuos como los que me gustan a mí. Estoy deseando que me presentes a tu Derek Jackson. ¿De veras que os conocisteis en un tren? No te pega nada. No eres de las que se dedican a hablar con desconocidos o van por ahí batiendo pestañas a ver si algún extraño alto, moreno y guapo les sonríe. Y, sin embargo, ya ves. Está claro que la suerte se las arregla siempre para que cada uno encuentre su destino. O digamos mejor que se las arregla *casi siempre* —rio amargamente al tiempo que, con el humo de su Player's, dibujaba en el aire un círculo incierto y deshilachado—. ¿Cuándo va a ser la boda? Espero que lo antes posible para que a Muv y Farve no les dé un síncope por tener a dos hijas —a ti y a Diana— viviendo en pecado con sus hombres. Aunque tengo entendido —añadió luego— que Diana tiene pensado pasar por la vicaría en breve. ¿No es así? Me lo chivó el otro día Evelyn Waugh. El pobre sigue tan enamorado como siempre de su bella Diana cazadora, a pesar de que se haya hecho fascista... ¿Sabes cuándo y dónde será la boda? No me dirige la palabra desde la publicación de mi novela sobre su amado Mosley

y sus secuaces. Una lástima, claro. Pero supongo que también esto pasará, todo pasa.

# 24

## GRACIAS, *MEIN FÜHRER*

Ajena a las tribulaciones de Nancy, Diana estaba radiante. Oswald Mosley y ella habían decidido dejar Londres e irse a vivir al campo. El dinero para ellos no era problema, Mosley lo tenía a raudales, y Wooton Lodge era una de las propiedades más bellas que recuerdo. Amplia y alegre, reinaba al borde de un lago en medio de un bosque de hayas centenarias. Y tenía una ventaja adicional. Estaba cerca de Manchester, ciudad de gran actividad industrial en la que Mosley y su Unión Británica de Fascistas contaban cada vez con más seguidores. Por otro lado, las circunstancias aconsejaban un cambio, el ambiente político en Londres se hacía más inflamable por momentos y Diana tenía miedo de que los comunistas, enemigos declarados de la UBF, la emprendieran a pedradas contra las ventanas, atemorizando a sus hijos que con seis y siete años pronto marcharían a Eton. Esa fue la razón también por la que, llegado el momento de casarse, decidieron que era preferible que la ceremonia se celebrara en secreto y lejos de Inglaterra, así evitaban aparecer en los periódicos por razones frívolas y no por la gran labor en pro de los obreros que, según Mosley, realizaba la UBF.

Fue así cómo se fraguó una de las bodas más originales de mi muy original familia. Lamento que no existan fotos de la ceremonia, que tuvo lugar en Berlín, pero me esforzaré en describirles lo ocurrido. Imagínense primero a la novia. A sus veintisiete años,

Diana se encontraba en el apogeo de esa legendaria belleza suya que no dejaba indiferente a nadie. Además, había logrado esquivar con éxito varios obstáculos entonces considerados insalvables, como el rechazo social, el ostracismo, la burla y demás infiernos con los que los biempensantes castigan a aquellos que se atreven a apartarse de la «recta senda».

Pero eso no era todo. Diana también había conseguido ganarle la batalla a un formidable fantasma: el de Cynthia Mosley, esposa perfecta, compañera abnegada y mujer locamente enamorada de su marido. Hasta tal punto que incluso tuvo la delicadeza de desaparecer de este mundo a los treinta y cuatro años de edad para que él pudiera casarse con otra... Sí, así había sido, pero incluso los fantasmas más generosos tienen su retranca. A veces se resisten a abandonar del todo este mundo y el espíritu de Cynthia había contado con una poderosa aliada. Su hermana Baba, que con tanto empeño había intentado arrancar a Mosley de los brazos de Diana acostándose con él... Amor, muerte, traición y escándalo, incesto incluso, de todo había habido en aquel embrollo que solo terminó cuando el marido de Baba descubrió lo que ocurría, y ella, que no estaba dispuesta a romper su matrimonio, puso fin a tan fraternales amoríos.

Y aquí tienen ustedes ahora a nuestra Diana cazadora, en una mañana del otoño berlinés, vestida con una túnica de seda amarilla y, como único adorno, un fino collar de diamantes, regalo del que acababa de convertirse en su marido. En cuanto al escenario, si bien aquello no era el Olimpo, se le parecía bastante. Si miramos a la izquierda, por ejemplo, allí estaba el todopoderoso Joseph Goebbels, ministro para la Ilustración Pública y Propaganda del Tercer Reich. Él y Magda, su mujer, al igual que Unity, acababan en ese momento de firmar en la alcaldía como testigos de la novia y se encontraban

ahora todos en la residencia privada de los Goebbels, cerca del Reichstag, una edificación austera por fuera, pero por dentro muy del gusto refinado de sus dueños, con salones amplios y bien iluminados que, poco a poco, se vieron enriquecidos por un buen número de obras de arte requisadas a los judíos. Cuadros, esculturas, bustos, bibelots y tesoros de todo tipo que, sin duda, lucían mucho más en su nuevo ambiente que en los hogares de esos «enemigos del pueblo», de aquellas malditas «ratas de cloaca» que llevaban siglos impidiendo la prosperidad del abnegado pueblo germánico. Si nos situamos ahora a la derecha, unos pasos más allá, cerca de la ventana y mirando distraídamente por ella, con las manos entrelazadas a su espalda y balanceándose ligeramente como era costumbre en él, podemos ver al Zeus del momento, Adolf Hitler, canciller de Alemania y, dentro de muy poco, dueño de casi toda Europa.

*«Ein glücklicher Mann»* —«un hombre afortunado»— fue el escueto comentario del Führer al felicitar al novio, y un mínimo rictus de desdén pareció dibujarse en su rostro al saludarle con una mano blanda. Un gesto del que solo Diana, que se encontraba a su derecha, se percató. Claramente no había química entre ellos dos. Desde el principio, Hitler se había mostrado frío con Mosley, mirándole, no a la cara, sino unos centímetros por encima del hombro como si mirara a través de él. Mosley, por su parte, minutos antes del encuentro, le había cuchicheado a Diana que el Führer tenía aspecto de ser un cabo chusquero vestido de elegante uniforme. «Qué contrariedad —caviló Diana, sonriendo más que nunca a unos y a otros—. Los hombres siempre tan competitivos, igual que niños de colegio, y si se trata de grandes hombres, más infantiles todavía». Pero, bueno, se sentía demasiado feliz como para

dejar que nada le estropeara aquel día tan importante en su vida. Ya se ocuparía ella más adelante de limar asperezas y allanar caminos.

En su opinión, Mosley y Hitler tenían tantos puntos en común que estaban condenados a entenderse. Porque, vamos a ver, ¿acaso no era Mosley, con su bizarro uniforme negro de la UBF, pelo engominado y ojos más destellantes que nunca, el mejor representante de las ideas fascistas? De hecho, era, cualquiera podía darse cuenta, la fiel encarnación de eso que los nazis llamaban «el hombre nuevo». Belleza, arrojo, autoridad, carisma... lo tenía todo. Por otro lado, Mosley acababa de vivir una jornada trascendental en su carrera política, una que sin duda redundaría tanto en beneficio suyo como en el de Hitler. Apenas unas horas antes de partir para Berlín había tenido lugar en el East End de Londres una marcha que se convertiría en histórica. Participaron en ella miles de partidarios con sus brillantes uniformes y llenos de ardor guerrero. Para reventarles el acto, los comunistas se prepararon para el choque. Habían levantado barricadas y, al grito de «¡No pasarán!» (expresión originada durante la batalla de Verdún, que pronto sería replicada primero por republicanos españoles y más tarde por antifascistas del mundo entero), aguardaron la llegada de las huestes de la UBF. La jornada amenazaba sangre, y la policía y Scotland Yard decidieron desplegar seis mil efectivos que se interpusieron entre un bando y otro. Aquel fue precisamente el momento elegido por Mosley para hacer su entrada en escena, y así lo hizo, con su aire de vencedor, con su uniforme impecable y sus botas relucientes.

Diana se dispuso a contarle al Führer el desenlace de lo ocurrido aquella tarde en el East End. «Este es el momento», se dijo y, cogiendo de la bandeja que le ofrecía un camarero dos copas de champán bien helado, fue a su encuentro. Hitler era abstemio, bien que lo sabía Diana, pero...

—Un día es un día, *mein Führer*. ¿Brindará por mí? —Y le dedicó su sonrisa más Mitford, es decir, una entre tímida y descarada—. Y también por mi marido, ¿verdad que sí? —añadió, enlazando su brazo en el de Mosley mientras él le dedicaba a Hitler una sonrisa aria y marcial.

Diana entonces había comenzado a relatarle a Hitler cómo su marido se las había arreglado para que policías y manifestantes de izquierdas se enzarzaran en una batalla campal mientras sus muchachos de la Unión Británica de Fascistas quedaban como los *pacifistas* de la jornada.

—¿Fue o no una estrategia brillante, *mein Führer*? Los periódicos ingleses no hablan de otra cosa más que de la victoria de la UBF.

Pero Hitler, que estaba al tanto de lo ocurrido en el East End (no en vano su red de información era la mejor de Europa), no se mostró impresionado. De hecho, se limitó a hacerle a Mosley un lánguido gesto con la mano, ese que solía regalar a las masas que se agolpan para admirarle, y luego, girándose hacia Diana, preguntó por Unity.

—Hablar con ustedes en inglés me resulta muy cansado. ¿Dónde está ella? Es una traductora impecable. Por cierto, amigo mío —preguntó, girándose ahora hacia Mosley—, ¿cuándo piensa usted aprender alemán? ¿No le parece que va siendo hora? En poco tiempo Europa entera hablará nuestro idioma, incluidos ustedes, los ingleses. —Mosley no supo qué responder. Optó por balancearse de punta a tacón en sus botas que brillaban más que nunca—. Ustedes los ingleses —repitió Hitler, mirándole directamente a los ojos— deberían ser más conscientes de cómo será el mundo que está por llegar y saber cuál es el bando ganador. Es muy simple en realidad. Los que no estén con nosotros estarán contra nosotros, ¿verdad, *mein Liebling*? —añadió dirigiéndose ahora a Unity, que se había

unido al grupo, y, algo inusual en ella, también parecía haberse quedado sin palabras.

Quizá aquella fuera la primera vez que Bobo intuyó lo dividido que llegaría a estar su corazón si Alemania y Gran Bretaña entraban en guerra. Ella adoraba a Hitler, era su héroe, su Wolf, pero amaba con igual pasión a su tierra. ¿Le tocaría un día elegir entre dos lealtades? Y si ambas naciones se convertían en enemigas, ¿qué iba a hacer? Y no solo ella. En una situación similar se encontraban Diana y Mosley, jefe de los fascistas británicos, que, como cada vez parecía más obvio, no gozaba de las simpatías de Hitler...

Un silencio espeso se apoderó de todos. El Führer se dedicó a mordisquear sin ganas un canapé de esturión ahumado; Unity a juguetear con la esvástica chapada en oro, regalo de su Wolf, mientras que Diana, desprovista por una vez en su vida de su talento mundano para salir de situaciones embarazosas, optó por dar un largo trago a su copa de champán. Mosley la imitó, solo que su trago fue atropellado.

—Yo... en fin... usted, *mein Führer*... —farfulló un par de veces, sin que pudiera saberse si lo que pretendía verbalizar era un reproche o una claudicación.

—Lo dicho —redundó Hitler—, ustedes, orgullosos primos hermanos de nuestro pueblo, sabrán qué les conviene.

El ambiente se enrarecía por segundos. El silencio incómodo dio paso a sonrisas congeladas hasta que Magda Goebbels, que justamente pasaba frente al grupo en ese instante, llegó al rescate. Y lo hizo bordando su papel de anfitriona consumada, toda amabilidad y palabras conciliadoras.

—No, no, *mein Führer*, muy mal. No debe usted acaparar de este modo a los recién casados. El resto de los presentes también quiere felicitarlos y desearles lo mejor, ¿verdad, Joseph? —preguntó,

volviéndose hacia su marido que, visto lo visto y oído lo oído, se precavía a la espera de que se desencadenase una tormenta. Una que, gracias a la «primera dama del Reich», no llegó a estallar—. Además, sir Oswald —continuó la dama, colgándose del brazo del marido de Diana—, haga usted el favor de venir conmigo, quiero *absolutamente* que conozca a mis hijos. A Harald, a Helga, Hildegard, y también a Helmut. Les va a impresionar muchísimo su uniforme. ¿Lo ha diseñado usted? ¡Es tan bizarro!

Mosley ni rechistó mientras su anfitriona lo conducía, parloteando de banalidades, camino de las habitaciones de los niños. Al contrario, estaba encantado de alejarse de la zona de conflicto.

—Qué interesantes nombres tienen sus hijos —comentó cuando los pequeños Goebbels, en germánica formación, se aprestaron a saludarle; los chicos entrechocando sus talones, las niñas con una pequeña reverencia—. Todos empiezan por Hache. Hache de Hitler —reparó él—. ¿Casualidad o devoción?

—Devoción, por supuesto, amigo mío —sonrió Magda—. Pero lo cierto es que todo empezó por pura casualidad. Joseph y yo caímos en la cuenta de que mi hijo mayor, de un matrimonio anterior, sabe usted, se llamaba Harald, y nos pareció todo un auspicio porque, en aquel entonces, Joseph y nuestro Führer luchaban ya codo con codo para sacar a este país de su marasmo, de modo que, al nacer nuestro primer hijo en común, continuamos con la tradición de la hache. Ya estamos pensando qué nombres ponerles a los que vengan más adelante, que espero sean dos o tres más, por lo menos. Somos muy niñeros, Joseph y yo —explicó encantadoramente la sonrisa del Reich—. Además, nuestro deber es dar ejemplo. Hacen falta muchos niños arios para hacer de este un mundo mejor. ¿Les gustan a ustedes los chiquitines, sir Oswald? Debemos cuidarlos, ¿no le parece? Son el futuro de nuestra raza. Por

cierto —añadió, cambiando de pronto de tema mientras les hacía señas a Harald, Helga, Hildegard y Helmut para que hicieran mutis por el foro, cosa que procedieron a hacer con admirable disciplina—, ahora que mencionamos a nuestra compartida raza aria, hace rato que me muero por preguntarle: ¿qué tal está el querido príncipe de Gales recién convertido en flamante rey de su país? Joseph dice que es un gran partidario de nuestra causa. ¡Su llegada al trono es una espléndida noticia! Como nuestro Führer no se cansa de proclamar, ustedes y nosotros somos naciones hermanas, una misma sangre, un mismo corazón...

***

Dejemos por un momento a Oswald Mosley y a la señora Goebbels y su ilustrativa conversación sobre el mundo que estaba por venir para explicar que en mayo de aquel mismo año de 1936, tan pródigo en acontecimientos, subió al trono David, príncipe de Gales, con el nombre de Eduardo VIII, y desde entonces, Gran Bretaña se encontraba dividida. Y no, no hablo ahora de la pugna de fascistas contra comunistas, cada vez más enconada y no pocas veces sangrienta, sino de otro foco de discrepancia bastante más frívolo, pero igualmente relevante desde un punto de vista político. Una división que bien puede resumirse en la siguiente pregunta que entonces muchos británicos se hacían unos a otros: ¿es usted proWallis o antiWallis?

Wallis Simpson era la americana dos veces divorciada que había logrado conquistar el corazón más codiciado por todas las solteras del país, el de David, príncipe de Gales, convertido ahora en rey de Gran Bretaña y emperador de la India. Antes de la ascensión al trono, y ahora con mayor motivo, la prensa británica había mantenido silencio respecto a lo que, para muchos, era un

incomprensible romance. Al fin y al cabo, la señora Simpson, aparte de dos veces divorciada, distaba de ser una belleza. De hecho, tenía un aspecto algo hombruno (equino, preferían llamarlo los más antiWallis). No era de extrañar, por tanto, que periódicos del mundo entero, incluidas publicaciones tan prestigiosas como la revista *Time*, se dejaran fascinar por un amor que amenazaba con socavar los cimientos de una institución tan acrisolada como la monarquía inglesa.

El caso era la comidilla del momento. Por eso era normal que Magda Goebbels se interesara por la noticia y quisiera saber más. En Inglaterra, en cambio, la prensa mantenía un respetuoso manto de silencio al respecto. Tampoco se hablaba del tema en según qué ambientes. En casa, por ejemplo, Farve y Muv, desde que se supo que el noviazgo iba en serio, prohibieron pronunciar siquiera la palabra «Wallis»: «¡Niñas, no debéis mencionar el nombre de esa horrible persona delante del servicio!».

Aún así todas sabíamos, como sabía también Magda Goebbels allá en Berlín, que el rey se negaba a renunciar a su amada y pretendía convertirla en su reina, postura que apoyaban facciones de la sociedad de lo más variopintas y distantes ideológicamente entre sí. Por un lado, jóvenes como Decca, la contestataria de nuestra familia, que acudió (sin mucho éxito, la verdad) a una insignificante manifestación convocada cerca de Buckingham Palace para protestar al grito de «¡Wallis sí, Baldwin no!», aludiendo a Stanley Baldwin, el primer ministro de aquel entonces e irredento antiwallisiano. Churchill, por su parte, y para escándalo de la bancada conservadora, defendió en la Cámara de los Comunes, con su habitual brío dialéctico, que los tiempos habían cambiado y que el divorcio era perfectamente legal en nuestro país, por lo que ¿qué importaba que la señora Simpson se convirtiera en reina consorte?

También la Unión Británica de Fascistas se había posicionado a favor, más por estrategia populista que por convicción, sobre todo en el caso de Oswald Mosley. A él, que el rey se casara con una divorciada le daba igual, pero no le daba igual que lo hiciese con *esa* divorciada. Según Oswald, había sido Wallis quien hizo saltar por los aires su romance con su cuñada. Edward Metcalfe, marido de Baba, era íntimo amigo de Eduardo VIII, y Wallis, para hacerse la indispensable (algo que, en opinión de Mosley, le encantaba), pensó que era conveniente informar al rey de la infidelidad de la que era víctima Metcalfe. «Tú sabrás como manejar la situación, querido, pero no es bueno que tu mejor amigo sea el cornudo más conspicuo de todo el país». Eso le había dicho la muy arpía acabando con una relación fraterno-amorosa que mucho le había ayudado a sobrellevar el dolor y su sentimiento de culpa tras la muerte de Cynthia. Una víbora, la tal Wallis. Pero, como es lógico, nada de esto le dijo a Magda Goebbels mientras regresaban de la zona de los niños al salón donde se encontraban Hitler y el resto de los invitados. En vez de eso, se dedicó a soltar un par de cautas obviedades al respecto:

—No, mi querida amiga, siento desilusionarla. La señora Simpson es encantadora, la conozco personalmente, sabe usted, y su historia puede parecer fascinante, muy en la línea de Cenicienta y su príncipe azul y todo eso, pero ella nunca se convertirá en reina de Inglaterra.

—¿Y cómo puede estar tan seguro?

Mosley sonrió, mundano.

—Pues porque, en mi país, los cuentos de hadas y sus «fueron felices y comieron perdices» van por un lado y el pragmatismo británico va por otro. Si nuestro rey se empeña en casarse con ella contra viento y marea, deberá abdicar. ¿Y sabe usted cuántos años hace que en nuestro país no se produce una abdicación? Unos

trescientos. Además, Su Majestad tiene gran sentido de Estado, como no puede ser de otro modo. Jamás antepondría su felicidad personal a la estabilidad de su país, es inimaginable.

—¿Inimaginable? —quiso asegurarse Magda Goebbels que, sin perjuicio de ser «la primera dama del Reich» y la reencarnación de la mujer aria que educaba a su prole con disciplina y mano de hierro, tenía su corazoncito rosa.

—Absolutamente. Puede usted estar segura. Renunciará a ella. Se lo digo yo.

***

Veintitantos días después de esta conversación entre Magda Goebbels y Mosley, el 10 de diciembre de 1936, para ser más precisos, Gran Bretaña entera aguardaba inquieta el importante comunicado que el Rey anunció haría en BBC Radio.

Recuerdo que aquel jueves me encontraba yo en casa de mis padres. También estaban Decca y Deborah y nuestro hermano Tom, recién llegado de Múnich, donde le había hecho una corta visita a Unity. Y recuerdo también sus reacciones durante la alocución.

«Tras una larga espera —comenzó Eduardo VIII con voz serena, pero llena de pausas que denotaban que la procesión iba por dentro —, puedo por fin hacer una breve declaración auténticamente personal...». Ante estas primeras palabras y a la espera de otras más reveladoras, soy capaz de evocar a Muv y a Farve, sentados muy al borde de sus asientos, con el cuerpo inclinado hacia el aparato de radio y mis hermanos en posición similar. «... No he pretendido ocultar nada, pero, por respeto a las leyes de nuestro país, hasta ahora me ha sido imposible hablar».

Al oír esto, Farve hizo rechinar preventivamente su dentadura postiza, Muv se mostró expectante, Tom y Deborah interesados,

mientras Decca, palmoteando, exclamaba: «Veis? Está clarísimo, ¡por una vez triunfará el amor!», a lo que todos reaccionaron con un: «¡¡¡Shhhh!!! Déjanos escuchar».

«Hace apenas unas horas —continuó el Rey, vocalizando más rápido, como si quisiera acabar cuanto antes con aquel mal trago—, cumplí mis últimas obligaciones como rey y emperador, y ahora he sido sucedido por mi hermano, el duque de York, de modo que mis primeras palabras han de ser de fidelidad hacia él». Conmoción general entre mis padres y hermanos, nuevo palmoteo alborozado de Decca, seguido de otro coro de «¡Shhhhh! ¡Callad! ¡A ver qué más dice!».

A medida que avanzaba en su alocución, las caras de mi familia se fueron volviendo uniformes. De pronto todos, incluida Decca, enmudecieron hasta llegar a la parte en la que el ya exrey afirmaba: «Podéis creerme si os digo que me ha resultado imposible soportar la pesada carga de la responsabilidad y desempeñar mis responsabilidades como rey en la forma en que me gustaría hacerlo sin la ayuda y el apoyo de la mujer que amo...».

Y a continuación, con un «¡Larga vida al rey!» dedicado a su hermano, se despidió dejando a Muv en lágrimas, a Farve echando espumarajos por la boca, a Tom, a Deborah y a mí compungidos, mientras que a Decca le dio por bailar con uno de los mastines de la casa cogido de las patas.

—¿Qué os dije? ¡El amor ha triunfado, ha triunfado!

—No digas bobadas —le recriminó Tom—. ¿No te parece que la situación de este país es lo suficientemente inflamable como para añadir más elementos de inestabilidad?

Pero Decca, bailando polka, ni lo escuchaba. Según ella, le daba igual, hacía años que había dejado de ser monárquica; no encajaba con su visión igualitaria del mundo.

# 25

## ANTES DE QUE ACABE EL AÑO

Comienzan, a partir de este momento y más concretamente hacia finales de aquel 1936 tan pródigo en acontecimientos, las peripecias de mi hermana Decca que son tanto o más novelescas que las de Diana e incluso que las de Unity. Pero, antes de hablar de ella, me gustaría comentar con ustedes qué hacíamos por aquel entonces los tres Mitford menos conspicuos de la familia, es decir, Deborah, Tom y yo misma. Deborah acababa de cumplir dieciséis años y se encontraba en esa edad indefinida en la que aún le gustaban los placeres infantiles como prensar flores o espulgar a su adorada perrita cocker. Y, sin embargo, al mismo tiempo, sus hormonas la hacían suspirar por todo hombre medianamente atractivo que estuviese a menos de una legua a la redonda, lo que, por esas fechas, se tradujo sucesivamente en: beber los vientos por el doctor Smith, médico de la familia; deshojar la margarita por Johnnie, el mozo de cuadras de una propiedad vecina y, por fin, cuando lo traje a casa para que conociera a la familia, a enamorarse platónicamente de Derek Jackson, mi futuro marido.

—¡No es justo! —se quejó al más puro estilo Decca, que en casa siempre fue la reina de los *noesjustooo*—. ¿Por qué Pam tiene *tanta* suerte? ¡Derek es un *sueño*! —afirmaba con los ojos en blanco.

Y, en efecto, lo era. Derek era paciente, empático, afable con todos. Seguro que Nancy, caústica siempre, habría dicho que le

faltaba chispa; Diana posiblemente objetaría que era un poco más bajo que yo; Unity casi seguro habría dicho que carecía de carisma, y Decca mencionaría que su padre era «asquerosamente capitalista». Pero era ideal para mí: estaba considerado uno de los científicos jóvenes más destacados del momento, hablaba poco y amaba los caballos tanto como yo. Por otra parte, ni él ni su hermano gemelo, Vivian, daban excesiva importancia al hecho de que algún día heredarían una enorme fortuna. Los dos tenían sólidas y brillantes carreras profesionales.

Algún biógrafo, de los muchos que han escrito sobre mi muy original familia, ha dicho que Deborah se desmayó cuando Derek y yo decidimos casarnos, pero no es cierto. Lo que sí es verdad es que se asombró, y no poco, al conocer mis planes para la ceremonia.

—¿De verdad que piensas casarte *así?* —comentó Debo cuando le conté que quería una boda pequeña, sin estridencias, por lo civil y con la asistencia solo de la familia más próxima.

—Cuanto más discreta, más bonita —intenté convencerla.

Pero Debo, que más de una vez había dicho que pensaba casarse con un duque y, a ser posible en la abadía de Westminster, no entendía nada. Menos aún cuando le dije que no pensaba hacerlo de blanco, sino con un traje de chaqueta azabache monísimo que tenía colgado en el armario y que venía que ni pintiparado para la ocasión. La idea era poder amortizarlo; me había salido bastante caro.

—¡Solo a ti se te ocurre, Woman! Ya sé que Derek es divorciado y no habrá iglesia, lirios, música de Mendelsshon ni nada de eso, pero ¿de veras te vas casar de negro como un cuervo? Trae malísima suerte...

***

No soy supersticiosa, nunca lo he sido, pero tengo que decir que Debo acertó. Nuestro matrimonio comenzó con todo menos con buenos augurios. La luna de miel consistió en un largo viaje por Europa. Siempre me ha encantado conducir; me relaja, me hace sentir libre, y nuestra idea era turnarnos Derek y yo al volante para recorrer el continente sin brújula ni calendario. No conseguimos llegar demasiado lejos. Cuando, cansados y felices, alcanzamos la ciudad de Viena, en el hotel en el que nos íbamos a hospedar nos aguardaba un telegrama. En él se nos comunicaba que el hermano gemelo de Derek, Vivian, acababa de morir en las montañas suizas en un accidente que segó su vida con apenas treinta años.

Una parte de Derek murió con Vivian. A partir de ese día, no volvió a ser el hombre encantador que nos había enamorado tanto a mí como a Deborah, con su ingenio y con sus chistes de científicos despistados que nos hacían reír y con los que lograba desmitificar su profesión, tan árida e inescrutable para nosotras. Sé que hizo un esfuerzo por sobreponerse, e intentar ser el que fue antes de que su hermano muriera, y a veces incluso lo conseguía, pero luego era presa de una apatía insomne, a la que se entregaba sin querer ver a nadie. Traté por todos los medios de compensar su pérdida, pero me temo que solo lo conseguí a medias.

Dicen que los gemelos tienen una extraña conexión, y cuando uno de ellos muere, el vivo adopta la forma de ser del otro. No sé si será cierto... Solo puedo decir que Derek un día era de una manera y al día siguiente de otra. En ocasiones, se mostraba como era antes del accidente, y entonces creía haberle recuperado, pero, al cabo de un tiempo, se comportaba de un modo que yo no llegaba a comprender. Sus gustos eran otros, incluso en cosas nimias como la comida; pasó de ser carnívoro declarado a odiar la carne y a comer solo frutas y hortalizas, o de oír música clásica a todas horas, a aborrecerla. Aun

así, y por fortuna, teníamos un territorio común que nos unía y nos hacía disfrutar de nuestra mutua compañía: los caballos, los perros, la vida al aire libre, y eso me tranquilizaba y me hacía creer que no lo había perdido del todo.

***

Mientras yo iniciaba con incierto pie mi vida de casada, Tom, nuestro único hermano, se dedicaba a complicarse la suya. O al menos eso pensaba Nanny Blor.

—¡Este chico! —suspiraba cada vez que *The Tatler*, o cualquier otra revista dedicada a acontecimientos sociales, publicaba una foto en la que aparecía Tom—. Que el resto de los hombres diga que nosotras, las mujeres, somos un enigma, pase. Pero él, ¡con seis hermanas!, debería saber latín al respecto y no dejarse engañar por cualquier tonta y falsa damisela en apuros. Mi pobre Branwell —continuaba lamentándose—, mira que dejar que se la dé con queso una chica así...

Branwell. De este modo se refería Nanny a Tom cuando quería tomarle el pelo en recuerdo del único varón en la familia de las archifamosas hermanas Brontë. Mientras sus hermanas se convirtieron en escritoras de renombre universal, el pobre Branwell quemó su vida sin llegar a nada. Muy injusto realmente comparar a Tom con Branwell, porque nuestro hermano no era bebedor ni malbarataba su vida en imposibles quimeras como sí hizo Brontë. Al contrario, después de graduarse con brillantes notas en Oxford, Tom cursó estudios en Berlín a finales de los años veinte, donde sí, es cierto (y bien que lo recalcan con fruición ciertos biógrafos de la familia), que llegó a entablar relación con algunos miembros del partido nazi. Pero todo aquello sucedió años antes de que Unity y Hitler se hicieran amigos. Tom tampoco comulgaba con las ideas de

Mosley y de la Unión Británica de Fascistas. A sus veintisiete años tenía una carrera prometedora por delante y, además, y créanme que no es amor de hermana, era el hombre más guapo del momento.

—Así que ya me contarás qué tiene en común con el pobre Branwell, aparte de ser el único chico entre un montón de hermanas —le comenté a Nanny Blor aquella tarde, y ella chasqueó la lengua impaciente.

—Te lo acabo de decir, querida. Crecer rodeado de mujeres es una gran escuela para un hombre, pero Tom no parece haber aprendido nada. ¡Mira que irse a enamorar de esa tal Tilly Losch! ¿Pero qué diablos puede haber visto en semejante damisela lánguida de boquita de piñón y pestañas falsas, en ese espárrago ambulante que tiene que pasar dos veces para hacer sombra?

—Es una bailarina de gran talento —argumenté—, incluso ha actuado con Fred Astaire y Balanchine.

—¡Bah! Supongo que esos dos serán franchutes —retrucó Nanny, que en esto de las nacionalidades era tan racista como Farve—. Además, es no sé cuántos años mayor que él, está casada y colecciona amantes como si fueran sellos. Dicen que su marido, riquísimo, claro (ella no da puntada sin hilo ni tampoco un *pas de chat* sin saber dónde caerá su lindo pie), decidió divorciarse de ella después de sorprenderla en brazos del príncipe Serge Obolensky, un tipo que será todo lo príncipe que tú quieras, pero que se dedica al negocio hotelero —censuró Nanny frunciendo la nariz—. Y después de esta campanada y de otras que prefiero no mencionar, ¿qué hace tu hermano? Seguirla como un perrito faldero allá donde baila, que si Viena, que si Berlín, que si Roma, que si París. ¡Un Branwell con todas las letras!

—Que yo sepa, el verdadero Branwell era bastante feo, prácticamente vivía en las peores tabernas de Haworth, en las que se dedicaba a empinar el codo hasta el amanecer, y murió célibe al poco de cumplir los treinta y uno —argumenté.

—Sí, sí, pero no sin antes perder la cabeza por una mujer casada que lo exprimió como un limón, quitándole el poco dinero que tenía, para luego abandonarlo en cuanto él contrajo tuberculosis. ¿Quieres que eso le ocurra a nuestro querido Tom? ¿Quieres que viva rápido y muera joven, guapo y desengañado?

Nanny era el colmo del sentido común, pero a veces cargaba las tintas. Sobre todo cuando le daba por trazar paralelismos dramáticos. Lo único que Branwell y Tom tenían en común era el número de hermanas. Y, en realidad, ni eso. Las Brontë fueron cinco y nosotras, seis.

—Me dan igual cinco hermanas que seis —porfió ella—. Son vidas paralelas Eso es lo que da miedo.

—Ya lo verás —le aseguré, descartando sus temores—. No va a pasar nada de lo que dices, eso de las vidas paralelas queda muy libresco, pero ninguna vida es igual a otra. Dentro de poco, Tom olvidará a la señora Losch. Y no sé por qué me da a mí que ella nos va a facilitar las cosas. Está claro que los prefiere ricos riquísimos y nuestro Tom es el hombre perfecto, pero le faltan unos cuantos millones para los caros gustos de la señora Losch, así que solo es cuestión de esperar a que todo caiga por su propio peso. Sin dramas, sin *Cumbres borrascosas*. Y cuando ese romance acabe, Tom no tardará ni dos días en sustituirla. Candidatas no creo que le falten. Al final, el tiempo pone todo en su sitio y a cada uno en su lugar.

# 26

## MUV COMETE UN ERROR DE CÁLCULO

A Muv, en cambio, quien le preocupaba en ese momento no era Tom (a los chicos siempre se les perdonan más sus errores y patinazos amorosos que a las chicas, esa era su teoría), sino Decca. Con Nancy, Diana y yo felizmente casadas (o al menos eso creía ella) y con Unity en Múnich perfeccionando su alemán (o eso prefería creer Muv, y también Farve), ahora llegaba el momento de encarrilar a la quinta de mis hermanas.

«¡Qué chica imposible!», me dijo un día por teléfono. Muv, que era ahorrativa en todo, intentaba evitar las «conferencias de larga distancia», como entonces se llamaban (aunque yo estaba en Londres y Muv en nuestra casa de Oxford a apenas unas sesenta millas). «Usar el teléfono —solía argumentar ella— es un dispendio absolutamente innecesario. Cuando quieras decirme algo urgente, cielo, mándame un telegrama, son mucho más baratos y no se va uno por las ramas, hablando del tiempo y bobadas así».

Pero algunas informaciones no caben en un telegrama, por mucho que una madre ahorrativa se empeñe, y, en aquella ocasión, no le había quedado más remedio que recurrir al teléfono. De ahí que, al menos al comienzo de nuestra conversación, Muv se expresara como un indio sioux evitando preposiciones y mutilando frases para que aquello no le saliera por un pico.

—¡Dios mío, es terrible! —suspiró, antes de añadir algo tan telegráficamente recortado que no entendí ni papa.

—Cuelga, que yo te llamo —le dije, preocupada. ¿Qué podía haber ocurrido? ¿Por qué sonaba tan angustiada? ¿Estaría bien Decca?

—Que si está bien... —resolló Muv en cuanto la llamé para restablecer la comunicación—. Espera que te cuente la última suya. ¿Te has fijado en lo *imposible* que se ha vuelto desde que «salió»?

«Salir» o *«to come out»* era el eufemismo que la sociedad de entonces usaba para describir el momento en que las jóvenes debutantes, tras hacer su presentación ante el rey, comenzaban a ir a fiestas y bailes con la sacrosanta misión de cazar marido. Ya he descrito capítulos atrás cómo fue la *salida* de Unity, con birle del papel de cartas en Buckingham incluido, así como sus bailes con la serpiente Enid enroscada al cuello para horror de sus *partenaires*. La *salida* de Decca también había tenido sus turbulencias. Después de empeñarse en asistir a uno de sus primeros bailes con la insignia de la hoz y el martillo en el escote (cosa que, por supuesto, Muv prohibió), se había dedicado a prender fuego a todas las invitaciones que llegaban convidándola a futuras fiestas.

—Sí, Decca siempre ha tenido algo de irreductible —tuve que reconocer—, pero dale tiempo. Ya se le pasará la vena guerrillera, es solo cuestión de esperar y asegurarse de que tiene a su alrededor ejemplos adecuados. Y el mejor ejemplo posible para Decca es Deborah, que es la sensatez personificada. Con ella, desde luego, no vas a tener problema cuando «salga». Le encanta la sociedad, los bailes, los tés elegantes, el croquet y hasta los sándwiches de pepino.

—Ya, ya —se impacientó Muv—, pero no es Deborah quien me preocupa, sino Decca. ¿Has oído hablar de Esmond Romilly?

Siempre que alguien me formulaba esta clase de pregunta, yo quedaba fatal. Mi nulo interés por eso que Farve llamaba la «gente como uno» hacía que no conociera a casi nadie y me hiciera un lío con tantos nombres, apellidos y árboles genealógicos como había que retener en la cabeza para estar al día. Pero en esta ocasión pude contestarle a Muv que sí. O que al menos había oído de él. Esmond Romilly era un primo segundo nuestro por el lado de los Churchill, y, según Nanny Blor, estaba dando bastante que hablar.

—Lo conozco, pero no sé mucho de él, y, la verdad, no le he prestado demasiada atención —respondí.

—Pues, en ese caso —apostilló Muv—, déjame que te ilustre. La primera vez que apareció esta perla en la prensa fue en el *Daily Mail* hace un par de años, cuando aún no había cumplido los dieciséis. Bajo el llamativo titular «Amenaza roja en los colegios más elitistas» y el subtítulo «Moscú intenta corromper a los hijos de los ricos», la noticia explicaba que dos sobrinos de Winston Churchill, Esmond y Giles Romilly, habían fundado un periódico clandestino de nombre *Out of Bounds* (*Fuera de los Límites*), que los alumnos de todos los internados más famosos del país leían a escondidas. En sus páginas —financiadas, como te imaginarás, con el dinero que sus padres y sus viejas e inocentes tías o madrinas les daban para que se comprasen libros y golosinas—, resulta que Esmond y Giles se dedicaban a lo que ellos llamaban «denuncias». O, lo que es lo mismo, a contar con pelos y señales, a cuál más escalofriantes, los escándalos, abusos sexuales y secretos a voces que, según ellos, tienen lugar en los colegios.

—En esa misma publicación, Esmond, que presume de ser más rojo que el Kremlin, se presentaba como adalid de las ideas progresistas contra las fuerzas reaccionarias. Contra el servicio militar obligatorio, por ejemplo, contra la clase política a la que

acusaba de los males de la sociedad en general y de la juventud en particular. Ya te puedes imaginar qué prenda. Pero espera, porque aún hay mucho más. Todo esto del pasquín escandaloso que fundó con su hermano ocurrió justo antes de que se fugase de su colegio y desapareciera una temporadita, con la policía de medio país movilizada tras su rastro. Hasta que dieron con él.

—¿Y entonces qué pasó?

—Nada, no pasó nada, porque la prima Nellie y el primo Bertram, sus padres, que son encantadores, pero no tienen ni la más pálida idea de lo que es disciplina y autoridad paterno-filial —censuró Muv —, retiraron la denuncia. Además, y para que veas cómo está el mundo, resultó que Esmond, junto a su hermano Giles, dos años mayor que él y que es otro que tal baila, recibieron días después un sustancioso cheque acompañado de la felicitación por la publicación de semejante panfleto difamatorio. ¿A que no sabes de quién? Pues de Bernard Shaw, Premio Nobel de Literatura y confeso admirador de Stalin y de la Unión Soviética. Ahí queda eso.

—Sí, bueno, pero no entiendo qué tiene que ver todo esto con Decca...

—Ya lo verás, pero antes es necesario que sepas más cosas de esa oveja negra, o mejor roja, que es tu primo segundo, Esmond Romilly. Resulta —continuó Muv con redoblado brío— que después del espaldarazo por parte de uno de los miembros más conspicuos del comunismo internacional, nuestro juvenil héroe, recién retornado al hogar como el hijo pródigo, pareció enmendarse, pero fue un espejismo. Apenas un par de semanas después, volvió a largarse reapareciendo por casa varios días más tarde, a las cuatro de la mañana, completamente borracho, en compañía de otros amigotes. Fue tal el escándalo que armaron que la madre, aterrorizada, llamó a la policía, que intervino como si se tratase de un allanamiento de

morada. Conclusión, y para hacerte el cuento corto, cielo, al día siguiente, ante el juez, la prima Nellie se declaró incapaz de controlar a su hijo, que acabó en un correccional. ¡Imagínate un muchacho de quince años e hijo de «gente como uno» encerrado con la flor y nata de la criminalidad! —se horrorizó Muv.

—Menudo embrollo. ¿Y qué sucedió luego? —me interesé.

—Al final, no tuvo más remedio que intervenir su tío Winston para que no acabara convertido en un delincuente juvenil —exageró ahora Muv con otro largo suspiro—. En resumen: el caso es que, gracias a Churchill, se acordó ponerlo bajo tutela legal de una parienta de los Romilly, Dorothy Allhusen, una viuda muy rica, y de mentalidad demasiado liberal para mi gusto, con la que Esmond mantenía buena relación. Dorothy, que también es prima de Farve, aquí nos conocemos todos, le abrió las puertas de su casa, y ¿qué crees que hizo Esmond entonces? Él y su hermano Giles aprovecharon aquellos meses de semirreclusión para escribir, a cuatro manos, un libro.

—Pues mira, eso me parece bien —me atreví a comentar—, por lo menos no desperdició el tiempo.

—No digas tonterías, Pamela, querida. ¿Llamas tú «no desperdiciar el tiempo» a perpetrar otro panfleto peor aún que aquel que le valió la felicitación de Bernard Shaw? ¡Un verdadero libelo en el que volvía sobre el tema de los abusos sexuales en colegios como Eton y Harrow! Fíjate tú qué horror, otra vez con eso. Y, como si todos los infundios que contó fueran pocos, dedicó un largo capítulo a relatar su «conversión» a la fe comunista a manos de una mujer muchísimo mayor que él. Como te imaginarás, el libro fue recibido con entusiasmo por la izquierda; en especial, por los periódicos más contrarios al Gobierno, que han llegado a llamar a Esmond «el nuevo Dickens» por su denuncia social, una que equiparaban a la que hizo

el autor de *Oliver Twist* en el siglo XIX. ¡Igual que Dickens, figúrate! La gente dice cada cosa... En fin. Todo esto que te cuento ocurrió hace un par de años, y resulta ahora que...

De pronto, una señal acústica interrumpió nuestra conversación y se pudo oír la voz de la señorita Marsch, la operadora de nuestro pueblo. Ella era una institución en Swinbrook. Estaba al tanto de la vida de todos sus habitantes (cómo no iba a estarlo si clavija va, clavija viene, tenía acceso a nuestras conversaciones más privadas...).

—¿Swinbrook 3463? *¿Aló* Swinbrook 3463? ¿Me escucha usted, señora Mitford? Buenas tardes, soy la señorita Marsch, solo quería advertirle de que su conferencia con Londres pasa de los veinte minutos y a partir de aquí se aplica tarifa doble —recitó con voz metálica y profesional.

—Ya lo sé, ¿le importaría dejarnos solas? —retrucó mi madre, y la señorita Marsch tosió ofendida.

—Yo no oigo conversaciones ajenas, señora mía, estoy ocupadísima. Solo es mi obligación avisarle cuando pasa del minutaje estándar al de doble tarifa. —Y colgó, pero no sin antes farfullar algo de lo que solo alcancé a entender «problemas de niñatos ricos», envuelta la frase en un censor carraspeo.

—¡Querida, qué cosas! —retomó Muv tras esta interrupción y sin que, al menos al parecer, le importase demasiado que la señorita Marsch pegara de nuevo la oreja; de todas formas era inevitable), y luego añadió ya de forma telegráfica algo así como—: Dorothy... España... la guerra allí... ¡debemos hacer algo!

Tuve que recordarle que no hacía falta que economizara palabras y que, a pesar de que acabábamos de pasar a la tarifa doble, Derek y yo pagaríamos con sumo gusto la llamada y, por tanto, podía explayarse todo lo que quisiera.

Así que, con fuerzas renovadas, Muv pasó a explicarme que Esmond Romilly, que tantos quebraderos de cabeza había dado a sus padres con fugas, publicaciones escandalosas e internamientos en un correccional, tras cumplir el tiempo que debía pasar bajo la tutela de la prima Dorothy, en el verano del año treinta y seis, es decir, hacía pocos meses, se había alistado para luchar contra las tropas del general Franco. Y añadió también que con dieciocho abriles recién cumplidos recorrió en bicicleta toda Francia y buena parte de España hasta llegar al frente de Madrid.

—¡Pobres Nellie y Bertram! —suspiró, al recordar a los atribulados padres del fugado—. Imagínate el disgusto. ¡Con ese tontaina imberbe en primera línea de fuego como quien juega a soldaditos! En una guerra como la española, que ni le va ni le viene, porque ya me contarás qué tiene que ver Esmond Romilly, que es más inglés que el *roast beef*, con Franco o con la República. Es desolador. Uno hace lo imposible por darles todo a los hijos, los educa, intenta hacer de ellos personas razonables, sensatas, y luego... mira lo que pasa... Es cierto que Nellie y Bertram, como padres, dejan mucho que desear. No tienen ni idea de lo que es disciplina y menos aún de lo que llaman «mano de hierro en guante de terciopelo», que por supuesto es la mejor forma de educar a los hijos... Claro que lo mismo podrían decir ellos de nosotros, de Farve y de mí, vistas las locuras de tus queridas hermanas...

Después de un contenido suspiro, Muv continuó:

—En fin, pero vamos a lo que verdaderamente me preocupa. El caso es que Esmond sigue en primera línea de fuego. O mejor dicho, seguía hasta hace un par de semanas cuando lo tuvieron que repatriar. Más muerto que vivo, además. Un grave caso de disentería, por lo visto. El *News Chronicle* publicó, no hace mucho, un artículo suyo escrito después de no sé qué cruenta batalla, en el

que contaba su experiencia. Según explicaba en él, de ciento veinte brigadistas que eran, quedaron solo treinta y siete, entre los cuales dos ingleses nada más, Romilly y otro compañero, que perdió una pierna. En su crónica habla de muerte y de dolor por todas partes... de ratas, de penurias, de mutilaciones y amputaciones sin más anestesia que un trago de coñac. El panorama que describe con su vocabulario de muchacho de dieciocho años es desgarrador.

—Pobre chico —lo compadecí—, un verdadero valiente.

—No digas tonterías, niña, un verdadero inconsciente, eso es lo que es. ¿O es que no has oído lo que cuenta BBC Radio en sus informativos? La situación de la mayoría de los brigadistas ingleses es desesperada. La desorganización y el caos reinan en sus filas debido a la absoluta falta de experiencia de los voluntarios. Muchos de ellos, poco más que niños como Romilly, van allá a jugarse la vida por puro romanticismo enfrentándose a un ejército poderosamente armado que cuenta con el apoyo de las aviaciones fascistas de Alemania e Italia. ¿Te das cuenta de la dimensión de la tragedia? Hay quien dice que lo que está pasando en España es el ensayo general de lo que ocurrirá más adelante en Europa: fascistas contra comunistas, una gran confrontación mundial, el fin del mundo tal como lo conocemos.

—Sí —admití yo—, Derek piensa lo mismo. Él es poco hablador, ya lo conoces, y el hecho de que como científico trabaje para el Gobierno lo vuelve aún más hermético. Pero lo conozco y sé leer entre líneas lo que comenta cuando habla por teléfono con algún compañero. Aunque sigo sin entender qué tiene que ver todo esto con Decca. No creerás que nuestra comunista de la hoz y el martini, como malvadamente la llama Nancy, está pensando en irse a España a luchar contra los fascistas, ¿verdad?

—No es que lo piense, lo sé.

—¿Cómo?

—Por la señorita Marsch, la telefonista.

—Desde luego, vaya privacidad que hay en nuestras conversaciones —ironicé—. Viva la discreción del servicio telefónico...

—Pues bendita sea en este caso —replicó Muv—. La señorita Marsch, que, como yo, es madre, se quedó horrorizada con lo que oyó.

—¿Qué oyó?

—Que Decca llamaba a la sede del Partido Comunista en Londres para preguntar si necesitaban guerrilleras para salvar a España de los fascistas. ¡Imagínate! Esas son las ideas que le pasan por la cabeza a tu hermana. Ahora me arrepiento de no haber controlado más sus lecturas; pensaba que lo suyo con la política era una pose, una tonta extravagancia para llamar la atención. Por suerte, y según me contó la señorita Marsch, resulta que su acento «Mitford» le jugó una mala pasada. La persona que atendió el teléfono —una chica muy joven de nombre Mabel y nada complaciente con los capitalistas y menos aún con las hijas de papá que hablan como si tuvieran una patata en la boca (esas fueron sus palabras)— le soltó que, si quería salvar a las fuerzas republicanas, hiciera una donación y que se dejara de jugar a «las batallitas».

Sonreí al imaginar las cuatro frescas que Decca le habría soltado a la camarada Mabel tras esta conversación.

—Pero bueno —argumenté—. Siendo así, el peligro está conjurado. Además, ¿cómo va a irse a la guerra una chica de diecinueve años y todavía menor de edad[12] , sin un chelín, además.

—¿No has oído hablar de sus «ahorros de fuga»?

Todos en casa sabíamos de los «ahorros de fuga» de Decca. Con doce o trece años anunció que comenzaba a juntar dinero para

largarse de casa y escapar así de la «oprobiosa opresión paterna y materna». Pero había llovido mucho desde entonces. Seguro que el dinero se lo había gastado en otras cosas, y así se lo dije a Muv.

—Puede, ojalá. Pero ahora ha ocurrido algo que me inquieta mucho. —Muv me contó que la semana anterior había recibido carta de Dorothy... Allhusen—. Sí, ya sabes, esa prima de los Churchill y de Farve que te acabo de mencionar y a la que tanto le gusta rodearse de gente joven. Me escribió para decirme que estaba organizando un fin de semana en su casa de Sheffield y que le gustaría invitar a Decca. En un principio me pareció una idea estupenda. Son muchas las personas, en especial mujeres solas como Dorothy, las que organizan este tipo de reuniones para que chicos y chicas se conozcan. El celestineo es toda una vocación y muy apreciada, además —sonrió Muv—. Por supuesto, me las arreglé para preguntar discretamente quién iba, y me contó que serían solo ella y los hijos de unos amigos suyos de Connecticut. «El otro día —me explicó—, estuve hablando con Decca en la fiesta de los Wright y me dio la impresión de que es de esas debutantes, ¿cómo decirlo?, "difíciles". Por eso se me ocurrió que le vendrá bien conocer a chicos de otros países, savia nueva», argumentó la prima Dorothy.

»Como comprenderás, me abstuve de contarle a Dorothy lo difícil que se ha vuelto Decca. ¿Para qué? Tampoco tengo tanta confianza con ella. Le solté más bien una de esas frases ambiguas que no comprometen a nada, y Dorothy continuó explicando que sus invitados eran dos hermanos jóvenes y deportistas, y guapísimos, además. «Seguro que a Decca le divierten —siguió tratando de convencerme—, incluso es posible que la inviten a pasar un par de semanas con ellos en Massachusetts; la familia tiene una casa maravillosa en Martha's Vineyard. ¿Qué te parece?».

—Es una invitación muy atrayente, Muv. ¿Qué le respondiste?

—Le dije que me parecía estupendo, claro —admitió mi madre—. Fíjate qué casualidad: justamente por estos días andaba yo haciendo cuentas para ver cuánto me podía salir un viaje con tus dos hermanas pequeñas para que a Decca se le quitaran tantos pájaros marxistas de la cabeza, y uno de mis planes era visitar la Costa Este de los Estados Unidos. Tu padre ha tenido suerte en la bolsa últimamente y hay que aprovechar que hay algo de dinero en caja antes de que se meta en a saber qué otro negocio catastrófico.

»Total y resumiendo, querida, antes de que la inexorable señorita Marsch vuelva a irrumpir en nuestra conversación para advertir que nos sube la tarifa al triple, te contaré que Decca salió esta misma mañana hacia casa de la prima Dorothy con sus vestidos de noche más capitalistas y antisoviéticos en la maleta para conocer a esos chicos americanos que suenan tan encantadores, cuando, de pronto...

Aquí Muv hizo una pausa dejándome en suspenso.

—¿De pronto qué? —la animé yo, intrigada.

Y entonces Muv, tras un suspiro, confesó, al fin, el verdadero motivo de aquella larga llamada:

—Dios mío, Pam, *tienes* que ayudarme. ¡Todo ha salido al revés!

Explicó entonces que, al llamar a casa de la tía Dorothy para avisar de que el tren de Decca llevaba cuarenta y cinco minutos de retraso, esta le había comentado que estaba muy contenta, porque acababa de recibir un telegrama de Esmond Romilly.

«Sí, querida —le había dicho a Muv la tía Dorothy, encantada de la vida—. Fíjate qué buena noticia. Parece ser que ya está mucho mejor de la disentería que contrajo en España y ha prometido bajar a Sheffield mañana a darme un beso y pasar con nosotros el fin de semana. Como sabes, estuvo a punto de morir luchando contra los

fascistas. ¡Es tan buen muchacho y tan valiente además...! Cuando se lo he dicho a Mark y a Sean, mis huéspedes americanos, se pusieron muy contentos: ¡un héroe de novela, mi pequeño Esmond!».

—Así que, en suma —reanudó Muv su relato, y su voz adquirió entonces el tono severo de cuando, en nuestra infancia, nos obligaba a comernos de desayuno las espinacas frías que habíamos dejado la noche anterior—, he cometido un terrible error de cálculo y ahora te toca a ti arreglar la situación.

—¿A mí? —repetí, alarmada.

—Sí, a ti, eres la única sensata de tus hermanas. ¿Te imaginas lo que puede pasar si Decca llega a conocer a la oveja roja de la familia? No hace falta tener demasiada intuición maternal para darse cuenta de que la suma de esos dos equivale... a desastre.

Suspiré. En mi familia siempre me tocaban este tipo de embolados. Pam, la vigía, la carabina; Pam, la amortiguadora de calamidades... Pero, en este caso, ¿qué podía hacer yo? La suerte estaba echada, Decca y Esmond estarían ahora mismo compartiendo cócteles con tía Dorothy y sus amigos de Massachusetts.

Así se lo dije a Muv que, por supuesto, ni escuchó mis objeciones, de modo que ya pueden ustedes adivinar lo ocurrido a continuación: aquella misma tarde estaba yo en un tren camino de Sheffield para salvar a mi hermana del Peligro Rojo.

***

Dicho peligro resultó ser un muchacho, lampiño aún, algo más bajo de lo que yo me esperaba, de ojos penetrantes y pestañas largas y suaves.

—Pam, querida —me saludó tía Dorothy cuando, a las seis de la tarde y después de cambiarme a toda prisa y ponerme un vestidito

azul sencillo, que me pareció tan adecuado como poco llamativo, aparecí jadeante en el saloncito donde ya estaban reunidos todos para el aperitivo—. Qué suerte que hayas podido venir tú también. Cuantos más seamos, más divertido. ¿Conoces a Mark y a Sean? —añadió, presentándome a dos hermanos altos, cuajados de pecas y con el aire formal y a la vez sanote de quienes se dedican a hincar codos los días laborables y luego se dejan la piel (y algún que otro menisco) en los campos de fútbol americano los fines de semana.

Minutos más tarde, y ya con un reconfortante vaso de naranjada levemente festoneado de ginebra para no quedar como una abstemia aburrida, me acerqué a Decca.

—Woman —masculló entre dientes, pero sin perder su mejor y más deslumbrante sonrisa social—, que sepas que te odio. —Era el típico arranque de mi hermana Decca. No había tardado ni dos segundos en darse cuenta de que, si estaba allí, era como enviada de Muv en mi, ya inveterado, rol de carabina de la familia—. Y que sepas también que llegas tarde —añadió con otra sonrisa igual de centellante—. Ya adoraba a Esmond antes de conocerle por lo que de él contaban los periódicos y ahora mucho más. Lo único que vas a conseguir con esta visita tuya es que no te cuente nada de nada. Ten hermanas para esto...

***

Cumplió su palabra. Nada me contó. En apariencia, y por lo que pude observar (y así se lo dije a Muv por teléfono para intentar tranquilizarla), daba la impresión de que su interés, al menos de momento, se centraba no tanto en Romilly como en Mark, el menos descolorido de los dos hermanos de Massachusetts. A Mark se le veía encantado con Decca, no dejaba de mirarla, y se empeñó en enseñarle a jugar al trial, un aburridísimo juego de cartas al que se

sumó también la Amenaza Roja. También tía Dorothy y yo nos apuntamos a la partida. Partida que se repitió al día siguiente, porque aquel fin de semana estalló una tormenta de viento y lluvia racheada que nos mantuvo a todos en casa y alrededor del fuego. Más adelante, y con la distancia que da el paso de los años, he podido comprender que Decca me hizo un gran favor al no compartir conmigo sus sentimientos de aquel fin de semana, porque así no necesité mentirle a Muv con respecto a lo que vi. Que, en realidad, fue poco en una estadía pasada por agua que me pareció tediosa y sin acontecimientos visibles. Pero eso no quiere decir que no se produjeran. He aquí el relato de todo lo que *realmente* ocurrió entre Decca y Esmond, y que yo no vi. O mejor dicho, deliberadamente preferí ignorar, porque nunca me ha gustado mi papel de gendarme de mis hermanas.

# 27

## DECCA CAMBIA SU TRAJE DE DEBUTANTE POR EL DE MILICIANA

Lo cierto es que Decca se había llevado la sorpresa de su vida al enterarse por tía Dorothy de que Esmond Romilly, muy recuperado de su disentería, iba a ser uno de los invitados del fin de semana y que se uniría al grupo a la hora de cenar. Muchos años más tarde, en sus memorias, ella misma relató lo ocurrido aquellos días y lo hizo así:

«Estaba tan nerviosa que sudaba por todos los poros a pesar del frío reinante. Había cometido el error de ponerme un maravilloso traje de lamé malva. Uno de los más bonitos que Muv me había comprado con vistas a la larguísima temporada de fiestas, cenas, bailes y demás aburrimientos que tenía por delante, después de mi puesta de largo. Con su espalda al aire y sus destellos rojos y azulados me sentaba como un guante. Pero el problema fue que, al sudar, comenzó a despedir un nada sexi olor a hojalata del que no me percaté hasta que entré en la salita, en la que se encontraban ya todos reunidos. El contratiempo me dio igual en el caso de Mark y su hermano Sean, que no eran mi tipo en absoluto. Pero ¿y el primo Esmond? Qué situación. Para darme ánimos, acepté rápidamente la copa de jerez que me ofrecía tía Dorothy, eché un vistazo en derredor, y sí, a unas cuantas yardas junto a la ventana, estaba él. Tragando saliva deseé fervientemente que la mano que extendí para

saludarle no estuviera demasiado húmeda. Dios mío, el jerez bailoteaba en mi copa, delatándome.

»—¿Cómo estás? Encantada de conocerte...

»Una vez hechas las presentaciones, preferí charlar con uno de los americanos mientras espiaba a Esmond por el rabillo del ojo. La disentería no perdona y estaba en los huesos. Se notaba especialmente en la holgura del cuello de su camisa y en unas ojeras que, lejos de afearlo, lo hacían parecer lánguido, fascinante. Los americanos le pidieron que contara algo de la guerra de España, pero él logró zafarse diciendo que el horror no se cuenta, se vive, y que todo estaba demasiado reciente y era demasiado doloroso como para convertirlo en palabrería social con un cóctel en la mano. Una vez que pasamos a la mesa, comprobé encantada que tía Dorothy, Dios la bendiga, me había sentado al lado de Esmond. Pero lo tenía a mi izquierda, así que, por esa tonta ley no escrita que rige en Inglaterra en los actos sociales, no pude hablar con él hasta el segundo plato. Cuando por fin llegó el momento, me lancé sin más preámbulo.

»—¿Tienes previsto volver a España? —le pregunté.

»—Sí, creo que me iré dentro de una semana, más o menos.

»No podía andarme con rodeos, era ahora o nunca. Sintiéndome como una saltadora de trampolín a punto de zambullirme desde gran altura en aguas desconocidas, bajé la voz hasta casi un susurro para decir:

»—Bueno, yo me preguntaba si podrías llevarme contigo...

»—Sí, podría —me contestó, mirando a su alrededor para comprobar si alguien estaba pendiente de nuestra conversación—, pero no hablemos de eso ahora.

»Yo no podía creer lo que estaba oyendo, ¿así de fácil iba a ser? Era como si Esmond Romilly estuviera esperando mi pregunta, como

decíamos entonces, *too too divine*, ¡absolutamente maravilloso! Más adelante me enteraría de que Giles, su hermano, que sabía de mis intentos de ir a España y de mi infructuosa llamada a la sede del Partido Comunista de Londres para enrolarme como miliciana, le había hablado de mí. Desde entonces, Esmond, con el entusiasmo que en él solían despertar los fugitivos, había estado pensando en posibles maneras de ayudarme. También me enteré —me lo contó el propio Esmond más adelante—, que, cuando supo que esa prima suya desconocida que decía ser comunista deseaba irse a la guerra, se propuso conocerla. Por eso, dispuesto como siempre estaba a arrastrar a otros jóvenes a una vida de aventuras, le pidió a la prima Dorothy que me invitara aquel fin de semana, por lo que nuestro encuentro fue todo menos fortuito».

***

«Según pude comprobar aquella noche —continúa relatando Decca en sus memorias— la tía Dorothy trataba a Esmond como una madre cariñosa trataría a un niño travieso. Él le seguía la corriente, y no tardaron en intercambiar bromas. Esmond le habló del mugriento estado en que su vieja nanny, espantada, había encontrado sus camisas y no digamos sus calcetines al deshacerle la maleta y luego, ya en los postres, se preguntó entre risas si su pobre estómago toleraría las enormes cantidades de *pudding* de jengibre que pensaba engullir.

»Después de la cena, tía Dorothy le insistió para que contara sus experiencias en el frente, pero a Esmond le interesaba más hablar de la, para él, terriblemente tibia posición de Inglaterra respecto a lo que estaban haciendo los fascistas en España y de lo peligroso que era no tomar partido. Hablaba con pasión, pero sin levantar la voz ni

hacer alarde. Se negaba a que lo presentaran como una "celebridad social" o presumir en modo alguno de sus hazañas.

»Los americanos estaban impresionadísimos con él. Yo me contentaba con arrellanarme en mi butaca y escuchar, porque mi objetivo de toda la vida estaba a punto de cumplirse. "Más adelante hablaremos" —me había dicho. Seguramente sería al día siguiente, cuando pudiéramos hacerlo a solas. En ningún momento me inquietó que Esmond fuese a cambiar de opinión ni que alguien pudiera impedir nuestra fuga».

***

Todo esto contó Decca en sus memorias. También que, paralizada por la emoción y la expectativa, aquella mañana despertó mucho antes de las siete. Tuvo por tanto que aguardar a que fueran las nueve, que era la hora prevista para el desayuno, y allí estaba Esmond, esperándola con un plato de huevos con salchichas en la mano.

—Hablaremos de planes luego, dando un paseo —le dijo con un guiño.

Por suerte, el tiempo había cambiado. O al menos no llovía tanto como la víspera. Uno de los americanos intentó apuntarse al paseo con un jovial: «Voy con vosotros; los ingleses, aunque caigan chuzos de punta, salen a tomar el aire, ¿no es así?».

—Mejor te vemos luego, no sea que pesques uno de nuestros muy británicos catarros —atajó Esmond, sin darle posibilidad de que los acompañara.

Una vez fuera y con el barro que les llegaba casi por la pantorrilla, comenzaron su paseo. El tiempo no podía ser más inclemente, pero en Inglaterra eso no importa, uno se abriga bien y cumple con el ritual de la vida campestre. Esmond hablaba rápido, con la cabeza

inclinada para protegerse del viento mientras iba desgranando el futuro plan de fuga. Le explicó a Decca que el *News Chronicle*, el mismo periódico que había publicado sus crónicas del frente, le había ofrecido un adelanto de diez libras (una cantidad más que aceptable entonces) para que regresara a España como su corresponsal.

—Y tú podrías venir como mi secretaria —le propuso.

—Pero no sé escribir a máquina —respondió Decca, acordándose, y no precisamente con cariño, de todo el tiempo que había pasado en casa de Muv y Farve sin hacer nada. Podía haber aprendido algo útil, pero, claro, teclear en una máquina tampoco era «de señoritas» y Farve lo habría prohibido.

Para su alivio, Esmond le aseguró que no importaba, porque él tenía por costumbre mecanografiar sus propios textos. Decca entonces le habló de sus «ahorros de fuga». Le contó que ascendían a cincuenta libras, y a Esmond se le iluminó la cara.

***

Las semanas que siguieron a nuestra estancia en casa de tía Dorothy fueron complicadas para Decca. Ya sabía lo que iba a hacer, pero ahora tenía que pasar a la acción y poner en marcha lo que ella llamaba el plan de fuga. De regreso a casa, solo comentó, así como de pasada y sin darle importancia, que había conocido a Esmond. Pero se explayó mucho más al hablar de Mark y Sean, los hermanos de Massachusetts. «Ni te imaginas, Muv, lo simpáticos que son, y encima guapos. Me han invitado a pasar unos días en su casa de Martha's Vineyard. Podríamos ir el verano que viene Deborah, tú y yo, ¿qué te parece?».

Muv celebró la propuesta. Encajaba que ni pintada con sus planes de realizar un largo viaje las tres. De hecho, ya tenía fijada fecha.

Sería en seis o siete semanas, y recorrerían no solo Estados Unidos, sino también otros países; México, por ejemplo, o incluso algún enclave del Caribe. Decca fingió entusiasmarse con la idea, pero mientras tanto continuaba con sus planes de huir a España con Esmond. Su mayor dificultad era pergeñar un subterfugio que hiciera que sus padres tardaran en descubrir que había abandonado Gran Bretaña. Uno que le permitiera atravesar toda Francia y llegar a la Península ibérica sin que se pusiera en marcha un operativo policial que la obligara, como menor de edad que era, a regresar.

Por fin se le ocurrió una idea salvadora. Encerrada en su habitación, se dedicó a imitar la letra de dos de sus amigas. Las gemelas Paget habían debutado en sociedad al mismo tiempo que ella y se carteaban con frecuencia. Por eso, Decca sabía que tenían pensado pasar una larga temporada en el Continente con sus padres. ¿No era la tapadera perfecta? Lo único que Decca tenía que hacer era inventarse que las Paget la habían convidado a pasar una semana con ellas en casa de una vieja tía, en Dieppe, por ejemplo. De modo que se puso manos a la obra. Fingió recibir una carta de sus amigas (perfectamente falsificada por ella misma) y, misiva en mano, se fue a ver a Muv.

—Por favor, por favor, ¡tengo *tantas* ganas de ir! Tú siempre estás insistiendo en que tenga amigas, en que haga planes...

Muv, atareada con los preparativos de su viaje con Debo y ella, leyó deprisa la supuesta carta de las Paget.

—Mmm, más de una semana —comentó—. Es demasiado tiempo, tienes que ir preparando tu ropa para nuestro viaje.

—¿Pero no te das cuenta? En Dieppe podré comprarme vestidos franceses muy bonitos para nuestro crucero. ¡Di que sí, por favor, por favor, por favor! No quiero desilusionar a la señora Paget, es tan cariñosa y está *tan* bien relacionada...

Muv acabó por ceder. Para una vez que Decca mostraba entusiasmo por algo, no había que desaprovechar la ocasión. Además, no dejaba de ser cierto que unos días en Francia le vendrían bien para equiparse para el crucero. Decca la llenó de besos, pero luego se contuvo. No convenía demostrar *demasiada* alegría. Nada tan sospechoso como la dicha excesiva. Pero mientras templaba efusiones y disimulaba sonrisas, por dentro no paraba de repetirse: «Me voy a España con Esmond Romilly, ¡me voy a la guerra con Esmond Romilly!».

—¿Te han dado las Paget la dirección de su tía en Dieppe para que pueda escribirte? —preguntó entonces Muv.

—Sí, claro, vive en el 40 de la rue Napoléon —improvisó Decca sobre la marcha, pensando que la dirección era más que verosímil; al fin y al cabo, en todas las ciudades francesas había una rue Napoléon...—. Se la pasaré también a Nanny. ¿Te parece? ¡Gracias, Muv, nunca olvidaré este momento!

# 28

## FUGA Y ALGÚN QUE OTRO CONTRATIEMPO

Aquella mañana de febrero de 1937 amaneció con lluvia tan racheada como el día en que Esmond y ella planearon su huida en casa de tía Dorothy. Pero cuánto habían cambiado las cosas desde entonces... Allí estaba ahora Decca, como buena y prudente muchacha, con un abrigo de viaje gris y su mejor sombrero, acompañada por sus padres en la estación Victoria. En la maleta (a espaldas de Nanny, que andaba siempre ojo avizor) había incluido, aparte de un par de vestiditos monos, que supuestamente necesitaría para pasar unos días en casa de los Paget, unas botas de goma, un chaquetón recio de campo, bufandas y calcetines de lana. También un par de pantalones de paño que Nancy, la avanzada de la familia (suertuda ella, a Decca aún no le dejaban ponérselos, maldita la discriminación de las hermanas pequeñas), había dejado olvidados en su última visita a Muv y Farve. También llevaba, y esta era su arma secreta, una especie de mono de pana con muchos bolsillos que había comprado usando de extranjis la tarjeta de Arm & Navy, unos grandes almacenes en los que la familia se surtía de ropa de campo. «Con esto *sí* que parezco una guerrillera», se había dicho con satisfacción mirándose al espejo del probador. Ahora la prenda dormía escondida en su maleta. Cuando Farve se percatara del gasto, ya estaría ella luchando en España en las filas republicanas.

Decca miró con preocupación el gran reloj que presidía la estación. Faltaban diez minutos para la salida del tren. ¿Estaría Esmond instalado ya en su vagón de tercera clase? Habían pactado no verse hasta que el tren llegara a Dover. Era necesario ser extraprudentes, porque ¿qué pasaría si algún amigo o conocido de Farve o Muv viajaba ese día también camino de Francia? Mejor no tentar a la suerte.

—Has guardado el dinero que te di en tu cinturón de seguridad, ¿verdad, cielo?

Muv le había dado nada menos que treinta libras para que comprara en Francia ropa tanto para ella como para Deborah, con vistas a su crucero. Esto, junto a su «dinero de fuga» ahorrado durante años, sumaba ochenta libras. Una verdadera fortuna para empezar su nueva vida con Esmond.

—Tendrás mucho cuidado con las comidas, ¿verdad, mi sol? Los franchutes —especificó Farve con su brío de siempre— comen cantidad de porquerías, que si caracoles, que si ranas, que hígado podrido de ganso, un asco. Ven, dame un beso, y prométeme que tendrás cuidado.

De pronto, Decca se sintió tan culpable de engañar de aquel modo a sus padres que se abrazó a Farve, llorando.

—Vamos, niña —la regañó él, alérgico a lágrimas y demás sensiblerías—, cualquiera diría que te vas a la guerra...

***

De los avatares y dificultades que hubieron de superar Esmond y Decca hasta llegar a España haré un resumen. Decir, por ejemplo, que su primer destino era París, porque mi hermana necesitaba obtener en el consulado de España un visado que le permitiera entrar en el país. Pero al llegar, en la embajada les informaron de

que el señor López, único autorizado para extender visados, se encontraba en Londres.

—¡En Londres! —se desesperó Esmond—, no me diga que tenemos que volver allí para conseguir el visado.

El funcionario asintió con ese aire entre apologético y sádico tan propio de su oficio, y a Decca y a Esmond no les quedó más remedio que desandar el camino y volver a Dieppe.

Lo único bueno del contratiempo fue descubrir que, en aquella ciudad, en efecto existía el 40 de la rue Napoléon, lo que les permitió acercarse hasta allí y, con su cara más inocente, llamar al timbre y preguntar:

—*Excuse-moi* —chapurreó Decca, deseando haber prestado más atención a sus clases de francés en el pasado—, somos ingleses de vacaciones en Francia y por error le hemos dado esta dirección a nuestra familia para que nos escriba. ¿No habrán ustedes recibido por casualidad alguna carta a nombre de Jessica Mitford?

—Tienen suerte —les contestó la persona que salió a abrir—. Llegó una esta misma mañana, y pensaba dársela al cartero para que la devolviera al remitente. —Y le entregó un sobre con la inconfundible caligrafía de Nanny, que era siempre la primera de la familia en escribir.

De este modo, Decca y Esmond pudieron reforzar su coartada respondiendo a vuelta de correo a Nanny con una carta de dos largos folios en la que mi hermana contaba que el tiempo en Dieppe era primaveral bla, bla, que los almendros de la Place de la République estaban a punto de florecer bla, bla, bla, y luego le pedía que les dijese a Muv y Farve que iba a tardar un poco en responder a sus futuras cartas porque las gemelas Paget y ella tenían pensado pasar unos días en el campo en casa de una tía abuela, que vivía desconectada del mundo. Decca se quedó encantada de pensar que

esta nueva estratagema corroboraría su coartada de fuga y les daba más tiempo para continuar con sus planes.

Pero ahora tocaba volver a Londres con los peligros que aquello entrañaba. Una vez allí, en cualquier momento podían encontrarse, por ejemplo, con una amiga de Muv o cualquier conocido de la familia y, entonces, adiós fuga; se descubriría todo. Sus temores no se cumplieron, pero al llegar les esperaba otra ingrata sorpresa. En la embajada les informaron de que el famoso señor López había regresado la víspera a París por asuntos urgentes. Qué desastre. Sin posibilidad de conseguir el visado, no les quedaba más remedio que volver a Francia y que Decca se arriesgara a cruzar la frontera española sin papeles. Salieron de la embajada con los más negros auspicios y, descorazonados, se sentaron en un jardincito próximo a Belgravia a comentar. De pronto Esmond la miró muy serio. «Tengo que decirte algo», comenzó, y Decca se alarmó. ¿Y si estaba cansado de tantos contratiempos? ¿Y si pretendía mandarla de nuevo a casa con sus padres y regresar a España solo?

—Mucho me temo —continuó Esmond cada vez más serio— que me he enamorado de usted, señorita Mitford. O camarada Decca, sería más propio decir.

A ella se le saltaron las lágrimas y lo abrazó. Esmond correspondió levantándola del suelo, riendo, al tiempo que se fundían en un beso apasionado. Unos metros más allá, un par de niñeras, con sus cofias almidonadas y sus carritos de bebé, los miraron censoras. Las efusiones públicas no estaban bien vistas entonces. «Mira esos dos, pero si no son más que un par de colegiales, no sé adónde vamos a parar, ¿te das cuenta Nelly? ¡Y delante de los niños, además!». Pero Decca y Esmond ya no estaban, se habían marchado camino de un lugar menos expuesto en el que decirse todas las ternuras que, a

causa del compromiso político, que era su prioridad, habían postergado.

Frente a dos jarras de cerveza y acodados en la barra grasienta del pub de aspecto más barato que vieron en las inmediaciones, se dedicaron a soñar. Su plan era casarse lo antes posible. Ni a Decca ni a Esmond les importaba un trámite tan burgués y decadente, pero ser marido y mujer seguro que les resultaba útil en su escapada. Quizá, se decían, pudieran darse el «sí quiero» en alguna pequeña ermita en España, qué idea tan romántica. ¿Cómo se diría *«Yes, I do»* en español...? Pero primero era necesario llegar allí. Las noticias que traían los periódicos, que a diario devoraban, no podían ser más desalentadoras. El general Franco había abandonado el frente de Madrid a la espera de una mejor ocasión para conquistar la capital, pero avanzaba imparable en otras regiones. Los muertos se contaban por millares. El Gobierno de la República había huido a Valencia y por doquier el hambre y la desolación hacían estragos.

Justo antes de abandonar Londres, Decca decidió escribir una carta en la que explicaba a sus padres las razones de su fuga con Esmond. («Cuando lo conozcáis, lo querréis tanto como yo, ya lo veréis; siento haberme marchado así, era la única manera de cumplir mi sueño de combatir la injusticia»). Pero la carta no la echó al correo. Se la dio a un amigo de Esmond con el encargo de que no se la hiciera llegar a sus destinarios hasta que, una vez en España, ellos se lo indicaran.

***

Cruzaron de nuevo el Canal de la Mancha economizando cada penique. El camino hasta Bayona era largo y convenía racionar al máximo el dinero. Dormían a veces en posadas de mala muerte y otras, si el tiempo lo permitía, en pajares o al aire libre. Decca

contaría más adelante que desde aquellos días ya no pudo ver ni en pintura el salchichón y menos aún las latitas de atún, su dieta diaria, que ellos acompañaban de una *baguette* no siempre tierna. A veces viajaban en tren, otras a pie, eran muchos los jóvenes camaradas que, llenos de ilusión como ellos, marchaban hacia el frente. Unos bailaban y todos cantaban, cualquiera habría pensado que iban de romería. Casi habían alcanzado Bayona cuando les informaron de que, al otro lado de la frontera, las tropas del general Franco acababan de cercar el País Vasco y de imponer un bloqueo a la población para que se rindiera. Alguien les dijo que lo mejor era regresar a Burdeos, donde un viejo carguero se disponía a desafiar el embargo y partir hacia Bilbao repleto de víveres. Consiguieron embarcar, pero el tiempo era tan malo y las olas tan descomunales que Decca, que no paraba de vomitar, no logró levantarse de la litera en tres días. En su desazón y completamente mareada, soñaba que estaba en Swinbrook, y luego en Londres, en una de esas puestas de largo que tanto aborrecía. En otra ocasión creyó ver a Nanny Blor inclinada sobre su cama obligándola a comer *porridge* y, detrás de Nanny, a Farve mirándola con ojos fieros. Su malestar era tal que, si no hubiese sido atea convencida como era, habría rezado para que la próxima ola se la tragara de una vez por todas acabando con su suplicio.

***

Por fin, dos días más tarde y sin que el barco dejara de agitarse como una batidora, llegaron a Bilbao una plomiza mañana de marzo. Decca, al verse en el país que tanto había soñado, se sintió aturdida. Sin haberse podido lavar más que como un gato, su aspecto era deplorable, el pelo le olía a vómito y su ropa estaba arrugada y tachonada de lamparones. Para colmo, Esmond, en un momento de

la travesía, había necesitado usar unas tijeras y, para comprobar su filo, no se le ocurrió mejor idea que cortarle flecos a una de las blusas de Decca. «Pero querida, si esto es la guerra», argumentó, asombrado de que ella se enfadara.

El resto de su equipaje, tan primorosamente preparado por Nanny con cada prenda envuelta en papel de seda, también daba pena. Lo que no necesitaba plancha, pedía a gritos una pastilla de jabón, o si no, directamente que lo tirasen a la basura. ¿Qué diría Nanny si pudiese ver semejante estado de cosas? Mucho más adelante, Decca se enteraría de cuál había sido el comentario de su vieja niñera al saber dónde se encontraba y en compañía de quién. «¡Dios mío, mi pobre niña en la guerra y con apenas seis mudas de ropa interior!».

Se despidieron del capitán y de la tripulación que, según reparó Decca con envidia, lucía un aspecto sorprendentemente impecable tras tres días en aquella horrible coctelera. Justo en el momento en que se disponían a desembarcar, los abordó un español elegantemente trajeado que trepaba a paso vivo por la pasarela.

—¿Señor Romilly? Me avisaron de que llegaría usted hoy. Siempre es un placer dar la bienvenida a miembros de la prensa extranjera. ¿Esta señorita es su secretaria? Bienvenida también. Soy el delegado de Asuntos Exteriores del Gobierno vasco y ahora, puesto que son ustedes ingleses, estoy seguro de que estarán deseando ver boxeo.

¿Boxeo?, se miraron sin comprender Decca y Esmond, perplejos, pensando que no habían entendido bien el inglés algo rudimentario de su interlocutor.

—*Yes, yes* —insistió aquel caballero tan amable que no estaba dispuesto a aceptar un no por respuesta—. Un espléndido combate, ya lo verán, nada que envidiar a los de su país.

—Yo... —intentó objetar Decca mientras luchaba por arreglarse el pegajoso pelo que asomaba bajo su sombrero.

—Nada, no se hable más, un verdadero placer acompañarles. Por suerte, hay un combate dentro de unos minutos; si nos damos prisa, llegaremos antes de que empiece el segundo *round*.

Y allá que se fueron los tres. Cualquiera rechistaba tras un recibimiento así, se resignó Decca. Además, Esmond parecía encantado. «Siempre es importante llevarse bien con la autoridad local», le susurró, justo antes de entrar en el largo y algo fúnebre coche negro del delegado.

***

Decca comenzó a descubrir, desde ese mismo día, cómo la normalidad convive con el horror. Estaban en guerra, cercados por el enemigo, sitiados sin apenas víveres, y, sin embargo, aquellas gentes, que se agolpaban alrededor del cuadrilátero, vibraban y se enardecían sin perder detalle de lo que ocurría en la lona, donde dos púgiles fuertes y recios, ataviados con unos ajados pantalones cortos, bailoteaban dándose puñetazos.

—¡Dale, Patxi! ¡Más fuerte, Ramontxu! ¿Qué le parece, amigo Romilly? Un combate de primera, ¿no es cierto? Espero que esté disfrutando usted también, señorita.

Decca, que solo podía pensar en un buen baño y en una cama mullida, se vio en la obligación de asentir y luego de vitorear como los demás.

—¿Espléndido, verdad? —insistió el delegado, orgulloso—. El de la nariz partida es primo segundo de Paulino Uzcudun. ¿A que se le parece mucho?

—Igualito —respondió Decca, sin la menor idea de quién podía ser el tal Uzcudun, y a continuación y mentalmente, se congratuló de que, en aquel ambiente, preñado de humo de puros y de olor a un vino casi negro que manaba de una especie de vejigas de cuero que

a cada rato los parroquianos empinaban, seguro que sus efluvios personales no desentonaban demasiado. «Mi reino por una pastilla de jabón», suspiró justo antes de aplaudir con fervor al primo de Uzcudun que acababa de dejar KO a Ramontxu. Y luego, con fervor (casi) religioso, suplicó: «Y mi alma inmortal por una cama con sábanas limpias».

# 29

## ESTO ES LA GUERRA

Así comenzó su nueva vida. Decca cuenta en sus memorias que a partir de aquel primer día, se dedicó a seguir a Esmond como en un sueño: «Lo hice como una convaleciente que siente aún los efectos de la anestesia de la operación en la que, de un tajo de bisturí, le acaban de extirpar todas sus antiguas costumbres, sus ataduras familiares, su misma forma de ser». No entendía el idioma y todas las particularidades del lugar le resultaban desconocidas. Tenía problemas incluso para cruzar la calle. Para ella, los escasos coches y los muchos camiones que había, circulaban por el lado equivocado de la calzada y más de una vez casi la arrollan.

Si para Decca el cambio era enorme, Esmond se movía como pez en el agua chapurreando el español que había aprendido meses atrás en el frente de Madrid. Esto le permitía ir de las oficinas estatales a las de prensa siempre ocupadísimo mientras Decca, poco a poco —y según dejaría escrito en sus memorias—, «empezaba a ver con claridad aquella ciudad gris y borrosa y comprender el heroísmo de aquellas gentes pálidas empeñadas en continuar con sus quehaceres diarios a pesar de las penurias».

Aunque los combates tenían lugar a varios kilómetros de Bilbao, la población estaba al borde de la hambruna. Resultaba imposible distinguir entre desayuno, almuerzo o cena, pues todas las comidas consistían en lo mismo: arroz y garbanzos. A veces, gran

acontecimiento, en alguna taberna se podía beber un chocolate arenoso acompañado de rebanadas de pan grisáceo que hacían que un enjambre de niños famélicos se arremolinara en la puerta del establecimiento, mendigando una cucharada de chocolate o un mendrugo de pan.

Decca veía aquello y se sentía una privilegiada. El Gobierno vasco trataba espléndidamente a los periodistas extranjeros. Además, y para su agradable sorpresa, la oficina de prensa les proporcionó alojamiento y comida gratis en uno de los mejores hoteles de la ciudad, lo que le permitió dedicar su cada vez más menguado «dinero de fuga» a socorrer a otros. En especial, a los ancianos, que eran los que más pena daban. También a los niños, pero estos despertaban más fácilmente la compasión que los viejos, por eso Decca se volcó en los primeros.

***

Cuando llevaban en Bilbao unos siete días más o menos, uno de los miembros de la oficina de prensa les propuso visitar el frente. Decca, por supuesto, se apuntó y junto a Esmond, pertrechado con su cámara, se dispusieron a emprender el corto trayecto hasta allí. Aquel equipo fotográfico tenía su particular historia. Una semana antes de emprender la fuga, Esmond había conseguido convencer a Decca para que cargara en la cuenta que Farve mantenía abierta en los almacenes Arm & Navy una cámara de fotos con *flash*, carretes y demás accesorios. Costaba una fortuna, y sería un disgusto más para la familia, «pero todo sea por la causa», había argumentado Esmond, y Decca accedió. Fue allí donde se había comprado también aquel mono de pana, que ella suponía era el perfecto atuendo de miliciana. Pero, al llegar a Bilbao, se dio cuenta de que era preferible usar los pantalones de Nancy y no disfrazarse. Nadie se vestía así,

parecería la típica extranjera intentando mimetizarse con el paisanaje. Una vez más sintió aquella vieja punzada de remordimiento. ¿Qué diría Farve cuando, aparte de descubrir que estaba en el frente de Bilbao, se enterase de lo de la cámara y el mono? Bah, mejor no pensar en eso. La cámara era necesaria para que el mundo supiera lo que sucedía en España, en los campos de batalla.

Sin embargo ahora, al colocar aquel equipo tan caro en la bandeja trasera del vehículo, no podía parar de pensar en su familia. ¿Qué estaría pasando en casa? ¿Habrían sus padres descubierto que nunca viajó a Francia con las gemelas Paget? De ser así, estarían desesperados sin saber su paradero. Tenía que escribir cuanto antes al amigo de Esmond, al que había dejado la carta explicativa para Muv y Farve, y decirle que se la reenviara ya; les debía al menos ese consuelo.

Tras un trayecto que a Decca se le hizo muy corto (¿de verdad estaban tan cerca de la primera línea de fuego?), llegaron a su destino. El representante de la oficina de prensa del Gobierno vasco —Gaizka, un hombre de mediana edad, de barba tan cerrada al que, pese a ir perfectamente rasurado, le azuleaban las mejillas— detuvo el vehículo y empezó a explicar.

—Lo que veis aquí —especificó con orgullo su cicerone— son nuestras tropas. Aparte de ellos, a quienes llamamos el batallón católico del Partido Nacionalista Vasco, nos apoyan otras fuerzas igualmente aguerridas, anarquistas y comunistas...

A Decca le sorprendieron tantos batallones, cada uno con sus uniformes y sus jefes diferentes. «¿No sería mejor unirse, si luchan en el mismo bando? Debe de ser un lío coordinarse», caviló, pero no dijo nada, misterios de la guerra, sin duda.

Las tropas de Franco se encontraban en un promontorio al otro lado de un barranco.

—Italianos —les informó Gaizka, no sin antes soltar un escupitajo —. El cabrón de Franco cuenta con la ayuda de Mussolini y también con la de los hijos de puta de los alemanes. ¿Te gustaría probar a disparar un fusil?

—¿Puedo? —se sorprendió Decca y Gaizka le aseguró que no pasaba nada.

—No te preocupes, están demasiado lejos —le dijo.

Bajo la atenta mirada de Esmond, que dejó por un momento de hacer fotos, Gaizka le enseñó a Decca a apuntar a través de la mirilla.

—Así, aguanta, no te muevas, ni siquiera respires.

El arma pesaba mucho. Apretó el gatillo, sonó una fuerte detonación y el retroceso la hizo caer hacia atrás.

—¿He matado a alguien? —preguntó aterrada, pero Gaizka, divertido, dijo que solo había acertado a un árbol cercano.

Aun así, tuvieron que ponerse a cubierto. El disparo fue respondido por el otro bando con cuatro o cinco tiros desganados, pura rutina. En aquel momento, un ruido, entre el follaje en la hondonada que separaba las posiciones de atacantes y defensores, hizo que los tres desviaran hacia allí la mirada. Sin que pareciera importarle estar expuesta a los tiros de unos y de otros, una mujer con un bebé amarrado con un trapo a la espalda, recogía leña que luego cargaba a lomos de un asno flaco como un espectro.

Decca comenzó a hacerle frenéticas señales para que se apartara, para que se alejara de allí, qué locura exponerse de tal modo, pero Gaizka la detuvo poniéndole la mano en el hombro.

—Déjala. ¿Qué te crees, que no sabe dónde se encuentra? Así es la guerra. La vida no se detiene, ni siquiera ante la muerte, ya lo irás

comprobando con el tiempo.

***

Otros recuerdos de Decca de aquellos días tienen que ver, precisamente, con esa extraña normalidad que se instala en medio del horror y con cómo la rutina convive con la tragedia. Esmond le había relatado lo vivido, por ejemplo, en el frente de Madrid un año atrás.

—Si no fuera trágico, sería hasta cómico. Al comienzo de la guerra, Franco intentó conquistar la ciudad, pero al ver que resistía, se volcó en otros frentes dejando como retén a las afueras de Madrid una tropa no muy numerosa, que desde entonces acecha desde la Casa de Campo para que los republicanos no olviden que esperan su momento.

—¿Y qué tiene que ver eso con la cotidianidad de la que hablamos? —preguntó Decca.

—Pues todo —contestó Esmond—. Los milicianos que defienden la ciudad, cada mañana, como quien va a trabajar, cogen su fusil de asalto, y con él al hombro, toman el autobús de línea para ir a pegar tiros a los de Franco apostados en la Casa de Campo. Luego, con la caída del sol, vuelven a subirse al bus, a ser posible con alguna comadreja o liebre que han matado para la cena. Y así la vida sigue.

***

En Bilbao, tal y como pronto comprobaría Decca, la cotidianidad también convivía con el drama, solo que de otra manera. Como cuando las mujeres que lavaban la ropa en el río apenas detenían la faena para persignarse cuando un cadáver pasaba flotando aguas abajo; o cuando los muchachos se dedicaban a cazar gatos (y, según el caso, ratas) que acababan convertidos en estofado. En sus

memorias, Decca relataba igualmente lo curioso que resultaba ver que la gente, en las pocas cafeterías que se mantenían abiertas, tras escuchar por la radio del local el parte de guerra, se ponía a tararear, con sus prodigiosas voces de escolanía, el himno. O mejor dicho *los* himnos, porque siempre eran cuatro. El nacionalista vasco, en primer lugar; el himno de Riego, después; *La Internacional*, y, como postre, el himno anarquista. Tras esta amplia expresión de fervor patriótico, cada uno volvía a su café (que no era más que achicoria), o a su coñac aguado.

***

Una tarde de aquellas, tras recoger a Esmond en su lugar de trabajo y regresar juntos al hotel, el portero les informó de que había preguntado por ellos el cónsul honorario de Gran Bretaña. Se miraron alarmados. Hasta ese momento, y por precaución, Esmond había evitado todo contacto con los representantes diplomáticos ingleses de la ciudad. Pero, como es lógico, tenían que conocer sus actividades periodísticas; a fin de cuentas, empezaba a hacerse un nombre entre los corresponsales de guerra. Los reportajes que mandaba al *News Chronicle* sumaban cada día más lectores allá en Inglaterra. ¿Habrían oído hablar también de Decca? No tenían por qué, pero siempre cabía la posibilidad de que algún periodista de otro medio la hubiese mencionado; en ambientes tan endogámicos, todo se acaba sabiendo.

El cónsul honorario volvió al día siguiente, que era domingo, y esta vez sí los encontró. Ellos, que esperaban a un compatriota sonrosado y pomposo, se encontraron con un vasco muy alto de pelo lacio y negro, con una nariz partida, bastante parecido al primo de Paulino Uzcudun.

—Es lógica la confusión —sonrió el recién llegado al tiempo que les tendía una tarjeta de visita algo arrugada en la que figuraban lo menos cuatro o cinco escudos blasonados entre los que Decca solo reconoció el de Gran Bretaña—. Mi nombre es Aitor Gómez —especificó, antes de guardarse de nuevo (todo fuese por la economía de guerra) la tarjeta en el bolsillo. Entonces les explicó, en un inglés fluido, pero de marcado acento, que un cónsul honorario es un nativo con buenas conexiones con el país que representa, que se dedica a facilitar la relación, en este caso, entre España y Gran Bretaña—. Y a echar una mano cuando se necesita, como en esta ocasión —apostilló—. El cónsul general, mister Stevenson, está en Bayona y ha recibido un telegrama cifrado referente a ustedes dos.

—¿Referente a nosotros? ¿Podemos verlo? —preguntó Decca, alargando la mano.

Pero el señor Aitor Gómez debía de ser de esos hombres para los que las mujeres eran seres transparentes que ni se ven ni se oyen, por lo que Esmond tuvo que repetirle la pregunta.

—Cómo no, amigo mío, aquí lo tiene —colaboró esta vez Gómez, extrayendo del bolsillo interior de su chaqueta un papel alargado y verde, que procedió a entregar a Esmond. Él lo abrió y desconcertado miró a su interlocutor. Contenía solo cifras y letras ininteligibles—. Nada, nada, caballero, ningún problema —se explicó el cónsul honorario, dirigiéndose como siempre a Esmond—. Me he tomado la libertad, con permiso de mi colega mister Stevenson —puntualizó—, de traerme el código que manejamos para este tipo de comunicados menores. Seguro que entre usted y yo podemos descifrarlo aquí mismo.

No parecía un método muy ortodoxo, pero Esmond aceptó, naturalmente. Media hora más tarde y a pesar de que el señor

Gómez continuaba ignorándola, fue Decca la primera en desvelar su contenido.

—Localice —deletreó— a-Jes-si-ca-Mitford-y-con-vén-gala... No, no —se corrigió de inmediato—: con-vén-za-la-de-que-vuel-va.

Tal era su escueto texto, pero lo que más sorprendió a Decca fue comprobar que estaba firmado por el mismísimo ministro de Asuntos Exteriores en ese momento, Anthony Eden.

Descubierta la identidad del remitente, el cónsul pasó a mirar a Decca con cierta velada admiración. No por su pericia en descifrar telegramas, sino por sus evidentes conexiones con las altas esferas.

—Señorita Mitford... —comenzó ceremonioso, y Decca lo atajó con su mejor sonrisa

—Gracias, señor Gómez, ha sido muy amable al traerme esta comunicación en mano. ¿Puede usted tomar nota de mi respuesta?

—Cómo no —se apresuró Gómez, Mont Blanc de baquelita burdeos en ristre.

—La respuesta es muy sencilla. ¿Le parece que la cifremos juntos, señor Gómez? Anote por favor: «He encontrado a Jessica Mitford. Stop. Imposible convencerla de que regrese. Stop. Saludos afectuosos».

# 30

## Nuestra particular Helena de Troya

Antes de contar el efecto que este telegrama tuvo en el ánimo de mis padres, pienso que no está de más explicar cómo y por qué mister Eden, el siempre ocupadísimo ministro de Asuntos Exteriores, se estaba tomando tantas molestias, mensajes cifrados incluidos, para conseguir que mi fugitiva hermana Decca regresara a Inglaterra. Para entonces, hacía ya varios días que mis padres habían descubierto que las gemelas Paget, lejos de estar en Francia con Decca, se encontraban esquiando en Austria con sus padres. El descubrimiento coincidió en el tiempo, además, con el momento en que el amigo de Esmond, siguiendo indicaciones previas de Decca, había hecho llegar a Muv y Farve la carta que ella les había escrito antes de desaparecer con Esmond.

Gracias a aquellas líneas por lo menos ahora se sabía dónde estaba. Pero faltaba averiguar en qué parte del territorio español se encontraba la pareja. Ni Muv ni Farve ni Tom y tampoco ninguna de mis hermanas tenían la menor idea de por dónde empezar la búsqueda. Ni siquiera Nancy, tan imaginativa para todo. Al final, los acontecimientos se precipitaron solos. Los periodistas que se ocupaban de eso que ahora llaman la crónica rosa, en cuanto se corrió la voz de que otra de las hermanas Mitford hacía de las suyas y se encontraba en paradero desconocido, comenzaron a acosar a Farve. Lo esperaban a la salida de la Cámara de los Lores, lo

acuciaban con sus libretitas de hule, con sus *flashes* indiscretos, con sus preguntas reiterativas. Farve mantuvo un británico mutismo: «*No comment*, nada qué decir, todo está estupendamente, gracias...», hasta que cayó en la trampa de un reportero más astuto que los demás que le hizo una propuesta tentadora. ¿Por qué no valerse de la red de corresponsales que su periódico, *The Daily Express*, tenía en toda Europa? Nadie mejor que ellos para encontrar a la fugitiva. Farve aceptó, a cambio de una prometida discreción, pero no había transcurrido una semana cuando, para su desmayo, vio en la portada del *Express* este titular a dos columnas:

HIJA DE UN MIEMBRO DE LA CÁMARA DE LOS LORES Y PAR DEL REINO UNIDO HUYE CON SU AMANTE A ESPAÑA

A partir de ese momento, los rumores y cotilleos en torno al paradero de Decca se centuplicaron: un día se aseguraba que los fugitivos estaban perdidos en los Pirineos en una tormenta de nieve; otro, que habían sido avistados en Barcelona en una barricada; al siguiente, que los habían descubierto en Londres de tapadillo bebiendo champán y comiendo *foie gras*. Fue finalmente *The Daily Telegraph* y no *The Daily Express* el que dio con ellos. Según se informó, Decca y su amante Esmond Romilly, un año más joven que ella y sobrino de Winston Churchill, se encontraban en el sitio de Bilbao, resistiendo el asedio de las tropas de Franco.

En casa la noticia cayó como una bomba. Farve quería romperle la cara a Bertram Romilly, padre de Esmond, por no haber sabido atar en corto a su hijo. Muv estaba tan aturdida que solo acertaba a decir que por lo menos la fuga había sido con alguien conocido. Todos estábamos tan desconcertados que, al final, fue Peter Rodd, el

marido de Nancy, quien alzó la voz para asegurar que él tenía la solución.

—Es muy sencillo —comenzó—, sencillísimo realmente —reiteró, y luego, tras un largo soliloquio destinado a demostrar sus amplios conocimientos jurídicos (esos que evidentemente tenía, pero malbarataba en timbas e infinitos whiskies), dirigiéndose solo a Farve, explicó—: Lo único que tenemos que hacer, mi querido David, es poner a Decca bajo tutela judicial. Es menor de edad y no dejará de serlo hasta que cumpla los veintiuno, ¿no es así? Bien, pues en ese caso, tú puedes transferir su custodia al Tribunal Supremo de Justicia. Y con eso, Esmond se convertirá en culpable de rapto, un delito por el que puede ser condenado a prisión.

Debo decir que a Farve le encantó la idea. Cumplía los dos objetivos que más le preocupaban: traer a Decca de nuevo a casa y condenar al mocoso irresponsable y comunista, a quien Dios confunda, de Esmond Romilly a pasar una temporadita a la sombra.

***

Los engranajes de la justicia se pusieron en marcha. Pero también, y en paralelo, Farve activó otro igualmente poderoso, «la inquebrantable solidaridad de los aristócratas». Tal era la pomposa expresión con la que entonces se conocía a la red de contactos y complicidades de primer nivel que unía a aquel estrato privilegiado de la sociedad. En este caso, esta red, que extendía sus tentáculos hasta las más altas esferas, tuvo como resultado que, una semana más tarde, en un periódico sensacionalista, se leyese la siguiente noticia:

BUQUE DE GUERRA ENVIADO A «SECUESTRAR» A JESSICA MITFORD

Puede parecer mentira, pero exactamente eso fue lo que ocurrió; les contaré cómo.

Pocos días antes, Decca recibió un telegrama del embajador de Gran Bretaña en París en el que le informaba de que Nancy y Peter Rodd viajaban en aquel momento rumbo a Bilbao en el HMS Echo, un destructor de la Marina británica, y rogaban que acudiera al puerto a recibirles.

«Qué propio de Nancy hacer un desembarco triunfal», rio Decca para sus adentros. Estaba claro que su intención era convencerla de que regresara con ella y con el pomposo de su marido a Inglaterra. No pensaba hacerlo, pero sería agradable abrazarla y estar juntas después de tantos meses. Su hermana, sin lugar a dudas, le echaría un tremendo sermón contándole lo tristes y preocupados que estaban Muv y Farve. Y seguro que lo estaban, pero Nancy tenía que comprenderla. También su «alma era bohemia» y no carecía de sensibilidad social. No sería difícil hacerle entender que su lugar estaba allí, en Bilbao, junto a Esmond y aquellos que luchaban para evitar que el general Franco, que desde hacía meses intentaba doblegar a la ciudad mediante el hambre, lograra su propósito. Además, argumentaría también Decca, su español había mejorado tanto que se había alistado como enfermera voluntaria. Estaba orgullosa de lo bien que lograba comunicarse con los heridos, muchos de ellos en situaciones desesperadas, moribundos y mutilados, algunos apenas niños, con sus vidas rotas por el horror y el fascismo. Nancy lo entendería, lo tenía que entender. No hacerlo sería traicionar todos sus principios.

***

Fue, por tanto, con el corazón alegre y escoltada por el cónsul (no el honorario, sino el oficial, el señor Stevenson, recién llegado de

Bayona), que Decca acudió al puerto de Bilbao. El destructor hacía su entrada en ese momento y le sorprendió su tamaño. Se trataba de una verdadera mole de acero que se aproximaba ahora mansa, pero no por eso menos intimidatoria, al punto de atraque.

—Más de trescientos pies de eslora y varias toneladas de peso —informó, severo, el señor Stevenson.

Le faltó añadir, aunque el mensaje se leía fácilmente en su fruncido ceño, que había que ver el dispendio que una muchacha caprichosa e irresponsable estaba causando al erario público. También que a saber cómo su hermana Nancy se las había ingeniado para subirse a un destructor, otra irregularidad. Pero, claro, el señor Stevenson no conocía a Farve. Con él (y posiblemente también con el tío Winston Churchill moviendo hilos por detrás) todo se explicaba.

Tras una minuciosa y bien sincronizada maniobra que duró lo menos quince minutos el HMS Echo atracó al fin. Qué raro, pensó Decca, que Nancy no estuviera en cubierta saludándola desde allí. Pero bueno, se dijo a continuación, tal vez esa clase de efusiones no eran admitidas en un barco de guerra, mejor esperar a ver qué pasaba. Transcurrieron varios minutos. Los marineros acababan de fijar una pasarela que se extendía como una tentadora lengua que incitaba a subir a bordo.

—Vamos —la instó el señor Stevenson—, usted primero, miss Mitford.

Pero Decca se resistía. ¿Y si Nancy no estaba a bordo? ¿Y si se trataba de una treta para sacarla de territorio español y llevarla a Inglaterra contra su voluntad? Esmond, que no había podido venir por hallarse en una misión en el frente, la había prevenido: «Ten cuidado, cielo. A saber de qué va esto, es todo tan poco usual. No te fíes de nadie».

La situación era absurda. Allí estaba ella, junto a un viejo cónsul que estaba perdiendo la paciencia, los dos a la espera, mientras que, desde uno de los ojos de buey inferiores de aquel enorme barco, escapaban unos deliciosos efluvios culinarios.

Por fin, después de un rato de espera y desconcierto, fue el propio capitán del barco quien bajó a tierra a saludarles. Era alto, bien plantado y con una de esas sonrisas que parecen infundir confianza.

—¿Señorita Mitford? —comenzó diciendo—. Encantado de saludarla.

—¿Dónde está mi hermana? —preguntó Decca, sin demasiados rodeos—. En el telegrama que me hicieron llegar decía que ella...

—Cuánto lo siento —atajó la sonrisa encantadora—. En el último momento no pudo viajar. Pero ya que está usted aquí, nos gustaría invitarla a comer a bordo. Son casi las tres de la tarde, debe de estar hambrienta.

Vaya si lo estaba. Lo estaba desde que llegó a Bilbao. Con las tropas de Franco ganando terreno de día en día, incluso empezaban a escasear el arroz y los garbanzos, su dieta perenne desde hacía meses.

—Vamos, no me diga que no —insistió el capitán—. Será un placer tenerla a bordo. Hoy tenemos pollo asado en salsa... puré de patata gratinado y luego de postre... —El capitán iba recreándose en cada una de las palabras que pronunciaba—... un gran pastel de chocolate y nata. De hecho, nuestro cocinero se ha superado en honor a su visita, tan convencidos estábamos de que nos acompañaría.

Decca comenzó a notar cómo sus jugos gástricos se alborotaban. Stevenson a su lado la animaba igualmente.

—Sea razonable, querida, no querrá usted ser descortés con un oficial de Su Majestad el Rey, ¿verdad?

Ella no cedió.

—Mire, capitán —replicó, tragando saliva—, le voy a confesar el verdadero motivo por el que no puedo aceptar su invitación. Tengo la desagradable sensación de que, en cuanto suba a bordo del HMS Echo, me encerrará usted para llevarme de vuelta a Inglaterra.

Ya no quedaba nada de la sonrisa incitadora, el capitán se mostró ofendidísimo.

—Qué idea tan peregrina. ¿Me ha tomado por un vulgar secuestrador?

El cónsul, a su lado, comenzó a rechinar los dientes de un modo bastante similar al de Farve; se daba cuenta de que su plan había fracasado. Decca podía ser joven y alocada, pero no era ninguna tonta. Habría que intentarlo de otro modo.

—Vamos, miss Mitford —dijo, haciendo un enorme esfuerzo por no perder la paciencia—. Está usted malgastando mi tiempo y también el del capital Hastings, que aún es más valioso. Estará contenta, supongo. ¡Estas niñas consentidas son todas iguales! Un destructor de su Graciosa Majestad, nada menos, dónde se ha visto...

***

El resto de lo ocurrido apareció publicado días más tarde en un chusco y bastante largo artículo escrito por un conocido cotilla social.

> Después del tronchante episodio que narramos la semana pasada, ese en el que les contábamos cómo el capitán del HMS Echo intentó tentar a la hambrienta señorita Mitford con un pollo y una tarta de chocolate para que subiera a bordo y sacarla así de la España en guerra, he aquí el siguiente capítulo de tan elegante sainete:
>
> Al regresar la fugitiva a su hotel de Bilbao y reunirse con su joven y comunista amante, Esmond Romilly (sobrino de Winston Churchill, no lo olvidemos), los tortolitos festejaron la proeza con brandy aguado y un par de rodajas de chorizo local (un lujo reservado para las grandes ocasiones). Lamentablemente para

ellos, poco habría de durarles la alegría. Al día siguiente, Romilly recibió del despacho de abogados del padre de la fugada el siguiente telegrama: «La señorita Jessica ha sido puesta bajo tutela judicial. Stop. Si se casa usted con ella sin permiso legal, podrá ser arrestado. Stop».

De buena fuente ha podido saber este cronista que aquí escribe, que la noticia dejó a la prófuga confundida y desolada. A pesar de la proverbial extravagancia de su familia (o tal vez precisamente a causa de ella), siempre pensó que, una vez descubierto su paradero, y el nombre de la persona con la que se había fugado, las amenazas de sus padres perderían efecto y la dejarían continuar con su vida aventurera, tal como había ocurrido ya con sus hermanas Diana y Unity, ustedes me entienden... Por eso Jessica, se sintió traicionada por sus padres al saber que a ella no solo no la perdonaban, sino que pretendían meter en la cárcel a su querido Esmond. Para Jessica, aquel telegrama fue una declaración de guerra y se preparó para resistir. Nada ni nadie podría separarla del hombre al que amaba y al que había entregado su vida, no lo iba a permitir. Por desgracia para ella, no acabaron ahí sus tribulaciones. Dos días más tarde, el cónsul británico mister Stevenson apareció por el hotel en el que habitan los enamorados con un nuevo as en la manga contra el que no cabía estrategia de defensa posible. La «inquebrantable solidaridad de los aristócratas», de la que nuestros asiduos lectores han oído hablar en otras ocasiones, funcionó esta vez de maravilla. Observen y juzguen lo largos y viscosos que son sus tentáculos.

Resulta que el Gobierno vasco en gran medida depende de la generosidad del Gobierno británico para evacuar a los enfermos, mujeres y niños que intentan huir de la inminente toma de Bilbao por las tropas de Franco. Bien, pues los antes mencionados tentáculos han logrado que las autoridades británicas amaguen con negarse a seguir cooperando con el programa de evacuación, a menos que miss Jessica Mitford y mister Esmond Romilly acepten voluntariamente abandonar el territorio vasco a la mayor brevedad posible. Ante chantaje semejante, la pareja claudicó y ha sido conducida a la frontera por mister Stevenson. Tocados y hundidos. Jaque mate. *Game over*, amigos míos. Porque ¿cómo podían permitir poner en peligro la vida de tantas personas en situación de vulnerabilidad? ¿Cómo condenar a miles de desdichados a una muerte casi segura?

Al día siguiente embarcaron rumbo a San Juan de Luz, donde Romilly pretendía instalarse y mandar desde allí sus crónicas a su periódico. Todo menos volver a Inglaterra, se dijeron, decididos a resistir, pero con lo que no contaban era con que en Bayona se presentasen varias «embajadas» familiares para intentar convencer a Decca de que era menor de edad y no podía continuar siendo una prófuga. La primera en llegar fue Nancy, guapísima, saludando con sus guantes de cabritilla. Y a su lado, con cara de estar pidiendo a gritos un *gin-tonic*, su marido Peter Rodd, mientras una nube de fotógrafos revoloteaba por ahí prestos a disparar sus *flashes* de magnesio e inmortalizar tan familiar

reencuentro: «¿Cómo se siente, miss Mitford? ¿Deseando volver a Inglaterra y dejar de comer ajo y esas comidas de tan difícil digestión que preparan los españoles? ¿Y usted, señor Romilly, qué mensaje quiere hacerle llegar a su tío Winston Churchill? ¿Debe Inglaterra apoyar con más ahínco al legítimo Gobierno español contra el que se ha levantado el golpista del general Franco?

Pero, para frustración de Nancy y más aún de Peter Rodd —que (resacón de *gin-tonic* aparte) estaba encantado con tanto foco y tanta atención mediática—, el reencuentro fue un fiasco, no hubo manera de convencer a los fugitivos.

Hay quien opina que contribuyeron a su negativa los titulares sensacionalistas aparecidos en los principales periódicos británicos, que los presentaba como niñatos díscolos y extravagantes a los que les da por jugar a guerrilleros y salvar al mundo, sin tener en cuenta la lata que daban a las autoridades. Una vez fracasada la intentona de Nancy, fue la propia lady Redesdale, madre de Jessica, quien viajó a la frontera hispano-francesa para entrevistarse con su hija Decca, y esta la recibió con una noticia: estaba embarazada. «¿Te parece, Muv —aseguran que le dijo al teléfono—, razón suficiente para querer estar con Esmond hasta que la muerte nos separe?». La baronesa Redesdale se dio por vencida. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Una semana más tarde, lady Redesdale, vestida de gris marengo, fue el único miembro de la familia Mitford que asistió al enlace. A su lado estaba Nellie Romilly, madre del novio, también de gris, solo que de un tono más perla. La ceremonia en el consulado británico con el omnipresente señor Stevenson como testigo, duró apenas diez minutos. Esmond, fiel a sus preferencias proletarias, llevaba un viejo traje marrón que pedía a gritos plancha y Jessica un vestidito sencillo que disimulaba divinamente sus meses de embarazo. Como a este plumilla le gustan tanto las precisiones, les contaré que llevaba también, en su sombrero de paja, primorosamente trenzadas dos cintas verdes y dos rojas, los colores del Gobierno Autónomo de Euskadi.

¡Vivan los novios!

# 31

## UN REGALO DEL FÜHRER

Me pregunto qué habría escrito el autor de la crónica que acabo de reproducir de saber lo ocurrido en mi familia después de una boda tan apresurada. Y lo que ocurrió fue que tanto Muv como Farve se sintieron aliviados. Porque, como decía Farve, una cosa era tener a una hija casada con un comunista y otra muy distinta amancebada con un insufrible bolchevique. El resto de nosotros enviamos nuestros regalos. En mi caso y en el de mi hermana Diana, que éramos las que teníamos una situación económica más desahogada, lo más caros posible. «Así la pobre Decca no echará en falta su té mañanero», fue el comentario de Diana mientras añadía una nota de felicitación al carísimo juego de plata que les envió. Unity desde Múnich y conociendo los gustos musicales de su hermana más querida, le mandó un gramófono, «un *deutsche Grammophon*», había bromeado ella con Hitler. «A saber cómo se lo tomará tu cuñado, el rojo», fue el comentario de su Wolf con una sonrisa feroz.

Poco después, Bobo vino a vernos a Inglaterra. Lo hacía cada tres o cuatro meses más o menos, y su visita fue especialmente celebrada por nuestros padres. Con Tom emancipado desde hacía tiempo y el resto de las chicas casadas y viviendo con sus respectivos maridos, se sentían solos. Estaba Debo, naturalmente («la menos irritante de todas vosotras, niñas», ese era el comentario habitual de Farve, cuyos dientes rechinaban bastante menos

últimamente). Pero la sensación no era la misma que cuando la casa estaba llena. Por eso, aprovechando la visita de Unity, me apunté a pasar unos días con ellos. Fue un fin de semana delicioso con Bobo contándonos sus historias. Unas, sobre los celos de Eva Braun: «¿Podéis creer que empezó una especie de huelga de hambre al ver que Wolf me había invitado a la ópera? Qué falta de mundo, pobre chica...». Otra de sus anécdotas tenía que ver con Himmler y con Von Ribbentrop. Del primero dijo que era un amargado con cara de acelga y de Von Ribbentrop opinó que era una mala influencia para el Führer.

Tanto a Muv como a Farve —que se habían vuelto bastante admiradores de Hitler— les encantaron estas historias. Pero a mí me preocupó lo que podía leer entre líneas. Parecía evidente que Unity era objeto de recelo, por no decir inquina, en el círculo más cercano a Hitler. Lógico que lo fuera. ¿Qué podían pensar aquellos fieles que veneraban a su ídolo con un fervor mezcla a partes iguales de temor y adoración? Lo mínimo que podían decir de ella era que se trataba de una espía, una infiltrada metomentodo que, nadie comprendía por qué, le hacía tanta gracia al Führer. También en Inglaterra la gente se hacía preguntas. ¿Qué clase de relación mantenía con el jefe del partido nazi? ¿Qué extraña historia era esa?

Uno de esos periódicos sensacionalistas que tanto disgustaban a Farve aprovechó que Unity estaba en el Reino Unido para hacerle unas cuantas fotos y luego publicar que en Múnich se rumoreaba que era inminente su boda con el Führer. Con la opinión pública cada vez más temerosa de las intenciones de Hitler y con figuras de la política, como Winston Churchill, diciendo que era un peligro para el mundo, Farve se vio obligado a desmentir la noticia: «No hay ni ha habido ni habrá posibilidad alguna de nupcias entre mi hija y *herr*

Hitler. El Führer ha consagrado su vida a Alemania y no tiene tiempo de pensar en el matrimonio».

No ayudó mucho a creer este desmentido el hecho de que, durante su visita a la familia, a Unity le diera por vestir a diario su uniforme pardo. Tampoco que una tarde, con su esvástica de oro en lugar bien visible, se colase en una manifestación antifascista de la que tuvo que salir protegida por la policía. Menos aún que, en sus desplazamientos en tren, viajara con un retrato autografiado por Hitler en el regazo, y que, si le preguntaban qué haría si un día Alemania declarase la guerra a Gran Bretaña, respondiera de mal tono: «Eso no pasará nunca, tonto».

«Sí, sí —le insistió un día uno de los amigos de Tom—, pero supongamos que lo hace», a lo que Unity replicó encogiéndose de hombros: «En ese caso, supongo que no me quedará otra que descerrajarme un tiro en la sien».

Ya la conocen, así era ella. Pero de todos modos, fue un alivio que su visita, que se alargó hasta bien entrado el otoño, tocara a su fin. Un par de días antes de su regreso a Múnich me acerqué a casa de mis padres a despedirme. Por aquel entonces, Muv y Farve acababan de vender nuestra vieja casa de Swinbrook y vivían en Londres. Al llegar, me encontré a Unity en el garaje dando los últimos toques a su equipaje.

—Bobo, querida, ¿te puedo ayudar? —le pregunté, al verla intentando encajar, en el pequeño Morris que Farve le había comprado para sus viajes, un montón de maletas, bultos y paquetes. Cada miembro de la familia se había sentido en la necesidad de aportar al equipaje algo que consideraba importantísimo e indispensable. Muv, por ejemplo, dos aparatosas lámparas y cuatro juegos de cama bordados con las iniciales UM. («Que sí, cielo, que te van a venir fenomenal, la última vez que te visité en Múnich tus

sábanas y mantas pedían a gritos que las jubilaran»). Farve la proveyó de dos pares de botas de goma y un flamante chaquetón Barbour, porque, según él, un segundo impermeable bien encerado nunca estaba de más. Nanny Blor, amén de todo un repertorio de ropa interior de felpa, se emperró en que llevara diversas latas de víveres. Desde galletas Fortnum & Mason como para alimentar a un regimiento a diversas conservas de pescado y sopas enlatadas Campbell de todos los sabores imaginables. Eso por no mencionar un *roast beef* enorme recién hecho y un *pudding* de Navidad (aunque estábamos en el mes de octubre).

—¿Y esto? —pregunté, porque lo que más me llamó la atención de aquel descomunal avituallamiento fue una pila de ejemplares de *The Tatler*, una revista que no falta en ninguna casa elegante de nuestro país y actúa como notaria oficial de las andanzas de la clase alta—. Veo que llevas lectura muy enjundiosa —bromeé, porque, desde que Unity se había hecho fascista y Decca comunista las dos aborrecían *The Tatler*, Bobo, por decadente y esnob; Decca, por capitalista y opio del pueblo.

—No son para mí, sino para mi Wolf —respondió Unity, sin dejar de apilar bultos y paquetes en su Morris.

—¿Para Hitler*?* —me asombré.

—Uy, sí. Le chiflan, ni te imaginas. Además, nos son muy útiles. Mientras las leemos, yo aprovecho para hacer memoria y luego confeccionar la lista de los lores y personas influyentes que me parecen más afines a la causa nazi.

—Pensé que de eso se ocupaba Von Ribbentrop. Al fin y al cabo, además de ser su hombre de confianza aquí en el Reino Unido desde hace no sé cuántos años, ahora lo acaba de nombrar su embajador en Londres. De él se dice que lo sabe todo.

Algo falto de tacto mi comentario, debo reconocer. Bien claro había dejado Bobo que Von Ribbentrop no era su nazi favorito.

—Tonterías, Woman —se impacientó ella—, ¿qué va a saber ese relamido lechuguino de los entresijos y peculiaridades de la sociedad inglesa? Como comprenderás, Wolf se fía mucho más de mí para este tipo de apreciaciones. Conozco este mundo, él no.

—¿Así que Hitler lee *The Tatler* —señalé, mientras mi imaginación me regalaba una imagen del Führer con su uniforme pardo y botas relucientes como espejos, comentando fotos de debutantes o de la última edición de las carreras de Ascot. Una imagen que, por cierto, encajaba muy bien con la idea de él que me hice en aquella visita a Múnich en la que tan amablemente nos paseó a Muv, a Farve y a mí en su enorme Mercedes. No era difícil deducir que aquel «amo del universo», como lo llamaba de vez en cuando Unity, conservaba intacta su alma de muchachito de Linz que se dejaba obnubilar por grandezas. De ahí que le gustara rodearse de aristócratas alemanes. De ahí también su debilidad por Unity, a la que llamaba lady Mitford. Ella misma me lo había contado; lady Mitford... No quiero ni pensar qué habría dicho Farve de saberlo. Las cursiladas le parecían deplorables, incluso aunque fueran las de Hitler.

—No digas tonterías, Woman —perseveró Unity—, el Führer no es ningún esnob, solo un alma refinada y estudiosa de la naturaleza humana. Se interesa por todo. ¿Cómo crees si no que ha llegado a donde ha llegado? Sin ir más lejos, deberías ver la atención que presta cuando le hablo de nuestra familia. ¡Es tan gentil! Me escucha como un ángel y le encanta todo lo que le cuento. Dice que somos una familia muy *spaß*, muy divertida.

***

A continuación, y mientras intentaba encontrar acomodo en el maletero a los primorosamente empaquetados juegos de cama de Muv, Bobo me contó lo que había dicho Hitler cuando ella, con la prolijidad que la caracterizaba, le relató la fuga de Decca, su llegada a primera línea de fuego en el cerco de Bilbao, los esfuerzos de Muv y Farve para recuperarla (destructor de la Royal Navy incluido) y demás aventuras.

—Yo pensé —continuó Unity— que le parecería un horror que Decca fuera comunista y Esmond, periodista y miembro de las Brigadas Internacionales. Pero mi Wolf nunca dejará de sorprenderme. —Suspiró al tiempo que rellenaba con latas de sardinas y sopas Campbell los huecos que le quedaban libres en su maletero—. «Hay que ver lo temperamentales que sois en tu familia», ese fue su comentario y no había ni pizca de ironía en su voz, te lo aseguro. Es más, a continuación añadió: «Me gusta tu hermana Decca. Una chica valiente, capaz de enfrentarse a quien se le ponga delante por sus convicciones políticas; es la perfecta mujer aria y el perfecto reposo de cualquier guerrero. ¿Por qué no la invitas a venir a Múnich?» —añadió—. «Pues porque no va a querer venir ni arrastrada, *mein Führer* ya se lo he dicho, usted no la conoce, es más roja que una gamba». «La que no la conoces eres tú —me porfió él—. Su problema es que no sabe lo que es Alemania. Estoy seguro de que en cuanto vea lo que estamos haciendo a favor de la clase obrera y de los parados, querrá lucir una cruz gamada de oro como la tuya, mi querida lady Mitford. Y yo estaré encantado de regalársela, porque está claro que podría ser otra valquiria, y de las más aguerridas. ¿De verdad que se enfrentó al capitán del destructor ese y lo dejó con un palmo de narices? *Donnerwetter!* ¿Qué dice de esto vuestro primo Winston Churchill?».

***

Mientras Bobo me contaba todo esto, yo iba alcanzándole los pocos bultos que aún quedaban por acomodar en el Morris. Entre otros, su bolso, una especie de morral voluminoso que pesaba lo suyo.

—Te lo voy a poner a los pies del asiento del copiloto, ¿te parece?

Pero ella de improviso, con un gesto brusco, me lo arrebató de la mano, con tanta precipitación, que cayó al suelo desparramándose su contenido.

—Dios mío, Unity, ¿qué es esto?

—¿Acaso no lo ves? —me miró desafiante—, una pistola, una Walter calibre 6,35 para ser más exactos.

—¿Te la regaló él? ¿Para qué, por el amor de Dios, Unity? ¿Para qué?

—Para defenderme de los judíos. Los hay por todas partes. Además, pronto van a pasar cosas.

—¿Qué cosas? ¿De qué hablas? Me estás asustando. ¿Qué dirían Muv y Farve si llegaran a saber que tienes una...?

—¿Estás pensando en chivarte? No me hagas reír, Woman. Ya no somos niñas, ¿recuerdas? Da igual lo que digan Muv y Farve.

—¿Qué has querido decir antes con eso de que van a pasar cosas? ¿Qué sabes? ¿A qué te refieres? ¿Algo malo para nuestro país?

—Al contrario. Es el comienzo de algo espléndido para el mundo entero. Un nuevo orden que durará mil años. Tú mantente atenta a las noticias de BBC Radio, porque en la vieja Europa pronto alumbrará una nueva era.

# 32

## LAS RUEDAS DE LA HISTORIA COMIENZAN A GIRAR

No tuve que esperar demasiado para comprender a qué se refería. A principios de marzo de aquel año de 1938, Hitler anexionó Austria, y sin derramar ni una gota de sangre. De hecho, fue recibido con vítores y llantos de alegría en la que era su patria de origen. Se levantaba el telón del preludio de lo que pronto se convertiría en la más cruel de las guerras. Paralelamente al momento en que el Führer saludaba a las masas que lo aclamaban desde el balcón del hotel Imperial de Viena, comenzó a desatarse una feroz represión. Miles de personas, en especial comunistas y judíos, fueron puestos bajo arresto al tiempo que se procedía al saqueo y destrucción de comercios de los malditos *«Juden»*. Arrastrados a las calles como animales, se les obligaba a fregar la calzada y las aceras de rodillas bajo los puntapiés de los soldados y las burlas y escupitajos de los viandantes. «¡Por fin veo trabajar a los judíos!», «No tienen más que lo que se merecen»...

La nueva era de la que me había hablado Unity en su viaje meses atrás era ahora una cruel realidad, con cada vez más personas desposeídas de sus bienes, expulsadas de sus casas. Para mi dolor y bochorno, pronto me enteraría de que Bobo fue una de las beneficiarias de esta situación. Ella misma me contó en una de sus cartas que Hitler le había regalado uno de los muchos pisos que los judíos abandonaban «voluntariamente». «Uno preciosísimo —así lo

describía ella—, en una de las mejores calles de la ciudad, muy alegre, con grandes ventanales que dan a un parque lleno de flores. Deberías haberme visto, Woman, inspeccionando mi nueva propiedad. "Las cortinas son horribles —le dije a la antigua dueña que aún andaba por allí recogiendo sus cosas—. ¿Cómo se te ocurrió poner estas tan oscuras? Tapan toda la vista". Las tiraré a la basura junto con camas, colchones y demás porquerías. ¿Quién quiere dormir donde ha dormido un judío?».

Fue la época en la que comenzaron también las deportaciones. Había que limpiar Alemania de aquella sangre maldita. Que se fueran a Palestina, o Madagascar; cuanto más lejos, mejor. Algunos se resistían a dejar atrás toda una vida. Otros, los más afortunados, vieron que era el inicio de algo aún peor e imprevisible y decidieron huir. Pero antes de contar qué supondría para Unity esta nueva situación, tengo que retroceder unos meses para hablarles de la llegada de un nuevo miembro de la familia.

***

Julia Romelly, la hija tan deseada de Esmond y Decca, no nació precisamente con un pan bajo el brazo. Poco después de la boda de sus padres en Bayona, el Ministerio de Asuntos Exteriores británico, disgustado por los trastornos y complicaciones diplomáticas que le había causado la pareja, se negó a renovarles el visado para entrar a España. Esmond intentó trabajar desde Bayona, pero su periódico anunció que prescindiría de sus servicios. No le interesaba tener un corresponsal tan lejos de donde estaba la acción. Alegaba que las crónicas que Esmond mandaba no eran más que un refrito de lo publicado por otros colegas que sí estaban sobre el terreno, algo que el *News Chronicle* consideraba poco profesional. Las tropas de Franco se habían apoderado de Bilbao. Esmond mandó telegramas

desesperados a sus superiores, se ofreció a pasar clandestinamente la frontera, unirse como fuera a las Brigadas Internacionales, pero, una vez tomado Bilbao, al *News Chronicle* ya no le interesaba el frente norte.

No le quedó más remedio que rendirse a la evidencia. No era necesario, ¿qué sentido tenía continuar allí? Mejor, volver a casa. Bueno, no a casa de sus padres (su orgullo se lo impedía) y menos aún a la de los Mitford. Esmond consideraba que Muv y Farve habían hecho todo lo posible por separarlo de Decca.

La idea de ambos era hacer las Américas, dejar atrás la caduca Europa sobre la que se cernían oscuras sombras, y emigrar a un mundo nuevo lleno de posibilidades.

Esmond creyó haber descubierto el método infalible para reunir el dinero que necesitaban para emprender otra vida. Vender los caros regalos de boda que habían recibido de sus «decadentes familias» y luego hacer una visita al casino para jugárselo a doble o nada. Pero el dinero que consiguieron por la venta —*rien ne va plus*— se volatilizó en un par de horas barrido por el rastrillo del crupier...

No les quedaba otra que regresar a Inglaterra. Su bebé no tardaría en nacer. Quizá alguno de los camaradas de Esmond pudiera ayudarles a encontrar un lugar barato donde vivir. Al menos tuvieron suerte. Un amigo de pasadas luchas contra el sistema les ofreció un apartamentito al otro lado del Támesis, en una zona portuaria tanto o más apartado del centro de Londres que el barrio en el que vivían Nancy y su marido Peter Rodd. Si Nancy se esforzaba por ocultar que su vida era un infierno de deudas, infidelidades e infinitas estrecheces intentando que Muv y Farve la visitaran lo menos posible, Decca hizo algo similar. No porque su matrimonio fuera infeliz; al contrario, Esmond y ella se adoraban, sino porque Farve seguía sin aceptar a su nuevo yerno. Tampoco

Diana y Mosley se mostraron conciliadores. Tener a un comunista en la familia no era exactamente lo que más entusiasmaba al carismático líder de la Unión Británica de Fascistas. Todo eso hizo que Esmond se enrocara en su papel de pariente incomprendido.

***

—En ti confío para suavizar la situación —me dijo un día Muv—. No sé quién es más cabezota en esta familia, si Farve, con su idea feudal de que es Esmond quien debe disculparse, o Decca, que está en plan esposa coraje, «yo por encima de todo con mi hombre, etcétera». Fíjate que Tom ha intentado hablar con ella por teléfono un par de veces para visitarlos y siempre le da largas: que si estamos poco en casa, que si más adelante, que no me llames tú, ya te llamaré yo... Conmigo hace otro tanto, y estoy preocupada. Ya no sé si está disgustada porque piensa que no aceptamos a Esmond o simplemente no quiere que veamos cómo es su vida ahora...

Le prometí a Muv que llamaría a Decca y así lo hice solo para encontrarme con evasivas similares. Pero yo puedo ponerme muy pesada cuando me lo propongo, así que, al final, aceptó que la visitara.

Me encontré con una Decca ya casi a punto de dar a luz, llena de energía ante las estrecheces y decidida a convertirse en el ama de casa de clase media ideal. Me abrió la puerta desde el telefonillo y, al entrar, por el hueco de la escalera, oí nítida su voz desde lo alto del quinto piso en el que vivía.

—*Darlings, darlings* —le decía a alguien—, haced el favor de no llenarme esto de barro, acabo de fregar. ¡Idos de aquí *ahora mismo!*

Al llegar arriba sin resuello, pude comprobar que los *«darlings»* eran cinco mocosos de diez o doce años que imitaban y se burlaban de su acento de niña rica al tiempo que le pisoteaban el rellano de

las escaleras, hasta dejarlas llenas de huellas negras y bastante malolientes. «¿Está mejor así, no crees, so estirada?», rieron antes de volar de nuevo escaleras abajo mientras Decca los amenazaba con la mopa.

Al verme, se encogió de hombros con una sonrisa de «no pasa nada», y entramos en su apartamento.

—¡Bienvenida al 23 Tremordie Mansions! —anunció. Llevaba un vestido de flores grises y, sobre él, un delantal con dos enormes tomates bordados con el que su vientre de ocho meses parecía aún más abultado. Sus ojos brillaban de lágrimas.

—*Darling* —le dije abrazándola, lo que le permitió enjugar con más disimulo, y por encima de mi hombro, su llanto—. ¿Estás bien?

—Mejor que nunca —sonrió—, solo que *odio* fregar escaleras. Y no te creas que es solo por esos chiquillos. Cuando llego arriba con el cubo y la fregona, vuelven a estar sucias abajo. No hay manera de conseguir que el edificio quede limpio, siempre está sucio.

—Y seguirá estándolo, cielo —reí con ganas—. ¿No te das cuenta de que estás fregando al revés? Las escaleras se limpian de arriba hacia abajo, nunca de abajo arriba.

***

Así era Decca como ama de casa. Entre su particular método de adecentar escaleras, su acento finolis y el aroma a comida quemada que escapaba día sí y día también de su cocina, era el hazmerreír del vecindario.

—No te creas que me importa —dijo mientras pasábamos a la salita en la que languidecían un par de butaquitas y un viejo sofá—. Todo esto es provisional, el tiempo justo para reunir el dinero suficiente e irnos a América. No vamos mal. Esmond ha encontrado

trabajo en una agencia de publicidad y sigue escribiendo artículos para los periódicos. El otro día vendió uno estupendo por dos libras.

—Vamos, Decca, Muv y también Farve están deseando ayudarte.

—¿Para qué? ¿Para poder opinar luego sobre mi vida? ¿Para decir que Esmond y yo tenemos que dejarnos de pájaros en la cabeza, de salvar al mundo de los fascistas y volver a la sensatez o, lo que es lo mismo, al redil? No, gracias, nos arreglamos muy bien. Tenemos amigos que nos ayudan y no nos juzgan. Gente comprometida, bohemios y con ideas de izquierdas, como nosotros. «Bolches», como los llama Farve. Bien, pues te diré una cosa. Gracias a que ellos comparten con nosotros lo poco que tienen, saldremos adelante. Solidaridad, eso es lo que yo llamo... ¡Oh, Woman! —palideció de pronto—, me parece que he roto aguas. —Y luego disimulando una mueca de temor, tuvo el ánimo de bromear—: Parece que ya anuncia su llegada al mundo otro amante de la libertad.

***

No fue un amante, sino una amante, y la llamaron Julia. Si bien no vino con un pan bajo el brazo, como antes he dicho, facilitó un acercamiento entre Decca y el resto de su familia. Los viejos lazos Mitford volvieron a trenzarse al menos durante los primeros quince días. Julia era una niña regordeta con el corte de cara de Decca y el encantador hoyuelo de Esmond. Así lo comentó, por ejemplo, nuestra prima Nellie, abuela paterna de la criatura, que pisaba por primera vez aquel barrio tan proletario en el que vivía su hijo. Había llegado con un enorme cochecito de bebé que parecía un Rolls-Royce, y que mi hermano Tom y yo, que estábamos de visita, ayudamos a subir los cinco tramos de escalera entre la chufla del vecindario. No fue el único regalo de la recién estrenada abuela.

Nellie Romilly proveyó a Julia de una niñera («Solo por unos meses, querido», se excusó ella ante Esmond, que no estaba en absoluto de acuerdo con un regalo tan capitalista), pero Decca la miró agradecida. Era tan agradable, aunque solo fuera por una temporada, volver a la vida que había conocido siempre.

—Vamos, cielo —argumentó, entre conciliadora y aliviada—, solo hasta que yo me reponga un poco. Los hombres no tenéis la menor idea de lo que es un parto y, menos aún, la lactancia.

Esmond aceptó «solo por quince días, ni uno más». Pero había otras cosas por las que no estaba dispuesto a pasar. Como por el vestidito de nido de abeja con abrigo y gorro a juego que le regaló Diana a Julia.

—Devuélveselo —le dijo a Decca—, no necesitamos sus regalos.

—Cielo, es mi hermana —intentó convencerlo Decca.

Pero Esmond estaba dispuesto a pasar por el cochecito que parecía un Rolls-Royce y por la niñera (siempre que no fuera uniformada, hasta ahí podíamos llegar), pero no por el vestidito capitalista de Diana. No quería nada de ella, y menos aún del fascista de su marido Oswald Mosley.

A Decca no le quedó más remedio que escribirle unas líneas a Diana:

> *Gracias por el vestido, querida, pero Esmond no quiere que acepte tu regalo, espero que lo comprendas.*

A partir de ese día, Diana y Decca no volverían a verse ni a hablarse durante décadas. Ni siquiera un fatal acontecimiento ocurrido cuatro meses después lograría salvar del todo el abismo abierto entre ambas.

Sucedió que, una lluviosa mañana de primavera, Decca llevó a Julia a una de las clínicas gratuitas que el Partido Laborista había

abierto en su barrio para una revisión rutinaria. Allí le informaron de que había, en aquella parte de Londres, una epidemia de sarampión.

—No hay nada que temer, señora, una bebé bien alimentada no tiene por qué contagiarse. Pasó usted la enfermedad de niña, supongo. Si es así, usted misma inmunizará a su bebé.

Pero Decca no la había pasado, tampoco ninguna de nosotras; vivíamos tan aisladas que no nos visitó ni el sarampión. Un mal día, Decca amaneció con el cuerpo cubierto de manchas rojas. Al principio, no le dio importancia. En el dispensario le habían dicho que los bebés sanos y bien alimentados no tenían por qué contraer la enfermedad. Pero luego, al ver que se sentía cada vez peor, me llamó por teléfono:

—Woman, necesito que te lleves a la niña. Ayúdame a alejarla de aquí, Julia es tan pequeña, en tu casa estará mejor hasta que me recupere.

Pero Julia ya se había contagiado. Decca deliraba de fiebre, todo lo que comía lo vomitaba. Cómo la vería de mal Esmond que, contra todos sus principios y con la ayuda de sus padres, contrató los servicios de una enfermera para que la atendiera. Decca, al cabo de unos días, logró recuperarse y lo primero que hizo al despertar de uno de sus afiebrados delirios fue preguntar por su hija. Ni Esmond ni tampoco yo, que como tantas tardes me había pasado a verla, nos atrevimos a decirle que se habían llevado a Julia al hospital y que se encontraba en una cámara de oxígeno. A la pequeña la enfermedad se le había complicado con una neumonía y una insuficiencia renal. Murió una semana más tarde; tenía solo cinco meses.

***

Decca se sumió en un mutismo culpable. Como un espectro asistió al entierro de su bebé, apoyada en Esmond y en mí. Estaba irreconocible, la enfermedad le había hecho perder más de veinte libras y el dolor pareció borrar ya para siempre el pícaro brillo de indomable curiosidad y optimismo que hasta entonces la caracterizaba. Entre todos intentamos consolarla, pero no tenía consuelo. No decía nada, pero yo sabía qué la atormentaba. Lo adiviné por el modo en que miraba a Muv y a Farve, como si los culpara de lo sucedido... Si no hubiésemos vivido aislados como reclusos toda nuestra infancia... Si hubiésemos estado más en contacto con otros niños, ido al colegio y contraído las enfermedades infantiles que todos pasan y que tan leves son cuando se tienen diez o doce años... De haber sido así, ella, Decca, no habría contagiado a su hija, causándole la muerte.

Mi hermana se encerró en sí misma, no quería ver a nadie, y mientras tanto, en los salones elegantes de Londres, esta tragedia se contaba con otra versión de los hechos. Debo, que se preparaba para debutar en sociedad en primavera, oyó, muy a su pesar, el comentario de dos mujeres en el club de tenis que frecuentaba desde que la familia se había mudado a Londres.

—¿Has oído la última de los Romilly? —comenzó una de ellas sin que pareciera que le importase demasiado la cercanía de Debo—. Sí, chica, hablo de Esmond, esa oveja descarriada, y su mujer, Decca. Ella es la tercera (¿o será la cuarta?) de las enloquecidas hermanas Mitford. Pues figúrate que, después de torturar de preocupación a sus padres fugándose a España en plena Guerra Civil, resulta que al regresar (porque, claro, eso de jugar al guerrillero es muy cansado y se pasa más hambre que un ratón de sacristía), se instalaron, todo sea por la libertad, la igualdad y la fraternidad, en un pisucho

miserable al otro lado del río, donde ocurrió lo que tenía que ocurrir...

—¿Ah, sí? Imagino que pronto se cansarían de su propia y proletaria medicina.

—Eso por supuesto, pero no sin que antes les tocara probar una dosis muy amarga. Imagínate cómo sería el antro en el que vivían para que se les muriese de hambre y de frío su bebé de meses. ¿No te parece brutal? ¿Se puede ser más irresponsable? Pobre criaturita, lo que habrá sufrido. Pudiendo vivir como una princesa en Kensington o Belgravia, resulta que por las bobadas bolcheviques de sus padres ha tenido que morir en Rotherhithe, pobre criatura. ¿Un Sobranie, querida? Es de lo poco bueno que ha dado Rusia al mundo últimamente; me encantan estos cigarrillos de colores; son tan *noblesse russe*. Ah, ¿que no son rusos, sino de origen eslavo y se fabrican ahora aquí en Inglaterra? Qué disgusto me das, chica, pensaba que me estaba fumando la barba de chivo del camarada Lenin o el bigotazo de Stalin.

***

Deborah había fingido no oír lo dicho por aquellas dos personas, pero días más tarde, cuando me lo contó, aún le temblaba la voz.

—Dios mío, Woman, jamás seré capaz de perdonarme. Me alejé de allí sin decirles nada. ¿Cómo pude hacer algo así? Ay, si yo tuviera la lengua de estilete de Nancy; o la mirada heladora de Diana: o el desparpajo retador de Unity. O si al menos tuviese tu serena autoridad habría puesto a esas dos cotillas en su sitio. Pero en vez de enfrentarme a ellas, callé y me alejé. Porque soy una cobarde, lo seré siempre, no tengo carácter.

—Cielo, lo que tienes, y a raudales, es prudencia. Una virtud que te será muy útil en la vida. A ver, dime, ¿de qué habría servido

sacarles los colores a esas dos cacatúas insustanciales? Se habrían disculpado con la boca pequeña: «¡Ah, chica, perdona no te había visto, cuánto lo siento!». Y dos minutos más tarde, retomarían su actividad de propalar infundios. Olvídalo, la gente siempre va a hablar. Tú tienes más clase que todo eso, y, por encima de todo, sabes lo que quieres y lo que no.

—¿Y qué quiero?

—A diferencia del resto de nuestras queridas hermanas, quieres ser como todo el mundo.

—Diana diría que eso es aburridísimo.

—Sí, y Decca, cuando se reponga del duro golpe que le ha tocado vivir, seguramente dirá que te importa demasiado la sociedad, mientras que Nancy y Unity, a pesar de que están la una en las antípodas de la otra, coincidirán en opinar que te falta rebeldía y espíritu aventurero. ¿Pero sabes lo que opino yo? Pienso que, de nosotras seis, tú serás quien tenga la vida más de novela.

—Con nuestras queridas hermanas, la competencia es tan dura que lo veo difícil —bromeó Debo, ya mucho menos compungida—. A menos que pienses que mi vida acabará siendo uno de esos novelones rosas tan cursis.

—Algo rosa puede que sea, pero cursi para nada. Yo me la imagino como... como una historia de Jane Austen o de Edith Wharton, sí, eso es. Ahora falta por ver si será de estilo *Orgullo y prejuicio* o más bien como *La edad de la inocencia.*

# 33

## UN POCO DE TODO

En 1938 le tocó a Deborah ponerse de largo, y yo fui la única de la familia, aparte de Muv y Farve, que estuvo presente. El debut en sociedad de mis otras cuatro hermanas y el mío fue un gran acontecimiento, pero me temo que es el destino de los benjamines de la familia: cuando por fin les llega el turno, lo suyo apenas causa revuelo. Naturalmente, Muv se ocupó de que su fiesta estuviera llena de detalles y sorpresas, pero se echó de menos la presencia de sus hermanas. En el caso de Diana porque, embarazada de casi nueve meses de su primer hijo con Mosley, se encontraba con él en el norte del país, ayudándole a recaudar dinero para la Unión Británica de Fascistas. Unity estaba, como siempre, en Múnich con su Wolf, mientras que Decca seguía inconsolable. En cuanto a Tom, embarcado en otro romance con una mujer de esas que Farve denominaba como «gente no como uno», decidió no asistir, a menos que invitaran también a Mildred, lo que tuvo como consecuencia que ambos se quedaran fuera del programa. A Nancy, en cambio, estoy segura de que le habría encantado acompañar a Debo en su día. A pesar de que su vida se desarrollaba en un barrio periférico y viajaba en bus para ahorrar, le seguía encantando la vida social. Ella también estaba embarazada, en su caso de cuatro meses y medio. Con la casa llena de ropa de bebé, moisés, cunita y demás parafernalia, se dedicaba a leer y subrayar libros de maternidad. «Lo

sé todo sobre el cólico del lactante y sobre las virtudes de la magnesia tomada en ayunas», le gustaba presumir. El médico, durante los primeros meses, le había recomendado que guardara cama. «Por vieja —fue su comentario—. Por lo visto, a partir de los treinta años, si eres primeriza, te conviertes en madre añosa, ¿qué te parece?».

—En ese caso, tal vez prefieras quedarte en casa con un caldito —bromeé el día que la llamé para recordarle que la fiesta de Deborah comenzaba a las siete y Muv quería que estuviéramos temprano para ayudarla con los preparativos.

—De ninguna manera. No me la pierdo por nada, me vendrá bien cambiar de aires.

—¿Qué ha dicho tu médico?

—Que estoy como una rosa y que no quiere verme por su consulta hasta el mes que viene. Además, ni te imaginas lo en serio que me he tomado esto de ser madre añosa. Llevo en casa ni sé cuántas semanas aburrida como un hongo.

—¿Y Peter cómo se ha tomado tanta inactividad?

—A su estilo —rio Nancy—. Se largó a la Riviera francesa con unos amigos. «Estarás más tranquila, cielo. Los hombres no somos más que un estorbo en situaciones así». Eso me dijo y allá se marchó, pero no sin antes encargar un sombrero panamá en Lock & Co. Hatters que debió de costarle un dineral.

Después llamó a Nanny Blor para decirle que iría, pero Nanny no estaba de acuerdo.

—Los médicos dicen las cosas por algo. Ya te contaremos Pamela y yo todos los chismes de la fiesta cuando vayamos a verte el domingo. Estoy pensando en llevarte algo de salmón que tanto te gusta y unas cuantas latas de sardinas. Al bebé le vendrá fenomenal un poco más de calcio. Hasta el domingo, cielo.

Nancy dijo que sí, que por supuesto (ni ella se atrevía a contradecir a Nanny Blor), pero ya había hecho sus planes. No quería perderse la fiesta de Deborah; era su ahijada, ellas dos eran la mayor y la pequeña de la familia. ¿Cómo no iba a ir? Incluso le había pedido a Diana que le prestase un traje de Worth carísimo de esos que ahora no se podía permitir. Uno de gasa rosa empolvado que entonaba maravillosamente con sus ojos esmeralda y que era lo suficientemente suelto por delante como para disimular su embarazo.

La misma mañana de la fiesta había dado un largo paseo por el parque. El día era radiante y ella llevaba tanto tiempo sin ver el sol... «Venga, milla y media al menos; subir hasta el puerto y vuelta».

Comió temprano y luego, hacia las cinco de la tarde más o menos, le pidió a la señora Peters, que la ayudaba con las labores domésticas, que le planchara con muchísimo cuidado el vestido y que la ayudara a vestirse. A diferencia de otras mujeres con situaciones económicas más desahogadas, Nancy nunca había tenido una doncella personal. Gracias a eso, no hay mal que por bien no venga, tenía mucho arte a la hora de recogerse el pelo y maquillarse. Tanto, que sus amigas más despistadas le preguntaban si su doncella era francesa o, mejor aún, española. El pelo oscuro de Nancy tenía un no sé qué de rebelde, y cuidadamente despeinado, resultaba encantador. Se miró al espejo. Después de tan largo paseo sin sombrero, había adquirido un cierto color, pero mejor así; después de semanas en casa, se había quedado más verde que una acelga. Se miró al espejo. Estaba muy guapa. El embarazo le había rellenado la cara difuminando las arrugas que, a sus treinta y tres años, empezaban a asomar. Poco antes de salir de casa, me telefoneó.

—Woman, tardaré unos tres cuartos de hora, calculo yo, ya sabes lo lejos que esta Siberia del centro. Por cierto, Peter olvidó sacar dinero en efectivo del banco antes de largarse a la Riviera. ¿Te importaría estar un poco pendiente cuando llegue por si me faltan unos chelines para pagar el taxi?

Le dije que por supuesto que sí, y como quería ayudar a Muv para que la casa estuviese lo más deslumbrante posible, le pedí a Nanny Blor que me avisase de su llegada.

Esta nunca se produjo. Poco antes de salir de casa, se sintió mareada. Le pareció natural, llevaba semanas en la cama. Se vistió sin más contratiempo y luego, por precaución, se agarró al pasamanos para bajar la escalera. Mejor así para evitar un tonto tropezón de último momento; las sandalias doradas que también le había prestado Diana eran un sueño, pero le quedaban algo grandes. Al llegar abajo, rechazó la sugerencia de la señora Peters de sentarse unos minutos. «Estoy fenomenal, mejor que nunca», dijo justo antes de notar como si un clavo finísimo y ardiente la atravesase a la altura del ombligo. «Mejor —caviló— seguir el consejo de la señora Peters y sentarse hasta que llegara el taxi». Era temprano. Aquello no debía de ser más que una contracción fantasma de esas que a veces tienen las embarazadas. ¿Y si se daba un paseíto de unos cinco minutos por el salón arriba y abajo? Seguro que se le pasaba la aprensión, no hay nada como estirar las piernas.

Se quitó las sandalias y dio un par de vueltas hasta que, de pronto, sin aviso, sin un dolor, comenzó a notar cómo un hilillo ardiente le recorría las piernas tiñendo de sangre su vestido de fiesta.

***

El espectro de aquel bebé que nunca llegó a nacer no fue la única sombra que se cerniría sobre la fiesta de debutante de Debo. Había algo espeso en el ambiente general, un pesimismo compartido que se extendía como aceite viscoso por todo nuestro país sin que supiéramos bien por qué. Nos habíamos acostumbrado a los frecuentes choques entre fascistas y comunistas que se producían en las calles, pero estos eran cada vez más violentos. Además, Hitler no cejaba en sus ambiciones expansionistas. Después de anexionarse Austria, entró también en Checoslovaquia con la excusa de recuperar los Sudetes, una extensión de treinta mil kilómetros cuadrados para proteger a la población alemana, que había quedado aislada en «tierra extraña», tras el vergonzoso tratado de Versalles. A cambio de conseguir la aquiescencia pública de Inglaterra y Francia, el Führer se había comprometido por escrito a no tocar el resto del territorio checoslovaco. No pasaron ni seis meses antes de que incumpliera su palabra. Convencido de la debilidad de sus oponentes y más seguro que nunca del grandioso destino que le aguardaba, en marzo de 1939 invadió Checoslovaquia. ¿Y si no se contentaba con eso? —se decía la gente alarmada. ¿Y si Checoslovaquia no era más que el aperitivo de un mayor festín? ¿Qué haría entonces Gran Bretaña? La autoridad de su primer ministro, Neville Chamberlain, había quedado seriamente comprometida, porque, en su intento de apaciguar al Führer, lo único que consiguió fue que este se riera en su cara. Al menos eso pensaban muchos ciudadanos. Otros, por el contrario, apoyaban su actitud apaciguadora. La Primera Guerra Mundial había causado millones de muertos, ¿de qué servía embarcarse en otra?

***

Como tantas familias de entonces, la nuestra tenía opiniones divergentes. Farve e incluso mi hermano Tom seguían pensando que la mejor solución para Gran Bretaña era aliarse con los alemanes. Unity, como ustedes se pueden imaginar, admiraba y adoraba más que nunca a su Wolf. También Diana estaba encantada con el éxito del Führer. Seguro que ahora se mostraría más proclive a ayudar a su marido y a la UBF, cuyo ideario o fines eran los mismos. Qué futuro espléndido aguardaba a la UBF y por tanto a Mosley en aquel nuevo escenario. En cuanto a Decca, el dolor por la muerte de Julia no había hecho más que reforzar sus creencias políticas, tan diferentes a las de sus dos hermanas. Tras un corto viaje a Córcega (regalo de la madre de Esmond para que la pareja pudiera pasar su duelo), una vez de nuevo en Londres, decidieron entrar en contacto con una asociación de exiliados españoles comprometidos con la causa republicana. Franco casi había ganado la contienda. La República aún resistía numantinamente en el noreste de la Península, pero lo hacía dividida, debilitada, con más sueños que esperanza. Enfrente tenía una fuerza arrolladora apoyada por la aviación italiana. Y también por la alemana, que se dedicaba a ensayar y perfeccionar las estrategias de ataque que tan útiles les resultarían de cara a sus planes de conquistar Europa. Los mítines a los que Decca y Esmond acudían en Londres en apoyo de la menguante República eran tan desesperados como su situación en España. Apenas lograban congregar a un puñado de personas. Cuatro gatos nostálgicos (había más personas sobre el estrado que público) que se juntaban en Hyde Park con un megáfono, y que, ante la mirada indiferente de los viandantes, repetían «¡No pasarán!» y «¡Venceremos!», hasta quedarse roncos

Al volver del parque con Esmond, los dos bajo la lluvia, ateridos de frío, arrebujados en sus viejos abrigos de niños bien, gastados

ahora y llenos de lamparones, se contentaban diciendo que aquello no debía ocurrir de ninguna manera en Inglaterra y ellos estaban dispuestos a impedirlo. Pero su situación era todo menos fácil. Andaban tan mal de dinero (y de ninguna manera contemplaban la posibilidad de pedir ayuda a su familia) que muchas veces se iban a la cama con apenas una taza de té y un chusco de pan en el cuerpo. En cuanto Decca se sintió físicamente más fuerte, decidió buscar empleo en la misma agencia que Esmond. El trabajo, según le explicó el dueño de la empresa, consistiría en realizar encuestas mediante un nuevo método desarrollado en Estados Unidos por un tal doctor Gallup. Dicho método estaba diseñado para averiguar y estudiar la reacción de los consumidores ante diversos productos, sobre todo los relacionados con el hogar y la alimentación.

—¿Comprende usted, señora Romilly? Cuantas más amas de casa entreviste, mejor sabremos qué pide el mercado: ¿les gusta más el pollo o la carne de cerdo? ¿Prefieren lavar la ropa con jabón en pastilla o con detergente?

A Decca aquello le pareció la quintaesencia del mundo capitalista: optimizar ventas y crear necesidades que el consumidor no sabía que tenía. Pero, bueno, la necesidad es la necesidad, se dijo, y al día siguiente de que la contrataran comenzó a viajar por toda Inglaterra. Acudía a casas en barrios populares para hacer preguntas para ella tan increíbles como: ¿cuántas veces a la semana lava usted los platos? O ¿cómo toma su marido el té, con azúcar o sin azúcar?

Por las noches, alojada en hoteles en los que reinaban chinches y cucarachas, Decca compartía habitación con cuatro o hasta seis encuestadoras. Sus nuevas amigas eran heterogéneas. Había antiguas bailarinas de cabaret, que se habían quedado sin trabajo; otras eran protegidas del jefe, que no hacían más que quejarse y poner pegas a todo; las había con estudios tan escasos, que les

costaba rellenar los cuestionarios. Antes de irse a la cama y tras masajearse bien los pies hinchados después de horas de caminata, con linimento Sloan, entre cigarrillos y cervezas de jengibre, se dedicaban a intercambiar historias de sexo y miseria que, según contaría Decca más tarde en sus memorias, le repugnaban y fascinaban a la vez, «hasta tal punto —dejaría escrito— que yo deseaba con toda mi alma que aquellas chicas no representaran a la clase obrera que estaba destinada a hacer triunfar la revolución mundial. Para ser sincera, no parecía haber el menor riesgo de que así fuese. Ninguna de ellas estaba interesada lo más mínimo en cambiar el mundo. Cuando leían los periódicos, las únicas páginas que les interesaban eran las de sucesos, y aún con más fruición, las de sociedad, dedicadas a recoger qué hacían nuestras queridas princesitas Lilibeth y Margaret Rose, es decir, la futura reina Isabel y su hermana menor».

A pesar de los más que bienvenidos ingresos que Decca conseguía con su trabajo de encuestadora, su vida y la de Esmond continuaba llena de estrecheces. Por inquebrantables que fueran sus creencias políticas, no dejaban de ser prisioneros de la forma en la que habían sido educados, lo que se traducía en situaciones chuscas. Por ejemplo, al no haber visto en su vida una factura de la luz, pensaban que la electricidad era como el aire, gratis y para todos. De ahí que pusieran los radiadores al máximo y no se molestaran en apagarlos al salir de casa. Cuando llegó la primera factura, y al ver la cifra sideral que les reclamaban, intentaron esquivar su pago. Fingían no estar en casa cuando llegaba el cobrador o le pedían a un vecino que dijera que se encontraban de viaje y no volverían hasta el verano. Para julio, calculaban ellos optimistas, ya no necesitarían los radiadores, y así pensaban ir tirando.

No duró mucho la triquiñuela. Un día helador, de esos de la primavera británica en las que abril se parece demasiado a enero, les cortaron el suministro. Al final, fui yo, Pamela, quien acabó pagando la factura. Si por ellos fuera, habrían seguido sin calefacción y sin agua caliente hasta la llegada del verano. O hasta la llegada de la pulmonía triple, porque los dos moqueaban de lo lindo.

—Gracias, Woman —me dijo Decca cuando le extendí un cheque por cincuenta libras, una verdadera fortuna entonces—. No sé qué sería de mí sin ti, siempre al rescate.

—¿Para qué estamos las hermanas? —respondí, y luego le rogué que no le dijera nada a Nancy. Seguro que nuestra querida hermana mayor, que también pasaba estrecheces, no habría desaprovechado la ocasión para comentar algo así como: «¡Ah, nuestra fiel y siempre generosa Woman! Deberías hacerte *boy scout*, querida, o mejor aún dama del Ejército de Salvación. ¿No quieres auxiliarme a mí también con uno de tus cheques? Suerte la tuya de tener un marido con tanto dinero, debe de ser agradable no preocuparse por cómo llegar a fin de mes».

Estoy exagerando, naturalmente, Nancy jamás me habría pedido ni un penique. De hecho, cada vez que le preguntaba cómo estaba y si necesitaba algo, respondía lo mismo: «Estoy mejor que nunca, ¿no me ves?».

# 34

## Peter Rodd, como Mambrú, se va a la guerra

Desde comienzos de aquel crucial año de 1939, yo había intentado estar lo más cerca posible de mi hermana mayor. Pensaba que, aunque jamás lo confesaría, me necesitaba. Sobre todo, después de perder el bebé que esperaba. Eso por no mencionar el hecho de tener que lidiar a diario con un marido que se caracterizaba por conjugar todos sus verbos en primera persona del singular: «Yo quiero, yo necesito, yo hago, yo digo...».

Por eso, la llamaba prácticamente todos los días, pese a que, como les comenté capítulos atrás, yo no era precisamente su persona favorita en este mundo. Según Nancy, la sumí en un estado de furia permanente desde el mismísimo día en que nací al tener que compartir conmigo la atención de nuestros padres. Aquella era una frase que le encantaba repetir en las siempre ingeniosas entrevistas que salían en la prensa cada vez que publicaba un nuevo libro. De momento, ninguna de sus novelas había sido un gran éxito; le daban notoriedad y excelentes críticas, pero poco dinero. Tras la publicación de *Trifulca a la vista* que, a pesar de su ironía y su refinada acidez, no había tenido buena acogida por parte de los lectores, llevaba meses trabajando en su próxima obra. Según me contó, en *Pastel de paloma* pensaba satirizar esta vez el modo en que la clase alta británica estaba viviendo aquellos años finales de la década de los treinta. Unos en los que todos se dedicaban a

continuar con sus vidas, sus frivolidades y sus bobadas de ricos ociosos sin querer darse cuenta de la creciente amenaza nazi. Una novela muy apegada a la realidad que estábamos viviendo, que prometía mucho y de la que ya se hablaba en ciertos ambientes, pero que, hasta que no terminara de escribirla, no le reportaría beneficio económico alguno.

Por eso, Nancy se había visto obligada a aceptar propuestas de colaboración de medios que no eran precisamente prestigiosos. Cuantas más, mejor, porque todas, las poco prestigiosas y también las de postín, pagaban mal y tarde. ¿Y Peter Rodd? ¿Qué hacía su marido mientras ella trabajaba más que nunca y hacía equilibrios para no llenarse de deudas? Por aquellas fechas, a él, que siempre le había parecido más elegante ser de izquierdas que de derechas, se le había despertado lo que llamaba «mi conciencia social». Una que, según él, llevaba rondándole desde hacía tiempo. Ya en aquel viaje a San Juan de Luz que realizó con Nancy para convencer a Decca de que volviera con la familia, había acariciado la idea de reconducir su vida alistándose en las Brigadas Internacionales y luchar contra las tropas de Franco. Pero finalmente pudo más la comodidad y regresó a su realidad de siempre en Londres: al hipódromo, a los tapetes de juego, a las borracheras épicas, a fingir que intentaba encontrar un trabajo a la altura de sus muchos y muy desperdiciados talentos.

Pero, según le contó a Nancy, una noche tuvo un sueño. Se vio luchando en un terreno enfangado y sembrado de cadáveres al frente de un batallón de hombres, pendientes de sus palabras y de su capacidad de organización y mando. No había que ser Freud para interpretar aquel sueño. La llamada parecía clara, ¿por qué entonces no atenderla? ¿Por qué no ir a España y demostrar a todos lo que era capaz de hacer cuando se lo proponía? Es cierto que, después de tres largos años de lucha fratricida, todo parecía perdido para la

República. Tarragona había sucumbido ante las tropas de Franco y Barcelona no tardaría en caer también. Pero, precisamente por eso, la contienda entraba en una fase en la que alguien como él podía hacerse un nombre, despertar admiración, dar que hablar, todo sin necesidad de jugarse la vida.

En *The Times*, Peter había leído días atrás un reportaje de su corresponsal escrito desde Perpiñán en el que describía la dramática situación que se vivía en el lado francés de la frontera. Millón y medio de personas desesperadas huían ante el avance de los blindados franquistas. Eran hombres, mujeres, ancianos y niños que avanzaban como espectros camino de Francia. Unos en burro, otros en carros, bicicletas, la mayoría a pie, empujando carretillas o carritos de bebé sobre los que apilaban sus menguadas pertenencias: colchones, ollas, aperos de labranza, ropa; en ocasiones, una rueca, una máquina de coser y otros restos del naufragio.

«Está decidido», le dijo Peter Rodd a Nancy una mañana, antes de añadir que pensaba ofrecerse como voluntario para auxiliar a aquellos desheredados de la tierra. Unos, a los que, según relataba también *The Times*, las autoridades francesas, desbordadas por éxodo tan numeroso, procedían a hacinar en barracones y tiendas de campaña levantadas a toda prisa en salinas, barrizales y otros lugares insalubres que más tarde perimetraban con alambre de púas. El Gobierno galo ni se planteaba darles asilo. Imposible, impensable. Había que buscar otra solución, facilitar que se fueran de allí, pero mientras tanto el tifus y el cólera causaban estragos. Se decía que llegaban a morir hasta trescientas personas al día. En especial niños y ancianos, en una crisis humanitaria de proporciones tales que organizaciones de caridad de toda Europa no tardaron en acudir. Y a una de ellas se apuntó Peter.

Con su facilidad para los idiomas (hablaba siete lenguas), con sus dotes de organización (oxidadas, pero no olvidadas aún del todo), con su cultura tan extraordinaria como desaprovechada y su afán de protagonismo, que por fin encontraba la vía para ponerse de manifiesto, Peter Rodd llegó a Perpiñán. Y una vez allí, quién lo diría, se convirtió en un cooperante ejemplar. Se ocupaba de interceder por los refugiados ante las autoridades francesas, de reagrupar a las familias que habían quedado dispersas, también de organizar su traslado al otro lado del Atlántico, en especial a México, de modo que pudieran comenzar una nueva vida.

Todo esto le relataba Peter a Nancy en sus cartas, así como las felicitaciones que recibía de sus superiores. Nancy estaba encantada con tan inesperada metamorfosis. Por fin, Peter había encontrado su lugar en el mundo y una actividad a la altura de su talento. El sueldo que recibía era poco más que simbólico, pero ¿qué precio tiene la abnegación? ¿Y el sacrificio? ¿Y la gloria? Para que Muv, Farve, también nosotras, sus hermanas, y sobre todo para que Tom (que nunca había sentido especial simpatía por el sabelotodo de su cuñado) vieran de lo que era capaz, Nancy nos leía por teléfono párrafos enteros de las cartas que Peter le escribía desde Perpiñán. Cartas con innumerables detalles, cifras, fechas y estadísticas y escritas con no poco talento literario. Pero en las que yo echaba algo en falta: alguna palabra tierna, algún comentario cómplice dedicado a mi hermana.

A Nancy no parecía importarle. De pronto, volvía a sentir por Peter la misma admiración intelectual que la había enamorado muchos años y muchos desengaños atrás. Tan orgullosa y feliz estaba que decidió viajar hasta Perpiñán y verle.

—¿De veras que vas a ir para allá sola? Te recuerdo que la guerra en España no ha terminado —le dije, sin que por supuesto me

hiciera el menor caso.

—Sí, y ni siquiera me costará un penique —argumentó, como si aquello lo explicase todo—. Me he alistado en un viaje de voluntarios que parte el jueves. Estoy deseando ver a este nuevo Peter.

—Nunca llegaré a comprender tu relación con los hombres —repliqué, pero ella se encogió de hombros.

—¿Recuerdas lo que le dice Carmen a su don José en la ópera de Bizet? «El corazón es un gitanillo, que jamás ha conocido la ley». De nada sirve por tanto tratar de entenderlo, Woman. Además, a la gente siempre hay que darle la oportunidad de cambiar, ¿no te parece?

***

Me gustaría poder contarles que las cosas se desarrollaron de otra manera. Pero en este libro me he propuesto mantenerme fiel a la verdad. A pesar de sus contradicciones, Nancy siempre fue una mujer enamorada del amor, y esto es lo que ocurrió:

Nancy llegó a Perpiñán una mañana de sol. Había escrito a Peter anunciándole su llegada, pero no había nadie esperándola en la estación y tuvo que tomar un taxi. No le importó. Haciendo uso de su buen francés (a diferencia de mí, Nancy adoraba ese idioma), dio la dirección al conductor y arrastrando su maleta llegó hasta la oficina de Peter. El local estaba atestado de personas que buscaban información sobre sus familiares. Nancy se abrió paso entre ellas para preguntar en una de las ventanillas:

—*Monsieur Rodd, s'il vous plaît?*

—¿Peter? —le respondió una chica de unos veintipocos años y ojos un tanto estrábicos—. Al fondo a la derecha. Pero si lo que quiere es un empleo, desde ya le digo que no necesitamos a nadie.

Nancy prefirió no responder y dirigirse a la puerta que le habían indicado y, en efecto, allí estaba Peter, vestido todo de negro, con pantalón oscuro y un jersey de cuello vuelto y boina del mismo color (como un francés, pensó ella) y muy afanado en la lectura de unos documentos.

Nancy se acercó a darle un beso:

—Querida —dijo él sin levantar la vista de los papeles que estaba leyendo—, qué bueno que hayas venido. Ya ves, cielo, aquí no estamos para perder el tiempo —añadió, señalando con un amplio gesto de la mano un despachito oscuro del que entraban y salían otros cooperantes tan afanados como él—. Espérame, si quieres, en la cantina; luego, si puedo, me pasaré a tomar contigo una taza de té.

***

Nancy nunca me contó el resto de lo ocurrido en las dos semanas que pasó en Perpiñán con Peter, pero años más tarde convertiría lo vivido entonces en literatura. En *A la caza del amor* (su novela publicada en 1945 que por fin la consagró como la gran escritora que siempre fue), recreó buena parte de lo sucedido. En ella, y con el humor como antídoto, relata, por ejemplo, cómo Linda Radlett (léase, la propia Nancy) llega un día sin avisar a Perpiñán para darle una sorpresa a su guapísimo y muy solidario marido. Pero él, volcado en su noble tarea, tan atareadísimo está en ocuparse de los necesitados que apenas le presta atención. Ella, por supuesto, lo entiende, cómo no lo va a entender, lo primero es lo primero, pero no puede evitar sentirse como un objeto ornamental, algo así como jarrón chino, en medio de la desgracia. ¿Y para qué sirve un jarrón chino en un campamento de refugiados, con muerte y desolación por todas partes? Linda (es decir, la propia Nancy) intenta encontrar

el modo de ser útil, pero no sabe cómo. No sirve como enfermera, se desmaya solo con ver una gota de sangre; tampoco se le da muy bien repartir comida en los comedores comunales. De hecho, no se lo confesaría ni a su sombra, pero le produce arcadas aquella sopa tibia y viscosa que día tras día le toca servir a los que huyen de la guerra. Se ofrece luego como chófer, conducir al menos sí sabe, pero le pasan mil calamidades, algunas risibles y desastrosas, como cuando llenó el depósito del viejo Vauxhall de su marido con gasolina en vez de gasoil, dejándolo inservible. Él, por su parte, se ha convertido en un héroe. *The Times* escribe sobre él un artículo glosando su abnegación, su valía sin par, su eficacia. A ella ni la mencionan, ¿para qué? Los héroes parecen más héroes si son lobos solitarios.

En su intento por ser útil, Nancy le pedía todos los días a su marido que le asignara algún quehacer, el que fuese. Podría, por ejemplo, colaborar en tareas burocráticas, su francés era bueno, incluso podría aprender a escribir a máquina, convirtiéndose así en su ayudante, en su mano derecha. Pero resultaba que su marido ya tenía una mano derecha. Eileen, la chica algo estrábica a la que Nancy conoció el primer día y que era tan diligente y comprometida con la causa como Peter. De hecho, se entendían con solo mirarse. Tanto se entendían que, un día en que ella entró a consultar algo a su marido, encontró a Eileen sentada en sus rodillas.

***

Nancy regresó a Londres en la primavera de 1939 y durante unos meses continuó con la ficción de que su matrimonio funcionaba de maravilla y su marido era un héroe. Un héroe a más de ochocientas millas de distancia, que son los héroes que menos desencantos causan. Recuerdo que, por aquellas mismas fechas, Unity hizo uno

de sus periódicos viajes a Inglaterra para visitar a la familia. «A todos vosotros, excepto a Nancy», especificó en la carta que anunciaba su llegada. «Supongo que a ella tampoco —ironizó a continuación— le interesará verse con una fascista como yo. Nancy es tan liberal, tan *yolosétodo*...».

Me temo que en esa época la política había conseguido lo que parecía imposible, cercenar (casi) los lazos que unían a las Mitford. Unity no se hablaba con Nancy desde que la convirtió en risible protagonista de *Trifulca a la vista*. Pero tampoco Diana le perdonaba que, en esa misma novela, Nancy hubiera hecho una caricatura de su marido, Oswald Mosley, dejándolo como un bobo. En cuanto a Decca y Diana, la relación no era precisamente idílica después de que Decca le devolviera su regalo de bautizo para Julia con el argumento de que «Esmond no quería regalos de fascistas»... Curiosamente y contra todo pronóstico, el lazo que jamás se rompió fue el que unía a Decca y a Unity. A pesar de sus abismales diferencias políticas, continuaron siendo uña y carne. Se escribían regularmente, Unity le contaba detalles de su vida cerca de Hitler, Decca contestaba relatándole cómo había cantado *La Internacional* en la última manifestación leninista a la que había asistido, y luego pasaban a comentar cosas típicas de hermanas: que si Decca había tenido que ir al dentista, porque se le había caído un empaste, o que si a Unity le acababan de regalar un teckel muy parecido a Decca cuando era pequeña, y le mandaba una foto. En resumen, se comportaban igual que cuando compartían aquella habitación en el ático de nuestra casa de Swinbrook dividida por una raya de tiza en el suelo: a la derecha, territorio nacionalsocialista; a la izquierda, campo bolchevique y, en medio, mucho amor de hermanas. «Claro que, como comprenderás, querida —le había advertido Unity a Decca en una de sus cartas—, si llega la ocasión, no me quedará

más remedio que descerrajarle un tiro a ese comunista que tienes por marido. La guerra es la guerra».

Eso mismo le había dicho en aquella última visita suya a Inglaterra, mientras tomaban el té mano a mano en Fortnum & Mason, y Decca lo recordaría siempre. Más aún después de lo que muy pronto sucedería con Bobo. Pero no adelantemos acontecimientos, hacerlo es de muy mala escritora. Yo no aspiro a ser Virginia Woolf, ni siquiera Nancy Mitford. Pero sí a no desviarme de la verdad. Giuditta, mi gran amor, me recuerda siempre que eso es lo más importante en unas memorias.

Por eso, ahora toca explicar que aquel viaje de Unity tenía una segunda intención, aparte de visitar a la familia. Desde mediados del mes de marzo, la bandera nazi ondeaba en el palacio Hradčany de la ciudad de Praga, como un símbolo odiado para la población. Desde luego, los checos no habían dado, ni mucho menos, el recibimiento entusiasta que los austríacos dispensaron a los alemanes cuando se produjo la anexión de su territorio. Unity, que había estado con el Führer en el balcón del Rathaus de Viena, saludando a las masas el día de la *Anschluss*[13] , no comprendía ahora la actitud de los checos. «Pero vamos a ver —argumentaba—, ¿a quién le amarga un dulce? ¿Acaso los checos no quieren ver cómo se produce un milagro económico como el que ha habido en Alemania? ¿No se dan cuenta de la suerte que tienen al estar bajo el amparo de Adolf Hitler? Qué gente tan cerril. Está claro que, como decía Goebbels, a las personas comunes hay que enseñarles a "ver" correctamente». Y eso, según Unity, pasaba por explicar, sobre todo fuera de Alemania, las verdades del mundo, que ahora comenzaba a alumbrar ese Reich destinado a durar mil años.

Tan importante consideraba Unity esta misión, que renunció a estar presente en el quincuagésimo cumpleaños de Hitler. Su idea

era hacerle lo que ella consideraba el mejor de los regalos: conseguir que Gran Bretaña se pusiera de parte de Alemania. El tiempo apremiaba, los hechos se precipitaban, los recelos contra el Führer crecían y era más necesario que nunca tender puentes. ¿Y quién mejor que ella? Por eso, mientras los alemanes festejaban el cumpleaños de su semidiós con una celebración «como ningún otro mortal ha vivido» (así rezaban las crónicas), Unity se subió a su Morris y, tres días más tarde, al llegar a Londres, ofreció a los periódicos un par de artículos que a tal efecto había escrito.

La prensa estaba encantada de dar voz a alguien tan próximo al Führer. Reparos políticos aparte, su punto de vista resultaba de plena actualidad. Recuerdo en especial un artículo firmado por ella aparecido en el *Daily Mirror*, en el que Bobo argumentaba que, siendo las dos naciones superiores, estaban condenadas a entenderse y sería beneficioso para ambas hacerlo cuanto antes. Como ya les he contado en capítulos anteriores, aunque ahora puede parecer imposible, eran muchos los que entonces apoyaban esta idea. Hasta Muv, tan comedida por lo general, llegó a publicar por aquellas mismas fechas en el *Daily Sketch* un artículo en el que ponía de relieve que el nacionalsocialismo había logrado erradicar en Alemania la lucha de clases. Y lo había hecho de la manera más eficaz que existe: elevando el nivel de vida de sus ciudadanos al tiempo que reforzaba las tradiciones y la religión, todo lo contrario de lo que propugnaba el bolchevismo.

# 35

## DIVIDIDA ENTRE DOS MUNDOS

Mientras tanto, las autoridades británicas estaban ya implementando medidas de emergencia de cara a preparar a la ciudadanía para una guerra que parecía inminente. Se formaron largas colas de ciudadanos que guardaban turno bajo la lluvia para que les tomaran medidas para su máscara de gas, aunque descubrirían más adelante que, con las prisas en la fabricación, se les había olvidado incluir una lengüeta que evitaba la entrada de los efluvios exteriores, lo que las convertía en inservibles. En Hyde Park se cavaron trincheras, lo que provocó la protesta de las niñeras que se quejaban de que los niños a cada rato se caían en ellas abriéndose brechas.

El ambiente general era sombrío. Vivíamos en un extraño limbo, sin saber si una nueva escalada bélica por parte de Hitler haría que saltara por los aires esa política de apaciguamiento a la que se había abonado nuestro primer ministro, Neville Chamberlain. O si, por el contrario, se impondría la tesis de Winston Churchill de que a Hitler solo se le podía frenar declarándole la guerra. Eran días de incertidumbre y espera. Bobo publicó dos artículos más defendiendo lo que ella llamaba «una política de paz». Pero, al ver que sus tentativas (bastante ingenuas me temo, pero así era mi muy querida hermana Unity) de que Inglaterra se aliase con Hitler no producían el efecto deseado, decidió regresar a Alemania. Lo hizo en el mes de mayo, y su intención era instalarse definitivamente allí. Su piso

nuevo, situado en la última planta de la tranquila y señorial Agnesstraße, contaba con tres habitaciones y cocina, y ya estaba terminado. Los muebles del salón eran regalo de Hitler, y otro de sus amigos pronazi la había acompañado de compras a un par de anticuarios. Eran tantos los malditos *«Juden»*, le dijo su amigo, que abandonaban el país, que se encontraban maravillas a precios irrisorios. Para decorar el dormitorio, Unity optó por una extravagancia: hizo que con dos banderas nazis el tapicero le confeccionara el dosel. «Y luego, Woman —me contó en una de sus cartas—, ni te imaginas lo que he hecho con la foto dedicada de mi Wolf que guardo en un marco de plata que él me regaló. Le he coloreado los ojos y los labios. Sí, sí, ya estoy viendo tu cara de escandalizada dama victoriana, pero ni te imaginas lo guapo que está. Parece que me mira y me cuida de noche mientras duermo».

En esa misma carta, Unity me relató también que el cónsul británico en Múnich le había advertido de que la guerra no era una probabilidad, sino una certeza y en cualquier momento podía estallar. «Debe usted abandonar Alemania, miss Mitford. Ya no quedan súbditos ingleses en la ciudad. Regrese con su familia, con sus padres, no pierda tiempo. Este no es ya un lugar seguro para usted».

Estábamos casi a finales de agosto y lo que Bobo no contó en su carta fue que Hitler acababa de firmar con su archienemiga, la Unión Soviética, un tratado de no agresión. Después de demonizar a los comunistas, después de dejar bien claro que consideraba a los rusos una raza inferior y a su líder Stalin un campesino ignorante, se alió con él firmando el pacto Ribbentrop-Molotov. Un acuerdo que contenía una cláusula secreta encaminada a dividir a Europa del Este en zonas de influencia; una parte sería para los soviéticos, la otra, para los alemanes. Establecía también y de modo igualmente secreto

el reparto de Polonia. El 1 de septiembre Hitler invadió este país entrando simultáneamente por el norte y el oeste mientras que la Unión Soviética invadía por el este. Fue la primera demostración de la más tarde llamada guerra relámpago, que pondría a media Europa a sus pies.

***

En respuesta, Inglaterra declaró la guerra al Reich el 3 de septiembre de 1939. Pero, ya desde principios de agosto, Unity había dejado de escribirme. Prefería comunicarse con Diana, que era la más afín a su forma de pensar. Podía así confesarse con ella, contarle sus temores, como cuando, a finales de agosto, le escribió para decir que toda la colonia inglesa había abandonado Múnich, estudiantes, hombres de negocios, artistas. Incluso los corresponsales de diversos periódicos que, en tiempos menos turbulentos, se dedicaban a especular con qué tipo de relación unía al Führer y a aquella muchacha tan vehemente y esnob. «A decir verdad —relataba Bobo en su carta—, no tenía trato alguno con ellos, pero el hecho de que se fueran ha conseguido que mi sensación de seguridad se desvanezca ¿Qué pasará ahora, Diana? Ojalá estuvieras aquí conmigo».

***

Debió de ser más o menos por entonces cuando Decca nos dio la noticia de que Esmond y ella se marchaban a América. Al ver que la guerra era inevitable, habían decidido utilizar parte de las cien libras que Muv y Farve le entregaron a mi hermana al cumplir los veintiún años en comprar dos billetes de tercera clase en el próximo transatlántico con destino a Nueva York. El resto se lo reservaban

para ir tirando hasta que encontraran ocupación al otro lado del Atlántico.

Aquellas cien libras tenían una curiosa historia. De niños, Muv nos había abierto una cuenta de ahorro en la que semanalmente nos ingresaba seis peniques a cada uno con la idea de que al cumplir los veintiuno tuviéramos cien libras. Fue cuestión de suerte que las de Decca siguiesen intactas, porque, al resto de nosotros —hablo ahora de Nancy, de Tom, de Diana y de mí—, resulta que Farve, allá a principios de los años veinte, nos había invitado a participar como accionistas en una de sus infalibles inversiones. Un caballero americano de nombre Reno acababa de presentarle un proyecto que le entusiasmó. La construcción de un submarino de bolsillo (y para demostrar su autenticidad, el tal Reno enseñó a Farve todo tipo de planos y maquetas), capaz de descender a las profundidades abisales y sacar a la superficie tesoros perdidos de tiempos de la Armada española. «¡Pensad, niños, en esos cofres repletos de joyas y lingotes de oro!», nos explicó Farve con los ojos haciéndole chiribitas, invitándonos a participar en el negocio. Total, y para resumir, Nancy, Tom, Diana y yo misma firmamos un papel por el que le entregábamos al señor Reno la cantidad de nuestros ahorros acumulados hasta ese momento, que se evaporó en cuanto el señor Reno se hizo humo. Decca y Debo se libraron de la estafa. Al tener entonces unos ocho y seis años cada una, Muv prohibió que entrasen en el negocio, argumentando que eran demasiado pequeñas como para tomar decisiones financieras.

Varios años más tarde, aquellas cien libras fueron las que permitieron otra aventura transatlántica. Según me contó Decca, ella y Romilly lo tenían todo planeado. Ya sabían a qué se iban a dedicar cuando llegasen a América.

—A dar conferencias, ¿no te parece genial la idea? A los americanos les apasiona todo lo que tiene que ver con Gran Bretaña: nuestro acento, nuestras costumbres, nuestro *early morning tea*, nuestra familia real... Los clubs femeninos, por ejemplo, son el blanco perfecto. Los hay por todo el país, seguro que nos contratan. Ya está todo pensado. Esmond dará charlas con títulos tan impactantes como: «Rebelión en Eton» o «La vida sexual en la Universidad de Oxford». Y yo también tengo una idea para mi conferencia. Se llamará «El modo correcto de presentarse ante el rey o cómo ser la perfecta debutante».

—¿Pero no habíamos quedado en que tú odiabas todas esas bobadas de sociedad y demás zarandajas del capitalismo decadente? —inquirí.

—No me vengas con monsergas, Woman. Claro que las deploro, pero de algo habrá que comer hasta que encontremos un buen empleo, ¿no te parece?

—¿Y a qué llamas un buen empleo? Te recuerdo que ni tú ni yo hemos ido al colegio.

—Bah, no me seas ceniza. Estados Unidos es el país de las oportunidades. Y si al principio hay que trabajar en una cafetería o vendiendo periódicos, pues se hace. No se me van a caer los anillos por eso, te lo aseguro. Y a Esmond menos, ya lo conoces. Es hombre de muchos recursos —añadió, enamorada—. Tengo tanta suerte, Woman, no sé cómo hubiera superado lo de Julia si no es por él. Somos dos náufragos a punto de emprender una nueva vida. Pero dos náufragos que se tienen el uno al otro para afrontar lo que venga.

***

Su partida nos entristeció a todos. Decían que no deseaban vivir en el mismo continente que un tipo que auguraba que su racista y clasista Reich —en el que no tenían cabida los débiles y los necesitados— iba a durar mil años. Muv intentó animarse pensando que el exilio de su niña sería solo temporal, pero Nanny Blor estaba desolada.

—¿Cómo que te marchas a vivir a Estados Unidos? ¿No sabes que allí hay terribles terremotos y la gente toma el té metido en unas bolsitas innobles? ¡Ni se te ocurra!

***

Ni Nanny ni ninguno de nosotros podíamos saber entonces que pasarían dieciséis largos años hasta que Decca regresara a Inglaterra. Pero la vida continuaba y había otros motivos de preocupación. De hecho, lo que más nos angustiaba entonces era qué estaría pasando con Unity sola en Alemania.

El 1 de septiembre de 1939, fecha en que Hitler inició la invasión de Polonia, había amanecido un día de pleno verano allá en Múnich, y Bobo en su nuevo apartamento se arreglaba para ir de compras. Como otras veces, había dejado encendida la radio del salón y la puerta del pasillo abierta para que su sonido se filtrara hasta el cuarto de baño, donde acababa de darse un largo baño. Le encantaba escuchar música por la mañana; aseguraba que le daba energía extra para comenzar la jornada. Algo muy necesario en aquellos momentos en los que una calma densa parecía haberse apoderado de la ciudad. Bobo se había vestido ya y comprobaba si el ladeado de su sombrero era el más favorecedor, cuando una voz interrumpió el programa musical anunciando la emisión de un boletín de noticias urgente. No se alarmó. En otras ocasiones, la programación se había visto interrumpida para comunicar una visita

del Führer a tal o cual enclave... o el anuncio de cuánto había bajado el paro en el último mes... Aun así, un redoble de tambores hizo que prestara especial atención y entonces oyó anunciar que las tropas del Tercer Reich se habían apoderado la noche anterior del puerto polaco de Danzig. «¡Polonia es nuestra! *Heil Hitler!*», y luego, y con el mismo aire triunfal, el locutor avisó que aquella misma tarde el Führer se dirigiría a la nación para comunicar un decisivo paso hacia la gloria.

Un día después, el 2 de septiembre de 1939, Unity le escribió a Diana la siguiente carta: «Intenté telefonearte anoche, pero ya era tarde, y a esas horas no están autorizadas las llamadas a Inglaterra. Temo que no volveré a ver a Hitler, Nardy —Nardy era el apodo con el que Unity solía dirigirse a Diana—. Si me sucediera algo y la prensa inglesa publicara artículos falaces contra Wolf, ocúpate, sobre todo, de que la verdad salga a la luz».

Al día siguiente, a las nueve de la mañana, se vencía el ultimátum lanzado por Inglaterra. O Alemania se retiraba de inmediato de Polonia o Gran Bretaña le declararía la guerra. Poco después, el teléfono en casa de Unity comenzó a sonar. Era el cónsul británico para comunicarle que acababa de recibir un telegrama urgente para ella. Al ir a recogerlo descubrió que era de sus padres suplicándole que volviera a casa: «No olvides que estás en territorio enemigo».

Unity, deshecha en lágrimas, pidió papel y pluma y allí mismo escribió:

*Mis queridos Muv y Farve,*

*Estoy en el consulado, donde he recibido vuestro telegrama. Os escribo para despedirme. El cónsul va a tener la gentileza de llevar esta carta a Inglaterra y hará que os la entreguen. Os envío todo mi amor y en especial a mi Boud —Este era el mote*

*que usaba para dirigirse a Decca—. Por favor, escribidle. Tal vez cuando la guerra termine, todo el mundo será amigo de nuevo y la amistad entre Inglaterra y Alemania, que tanto he anhelado, renacerá. Espero que volváis a ver al Führer cuando esto acabe. Con todo mi amor y mis mejores deseos,*

*Bobo*

*Posdata. Besos a Nanny Blor, y espero que todo le vaya bien a Tom.*

Me conmovió especialmente esta última alusión a nuestro hermano. Era consciente de que le tocaría ir al frente y quién sabe si también morir en aquella guerra terrible que su tan admirado Führer acababa de provocar. En nuestra familia la correspondencia era casi una religión, nos comunicábamos prácticamente a diario (por eso me ha sido tan fácil componer estas memorias). Pero la correspondencia, me temo, es una de las primeras víctimas de una guerra, de modo que esta fue la última comunicación suya que recibimos.

Se sabe, sin embargo, que ya de vuelta en su casa, escribió otras cartas de despedida que redactó sentada ante la ventana viendo desde allí cómo la gente en las aceras se arremolinaba pidiendo noticias y sin saber qué hacer. Una de las que redactó fue para Adolf Wagner, el jefe militar del distrito de Múnich; otra para Rudi, una amiga alemana; una tercera dirigida al amigo que la había acompañado a los anticuarios en busca de muebles con los que decorar su maravilloso pisito de la Agnesstraße. Qué feliz había sido allí.

***

Al terminar la tarea, Unity coloca todas estas cartas en sobres individuales y las introduce dentro de otro de mayor tamaño que deja junto a su bolso. En la radio de la salita ya no suena música. Se dirige al aparato y lo apaga, lo que hace que otros sonidos resuenen por toda la casa, como su taconeo diligente de un lado para otro, su ir y venir preparándose para salir de nuevo. Hecho esto, Unity se aproxima a su secreter, abre un cajón. Y luego otro, y otro más. Aunque el orden no es una de sus virtudes, sabe que la ha guardado allí. ¿Pero dónde? Ah, sí, mírala, su pequeña Walther, tan femenina, con cachas de nácar, del calibre 6,35 milímetros, aquí está, en el último cajón junto a una cajita de porcelana *biscuit* regalo de Muv. Es allí donde había dejado las balas; si Muv lo supiera... Coge tres, ¿para qué más? Si todo va como ella planea, solo podrá realizar un disparo. Le parecen pequeñas, inofensivas. ¿Bastarán para....? Sí, claro. Todo es cuestión de pericia y ella ha practicado muchas veces con esta y con otras armas más difíciles de manejar.

Carga la pistola, guarda el sobre con las cartas en su bolso y luego, con la Walther en el bolsillo de su gabardina de verano, corre escaleras abajo y salta a su Morris estacionado a pocos metros. Qué rara está la ciudad. A cada rato se oyen sirenas y vehículos militares que vienen y van. La gente intenta mantener su rutina, pero sus pasos son vacilantes, sus miradas inciertas. Unity se fija en una niñita de unos diez años que camina con un pan bajo el brazo y sonríe; «*Schöne Mädchen»,* le dice al pasar. Todos se empeñan en fingir normalidad mientras Unity acelera calle abajo, camino del Ministerio del Interior. Una vez allí, sube directamente al despacho del *gauleiter* Wagner, y en cuanto este la recibe, le enseña el sobre con las diferentes cartas. «Una de ellas es para el Führer y otra para usted, *gauleiter.* Ambas son importantes». El *gauleiter* Wagner le indica que las deje sobre la mesa, está muy ocupado, la guerra

acaba de estallar; a saber qué quiere aquella estrafalaria amiga del Führer, ya les echará un vistazo.

Unity vuela escaleras abajo, se mete en su Morris y conduce durante más de una hora hasta llegar a orillas del río Isar. Un viento suave mece las hojas de los árboles que comienzan a colorearse de otoño, pero Unity tiene otras cosas en qué pensar. Cerca de allí está su destino. Englischer Garten o Jardín Inglés, el lugar que por su nombre ha elegido deliberadamente para su propósito y que, por suerte y tal como había imaginado, está desierto a aquella hora. Se sienta en uno de sus bancos de piedra. Con el país en guerra todas las rutinas se han alterado. Incluso las del vigilante del jardín que, por orden de su mujer, ha ido a comprar harina y agua; «También velas, seguro que habrá apagones», ha dicho la previsora señora Klug, y el señor Klug, por supuesto, obedece; no pasa nada por abandonar su puesto de trabajo durante un ratito.

Unity saca su Walther del bolsillo. Le alegra comprobar que la mano no le tiembla. Bueno sí, un poco, pero nada que su voluntad y decisión no puedan controlar. Además, tiene pensado apoyar el cañón bien firme contra su cráneo. Todo menos fallar. «No soy capaz de soportar la idea de que nuestros dos países estén en guerra, espero que sepas comprenderme», le ha escrito al Führer en su carta. Algo similar, aunque menos personal, le ha dicho al *gauleiter* Wagner en su misiva para informarle. ¿Habrá abierto ya el sobre con las cartas? Seguro que sí, un funcionario del Tercer Reich es la eficacia personificada. ¿Qué dirá Hitler cuando lea aquellas líneas? Su pobre Wolf, siente darle este disgusto. El frío del cañón sobre la sien hace que se estremezca. Los dedos parecen entumecerse, los nota húmedos contra el gatillo. «Vamos, Bobo —se dice—, solo un instante y ya está. Hazlo por él. También por Gran Bretaña, tu país al que tanto amas... Pobre Muv, ¿qué dirá cuando le den la noticia? ¿Y

Nanny Blor? ¿Y mi querida Decca? Olvídate, no pienses, solo un pequeño movimiento de tu índice derecho y se acabó. Apenas un segundo, pero sobre todo ahora no tiembles, no tiembles».

***

No había pasado ni una hora cuando un coche negro sin ningún distintivo llegó a las puertas del Jardín Inglés. El *gauleiter* Wagner demostró ese día ser un funcionario tan eficaz como Unity había previsto. Al abrir la primera de las cartas, la que iba dirigida a él mismo, encontró, junto con un retrato de su Führer y una insignia del partido, folio y medio en el que Unity, con su llamativa y gruesa caligrafía explicaba sus intenciones y el lugar en el que podrían encontrar su cadáver.

—Apártense, circulen, y ni una palabra de esto, ¿me han entendido? —ordenaron los policías a dos jubilados que curioseaban por allí. Sentada sobre un banco de piedra, vencida hacia la derecha como una gran muñeca rota, podía verse a una mujer. Muy joven, veintitrés o veinticuatro años a lo sumo. Uno de los oficiales que se habían bajado del coche se acercó con cautela al cuerpo. Notó que respiraba, estaba viva. No tenía ni un rasguño, excepto un orificio no más grande que una moneda de cincuenta *pfennigs* en la sien.

—Ustedes no han visto nada, ¿está claro? —exigió uno de aquellos individuos.

Sobraba la advertencia. Los dos ancianos se apresuraban ya camino de la salida. Los tiempos no estaban como para meterse en líos. Uno de los soldados alzó a Unity en brazos, no había tiempo que perder. Sus casi seis pies de humanidad no facilitaban precisamente la maniobra, otro soldado se acercó a ayudar. «Una verdadera *deutsche frau*[14] » —comentó admirativamente el oficial al

mando—. Cuidado, muchachos, cuanto más despacio, mejor, sobre todo mantenedle erguida la cabeza. Así, muy bien, muy bien».

***

Los médicos que la atendieron al llegar al hospital comprobaron que su situación era crítica. Según los rayos X, el pequeño proyectil que le perforó el cerebro se había alojado en la base del cráneo. Operarla resultaba una temeridad, ya era un milagro que continuase con vida.

Cuentan que cuando a Hitler le comunicaron lo ocurrido, no pudo reprimir un movimiento convulso de su mano izquierda, un temblor que de inmediato intentó camuflar agarrándola con la derecha. Más adelante, y sobre todo al final de la guerra, este disimulo se convertiría en un gesto habitual para evitar que el mundo descubriera su incipiente enfermedad de Parkinson, ¿o sería quizá el consumo de diversas drogas lo que le provocaba aquel chivato temblor? Hay teorías al gusto de todos. ¿Qué pensó Hitler al enterarse de que Unity se había disparado? ¿Recordaría a otras mujeres que por él intentaron segar sus vidas? Y no solo las dos tentativas frustradas de su siempre fiel Eva Braun. También la de la bellísima e ingenua Mitzi Reiter que, cuando ambos eran muy jóvenes, había tratado de ahorcarse por su amor. Y luego estaba Geli Raubal, su adorada sobrina, que sí había conseguido su propósito. A Geli no la olvidaría mientras viviese; que se hubiera pegado un tiro para huir de él, no dejaría de atormentar sus sueños.

Mujeres. Por eso, él nunca se había casado. No solo porque su esposa era Alemania, como le gustaba repetir tan a menudo, sino también porque las integrantes del sexo débil eran todas muy latosas. Pero, pobre Unity, pobre niña grande. A Hitler, consumado esnob, le había halagado la admiración sin límite de la que él

llamaba su lady Mitford, tan aristocrática ella, bien conectada con lo mejorcito de Gran Bretaña, leal e incondicional. Asimismo, cómo olvidarlo, le había sido muy útil a la hora de fomentar los celos de Eva Braun y evitar así que le pidiera lo que él no estaba dispuesto a concederle.

—Ocúpense de que no le falte de nada —dijo entonces el Führer al ordenanza que tenía siempre cerca, atento a sus menores deseos. Y luego, bajando la voz, añadió que todos los gastos correrían a su cargo y que dispensaran a fräulein Mitford el trato más exquisito. Se sabe igualmente que tomó otras disposiciones adicionales, como ordenar a Goebbels, su jefe de propaganda, que prohibiera que la prensa alemana publicara cualquier alusión al intento de suicidio de quien había sido hasta ese momento una de sus personas más allegadas. Y se encargó asimismo de disponer que una serie de enfermeras se turnaran día y noche para atenderla y que le informasen personalmente de su evolución. ¿Seguía en coma? ¿Había recuperado la consciencia? ¿Y el habla? De ser así, ¿qué había dicho? ¿Se había referido a él de alguna manera?

***

Y sí. Aunque parezca imposible, contra todo pronóstico y con una bala alojada en el cerebro, Unity recobró el conocimiento un par de semanas más tarde e incluso volvió a hablar. Pero sus palabras eran deshilvanadas, incoherentes. Mascullaba cosas en inglés, se confundía, se aturullaba; su cerebro, decretaron los médicos, estaba irremediablemente dañado, nunca volvería a ser la misma.

Mientras tanto, nosotros en Inglaterra nada sabíamos de ella y achacábamos su falta de noticias a las dificultades propias de la guerra. La carta que Unity escribió a Muv y Farve antes de su *accidente,* y que dejó en el consulado británico para que se la

hicieran llegar, continuaba en Alemania. El cónsul estaba bajo arresto domiciliario, y de los asuntos de Gran Bretaña se ocupaba desde entonces la embajada estadounidense en Berlín. Prácticamente no quedaban súbditos británicos en el país y, en el listado de los que aún permanecían allí, figuraba, en efecto, el nombre de Unity Mitford, pero faltaban los datos asociados a su persona. En el apartado «Domicilio», por ejemplo, aparecía la palabra «Desconocido», y la casilla «Visto por última vez» permanecía en blanco. Farve logró que el Ministerio de Asuntos Exteriores se pusiera en contacto con el representante americano en Berlín y este se tomó como un reto personal encontrarla, pero no consiguió averiguar nada. Las autoridades nazis guardaban silencio absoluto sobre su paradero.

***

Nancy no estaba preocupada por Unity.

—Bah, ya la conoces, Bobo sabe perfectamente cómo cuidarse —me dijo un día en una de nuestras charlas por teléfono. El hecho de que nuestro país estuviera en guerra había complicado, y no poco, las comunicaciones, incluso las llamadas internas, pero nosotras, en la medida de lo posible, conservábamos nuestro ritual de hablar, aunque fuera una vez por semana—. No solo sabe cuidarse, sino que te recuerdo que se ha pasado al enemigo —añadió mi hermana y la oí expeler con impaciencia el humo de uno de sus Benson & Hedges.

—No digas eso —protesté—. A saber qué puede haberle ocurrido. Es extraño que no intente hacernos llegar ni siquiera un telegrama diciendo que está bien. ¿Cómo puedes decir que se ha pasado al enemigo? Bobo adora a su país.

—¿Amar a su país es seguir al lado de ese monstruo que amenaza con arrasar toda Europa ? Yo te diré en qué consiste amar a tu país. Mira a tu alrededor, Woman, ¿qué ves por la ventana? Te diré lo que yo veo. Veo columnas de mujeres y niños que llegan, muchos de ellos a pie, desde el interior del país con la intención de guarecerse bajo tierra en las estaciones de metro de posibles bombardeos. Veo ciudadanos que cubren con sacos terreros la entrada a sus negocios y sus casas. Veo gente que hace acopio de alimentos porque no sabemos qué puede pasar si al loco del amigo de Bobo se le ocurre invadir este país como ha hecho ya con Checoslovaquia y Polonia. ¿No te das cuenta de la que se nos viene encima? Tú, tan cauta y tibia como siempre, Peter y yo, en cambio...

—Pensé que desde tu regreso de Perpiñán habías dejado por imposible al insustancial de tu marido —la interrumpí, no muy caritativamente, es verdad, porque me dolió que me llamara tibia. No era cierto en absoluto. Acababa de enrolarme como enfermera voluntaria en un hospital próximo. Había tanto que preparar. No tardarían en repatriar desde el Continente a nuestros primeros y bravos muchachos heridos.

—¿Qué tienes que decir de Peter? —se revolvió Nancy—. Ya sé que nunca te gustó, pero es *mi* marido. Y, para tu información, se ha alistado en la Guardia Galesa. Deberías verle —y aquí el resoplido del humo de su Benson & Hedges sonaba, a través del teléfono, admirativo e incluso enamorado—, deberías ver lo espléndido que está con su vistoso uniforme, lleva detalles dorados y un magnífico capote de paseo forrado de satén violeta que le ha costado nada menos que veinticinco libras.

No dije nada. ¿Qué podía decir? ¿Cómo alguien tan inteligente como Nancy no veía lo evidente? Aquel uniforme tan poco práctico era una antigualla de tiempos pretéritos. Ahora se luchaba en

trincheras, en submarinos, también en el cielo desde los Spitfire y los Hawker. Desde luego no a caballo, lleno de entorchados y con un sable en la mano. Tampoco le quise recordar que su enésima desilusión con respecto a Peter había hecho que volviera de Perpiñán arrasada en lágrimas. Menos aún se me ocurrió señalarle que aquello recordaba demasiado a la relación que mantuvo con Hamish Erskine, una que le había hecho sufrir tanto que intentó quitarse la vida.

Resultaba difícil comprender que una mujer que lo tenía todo se enamorara siempre de los más egoístas, los que menos la valoraban, los que peor vida le daban.

—¿Estás ahí, Woman? ¡Maldita guerra, malditos nazis, se ha cortado la comunicación!

—No, querida, estoy aquí. Te escucho perfectamente, ¿qué me decías?

—Te estaba contando lo guapo que está Peter con su uniforme de la Guardia Galesa. También que todos mis amigos están haciendo cola en las oficinas de reclutamiento para alistarse. Evelyn Waugh, Robert Byron, también nuestros primos Churchill y, por supuesto, Tom, el primero de todos. Y mientras tanto, los pobres Muv y Farve muertos de preocupación intentando que vuelva a casa esa cabeza de chorlito de Bobo. No hay derecho; Muv hace semanas que no duerme.

Nancy me contó que había estado pasando unos días en Escocia con nuestros padres, justo después de la declaración de guerra.

—Ya sabes la última extravagancia de Farve. Aún no puedo creer que se haya comprado una isla en las Hébridas, ¡una isla! Ni te imaginas lo que es aquello. Menos mal que solo fuimos un fin de semana, porque me sentí como Robinson Crusoe, solo que, en vez de una isla con sol y cocoteros, es un islote congelado, una tierra

baldía barrida por el viento en la que se alza la casona más horrible que has visto en toda tu vida. Es cuadrada y de tres pisos y sobre ella planean unas gaviotas chillonas y tan amenazantes que parecen escuadrones de la Luftwaffe. Allí es donde pasamos tres días. «Hay que ser precavidos. El refugio perfecto ahora que ha estallado la guerra, ¿no crees?». Eso es lo que me comentó Farve en el tren de regreso a Londres, muy orgulloso de su previsora medida.

»Pero la verdadera guerra la tiene en casa. Porque ni te imaginas lo que ha pasado, Woman. Ese maldito Hitler, además de invadir media Europa, está acabando con nuestra familia. No contento con haber abducido a la tonta de Unity, ha deteriorado por completo la relación de nuestros padres. Sí, como lo oyes. Farve no hace otra cosa que reprochar a Muv que Bobo se instalara en Alemania, «con ese maldito suabo u ostrogodo» (desde que estalló la guerra a Farve se le ha despertado el patriotismo más atávico y ahora detesta a los nazis y en especial a Hitler). Muv le recordó que él había paseado encantado en el Mercedes de aquel ostrogodo, y que entonces y hasta antes de ayer, como quien dice, lo consideraba un gran hombre. Farve entonces le escupió a la cara que Hitler era para ella su «yerno» favorito. «Te chifla, no lo niegues —le soltó—, te da igual lo que haga ese carnicero que ahora ha secuestrado a nuestra hija...».

—No me lo puedo creer —exclamé yo, estupefacta.

—Ni te imaginas lo que eran los gritos —continuó relatando Nancy, y la voz le temblaba—. Nunca he visto a Farve en ese estado, lloraba, y Muv más aún. Fue horrible, al regresar a Londres se fue de casa dando un portazo, y Muv no quiso detenerlo.

—Dios mío, Nancy —me horroricé—. Son muchos días sin saber de Bobo y nos está afectando a todos. ¿Dónde está Farve ahora?

—Imagino que en su club.

—¿Y Muv?

—En casa, pero no quiere saber nada. Dice que bastante pena tiene ya como para llorar por Farve.

—¿Y si hablamos con él? Ya lo conoces, dice cosas sin pensar y desde luego no es momento para estar divididos. ¿Qué te parece —le propuse— si organizo un almuerzo, tú, él y yo? Cuanto antes taponemos esta hemorragia, más fácil será acabar con ella.

***

No llegamos a reunirnos. Por la mañana, BBC Radio alertó de la posibilidad de un bombardeo sobre Londres al caer la noche, y la ciudad entera se convirtió en un hormiguero. Unos se dedicaban a arrastrar colchones y otros enseres hasta la estación de metro más cercana; damas del Ejército de Salvación iban por ahí repartiendo mantas y ropa de abrigo a los más necesitados; *boy scouts* enseñaban a los pequeños cómo debían protegerse la cabeza y ovillarse en cuanto oyesen la primera detonación. Pero la amenaza no llegó a materializarse. Fue una falsa alarma. La primera de muchas. En realidad, los bombardeos sobre Londres no comenzarían hasta varios meses más tarde, pero el terror como arma de guerra era muy eficaz, y los nazis eran expertos en sembrarlo; vivíamos en perpetua zozobra. Recuerdo aquellos primeros días tras la declaración de guerra como una mezcla de exaltación patriótica y negra premonición. Las colas ante las oficinas de reclutamiento eran interminables, y entre los que aguardaban florecían los chistes sobre los que todos llamaban «*krauts*» (así se referían despectivamente a los alemanes en alusión a lo mucho que les gustaba el *sauerkraut* o col fermentada). Pero bajo aquella socarrona camaradería acechaba el recuerdo de viejos fantasmas. Apenas veintiún años después de

que acabara la Primera Guerra Mundial, estábamos de nuevo en guerra. Volvían el dolor, la muerte, las mutilaciones, la desolación.

¿Cuántos de aquellos felices muchachos que hacían cola, o de aquellos otros que a la menor provocación entonaban el «*God Save the King*» en las calles, regresarían a casa una vez acabada esta nueva pesadilla? ¿Y qué sería —nos decíamos todos— de nuestra patria, nuestras ciudades, nuestras campiñas? Desde la batalla de Hastings, en el 1066, Gran Bretaña, gracias a su condición de isla, jamás había sido invadida por otra nación. Pero lo que el mar había evitado hasta el momento, no lograría evitarlo ahora. Los pequeños y casi románticos aviones de la Primera Guerra Mundial habían pasado a ser ahora armas letales, no solo cazas de combate, sino también y sobre todo bombarderos capaces de arrasar pueblos enteros.

***

Poco supe de Nancy y de Diana durante aquellas primeras semanas de la guerra. Diana vivía en el campo a varias millas de Londres, y en cuanto a Nancy, a pesar de estar las dos en la capital, teníamos cada una nuestras obligaciones, por lo que pudiera ocurrir. Ella como conductora, yo como enfermera. Sobre ambas habrá mucho que contar en breve, pero antes necesito volver con Unity, porque, por aquel entonces, y para alivio de todos, comenzarían a llegar las primeras noticias de su paradero. Estábamos a finales de septiembre de 1939 y Farve llamaba con frecuencia al Foreign Office, hasta ese momento sin éxito. Los periódicos, en especial los sensacionalistas, competían por ver quién era el primero en dar con ella. «Mientras que miles de nuestros muchachos se aprestan a morir por la ambición suicida de aquel al que ella llama *mein Wolf*, ¿qué hace Unity Mitford? —especulaban con retintín plumillas y corresponsales

—. ¿Dónde se esconde?». A principios de octubre, Farve recibió carta de Janos Almasy, un aristócrata pronazi conocido de Unity, que escuetamente le comunicaba que estaba enferma y debía ser sometida a una intervención quirúrgica, pero no revelaba cuál era la causa. Muv y Farve, desesperados, telegrafiaron a Almasy pidiendo más detalles, pero él respondió con este parco telegrama : «Continúa la mejoría. Stop. No tiene fiebre. Stop».

Era como si Almasy hubiese recibido instrucciones de no revelar nada más. Pocos días después y gracias al *Sunday Dispatch*, uno de los muchos periódicos ingleses que estaban tras la pista, supimos al fin lo que las autoridades alemanas intentaban ocultar. Gracias a la indiscreción de un periodista de Radio Berlín, de nombre Orlov, comenzó a filtrarse la información de que «una mujer del entorno próximo a Hitler había protagonizado un intento de suicidio». No fue hasta una semana más tarde cuando Orlov, refugiado en Belgrado tras haber huido clandestinamente de Alemania, reveló al fin que se trataba de Unity Mitford.

***

A partir de ahí ya se pueden imaginar lo que fueron las especulaciones en toda la prensa mundial. Algunos diarios aseguraban que la Gestapo había fusilado a Unity por espía nada más declararse la guerra; otros relataban que, tras una disputa amorosa con Hitler, «la valquiria británica» había ingerido una gran dosis de Veronal. Por fin, a principios de noviembre, dos meses después del fatídico día en que Unity y su Walther de cachas de nácar entraran en el Jardín Inglés, el Foreign Office comunicó a mis padres que las autoridades alemanas habían hecho saber a la embajada de Estados Unidos en Berlín que miss Unity Mitford se encontraba en un hospital de Múnich en vías de recuperarse, y se

añadía que la antes mencionada señorita había intentado suicidarse el 3 de septiembre.

Más adelante nos enteraríamos también de que, pocos días antes de que nos llegara esta comunicación, Hitler visitó a Unity en el hospital por segunda vez. La primera había sido una semana después de su ingreso. Ella ni siquiera lo reconoció, y cuentan que Hitler salió de la habitación tenso y sin decir palabra. El 8 de noviembre, sin embargo, la encontró desmejorada e inmóvil, pero sí sonrió levemente al verle. Él entonces pidió que los dejaran solos, y al salir, una hora más tarde, aseguró que fräulein Mitford, que se expresaba según él con absoluta coherencia y lucidez, había manifestado su deseo de regresar a Inglaterra y que él facilitaría que así fuera.

De este modo, se rompió el secretismo que rodeaba a Bobo. Y solo entonces se informó a la embajada norteamericana en Berlín de su estado de salud y del nombre de la clínica en la que se encontraba.

# 36

## UNITY VUELVE A CASA

—Cielo, está decidido, viajaremos solo Deborah y yo, no hay más que hablar. —Eso me dijo Muv al teléfono un par de días después. Yo acababa de ofrecerme para ir con ellas a recoger a Unity, pero Muv insistía en que mi lugar estaba en el hospital de St. Mary, donde pronto comenzarían a llegar los primeros heridos, evacuados del frente—. Además, para Debo será una experiencia. ¿No os habéis quejado toda la vida de que Farve y yo os teníamos encerradas en casa sin asomar la nariz y por eso habéis salido tan rebeldes? Esperemos que tu hermana pequeña salga más normalita que vosotras —añadió con un suspiro esperanzado.

Argumenté que yo era de lo más normal, pero Muv ni me escuchó y ya se explayaba dándome detalles de su plan de viaje.

—Como comprenderás, en plena guerra queda descartado que viajemos a Alemania. Por eso Hitler ordenó que trasladasen a Bobo a Suiza, lo que nos facilita mucho las cosas.

—Cuánta amabilidad por su parte —comenté, sarcástica.

—Su traslado a Berna se hará en un convoy especial —prosiguió Muv sin acusar mi comentario—, con un médico y una enfermera que velen por ella. Todo eso nos lo han comunicado a través de la embajada de Estados Unidos en Berlín. También la acompañará Janos Almasy, que fue el primero en proporcionarnos noticias de tu hermana. Por lo visto, es una persona de total confianza del Führer,

así que estará en las mejores manos. Nos avisarán cuando llegue a Suiza y entonces iremos Deborah y yo para allá. Dios mío, Woman, ¡no veo el momento, ha sido todo tan terrible! Dicen que ha perdido mucho peso, que tiene lagunas y que se confunde al hablar, pero está viva. ¡Viva, después de dispararse en la cabeza! ¿Te das cuenta? Un milagro.

A la espera de la confirmación de que Unity estaba ya camino de Berna, Farve aprovechó para hacer otra de sus llamadas a las altas instancias. Daba la casualidad de que Oliver Stanley, pariente de la familia (hay que tener parientes y amigos hasta en el infierno, esa fue siempre la consigna de Farve), ocupaba un cargo importante en el Ministerio de la Guerra. Fue a él a quien Farve acudió para decirle que Unity estaba muy grave y que tenía mermadas todas sus facultades. «Espero que comprendas que no es cuestión de arrestarla por "colaboración con el enemigo" cuando llegue a territorio británico —añadió con convicción—. Confío en ti, Oliver». Y fiel a ese invisible pero muy eficaz vínculo que entonces llamábamos «la inquebrantable solidaridad de los aristócratas», Oliver Stanley le dio su palabra de que así sería.

Una vez salvado este primer y gran escollo, Muv y Debo se aprestaron a partir. A Muv le hubiera gustado encontrar algún médico (que no cobrara una fortuna) que quisiera acompañarlas, pero no lo consiguió; en guerra todo es difícil. Según me contaría Deborah más adelante, el viaje a Suiza fue de los que no se olvidan. A causa de las severas restricciones energéticas en Francia, el tren no tenía calefacción y les tocó viajar dando diente con diente hasta llegar a Berna. Y aquel mismo frío, húmedo, perenne, desolador, sería como una culebrilla helada al ver en lo que se había convertido Bobo. Deborah me lo contó así:

—Ni te imaginas, Woman; nos miraba a Muv y mí con sus ojos azules, tan desproporcionadamente grandes, que parecían a punto de saltarle de su cara, ahora demacrada, irreconocible. Tenía los dientes amarillos y el pelo pegoteado y grasiento. No soportaba que le tocaran la cabeza y nadie se lo había lavado desde aquel 3 de septiembre cuando la bala se le incrustó en el cerebro. A partir de nuestra llegada, su aspecto comenzó a mejorar, pero muy poco a poco, aunque su pelo, ¿te acuerdas de lo bonito que era?, ya nunca recobraría su aspecto normal, se volvió ingobernable. Sus mejillas hundidas hacían que los dientes parecieran aún más largos y amarillos. Su sonrisa era extraña. Como vacía en aquella cara y en aquel cuerpo encogido, roto. Estuvimos dos o tres días más en Berna hasta que engancharon un vagón ambulancia al tren. Pero el viaje hasta la costa francesa fue para ella una pesadilla. Cada vez que el tren daba un bandazo, Bobo sufría lo indecible, gritaba que aquel maldito convoy lo hacía a propósito, que querían matarla. Costó convencerla de que no había nada de raro, que todo era normal. ¿Entonces por qué vamos a oscuras? ¡Di! —chillaba—. ¡Y el frío, este frío! Se lo voy a contar a mi Wolf. —Todo eso decía, pero luego caía en largos períodos en los que no recordaba nada; solo lloraba en silencio.

***

Por fin, el 3 de enero, exactamente cuatro meses después de su *accidente*, Unity volvió a ver las costas de nuestro país. En el municipio de Folkestone la esperaba un enjambre de reporteros y fotógrafos. Pero, por orden del Ministerio del Interior, nadie estaba autorizado a acercarse al muelle en el que acababa de atracar el barco.

—¿Se puede saber a qué viene todo esto? ¡Qué despliegue! Hay más policías que gaviotas... ¿A quién creen que esperan, a la reina de Saba? —decían tanto los periodistas como los curiosos.

—Sí, y apuesto que habrá lo menos otros quince o treinta de la secreta por ahí de paisano intentando pasar inadvertidos. Inaudito, ¡y con nuestros impuestos, además! Todo esto para evitar lo que es inevitable, que la gente abuchee a esa maldita traidora. ¿Dónde está lord Redesdale, el padre de la criatura? Mírale allí, aguardando al otro lado de la reja, parece un tigre enjaulado. Venga, Jim, ¿a qué esperas? Sácale una foto.

Lord Redesdale, es decir, Farve, que justo entonces había salido un momento de la ambulancia que alquiló para recoger a Unity, se apresuró a regresar a ella. «Malditos fotógrafos, ni estirar las piernas puede uno. ¿No tiene un padre derecho a recoger a su hija enferma sin todo este circo?», rezongó.

Comenzaba a llover y el barco procedente de Calais se dispuso a atracar en la zona acotada, lejos de donde estaba la prensa. La maniobra fue lenta, parecía no acabar nunca. Refugiado bajo un alero, Farve daba furiosas chupadas a su pipa, que se apagaba una y otra vez. Diez minutos, veinte, tres cuartos de hora... Por fin, abandonando su pipa, Farve se acercó a la pasarela por la que, portada por dos marineros, se bamboleaba la camilla con su hija. Desde lejos, y haciendo votos para que sus objetivos lograran captar el momento, los fotógrafos empezaron a disparar sus *flashes* mientras que Unity, semicubierta por una manta escocesa, los miraba sin comprender. Deborah me contaría más tarde lo ocurrido a continuación.

—Debías haber visto lo que fue aquello. Farve nos esperaba al pie de la pasarela. Marcial y recto como un huso, a Muv y mí ni nos miró. Se limitó a besar a Unity; había lágrimas en sus ojos. Ella lo

miraba, pero no lo reconoció, intentaba cubrirse la cara con su manta de cuadros. Los porteadores introdujeron la camilla en la ambulancia y Farve subió a su lado. No había sitio para más personas. «Nos vemos en el hotel —nos dijo a Muv y a mí—. El comisario Fraser os indicará por dónde salir para esquivar a la prensa, aunque está claro que lo único que les interesa es fotografiar a Bobo». El comisario Fraser nos acompañó a una de las dependencias del puerto más alejada de la zona de atraque, desde donde llamó un taxi, que tardó un siglo en venir. Aun así, para nuestra sorpresa, cuando por fin llegamos al hotel, no había ni rastro de Farve ni de Bobo.

—¿Cómo? —pregunté—. ¡No me digas que la ambulancia se equivocó de hotel!

—No, mucho peor. Al salir del puerto había por lo menos cinco coches de periodistas esperándolos y los empezaron a seguir. La ambulancia puso la sirena y salió a todo gas, pero con tan mala suerte que, cuando apenas habían recorrido poco más de un par de millas, se le rompió un amortiguador.

—Dios mío, ¿y qué pasó entonces?

—Lo que te puedes imaginar. No sé cuántos fotógrafos se abalanzaron sobre la ambulancia. Los fogonazos de sus *flashes* se filtraban a través de los cristales que, por fortuna, eran ahumados. Bobo dentro, aterrada y más confusa que nunca, chillaba y gemía.

—¿No serían los propios periodistas los que provocaron la avería?

—Eso diría más tarde, pero vete tú a saber. Lo único cierto es que la ambulancia, tras muchos minutos de confusión, logró reanudar la marcha y, a paso de tortuga, para que la falta de amortiguación molestase lo menos posible a la accidentada, lograron llegar al hotel.

—¿Y los periodistas?

—Todos detrás, como si aquello fuera un cortejo fúnebre, imagínate la escena. Por suerte, el hotel tenía garaje, y Farve logró que no fotografiasen a la pobre Unity en aquellas circunstancias. Durante toda la noche los periodistas siguieron allí fuera montando guardia. Deberías haber oído los venablos que salían de la boca de Farve...

***

Al día siguiente, los reporteros consiguieron su propósito. El rostro vacío de expresión de mi hermana mientras intentaba en vano ocultar su cara con una manta de cuadros, aparecería en la primera plana de todos los periódicos. Farve se vio en la necesidad de hacer una declaración, y la hizo, no sé si con mucha fortuna. «No me siento en modo alguno avergonzado de mi hija —anunció, con la misma expresión en la cara que solía usar para dirigirse a los más obtusos de sus perreros, antes de una batida a campo abierto—. Sepan, además, que un colega de ustedes, cuyo nombre y filiación no revelaré, me ha ofrecido cinco mil libras por contar su historia. No lo haría ni por veinticinco mil, antes me corto un brazo».

Un poco más abajo de la imagen de «la chica de Hitler» y de las palabras airadas de Farve, el *Evening Standard* se escandalizaba diciendo: «¿Nos hemos vuelto todos locos? ¿Por qué se le da tanta importancia a una señorita ociosa, cuyo único "mérito" conocido es ser amiga de Hitler e hija de un lord?».

La gente en la calle también comentaba, y con no poca indignación, que era inaceptable que en plena guerra se tomaran semejantes medidas de seguridad. Hasta el punto de llegar a bloquear un puerto, para proteger a quien no era más que una traidora a su pueblo. El malestar llegó al Parlamento y se interpeló al primer ministro. Neville Chamberlain —que poco después se vio

obligado a dimitir debido a su fracasada política de *apaciguamiento* con respecto a Hitler— respondió: «La señorita Mitford figuraba en la lista de británicos que necesitaban ayuda para salir de Alemania, y eso es lo que le hemos procurado».

Su respuesta fue como un bumerán. No solo contribuyó al ya menguado desprestigio de Chamberlain, sino también al nuestro. Nos gustara o no a nosotros, que tanto la queríamos, Unity se había convertido en la persona más odiada de Inglaterra.

Comenzó entonces para mi familia un peregrinaje por distintas propiedades familiares tratando de proteger a Bobo. Primero la llevamos a una casita de campo en High Wycombe. Pero estaba relativamente cerca de Londres y los periodistas no dejaban de asediarla. Se había convertido en un deporte conseguir la foto en la pose más desfavorable posible de la *amante* de Hitler. Desesperados, Muv y Farve, a pesar de sus desavenencias conyugales, que se acentuaban día a día, decidieron que lo mejor era trasladarla a Swinbrook; seguro que allí, en nuestro pueblo de la infancia, Bobo se sentiría protegida. Los vecinos la habían visto crecer, sabían cómo era. ¿Dónde podía estar mejor? Alquilaron una casita rodeada de follaje en la que pudiera vivir con Muv a salvo de curiosos. Paralelamente a esto, mis padres se ocuparon de que la vieran los mejores médicos de Londres. ¿Había alguna manera de extraer aquella maldita bala incrustada en su cerebro? Todos los especialistas coincidieron en que era inoperable. Era ya un milagro que siguiera viva con aquel objeto extraño en la base del cráneo. Cualquier tentativa de extraer el proyectil podía suponer su muerte o quedar en peor situación de la que ahora estaba.

Unity no podía comer sola. Tan testaruda como siempre, se emperraba en hacerlo y la comida acababa en el mantel o si no —y esto Farve lo llevaba especialmente mal— le chorreaba mentón

abajo hasta caer al suelo. En otros aspectos, sin embargo, hacía lo que Nanny, siempre optimista, consideraba grandes progresos. Recuerdo uno de los fines de semana en el que Nancy y yo bajamos de Londres a verla. Habían pasado tres meses desde su regreso, la presión mediática había menguado y ella nos aguardaba como una niña, agarrada a la verja del jardín.

—¿Veis? ¿Qué os dije? —comenzó diciéndonos Nanny Blor, orgullosísima—. Camina sola y casi se viste sola, ¿verdad, Bobo?

Pero Bobo meneó enfáticamente la cabeza.

—No, no, mal, muy mal —dijo, negándose a darnos un beso.

—¿Qué es lo que te parece mal? —preguntó Nancy.

—Pues que vuestro tren era el de las 13:18, que llega aquí a las 16:01, y son las cinco. Eso no puede ser, no me gusta.

De poco sirvió explicarle que la proverbial puntualidad de los trenes británicos había sido una de las primeras víctimas de la guerra, que ya nada era igual desde que Hit... en fin, desde que Alemania y Gran Bretaña eran enemigas.

—¿Enemigas como Decca y yo cuando dividíamos nuestro cuarto en dos y hacíamos peleas de almohadas? Era divertido. A lo mejor podríamos hacer una esta noche, ¿qué te parece, Woman?

Nanny nos miró desolada.

—Tiene días —explicó—. Unos mejores y otros...

Pronto comprenderíamos que los días buenos eran casi inexistentes. Había perdido la memoria reciente. No sabía por qué estaba impedida. Le dio por porfiar que había sido uno de los especialistas a los que Muv la llevó en Londres el que le había hecho «un agujero en la cabeza». También decía cosas como que estaba muy contenta de estar en casa, pero a continuación añadía: «Yo creía que todos vosotros me odiabais, pero no recuerdo por qué». Había que estar muy pendiente de ella. Cerrar todas las puertas y,

sobre todo, la de entrada, porque se escapaba a cada rato. Tenía la mentalidad de una niña de ocho o diez años. Le daba por salir de casa con las medias (o prendas aún más íntimas) caídas hasta las rodillas. Dicho esto, tenía de vez en cuando ráfagas inusitadas de lucidez, como por ejemplo cuando un día que estábamos desayunando Nancy, Tom y yo junto a ella y nuestros padres, y mientras, para desesperación de Farve, hablaba con la boca llena de huevo y beicon, le preguntó de pronto a Nancy:

—Oye, tú no serás una de esas personas que se muestran crueles con los demás, ¿verdad?

Tom y yo intercambiamos miradas. Dudo que su mente extraviada recordase los maliciosos comentarios que Nancy le había dedicado en su novela *Trifulca a la vista.* Pero estaba claro que su instinto más primigenio funcionaba. Nancy se apresuró a asegurarle que no, que de ninguna manera. «Cómo puedes pensar semejante cosa, Bobo, querida, yo detesto la crueldad. ¿Verdad que sí?» —nos interpeló tanto a Tom como a mí y los dos nos apresuramos a asentir con todo el énfasis que el caso requería.

Aun así, y desde ese momento, Bobo comenzó a mirar de modo distinto a nuestra hermana mayor. Cada vez que Nancy intentaba mostrarse cariñosa o gastarle una broma, a sus ojos inexpresivos y sin lustre asomaba algo muy parecido al rencor. O quizá al miedo.

***

Ahora que hablamos de Nancy, les contaré que su vida, por aquel entonces, era todo menos un camino de rosas, aunque ya la conocen, hacía lo indecible por disimular. Su nuevo libro, *Pidgeon Pie* (*Pastel de paloma*), aparecido a finales de aquel turbulento año, no contó con la aprobación de nadie. Ni de la crítica, que siempre la adulaba, y tampoco de la de los escasos pero fieles lectores que

admiraban el fino bisturí en el que ella sabía convertir su pluma. Terminado a toda prisa en los pocos ratos libres que le dejaba su trabajo de atender a los heridos, aquella paloma nunca remontó el vuelo. En *Pidgeon Pie*, Nancy retrataba los dos años anteriores al comienzo de la guerra en un Londres lleno de frívolos de clase alta que se negaban a ver lo que estaba por llegar, divirtiéndose en fiestas disparatadas, mientras una pléyade de espías al servicio de los alemanes se convertía en sus amigos y bebía su champán. Yo la considero una de las mejores novelas de mi hermana, brillante, incisiva, cruel y mordaz. En ella no deja títere con cabeza. Ni siquiera a sí misma. Porque su protagonista es claramente ella. Sophia Garfield, que así se llama su *alter ego*, está casada con un hombre «frío como el hielo y un pelmazo ancestral», al que solo ve de Pascuas a Ramos, pero al que no se atreve a dejar, a pesar incluso de que tiene una amante fija, que acaba de mudarse a la casa de al lado. Otra pelmaza como su marido, solo que beata y moralista. A pesar de todo, Sophia persevera, atada a aquel matrimonio absurdo con un hombre al que ni siquiera ama. Porque —al igual que Nancy — pese a ser una adelantada a su tiempo, de defender con uñas y dientes a las mujeres, de vestir de forma transgresora y de ser dueña de una lengua temible, tiene un lado convencional. Así era Sophia, y así era mi hermana, una brillante y perpetua contradicción.

# 37

## Enemigos del pueblo

Y llega ahora el momento de hablar de Diana, a la que tenía un poco olvidada contándoles a ustedes los avatares de mis otras hermanas. Desde que se casó con Oswald Mosley en aquella ceremonia que tuvo por testigo a Adolf Hitler, la vida de la más guapa de las Mitford había sido más o menos tranquila. Fue madre de otros dos hijos a sumar a los mayores, Jonathan y Desmond, nacidos de su matrimonio con Bryan Guinness. Alex Mosley llegó en 1938 y dos años más tarde, precisamente en aquel turbulento 1940 en el que ahora nos encontramos, nacería el pequeño, Max. En lo que se refiere a la política, Oswald Mosley como líder de la Unión Británica de Fascistas, hasta el último momento se había empeñado en defender que la solución al conflicto pasaba por aliarse con Hitler, en vez de confrontarlo. Por eso, tras la invasión de Polonia y la declaración de guerra por parte de Gran Bretaña, para muchos se convirtió en un antipatriota y un traidor, pero, aun así, nunca se desdijo. Seguía porfiando que la guerra era un error.

La primavera de 1940 llegó con temperaturas que más parecían de verano. Estábamos a mediados de mayo y tal como hacemos todos los nacidos en estas brumosas islas, al ver que brilla el sol, Oswald Mosley decidió acudir a la cita que tenía en la City dando un largo paseo. Sería luego, por la tarde, al regresar y a punto de llegar a su casa, cuando se percató de que dos hombres lo seguían. El bien

entrenado ojo del jefe de la Unión Británica de Fascistas los reconoció de inmediato. Eran policías de paisano, que a la puerta de su casa procedieron a detenerlo y conducirlo a la prisión de Brixton.

De lo ocurrido a continuación me enteré cuando Nancy, el heraldo —o tal vez debería decir la Casandra— de nuestra familia, telefoneó para contármelo.

—Querida, tenía que ocurrir. Por fin está donde se merece. Él y un montón de secuaces y camisas pardas de la Unión Británica de Fascistas, acusados todos de alta traición.

—¡No es posible! —me alarmé—. Pero si ayer mismo *The Telegraph* publicaba un comunicado de la UBF firmado por Oswald en el que claramente decía que, ante una posible invasión de Gran Bretaña por parte de Hitler, hasta el último miembro de su formación se ponía a las órdenes del primer ministro, es decir, del primo Winston, recién llegado a Downing Street en sustitución de ese cobarde de Chamberlain.

—Sí, pues mira tú qué credibilidad ha dado el primo Churchill a lo dicho por Mosley. Ya, ya sé lo que me vas a decir, Woman, que en este país no se mete a nadie en la cárcel, así, sin juicio previo. Pero, por si no lo recuerdas, estamos en guerra, y ahora cualquier persona sospechosa de tener, o haber tenido, vínculos con el enemigo acaba entre rejas.

—Qué terrible. Pobre Diana. ¿Has hablado con ella?

—Sí, pero por más que lo intentó, su proverbial sonrisa derretidora de icebergs no funcionó con los policías que vinieron a detener a Mosley. Suerte tuvo de que no la arrestaran también. Total y para resumir, que se ha ido a su casa de Denham.

—Voy a llamarla ahora mismo, necesitará compañía. Imagínate: sola, lejos de Londres, en estas circunstancias y con dos niños tan pequeños; Max no ha cumplido ni dos meses. Menos mal que los

mayores están en Eton y allí se ocupan de que no trasciendan según qué noticias. ¡Dios mío, Nancy! —me aterré—. ¿Tú crees que acabarán deteniendo también a Diana?

—Te recuerdo que fue ella la que invitó a Hitler a su boda y bien que presumía de lo amigos que eran. Porque Bobo puede ser una ingenua y una iluminada, pero lo de Diana es mucho peor. ¿Quién intrigó intentando que Hitler les financiara a ella y a Mosley una emisora de radio con la que lanzar consignas fascistas desde territorio controlado por los nazis? ¿Quién viajaba a cada a rato a Núremberg para asistir a esos monumentales aquelarres organizados por el Reich en que trescientos mil fervorosos rendían pleitesía a semejante tipejo como si fuera un Dios? Todo eso, por no mencionar las cosas que ha dicho contra los judíos; «subhumanos», se ha permitido llamarlos con una de esas sonrisas suyas que hielan la sangre. Si quieres saber mi opinión, no sirve de nada que el señor Mosley esté en la cárcel si la señora Mosley sigue en libertad.

—¡Nancy!

—¿Qué, querida? ¿Acaso no es cierto todo lo que acabo de decir? Estamos en guerra, gue-rra —enfatizó—. Y en tiempos así no se puede uno andar con remilgos ni con lealtades malentendidas.

Me quedé tan perpleja que no supe qué decir.

—No sé cómo no lo comprendes —perseveró ella—. Y si quieres saberlo todo, te diré que Gladwyn Jebb, subsecretario de Estado, me llamó ayer noche. Quería que le dijera lo que supiese acerca de las visitas de Diana a Alemania en los últimos tres años. Le sugerí que mirara en su pasaporte y así podría comprobar cuántas visitas había hecho, y añadí, además, que yo personalmente la considero una persona peligrosa. Y luego subrayé: «Mire, señor Jebb, tal vez mi actitud no es muy propia de una hermana para con otra, pero creo que es mi deber decírselo».

***

No fue Nancy la única en expresarse en estos términos con respecto a Diana. A partir de la detención de Mosley, amigos íntimos dejaron de responder a sus cartas y a sus llamadas telefónicas. Otros le negaban el saludo. Lord Moyne, el padre de Bryan Guinness, su primer marido, por ejemplo, consideró su obligación enviar una carta a las autoridades para informarles «del carácter extremadamente peligroso de mi exnuera, la actual lady Mosley». A continuación, lord Moyne relataba una conversación que había mantenido con la institutriz de los dos hijos mayores de Diana, Jonathan y Desmond Guinness, en la que esta le contó las «indecentes opiniones de lady Mosley con respecto al enemigo», y añadía luego: «Lady Mosley es tan o más peligrosa que su marido, estuvo más cerca de Hitler que él».

Le conté todo a Derek e inmediatamente dijo que debíamos estar disponibles para ayudar a Diana en lo que pudiera necesitar.

Mi marido trabajaba como físico en un proyecto secreto del Gobierno y lo último que le convenía era que lo relacionaran con la esposa de un presidiario, un traidor a la patria. Pero él tenía un enorme sentido de solidaridad familiar. Desde la desdichada muerte de su hermano, se había acercado más a los Mitford. Se llevaba a las mil maravillas con Farve, admiraba a Muv, era gran amigo de Tom y se reía con las ocurrencias de Decca y de Deborah. Con Unity y con Diana tenía menos puntos en común. Pero *«Blood is thicker than water»*[15] , le gustaba repetir, recurriendo a esa antigua expresión rescatada por Walter Scott, que es una de las más famosas en nuestra lengua. Y que la sangre y los lazos familiares son más fuertes que el agua se demostraba, según él, más que nunca en momentos delicados.

El 10 de mayo, Hitler invadió Holanda y, como si no hubiera sido suficiente, casi al mismo tiempo penetró en Francia, que acabó rindiéndose a principios de junio, en lo que se conoce como *Blitzkrieg* o guerra relámpago. Es decir, un ataque rápido y por sorpresa con fuerzas combinadas de tanques, aviones y tropas destinadas a romper las líneas del contrincante y ponerlo de rodillas en pocos días. Se imaginarán la conmoción que la noticia de la caída de Francia produjo entre la población civil de nuestro país. Con más de media Europa sometida a los nazis, la invasión de Inglaterra parecía inminente. Diana en su refugio campestre de Denham se convirtió en blanco de todas las iras. Los vecinos se colaban en la propiedad a romperle a pedradas las ventanas; una zorra muerta y horriblemente mutilada apareció sobre el felpudo de la puerta con un letrero en el que podía leerse solo una palabra: «Tú». El personal que trabajaba en la casa se despidió, y día sí y día también, periodistas de distintos medios intentaban hablar con la que algunos ya llamaban la lady Macbeth del momento.

Derek y yo fuimos a pasar unos días con ella y acompañarla y, contra todo pronóstico, la encontramos espléndida. Como una de esas plantas acuáticas que florecen bellísimas en aguas estancadas, Diana estaba en su mejor momento. Cumplía treinta años justo en esas fechas.

—Sí, querida, pero me temo que seremos pocos en la celebración. He invitado a un montón de amigos, pero se ve que no les han llegado mis cartas, deben de estar todos ocupadísimos —ironizó ella.

Esa fue la única alusión que hizo a la soledad en la que vivía ahora. Con tres cuartas partes de sus habitaciones cerradas, Denham, la enorme propiedad que Mosley y ella habían comprado tras su boda, funcionaba con la sola ayuda de un viejo mayordomo, su mujer y nuestra siempre adorada Nanny Blor. Nanny se había

mudado con Diana un par de meses antes de nacer Max para ayudarla unos días. Pero, tras producirse la detención de Oswald, se negó en redondo a marcharse.

Era un día muy caluroso de principios de verano y nos habíamos instalado en una de las terrazas, con una limonada y unos sándwiches de pepino y otros de rabanitos recién cortados del huerto.

—Maravillas de la vida campestre —comentó Diana, sirviéndonos limonada—. Aquí no existe el racionamiento, todo es sano, tranquilo, idílico. Salvo por la buena vecindad —añadió, señalando una de las ventanas tapadas con cartón después de haber sido apedreada.

Max, su bebé de apenas nueve semanas, dormitaba en su cochecito; Alex, de año y medio, jugaba con la arena, mientras Nanny Blor iba y venía industriosa «haciendo cosas». Esa era su frase favorita.

—¿Por qué no te sientas con nosotros y te tomas una limonada? —le dije, dejándola absolutamente perpleja. Nanny era de la vieja escuela. Cuando estaba a solas conmigo y con mis hermanas y también con Tom, se comportaba como si aún tuviésemos diez años: nos regañaba, nos obligaba a recoger las migas del suelo después del desayuno y a peinarnos si nos veía despeluchados. Pero si había lo que ella llamaba «gente» delante, se comportaba con la mayor deferencia manteniendo las distancias—. Pero si Derek no es «gente» —la apremié—. Ven, siéntate un rato, hace semanas que no te veo.

Nanny me miró alzando su ceja izquierda. «Qué cosas se te ocurren, Pamela», masculló al pasar. Ella solo me llamaba por mi nombre completo cuando estaba enfadada.

Así era Nanny, así eran las cosas en aquel entonces. Pero la guerra acabaría cambiándolo todo. Aquellas grandes casas con un ejército

de doncellas, palafreneros, pinches, cocineros, ayudantes de cámara y mozos de cuadra, con su estratificación social inamovible y absurda, tenían sus días contados. Pero esto ocurriría una vez finalizada la contienda. De momento, nos encontrábamos en la más absoluta incertidumbre, esperando que en cualquier momento Hitler lanzara contra nosotros una guerra relámpago, tal y como la que acababa de poner a Francia de rodillas.

—Y mientras tanto, aquí me tenéis —suspiró Diana, sirviendo una nueva ronda de limonada—, convertida en la enemiga pública número uno. Deberías ver el lugar en el que tienen confinado a Oswald. Apenas me permiten visitarlo una vez por semana, a través de una reja y siempre delante de un carcelero. Él insiste en que se encuentra bien, pero sé que lo dice para tranquilizarme. Gracias a las mujeres de otros reclusos (me he hecho amiga de unas cuantas, hay que ver lo bien que funciona la solidaridad femenina en la adversidad), me he enterado de otros muchos detalles. Viven cuatro y hasta seis en cada celda, tienen un cubo por retrete y sus más fieles compañeros son piojos, chinches y gusanos. Eso por no mencionar las ratas. El otro día Oswald intentó que no viera una herida que tenía en el hombro, así que ya os podéis imaginar cómo es el resto del alojamiento, un verdadero hotel de cinco estrellas.

***

No tardaría Diana en probar las delicias de un hotel similar. La detuvieron apenas unos días después de nuestra visita a Denham. Acababa de darle el pecho a Max cuando Williams, el viejo mayordomo de la propiedad, que se había negado a abandonarla, le comunicó que había unas personas en la puerta que deseaban hablar con ella.

—¿Qué tipo de personas? —preguntó, y Williams respondió que eran tres hombres y una mujer.

—¿Sabes, Woman? —me confesaría días más tarde cuando por fin me permitieron visitarla en la cárcel—, al instante supe que no podían ser otra cosa que policías.

—¿No pensaste que fueran periodistas? Parecería lo más lógico. Al fin y al cabo, después de lo de Decca y sobre todo de lo de Unity, se han convertido en habituales en nuestras vidas.

—No, ni por un momento lo pensé. Los periodistas cazan en pareja, pero tres hombres y una mujer tenían que ser polis. Fui a la puerta y me enseñaron la orden de detención. Luego la mujer, una agente de aire seco, pero con ojos compasivos, me acompañó arriba y se quedó conmigo mientras hacía la maleta. «Meta lo suficiente como para un fin de semana — dijo—, y no intente nada raro, será mejor para usted». Yo solo podía pensar en mis hijos. ¿Qué sería de ellos, en especial, de los dos pequeños? Con la caída de Francia en manos de Hitler, se esperaban bombardeos sobre Inglaterra en cualquier momento. Denham era un blanco fácil y lo suficientemente grande como para resultar un objetivo goloso. «Vamos, señora, dese prisa, no es tan complicado hacer una maleta...».

»Miré hacia la cunita de mi bebé. Max, que ese mismo día cumplía once semanas, dormía tranquilo, pues le había dado el pecho media hora antes. Mi pobre tesoro, tan pequeño. De pronto, y contra toda lógica, mi pecho se endureció, me volvía a subir la leche. «¿A qué prisión me llevarán?», pregunté. Había oído decir que Aylesbury era una cárcel nueva que permitía a las reclusas tener con ellas a sus bebés. La policía dijo que no, que mi destino no era Aylesbury, sino Holloway. Fue entonces, Woman, cuando te telefoneé para que te llevaras a los niños contigo.

—Sí, querida, y nunca olvidaré tu entereza en ese momento. Yo habría estado deshecha en lágrimas.

—Yo no. Desde que comenzó esta pesadilla, nadie me ha visto llorar...

—Cielo —sonreí—, ¡pero si tú lloras hasta con esos seriales romanticones que ponen en la radio!

Diana, al otro lado de la reja que nos separaba, se irguió en su dura silla. No sé cómo lo conseguía, pero vestida con el áspero uniforme de la prisión, estaba aún más guapa que con los elegantes vestidos que usaba habitualmente.

—Una cosa —explicó ella— es llorar a mares con *Viuda a su pesar*, *Mariposa negra* o cualquier otra novelita de esas que devorábamos de niñas, y otra muy distinta llorar ahora. Ni siquiera lo hice cuando me separaron de mis hijos. Antes muerta, no iba a darles esa satisfacción. Por eso, tras despedirme de ellos y dejarlos con Nanny (por suerte, son tan pequeños que no comprendían lo que estaba pasando), le pedí a aquella mujer de ojos compasivos, un único favor.

»—¿Es usted madre? —pregunté, y ella contestó que sí—. Entonces me entenderá. Necesito que de camino a la prisión paremos en una farmacia a comprar un sacaleches.

»—No creo que lo necesite demasiado cuando esté entre rejas —comentó, algo sarcástica—. La leche de la cárcel es perfectamente bebible.

»—No lo dudo, pero yo pretendo seguir amamantando a mi hijo cuando salga de allí en un par días. No puedo permitir que se me corte la leche, tampoco el vínculo que nos une. Por favor, se lo ruego, Max no ha cumplido aún los tres meses».

—¿Y al final accedió? —quise saber.

—Ella me miró con pena y en ese momento no dijo nada. Pero a partir de ahí se mostró más amable. Incluso me acompañó a la farmacia cuando nos detuvimos a comprar un sacaleches. Imagínate —continuó narrando Diana—, pensaba entonces que solo sería un fin de semana y llevo más de veinte días encerrada aquí. ¡Qué cándida fui, Woman! En vez de un sacaleches habría sido más inteligente por mi parte comprar las sales y vendas que usan las mujeres cuando intentan cortar su leche, al menos no habría sufrido tantos dolores. Mi pobre niño; dime, ¿cómo está? ¿Llora mucho por las noches? Siempre le ha costado dormirse, y ahora... ¿Y Alex pregunta por mí? ¿Qué le has contado para explicarle que mamá se ha ido? ¡Son tan pequeños!

Le aseguré que los dos estaban perfectamente. Rignell, la propiedad en la que vivíamos Derek y yo desde que nos casamos, era el paraíso de los niños. Nuestra cuadra de caballos era una de las más bonitas y bien provistas de los alrededores. Teníamos también ponis, perros, gatos y decenas de gallinas que Alex se dedicaba a perseguir con Nanny corriendo detrás.

—¡Siete minutos! —anunció una voz a mi espalda.

El tiempo de visita llegaba a su fin, y, al otro lado de la reja, la matrona que vigilaba nuestra conversación en breve volvería a ponerle a mi hermana las esposas para trasladarla de nuevo a su celda. Queriendo apurar el tiempo, le insistí a Diana para me contara más detalles de su llegada a prisión. ¿Es cierto, como dicen, que a todas las reclusas se las desnuda para cachearlas y luego desparasitarlas?

—Sí, pero lo peor fue el *cajón*.

—¿Qué cajón?

—Me metieron en una caja de madera no más grande que un armario de escobas, estrecha y alta. El único atisbo de luz era un

rayo mortecino que se colaba por una especie de enrejado que había en el techo. Allí me tuvieron cuatro horas. Este procedimiento, que en la jerga carcelaria llaman «la recepción», está pensado para que te vayas haciendo una idea de lo que te espera. Después, y siempre en silencio, me llevaron a mi celda. No era mucho más grande que el *cajón* y estaba tan sucia que de inmediato me dio por adecentarla con lo poco que tenía a mano, un cubo vacío y una jarra con algo de agua. Después de la «limpieza», deshice mi *equipaje*, es decir, las cuatro prendas que había empacado e intenté leer el libro que traje conmigo. No fue muy buena elección la mía. Con las prisas había cogido al vuelo la biografía del conde de Essex, el amante de Isabel I, al que ella cortó la cabeza por traición. En fin, ya te puedes imaginar que lo dejé. Al cabo de unas horas, que se me hicieron eternas, alguien entreabrió la puerta y dejó en el suelo un plato de esmalte desportillado con un enorme bocadillo de algo no identificable y una taza de porcelana gruesa en forma de cono, pero sin asa, en la que había un líquido oscuro que supuse era té, pero tenía la consistencia de una sopa. Me moría de sed, pero no me atreví a beber. Echaba tanto de menos a mi bebé... Tanto. Y luego mi pobre Alex, ¿lloraría al ver que mamá no regresaba? El bocadillo ni lo toqué. A través de una trampilla superior se filtraban distintos sonidos, de rejas que se cerraban, pasos arrastrados, voces ahogadas.

»También, y por primera vez, oí los extraños ruidos que hacen las prostitutas a las que encarcelan por causa de su triste oficio y sin que hayan cometido delito alguno. Ni siquiera sé cómo describirte aquel sonido. Se comunican unas con otras mediante una especie de largo lamento, un triste canto. Me he hecho amiga de varias de ellas, ¿sabes?; en especial de una chica de Manchester que se ha convertido en mi protectora. Tiene un hijo de la edad de Max que ha

acabado en la inclusa, pero ella tiene la esperanza de recuperarlo cuando la dejen salir. Es tan fuerte, ni te imaginas, Woman; se pasa el día contando chistes. «Nada de penas —dice—, puede que el que no llore no mame, pero el que llora mucho deja de luchar, y eso es tanto como perder la batalla». Con Mabel, que así se llama, me ha tocado esta semana fregar los platos. Lo único que te puedo decir es que después de ver el agua en la que se lavan, dan ganas de hacerse asceta o mejor aún faquir —bromeó Diana.

—¿Y las letrinas? —le pregunté. Personalmente era lo que peor habría llevado yo. Me imaginaba a mi elegante hermana, rollo de papel higiénico en mano, guardando cola ante una hilera de retretes tan mugrientos como todo lo demás.

—Oh, no te creas, tenemos dónde elegir. Podemos hacer nuestras necesidades en un orinal de loza con un escudo real, que guardamos bajo la cama, o ir a la zona de baños. Claro que esta otra opción no la recomiendo, sobre todo después de haber metido estrepitosamente la pata ayer.

—¿Cómo metiste la pata?

—Resulta que siempre hay una cola larguísima para las letrinas, así que de pronto me fijé en que había un cubículo marcado en la puerta con la letra V, al que parecía no entrar nadie. Por supuesto, no desaproveché la ocasión. Estaba mucho más limpio que los otros, con papel higiénico y una pastilla de jabón casi intacta. «Siempre voy a venir aquí», me dije, hasta que Mildred, otra de mis nuevas amigas, al verme salir de allí me cogió del brazo. «¿Estás loca o qué? ¿Nadie te ha explicado que ese cubículo con la letra V está reservado para las internas con enfermedades venéreas?».

—¡Dios mío, Diana! —me aterré, pero ella le quitó importancia.

—Bah, ni te imaginas cómo se relativiza todo aquí dentro, Woman. No hay tiempo para lamentarse o decir «pobrecita yo». Aquí se vive

al día. No tiene por qué pasarme nada por haber utilizado una vez ese retrete.

—¿Y si pasa?

—Ya cruzaré ese puente cuando llegue a él. Esa es otra cosa que se aprende aquí dentro. Además, no todo va a salir mal, ¿no te parece? Anda, Woman, cambia esa cara —rio—. Para que veas que no todo es malo, te diré que estoy muy bien acompañada. No solo por mis amigas prostitutas que me ayudan tanto. Hay también varias mujeres miembros de la UBF que, como adoran a Oswald y saben que estoy aquí por su causa, se desviven por mí. Compartimos la comida que nos trae la familia cuando viene a vernos; me preguntan si paso frío por las noches y se ofrecen para prestarme sus mantas; incluso una se empeñó en darme un colchón. «Tengo dos», me dijo. No sé de dónde lo habrá sacado, y obviamente no se lo pregunté. En la cárcel no se hacen preguntas. Mi colchón estaba húmedo y olía que echaba para atrás, así que acepté con gusto el que me ofrecía. Qué gran mejora, al menos las chinches ahora me están dando un respiro. —Alargué mi mano a través de la reja para coger la suya y Diana la apretó con fuerza—. No sufras por mí, Woman, como tú dices siempre: también esto pasará.

—Sí, pero mientras tanto...

—Mientras tanto aprendo. Te aseguro que no encontrarás mejor escuela que esta.

—¡Tres minutos! —anunció la misma voz imperativa de antes, y Diana retomó su relato.

—Tengo otra cosa que contarte pero ni se te ocurra decírsela a Muv, ¿me lo prometes?

—Claro que sí, pero...

—Pero nada. Si no, no te lo cuento. No querrás que le demos más disgustos de los indispensables, ¿verdad? Resulta que me han

cambiado de celda. La de ahora es un poco menos húmeda, también más grande que la anterior, pero tiene un inconveniente. Está justo encima del patio en el que se encuentra el «cobertizo de los ahorcamientos». —Al ver que no hacia comentario alguno (qué comentario iba a hacer), Diana continuó—: El cobertizo de los ahorcamientos consiste en dos celdas conectadas entre sí a las que se accede a través de una trampilla en el techo por la que cae la condenada. Hasta ayer no había visto a ninguna. Se trataba de una mujer rubia, más o menos de mi edad, que antes de que las guardianas abrieran la trampilla me sonrió. Fue como si intentara decirme: mira, respira, habla, canta, vive, al menos tú no tendrás que deslizarte por esta trampilla...

De nuevo cogí la mano de mi hermana a través de los barrotes que nos separaban. Esta vez estaba helada. Me la llevé a los labios, temblábamos las dos.

—¡Se acabó la visita! —anunció entonces la celadora, haciendo tintinear el gran manojo de llaves que llevaba a la cintura—. Visitantes, abandonen de inmediato la sala. ¡Reclusas, en pie! Y nada de remoloneos; las lágrimas, para luego.

***

La estancia de Diana en prisión, que se suponía iba a ser un fin de semana, duró tres largos años, de junio de 1940 a noviembre de 1943. Nunca fue llevada a juicio. Al no haber cometido delito alguno, en virtud de la Regulación 18B de Defensa, tampoco se la podía acusar de ningún crimen. Por eso se decidió que declarara ante un comité asesor. Uno que evaluara su grado de peligrosidad y aconsejase al ministro del Interior si había que ponerla en libertad o no. Diana declaró ante aquel comité en octubre de 1940. El interrogatorio se desarrolló en los siguientes términos:

—¿Es cierto que en octubre del año 1935, estando usted en Hyde Park, hizo el saludo nazi mientras se entonaba el himno nacional en el curso de una manifestación?

—Sí —respondió mi hermana sin pestañear—. Lo hice para poner de manifiesto mi disconformidad con que los oradores exigieran que se boicoteasen los productos alemanes, algo que me pareció completamente ridículo.

—¿Por qué su marido y usted se casaron en Berlín?

—Para huir de la prensa. No queríamos que nuestra boda se convirtiera en un circo.

—¿Por qué asistió a ella Adolf Hitler?

—Porque era amigo nuestro.

—Y ahora que se dedica a bombardear nuestro país, ¿también es amigo suyo?

—Esa es precisamente la razón por la que mi marido y yo estábamos a favor de la paz, para evitar estos bombardeos.

—¿Recibiría usted a Hitler con alegría si llegara a invadir nuestro país?

—No me agradaría vivir en una Inglaterra invadida, pero sí me gustaría que el sistema público de nuestro país fuera como el alemán; Hitler ha hecho mucho por su pueblo.

—¿Está de acuerdo con la política nazi contra los judíos?

—No siento demasiada simpatía por ellos.

***

Supongo que no sorprenderé a nadie si digo que, después de aquel interrogatorio, el comité asesor recomendó al Ministro dejar a Diana en prisión.

Muv estaba furiosa. También Farve. ¿Es que ya no se juzga en este país a las personas? ¿Cómo es posible que se condene a

alguien por dos o tres respuestas inducidas por individuos que ni siquiera eran jueces?

Los periódicos, mientras tanto, reprodujeron así la noticia: «Lady Mosley, la mujer "ideal" según Joseph Goebbles, permanecerá en prisión». El ambiente general era hostil a Diana y no digamos a Mosley. Cómo no iba a serlo. Por aquel entonces, bombarderos alemanes lanzaban a diario su mortal carga sobre las principales ciudades de nuestro país. Empezaban a la caída del sol y no paraban hasta bien entrada la madrugada. Barrios enteros fueron borrados del mapa, las víctimas se contaban por miles, se hablaba de veinte mil civiles muertos en poco tiempo.

# 38

## *New York, here we come*

Hace mucho que no les hablo de Decca, de modo que crucemos el Atlántico (con cuidado, no hay que olvidar que estamos en guerra) para ver cómo iba su nueva vida junto a Romilly en el otro extremo del mundo.

Decca podía ser una «comunista de salón de baile y una miliciana de la hoz y el Martini», como la llamaba Nancy, pero era también una mujer práctica. Por eso, a su llegada a Nueva York (y después de que las autoridades la desparasitaran, como al resto de sus compañeros de travesía de tercera clase), recurrió a uno de los métodos más clasistas y denostados por ella y por Romilly: las esnobs pero siempre infalibles cartas de presentación. Llevaban varias. No de Muv, Farve ni de ningún otro miembro de la familia, pero sí de chicos mal de familia bien, como los hijos de los duques de X y los sobrinos de la condesa Y.

Con tan eficaz «¡Ábrete, Sésamo!» en el bolsillo, al cabo un par de semanas ya habían conseguido varias invitaciones a almorzar. Tanto a suntuosos pisos en Manhattan como a minúsculos, pero fascinantes, estudios bohemios en Greenwich Village. Y como de una invitación surge otra, en pocas semanas, Decca y Romilly habían logrado hacer unos cuantos amigos. Los suficientes como para que se corriera la voz y las columnas de sociedad comenzaran a hablar de ellos. Así, contaban, por ejemplo, cómo aquel sobrino de Winston

Churchill, y miss Mitford, hermana de Unity, la amante de Hitler, eran tan rebeldes que, siendo ambos menores de edad, se habían fugado a España para luchar contra Franco y cómo la Royal Navy había enviado nada menos que un destructor para conducir a la descarriada de nuevo a casa.

Ni a ella ni a Esmond les hizo demasiada gracia la crónica, pero había que ver el lado positivo. Pocos días después, nada menos que Katharine Graham, hija del riquísimo propietario de *The Washington Post*, los invitó a la casa de campo de sus padres. «Perfecto», se dijeron, quién sabía si aquel era un primer paso para que a Esmond le ofrecieran algún tipo de colaboración en un medio tan relevante. Pero se les presentaba un dilema. Los Graham practicaban la costumbre inglesa de vestirse de etiqueta para cenar, y Decca y Esmond no tenían en su magro equipaje nada parecido a un esmoquin o un traje de noche. Una invitación como aquella no se presentaba todos los días, había que improvisar. A Decca no le resultó difícil solucionar la emergencia comprándose un vestido largo negro de punto muy sencillo y favorecedor que encontró en Woolworth. Pensaba *mejorar* con un par de joyas buenas que aún no había vendido. Pero ¿y Esmond? Primero se les ocurrió la idea de alquilarle por un módico precio a algún camarero de un hotel cercano su esmoquin por una noche. Pero el único dispuesto a la transacción resultó que era bajito, por lo que su traje tenía las mangas demasiado cortas, y encima no olía precisamente a rosas.

Después de patear mucho la ciudad, Esmond dio con la solución.

—Mira, cielo, ¿no es increíble? Solo me ha costado seis dólares con chaleco y todo —anunció él, antes de pasar a enseñarle a Decca lo que había comprado en una tiendecita de curiosidades en la Tercera Avenida—. Un sitio estupendo para ir de compras, ni te imaginas. Todo está tirado.

—¿No es demasiado barato? —se escamó ella—. A ver si resulta que es robado y nos metemos en un lío. Los agentes de emigración de este país no se andan con chiquitas, y mucho me temo que con ellos no hay cartas de recomendación que valgan.

—Descuida, no es robado. El dependiente me lo vendió a precio de ganga, porque a su anterior dueño lo mataron en un tiroteo cuando lo llevaba puesto y se ve que nadie lo compraba por aquello del mal fario.

—Pues te sienta como un guante —comentó Decca, que pensaba que la mala suerte era solo una filfa de personas poco ilustradas—. Además, por más que busco y rebusco no veo orificios de bala por ninguna parte.

—Se conoce que los asesinos eran verdaderos profesionales y dispararon a la cabeza —rio Esmond—. ¿Pero te has fijado en estas hombreras? Mira a ver si se pueden quitar, cielo, me hacen parecer un boxeador del Bronx vestido de etiqueta.

No es que Decca fuera muy ducha con la costura. En aquel momento, le hubiese gustado haber prestado más atención a Nanny cuando decía que una verdadera dama tenía que saber, al menos, dar un par de puntadas por si un día su doncella estaba indispuesta. Le costó bastante, pero consiguió suprimir una capa de guata, de modo que Esmond pareciera un peso wélter en vez de un peso pesado.

—¡Estás guapísimo!

Aun así, existía el problema de las solapas. El raso elegido por el anterior y finado propietario refulgía como un espejo. A grandes males, grandes remedios, se dijo Decca, al tiempo que camuflaba aquellas refulgencias con polvos de talco.

—¡Perfecto! Aunque eso sí, tesoro, ni se te ocurra estornudar, menudo papelón.

Hay que ver lo que es en esta vida el poder de sugestión y de las ideas preconcebidas. Lejos de hacer un papelón, la aparición de los señores Romilly, con brillantes cartas de recomendación y celebrados en la prensa como encantadoras ovejas negras recién llegadas de Londres, fue muy celebrada en casa de los Graham.

—¡No hay nada como la sastrería inglesa! —comentaría su anfitrión, presumiendo de invitado aristocrático—. Miren si no la perfección de su esmoquin. ¿De dónde es, mi querido amigo? De Savile Row, supongo.

***

Si la vida social de los Romilly marchaba viento en popa, la profesional no tanto. Mister Graham no le ofreció trabajo, y la idea inicial de que Esmond diera conferencias sobre la vida sexual en la Universidad de Oxford, y Decca sobre cómo se preparaban las señoritas de buena sociedad inglesa para ser presentadas ante el rey, no halló el interés que ellos esperaban. Las cien libras recibidas por Decca al cumplir los veintiún años no daban más de sí y había que tomar una decisión lo más pronto posible.

La mayor dificultad a la hora de encontrar trabajo estribaba en que Esmond no quería aceptar ningún empleo que fuera puramente alimenticio. Él aspiraba, al menos, a un trabajo parecido al que tuvo en Londres, en una agencia de publicidad.

—El caso es que tengo mucho éxito con las secretarias y personal de recepción —explicaba él—. Pero luego, cuando llega el momento de la entrevista, me dicen que la experiencia que tengo en el campo de la publicidad no sirve de nada porque Inglaterra lleva veinte años de retraso con respecto a Estados Unidos.

Esmond era perseverante. No pensaba darse por vencido y, por fin, uno de los entrevistadores accedió a dejarle presentar un

proyecto en el que él hacía de locutor en un anuncio de sopas en la radio. Cuando se grabó, la voz de Esmond sonaba como la de un sargento de granaderos arengando a su tropa.

—Y para colmo, chico, los términos que usas no se oían en América desde la llegada del Mayflower. — Esas fueron las palabras de su potencial empleador, antes de añadir que era mejor que buscara trabajo en alguna oficinucha de Queens como chico de los recados—. Así empiezas desde abajo, muchacho —apostilló.

***

Decca, entonces, decidió tomar cartas en el asunto. Tal vez el acento británico y hablar como si uno acabara de desembarcar del Mayflower no sirvieran para hacer anuncios radiofónicos de sopicaldos, pero sí estaba muy cotizado en otras áreas. Después de presentarse en la sección de moda de unos grandes almacenes, impecablemente vestida con un trajecito gris y una cadenita de oro al cuello como complemento, restos del naufragio de su vida anterior, no tuvo dificultad en que la contrataran como vendedora de ropa de marca en la avenida Madison. «*Yes*, madam, le sienta como un guante este conjunto de cachemir malva. ¿Y qué le parece este abrigo con cuello de breitschwanz? ¡Es tan tan *Vogue*, o, mejor aún, tan *Vanity Fair*!».

En su mismo departamento trabajaban otras mujeres europeas que habían conocido tiempos mejores. Una gran duquesa rusa que tuvo que abandonar su patria tras la llegada de los bolcheviques; una baronesa polaca perfectamente arruinada; también una señorita judía etérea y sofisticada a la que la guerra había obligado a emigrar con lo puesto. Decca se llevaba bien con todas. Entre las clientas había desde veinteañeras casadas con multimillonarios cincuentones, que necesitaban aprender lo más básico en moda, a riquísimas

empresarias hechas a sí mismas que no admitían consejos, pasando por señoras ultraconservadoras que pensaban que Roosevelt y su programa de ayudas a las clases desfavorecidas era inaceptable.

Decca continuaba con sus ideas de izquierdas y las defendía con ardor siempre que podía, pero no en horario laboral. De nueve a cinco de la tarde se comportaba como a Nanny le hubiera gustado: dándole la razón a las clientas y esquivando al máximo esos temas sobre los que una señorita no debe pronunciarse jamás: sexo, religión y política... «Ya habrá tiempo para hacerlo», se prometió. En aquel país las desigualdades le parecían brutales y el trato que se les daba a las personas de color, infame. «Pero ahora toca ganarse la vida —se dijo—. Vendrán tiempos mejores en los que Esmond y yo podamos ayudar a cambiar las cosas y contribuir a la igualdad de clases».

# 39

## ESMOND ENTRA EN EL MUNDO CAPITALISTA

Y, de pronto, se produjo un cambio sustancial en su situación. Una verdadera bicoca que bien podía acabar para siempre con sus estrecheces. A Esmond le ofrecieron el trabajo de su vida.

—Te das cuenta, cielo, ¡cien dólares a la semana! —En aquel entonces aquella cifra era una fortuna.

—¿Pero en qué consistirá exactamente tu trabajo? —preguntó Decca.

—Me han ofrecido ser redactor jefe de una agencia de publicidad a la que no parece importarle ni mi falta de experiencia laboral ni tampoco mi acento del Mayflower. A ver en qué se concreta más adelante mi función exactamente, pero, de momento, me han dicho que lo único que tengo que hacer es estar a las nueve en punto en la oficina, y asegurarme de que las luces estén encendidas hasta que me marche a las cinco.

—¿Solo eso?

—También me han explicado que el viernes la jornada acaba a la una y ya no tengo que volver hasta el lunes, aunque, eso sí, muy puntual a las nueve.

—O sea, un verdadero chollo.

—Desde luego. Hoy, por ejemplo, no ha aparecido por la oficina ni un solo cliente. He pasado el día haciendo crucigramas. Curiosa

forma que tienen los americanos de hacer negocios, ¿no crees? Misterios del capitalismo yanqui, pero no seré yo quien se queje.

Pasados unos agradables meses de *dolce far niente*, Esmond por fin comenzó a comprender. Su empleador, un italiano repeinado a la gomina, y con unas hombreras tanto o más grandes que las del esmoquin con el que él triunfara en los salones de Manhattan, tenía aquel negocio como tapadera fiscal. La idea era perder *legalmente* cuanto más dinero, mejor. Una vez blanqueada la cantidad que necesitaba evadir, le dijo a Esmond que no volviera por allí.

Decca se llevó un disgusto terrible.

—¡No-es-jus-to! —se lamentó, recurriendo a la frase que más repetía de niña cuando algo no salía bien—. Ahora que por fin empezábamos a prosperar...

—Cosas de la sociedad de consumo, mi sol —argumentó Esmond —. Mucho me temo que por ahí irá el mundo. Suerte he tenido de que mister Nicolini no me metiera en vete a saber qué oscuro lío.

***

Después del señor Nicolini y de esquivar por los pelos el verse atrapados en lo que Esmond llamaba la «pegajosa telaraña del capitalismo», decidieron emplear el dinero ganado aquellos meses (ni él ni Decca eran muy ahorrativos) en hacer un viaje, conocer mejor aquel enorme país y aprender cómo funcionaban allí las cosas. Al llegar a Washington, por ejemplo, se interesaron por averiguar los detalles de la política propugnada por el presidente Roosevelt. En concreto de ese *New Deal* tan denostado por las clientas de Decca en la calle Madison y que significaba la intervención del Gobierno federal a todos los niveles de la economía del país. Una iniciativa que, desde la Gran Depresión hasta el presente, había ayudado a las clases menos favorecidas a superar aquella enorme crisis y propiciar

que floreciera tanto la oferta como la demanda, un verdadero milagro económico.

También en Washington las cartas de recomendación que habían traído de Inglaterra les fueron útiles a la hora de abrir puertas, y luego, echándole cara al asunto y mintiendo un poco, Esmond se dedicó a explicar a sus nuevos amigos que estaba preparando un largo artículo para *The Times* de Londres. Una estratagema que les permitió deambular por despachos oficiales, hacer preguntas e interesarse por las nuevas iniciativas que se estaban poniendo en marcha. En concreto una les pareció especialmente útil. Se trataba de producir electricidad que luego el Estado vendía a precios reducidos, logrando así sacar de una situación límite a granjeros y pequeños empresarios. El entusiasmo y la creatividad de los ideólogos del *New Deal* resultaban contagiosos. Tanto, que los Romilly (casi) llegaron a cuestionarse sus ideas de izquierda radical y sus llamamientos a la lucha armada como medio para alumbrar un mundo más justo.

***

Lamentablemente, el dinero ganado con el señor Nicolini no duró mucho. Durante esas semanas dedicadas a conocer el país, habían vivido muy por encima de sus posibilidades y tocaba poner de nuevo los pies sobre la tierra. O dicho en román paladino, encontrar trabajo. A Decca no le costó demasiado. Tal como había hecho en Nueva York, volvió a ponerse su vestidito gris y su cadena de oro para ofrecerse a una casa de modas que se mostró encantada de contratar a «una señorita con tanta clase y tan delicioso acento». Esmond no tuvo tanta suerte. Después de un par de tentativas fallidas (camarero en un restaurante italiano y chupatintas en una agencia de apuestas de galgos de carrera), por fin consiguió empleo

en Real Silk Hosiery Mills, una empresa especializada en la venta a domicilio de medias de señora.

—Un trabajo que ni pintado para mí, cielo — bromeó él—. ¿Sabes cuántos pares he vendido esta semana? Casi el doble que otros colegas que llevan años en el negocio.

—¿Cómo? —preguntó Decca.

—Con esta —respondió Esmond, sacando la lengua—. Parece que no conoces a tu marido.

—Sí, ya sé que labia y caradura tienes un rato...

—Se llama «optimización del trabajo», amor. Ya voy aprendiendo los trucos de los americanos. ¿Sabes lo que hice? Me fui con mi maleta repleta de medias de todas clases a la zona en la que están los teatros. Allí, entre coristas, actrices y figurantes triunfé. Incluso le coloqué no sé cuántos pares a una bandada de voluntarias del Ejército de Salvación, que andaban por ahí con sus huchas. «¡Compren, señoras, compren! Con Europa en guerra, las medias de cristal se van poner por las nubes, y yo vendo estas maravillas a precio de mercado negro...». Para que lo sepas, cielo, mañana pienso ir con el mismo cuento a un hospital grandísimo que hay aquí cerca, las enfermeras son otro público cautivo.

—Mi marido como un caballero: siempre al pie de las señoras — bromeó Decca.

—Sí, sí, tú ríete. Treinta y cinco dólares calculo que voy a ganar esta semana. No digo yo que este empleo sea tan rentable como el otro de hacer crucigramas en la oficina del señor Nicolini, pero tampoco está tan mal. Mañana, que es viernes, nos damos un homenaje. Te invito a cenar, ostras como mínimo.

—Mejor finánciame otro vestido de cóctel. En la tienda me hacen muy buen precio y hay uno de terciopelo verde que me vendría de

miedo. El negro que compré al llegar a Nueva York comienza a mostrar el barrio.

—¿Qué barrio, cielo?

—¿Cuál va a ser, tontín? El de Queens del que es oriundo, y se le nota ya un montón. Por más que un día me lo ponga con perlas falsas, otro con el broche de aguamarinas de Muv y el siguiente con el chal de cachemir rojo, que compramos en aquella tienda de segunda mano en la que encontramos tu esmoquin, ya no engaña a nadie. ¿Has visto la invitación que llegó esta mañana? Los Smitherton nos invitan a la ópera el próximo jueves.

***

Durante todo este tiempo, y a pesar de sus perennes estrechuras, Decca y Esmond continuaban con su vida social. Después de dejar en Nueva York a varios amigos, encantados de contar con gente como ellos, bohemios e izquierdistas, pero con apellidos sonoros, tuvieron igual éxito en Washington. Sobre todo, gracias al dueño de *The Washington Post*, al que conocieron en la Gran Manzana. Con él tuvo lugar un episodio que Decca omitió recoger en sus memorias, pero que les voy a contar porque describe bien la contradictoria personalidad de Esmond, mitad pillo, mitad apóstol de los necesitados. Tras una cena, su anfitrión lo sorprendió birlando puros de la caja de ébano en la que los guardaba. Esmond improvisó no sé qué cuento larguísimo de esos que utilizaba en el colegio cuando lo cogían *in fraganti*, uno que, por supuesto, su anfitrión no creyó. «Déjalo, muchacho, ahórrate la saliva, ¿otro puro más? Son los favoritos de tu tío Winston, no muy proletarios, me temo, pero deliciosos».

Es lo que tiene ser niño mal de casa bien. A los dueños de *The Washington Post*, como a otros nuevos amigos de perfil similar, la

audacia de aquel joven rebelde no solo no les disgustaba, sino que les hacía gracia. Hasta tal punto que, un par de meses más adelante, Esmond conseguiría que su amigo le financiara la aventura en la que tenía pensado embarcarse. Abrir una coctelería. Tal era su nuevo proyecto y una oportunidad perfecta, según Decca y él, de conocer algo más de Estados Unidos. Miami tenía muy buen clima, seguro que montar allí un bar sería un gran negocio.

Era mayo de 1940. Muchas cosas habían ocurrido en Europa desde que los Romilly decidieron emigrar a América... La más fundamental y dolorosa para Decca, el intento de suicidio de Unity. A pesar de sus ideas contrapuestas, su amor por ella nunca resultó empañado. A cuatro mil millas de distancia, Decca había vivido con angustia todo lo ocurrido. Primero, la desaparición de Bobo y los largos dos meses en los que nada se supo de ella. Más tarde, el horror de averiguar que había intentado acabar con su vida y, en la actualidad, darse cuenta de que, a pesar del alivio que suponía saber que estaba viva, ya nunca volvería a ser la misma de antes. Decca le escribía frecuentes cartas que Unity contestaba de vez en cuando con la caligrafía y los comentarios de la niña de diez años en la que se había convertido. El papel de carta incluía no pocas veces otros secretos (o no tan secretos) mensajes: un resto reseco de comida caído de su boca o dos o tres borrones en las letras causados por un par de lágrimas. O más doloroso aún para Decca, la huella de unos labios de rojo carmín como si Bobo, antes de cerrar la carta, hubiese depositado sobre ella un tembloroso beso.

A esto que tanto la hacía sufrir, Decca debía sumar otro dolor: la imposibilidad de comentar con Esmond nada que tuviera que ver con su hermana enferma. A pesar de ser una pareja que se adoraba y que estaba de acuerdo en todo, una brecha infranqueable los separaba. Y esa brecha llevaba el nombre de Unity. Para Esmond,

Bobo representaba todo lo que más odiaba: el racismo, el supremacismo, el antisemitismo y la complicidad fanática con Hitler. O, lo que era lo mismo, la connivencia con aquella ideología fascista contra la que él había luchado en España, derramando su sangre, y por la que había visto morir a tantos camaradas, muchos de ellos apenas unos niños.

***

Hasta las soleadas playas de Miami en las que ahora se encontraban los Romilly, con Esmond afanado en aprender a hacer los mejores *margaritas* y los más deliciosos *tom collins* y *daiquiris*, llegaban noticias alarmantes. Era el mes de mayo, más o menos ocho meses después del comienzo de la guerra. La radio que tenían encendida mientras pintaban el local que acababan de alquilar, interrumpió su programación musical para dar una noticia de alcance. Alemania acababa de invadir Bélgica y los Países Bajos. Decca miró a Esmond e inmediatamente se dio cuenta de que algo había cambiado en él. Lo conocía demasiado bien. Si segundos antes pensaba solo en *margaritas* y *daiquiris*, ahora sus prioridades apuntaban en otra dirección. De pronto Decca descubrió en su mirada el mismo destello que tenía el día en que le propuso escapar juntos y viajar a España para luchar contra Franco.

Una semana más tarde —adiós coctelería, adiós ron y adiós angostura—, Decca acompañó a Esmond al consulado canadiense de Miami. Había elegido alistarse en el ejército de aquel país para luchar contra Hitler.

—Es lo más rápido, cielo. La otra opción es volver a Inglaterra, con el gasto que eso supone, y enrolarse allí. Pero para qué perder tiempo. Después de recibir instrucción en Toronto, me mandarán

directamente al punto de Europa en el que me tocará combatir, todo más sencillo y barato.

El viaje que emprendieron hacia el norte, camino de la frontera, resultó largo y pesado. Pero el Ford de segunda mano que entonces tenían se portó bastante bien. «Unos días agridulces —contaría Decca en sus memorias—. Sabía que debíamos separarnos, y, para mí, Esmond lo era todo. Mi salvador, el hombre que había hecho realidad mis sueños, el compañero fascinante de mi edad adulta, la fuente de toda mi dicha».

Fue durante aquel trayecto cuando Esmond le dijo que deberían tener otro hijo. La muerte de Julia aún estaba reciente y dolía demasiado. Pero no se trataba de sustituirla, sino de mirar hacia el futuro.

—Así te sentirás menos sola, cielo. ¿Cuánto puede durar la guerra, tres, cuatro años? Para cuando acabe, nuestra hija o hijo formará parte del nuevo concierto mundial que llegará tras la contienda. Un mundo mucho mejor que este.

Ni él ni Decca podían saberlo, pero en el trayecto hacia el norte concibieron a su segunda hija. Justo nueve meses más tarde, al pequeño marco de plata con foto de la malograda Julia, que Decca llevaba siempre consigo allá donde fuera, vino a sumarse otro marco gemelo del anterior. Uno en el que podía verse a una bebé rubia, de ojos claros, casi transparentes. Decca decidió llamarla Constancia, en honor a Constancia de la Mora, una aristócrata y comunista española, nieta de Antonio Maura, que dirigió la Oficina de Prensa Extranjera durante la Guerra Civil.

«¡Ni se te ocurra ponerle a la niña ese nombre! —escribió Esmond desde Islandia, donde se encontraba entonces haciendo la instrucción para entrar en breve en combate—. ¿No te das cuenta,

cielo? Todo el mundo acabará llamándola Connie, que es un diminutivo horroroso».

A pesar de todo, Decca llamó a su hija Constancia, pero se ocupó de que el vaticinio de Esmond no se cumpliera, puesto que le puso como sobrenombre Dinky. Más adelante explicaré el porqué del mote, pero ahora debo volver con Nancy. También en su vida se estaban produciendo cambios considerables.

# 40

## *Vive la France!*

Con su marido Peter alistado y lejos de Londres, Nancy se sentía libre. Era cierto que la muerte acechaba en cada esquina, y, día sí y día también, recibía noticias de amigos y parientes muertos en el frente, pero es en momentos así cuando más se aprecia (y disfruta) la sensación de estar vivos. Es el único rasgo positivo que tienen las guerras: vida y muerte se convierten en vasos comunicantes. En el caso de mi hermana Nancy, aparte de la satisfacción que le producía ayudar a los más necesitados, en paralelo descubrió los placeres del flirteo. Llegada la primavera de 1941 comenzó a frecuentar el llamado Club de los Oficiales de la Francia Libre. Sucedió que, tras la vertiginosa caída de Francia en manos de los nazis, el general Charles de Gaulle fundó en Londres un Gobierno en el exilio para coordinar desde allí su lucha contra Hitler y continuar con su oposición al Gobierno colaboracionista del viejo mariscal Pétain que se estableció en Vichy una vez consumada la derrota.

A Nancy siempre le gustaron los franceses. De todas las hermanas Mitford fue la que más provecho sacó de las sucesivas mademoiselles que desfilaron por casa, es decir, aquellas abnegadas mademoiselles Dubois/Boulanger/Lefèvre o Dupont a las que nosotras sometíamos a diferentes torturas hasta obligarlas a cruzar casi a nado el Canal de la Mancha de regreso a su país. Si a mí el francés se me atragantó y prácticamente lo olvidé tan pronto como

la última mademoiselle enfiló hacia Calais, Nancy se dedicó a cultivarlo. Leía regularmente en ese idioma y le lucía muchísimo. Y más que le lució al entablar amistad con aquellos oficiales guapísimos y *très chic* que, desde su exilio londinense, esperaban su momento de plantarle cara al Führer y devolver la libertad a Francia. Entre ellos, y más bizarro que ninguno, estaba André Roy. Al menos así se hacía llamar. Roy era alto y aunque no excesivamente guapo resultaba muy atractivo. Además, tenía una virtud importante para Nancy: la hacía reír. Por lo demás, era masculino, pero tierno, duro y al mismo tiempo sentimental, y ella, acostumbrada al egoísmo cósmico de Hamish y a la frialdad intencionada de Peter Rodd, sintió que la vida (y contra todo pronóstico, la guerra) le hacía un imprevisto regalo.

Nancy (que era mucho más convencional de lo que estaba dispuesta a reconocer) nunca antes había engañado a Peter. Según ella, el adulterio daba demasiado trabajo. Era una lata eso de tener que inventar excusas, mentiras. Y lo que es aún peor, tener que acordarse de todas ellas para no meter la pata. «Ser infiel —solía decir— requiere una gran memoria, y yo no la tengo».

Sin embargo, cuando André Roy llegó a su vida, y a pesar de saber que lo de ellos no podría ser más que «un amor de guerra», como entonces se decía, se entregó a esta relación sin tomarse la molestia de disimular. Ni siquiera ante Muv y Farve que, cuando estaban en Londres, la veían salir de Rutland Gate desafiando el toque de queda, hecha un brazo de mar y con sus mejores medias de cristal compradas en el mercado negro. A decir verdad, en aquellos días, Muv y Farve tampoco se fijaban demasiado en qué hacía su hija mayor. Las peleas entre ellos continuaban y empeoraron. Más aún, cuando Muv, por segunda vez, decidió regresar a nuestro antiguo pueblo de Swinbrook para atender mejor

a Unity, lejos de una ciudad que podía ser bombardeada en cualquier momento. Farve dijo que de ningún modo pensaba acompañarla. Decidió marcharse a otra propiedad en el norte que aún conservaba, y lo hizo en compañía de Margaret. Margaret Burrows, que había entrado a trabajar en casa de niña como ayudante de cocina, llevaba por aquel entonces años como doncella, y todos la adorábamos. Incluso Farve. A pesar de sus reticencias y de sus recalcitrantes prejuicios sociales, consideraba a Maggie, como él la llamaba, una de la familia. Por eso a nadie le sorprendió (y sin duda a Muv le alivió mucho) perder de vista a Farve sabiendo lo bien que lo cuidaría Margaret. Pero, bueno, era de Nancy de quien quería hablarles y no de Farve, de modo que volvamos a ella.

Una vez que Muv y Bobo se fueron en una dirección y Farve y Maggie en la opuesta, Nancy se quedó a cargo de la casa familiar de Rutland Gate, y ella encantada. André Roy le había traído suerte. Al poco de conocerlo encontró trabajo. Uno ideal para ella y por el que recibiría del Gobierno tres libras semanales. Una suma modesta para el tren de vida que le gustaría poder llevar, pero aceptable para alguien que carecía de ingresos fijos en aquel momento. El trabajo consistía en buscar a gente propietaria de casas en el campo que estuviera dispuesta a acoger a evacuados de los barrios londinenses arrasados por los bombardeos nazis, y, como es lógico, me escribió a mí. Derek y yo, que continuábamos en nuestra propiedad de Rignell al cuidado de los hijos pequeños de Diana, prisionera aún en la cárcel de Holloway, aceptamos de inmediato su petición. No solo consideramos nuestro deber acoger a quienes lo habían perdido todo, sino que incluso nos pareció una oportunidad ideal para tener la casa llena de gente, en especial, niños. Alexander y Max echaban terriblemente de menos a su madre. Meses habían pasado desde

que se la llevaron, y yo ya no sabía qué inventarme para suplir su ausencia.

—¿Por qué no te vienes tú también a pasar unos días con nosotros? —le propuse a Nancy—. Está haciendo muy buen tiempo, podremos hacer excursiones y a los niños les encantará verte.

—Solo si puedo ir con Roy —respondió con el mismo tono que de niña utilizaba para decir algo así como: «Sí, fui yo la que se comió toda la mermelada de fresa, ¿y qué pasa?».

—Por supuesto, querida, ven con quien quieras. ¿Quién es Roy?

Nancy desvió la conversación para hablar de horarios de trenes, de qué regalitos podía llevar a Alexander y a Max que les hicieran ilusión, de cómo estaba Nanny Blor, etcétera, así que tuve que esperar a su llegada al día siguiente para conocer a André Roy, y me pareció encantador. De la misma edad que Nancy, quizá un par de años más joven, llegó con un ramo de lilas para mí y una caja de puros para Derek.

—Directos del mercado negro —le explicó a mi marido, con ese delicioso acento francés que consigue que hasta las observaciones más simples suenen cómplices y encantadoras—. Las lilas las he cogido en el campo para usted —añadió con un guiño, que a Derek le pareció un poco francés de más...

—Ni te imaginas lo que ha sido el robo de las lilas —comentó Nancy con una carcajada—. El tren de Londres para apenas unos minutos en Tonbridge, justo antes de llegar aquí. ¿Y qué crees que hizo Roy, que quería haberte traído un libro y se le olvidó? Saltar del tren como un gamo con un «¡He visto una lilas preciosas detrás de aquel seto, ahora vengo!» y correr a juntar un ramo enorme. Por los pelos no perdió el tren.

—De eso nada —retrucó él—. Estaba de lo más tranquilo sabiendo que tú te las habrías arreglado no sé cómo para evitar que el revisor

tocase el silbato hasta que yo no me subiera al pescante, ¿me equivoco, *chérie*?

—No, *mon choux* —respondió ella—, ¿cómo iba permitir que te quedases en el andén con todo aquel montón de lilas y cara de novio abandonado? —Y luego, cambiando bruscamente de tema, Nancy añadió—: Pero bueno, ¿dónde están Alex y Max? Seguro que han crecido un montón. ¿Y Nanny? Tengo tantas ganas de verla y de que me regañe como siempre... ¡Ya verás qué cara pone cuando te vea! —le explicó a Roy—. Nanny es una institución en esta familia, pero muy *ancien régime*, ¿comprendes? Muy vieja escuela. Cuento contigo, querida —añadió dirigiéndose esta vez a mí—, para que le hagas comprender que las guerras hacen inesperados compañeros de cama. Más aún cuando en cualquier momento nuestro querido «cuñado» Adolf nos puede borrar a todos del mapa, ¿no crees?

***

El *Debrett´s Peerage, Baronetage, Knightage and Companionage,* que desde hace siglos sirve para saber quién es quién en la nobleza británica, publica también un anexo que es algo así como la biblia de la etiqueta y las buenas costumbres de nuestro país. Muv, por ejemplo, lo consultaba fervorosamente. No porque recibiera mucho en casa (Farve odiaba tener invitados), sino por puro placer. «Es necesario, niñas —solía decirnos—, saber cómo comportarse tanto en el metro como en Buckingham Palace, y casi es más importante lo primero que lo segundo. De hecho, eso es lo que diferencia a una persona bien educada de un patán». A mí aquel libro siempre me pareció de lo más tronchante. Además de explicar el modo correcto de comer los espárragos (con la mano, jamás con cuchillo y tenedor) y los guisantes (un ejercicio de malabarismo imposible porque desafía la ley la gravedad), explica asimismo qué debe hacer un

invitado en una casa campestre si a medianoche se encuentra con un arzobispo en camisón cuando van los dos camino del cuarto de baño. (La respuesta correcta es llamarle *«Your Grace»* y dejarle pasar primero). Este libro tan útil cuenta también con un apartado en el que explica que los anfitriones tienen que ser sumamente discretos cuando invitan a parejas que no han pasado por la vicaría (y posiblemente no piensen pasar nunca). Según el *Debrett's*, se considera de mal gusto alojar a los tortolitos en una misma habitación. Es aconsejable en cambio darles cuartos lo más próximos posible, evitando así correrías nocturnas que podrían acabar con uno de los amantes golpeando en la puerta equivocada... Precisamente eso fue lo que hice y Nancy se mostró encantada.

—Qué civilizado por tu parte, Woman, no esperaba menos de ti, querida. Juntos, pero no revueltos.

—Pues a mí me parece una verdadera vergüenza —me regañó Nanny, que apareció a la mañana siguiente en mi cuarto cuando apenas rayaba el día para pedirme explicaciones—. ¡Imperdonable por tu parte y más aún por la de Nancy! ¿Qué ejemplo creéis que estáis dando a los niños?

—Nanny —respondí, molesta, al verme arrancada del sueño al alba y de una forma tan poco considerada—, Alexander aún tiene tres años y Max, catorce meses. ¡No se enteran de nada!

—¡Ja! Eso es lo que tú te crees. La buena educación no se aprende, *se mama.* Y desde la cuna, además. Si no, cuando te quieras dar cuenta, el árbol crece torcido y ya no hay quién lo enderece.

—Tonterías, en todo caso esa tan pedagógica teoría tuya del árbol será a partir de los cuatro o cinco años. Además, ¿qué más te da lo que haga Nancy? Ya es mayorcita.

—¿Qué opina Derek? —preguntó, lanzando una mirada de reproche al otro lado de la cama en la que, obviamente, no había dormido nadie. Nanny era de las que pensaba que esa costumbre tan inglesa de tener habitaciones separadas era para matrimonios veteranos. Yo, por aquel entonces, llevaba cuatro años casada con Derek, pero la pasión se nos había extinguido hacía tiempo. Una parte murió con su hermano gemelo en aquel accidente en los Alpes, el resto se fue enfriando poco a poco. Lo pasábamos bien juntos, nos unía nuestro amor por los animales y el campo, pero la cama nunca había sido nuestro territorio común.

—Derek no ha dicho nada —respondí—. Ya sabes lo discreto que es. No me seas victoriana, Nanny; con un marido como el de Nancy, todo está permitido.

—Da igual, una señora debe guardar *siempre* las formas.

—Eso es más antiguo que el jarabe para la tos. ¿No sabes la última de Peter Rodd? Nancy se enteró de que el fin de semana pasado estuvo de permiso en Londres y ni siquiera la llamó. ¿Para qué dormir con tu mujer cuando puedes dormir con tu amante? —ironicé—. A mí me parece perfecto que Nancy haga lo que le dé la gana. Y, por otra parte, Roy es encantador.

—Es francés.

—¿Y qué? No me digas que te vas a poner ahora como Farve que piensa que todos los extranjeros son gente horrenda: los alemanes bárbaros, los italianos tramposos, los franceses embaucadores e hipócritas, los rusos y los españoles, salvajes... Todo eso no son más que topicazos y clichés.

—Sí, sí, tú ríete, pero los clichés son clichés precisamente por algo. Y ese «algo» es consecuencia más de la experiencia que de los prejuicios.

—¿Así que tú crees que André Roy embaucará a Nancy y luego la dejará como dicen los italianos *sedotta e abbandonata*, seducida y abandonada, como una ilusa adolescente de quince años?

—Adolescente, no, pero ilusa es un rato. «Por sus hechos los conoceréis», dice la Biblia, y yo digo: por sus novios la conoceréis. Nunca he visto una mujer tan inteligente para la vida y tan rematadamente tonta en el amor. Además, el tal Roy es un espía.

—Qué tonterías dices, Nanny. ¿Por qué va a ser espía?

—No lo digo yo, sino BBC Radio. Los oficiales de la Francia Libre lo son casi todos.

—¿Y qué van a espiar si están en el mismo bando que nosotros, y luchan desde aquí para liberar a su país de los nazis?

—No sé. Yo solo sé lo que me dicen estas. —Y se llevó la mano a la boca del estómago—. Para que lo sepas, niña, las tripas no se equivocan. Y si no, al tiempo.

Las tripas de Nanny no se equivocaron. O al menos no del todo. Después de pasar un fin de semana de lo más agradable en el que Derek se hizo muy amigo de André Roy y los hijos de Diana se enamoraron de su tía Nancy que los cubrió de juguetes, ella y su supuesto espía francés regresaron a Londres.

Durante varias semanas no supe de mi hermana mayor. En aquel entonces, las llamadas telefónicas estaban colapsadas y requerían horas de espera mientras que las cartas que me enviaba cada poco tiempo eran como de trámite, con más información sobre actualidad que sobre temas personales.

*23 de noviembre de 1941*

*Woman querida,*

*¿Qué tal estás? ¿Y mis chiquitines Alex y Max? Dales mil besos de mi parte.*

*Aquí en Londres, sin novedad en el frente. Desde que a nuestro «cuñado» Adolf le ha dado por traicionar a Stalin y declarar la guerra a la Unión Soviética (un error histórico de libro), los bombardeos sobre Londres han cesado. Al menos, de momento. Sigo en nuestra casa de Rutland Gate, convertida en albergue de personas que lo han perdido todo. Hay muchas familias con niños y, con ellos, sobre todo con los mayores, estoy planeando una sorpresa navideña. Ni te imaginas la que vamos a montar. Me encantaría que vinieses, aunque sé que es imposible. Eres ratón de campo y desde luego un viaje ahora con Alex y Max sería una locura. Aun así, les he comprado sus regalitos de Papá Noel. Ojalá más adelante pueda dar un salto a Rignell para dárselos, antes de que llegue el verano. (Risas).*

*Todo mi cariño para Derek y Nanny y un beso enorme para ti,*

*Nancy*

*Posdata. Dile a Nanny que Roy me cuida como un ángel. Es, como dice ahora la gente joven, demasiado, demasiado divino.*

Aquella función de Navidad que con tanta ilusión preparaba nunca llegó a tener lugar. Faltaban pocos días para Nochebuena cuando recibí un telegrama. En él, Nancy decía escuetamente que la habían tenido que ingresar y que se encontraba en el University College Hospital de Londres.

¿Qué había pasado? Intenté llamar al hospital, pero había cuatro horas de demora. Lo más rápido sería, cavilé, tomar un tren y averiguarlo por mí misma. Le dije lo que pasaba a Derek, pero no a Nanny. ¿Para qué? Solo conseguiría preocuparla. Me despedí de los niños. Alex se puso a llorar.

—¿No te irás tú también como mamá y nos dejarás, verdad?

—Claro que no, mi sol, en dos días estaré de vuelta, te lo prometo.

***

No fueron dos días, sino una semana. En cuanto llegué a la habitación de Nancy en el hospital y me acerqué a su cama, se me abrazó llorando. Ella, que jamás lloraba. «No hay ninguna razón para que a una se le corra el rímel y acabe pareciendo un espantajo ante los demás. El dolor se lleva mejor a solas», eso solía decir. La abracé en silencio y así permanecimos un buen rato.

—Otro hijo mío que nunca llegará a nacer. Era tan importante para mí, Woman —comenzó diciendo—. Ya lo había decidido, ¿sabes? Pensaba seguir adelante con esto y me daba igual lo que de mí dijeran. —Entonces me explicó que pocos días después de volver de aquel fin de semana con nosotros en el campo, descubrió que estaba embarazada—. Tiene su gracia esto de que una tenga que recibir de una rana una de las alegrías más grandes de su vida —ironizó—. Por lo visto, mi rana estiró la pata en cuanto la pincharon. Un bebé, ¿te das cuenta, Woman? Un bebé de amor. Sí, ya sé lo que vas a decir, que vaya complicación; que a mis treinta y siete añazos tenía que haber sido más cuidadosa; que era un disparate quedarme embarazada de un hombre al que apenas conozco, para colmo un extranjero que en cuanto acabe la guerra regresará a su país, uno que quizá tenga otra familia allá en Francia y para el que, posiblemente, yo sea solo un «amor de guerra», pero ni siquiera eso me importaba. Solo pensaba en el sueño de ser madre, ¿comprendes? En tener un bebé tan guapo como Max, o como Alex... Alguien para quien yo sea lo más importante del mundo, alguien que me necesite... Y mírame ahora —añadió al tiempo que

destapaba las sábanas dejando al descubierto, bajo el camisón, su vientre hinchado pero yermo.

Contó entonces que, un par de días atrás, los Harrod, unos viejos amigos suyos, la habían invitado a su casa de Oxford...

—Ya sé lo que vas a preguntarme, Woman, que si pasé a ver a Muv y a Bobo que están a solo unas millas de allí, y la respuesta es no. Acababa de hacerme la prueba, no podía estar más feliz, pero aún no había pensado cómo iba a darle la noticia a Muv. De momento, solo lo sabíamos la rana y yo —sonrió tristemente—. Ni siquiera Roy; mi idea era decírselo a mi regreso a Londres y ya tenía planeado cómo y dónde: una cena romántica en casa a la luz de las velas con un salmón carísimo del mercado negro y dos botellas de Dom Pérignon. Una extravagancia, claro, medio sueldo por lo menos, y ya sabes lo ahorrativa que soy. Pero mi bebé....

De nuevo comenzó a llorar.

—Total y para resumir —se repuso con esfuerzo—. Bajé a Oxford a pasar un par de días con mis amigos. Los Harrod tienen un hijo. Ni te imaginas lo guapo que es el chiquitín, no podía parar de mirarlo, de darle besos y todo el tiempo pensaba: yo voy a tener uno igual. No, no, mejor una niña, me decía cambiando de opinión; sí, morena como yo, solo que con los legendarios ojos grises de Diana, por ejemplo. Toda una Mitford de segunda generación. Si nosotras hemos hecho tanto ruido, ¿te imaginas el que hará mi niña? Eso me decía. Llegará a primera ministra como mínimo, o será una mujer de ciencia. O una gran artista. Nosotras no pudimos estudiar, pero ella irá a Oxford, como nuestro hermano Tom, todos la admirarán y yo estaré tan orgullosa... Y en eso —continuó relatando Nancy—, justo después de comer, sentí, como la otra vez, de pronto un pinchazo en el costado, algo así como si me clavaran un cuchillo. Un dolor brutal que me dobló en dos.

»Pero ya me conoces, Woman. Al menos en esto, sí que he seguido las enseñanzas de Muv y Nanny: uno no se queja, uno no se duele en público, se aprieta los dientes y se aguanta; al mal tiempo, buena cara. Lo intenté, pero era como si una garra en el interior de mis vísceras intentara arrancármelas de cuajo. Se lo tuve que contar a mi anfitriona. Ella, que tiene algún conocimiento de medicina porque desde que empezó la guerra ayuda en hospitales, me dijo que tal vez fuera apendicitis. ¡Figúrate lo ilusa que soy! Me agarré a esa idea como a un clavo ardiendo. En ningún momento me permití pensar que pudiera ser algo relacionado con mi bebé. Mentí diciendo que los dolores habían amainado, pero que, por si acaso, prefería volver a Londres.

—¿Y viniste tú sola en el tren en ese estado? —me espanté.

—Sí, y ni te imaginas lo que fue el viaje. Pensé que me iba a desmayar en cualquier momento, un trayecto tan corto que parecía no acabar jamás, y cuando por fin llegamos a Paddington, salté a un taxi y le pedí que me trajera directamente aquí, al hospital. Comenzó entonces una hemorragia de una sangre oscura y espesa, torrencial, que no cesó hasta que me operaron, y mírame ahora. Dios mío, Woman..., ¿sabes lo que había pasado? Que mi bebé, mi niña bonita, eligió formarse fuera de mi útero, en una de mis trompas. ¿Por qué mi princesita, por qué? Ahora me han tenido que vaciar. Ya no podré tener hijos. Me lo dijo el médico, tan amable él, dándome paternales golpecitos en una mano. «Piénselo de este modo, señora Rodd, puede dar gracias de estar viva». ¿Pero para qué quiero estar viva, Woman, si todas mis esperanzas han muerto?

Ahora sí que lloraba sin consuelo, y lloramos juntas. Yo tampoco tenía hijos, pero en mi caso se trataba de una decisión personal, nunca sentí ese instinto. Nancy, en cambio, sí. Además, para ella, no solo se trataba del fin de sus posibilidades de ser madre, también

era un nuevo fracaso. Otro más a sumar a sus fracasos sentimentales. Eso por no mencionar el escaso éxito que había cosechado su última novela.

—Pero aquí no ha pasado nada, ¿me entiendes? —añadió, irguiendo la cabeza y respirando hondo para volver a ser la Nancy de siempre—. Nada en absoluto. Esto va a ser un secreto entre tú y yo, y me ayudarás a tejer mi mentira, ¿verdad que sí? Una versión diferente de lo ocurrido, frente a Muv y Farve, frente a mi marido, frente a Roy, incluso. Diremos que fue una fatalidad. Una infección mal curada que acabó en una ovariectomía e histerectomía, porque las tragedias dichas en términos médicos suenan menos trágicas. —Sonrió tristemente—. Sí, eso es lo que les vamos a decir. Que me sentí mal de pronto... que te pedí que vinieras a Londres... que tú me llevaste al hospital, que no tuvieron más remedio que... ¿Lo harás por mí?

—Claro que sí.

—¿Como cuando éramos niñas y tú me servías de tapadera?

—Por supuesto.

—Sabes, Woman, no te lo he dicho nunca, y si me lo preguntas más adelante, negaré haberlo dicho, pero tú eres la mejor de todas nosotras.

—La más gris, querrás decir...

—La más gris, por supuestísimo —rio, volviendo a ser la Nancy sarcástica que le gustaba ser—. Pero también la más compasiva, aquella a la que recurrimos cuando llega la noche oscura y acechan los lobos.

—¿Noche oscura? ¿Lobos? Creo que me gustas más como escritora satírica que como poeta —reí, y ella conmigo.

—Y ahora —añadió Nancy, secándose las lágrimas —, déjame que te enderece ese lazo horrendo que tiene tu blusa, pareces un

paquete mal envuelto. ¿Nunca aprenderás a vestirte, Woman? Mira que eres desastre.

***

Ni Nancy ni yo podíamos saberlo entonces, pero, en aquel mismo momento, en un cuartel del noreste de la costa de Inglaterra, nuestro cuñado Esmond Romilly con su uniforme canadiense acababa de coincidir con un antiguo amigo. Philip Toynbee que se mostró encantado de volver a ver a su camarada, de cuando Esmond era aquel escolar irreductible que se dedicaba a predicar a sus compañeros de pupitre la revolución. Lo encontró muy cambiado. No es que Esmond hubiera perdido la vehemencia que antes le caracterizaba, pero daba la impresión de haberse vuelto más indulgente con los demás. Su estancia en Estados Unidos le había modificado de alguna manera. No solo en su forma de hablar (delante de Philip, Esmond se dedicó a fingir acento yanqui y mascar chicle). También parecía haber matizado sus ideas políticas. Él, que antes deploraba cualquier forma de sentimentalismo, confesaba que ahora se dejaba emocionar. Según contaría más adelante Philip Toynbee, Esmond tenía el inconfundible aire de los hombres que son felices en su matrimonio. Mostraba alegre camaradería hacia todos, pero, según Toynbee, se notaba que lo único relevante de su vida era la unión que había forjado con su mujer.

Una noche en la que Esmond y él regresaban de un pub cercano, les alarmó el ronroneo de varios aviones de combate volando a muy baja altura. «Vamos a bombardear Holanda y varios amigos míos van a bordo —explicó Esmond—. Ojalá todo vaya bien».

No fue así. En aquella excursión desaparecieron en el mar tres de sus mejores amigos.

—Mañana me toca volar a mí —le dijo Esmond a Philip Toynbee—. Ojalá no tengas que buscarme también a mí entre el oleaje —bromeó.

***

Días después, tanto Philip Toynbee como el resto del país pudieron leer una noticia destacada en los periódicos: «Sobrino del primer ministro desaparece durante un ataque aéreo sobre Hamburgo». Ni Toynbee ni ninguno de nosotros tuvimos la menor duda de quién se trataba. Esmond Romilly acababa de dar su vida por su país. Tenía veintitrés años.

# 41

## Decca en la Casa Blanca

Cuando Decca recibió la noticia decidió no creerla. No podía ser. Imposible. El telegrama decía claramente «desaparecido en combate»; en ningún caso, muerto. Esmond era fuerte, lleno de vida, seguro que se lanzaría en paracaídas y estaría detrás de las líneas enemigas herido en alguna parte, algún granjero lo ayudaría. De hecho, ella lo había soñado: unos campesinos holandeses lo habían escondido de los nazis en un granero. Pero las noticias eran otras. El bombardero en el que viajaba el sobrino de Churchill había sido alcanzado mientras sobrevolaba los Países Bajos, dio media vuelta y logró avistar las costas inglesas, pero, con una de sus alas muy dañadas, se precipitó en el mar. Decca no lo creyó. Tenía que haber un error. Aun en el supuesto de que cayera al mar, también podía haber sobrevivido. Esmond era un gran nadador, con su chaleco salvavidas podía haber alcanzado la costa o ser recogido por un pescador. Ella lo iba a encontrar, tenía un as en la manga.

Estados Unidos acababa de entrar en guerra tras el bombardeo de Pearl Harbor por parte de los japoneses, y el mismo periódico que publicó la noticia de la desaparición de Esmond anunciaba a tres columnas la inminente visita de Winston Churchill a Washington para reunirse con Roosevelt. La intención de Churchill era conseguir que Estados Unidos se uniera a Gran Bretaña en su cruzada contra Hitler. Tenía que hablar con Churchill. Si alguien podía hacer algo por

rescatar a Esmond era él. Decca no perdió ni un minuto. Ya sabía lo que iba a hacer. Llamó a un amigo que había conocido en aquella ciudad en su última visita. Michael Straight, un joven redactor de la revista *The New Republic*, era, a su vez, muy amigo de Eleanor, la carismática y siempre caritativa esposa del presidente Roosevelt. «Tienes que ayudarme, Michael —le dijo—. Necesito entrar en la Casa Blanca. ¿Se te ocurre cómo?».

***

Tres días más tarde y después de una vana tentativa por disimular con maquillaje sus ojos hinchados de tanto llorar, con su hijita Constancia en brazos y las dos vestidas de blanco, Decca se encontraba en uno de los grandes salones de la Casa Blanca. Era una costumbre de Eleanor Roosevelt invitar a mujeres de distintos estratos con situaciones personales complicadas para conversar con ellas. Michael se las había arreglado para incluir a Decca en uno de esos grupos. Eleanor tenía fama de preocuparse por todos; qué ocasión única para conocerla, seguro que se interesaba por su caso. Pero pronto descubriría que el formato de la entrevista era demasiado rígido y duraba unos escasos diez minutos. Al ser tan nutrido el grupo, apenas le dio tiempo a la primera dama a dar un breve discurso introductorio. Decca iba a explicarle que su deseo era ver a Winston Churchill, que estaba alojado allí, pero sonaron unas campanitas tras las cuales fueron invitadas a abandonar el salón y dejar paso a la próxima tanda de mujeres, igualmente deseosas de estrechar la mano de la señora Roosevelt.

«Dios mío —se dijo Decca— ¿y ahora qué?». En algún lugar de aquella enorme mansión se encontraba alojado el primo Winston. ¿Pero dónde? Tampoco era cuestión de echar a correr escaleras arriba buscándole. ¿O sí? Ya que había llegado hasta aquí no podía

desaprovechar la ocasión. Correr con un bebé en brazos huyendo de un ujier furioso no iba a ser fácil, pero... Se disponía ya a emprender su *sprint* cuando de pronto le dijeron: «Usted espere aquí» y allí se quedó mientras entraba un tercer grupo y luego un cuarto hasta que, por fin, y tal como contaría ella años más tarde en su libro de memorias, *A Fine Old Conflict,* apareció un ayudante de campo inglés que la condujo a las habitaciones de Churchill. Así relató ella lo ocurrido: «Eran las cinco de la tarde. Según me indicaron, él se había retirado un rato a descansar. Llamé a la puerta y entré, y, fiel a su leyenda, allí estaba él con un puro y una copa de coñac en la mano. Me recibió en un batín lleno de alamares y tumbado sobre la cama».

Fue de este modo que Decca escuchó la noticia que más temía. Con voz grave, Churchill le confirmó que Esmond no había sobrevivido al impacto. Luego, y aun antes de que ella pudiera mostrar su dolor, como si quisiera compensar el golpe, empezó a hablarle de Diana.

—Puedes estar absolutamente tranquila en ese sentido, querida. Hay que ver cómo sois las Mitford. Le pedí a tu hermano Tom que le llevara un recado de mi parte diciendo que me interesaba por ella, ¿y sabes qué contestó? «Dile a ese viejo cascarrabias que, si debe mantenernos a mi marido y a mí en prisión sin juicio y contraviniendo todas las leyes de este país, que al menos nos deje estar juntos». —A Churchill debió de hacerle mucha gracia aquella salida de Diana, porque cloqueó divertido—: En resumen, querida, ahora Oswald Mosley se ha convertido en el primer prisionero que entra en la cárcel de mujeres de Holloway. Allí comparten él y tu hermana una suite de tres celdas con un jardincito exterior. Uno que, según me han informado, Mosley tiene intención de convertir en un pequeño huerto donde plantar hortalizas. Y no solo eso. Algunas

prisioneras cuidadosamente seleccionadas se ocupan de realizar las tareas domésticas. Son mujeres condenadas por delitos sexuales, pero limpias y honestas.

Decca se quedó helada. No podía creer lo que estaba oyendo.

—Quieres decirme... —comenzó, apretando aún más a Constancia contra su pecho—. De verdad quieres decirme que mientras miles de nuestros muchachos, incluido *mi* marido, mueren a manos de los alemanes, tú, Winston Churchill, ¿te ocupas de que dos personas que han traicionado a su país planten en la cárcel lechugas y tengan quién les haga la cama?

Decca salió dando un portazo. Constancia rompió a llorar, pero ella no podía consolarla; corría por los pasillos de la Casa Blanca con los ojos arrasados en lágrimas.

—¡Señora Romilly! Espere, por favor, señora Romilly. —El mismo ayudante de campo que la había conducido hasta la habitación de Churchill la alcanzó cuando estaba a punto de abandonar el edificio —. Su excelencia me ha pedido que le entregue esto.

Pensando que sería una nota de disculpa, Decca se la guardó sin leer. Hasta llegar a casa no descubrió que no había dentro nota alguna, sino varios billetes de banco, quinientos dólares en total, lo que entonces suponía el sueldo de casi de un año.

Cuenta Decca en sus memorias que lo primero que se le ocurrió fue quemar aquel dinero, aquel «precio de sangre», como ella lo llamaba. Pero luego, pensándolo mejor, optó por darle la mitad a Virginia Durr, la amiga que, al marcharse Esmond al frente, la había acogido en su casa de Washington. Virginia, que tenía tanta conciencia social como Esmond y ella, presidía una asociación que entonces luchaba para facilitar el acceso a la vivienda a familias desfavorecidas. A Decca le encantó poder colaborar con la causa y, de paso, agradecer así todo el cariño que Virginia le demostraba

cada día. Con la otra mitad, y en una actitud «muy Mitford», decidió regalarle un caballo a la hija de Virginia; la muchacha casi se muere de la ilusión. Para ella y su bebé, no se guardó nada. De ninguna manera pensaba mancharse las manos con aquel dinero.

Después de aquello, me apena decir que, poco a poco, en el corazón de Decca la indignación comenzó a sustituir al dolor. Como todas nosotras, había sido educada para no demostrar jamás una debilidad. Pero aquel dolor transformado en ira —ira contra el destino, contra la suerte, contra la vida que le arrebató lo que más amaba— la convirtió en una mujer dura, insensible según muchos. Sin embargo, yo siempre he sabido ver más allá de las apariencias, por eso sé que, bajo la coraza que se fabricó tras la muerte de Esmond, anidaba el alma de la niña que fue. La misma muchachita desvalida que en aquel momento, con veintipocos años, lloraba en la soledad de su habitación abrazada a su bebé. «Duerme, mi niña, duerme. Nunca te faltará de nada, mamá te lo promete. Ahora somos tú y yo, dos contra el mundo».

***

Lo ocurrido en Washington entre Decca y Churchill no tardó en llegar a Londres en forma de suculento chisme. La anécdota corría de boca en boca con distintas versiones. La más repetida era que Decca le había escupido en la cara al primer ministro cuando él le habló de la suite carcelaria de la que disfrutaban Diana y su marido, mientras el cuerpo de Esmond Romilly yacía en el fondo del mar. A Diana, al enterarse de la reacción de Decca, se le saltaron las lágrimas (no delante de nadie, naturalmente, ella era de la misma escuela estoica que Decca y el resto de la familia). Deduzco que fue así porque nuestro hermano Tom, que fue a visitarla para despedirse antes de volver al frente, me contó que la había encontrado más dolida y

desazonada que nunca. «No es la Decca que yo he conocido —le confesó—. ¿Tú crees que se puede decir algo así de una hermana que está en la cárcel? ¿Cómo puede haber cambiado tanto? Nunca la perdonaré, se ha convertido en una persona demasiado cruel».

# 42

## ESCOMBROS Y TUL ILUSIÓN

Mientras tanto, ¿qué había sido de Deborah?, se preguntarán ustedes. ¿Por qué he hablado tan poco de ella en los últimos capítulos? ¿Seguía siendo aquella adolescente tranquila, interesada solo en «buscar pulgas en su perrita cocker», como maliciosamente decía de ella Nancy? Por supuesto, Debo continuaba adorando a Queenie y colaborando a diario con su bienestar. Pero el tiempo pasa para todos y ahora tenía otros muchos intereses. Poco antes de que estallara la guerra, se había puesto de largo y era ahora la más guapa de las Mitford, en ajustada competencia con Diana. Si no he hablado de ella demasiado hasta el momento es porque la vida del resto de mis hermanas estaba tan llena de acontecimientos fuera de lo común que la de Debo, en comparación, parecía incolora. Al fin y al cabo, ella era como yo: menos efervescente y contradictoria que Nancy; menos impenitentemente fascista que Diana o Unity; también menos rebelde y combativa que Decca. «Mis únicas hijas *normales*», solía enfatizar Farve, cada vez que los nombres de las otras aparecían a dos columnas en las portadas de los periódicos. Normales, no sé. Pero, desde luego, Debo y yo éramos más tranquilas. Preferíamos estar rodeadas de perros y caballos a dar que hablar, pasar las tardes con un buen libro en vez de alimentar las columnas de escándalos y cotilleos de los periódicos.

Pero dicho esto, Deborah estaba a punto de ocupar no poco espacio en la prensa nacional por su inminente matrimonio con Andrew Cavendish, hijo segundón de los duques de Devonshire, una de las familias más aristocráticas del país. Se habían conocido justo antes de estallar la guerra en las carreras de Goodwood y, amantes ambos de los caballos, volvieron a coincidir en las de Cranborne. A partir de ahí, se hicieron inseparables. Conocerle supuso, según la propia Deborah, una liberación. No solo porque, a diferencia de otros chicos que en vano la rondaban, Andrew era alto, bastante guapo y se enamoró de él nada más conocerse. También porque el ambiente en casa de mis padres se había vuelto irrespirable.

Debo, que siempre fue discreta en lo que se refiere a temas personales, jamás comentaba estas cosas. Prefería pasar elegantemente de puntillas sobre lo que le tocó vivir durante aquel período de su vida. Cuando alguien le preguntaba cómo habían sido esos meses antes de la boda le gustaba centrarse en la parte cómica y recordar divertidas anécdotas de su futura familia política. Contar, por ejemplo, que su suegro era aún más excéntrico que Farve. Presumía de ser uno de los mejores pescadores con mosca del país y que, para probar la eficacia de sus cebos, solía sumergirse en la bañera fingiendo ser un salmón mientras Edward, el mayordomo, que a su vez simulaba ser una caña, sacudía las moscas vivas sobre la cara del duque.

Lo que jamás contó Debo en público fue lo que todos en la familia sabíamos. Que los meses previos al compromiso con Andrew habían sido para ella especialmente duros. También porque la situación conyugal de mis padres estaba cada día más erosionada, sobre todo porque convivir con Unity era algo que solo Muv, con su inquebrantable sentido del deber, podía hacer sin una queja. El proyectil que tenía alojado en la cabeza había acentuado los peores

rasgos de su carácter. Nada quedaba ya de la Bobo cariñosa y divertida que se hacía querer pese a sus extravagancias. Se había convertido en un ser irreductible, presa de infinitos berrinches en los que alternaba lágrimas con escupitajos. «Ella me detesta de tal modo —le escribió Deborah a Diana, encarcelada aún en el penal de Holloway— que ya no sé qué hacer». Explicaba también que acababan de mudarse Muv, Unity y ella definitivamente a aquella modesta casita de la que antes les he hablado, una vivienda alquilada por nuestra madre en Swinbrook, pueblo en el que transcurrió nuestra infancia, para que, en un ambiente conocido, se sintiese más amparada, más tranquila. Pero la medida fue un desastre. Bobo, lejos de sosegarse, se dedicaba a escandalizar a los vecinos. Un día le pegaba gritos a la peluquera porque no quería que nadie le tocara el pelo; otro se enzarzaba con el lechero o insultaba al responsable de la estafeta de correos, porque, según ella, le escondía las cartas que le mandaba Hitler. En cuanto a Farve, hacía tiempo que se había largado camino de Escocia con Margaret con un «Hasta nunca» y un «Ya no puedo vivir más en esta casita diminuta con una loca».

«El salón de la cabaña es tan pequeño —le explicaba Deborah a Diana en otra de sus cartas— que Bobo se ha apropiado de las únicas dos mesitas que hay. Y si, por desgracia, se me ocurre poner mi labor de punto sobre una de ellas, aunque sea un segundo, se desencadena el caos y empieza a gritar e insultarme. Aunque hay días en que parece que está mejor, ha perdido por completo la medida de las cosas y el sentido del humor».

***

Por fin llegó el día en que Deborah y Andrew iban a unir sus vidas. Era el año 1941 y los bombardeos arreciaban sobre Londres. Pero

los ritos sociales son impostergables. Deborah tenía que casarse rodeada de toda la belleza y solemnidad que la ocasión requería. A ojos de Muv y Farve, y de todas nosotras, Debo era la que hacía la mejor boda. No se cumplía exactamente su deseo infantil de casarse con un duque y vivir en un palacio. Andrew tenía un hermano mayor que heredaría el título, pero aun así no dejaba de ser un Devonshire. La casa de Rutland Gate, después de más de un año convertida en refugio de aquellos que lo habían perdido todo, presentaba no pocos desperfectos. Pero Muv, tras años de hacer malabares con las erráticas finanzas de Farve, era experta en camuflajes decorativos y, con mi ayuda y la de Debo, se dispuso a obrar uno de sus milagros.

Estábamos en guerra, no iba a ser una boda grande, cien invitados como mucho, pero aun así la tarea se presentaba ardua. Había tanto que hacer. Adecentar la entrada, mejorar en lo posible el jardín y sobre todo transformar el gran salón de baile en un comedor lo suficientemente espacioso como para albergar las diez mesas redondas de diez comensales que, como buena prestidigitadora que era, Muv había hecho aparecer, nadie sabía de dónde, antes de nuestra llegada. Unas mesas baratas cubiertas de guata y una sillas simples, pero con fundas y manteles, todo se camuflaba. Y luego estaba el asunto del *catering*, pero en eso decidió no ahorrar. Lo dejó todo en manos de Harrod's (mi madre no podía vivir sin Harrod's. Lo solucionaba todo allí, desde un almuerzo nupcial hasta un botón de nácar).

Otro capítulo importante eran las flores, y cuando yo llegué a la casa encontré a Muv y a Debo en plena tarea de convertir el comedor en algo parecido a un jardín encantado. ¿Dónde diablos encuentra uno flores en una ciudad sitiada? Imposible saberlo. Nuestra madre era de la vieja escuela, jamás te daba una receta de cocina o revelaba sus fuentes de aprovisionamiento. «Da igual que

estemos en guerra, se trata precisamente de olvidarlo mientras dure la cena», decía mientras iba y venía disponiéndolo todo. De rescatar del trastero la vajilla de las grandes ocasiones, así como de almidonar y planchar servilletas y manteles, se encargó Margaret, nuestra antigua doncella y ahora acompañante de mi padre. Los dos habían llegado la víspera para que Farve llevara a Debo al altar.

A las seis de la tarde aún quedaban muchas cosas por hacer, pero había que respetar el toque de queda, lo que implicaba apagar las luces. Los alemanes aprovechaban la caída del sol para atacar, y todo menos convertirnos en blanco de la Luftwaffe.

La noche anterior cayó una bomba en la calle contigua. No hubo víctimas, pero la deflagración arrasó con prácticamente todos los cristales de la casa y las cortinas nuevas del comedor quedaron hechas jirones. Si creen que eso hizo que se suspendiera el banquete, se equivocan. Muv salió corriendo (hacia Harrod's, naturalmente) y volvió con varios rollos de papel pintado a rayas azul pálido y plata, que Margaret se encargaría de plisar y colgar a modo de cortinas, mientras nosotros asistíamos a la ceremonia religiosa con nuestras mejores galas (en el caso de Muv, con el sombrero algo torcido, es verdad, pero qué menos). La emergencia estaba salvada. Las cortinas improvisadas por Margaret quedaron muy decorativas y aquella mañana de abril amaneció tan primaveral que los invitados a una casa sin cristales en las ventanas no se vieron expuestos a un catarro de campeonato.

Al escribir estas líneas tengo delante una foto de Debo y Andrew en la puerta de Rutland Gate, muy sonrientes, y flanqueados por un enorme cubo de basura. Así son las guerras. A pesar del dolor y la muerte, la vida siempre se abre paso. Andrew aparece en la instantánea muy marcial con su uniforme (acababa de alistarse para defender a su país). Y a Debo se la ve guapísima con su vestido y

sus más de cinco yardas de tul ilusión comprado en el mercado negro. Muv consiguió, además, cuatro cajas de champán francés (no me pregunten cómo) y una gran tarta nupcial que los proveedores llevaron hasta la casa saltando por encima de escombros y cristales rotos. Para disgusto de Bobo y otros golosos irredentos, tuvo que ser sin el glaseado que suele ser habitual, porque ni a precio de oro se pudo conseguir azúcar. Tampoco aquel día nos libramos de fotógrafos y reporteros. Cuatro o cinco esperaban a la salida de la iglesia y no se marcharon hasta cobrar su pieza de caza mayor. La boda de un hijo de los duques de Devonshire podía tener su interés en la sección social de los periódicos, pero lo que realmente les importaba era fotografiar a la cuñada del novio, o lo que es lo mismo, a la «novia de Hitler».

Las fotos aparecidas al día siguiente en la prensa muestran a una Unity hinchada, gruesa, con el pelo mal recogido con un pasador y la mirada perdida. «Si está lo suficientemente bien como para ir de boda, también lo está para ir a la cárcel», se apuntaba en una de las crónicas. Hubo más protestas en este sentido. La boda de Deborah sirvió, lamentablemente, para devolver el tema de Unity a la actualidad y la polémica llegó hasta el Parlamento de boca de un miembro del partido laborista: «¿Por qué Unity Mitford, que parece gozar de buena salud, no está en prisión?».

El ministro del Interior se apresuró a responder que «Los informes concernientes a la salud de la señorita Mitford, y las circunstancias en las que vive, indican que no es preciso ejercer otro tipo de control sobre ella».

Todos en la familia respiramos al saberlo, pero, lejos de mejorar, Bobo estaba cada vez más ingobernable. Ni Nanny podía con ella. Se escapaba de casa con frecuencia, y si se la contrariaba, era capaz de echarse al suelo, patalear, escupir o morder justo antes de secarse

las lágrimas y proclamar que iba a casarse pronto y tener lo menos diez hijos. «¿No lo sabes? Hitler dice que tengo las piernas muy bonitas», le gustaba repetir, pero, acto seguido, cambiaba de tema y ya no se acordaba de él.

***

«Andrew y yo vamos a ser terriblemente pobres —le escribió Deborah a Diana al penal de Holloway, poco después de la boda—, pero lo bueno es que así podremos tener tantos perros como queramos, sin que nadie de la familia de Andrew nos diga que debemos mantenerlos lejos de los muebles para que no los estropeen. Ojalá no estuvieras en la cárcel. Me da mucha pena no tenerte cerca para poder ir de compras juntas. Aunque andamos tan mal de dinero que ni siquiera he podido contar con un verdadero ajuar».

Para quien se sorprenda de esta afirmación, explicaré que, según la tradición británica, las familias importantes se rigen por una norma que hace que el hijo mayor herede no solo el título nobiliario, sino todas las propiedades mientras que el resto de los hermanos se ve abocado a situaciones financieras bastante apretadas. No es raro ver, por tanto, a segundones de familias multimillonarias que se ganan la vida como criadores de perros, regentan un hotel o montan un pub blasonado con el escudo de la familia. A menos, claro está, que hayan hecho buenas carreras universitarias que les permitan prosperar por su propio esfuerzo. Cuando Andrew y Debo se casaron, los padres de él les financiaron una casita sin muchos lujos cerca de Regent's Park, que debían mantener con la paga militar de Andrew.

Por su parte, Billy, su hermano mayor y futuro duque, también se había alistado y deseaba casarse. Pero no lo tenía tan fácil como

Andrew. Desde hacía lo menos dos años bebía los vientos sin esperanzas por una chica, pero tanto los padres de ella como los de Billy se oponían a su unión. Se llamaba Kathleen, aunque todos la llamaban Kick, y se hizo amiga de Deborah cuando un par de años atrás se pusieron de largo juntas. Kick era la cuarta de los nueve hijos de Joseph Kennedy, embajador de Estados Unidos, y una de las chicas más populares de Londres. No por guapa. Tenía ese tipo de facciones que en un chico (véase el caso de sus hermanos Joseph o John) resultan muy atractivas. No tanto, en cambio, en el caso de las chicas de la familia, que —según la siempre malévola lengua de Nancy— tenían más bien el aspecto de sonrosadas campesinas irlandesas a punto de ir a sembrar patatas. Pero Kick tenía encanto, chispa, sentido del humor y una bondad aparejada a una inteligencia rápida que la hacía irresistible.

Era costumbre de entonces que los padres, antes de dar su visto bueno a una unión, echaran un vistazo al *Debrett's* o sino al *Burke's Peerage*, es decir, los anuarios de la nobleza, para comprobar los orígenes de la familia con la que iban a emparentar. Los padres de Andrew, por ejemplo, se quedaron bastante conformes al constatar que los Mitford, aunque formábamos parte de eso que llaman la pequeña nobleza, teníamos orígenes que se remontaban a los tiempos de la invasión normanda de 1066, lo cual viste mucho.

En el caso de Kick Kennedy, por el contrario, no fue necesario recurrir a ninguno de estos anuarios. Cuando se trataba de emparentar con americanos, los parámetros que se manejaban eran más prosaicos. En aquella época eran muchas las familias llenas de castillos y propiedades al borde de la ruina que decían sí a novias americanas que ayudaran a repintar sus desconchados blasones y reparar sus maltrechas economías. Como en el caso de los Churchill, sin ir más lejos. Tanto Jennie Jerome, la madre de Winston, como la

famosa Consuelo Vanderbilt, duquesa de Malborough, pertenecían a distinguidas y riquísimas familias americanas. Joseph Kennedy no era ni tan distinguido ni tan rico. Tampoco era tan intachable como otros *tycoons* y potentados o magnates de su misma nacionalidad. No solo por su declarada simpatía hacia Hitler, también, y sobre todo, por el oscuro origen de su fortuna que implicaba prácticas que algunos se atrevían a calificar de mafiosas.

Pero dicho esto, todo lo anterior era *peccata minuta* comparado con otro escollo, este sí, insalvable. Los Kennedy eran católicos. ¿Y cómo iba una casa orgullosamente protestante desde hace siglos a emparentar con papistas? Sin embargo, Billy y Kick estaban tan decididos a casarse fuera como fuese que el problema se solucionó de manera salomónica. Tras conversaciones entre el padre de Billy y el arzobispo de Canterbury, se acordó que «cualesquiera de los hijos varones que pudieran resultar de la unión se educarían en la Iglesia de Inglaterra y las niñas, por su parte, en la fe católica». Los Devonshire dijeron que sí, pero Rose, la matriarca de los Kennedy, dijo no. Incluso se negó a asistir al enlace que tendría lugar más adelante, en 1944. A partir de aquel momento, las relaciones entre Kick y su madre se enfriaron por completo.

# 43

## NANCY, RATÓN DE BIBLIOTECA

Tengo más que contarles sobre Kick y la familia Kennedy. Anécdotas como, por ejemplo, que Nancy, que bailó en un par de ocasiones con John F. Kennedy lo encontró «guapo, pero sosísimo». En realidad, el guapo oficial de la familia era Joe, el primogénito, para quien su padre tenía grandes planes: convertirlo en el primer presidente católico de los Estados Unidos. Según Nancy, John vivía a la sombra de Joe, más brillante que él. Pero de todo esto les hablaré más adelante. Ahora debo volver a Nancy, porque en su vida estaba a punto de producirse un nuevo giro.

Tras la pérdida de su bebé, y con él sus esperanzas de ser madre, no se detuvo a sentir lástima de sí misma. No era su estilo. Lo fundamental, se dijo, era retomar cuanto antes las riendas de su destino. La relación que mantenía con el capitán André Roy, padre de aquella criatura que no llegó a nacer, se había convertido en dulce rutina. Se veían siempre que él estaba en Londres, se divertían, se amaban, hacían viajes juntos. Con Peter, su marido, a miles de millas luchando en el Cuerno de África, Nancy no necesitaba dar explicaciones a nadie. Su relación con Roy le aportaba serenidad afectiva, pero su situación económica era cada vez más precaria, por no decir desesperada, sobre todo para el tren de vida que a ella le gustaba llevar. El agradable trabajo que había conseguido a comienzos de la guerra y que consistía en encontrar

alojamiento en casas de campo por todo el país a víctimas de los bombardeos sobre Londres, había cumplido su ciclo y prescindieron de sus servicios. ¿De qué iba a vivir? De la literatura, imposible. Su último libro no llegó a vender ni la primera edición y los artículos apenas le daban para cubrir gastos. Necesitaba urgentemente encontrar un empleo, porque Nancy era capaz de pasar tres noches sin cenar, pero incapaz de privarse de un lápiz de labios de Guerlain, de un perfume de Dior o una blusa de chifón. ¿Cómo resistir la tentación?

Por fin, un amigo le presentó a los Heywood, un matrimonio que regentaba una librería muy particular en el barrio de Mayfair y que, a pesar de la guerra o tal vez gracias a ella (evadirse era una necesidad en aquellos días), siempre estaba llena.

—¿No te gustaría trabajar para ellos? Piénsatelo —le propuso su amigo—. El salario no es gran cosa, solo tres libras semanales. Pero, a cambio —enfatizó—, tú, que eres ratón de biblioteca, podrás tener a mano los libros que se te antojen.

La librería de los Haywood le pareció, nada más verla, un lugar mágico. Los volúmenes a la venta estaban dispuestos como si aquello fuera una casa particular con libros dejados al descuido en las mesas, en sillas, en veladores. Incluso los había apilados sobre el parqué, lo que creaba un caos bohemio que atraía a muchos intelectuales. Siempre que los bombardeos nazis lo permitían, recalaban allí viejos amigos suyos y otros que lo serían de ahí en adelante. Entre los viejos se encontraba Evelyn Waugh que, cada vez que estaba de permiso en Londres, se acercaba a visitarla y a compartir con Nancy maliciosos cotilleos. Algo similar ocurría con Cecil Beaton, el futuro ganador de tres Óscar por vestuario y dirección artística, no podía vivir sin libros, pero tampoco sin dar rienda suelta a su afilada lengua.

Entre los nuevos amigos de Nancy, había varios miembros del exclusivo e intelectual círculo de Bloomsbury en el que, antes de su suicidio unos meses atrás, reinaba Virginia Woolf. Clientes habituales eran, por ejemplo la poetisa Vita Sackville-West, amante de Virginia, quien le inspiraría su famosa obra *Orlando*. A Vita, tan similar físicamente a la Woolf que parecían gemelas, la acompañaba siempre su marido, Harold Nicolson, bisexual declarado y gran escritor. Nancy estaba encantada con su nuevo empleo. Le gustaba el ambiente, la conversación brillante y malvada y la posibilidad de estar entre gente a la que admiraba. En aquellos tiempos en que el adulterio continuaba siendo un escándalo y la homosexualidad un delito de cárcel, rodearse de personas para quienes la libertad era una religión la hacía sentir bien.

Aun así, por agradable que fuera, su nuevo empleo no solucionaba sus dificultades económicas. Tres libras semanales daban para poco, y Nancy prefería reservar el dinero y organizar en su casa cenas con amigos interesantes, aunque significara tener que ir a pie a todas partes y almorzar un triste sándwich en el banco de un parque. En noviembre de 1942, con motivo de su treinta y ocho cumpleaños, en una de sus veladas intelectuales decidió invitar a Unity. Se había impacientado con ella tantas veces tras su *accidente*, que se sentía culpable. «Pobre Bobo —le escribió por aquellas mismas fechas a Diana a la cárcel, contándole los detalles—. Se echa en brazos de cualquiera como un buen perro que menea la cola, pero nadie tiene paciencia con ella». Un par de días más tarde, en otra carta le comentaba: «Bobo lo pasó bomba en mi fiesta. Llevaba un vestido viejo, horroroso y comido por las polillas. Le presté el único vestido negro decente que tengo, pero le quedaba estrechísimo, no hubo forma de cerrarle la cremallera y le quedó toda la espalda al aire. Bobo estuvo toda la noche intentando tapársela con un chal que

también le presté, pero se le escurría y a cada rato acababa en el suelo. Se negó en redondo a que yo la maquillara. El adorable de André Roy la llevó a mi habitación y allí le empolvó un poco la nariz. Al final, quedó realmente bonita».

No opinaron lo mismo otros de los asistentes. Según Osbert Sitwell, escritor presente aquella noche, la velada tuvo sus complicaciones. Así la contó Sitwell en uno de sus libros. «Tenía a mi lado a Unity Mitford, esa giganta agresiva e inevitable. El capitán Roy, para hacerla participar en la conversación general, dijo: "Creo que hablas francés mucho mejor que yo inglés". A lo que ella respondió, alzando una ofendida ceja: "Gracias a Dios no hablo ni una palabra de esa lengua innoble"».

Se produjo un silencio. Unos miraban al techo, otros por la ventana, a cualquier parte salvo a donde se encontraba Unity, envuelta en su chal. Nancy trató de distender el ambiente con uno de sus comentarios humorísticos, pero la maniobra de distracción no surtió demasiado efecto. «¡Odio los bombardeos!», proclamó de pronto Unity, y a más de uno se le pasó por la cabeza recordarle que eran gentileza de su querido Adolf Hitler. Pero eran demasiado educados como para soltarle algo así a quien, evidentemente, no era más que una muñeca rota. Ella entonces se tapó los oídos con ambas manos antes de repetir:

—Odio los bombardeos. Y no entiendo por qué; en realidad ¿sabéis?, me encantaría morirme...

# 44

## UN NUEVO AMOR Y UNA LIBERACIÓN

—Pero, querida, ¿por qué no me dijiste nada? Habría venido encantada a tu fiesta —le reproché a Nancy cuando me contó lo ocurrido—. Ojalá hubiese estado allí para ayudarte con Bobo, ¡qué desagradable incidente!

—Tú siempre la salvadora de esta familia, Woman —comentó mi hermana al tiempo que le hacía señas a la camarera para que trajera más agua caliente.

Nos encontrábamos merendando en un salón de té, cercano a Regent's Park, que tenía todos sus ventanales protegidos por sacos terreros. Me apresuré a pedir otro par de *muffins*. Sabía lo mucho que le gustaban a Nancy y, conociendo su manía ahorrativa, posiblemente apenas habría almorzado.

—Bah —prosiguió ella—, no te dije nada porque sé lo ocupadísima que estás con los niños de la pobre Diana en casa. Nosotras, las que no tenemos hijos —añadió con un (casi) imperceptible temblor de su labio superior que disimuló bebiendo un sorbo de Lapsang Souchong —...; nosotras, las que nunca seremos madres, sabemos lo latosísimos que pueden llegar a ser los niños ajenos: que si un día les da una tripotera espantosa porque han comido demasiado chocolate... que si otro deciden decorarte el salón con sus ceras y sus acuarelas o te pegan un susto de muerte atragantándose con el capuchón de una pluma... Por cierto, querida, ¿tienes noticias de

Diana? No ha contestado a mi última carta, y eso que le escribo casi todos los días.

Nancy, que pocos días después de la detención de Diana había abogado por que la mantuvieran entre rejas por ser tanto ella como Mosley «individuos peligrosos», intentaba ahora compensar su traición mostrándose más pendiente que nunca de ella. No solo le escribía a diario, iba a verla siempre que le era posible y, desde que trabajaba en la librería, le enviaba paquetes de hasta diez volúmenes escogidos que Diana devoraba en compañía de Mosley en la celda con jardín que ahora ocupaban, gentileza de Winston Churchill.

Le respondí que en mi última visita a nuestra hermana la había encontrado tan animosa como siempre, y Nancy no tardó en retomar el tema de Unity para contarme otra escena ocurrida durante su fiesta de cumpleaños.

—No sé cómo Bobo pudo darse cuenta —comenzó—. Bueno, la verdad es que *sí* lo sé. Las niñas pequeñas, como es ahora nuestra pobre hermana, tienen un sexto sentido, algo así como una *antena* especial para ciertas cosas.

—No entiendo, ¿de qué antena me hablas?

—¿De cuál va a ser, Woman? De la que ha desarrollado Bobo desde su accidente. ¿No te has fijado? Parece que está en Babia, pero capta lo que no debe. ¿Puedes creer que cuando se marcharon todos y quedábamos en casa solo ella, Roy y yo, de pronto va y suelta dirigiéndose a él?: «Tú no lo sabes, tonto, pero Nancy ya no te quiere».

»—¡Pero qué dices! —la regañé—, yo *adoro* a Roy.

»—Ya, ya —canturreó Bobo—, pero no tanto como al tipo del teléfono. El tipo del teléfono *sí* que te gusta. Se te derrite la voz cuando hablas con él. Para que lo sepas —añadió, mirando de nuevo

a Roy con esos ojos terribles que veces pone—. A ti te quiere como perrito, un perrito muy mono, pero nada más.

—¿Pero de qué estaba hablando? —le pregunté a Nancy.

—¡Oh, Woman! —exclamó entonces Nancy en un rapto de confidencia y sinceridad poco común en ella—. Fue tan cruel. Yo no quería que Roy se enterase, al menos, no de esa manera. Ha sido tan maravilloso conmigo desde mi abo... —Iba a decir aborto, pero esquivó la palabra—... Después de todo lo que hemos pasado juntos...

—¿Y quién es el hombre del teléfono?

—Gaston Palewski, la mano derecha del general De Gaulle aquí en Londres.

—Otro francés guapísimo como Roy, imagino...

—No intentes frivolizar como si fueras yo, porque no te pega, Woman. Y no, de guapo no tiene nada. Es algo regordete, le falta pelo, le sobran unas cuantas marcas en la cara causadas por un antiguo y furioso acné juvenil. Dicho todo esto, es el hombre más atractivo que he visto en mi vida.

—Te recuerdo que ese título ya se lo habías adjudicado antes a Hamish Erskine, que casi te hace perder la cabeza en el más literal sentido de la palabra. Y algo más adelante a tu marido, el plomo más grande que he conocido y un tipo nada de fiar, como bien ha demostrado. En cambio, con el capitán Roy, me parece que nunca sentiste esa... efervescencia amorosa, ¿me equivoco? ¿Pues sabes lo que te digo? Que en muchos casos y clarísimamente en el tuyo, es mejor así.

—Si vas a echarme la bronca y decir que tengo muy mal ojo para los hombres —se impacientó Nancy—, mejor te ahorras el sermón. Desde luego, lo que está claro es que yo no soy como tú. Prefiero sentir, vibrar, vivir, aunque me equivoque. Tú en cambio, has elegido

una vidita sin sobresaltos y un marido que no te dé complicaciones. Es cuestión de gustos. Pero descuida, Gaston no tiene nada que ver con Hamish y tampoco con Peter.

—¿Cómo os conocisteis?

—Curiosamente, gracias a mi marido.

—¡Pero si Peter está en Etiopía!

—Precisamente por eso. Gaston comandaba las Fuerzas Francesas Libres en el este de África, hasta que, el mes pasado, el general De Gaulle lo llamó para que asumiera la dirección de su gabinete aquí en Londres. En Addis Abeba coincidió varias veces con Peter y al llegar a Londres decidió llamarme y darme noticias de él.

—Pero qué amable. ¿Y ese interés suyo no tendrá que ver con la curiosidad y el esnobismo de conocer a una de esas Mitford guapas y escandalosas que a cada rato están en las portadas de los periódicos?

—No seas mal pensada, Woman, tampoco va con tu carácter —rio Nancy, encendiendo el primer Benson & Hedges de la tarde y cruzando las piernas de un modo que seguro habría encandilado a monsieur Palewski—. Deberías ver lo encantador y cultísimo que es. Pero, eso sí —puntualizó—, es culto a la francesa, es decir, sin la sarcástica y a veces pedante ironía de los intelectuales británicos. Con Gaston todo es leve, delicioso, chispeante. Y da igual que hable de Montesquieu como de la Pompadour; de Cicerón o de Casanova; de Kant o de Houdini, todo le divierte y tiene una opinión original al respecto. Pero no solo es un erudito y buen conversador. También es un hombre de acción. Su padre diseñó los primeros aviones y él aprendió a pilotar desde muy joven. Al comienzo de la guerra, se alistó en el escuadrón de reconocimiento aéreo del que también formaba parte Antoine de Saint-Exupéry, el autor de *El principito*. Pero últimamente se mueve más en la retaguardia. De Gaulle no da

un paso sin consultarle. Por otra parte, como estudió en Oxford, tiene excelentes contactos en el Foreign Office y habla un inglés perfecto, solo que con esas deliciosas «erres» francesas que tanto me fascinan.

—¿Y no estará casado este dechado de virtudes?

—Claro que no. Le gustan demasiado las mujeres como para atarse solo a una. Eso dice él, y yo le agradezco la franqueza.

—Eso es tanto como decir —muy finamente eso sí— que la fidelidad no es lo suyo, ¿no te parece?

—Puede. Pero cuando te dejan claras las reglas del juego desde el principio, no caben malentendidos. Además, ya me ocuparé de que cambie.

—¿Reconvertir a un Casanova? ¡Querida! —me alarmé—, estoy por darle la razón a Unity. Te has enamorado de ese hombre como una colegiala. Solo una mujer enamorada es capaz de hablar como tú hablas. Pero déjame que te recuerde algo muy necesario en tu caso, dado tu currículum sentimental. El amor, aparte de ciego, reblandece el cerebro hasta convertirlo en pasta de boniato y vuelve lelas a las personas más inteligentes. *Sobre todo* a las más inteligentes, no me preguntes por qué, pero es así.

—Tonterías, Woman. ¿Qué has estado leyendo últimamente para estar tan descreída? ¿A Schopenhauer o a algún otro filósofo cenizo y muy pesimista sobre las pasiones humanas? No sé para qué te he hablado de Gaston... Bueno —añadió a renglón seguido, al tiempo que expelía el humo de un nuevo Benson & Hedges de un modo soñador—, en realidad, sí lo sé. Es porque tengo ganas de gritarlo al mundo entero. Contárselo a los árboles de Hyde Park, a los patos del Serpentine y al mismísimo almirante Nelson, allá arriba en su columna de Trafalgar Square... Hay que vivir, Woman, sentir con mayúscula. Estamos en guerra, mañana puede caernos un obús y

RIP, adiós, hasta nunca. ¿Crees que voy a desaprovechar esta ocasión de sentirme viva? Ni loca, y tú deberías hacer lo mismo, Woman, nadie te agradecerá que no lo hagas, las guerras al menos sirven para aprender esto. Vive, siente, sueña, ama. Haz locuras, déjate ir, cuando entre la pasión en tu vida, lo pondrá todo patas arriba, acuérdate de lo que te digo.

***

No hace falta que diga que, ni por un momento, se me ocurrió hacerle caso a Nancy. Tal vez, Derek, mi marido, no fuera tan fascinante como el tal Gaston Palewski y, después de la muerte de su hermano gemelo, no había vuelto a ser el hombre del que me enamoré. Pero teníamos nuestro territorio común. También me había enternecido ver cómo Derek se había esforzado en convertirse en una figura paterna para los hijos de Diana, sin suplantar a Mosley, pero rellenando un vacío que, evidentemente, los niños sentían. Max, el pequeño, lo adoraba, y Alex, con sus cuatro años reclamaba a cada rato que lo llevase a montar con él y que le enseñase a dar de comer a los caballos.

Pero todo esto había sido semanas atrás. Ahora Derek acababa de alistarse en la aviación. Dado su prestigio como científico de primera fila, las autoridades militares intentaron que se quedara en Inglaterra donde sus conocimientos podían ser muy útiles. Pero él prefirió entrar en combate. Años más tarde me enteraría de que Nancy dejó escrito en su correspondencia que Derek tenía simpatías nazis. Es falso. Como Farve y mi hermano Tom, y también como tantísimas otras personas en toda Europa, mi marido, antes de la guerra, llegó a sentir admiración por lo que entonces llamaban «el milagro alemán», y el modo en que Hitler había devuelto el orgullo a su pueblo tras años de penurias económicas y desgobierno. Pero

aquella admiración general, y la de Derek en particular, desapareció cuando Hitler se convirtió en una amenaza para el mundo. Por eso, en aquel año de 1943, del que ahora quiero hablarles, Derek se encontraba en Europa jugándose la vida como tantos otros hombres y mujeres. Nanny y yo nos quedamos al cuidado de los niños de Diana y Mosley en Rignell, esa propiedad cerca de Oxford que Derek y yo compramos al casarnos. Para aquellas fechas, los bombardeos habían disminuido considerablemente desde que Hitler optara por relajar la presión bélica sobre Inglaterra y embarcarse en el que sería su peor error táctico, invadir la Unión Soviética.

Aun así, no había que confiarse del todo. Como si quisiera dejar claro quién mandaba en las nubes, de vez en cuando, la aviación alemana nos enviaba algún letal recordatorio. La gente que trabajaba en Rignell se había marchado hacía meses. Ellos, al ejército; ellas, a las fábricas de armas. Estábamos solas en aquel enorme caserón con los niños. Nanny y yo éramos conscientes de que en cualquier momento podíamos ser un blanco fácil desde el cielo. Y, sin embargo, fueron días felices. Nanny se ocupaba de los niños y yo de la cocina; siempre me ha gustado estar entre pucheros. Habíamos plantado una huerta que daba toda clase de hortalizas, patatas, boniatos, zanahorias, puerros, tomates, espinacas y varias clases de legumbres. Pero en lo que a carne se refiere, nuestra dieta, me temo, se reducía a comer pollo a todas horas. Dicho esto, ni se imaginan las recetas tan creativas que inventé para que no nos salieran plumas hasta por las orejas.

Alex y Max crecían sanos y fuertes. Alexander era muy maduro para su edad, y Max, que aún no había cumplido los tres, mostraba un sentido común sorprendente. Todo lo contrario, me temo, de lo que ocurría con Bobo. Cada vez resultaba más caprichosa e irreductible y la situación estaba haciendo mella en Muv. A sus

sesenta y dos años, parecía que mi madre tenía veinte más. En cuanto a Farve, el hecho de que se hubiera marchado a vivir a Escocia con Margaret, nuestra antigua doncella, le resultaba más embarazoso a él que a nosotros, sus hijos. A Tom, alistado desde 1940, no podía importarle menos la relación que mantenían. Lo mismo ocurría con Decca al otro lado del Atlántico, en Estados Unidos. Además, ella, que siempre fue muy proigualdad de clases, adoraba a Margaret; de niña le había encubierto más de una trastada. Lo mismo nos ocurría a Debo y a mí, también nosotras queríamos mucho a Maggie, la única capaz de soportar los berrinches y el rechinar de dientes de Farve sin jamás perder la sonrisa.

A la que no le hizo tanta gracia enterarse de aquella *liaison* romántica tan poco propia de nuestro padre fue a Diana, que era la que más se parecía a Farve en eso de la «conciencia de clase». Pero Diana tenía otras preocupaciones. Después de tres años de cárcel, su situación comenzaba a hacerle mella, por mucho que se empeñaba en disimularlo. Lo peor no eran las mantas manchadas de todo tipo de efluvios humanos imaginables, tampoco la falta de higiene, que cada tanto se traducía en sarna o en disentería. Ni el olor, ni el dolor, ni la desesperación que veía a su alrededor, con la muerte siempre al acecho. Lo peor era la incertidumbre. El resto de los presidiarios de Holloway tenía al menos una condena. Sabía cuántos años, meses o semanas faltaban para que acabara su ordalía. Diana y Oswald, en cambio, vivían en un limbo legal. Encerrados sin juicio bajo el incierto cargo de ser «un peligro para la patria», ignoraban cuándo los pondrían en libertad, si es que aquella feliz eventualidad llegaba a materializarse algún día.

A cambio de tanta incertidumbre y desde la intervención del primo Winston, gozaban de ciertos privilegios, el primero y más de

agradecer, la posibilidad de que el matrimonio compartiera celda. También se les permitía recibir semanalmente algunas delicias que ellos racionaban con avara fruición: media botella de vino a la semana, chocolates y un queso Stilton, el favorito de Diana, que Deborah se encargaba de hacerles llegar cada quince días, mientras Nancy los proveía de libros. Yo era la encargada de llevar a Alex y a Max a la cárcel para que pudieran ver a sus padres. Ni se imaginan la fiesta que eran los reencuentros. A los niños les encantaba que Diana y Oswald les permitieran jugar a hortelanos en el jardincillo que compartían con otra pareja de reclusos. Recuerdo que, en aquel terreno (de no más de dos yardas por dos) crecían exquisiteces exóticas como guisantes lágrima y fresas del bosque. *Fraises des bois*, así las llamaba Oswald, que estaba orgullosísimo de ellas.

El marido de Diana sufría por aquel entonces una dolorosa flebitis que no hacía más que empeorar. Tenía dificultades para moverse, pero cuando los niños venían, hacía lo posible para que no lo notaran, aunque luego quedara agotado. Les mostraba los cochecitos de madera que había fabricado para ellos durante la semana y tragándose el dolor, a cuatro patas jugaba a improvisar a veces un garaje, otras un túnel o un puente utilizando como material de construcción los escasos utensilios que les permitían tener: la jarra de madera que empleaban para lavarse, un par de platos de metal, los vasos del mismo material o los escasos cacharros de cocina que poseían: una sartén y la desconchada cacerolita en la que calentaban agua. «¿Dónde os parece que aparquemos este Rolls- Royce? ¿Y este Morris como el de la tía Unity? Aquí, aquí, ¡mirad qué bien nos ha quedado este garaje!».

A pesar del frío y las penurias, y con el permiso de las cucarachas, reinas del lugar, aquellos encuentros eran una fiesta para los cuatro. Pero aun así y con gran pena, Diana decidió ponerles fin. No por la

mugre, la precariedad o el frío, sino porque los niños lloraban tan desconsolados en cada despedida que temió que pudiera causarles un trauma. Tenían solo tres y cuatro años y a su regreso a casa, se volvían tristes, inapetentes, mojaban la cama, apenas dormían, y cuando lo conseguían, despertaban aterrados por sus pesadillas.

Por aquellas mismas fechas, tras un ataque de gastroenteritis que afectó a Oswald dejándolo más debilitado que nunca, un gélido día del otoño de 1943, Diana aprovechó una de las visitas de Muv a la cárcel para rogarle que escribiese cuanto antes a Clementine, la mujer de Churchill.

—Dile la verdad, cuéntale cómo vivimos y cómo has visto a Oswald. Pídele que interceda por nosotros ante el primo Winston.

Muv se mostró reticente. Se negaba a rebajarse ante el hombre que había metido a su hija en la cárcel, violentando todas las leyes de un país en el que se suponía que nadie estaba recluido sin juicio previo.

—Te lo ruego, hazlo por mí, Muv. No creo que Oswald pueda soportar la llegada del invierno. Apenas come y se niega a beber. Está convencido de que su estado se debe al agua insalubre que aquí nos dan, y de nada sirve que yo la ponga a hervir varias veces. Tú misma lo has podido comprobar, no es ni la sombra de sí mismo.

Muv tuvo que darle la razón. Si el aspecto de Diana era bueno (ella siempre se arreglaba cuando íbamos a visitarla e incluso se tomaba la molestia de pintarse los labios de rojo), el de Mosley era deplorable. Nada quedaba de aquel legendario aire suyo a lo Clark Gable o Errol Flynn. La gastroenteritis lo había dejado consumido, derrotado, tan flaco, que la piel de la cara se le pegaba a los huesos. Y luego estaba aquella maldita flebitis ulcerosa que le impedía moverse. Al llegar a casa, Muv escribió a Clementine, que no tardó en responder en estos términos:

*Sí, querida, Winston siempre ha apreciado mucho a Diana, pero el caso es que ella y su marido están mejor en prisión. Si son liberados, la gente se ensañaría con ellos, espero que lo comprendas.*

Muv quedó furiosa con la respuesta. ¿Cómo podía ser tan insensible, tan cruel? Clementine había sido dama de honor en su boda, esperaba de ella algo más que tres líneas de excusas paternalistas.

***

Aun así, algún efecto debió de surtir la carta de Muv, porque, pocos días más tarde, en el despacho de ministro del Interior, se recibió un informe médico en el que se informaba de que: «Si sir Oswald Mosley llegase a coger una gripe o cualquier otro virus, las consecuencias podrían ser fatales». Se apuntaba también que no convenía convertir a Mosley en un mártir; llevaba casi cuatro años entre rejas.

Por eso, y cuando menos lo esperábamos, en concreto el 20 de noviembre de 1943 BBC Radio dio la noticia: Oswald y Diana Mosley acababan de ser puestos en libertad.

Según contaría ella más adelante en sus memorias, se encontraba preparando unas gachas cuando una de las guardianas irrumpió en la celda y la abrazó.

—¡Son ustedes libres! ¡Libres!

Había lágrimas en sus ojos.

—¿¿¿Seguro??? ¿Cómo lo sabe?

—Lo acaban de decir en la radio —respondió la señorita Baxter, que a esas alturas era para Diana más una amiga que una carcelera —. También han dicho que el Ministerio del Interior ha puesto condiciones a su libertad. —Pero la señorita Baxter no había

esperado a oírlas, sino que prefirió correr a darles la buena noticia—. Ya se las comunicará el director —añadió, acercándose al camastro en el que dormitaba Oswald—. Enhorabuena, señor Mosley, me alegro mucho por usted.

En cuanto a mí, al oír la noticia en la radio, reaccioné de modo similar a la señorita Baxter. No me detuve a oír qué condiciones eran aquellas, sino que volé escaleras abajo a abrazar a los niños. Fue Nanny, mucho más sensata, la que sí las escuchó y pudo contármelas:

—Tienen prohibido vivir en Londres o en cualquier otro núcleo urbano. Deberán instalarse en algún enclave pequeño, siempre con la aprobación previa del ministro del Interior, y se les mantendrá en régimen de arresto domiciliario—. Es increíble —añadió Nanny muy contrariada—. No contentos con exiliarlos vaya usted a saber a qué punto remoto, se les confiscará el coche y sus casas, tanto las de Londres como la que tienen en el campo. ¿Dónde pretenden que vivan, en un lazareto como si fueran apestados? —refunfuñó—. Por si fuera poco, se les prohíbe verse con antiguos camaradas políticos y más aún hablar con la prensa. ¡A ver si piensan que Diana va a ir a contarles su vida a esos reporteros!

—¿Han dicho cuándo los pondrán en libertad? —pregunté.

—No, pero según la BBC, poco después de hacerse pública la noticia, ya había un enjambre de fotógrafos, plumillas y un montón de curiosos a las puertas de la prisión a la espera de su liberación.

***

Tres días tardaron en poder salir de Holloway. No tanto por los periodistas (que eran legión), sino por la reacción de la gente. Desde su celda, Diana y Oswald oían los gritos:

—¡¡¡Que se pudran ahí!!!

—¡Vergüenza debería darle, señor Churchill!

—¡Que los encierren en una mazmorra y tiren la llave, nuestros hijos mueren por culpa de sus amigos!

—Inglaterra no paga a traidores. ¡A la horca con ellos!

Tal era la situación, que las autoridades temieron que se produjera un linchamiento. Había que buscar otra vía para que pudieran abandonar la prisión sin riesgo para su integridad. Por fin, el cuarto día, en plena noche y por una puerta lateral, Diana y Oswald, conducidos en un furgón y al amparo de miradas, lograron llegar hasta mi casa de Rignell.

—¿Y estás segura de que esos señores malos no se los volverán a llevar, tía Pam? ¿Me lo prometes? ¡¿Me lo prometes?! —me preguntó Alex, que llevaba horas con la nariz pegada a la ventana esperando la llegada de sus padres.

—Claro que te lo prometo, mi sol, pero bájate de ahí, que te vas a dar un coscorrón...

Max se agarraba a mis piernas llorando sin consuelo:

—No te irás tú ahora, ¿verdad, tía Pam? No me gusta nada que la gente se vaya... Prométeme que te quedarás, prométemelo...

Al final, fue Nanny la que intervino, con su habitual sentido común.

—Pero bueno, niños, ¿se puede saber qué pasa aquí? Hoy es día de bienvenidas, no de despedidas. A ver, dejadme ver lo guapos que estáis para recibir a papá y mamá. ¿Y los regalos que habéis preparado para ellos? ¿Dónde están?

En cuanto les dimos la noticia de que sus padres estaban en camino, Alex les había hecho un dibujo en el que, más o menos, se podían adivinar dos figuras muy altas y muy fuertes en medio de un sol brillante. El regalo de Max eran media docena de plumas presumiblemente arrancadas a sus amadas gallinas.

—¿Tú crees que les gustarán?
—Claro que sí, mi sol, pero mira, ¡por ahí vienen ya!

# 45

## Y MIENTRAS TANTO, AL OTRO LADO DEL OCÉANO...

A más de cinco mil millas de allí, en California, en el pequeño apartamento interior en el que ahora vivía, también a Decca le llegó la noticia de la liberación de Diana.

—¿Has oído eso, Dinky?: «Cuarenta mil personas se concentraron bajo la lluvia para protestar por la liberación de los Mosley», dice el *San Francisco Chronicle.* ¿Y qué te parece este otro titular de *The Examiner?* «¡Escándalo! Millones de trabajadores se unen en una protesta contra la liberación del fascista Mosley».

La niña miró a su madre con atención, pero sin dejar de revolver su plato de avena con leche.

Dinky estaba a punto de cumplir tres años y, desde que nació, su madre le hablaba como si fuera una persona mayor. También decidió que Dinky la llamaría Decca y no mamá. «Nada de costumbres burguesas trasnochadas y jerarquizantes, ¿verdad, Dinky?».

Ese apodo tenía su pequeña historia. Esmond, en la última carta que le envió desde el frente antes de morir, le había pedido que no le pusiera Constancia. Pero Decca ya la había inscrito en el registro, de modo que comenzó a llamarla Dinky «o Dinky Donk». Cuando alguien le preguntaba el origen del mote, solía responder que, con Esmond en Europa, su amiga Virginia Durr le había ofrecido vivir en su casa para que se sintiera más acompañada. «Las dos teníamos los mismos intereses por temas sociales —le gustaba explicar—, e

íbamos juntas a los mítines del Partido Demócrata. Total y para resumir, entre que el emblema del partido es un burrito, un *donkey*, y que la niña a punto de nacer, pateaba de lo lindo, se quedó con Dinky.

—¿Qué te parece tu tía? —le preguntó Decca a la pequeña, enseñándole una foto de Diana acosada por los periodistas—. Ya la conocerás algún día. A pesar de ser una impresentable fascista, es mucho más guapa de lo que aquí ves.

Dinky era su mejor o, mejor dicho, su única compañera, sobre todo ahora que acababa de mudarse a San Francisco, donde no conocía a nadie.

Lo había hecho muy en contra de los consejos de su amiga Virginia, pero no se arrepentía. Virginia Foster Durr se había portado con ella como un ángel. Madre de cinco hijos y casada con un abogado tan liberal y preocupado por asuntos sociales como ella, al morir Esmond le había abierto las puertas de su casa en Washington. «Donde comen siete comen nueve, querida. Por lo que a Cliff y a mí respecta, como si te quedas a vivir con nosotros para siempre».

Durr era una de las mejores amigas de Eleanor Roosevelt, la muy atípica y liberal esposa del trigésimo segundo presidente de los Estados Unidos. Años más tarde, en 1955, otra de sus grandes amigas sería Rosa Parks, la mujer de color que, al negarse a ceder su asiento en el autobús a un blanco, propició un cambio de sensibilidad en la sociedad con respecto a los derechos civiles de los negros. Pero a principios de los años cuarenta, Virginia ya trabajaba por la causa. Nacida en una familia elitista de Alabama, sus dos abuelos pertenecían al Ku Klux Klan. Sin embargo, a Virginia la crio Nelly, su niñera, descendiente de esclavos, y se adoraban tanto que, tras asistir al Wellesley College de Massachusetts, se convirtió en

una de las primeras activistas blancas en pro de la comunidad afroamericana.

En Virginia Durr, Decca encontró el modelo perfecto de lo que a ella le gustaría llegar a ser: alguien que renuncia a sus privilegios para ayudar a los demás, una militante de izquierdas con gran conciencia social. Además, no podía estar más agradecida por cómo la había ayudado cuando se quedó viuda y con una criatura tan pequeña. Aun así, Decca no quería ser una carga para nadie. En cuanto terminó con la lactancia de Dinky, se puso a buscar un trabajo. Uno de verdad, le gustaba especificar. Según decía, los que había tenido cuando Esmond y ella llegaron a los Estados Unidos no eran más que ocupaciones temporales. Atender un bar o venderle ropa cara a señoras a las que les parecía elegantísimo su acento *british* no eran ocupaciones serias. Ahora, con una hija en el mundo, debía aspirar a algo más sólido, más profesional. ¿Pero qué? No tenía estudios. Ay, cuánto se acordó entonces de Farve y de su aversión a que nosotras, sus hijas, fuéramos al colegio: «... Lo único que una chica de buena familia necesita para abrirse camino en la vida es ser monísima y tener una educación esmerada». Pero el mundo había cambiado. Lo que Muv y Farve llamaban una «educación esmerada» —tocar el piano, utilizar bien los cubiertos del pescado y chapurrear algo de francés— no servía para nada. Y menos en los Estados Unidos. Allí lo primero que exigían cuando uno iba a pedir trabajo era un certificado de estudios. A Decca le habría encantado ser periodista. Pensaba que tenía cualidades para ello, al menos tantas como Nancy, que en Inglaterra había conseguido labrarse una reputación como articulista. Pero, en Estados Unidos, aquella idea quedaba fuera por completo de sus posibilidades. Por eso decidió tomar un camino intermedio: apuntarse en una academia y obtener un grado en taquigrafía y mecanografía. Con un

poco de suerte, se dijo, aquellos conocimientos básicos le abrirían algunas puertas.

Y así fue. Su pretencioso diploma de la academia Smith & Toole, adornado con volutas doradas y escrito con letra gótica, se convertiría en el primer paso hacia su independencia. Continuaba, de momento, viviendo en casa de Virginia Durr, pero su idea era, en cuanto consiguiera ahorrar algo de dinero, alquilarse un apartamentito en algún barrio obrero, y volar sola.

—Tonterías, querida, ¿dónde vas a estar mejor que con nosotros? Además, y para que lo sepas, eso de desclasarse siempre es complicado.

—¿Desclasarse? —repitió Decca, sorprendida.

—Sí, sabes perfectamente a qué me refiero. Por mucho que tú y yo nos interesemos por problemas sociales, nacimos en las familias que nacimos y, en el fondo y mal que nos pese, somos un par de esnobs. No es tan fácil desprenderse de los parámetros con los que crecimos.

La reflexión de Virginia la dejó cavilando, pero no pensaba darle la razón. Es más, aquella teoría de que no era fácil descartar los parámetros con los que ella había sido educada, de algún modo la ayudó a tomar la decisión. Acababa de encontrar empleo como mecanógrafa principiante en una entidad estatal. En concreto, en la Oficina de Administración de Precios, un organismo que se ocupaba de controlar los precios y también el racionamiento durante el período de guerra. Un trabajo que encajaba perfectamente con su forma de pensar, porque la finalidad de la OPA era defender los intereses de la ciudadanía impidiendo que nadie se aprovechase de la situación bélica para enriquecerse a costa de los más necesitados. Decca se entregó a su nuevo trabajo. Se esmeraba en él y aprendía rápido, por lo que, a pesar de que el mundo de la Administración

Pública le era desconocido, no tardó en llamar la atención de su jefa, miss Carey, una abogada de talante liberal y gran defensora de las políticas económicas y sociales del presidente Roosevelt.

—¿Le interesaría trabajar como entrevistadora? —le propuso miss Carey.

Decca dijo que sí, incluso antes de saber en qué consistiría. Hasta el momento, formar parte de un inmenso grupo de secretarias que tecleaban inmisericordes —tacatactatacata— de nueve a cinco, y luego —tacatatacataca— de cinco a seis para hacer una hora extra, le había proporcionado un sueldito que alcanzaba justo para alquilar un estudio amueblado y pagar la guardería de Dinky. Pero no era exactamente su idea de liberación a través del trabajo, de modo que un cambio, fuese cual fuese, era más que bienvenido.

—Creo que le gustará su nueva responsabilidad, señora Romilly —continuó diciendo miss Carey—. Consiste en comprobar que en las tiendas y comercios se aplica correctamente la congelación de precios a la que nos obliga la guerra. ¿Conoce a Bob Treuhaft? Trabajarán juntos. Bob, esta es Jessica Romilly.

—Buenos días, señora Romilly...

***

Decca repitió «buenos días» con una mecánica inclinación de cabeza. En realidad, estaba bastante más preocupada por conocer las particularidades de su futuro trabajo que en fijarse en Bob Treuhaft. Su nuevo compañero le pareció agradable, eso sí. De hecho, recordaba haber coincidido con él un par de veces en el ascensor. El recuerdo no era porque le hubiera parecido especialmente guapo, sino porque tenía una forma muy particular de sonreír con los ojos, incluso cuando estaba serio. Agradable, ese era el adjetivo que más le definía. También un poco desastrado, la

verdad. Llevaba la corbata descolocada y las esquinas del cuello de la camisa respingaban como si jamás hubieran conocido plancha. Según explicó entonces la señorita Carey, Treuhaft era un prometedor licenciado de Harvard que acababa de redactar para la OPA una orden que prohibía la conducción por placer.

—O dicho de otro modo, señora Romilly, según esta nueva disposición que usted ayudará a implementar, los ciudadanos solo podrán usar sus vehículos privados para ir al trabajo o en caso de emergencia sobrevenida. Se trata de ahorrar gasolina al máximo. Todo lo que se pueda hacer por ayudar a nuestro país y a nuestros chicos allá en el frente es poco, ¿comprende usted?

—Perfectamente, pero yo no tengo coche —respondió Decca.

—Claro que no —intervino amablemente el señor Treuhaft—. Lo que quiere decir la señorita Carey es que nuestro cometido consistirá en asegurarnos de que el decreto se cumple. Por tanto, evitar que la gente utilice el coche para ir a un restaurante o al cine o cualquier otro dispendio innecesario. Las personas que encontremos incumpliendo la norma serán sancionadas severamente. Aquí, en Washington, los altos funcionarios, banqueros y dueños de grandes empresas piensan que ya colaboran con la causa bélica con sus donaciones, y no les restamos méritos. Pero es importante que colaboren también con su actitud y su buen ejemplo.

***

Comenzó entonces para Decca un trabajo de lo más curioso. Aparte de las tareas burocráticas que llevaba a cabo durante el día en las oficinas de la OPA, había otra vertiente en su nueva ocupación. Consistía en asistir a locales de moda, restaurantes, espectáculos y lugares elegantes de reunión y comprobar *in situ* que ninguno de los allí presentes era infractor.

—Me temo que voy a desentonar muchísimo —le comentó Decca a Treuhaft el primer día que les tocó asistir a una cena benéfica en el hotel Mayflower—. Este vestidito de terciopelo verde botella, que empieza a parecer pardo de puro viejo, es lo más parecido que tengo a un traje de noche.

Treuhaft achinó los ojos de aquel modo suyo tan agradable y rio con ganas.

—Señora Romilly —dijo—, le recuerdo que no vamos exactamente a bailar *quickstep* a los acordes de Xavier Cugat y su orquesta, sino a pillar *in fraganti* a quienes se saltan nuestras disposiciones. Además, si me permite decírselo, usted no necesita más adorno que ese vestidito verde y, como mucho, unas perlas falsas de las que venden en Woolworth para parecer que tiene un millón de dólares.

Aquella noche multaron a los embajadores de Noruega y a sus acompañantes por quebrantar la prohibición.

—¡Inaudito! —se revolvió muy molesta la mujer del embajador—. ¿Quiénes son ustedes para decirnos qué puede o no puede hacer una delegación extranjera? Además —añadió, dirigiéndose ahora a Treuhaft—, no me venga con cuentos; supongo que ahora pretenderá hacerme creer que usted y esta señorita tan elegante han llegado aquí en monopatín. ¡Yo, desde luego, no pienso volver a casa en autobús!

A sus excelencias no les quedó más remedio que regresar a la embajada en transporte público porque Bob tenía un modo amabilísimo de mostrarse inflexible sin perder nunca la sonrisa.

A partir de ese momento, se hicieron camaradas. En sus batidas por los lugares frecuentados por los estratos más favorecidos de la sociedad de la capital, había muchos compases de espera y entonces se dedicaban a charlar. Hablaban de todo. Del presidente Roosevelt, de la última película de Humphrey Bogart, de literatura,

de teatro, también de la evolución de la guerra y del *New Deal* que tanto estaba ayudando a las clases desfavorecidas. De todo, salvo de temas personales. Bob sabía que ella era viuda de guerra. En la oficina, las mujeres que habían tenido la desgracia de perder a sus maridos en la contienda despertaban tanto respeto como admiración.

Por el contrario, Decca no sabía nada de él. Tampoco le interesaba especialmente. ¿Para qué? Bob era educado y agradable, pero ella seguía tan enamorada de su marido como cuando estaba vivo. Más incluso, por el conocido poder embellecedor que tiene la muerte. Los defectos de los que ya no están menguan en la misma medida en la que sus virtudes crecen. Más aún cuando el muerto es joven y brillante como lo fue Esmond. ¿Qué importaba si, en lo que a economía familiar se refiere, había sido un verdadero desastre y «administrar», «prever» y «guardar» fueron términos que jamás figuraron en su diccionario? ¿Y qué más daba si en ocasiones le había dado por apropiarse de lo ajeno, como hizo con los puros del dueño de *The Washington Post*? ¿O incluso que no hubiese contribuido precisamente a recomponer la relación de Decca con su familia, sino más bien todo lo contrario, como ocurrió tras la muerte de la pequeña Julia? Nada de esto importaba ya, porque a los muertos se les juzga solo por el lado luminoso de su personalidad, jamás por sus faltas. Esa era la razón por la que a Decca no le interesaba Bob. Ni él, ni ningún otro hombre. Ella estaba casada con un recuerdo, era la esposa de un fantasma.

Aun así, y sin pretenderlo, comenzó a conocer algunos detalles de la vida de su nuevo compañero de trabajo. En concreto, los que Gladys, una excompañera en el grupo de mecanógrafas, se empeñó en desvelarle.

—A ver, querida, ya sé que te da igual, pero ¿de verdad que no te has fijado en *nada* de lo que tiene que ver con Bob? ¿No te intriga, por ejemplo, cómo un graduado en Harvard como él habla con acento del Bronx?

—Me encanta su acento —se apresuró a decir Decca—. Y si ha sido capaz de saltar del Bronx a Harvard, lo único que puedo decir es bravo por él.

—Y bravo también por sus padres, ¿no te parece? Que para eso se deslomaron a trabajar. Para que su hijo pudiera tener los estudios que ellos no tuvieron. Al llegar a este país, su madre se empleó en una fábrica de sombreros y su padre en un restaurante. Judíos húngaros, ¿comprendes?

—No me digas —rio Decca— que tú eres de esas personas que baja la voz cada vez que pronuncia la palabra «judío».

—Claro que no —se ofendió Gladys—, no tengo nada en contra del pueblo de Israel, pero es que Bob, aparte de judío, es comunista.

Su amiga le contó que, poco después de graduarse como abogado con espléndidas notas, Bob se había aproximado a formaciones de izquierda, según él, las únicas capaces de cambiar el mundo.

—Pues para que lo sepas, yo soy de la misma opinión.

—¿Con ese acento pijo que tienes que parece que te has tragado una patata y dos boniatos? ¡Anda ya! —rio Gladys.

Decca se mordió la lengua. Mejor no decir nada. ¿Para qué? Cuanto menos se supiera de su vida pasada, mejor. Además, Estados Unidos, aparte de ser tierra de promisión, era también la tierra del borrón y cuenta nueva. Casi todos los que habían abandonado su tierra en Europa escondían algo. Un pasado de miseria; una desgracia; un dolor; un error y algunos incluso un crimen. O como ella, unas relaciones familiares cercenadas.

***

¿Por qué Decca no había regresado a Inglaterra tras la muerte de Esmond? ¿Por qué prefirió continuar en Estados Unidos en vez de volver con su familia? ¿Una familia, además, como la nuestra, en la que todos nos adorábamos? La respuesta a estas preguntas es que nunca llegó a perdonar a Farve la actitud que mostró con respecto a Esmond al regresar ambos de la España en guerra. Con los yernos tan poco recomendables que tenía —léase, Mosley, el fascista; o Peter, el indolente marido de Nancy, eso sin mencionar al «Wolf» de Unity, Adolf Hitler—, ¿por qué nunca le gustó Esmond? ¿Porque era idealista? ¿Porque había derramado su sangre luchando con las Brigadas Internacionales? ¿Porque sostenía que Stalin estaba alumbrando una sociedad nueva? Para utilizar la frase favorita de Decca en su infancia, la que más repetía cuando se consideraba incomprendida: «¡Simplemente, *no* era justo!».

Por eso, tras la trágica muerte de la pequeña Julia, ella había sido la más firme partidaria de emigrar a América y empezar ahí una nueva vida solos y sin ataduras. Se sentía traicionada por su familia, y Esmond tampoco había ayudado a la reconciliación. Estaba tan dolido con su suegro y su suegro con él, que Decca, obligada por su marido a escoger entre los dos, se decantó por él. Y lo hizo como en mi familia se hacían las cosas: sin mirar atrás y sin arrepentimiento. Como Diana, que, con millones de muertos por medio, y a pesar de que sus convicciones políticas le costaron casi cuatro años de cárcel, jamás abjuró de su fe fascista. O como Unity, que no solo no mostró arrepentimiento respecto a su amistad con Hitler, sino que se metió una bala en la cabeza por él. O como Nancy, que tampoco era de las que cambian de rumbo, en su caso, por su inveterada costumbre de enamorarse de hombres que no la amaban. Porque todas mis hermanas, con excepción de Deborah, eran apasionadas. Pasión. Hermosa palabra que yo, al menos hasta aquellos primeros años de

la década de los cuarenta, no había conocido y esperaba no conocer nunca, dada la poca felicidad que trajo a mis hermanas.

Y aquella misma pasión e incapacidad para desdecirse fue la que hizo que Decca, viuda y con una hija de corta edad prefiriera una vida de estrecheces e incertidumbres a volver a Inglaterra junto a quienes más la amábamos.

***

—Ahora tú eres mi vida, mi todo. —Eso le decía a su pequeña Dinky cuando llegaba tardísimo de trabajar. Había adquirido la costumbre de hablarle mientras la niña dormía, contarle cómo había sido su jornada—. ¿Sabes, cielo? Hoy volví con Bob Treuhaft al hotel Mayflower, ese en el que multamos al embajador de Noruega. Por fortuna, parece que la gente ya se salta menos la prohibición de usar el coche. Con un poco de suerte, dentro de poco, no tendremos que ir por ahí pillando a infractores. Bob opina que este trabajo no es para mí, que le va a decir a la señorita Carey que necesito llegar más temprano a casa para estar más tiempo contigo. Pero yo le he dicho que no. Que el trabajo es el trabajo, y que no me gusta que me tutelen. Porque tú y yo no necesitamos a nadie, ¿verdad, mi sol? Nos bastamos y nos sobramos. Somos dos contra el mundo. Dinky y Decca *contra mundum*.

Pero resulta que llegó la Nochevieja del año 1943. Y con ella un invierno helador en el que la nieve y la escarcha convirtieron la ciudad en una sucia pista de patinaje. Decca, de pronto, se sintió muy sola. Bob ni siquiera la había invitado a cenar con él y con otros amigos, como hacía a veces. En día tan señalado, además. ¿Por qué? ¿Tan poco aprecio le tenía? ¿No eran acaso compañeros, camaradas? A través de los tabiques, delgados como papel de fumar, de su apartamentito del extrarradio, se oía festejar a los vecinos, y

Decca notó la punzada de los celos. «Bah, tonterías», se dijo. ¿Celos de qué? ¿De quién? ¿Qué podía importarle a ella que Bob Treuhaft no la hubiese invitado? ¿No le ha dejado claro mil veces que no le interesaba más que como compañero de trabajo? Decca dio un largo sorbo a la sidra barata que había comprado para recibir la llegada del nuevo año. Qué confuso era todo y cuánto dolía. «Tengo que escapar —se dijo—. No entiendo qué rayos me pasa, pero lo mejor es que ponga tierra de por medio, empezar de nuevo en otra parte, eso es lo que necesito».

«Vamos, querida, no digas tonterías ni tomes decisiones precipitadas. —Seguro que algo así le diría la siempre sensata Virginia Durr al enterarse de sus planes—. ¿A santo de qué esta ventolera? Ahora que empiezas a tener lo que tanto deseabas: un trabajo interesante, un sueldo fijo y buenas perspectivas laborales, ¿qué sentido tiene tirarlo todo por la borda? ¿Adónde vas a ir? ¿Qué vas a hacer? Te recuerdo que este país es muy grande y no tan acogedor como parece...».

Pero Decca ya había trazado su plan. Dos días más tarde rogó a la señorita Carey que la ayudara a encontrar empleo en el mismo organismo estatal para el que trabajaba, pero en otra ciudad, y miss Carey, eficiente siempre, consultó con la oficina central donde le informaron que había puestos vacantes en Denver, en Detroit y en San Francisco. Entre todas estas posibilidades, Decca eligió San Francisco. Una nueva vida estaba a punto de comenzar.

***

—Cualquiera diría que quieres poner por medio cuantas más millas, mejor —comentó Bob el día en que la acompañó a tomar el tren. Decca se había empeñado en cargar ella misma con una enorme maleta que tenía el cierre roto, también con un montón de bolsas

llenas de cosas heterogéneas, y solo permitió que Bob la ayudase llevando en brazos a Dinky y su triciclo rosa. En aquella época, a los acompañantes se les autorizaba a acercarse con los viajeros hasta el andén e incluso a subir a los vagones unos minutos, y así lo había hecho Bob.

—¿No deberías bajar ya? —se alarmó Decca—. Acaba de sonar el silbato.

—Solo quiero asegurarme de que el revisor no te pone de patitas en el andén después de ver tu equipaje de vagabunda —rio él. Pero a Decca no le hizo gracia. Como tampoco pareció gustarle demasiado que la abrazara cinco o seis segundos más de lo que se abraza a una camarada—. ¿Estarás bien?

—Claro que lo estaré. Gracias por todo, Bob...

El tren se puso en marcha y su amigo tuvo que apresurarse a bajar antes de que partiera con él a bordo.

—¿Me escribirás? —preguntó Decca por la ventanilla y ya con el tren en marcha—. Una postal de vez en cuando, ¿sí?

Pero Bob no contestó. Estaba demasiado ocupado en recuperar el sombrero que había perdido en la escapada y que rodaba ahora por el andén amenazando con caer a las vías.

***

Tres días con sus noches duró en viaje hacia el oeste. Decca intentaba no pensar. Había reservado una única litera en el vagón de tercera que debía compartir con Dinky, amén de con todas aquellas bolsas llenas de bártulos, mientras que su maleta con el cierre roto, instalada en la parrilla superior, amenazaba con abrirse en cada curva. Dos pasajeros roncaban a dúo. La ocupante de la litera inferior tosía como si estuviese a punto de expulsar un pulmón por la boca, y Decca, que pensaba que la religión era el opio del pueblo,

se vio de pronto repitiendo sus oraciones de cuando era niña: para que Dinky no se contagiara de aquella pasajera; para que San Francisco no fuese una ciudad demasiado hostil; para que pudiera encontrar un lugar agradable y no muy caro donde vivir; para que no se arrepintiera de la decisión de dejar Washington y los pocos amigos que tenía a este lado del Atlántico...

Tres días de viaje dan para mucho y, al final, cuando faltaban unas treinta millas para llegar, se hizo amiga de la pasajera de la tos convulsa. Ella, Rita de nombre, le contó que lo suyo era crónico, que lo tenía desde que llegó a Estados Unidos desde su lejano pueblo de Sicilia, y que no se preocupara por Dinky, que no era contagioso. También le dijo que si necesitaba un lugar donde pasar la primera noche en San Francisco, su amiga Gina Stucatto, siciliana también, estaría encantada de recibirla en su pensión, que era económica y muy limpia. «San Francisco no es Agrigento, ni siquiera es Palermo, pero entre emigrantes nos ayudamos todos».

Emigrante. Decca nunca se había sentido como tal, pero estaba claro que era una más entre los muchísimos que habían abandonado su país en busca de una nueva vida. ¿Qué diría Farve, con sus ideas tan «avanzadas» sobre razas superiores e inferiores, si la viera ahora? Allí estaban ella y Dinky en un bastante oloroso vagón de tercera clase compartiendo pan, queso y algo de mortadela con Rita, su nueva conocida, sin saber qué le esperaba en San Francisco. Pero, bueno, se dijo, por lo menos ahora contaba con un lugar donde pasar la primera noche. Después, Dios proveería. «O si no, tú, amor mío —le dijo mentalmente a su marido al tiempo que elevaba los ojos al cielo, aunque solo alcanzó a ver la maleta rota en incierto equilibrio sobre sus cabezas—, ayúdame a cuidar de Dinky, por favor, no nos desampares».

# 46

## NUEVA VIDA

Después de dos días en la pensión de Gina Stucatto, la amiga de su compañera de viaje y tras descubrir, gracias a ellas, que la *grappa* hace milagros en el estado de ánimo (siempre que se tome con moderación y en compañía de otros náufragos que intentan encontrar su camino en tierra extraña), Decca comenzó a poner en orden sus asuntos. Su trabajo en la sede local de la OPA no comenzaba hasta el martes siguiente, lo que le daba un margen de cuatro días para encontrar alojamiento. Le hubiera gustado quedarse con Gina, que preparaba unos suculentos platos de pasta que Dinky adoraba, pero su pensión se encontraba en la otra punta de la ciudad, demasiado lejos.

—Déjalo de mi cuenta —le había dicho Gina—. Esto te lo arreglo en un periquete a través del tamtam de Agrigento.

—¿El tamtam de Agrigento?

—Sí, *bella*, no hay nada que un siciliano no pueda hacer por un amigo. Hablaré con mi tío Peppino. Vive no muy lejos de tu futura oficina; si él no sabe de algo, preguntará a un amigo, que preguntará a otro amigo y este a un tercero, y asunto solucionado.

En efecto, así fue. Un par de horas más tarde, Decca había encontrado una nueva pensión no muy lejos de las oficinas de la OPA.

—No es de sicilianos, pero como si lo fuera —especificó el tío Peppino—. Te encantará la señora Tibbs. Regaña sin parar, pero tiene un corazón de oro, ya lo verás.

***

—Pero vamos a ver, señora Romilly, ¿le parece a usted normal ir a su primer día de trabajo con estos zapatos tan sucios? ¡Ay, esta juventud! Traiga para acá, que se los lustre como debe ser.

A Decca se le llenaron los ojos de lágrimas. La señora Tibbs le recordaba tanto a Nanny... Incluso tenía el mismo tono autoritario de voz, solo que Tibbs era griega y hablaba fatal el inglés. Diez años en San Francisco y otros tantos de matrimonio con el ahora finado señor Tibbs, americano de pura cepa, no le habían hecho adquirir el don de lenguas.

—Así está mejor. ¿Ve cómo brillan como dos soles? Ahora márchese, que llegará tarde. La niña se queda conmigo, nada de guarderías, ni zarandajas. Tú y yo, princesa, tenemos mucho trabajo, ¿verdad que sí? —preguntó la señora Tibbs a Dinky, que, bayeta en mano, iba por ahí cambiando el polvo de sitio.

Afroditi, que así se llamaba la señora Tibbs, resultó un gran apoyo. Como lo era también Gina Stuccato cuando Decca la iba a ver y a pasar con ella y con su familia algunos domingos para compartir una *spaghettata*. Las dos la habían tomado bajo su protección.

—Como sigas comiendo a esa velocidad los *arancini*, te vamos a nombrar siciliana honoraria, *certo, Peppino?*

El resto de su vida no era tan agradable. Su trabajo en la OPA de San Francisco tenía poco que ver con el de Washington. Era repetitivo y burocrático, y sus compañeros de trabajo amables, pero distantes. No había entre ellos ni una señorita Carey ni tampoco un Bob Treuhaft con quien compartir tareas y, a la vez, algunas risas.

«Dinky y Decca *contra mundum*; Dinky y Decca *contra mundum*...», se repetía al volver a la pensión tarde y abrazar a su niña. Cenaban luego las dos, no en el comedor con el resto de los huéspedes, sino solas en su habitación, algo que Decca le agradecía especialmente a la señora Tibbs. No porque le cayeran mal sus compañeros de pensión, no, no era eso. Pero, por las noches, la atenazaba una melancolía que, a pesar de su orgullo y determinación, le costaba mucho disimular delante de otros.

***

—Aquí tiene, señora Romilly, me da a mí que hoy se va a llevar una alegría...

Habían pasado varios meses. Acababan de entrar en el mes de agosto, y aquella noche, Afroditi Tibbs depositó, junto a la bandeja con la cena, un sobre en el que a Decca no le costó reconocer la caligrafía de Bob Treuhaft.

Desde hacía tiempo tenía la sospecha de que Afroditi Tibbs, con su aspecto afable y sus libras de sobrepeso, era algo cotilla y que, además de limpiar y barrer primorosamente su habitación, se dedicaba a fisgar en sus cajones. Sin duda para entonces, la señora Tibbs estaba ya al tanto de que Decca era viuda de guerra, que llevaba en Estados Unidos más de cinco años y que había trabajado antes en Washington, detalles todos que Decca misma le había contado. ¿Pero qué más había logrado averiguar por su cuenta? ¿Habría descubierto el atado de cartas de Bob que ella guardaba en un cajón bajo su ropa interior? Seguro que sí, pero no tenía mayor importancia. En caso de que las hubiese leído, se llevaría un chasco. No contenían nada de particular. Eran líneas amistosas, graciosas, sin más. Igual de irrelevante era la carta que Afroditi acababa de entregarle. Porque vamos a ver, ¿qué le decía Bob en ella? Solo que

iba a realizar un viaje por la costa del Pacífico, que pensaba pasar unos días en San Francisco y que le gustaría verlas, a ella y a Dinky. «Dos semanas, en realidad —especificaba a renglón seguido Bob en su carta—, aunque tampoco hará falta que te ocupes de mí todo el tiempo. Ningún compromiso, solo quiero saludarte y ver cómo estáis».

Ni siquiera aclaraba si se trataba de un viaje de trabajo. Pero no parecía plausible que un viaje de trabajo durase dos semanas, en pleno verano, además. A Decca se le dibujó una involuntaria sonrisa.

—¿Buenas noticias? —se entrometió la señora Tibbs—. Ya veo que sí. No soy de las que se mete en la vida de nadie, tengo mejores cosas que hacer —rezongó la casera pasando el plumero con mucho brío—, pero le diré un par de cosas: yo que usted, me haría la permanente. Con esas facciones a lo Barbara Stanwyck que tiene, seguro que va a quedar guapísima en cuanto se arregle un poco. Tampoco le vendría mal ir de compras, vamos, digo yo...

Decca era de esas personas que cuando alguien sugiere «A» automáticamente hacen «B», pero, sin que sirviera de precedente, por una vez prestó atención. ¿Cuánto tiempo hacía que no pensaba en ella? ¿Cuántos siglos desde la última vez que se compró un vestido bonito o fue a la peluquería? Por supuesto —se apresuró a matizar—, la llegada de Bob no tenía *nada* que ver con su cambio de actitud, lo iba a hacer por su trabajo. Sus compañeras se arreglaban mucho para ir a la oficina, se pintaban los labios y usaban medias de nailon de esas que, ahora en tiempo de guerra, costaban una fortuna. A ella no le vendría mal hacer un esfuerzo por mejorar su aspecto. «Una pura inversión profesional», se dijo el día en que decidió gastar una parte sustancial de su sueldo del mes en adquirir maquillaje, ropa nueva, dos pares de zapatos, unos marrones y otros más de verano, así como una rebequita mona que iba con todo.

También varios pares de medias (con costura, que eran más baratas, pero igualmente elegantes), y, por qué no, otro collar de perlas. Falsas naturalmente, pero que dieran el pego. ¿No le había dicho una vez Bob que con eso bastaba para que pareciera «que tenía un millón de dólares»? Pues eso.

***

Bob llegó a San Francisco una calurosa mañana de mediados de agosto y en la estación estaban ella y Dinky, subida en su triciclo rosa, para recibirle. Con su nueva permanente a lo Barbara Stanwyck y un vestidito floreado, Decca estaba guapísima, y así se lo dijo Bob.

—Tonterías —atajó ella—, soy la misma de siempre. ¿Dónde está tu equipaje? Dame, que te ayudo.

Bob la conocía demasiado bien como para rechazar el ofrecimiento. Sabía que a Decca le gustaba que la tratara como una igual, nada de zarandajas por ser mujer; ella podía perfectamente cargar con el bolso de viaje de Bob, mientras él se ocupaba de la maleta.

Después de sortear con éxito el enjambre de personas que a esa hora se arremolinaba en la estación —y, oh, milagro, sin perder ni a Dinky ni a su triciclo—, tomaron un taxi para dirigirse a la pensión de Afroditi Tibbs.

—Mi ángel de la guarda —le explicó a Bob tras las presentaciones —, ella me ayuda con Dinky y yo la ayudo en lo que puedo con los otros huéspedes. Somos diez en total. Están el señor Dimitri y Casandra, su mujer, que son griegos como Afroditi; dos hermanos irlandeses muy jóvenes y ruidosos; y luego tres italianos que acaban de llegar y no hablan ni una palabra de inglés. ¡Ah, sí! Y un gato

tuerto que desde hace unos días ha hecho de esta su casa; en resumen, una gran familia.

—¿Y qué te parecería añadir a la familia un judío húngaro? —bromeó Bob.

—Por supuesto que podrás quedarte aquí durante tu visita —añadió Decca, cautelosa.

Y ahí acabó la conversación, porque la señora Tibbs reapareció en aquel momento con una cafetera, dos tazas de moka de bienvenida y un gran mapa con el que pensaba enumerar para Bob los puntos turísticos más interesantes de la ciudad.

—Vamos a ver, señor Treuhaft, lo primero es lo primero; no puede usted dejar de ver el Golden Gate, nuestro puente colgante. Lo acaban de terminar y ya se ha convertido en el emblema de San Francisco. Espero que haya traído con usted su cámara..., bien, muy bien, pues las fotos a la hora de la puesta del sol sobre la bahía son *ekthambotikós*, deslumbrantes, quiero decir. Lo que no podrá fotografiar, me temo, al menos no de muy de cerca, será la cárcel de Alcatraz. Hasta hace bien poco este selecto hotel de cinco estrellas tuvo como huésped a Al Capone, ¿sabe usted? Ahora alberga a Robert Stroud, terrible asesino conocido como el Hombre Pájaro, y otras aves de su misma ralea.... ¡Ah! Y lo que no puede perderse de ninguna manera es China Town, el barrio chino más grande y vibrante del mundo. Por cierto —añadió dirigiéndose esta vez a Decca—, ¿por qué no llevas este sábado al señor Bob... a cenar allí? Yo me quedo con Dinky, tenemos mucha tarea ella y yo, ¿verdad, princesa?

Dinky se abrazó a las gruesas rodillas de la señora Tibbs con un *«nai»*.

—¿Cómo que *nanai*, Dinky? —la reprendió Decca—. ¿Dónde están tus modales?

—*Opa!* —rio divertida la señora Tibbs—. *Nai* en griego es «sí». Dinky y yo —explicó, dirigiéndose nuevamente a Bob— aprendemos idiomas juntas. Ella me enseña las canciones en inglés que su madre le canta antes de dormir, y yo le enseño mi idioma. Dile algo más en griego a este señor, corazón.

—*Kardiá!* —tradujo Dinky, dándose palmaditas en el lado izquierdo del pecho como quien finge un latido. Y todos rieron.

***

Además de las visitas turísticas sugeridas por Afroditi, Decca llevó a Bob a descubrir los ambientes artísticos de San Francisco. Ella, que solo los conocía por lo que había leído en la prensa, para no desentonar se compró para la ocasión unos pantalones negros de corte masculino como los que usaba Katharine Hepburn en *La fiera de mi niña.* Y luego, para feminizarlos un poco, los combinó con un jersey a la caja del mismo color y sus nuevas perlas de Woolworth.

—Veo que me has hecho caso —bromeó Bob, señalando el collar de dos vueltas, al tiempo que pedía dos *tom collins*, «el mío con mucho hielo, por favor».

—No sé a qué te refieres —mintió Decca, que recordaba perfectamente su comentario sobre las perlas falsas.

—Está usted muy guapa, señora Romilly, más que antes, y mira que era difícil conseguirlo...

Decca dio un largo sorbo a su *tom collins* e intentó cambiar de tema como hacía siempre que Bob la piropeaba.

—Sí, bueno, vale, gracias, pero dime, ¿cuáles son tus próximos proyectos? ¿Qué planes profesionales tienes?

—Solo uno.

—¿Cuál?

—Mudarme a San Francisco.

—¿Mudarte? ¿Aquí?

— Sí, y pasar el resto de mi vida contigo, si tú me dejas, Decca. Ese es mi sueño.

***

*Querida Muv,*

*Me he casado. Sí, ya lo ves. Yo, que pensaba que nunca me fijaría en otro hombre que no fuera Esmond, aquí me tienes convertida en la mujer de Robert Treuhaft, nunca digas nunca... ¿Qué puedo contarte de él? Acaba de cumplir treinta y dos años, lo conocí en Washington cuando trabajamos los dos para la OPA, es licenciado por Harvard y tiene mucha sensibilidad para asuntos relacionados con la justicia social, los derechos civiles y la igualdad de clases. Ah, por cierto, es judío.*

Después de escribir esto, Decca se detuvo, y a continuación arrugó la hoja y la tiró a la papelera. No, no, eso ya se lo contaría más adelante. Muv era de la vieja escuela. A saber cómo encajaría la noticia de que su nuevo yerno era un semita húngaro del Bronx y que su consuegra trabajó durante años en una fábrica de sombreros. Mejor, de momento, decir que era muy feliz y contar cómo había sido la ceremonia.

*Nos casamos en Guerneville, un pueblo a sesenta millas de San Francisco, a orillas del río Ruso, un enclave de ensueño. Llegamos hasta allí en autostop. Imagínate el plan, solo estábamos él y yo, Dinky se quedó en San Francisco con mi nueva y gran amiga, Afroditi Tibbs. Es griega, sabes, y espero que la conozcas algún día. ¡Me recuerda tanto a Nanny! En el*

*trabajo me han dado solo cinco días de vacaciones por la boda, pero ha sido un sueño, hemos aprovechado para conocer un poco más de esta zona del país. Dinero no tenemos, pero sí grandes ilusiones. Dinky y yo te mandamos mil besos.*

*Posdata. Bob me ha pedido que te mande sus mejores deseos. Te incluyo una foto de los dos tomada a la salida del juzgado de paz. ¡Soy tan feliz!*

***

No le costó nada acostumbrarse a esta nueva etapa de su vida. Todo era nuevo, todo era interesante. San Francisco era una ciudad liberal llena de posibilidades, el lugar perfecto para un joven abogado de izquierdas, y Bob no tardó en encontrar trabajo. El mayor deseo de los dos era afiliarse al Partido Comunista. Pero en Estados Unidos funcionaba entonces en la clandestinidad. Uno no podía ir a sus oficinas, decir buenas tardes y rellenar una solicitud. Había que demostrar no solo compromiso con la causa, sino también un comportamiento ejemplar. ¿Qué cara pondrían aquellos camaradas, se preguntó Decca, si supieran que tenía dos hermanas fascistas, una de ellas amiga personal de Hitler? Posiblemente tampoco les gustaría saber que otra de sus hermanas, (léase, Deborah), estaba casada con un Devonshire, supuesto señor feudal opresor de pobres, o que Derek, mi marido, tenía una fortuna nada desdeñable en bolsa.

Pero, bueno, nada de todo esto tenían por qué saberlo los camaradas. Inglaterra estaba lejísimos. ¿Quién se iba a enterar? Perfil bajo y anonimato, así es como debía comportarse de ahora en adelante.

Por suerte para Decca y sus aspiraciones, ningún periódico hizo la conexión entre ella y cierta boda que se celebró en Londres unos meses después, concretamente, el 6 de mayo de 1944. Aquel día, Billy Cavendish, primogénito de los Devonshire, consiguió por fin llevar al altar a la mujer de sus sueños, Kathleen Kennedy. Billy, hermano mayor del marido de Debo, estaba llamado a convertirse en duque y Kathleen era hija del multimillonario Joseph Kennedy. La unión, por tanto, estaba destinada a ser sonada a un lado y otro del Atlántico. Pero varias circunstancias oscurecieron el enlace. Para empezar, las nunca disimuladas simpatías de Joseph Kennedy por Hitler. Tampoco ayudó al lustre que la ceremonia tuviera lugar en Londres bajo las bombas enemigas, lo que hizo que ni el novio ni la novia lucieran sus mejores galas. Billy, que había pedido permiso a sus superiores de la Guardia de Coldstream para casarse, vistió su uniforme de diario, mientras que Kick, que, como ya he dicho antes, así llamaban a Kathleen, optó por un vestido claro, corto y sin más velo que un tocado de tul con rosas de tela, no muy favorecedor, la verdad. Pero poco importaba. Porque lo que a la novia le faltaba de guapa, lo suplía con simpatía a raudales. Kick era de esas personas que jamás pierden la sonrisa. Ni siquiera cuando su madre se negó a asistir a la boda y dejó de hablarle por casarse «con ese protestante». A mí me hubiera encantado conocer a Kick; tengo la impresión de que era de las mías, de las que nos importa poco eso que llaman «buena sociedad». Aunque ella se movía por esas aguas con mucha más soltura que yo.

Finalmente, la austera ceremonia se celebró con la presencia de un solo Kennedy, Joe, su hermano mayor, que no quiso dejar sola a Kick en día tan señalado. A Billy lo destinaron a quinientas millas de Londres y Kick viajó hasta allí para estar con él; se adoraban y no querían separarse ni un minuto. Poco habría de durarles la felicidad.

Billy fue enviado a Francia y, unos meses más tarde, un francotirador acabó con su vida. Como oficial que era, tenía la prerrogativa de no usar uniforme y, vestido con su gabardina clara y sin casco para mostrar a sus hombres su valentía y arrojo, resultó ser un blanco absurdamente fácil. Murió al instante; tenía veintiséis años.

Se cuenta que Rose Kennedy —que nunca perdonó a su hija por casarse con un protestante—, al enterarse de la muerte de Billy, comentó: «Parece que Dios se ha ocupado de solucionar el dilema a su manera, ¿verdad?».

***

Así fue cómo nuestra hermana Deborah se convirtió en futura duquesa de Devonshire.

—¡Duquesa! Lo que siempre deseaste, querida —comentaría Nancy con su habitual acidez al enterarse—. Ya te veo viviendo en un castillo con foso y puente levadizo, rodeada de perros y de caballos, tu sueño de infancia...

Un injusto comentario, la verdad, porque la muerte de Billy fue un golpe terrible para todos. Para sus padres, y muy especialmente para Andrew, el marido de Debo, que adoraba a su hermano. Eran tiempos duros. Tras casi cinco años de guerra, prácticamente no quedaba, tanto en Inglaterra como en el resto de los territorios en conflicto, una sola familia que no hubiese perdido a uno o varios de sus muchachos. Alrededor de los Kennedy también se tejió la desgracia. Un mes antes de la muerte de Billy, durante una misión secreta cerca de Suffolk, el avión de Joe Kennedy explotó en el aire, acabando con el sueño de su padre de convertirle en el primer presidente católico de los Estados Unidos.

Otras varias desgracias sobrevendrían a esta familia Kennedy, incluida la temprana muerte de la propia Kick. Pero de ellas les

hablaré más adelante; ahora debo volver con Nancy. Había grandes esperanzas de que la guerra acabase en breve e incluso se hablaba de un inminente desembarco aliado en Europa, pero Nancy no quería hacerse falsas ilusiones. Se sentía cansada y sola. Su trabajo como librera le gustaba, pero más le hubiera gustado retomar la escritura, y no lo conseguía. La guerra y el fracaso de su libro anterior pesaban demasiado, y a esto había que sumar un nuevo desasosiego. No podía parar de pensar en Gaston. Gaston Palewski, su nuevo o, según ella, su único y verdadero amor del que apenas sabía nada. Las labores que Palewski desempeñaba para la Resistencia francesa hacían que, últimamente, estuviese cada vez menos tiempo en Londres. A veces la llamaba desde Argel o Dakar. También desde la Francia ocupada, pero, en ese caso, la comunicación era tan deficiente que apenas podían intercambiar media docena de palabras. Por fin, el 5 de junio de aquel año de 1944 a las siete y media de la mañana la sobresaltó el sonido del teléfono.

—¿Duermes, amor? —En guerra nadie duerme del todo, tampoco Nancy y menos aún al oír su voz. Gaston la llamaba para decirle que se encontraba a escasas yardas de su casa—. Tan pocas —precisó él —, que si te asomas a la ventana podrás verme. Nancy se asomó a comprobarlo y aunque desde allí no alcanzaba a atisbar la cabina de teléfono que había al final de la calle, sí vio aparcado a unas yardas a su derecha un coche negro con la bandera de la Resistencia francesa.

Nancy entonces no podía saberlo, y tampoco él se lo contó cuando se abrazaron, pero Gaston se encontraba en Londres para prestar su asistencia a De Gaulle durante las largas negociaciones que mantendría el jefe de la Francia Libre con Churchill y Eisenhower.

—Solo vengo, *ma belle*, a robarte un beso. Hoy es un día crucial y no podía empezarlo sin él.

Eso le dijo, pero a Nancy lo único que le importaba era pensar que podría perderse en sus brazos, daba igual que fueran diez minutos, cinco incluso. Estaba hasta guapo. Más delgado y, con la piel curtida por a saber qué lejanos soles, apenas se le notaban aquellas cicatrices de un nunca bien curado acné juvenil que Nancy había aprendido a amar.

—¿Cuándo has llegado?

—¿Recuerdas, amor? —sonrió él—: «¿Cuándo has llegado?» y «¿Hasta cuándo te quedas?» son preguntas que nunca podré contestar.

Nancy se sintió avergonzada. Ante él siempre se sentía así, como una niña cogida en falta. A ella, que siempre se le ocurrían salidas ingeniosas a sus *gaffes*[16] , cuando estaban juntos, no las encontraba. Qué tonta, qué torpe, ¿no lo conocía acaso? Había parcelas enteras de la vida de Gaston Palewski en las que ella no podía transitar. Jardines secretos, zonas vedadas relacionadas todas con su profesión. De estar allí Decca, la más descarada de nuestras hermanas, seguramente le habría dicho algo así como: «¿Ves, querida? Eso te pasa por acostarte con un espía».

Pero Gaston no era un espía. Era algo mucho más complejo: una pieza clave en el equipo del general De Gaulle y, ahora que la guerra parecía tocar a su fin, su cometido tenía necesariamente que ser reservado. También coordinado con sutileza francesa con el resto de las fuerzas aliadas para que Francia, a pesar de ser un país a merced de los nazis, estuviera en primera fila cuando llegara el fin de la contienda. Por eso, Nancy sabía que con Gaston a lo único que podía aspirar era a unos minutos de felicidad. A besos sin preguntas, a amarse sin palabras, como hicieron aquella mañana, ella con un

viejo camisón con el que jamás habría querido que él la viera. Todo un contraste con el impecable traje de raya diplomática de Gaston.

Amor apresurado, amor desesperado, Nancy se abrazó a él cuando ya se marchaba.

—¿Me llamarás?

—Si lees los periódicos de mañana, comprenderás —fue su respuesta.

***

Al día siguiente, las cabeceras de los periódicos del mundo entero daban la primicia; la que todos esperaban desde hacía meses: «Ayer, 6 de junio de 1944, los aliados desembarcaron en Normandía», «El gran asalto va bien», podía leerse en *The Times.* Otros rotativos fueron más explícitos: «Los aliados asaltan la costa francesa» o «El Führer tiene los días contados».

A Nancy se le llenaron los ojos de lágrimas Si la derrota de los nazis era el precio a pagar por no ver a Gaston, bendito precio.

Recuerdo que me llamó para contármelo.

—Estoy tan orgullosa de él, Woman. ¿Te das cuenta? Pronto se acabará esta pesadilla. Por fin ese perturbado de Hitler tendrá lo que se merece, después de tanto dolor y muerte...

El Desembarco de Normandía fue una inmensa alegría para todos, pero solo era el principio del fin. Quedaban por delante muchos meses de guerra hasta la derrota final. Cierto es que cada día llegaban noticias esperanzadoras de cómo los aliados hacían retroceder a las tropas alemanas, y la BBC emitía casi en directo el relato de nuevas victorias. Pero daba cuenta también de la lista de muertos del día. Una lista que las familias con muchachos en el frente escuchaban con el corazón encogido rezando para que su Charlie, su Jack o su Joe no se encontraran entre los desventurados

a los que les tocó entregar sus vidas cuando la guerra ya estaba ganada.

Hitler, mientras tanto, se negaba a reconocer la derrota. Cada vez más mermado físicamente, dependiente de fármacos y drogas y con un problema neurológico que hacía que la mano izquierda le temblase sin control, se revolvía como una fiera herida y por tanto más peligrosa que nunca. En un desesperado intento de poner a Gran Bretaña de rodillas, ordenó un masivo bombardeo sobre Londres, esta vez, con su nueva y secreta arma, los misiles guiados V2. La destrucción fue brutal. Quienes pensaban que la guerra había acabado vieron con horror cómo manzanas enteras se convertían en escombros al tiempo que se multiplicaba el número de víctimas. Los bombardeos eran selectivos. Se elegían como blanco puntos sensibles como hospitales, escuelas, refugios. La casa de Nancy lindaba con una guardería, lo que le hizo temer lo peor.

Los días de aquel verano del cuarenta y cuatro transcurrieron entre el horror y la esperanza. Como lo fue la noticia de que París había sido liberada. La BBC hablaba de una fiesta nunca vista en sus calles, de lágrimas de alegría de los parisinos que abrazaban y besaban a los soldados que acababan de devolverles la libertad. Y allí estaba él. Nancy se imaginó a Gaston a la izquierda de De Gaulle, ambos descendiendo por los Campos Elíseos aclamados por la muchedumbre. Le hubiera gustado tanto estar allí, compartir su triunfo. Abandonar Londres en ruinas, renunciar a su empleo tan mal pagado en la librería, mudarse a París con Gaston... ¿Pero cómo? ¿Con qué dinero si ni siquiera tenía ingresos suficientes para lo más básico?

Además, ¿y si Hitler no estaba tan acabado como todos pensaban? ¿Y si esas temibles bombas nuevas cambiaban el curso de la guerra? Había rumores de que los alemanes estaban ultimando

la construcción de armas aún más destructivas. «Nucleares», esa era la palabra que Nancy había oído sin entender del todo qué implicaba. ¿Habría tiempo de ponerlas en funcionamiento? Eso daría un nuevo giro a la contienda. Puede que París hubiese sido liberada, pero sobre Londres seguían cayendo proyectiles, los tan temibles V2. Se calculaba que para entonces, la Luftwaffe había causado la muerte de treinta mil londinenses, más de setenta mil edificios quedaron completamente destruidos y otros 1,7 millones resultaron dañados. Eso por no mencionar la escasez de alimentos. Para entonces, un trozo de tocino rancio se había convertido en un festín e incluso se cazaban ratas que luego aparecían en la mesa convertidas en estofado. Y entre tanta desolación, Nancy se preguntaba: «¿Lo volveré a ver?». Con Francia liberada, dejaban de tener sentido la oficina y la delegación que el general De Gaulle mantenía abiertas en Londres y para las que trabajaba Gaston.

«Regresará a su país —se decía—. Lo perderé para siempre. ¿Cómo es ese dicho francés? *Loin des yeux, loin du coeur*. Lejos de los ojos, lejos del corazón. No puedo permitir que pase, tengo que hacer *algo*. Sí, ¿pero qué? Tal vez mudarme a París, en caso de que consiga reunir el dinero... Aunque, quizá —rectificaba a continuación —tampoco sea tan buena idea».

Ni siquiera sabía si ella era la única que ocupaba su corazón (más bien, tenía fundadas sospechas de que no lo era). Bien podría darse el caso de que ella quemara sus naves, vendiera todo para instalarse en París solo para descubrir que tendría que compartir el afecto de Gaston quién sabe si con una Brigitte, una Marguerite, asimismo con una Lolita, una Giovanna y una Judith. Por supuesto Nancy jamás le había preguntado nada semejante (esas cosas no se preguntan y menos una mujer orgullosa como ella), pero mucho se temía que, en tantos viajes como hacía —hoy Londres, mañana Argel, pasado

mañana, Estambul o Lisboa—, Gaston era de los que tienen una novia en cada puerto.

***

Nancy no se lo dijo a nadie, pero aquel mismo día, con los temibles V2 asolando Londres, tomó una decisión. Tal vez fuese el camino más largo para llegar a Gaston, pero era también el que más éxito auguraba: su salvación y la recuperación del amor de su vida pasaba por la literatura. La literatura que hasta ese momento le había proporcionado más lustre que libras, más reconocimiento que emolumentos. Desde hacía tiempo le rondaba la idea de escribir una novela sobre nosotros, los Mitford. Material, desde luego, no le iba a faltar, anécdotas y escándalos tampoco. Por supuesto a Muv y a Farve les daría una apoplejía si supieran que tenía pensado convertirlos en protagonistas de su próximo libro. Contar, por ejemplo, con pelos y señales, retazos muy reconocibles de nuestra infancia. E igualmente de los primeros años de nosotras, sus hermanas, como adultas. Sí, estaba decidida a hacerlo, caiga quien caiga y se duela quien se duela. Porque, como decía ese prometedor escritor americano, William Faulkner: «Hay que hacer literatura de todo. De lo lejano y más aún de lo cercano, de lo más íntimo y de lo más bochornoso. Sobre todo de lo más bochornoso. Al fin y al cabo —concluía Faulkner—, "Oda a una urna griega", de John Keats, bien merece cualquier número de ancianitas mancilladas».

# 47

## *Retorno a Brideshead*

Sucedió que, por aquellas mismas fechas, reapareció en la vida de Nancy nuestro viejo amigo, Evelyn Waugh. En realidad, nunca había desaparecido del todo. Evelyn aprovechaba cada permiso de su regimiento para ver o al menos charlar por teléfono con alguna de las Mitford. Yo nunca fui para él más que una cómplice algo tediosa, y Unity estaba demasiado impedida como para resultarle interesante, mientras que su antigua y desesperada pasión por Diana se había atemperado. Desarrolló, en cambio, otra similar por Deborah, sobre todo cuando supo que se había convertido en futura duquesa de Devonshire. Le escribía encendidas cartas, le mandaba regalitos y flores. Porque Evelyn fue siempre un esnob. Y se convertiría en uno aún más grande cuando, de ser un escritor de éxito pero sin blanca, e hijo de un editor de clase media, pasó a ser el marido de Laura, una joven ni bonita ni brillante, pero procedente de una vieja y adinerada familia aristocrática. Una familia católica, además, circunstancia inmejorable para un converso como él. Este bajito y regordete genio de las letras, que empinaba el codo algo más de lo recomendable, no podía creer su suerte. Él, que siempre se había sentido acomplejado ante sus elegantes condiscípulos en Oxford, se había convertido en gentleman. En «gente como uno» según la elitista terminología que Farve siempre le había cicateado cuando Evelyn pasaba fines de semana como oscuro compañero de

estudios de Tom. «Ese amiguito vuestro, no sabe ni cómo se cogen los cubiertos», sentenciaba Farve, incluso con Evelyn delante.

Ahora, en cambio, vivía en una mansión del siglo XVI, regalo de una tía de Laura, y pertenecía a un regimiento en el que abundaban los aristócratas. También le encantaba la idea de ser recibido a la entrada de su enorme propiedad por toda la servidumbre en posición de revista cada vez que venía a casa de permiso.

Fue durante uno de estos fines de semana del año cuarenta y cuatro, cuando Evelyn se embarcó en la escritura de la que estaba destinada a convertirse en una de las novelas más famosas del siglo XX. *Retorno a Brideshead* le salió de un tirón, escrita a ratos perdidos y siempre que sus responsabilidades militares se lo permitían. Como seguramente sepan, trata de la relación que un joven de clase media, Charles Ryder (léase, el propio Evelyn, no muy camuflado, a decir verdad), mantiene con la aristocrática y extravagante familia de los Flyte, riquísimos dueños de una de las propiedades más bellas de Inglaterra y católicos por más señas. Primero, se convierte en inseparable amigo de Sebastian, el torturado y brillante hijo de los Flyte, compañero de estudios en Oxford. Luego, más adelante, entabla una relación aún más estrecha con Julia, la no menos brillante y también muy complicada hermana de Sebastian. Pero *Retorno a Brideshead* no solo es la historia de una familia conflictiva y su decadencia. Al estar escrita en las postrimerías de la Segunda Guerra Mundial, es una reflexión mordaz e inmisericorde del gran impacto que la contienda tuvo sobre la sociedad inglesa y, en concreto, sobre la aristocracia. Una novela crepuscular en la que la culpa, el remordimiento, las relaciones homosexuales y los matrimonios de conveniencia se viviseccionan en un ambiente caro, bellísimo e idílico de un mundo que toca a su fin.

Según se cuenta, la historia está más o menos basada en la familia del conde de Beauchamp, padre de siete hijos y notorio homosexual, protagonista de una anécdota que escandalizó, a la par que hizo las delicias de la buena sociedad británica de la época. Por lo visto, durante una cena, un comensal se volvió hacia su vecino de mesa para preguntar: «¿Ha oído usted lo mismo que yo, cómo nuestro anfitrión susurraba al mayordomo *"Je t'adore"*[17] ?». A lo que el otro, que resultó ser pariente cercano de Beauchamp, rápidamente respondió: «Tonterías, no ha dicho *"Je t'adore"*, sino *"Shut the door"*[18] ».

***

Después de leer el manuscrito de la novela, que Evelyn le envió para que le diera sus impresiones, Nancy le escribió:

> *Querido,*
> *Según mi humilde opinión, va a ser un clásico de la novela inglesa.*

Y luego, con una timidez poco habitual en ella, le confesaba que también ella estaba escribiendo un libro:

> *Por supuesto, todo el mundo dirá que te copio, pero qué más da, eso solo me va a herir a mí. Se trata de una novela sobre mi familia, que es muy distinta de la que tú retratas en Retorno a Brideshead, menos grandiosa, pero más loca. Ya no recuerdo si la empecé antes o después de leer tu manuscrito. Llevo escritas unas diez mil palabras y le he pedido a mi jefe en la librería un permiso de tres meses sin sueldo para poder terminarla. No sé si me lo concederá.*

Nancy dedicaba todos los fines de semana a la escritura. Las ideas fluían y la novela parecía escribirse sola. A veces, los días laborables se quedaba hasta la madrugada, lo que hacía que ella, que detestaba madrugar, estuviese cansada todo el día en su trabajo. Por fin, a principios del cuarenta y cinco, el mismo año en que se publicó *Retorno a Brideshead*, su jefe, el señor Hill, le concedió aquellos tan deseados tres meses de permiso. Su idea era escribir una novela tan buena, que le permitiera ganar cien libras. Con ese dinero (el cuento de la lechera nunca fue uno de los favoritos de Nancy, pero el amor obra milagros) pensaba mudarse a París y estar cerca de Gaston. Para él, 1945 estaba siendo el año de su consagración. Charles de Gaulle, paladín de la Resistencia con quien Palewski entró en la gloria desfilando por los Campos Elíseos tras la liberación de París, era un militar austero, orgulloso de ser provinciano, al que le disgustaba el ambiente parisino y el mundo de la política. Por eso, desde el mismo Día de la Victoria, optó por delegar en Gaston Palewski la gestión de su Gobierno. ¿Quién mejor que él? Gaston era brillante, trabajador y absolutamente leal. Pero, además, tenía un gran don de gentes. Conocía a las personas clave, tanto en Francia como fuera de ella, manejaba como nadie a los periodistas, era respetado por antiguos parlamentarios repescados ahora para fraguar la Francia posterior a la ocupación nazi. Los engranajes del Estado no tenían secretos para Gaston, se movía como pez en el agua tanto en los salones como en la no siempre muy limpia sala de máquinas donde se engendra el poder.

No se equivocó De Gaulle en su elección. La firme mano de Palewski al timón no tardó en hacerse patente. Hasta tal punto que muchos, con iguales dosis de admiración y de envidia, comenzaron a afirmar que las siglas GPRF, que entonces servían para denominar al

Gobierno Provisional de la República Francesa, en realidad significaban Gaston Palewski Regente de Francia.

Nancy no había vuelto a ver a su amado después de aquella mañana de la víspera del Desembarco de Normandía en que él había ido a su casa. Pero habían pasado muchos meses desde entonces. Cuando lo llamaba por teléfono, Palewski se mostraba amable con ella, pero lejano. Incluso en una ocasión llegó a decirle con impaciencia: «Ahora mismo, querida mía, tengo sobre mí un gran peso del que me parece no eres del todo consciente...».

Por supuesto que era consciente. Pero también lo era de que el cariño hace el roce y la distancia es el olvido. Por eso *necesitaba* mudarse a París. Y el mejor camino —el único realmente— para conseguir aquellas cien libras, que se había puesto por objetivo, era terminar cuanto antes la novela que tenía entre manos. Nancy confiaba en su talento.

«¡Ah, esto es el paraíso! —le escribió ella a Diana para darle la noticia de sus tres meses de asueto gentileza de su jefe—. Odio los trabajos rutinarios de nueve a cinco. Durante cuatro largos años me he atenido a uno y puedo decirlo: me agotan. Ahora soy libre y lo único que necesito es, como decía Virginia Woolf, *Una habitación propia.* O que alguien me preste una durante una temporadita, qué más da». Y añadió con humor: «Se aceptan ofrecimientos».

Pero Diana no podía darle hospedaje. Según los términos en los que a Mosley y a ella les había sido concedida la libertad condicional, tenían prohibido vivir en su casa de Londres y su propiedad en el campo había sido requisada para uso militar mientras durase la guerra. Por eso y hasta que encontraron mejor acomodo (Mosley era millonario, el dinero no iba a ser un problema), decidieron mudarse de forma temporal a un antiguo pub muy venido a menos a pocas millas de donde vivían Muv y Unity. Allí, entre la provisionalidad y

mal estado del edificio, no había lugar para Nancy (ni a ella le apetecía, la verdad; sus ideas progresistas no encajaban, precisamente con las de Mosley y menos aún con teorías fascistas de las que él nunca abjuró). Podría haber venido a pasar unos días con Derek y conmigo a Rignell, pero prefirió aceptar la hospitalidad de un viejo amigo suyo, Gerald Berners, compositor, pintor y viejo admirador de Diana, quien le ofreció su casa. O mejor dicho su castillo de Faringdon: «... y que sepas —especificó en su carta de invitación— que no pienso dejarte salir de tu habitación hasta que pongas en tu manuscrito la palabra "fin"».

En retribución por el hospedaje, Nancy convertiría a su extravagante, excesivo y muy talentoso anfitrión, Gerald Berners, en lord Merlin, uno de los más memorables personajes de la novela que estaba escribiendo. Al igual que lord Merlin, Gerald Berners tenía por costumbre teñir de rojo, azul y verde las palomas de su propiedad. Según él, así quedaban más decorativas. También tenía una jirafa por mascota que desayunaba con él todas las mañanas.

***

Volvamos ahora a unas cuantas semanas atrás para recalcar que, mientras Nancy avanzaba en la escritura de *A la caza del amor*, que así habría de llamarse su novela, el 2 de mayo de 1945 el Ejército Rojo tomó Berlín y, pocos días más tarde, el Gobierno de Alemania (ya sin su Fürher, Hitler se había suicidado junto a Eva Braun al ver la inminente derrota) firmó la rendición incondicional.

Nancy no podía estar más contenta. La editorial a la que había enviado el original de *A la caza del amor*, una de las más importantes del país, quería publicarlo cuanto antes. La novela, que, según su entusiasmado editor, era «inteligente, chispeante y *muy* descarada», serviría para levantar el ánimo de los lectores después

de cinco largos años de dolor y muerte, de modo que le ofreció como adelanto una verdadera fortuna. Doscientas cincuenta libras, más del doble de lo que necesitaba para cumplir su sueño de instalarse en París. Por otro lado —se dijo Nancy encantada—, la publicación del libro coincidiría con el regreso de Tom del lejano Oriente. Ahora que los alemanes se habían rendido, él, como tantos otros, no tardaría mucho en llegar.

Pero Tom jamás volvió. Tras el Desembarco de Normandía, había solicitado que lo destinaran a Asia para luchar contra los japoneses, aliados de los alemanes, que estaban lejos de rendirse. Más adelante, se llegaría a insinuar que tomó esta decisión porque era germanófilo de alma y no soportaba la idea de matar a hombres que podrían ser sus amigos. El infundio no se sostiene. Durante los cuatro primeros años de la guerra, Tom luchó sin descanso contra los alemanes en toda Europa. Por tanto, si pidió que lo trasladaran al frente del Pacífico fue por patriotismo. Además, había descubierto que le gustaba la vida militar, incluso en alguna de sus cartas expresó el deseo de reengancharse tras la victoria definitiva. Él, que había tenido vocaciones tan dispares: el piano, las mujeres (en especial, las casadas), la filosofía, el teatro, el arte y otras aficiones misceláneas, encontró en el ejército una vida que le llenaba.

Lo que ni él ni ninguno de nosotros, que tanto lo amábamos, pudimos imaginar fue que se convertiría en una más de las desafortunadas víctimas de la contienda: aquellos que hallaron la muerte cuando la guerra ya estaba ganada. Tom combatía en Birmania cuando le dispararon en la espina dorsal. Llegó al hospital consciente y sin el menor dolor, lo que le hizo pensar que su herida no era grave. También nosotros, que recibimos un telegrama en el que se nos informaba de lo ocurrido, albergábamos igual esperanza. Tal vez, nos dijimos, tardaría meses en recuperarse, quizá se

quedase en silla de ruedas, pero estaba vivo. Nos engañábamos. Su situación se agravó con una pulmonía que su cuerpo maltrecho no logró superar. Tenía treinta y seis años y sus restos yacen desde entonces en el cementerio de guerra de Taukkyan.

# 48

## Me acuso

Yo, Pamela Mitford, me acuso de que en este libro he hablado poco de nuestro hermano Tom. Hasta este momento y a lo largo de las cuatrocientas cincuenta y seis anteriores, les he contado de él que era el único varón entre seis hermanas; que era paciente, amante de la música, muy guapo y que le costó encontrar su vocación hasta que la descubrió luchando por su país. Les he relatado asimismo que en su adolescencia, y sobre todo mientras estudiaba en Oxford, se ocupaba de traer a casa los fines de semana a compañeros de estudios que, indefectiblemente, se enamoraban de Diana y por los que suspiraban (sin ningún resultado) Decca y Debo. También he esbozado que, tras un período de indefinición sexual (muy habitual entre los chicos que estudiaban en internados), se convirtió en impenitente coleccionista de novias y amantes, aunque él —para consternación de Muv y sobre todo de Farve— solo se enamoró seriamente de Tilly Losch, bailarina, dos veces divorciada, y por supuesto «gente no como uno».

Pero Tom, en nuestra familia, encarnaba también la sensatez, el sentido común, la carcajada, la generosidad y —salvo en sus primeros años de juventud como miembro de aquellos disparatados y dilapidadores Jóvenes Rutilantes— la moderación. Para mis padres, y en especial para Farve, Tom era la encarnación de todo lo que él más valoraba. La tradición, la sangre, la continuación de la estirpe

de los Mitford, que, como Farve siempre se ocupaba de recordar, se remontaba (según cómo se encontrara de hiperbólico ese día), unas veces a la segunda cruzada, otras a la invasión normanda del siglo IX.

Nuestro padre nunca se recuperó de la muerte de Tom. Recuerdo haber ido con Diana a tomar el té con él en su club uno de los raros fines de semana en que visitaba la ciudad. Prefería vivir oscuramente en su refugio escocés con Margaret. Ni siquiera le interesaba asistir a las reuniones de la Cámara de los Lores y, cuando lo hacía, no se tomaba la molestia de votar. ¿Para qué? Ya nadie recogería su testigo, nadie daría continuidad a la baronía de Redesdale, a la que, con tanto esfuerzo (e innumerables negocios ruinosos por medio) había intentado devolver su ancestral lustre. El título que él tanto veneraba pasaría ahora a un oscuro sobrino segundo, al que apenas había visto un par de veces en su vida. Tal era la maldición de las grandes familias inglesas. La misma de la que hablaban en sus libros Jane Austen o Charles Dickens: a las mujeres no les estaba permitido heredar ni los títulos ni las propiedades, tampoco los muebles, enseres, obras de arte que contienen. Nada. Si acaso, algo de dinero en metálico. Era el modo de que el patrimonio de la familia no se disgregara. Ten hijos para esto, se lamentaba Farve. Para que te nazcan seis mujeres, ¡seis!, a cuál más escandalosa y enloquecida.

—¿Para qué queríais verme, niñas? —Así nos recibió Farve en una helada tarde de viernes en su club de Pall Mall, tres meses después de la muerte de Tom—. Y ahora que me habéis visto bien, ¿qué os parezco? ¿Una copita de jerez para amortiguar el susto, quizá?

El club de Farve se había salvado de los efectos de los temibles V2 de Hitler, pero no así el edificio colindante, por lo que los salones del establecimiento aún se encontraban sembrados de sacos terreros y

las paredes y techos apuntalados en prevención de posibles derrumbes. Y allí, en la pequeña y única habitación en la que se permitían visitas femeninas a la hora del té, estaba él. No lo había visto desde el servicio funerario en honor a Tom, y me costó reconocerle. Se notaba que Margaret, su inseparable acompañante, había puesto empeño en vestirlo del modo más decoroso posible, con zapatos de ante, unos pantalones grises perfectamente planchados, chaleco mostaza, corbata de lana y su mejor chaqueta de *tweed*. Aun así, su aspecto era desolador. Había perdido mucho peso, el pescuezo le bailaba dentro del cuello de la camisa Oxford, y, por un momento, pensé que había olvidado ponerse su dentadura postiza. Comprobé que no, pero sus mejillas estaban tan hundidas y entreabría la boca de un modo tal, que parecían haberle caído veinte años encima.

—Taukkyan en Birmania —vocalizó, como quien escupe, el nombre del enclave en el que descansaba el cuerpo de Tom—. ¿Qué lejano y maldito pudridero es ese en el que Tommy nunca tendrá una oración, un recuerdo, un triste ramito de violetas? ¿Pero qué he hecho yo para merecer que un Mitford acabe en un lugar lleno de malditos chinos, asiáticos o lo que quiera que sean? —Tenía los ojos enrojecidos, pero jamás se habría permitido llorar delante de nosotras—. ¿Y tanto dolor y tanta muerte para qué, decidme? Yo os diré para qué. Solo para que Churchill en connivencia con Roosevelt le regalen la mitad de Europa al camarada Stalin.

Se refería a la conferencia de Yalta, celebrada meses atrás en la que las potencias vencedoras, Estados Unidos, Gran Bretaña y la Unión Soviética, se reunieron para repartirse sus zonas de influencia en el continente. Una vez firmados los acuerdos, Stalin había conseguido dejar bajo su influencia millón y medio de kilómetros

cuadrados que comprendían Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Bulgaria, Rumanía, parte de Alemania, así como los Países Bálticos.

—Para eso ha muerto mi hijo —continuó lamentándose Farve—, y con él tantos muchachos que apenas habían comenzado a vivir. Ya veis qué gran victoria: acabar con Hitler para caer en manos de los rojos y del tío Stalin, que en su propio país se ha dedicado a asesinar a más desventurados que el Führer. Se dice que entre hambrunas y purgas van ya no sé cuántos millones de infelices. ¿Qué os parece eso? Matar a un ogro para alimentar a otro peor. —Esta vez sí que había lágrimas en sus ojos, pero las espantó de un manotazo al tiempo que cambiaba abruptamente de tema—: Bueno, a ver, ¿tú qué te cuentas, Pam? ¿Alguna novedad? ¿Qué está pasando en tu vida siempre tan apacible...?

Le conté que Derek estaba de nuevo en casa, después de muchos meses trabajando en un proyecto científico secreto para el Gobierno, y que yo pensaba, en cuanto se restableciera un poco la normalidad, comenzar con la cría de gallinas Leghorn.

—Hasta trescientos huevos al año llegan a poner —especifiqué—. La gente va a necesitar buenas proteínas después de tantos años de racionamiento.

A Farve le interesó poco y nada la noticia de Derek como científico involucrado en asuntos de seguridad nacional, pero sí en cambio mis gallinas, y pasamos a hablar un poco de ellas. Farve preguntó por el tamaño de las Leghorn comparadas con otras razas, por su peso y, sobre todo, su dieta. Pero, al cabo de un par de minutos, y a pesar de mis esfuerzos por ser lo más informativa posible, la conversación languideció (hablar de los distintos tipos de forraje aviar, da para lo que da).

—Y tú, querida —dijo, dirigiéndose ahora a Diana—. ¿Cómo estás?

—He tenido épocas mejores —ironizó Diana, que, desde su salida de la cárcel, procuraba hablar poco de su situación actual, incluso con nosotros, su familia. Pero Farve, que deseaba alejar la conversación lo más posible de su hijo muerto, volvió a incidir.

—Me parece indignante que ese cerebro de mosquito del ministro del Interior haya prohibido que tú y tu marido viváis en vuestra casa de Londres. ¿Qué tontería es esa de teneros en el campo, como apestados? Más aún cuando sabe *perfectamente* —recalcó Farve, quien por un momento parecía haber recuperado su brío de antaño — que vuestras propiedades están requisadas por el Ministerio de la Guerra. ¡Inconcebible, absolutamente inconcebible! Por Júpiter, la guerra ha acabado. ¿A qué esperan para dejaros volver a la normalidad? ¿Qué más sacrificios espera el Gobierno que haga esta familia? ¿No hemos pagado ya un precio suficientemente alto? Mosley y tú pudriéndoos en la cárcel durante más de tres años como si fuerais traidores a la patria; Unity derramando su sangre en el primer día de la guerra; Decca, viuda de guerra y con una hijita que no llegó a conocer a su padre, malviviendo al otro lado del Atlántico y por fin mi Tommy, que ha entregado su vida cuando a Hitler le faltaban apenas unos días para descerrajarse un tiro y acabar en el infierno. ¿Qué más espera este país de nosotros?

Diana era de la misma opinión que Farve, pero consideró más prudente no echar más leña al fuego de los agravios. Por eso prefirió desdramatizar y contarle a Farve anécdotas divertidas de la vida que llevaban Mosley, ella y sus hijos en la pequeña propiedad campestre a la que acababan de mudarse, tras su temporal estancia en aquel pub medio en ruinas que poco tenía que envidiar a la cárcel de Holloway.

—Pero ahora estamos mucho mejor, ni te imaginas. Hemos alquilado una casita cerca de Wiltshire y tenemos una vaca a la que

llamamos señora Wellson. Los niños la adoran y están aprendiendo a ordeñar. Se han hecho amigos de tres o cuatro chicos del lugar, que les han enseñado todas las palabrotas del santoral. Max y Alex enseguida se dieron cuenta del efecto electrizante que estas palabras tenían sobre Nanny, así que han empezado a usarlas a todas horas.

—Eso es muy sano —comentó Farve, sonriendo por primera vez—. Chicos rudos de campo, así me gusta, con barro hasta las orejas, no hay mejor educación que esa. ¿Os acordáis, niñas, de cuando me dedicaba a perseguiros campo a través con los perros mordiéndoos los talones? Aquellos sí que eran tiempos. Nada de melindres y de cuchufletas. Recio vocabulario de campo, ¡bravo por Alex y Max!

—Pues aún no te he contado lo mejor —replicó Diana, encantada de verlo más animado—. Figúrate que la última vez que Tom vino a vernos, Max, que acababa de cumplir cuatro años, le dijo: «¿Sabes, tío Tom? A Nanny no le gusta nada que digamos cabrón, tampoco maricón, mierda o mesa». «¿Mesa? —preguntó él asombrado—. ¿Qué tiene de malo mesa?». «Uy, no sé, pero nos regaña muchísimo por ejemplo cuando decimos *mes'ha* caído esto o *mes'ha* caído lo otro». Tom le contestó que...

Se hizo un silencio. Esta vez sí que Farve lloraba. Ni Diana ni yo sabíamos qué hacer. ¿Abrazarle? ¿Llorar con él? No era costumbre en nuestra familia, y menos en público. Con toda seguridad, pensé entonces, los otros caballeros que teníamos cerca en aquella salita, llevarían en sus corazones iguales o aún más profundas heridas que las nuestras. Hijos, hijas, seres todos queridos... Eran tantos los caídos en combate que habíamos llegado a perder la cuenta.

***

Se produjeron otras muertes en la familia. En este caso, en la recién formada por Deborah y Andrew. Por fortuna, Andrew no corrió la misma suerte que su hermano Billy que, como ya les he contado, falleció en combate pocas semanas después de su boda con Kick Kennedy. Pero a lo largo de la contienda, le tocó regresar a Londres con un permiso especial de las Fuerzas Armadas para enterrar a dos hijos. En 1941, Deborah dio a luz a un bebé prematuro. Según la enfermera que lo atendía, en su fugaz paso por este mundo, Mark Cavendish abrió los ojos, miró a su alrededor como si quisiera apresurarse a verlo todo, y expiró. Un año más tarde, nacería un niña sana y guapísima, Emma Cavendish, y, en 1944, Peregrine Cavendish, futuro heredero al título. Al año siguiente, en otoño, Debo se quedó de nuevo embarazada, pero, antes de cumplir las diez semanas, sufrió un aborto espontáneo. Una lástima, claro, pero al ser tan incipiente, no le afectó tanto como en el caso del pequeño Mark.

Para su sorpresa, un par de meses más tarde, notó que las faldas no le cerraban y sintió los movimientos de otro bebé. Acudió al médico y este le explicó que había perdido a un gemelo, pero que venía otro en camino. Un caso raro, pero perfectamente posible. Se puso de parto seis semanas antes de lo previsto y después de varias horas dio a luz a un varón, un bebé, según todos, de una belleza fuera de lo común, que apenas vivió unas horas. Al llegar Andrew del frente, no solo se encontró con la triste noticia de que el niño había muerto, también con el doctor Evans desvanecido en el vestíbulo. Viejo amigo de la familia como era, le afectó profundamente la pérdida de este bebé, el tercero que a Deborah y a Andrew les tocó llorar en aquellos años difíciles. A estas dolorosas muertes, Debo tuvo que sumar la de Tom. Demasiados reveses en tan poco tiempo.

# 49

## UN ISLOTE POLÉMICO

Ninguna de nosotras logramos superar la muerte de Tom. En lo que a mí respecta, hasta el día de hoy —y han pasado cerca de cincuenta años— sueño que está vivo, que me llama por teléfono, que viene a visitarme joven como era entonces, como lo será siempre. Pero la vida continuaba, y en aquellos años de posguerra, uno no podía pararse a sentir lástima de uno mismo. Había que apretar los dientes, seguir adelante. Todo estaba racionado, desde la harina y el azúcar hasta el jabón o la pasta de dientes, que se vendía a precios disparatados en el mercado negro. En cuanto a las medias de cristal, algunas mujeres se pintaban una raya negra de arriba abajo en las pantorrillas para que pareciera que llevaban la codiciada prenda. Pero había necesidades más perentorias. Ahora lo primordial era pensar en la reconstrucción. En la de nuestras ciudades, de nuestras vidas, de nuestro estado de ánimo. Y para hacerlo, la gente necesitaba evadirse, pensar en otras cosas que no fueran ruinas y muerte. Por eso, y tal como había vaticinado el entusiasta editor de Nancy, *A la caza del amor*, una novela burbujeante, chismosa e impúdicamente autobiográfica en la que resultaba fácil reconocer a los distintos miembros de la familia Mitford, se convirtió en éxito instantáneo.

«Nancy, querida —le escribió, algo malvadamente, Evelyn Waugh después de leerla—, el encanto de tu escritura reside en que te

niegas a reconocer la diferencia entre tu infantil parloteo y el lenguaje literario».

Nada más cierto. La novela tiene como protagonista a la familia Radlett, una indisimulada réplica de nosotros, los Mitford. En ella, Nancy desvela, no solo pasajes enteros de nuestra peculiar infancia con Farve rechinando los dientes y Muv intentando poner cordura en caterva tan ingobernable. Retrata también a Rodd, su marido (y lo pinta tal como era, un pesado). Eso por no mencionar otros capítulos íntimos de su vida personal, incluida su pasión no correspondida por Gaston Palewski, a quien dedicó, por cierto, el libro, según me confesó, para ganarse, si no su amor, sí al menos su admiración. La novela vendió doscientos mil ejemplares el primer año. Y con sus ganancias pudo al fin cumplir su sueño de mudarse a París; no podía creer su buena suerte.

A partir de aquel momento y para disgusto de Farve, que siempre deploró a los *frog*s, «los ranas», como él llamaba a los franceses, Nancy ya no volvió a vivir en Inglaterra. Venía a Londres solo de visita, y —para desmayo de Nanny, que odiaba esas fruslerías innecesarias— vestida a veces de Dior y otras de Paquin. Pero es que, después de años de estrecheces y de ir a trabajar a pie, había conseguido —según su propia descripción— pasar del estatus de nueva-pobre obligada a contar peniques hasta para comprarse un sándwich, a convertirse en una nueva-rica. O una *nouvelle riche*, que dicho en francés suena hasta chic. Y París era la ciudad perfecta para ejercer su nueva condición. Allí todo era bello, estético, sublime, con ese arte que tienen los franceses para ensalzar lo suyo. Bastaba con abrir la ventana y oler aquel delicioso entrevero de aromas a flor de naranjo, *café crème* y *baguette* recién horneada. En resumen (y dicho en la terminología habitual de mi hermana), París era *too too divine*.

Gaston, por su parte, y pese a decirle que estaba encantado de que se hubiera mudado allí, seguía dosificándole su presencia con cuentagotas. Cada vez que cenaban en su piso de la rue Bonaparte, con tres salones en hilera cuajados de cuadros espléndidos y objetos raros, él juraba que la quería. Pero, al despertar al día siguiente, Nancy descubría en su compartida almohada, una encantadora nota en la que le anunciaba que debía ausentarse unos días de París, y que la llamaría a su regreso...

Por supuesto, en las cartas que regularmente nos enviaba a nosotras, sus hermanas, no contaba nada de esto. Se limitaba a decirnos lo feliz que estaba por la gran acogida que *A la caza del amor* estaba teniendo en Francia. También lo mucho que disfrutaba con sus nuevos amigos. Que si un Polignac por aquí, que si una La Rochefoucauld por allá, gente interesantísima, según ella, que organizaba sin parar cócteles y cenas que le permitían lucir su nuevo vestuario. Así era Nancy. Tan inteligente como esnob, tan sociable como poco afortunada en amores, pero invariablemente animosa. Ella siempre —y tal como rezaba el título de aquella novela que tantas alegrías le estaba dando— andaba *A la caza del amor*, aunque fuera un amor tan escurridizo como el de Gaston Palewski.

***

En la vida de nuestra hermana al otro lado del océano, también se habían producido novedades. Para entonces, Bob y Decca habían tenido dos hijos: Nicholas, nacido en 1944, y dos años más tarde llegaría Benjamin —¿con un nombre deliberadamente judío para enfadar a Farve? Quién sabe—. A Decca, que aún no le había perdonado pasados agravios, le encantaban este tipo de recaditos subliminales. Sospecho que ni a Farve y menos aún a Muv les hubiera gustado saber tampoco que ella y su marido Bob se

acababan de afiliar al Partido Comunista, lo que, por cierto, le dio a Decca una gran idea para otra de sus bromas. Entre las propiedades que nuestros padres aún tenían en Escocia, había una pequeña isla inhóspita y tan remota, que para llegar a ella desde Londres había que emprender un viaje de trece horas en coche-cama hasta Oban, en la costa noroeste de Escocia, otro tramo considerable en coche, y luego, una vez llegados a la minúscula aldea de Gribun, esperar a que algún aldeano se prestara a llevarlos a remo hasta Inch Kenneth, que así se llamaba el islote en cuestión. En resumen: veinticinco largas horas de viaje, más de lo que se tardaba en llegar a Río de Janeiro.

Bien, pues sucedió por aquel entonces que, en aquel enclave barrido por gélidos vientos y cubierto de nieve hasta casi llegado el mes de junio, fue donde Muv decidió de pronto que era el lugar perfecto para pasar los veranos con Unity. Según ella, el clima helado atemperaría sus prontos y rabietas, y allí, con la ayuda de un matrimonio local que se ocupaba de las tareas domésticas, podría entretenerse con placeres tranquilos: dibujar, pintar (Bobo siempre tuvo mucho talento artístico, y más incluso ahora que se había convertido en una eterna niña). También había posibilidad de criar gallinas, cabras y ovejas. Incluso, con un poco de suerte, Unity encontraría por allí alguna culebra que amaestrar...

A decir verdad, la razón de aquel exilio de madre e hija era otra: cada vez con más frecuencia y, tanto en Londres como en Swinbrook, Bobo había salido a la calle con las medias caídas o con los zapatos puestos del revés, escenas que entusiasmaban a los fotógrafos, que, cada tanto, se apostaban en las inmediaciones para recordar a los lectores de sus periódicos que «la novia de Hitler», ocho años después de su fallido intento de suicidio, y con una bala

alojada en la cabeza, seguía comportándose como lo que era, un perfecto disparate.

Por eso, Muv decidió llevársela hasta aquella remota propiedad. Pero resultó que, como el diablo no descansa y le gustan este tipo de carcajadas, un par de años atrás y con el fin de evitar en el futuro tener que pagar derechos de sucesión, Farve había puesto aquel islote a nombre de Tom y resulta que ahora, tras su muerte, surgía un inesperado problema legal. Según la ley escocesa —distinta de la inglesa y más ventajosa en lo que respecta a los derechos sucesorios de las mujeres—, eran sus hermanas, es decir, nosotras seis, las que teníamos derecho a sus bienes. Tras su fuga a España y su posterior boda con Esmond Romilly, en contra de la voluntad de Farve, él había desheredado a Decca, pero hete aquí que de pronto acababa de convertirse en copropietaria de Inch Kenneth. A ella no le interesaba para nada aquella remota y helada propiedad, pero... ¿qué tal si donaba su parte a la Unión Soviética? Esa sí que sería una jugarreta muy Mitford, una en la línea de las que solía gastar de niña para enojar a Farve.

Intentó la donación, pero no era legalmente posible, así que se le ocurrió otra idea. Daba la casualidad de que por aquellas mismas fechas tuvo lugar en San Francisco la convención mundial en la que se sentarían las bases para la creación de lo que ahora conocemos por Naciones Unidas. Con ese motivo, se encontraba en la ciudad Claude Cockburn, figura legendaria del Partido Comunista Británico. Decca, que lo conocía del tiempo en que Esmond y ella vivieron en el norte de Londres antes de emigrar a Estados Unidos, se acercó a saludarlo y le propuso su plan. Puesto que no podía donarle su parte del islote el camarada Stalin, se la cedería al Partido Comunista Escocés. Y así lo hizo. Firmó con Claude un documento y luego le escribió a Farve comunicándole su decisión, al tiempo que

especificaba que lo hacía «con ánimo de reparar el mal que mi familia y también mi cuñado Oswald Mosley han hecho con sus ideas». ¿Era o no era una treta «muy Mitford»?

Ya se pueden imaginar la reacción de Farve. Dijo que no quería volver a ver a Decca en lo que le quedaba de vida y que ojalá no se le ocurriese regresar nunca a Inglaterra. Diana y Nancy se mostraron igualmente indignadas. ¿Cómo se atrevía Decca a hacer una cosa así? Lo suyo era una imperdonable rabieta de niña malcriada. ¿No sabía perfectamente que aquella isla, según Decca, apta solo para focas y líquenes, era ahora el lugar en el que Muv pasaba temporadas con Unity? Y no solo eso: ¿tampoco se daba cuenta de la situación legal en la que dejaba a sus hermanas con semejante jugarreta estúpida?

***

Nancy consultó con un abogado para encontrar una solución al embrollo, pero este se solucionó solo cuando el Partido Comunista Británico rechazó la donación. «¡Qué diablos! —debieron de decir sus responsables—. ¿Qué vamos a hacer con ese minúsculo trozo de hielo en alguna parte perdida del mar de Escocia? En proindiviso, para colmo, con las capitalistas y decadentes hermanas Mitford, además».

En el ínterin, Unity había llegado a adorar aquella tierra inhóspita. Por otro lado, Muv hacía todo lo posible para que la vida dentro del caserón de piedra gris que la propiedad tenía como vivienda fuese lo más confortable posible. Puso su empeño en que se asemejara a un hogar; eso siempre genera confianza, sobre todo a alguien cuyas capacidades están mermadas. Bobo, más que nadie, necesitaba estabilidad, confort, orden y limpieza, esa era la opinión de Muv. Por eso, y siempre según su lógica particular, cada semana enviaba la

ropa sucia a los almacenes Harrod's de Londres para que se la devolvieran lavada y primorosamente planchada.

—¿¿¿A Harrod's??? —recuerdo que me asombré cuando Nancy me comentó aquello en una de sus llamadas de larga distancia desde París—. ¿Estás segura? Muv no me ha dicho nada al respecto.

—Claro que no te lo ha dicho —retrucó Nancy—. Sabiendo lo ahorrativa que eres, es obvio que te iba a parecer un dislate y un gasto absurdo. Y claro que lo es —rio Nancy a continuación—. Pero reconóceme, Woman, que no hay en el mundo lavandería como la de Harrod's. Nadie deja los embozos de las sábanas tan maravillosamente planchados. Y de las camisas de *broderie* y las batas de piqué, ¿qué me dices? Almidonadas y divinas.

Me imaginé a Nancy al otro lado del hilo en el apartamento parisino que había alquilado con las ganancias de su libro, fumando un Benson & Hedges (¿o se habría pasado ya a los Gauloises y a los Gitanes? No creo. Uno puede cambiar de país, pero no de marca de tabaco). Por fin llevaba la vida que le gustaba, un hogar sofisticado y lleno de detalles de esos que hacen la existencia agradable: buenos muebles, bonitas vajillas, ropa de cama de lino y cortinas de shantún, ¿cómo no iba a encontrarle lógica a que Muv mandase hacer la colada a Harrod's. Y de paso Muv (y esto era igualmente información de Nancy), se hacía traer también frutas y verduras frescas. No quiero ni pensar lo que podían costar aquellas mandarinas o aquellas coles de Bruselas. Pero así eran y habían sido siempre las contradicciones de mi familia. Derroche y ruina a partes iguales. En cuanto a Farve, tuvo por aquellas fechas un golpe de suerte en la bolsa, que le procuró un dinero imprevisto que él se dedicó a gastar lo más rumbosamente posible. Incluso más que en el pasado, ahora que no tenía a Muv cerca para atemperar sus prodigalidades.

—¿Y qué más te ha contado Muv? —le pregunté a Nancy—. ¿Qué te ha dicho de Unity?

—Por lo visto, sigue encantada. El aire de mar le ha abierto el apetito y come como una boa constrictor. Además, resulta que en la isla hay una iglesia del siglo XIII en ruinas y allí oficia sus servicios religiosos.

—¿Bobo? Pero si siempre ha sido atea irredenta. De hecho, esa fue una de las razones por las que la echaron del colegio, ¿recuerdas?

—Pues ahora se ha hecho pía. Según Muv, a cada rato se envuelve con una sábana ceñida con un cordón, y oficia misa. Parece ser que el otro día se olvidó de las palabras del tedeum y le dio un berrinche tremendo. También está planeando su funeral para cuando toque. Le ha dado a Muv una lista de piezas musicales e himnos religiosos que quiere que se canten cuando se celebre la ceremonia. Pobre Unity —resumió Nancy.

—Pobre Muv —completé yo.

***

No habían pasado ni dos semanas de esta conversación cuando Bobo cayó enferma. Muv, al principio, no se alarmó. Aquel mes de mayo de 1948 más parecía enero. Apenas había comenzado el deshielo y el aire frío cortaba como cuchillo, por lo que era, se dijo, natural que ella tuviese algunas décimas de fiebre y le doliera la cabeza. Pero pasaban los días y no mejoraba. Muv, siempre reacia a los médicos, por fin decidió llamar a uno. Tarea nada fácil. No había teléfono en la isla y los lugareños, que cada tanto le traían provisiones, no volverían hasta dentro de tres días. Mientras tanto, la fiebre, lejos de remitir, aumentaba, y Muv no sabía qué hacer. La distancia entre el islote de Inch Kenneth y tierra firme era lo

suficientemente angosta como para que la vieran desde la orilla contraria, de modo que, a falta de otro medio de comunicación, se plantó en la playa a hacer frenéticas señas con las manos. No había nadie en la costa que pudiera verla, pero, al cabo de un rato, descubrió a su derecha, y navegando hacia el este, una embarcación de pescadores.

—¡Ayuda! ¡Ayuda! Que alguien venga a socorrernos, por favor, mi hija...

La alegría de Muv fue enorme cuando comprobó que la habían visto y cambiaban de rumbo. Se dirigía ya hacia la casa para pedirle al señor Mac Tubb que la ayudara a preparar el traslado de Bobo, cuando le salió al paso la señora Mac Tubb que se había quedado al cuidado de la enferma.

—¡Señora, venga rápido! —gritaba casi sin resuello mientras corría hacia ella—. No para de vomitar, Dios mío, está muy mal, los ojos en blanco, yo...

—Usted quédese en la playa e indíqueles a esos hombres dónde amarrar el bote, voy a por ella.

Se la encontró revuelta en su propio vómito y delirando. Como pudo la vistió y la abrigó bien y, con la ayuda de los Mac Tubb, intentó que bajara la escalera de la vivienda. Bobo se resistía. Con sus casi seis pies de estatura y el peso que había ganado en aquellos meses, no había manera de reducirla, pateaba, daba manotazos, pero por fin con ayuda del señor Mac Tubb y de uno de los marineros consiguieron sacarla de la casa y meterla en la embarcación.

Todo lo que acabo de describir me lo contó la señora Mac Tubb años más tarde. Muv jamás habló de lo vivido aquel día: cómo llegaron a tierra con Unity convulsionando; cómo la llevaron en primera instancia a un hospital cercano y cómo allí le diagnosticaron

meningitis. Era urgente trasladarla a un hospital mejor equipado que había a varias millas, pero, al introducirla en la ambulancia, sufrió otro ataque aún más devastador, del que ya no se recuperó. Moriría en brazos de Muv al caer la noche. Tenía treinta y tres años.

Más adelante sabríamos que lo que la mató fue la bala que tenía incrustada en su cabeza. Después de ocho años y con mucho sufrimiento por medio, el mínimo trozo de metal decidió que había llegado la hora de terminar su trabajo...

La llevamos a Swinbrook para que descansara cerca del memorial de guerra que Farve, con el imprevisto dinero ganado en bolsa, hizo erigir para recordar siempre a nuestro hermano Tom. Recuerdo la impresión que me produjo ver aquellas dos piedras con los nombres de mis hermanos, los dos más jóvenes que yo, los dos tan amados. Nancy, Diana, Deborah y yo nos abrazamos llorando. Nuestra infancia y parte de nuestras vidas morían con ellos. Muv hizo grabar en la lápida de Bobo el siguiente epitafio: «No digáis que su lucha fue en vano», queriendo significar que su fugaz paso por este mundo había tenido sentido, lo que hacía que la frase pareciera aún más patética y dolorosa.

¿Verdaderamente tuvo sentido? Para aquellos que la quisimos, mucho. Con sus caprichos, con sus disparates, con sus grandes equivocaciones... Pero el amor es así. No se ama a alguien por sus aciertos, sino a pesar de sus errores. Descansa en paz, pequeña gran Unity Valquiria, estarás en buena compañía, tienes a Tom muy cerca. Sí, ya sé que yace a miles de millas de Swinbrook, pero yo, que creo en fantasmas, estoy convencida de que los dos nos esperan allí, hablando de sus cosas, riendo, contando chistes y tomándose el pelo, igual que entonces, igual que siempre, hasta que el tiempo nos vuelva a reunir.

# 50

## Muerte en las nubes

El mes de mayo no daría paso a junio sin que se produjera otra muerte cercana. Antes he prometido contarles algo más de la familia Kennedy y ahora cumplo mi promesa. Como recordarán, Kick Kennedy se quedó viuda apenas cuatro meses después de convertirse en cuñada de Deborah al casarse con Billy Cavendish, en contra de la voluntad de sus padres, y muy especialmente de su madre. A pesar de la muerte de Billy, Rose Kennedy seguía pensando que su hija se había condenado por haber contraído matrimonio con un protestante como Billy, y el destino, que tantas veces disfruta de este tipo de humoradas siniestras, pareció darle la razón. Tras enviudar, Kick se había quedado a vivir en Londres, amparada por su familia política. Durante un tiempo no pudo pensar en nadie más que en su marido muerto. Pero pasaron los años y, una mujer tan llena de vida como ella, encontró otro hombre. Se llamaba Peter Wentworth y era el octavo conde de Fitzwilliam. Estaba casado. Pero, animosa siempre, Kick se dijo que, si en su relación anterior había conseguido vencer tantos obstáculos, ¿por qué no iba a ocurrir lo mismo esta vez? Al fin y al cabo, un divorcio tampoco era una tragedia. Su madre no lo entendería, pero tal vez sus hermanos sí. Los tiempos habían cambiado y más ahora que todos querían dejar atrás la guerra y el arcaico mundo que regía

antes de la contienda. Kick adoraba a Peter y Peter adoraba a Kick, eso era lo único que importaba.

—¿Sabes? —le contó Kick a Deborah—, está todo arreglado. Se va a separar de su mujer; ella ya lo sabe, hace años que la relación está rota. Pero aún tiene que decírselo a su hija, no será fácil, es muy pequeña.

—¿Y qué vais a hacer?

—De momento, pasar unos días juntos en la Riviera francesa. La niña está en su internado, esperaremos a las vacaciones. En todo caso, no creo que la conversación con la pequeña Anne sea más tormentosa que la que yo acabo de tener con mi madre. Me ha dicho que, si me caso con Peter, papá me desheredará.

—Es terrible. Tal vez puedas hablar con tu padre.

—No creo que sirva de mucho. Ya sabes cómo son las cosas en algunas familias. Los maridos se ocupan de sus asuntos, que, en el caso de mi padre, son ganar mucho dinero, brillar, influir y trabajar para que, tras la muerte de Joe, John sea el primer presidente católico de los Estados Unidos, mientras que mamá reina en lo doméstico. También en lo moral, y en ese terreno lo que ella dice va a misa. Aunque papá quiera hacer lo contrario, al final se hará lo que mamá disponga. Ya me la imagino rezando rosarios y haciendo novenas para que Dios se ocupe del asunto.

—¿Como cuando murió Billy? —comentó amargamente Debo—. Recuerdo que entonces te dijo algo así como: «Parece que Dios se ha ocupado de solucionar el dilema a su manera».

En aquel momento, Kick se había encogido de hombros con un «cosas de mami», pero más adelante recordé esta conversación con un escalofrío cuando nos enteramos de que el avión privado en el que Kick y Peter viajaban se había estrellado antes de llegar a la Riviera. Los dos murieron en el acto. Es sabido que Rose Kennedy,

que ya había pasado por la muerte de su hijo mayor (y más tarde le tocaría enterrar a John y también a Robert), al conocer el trágico fin de Kick, comentó: «Este accidente fue el modo que encontró Dios, nuestro señor, de apuntar con su dedo a Kick y decirle: ¡No!».

# 51

## LA FELICIDAD VIVE EN PARÍS

El siguiente libro de Nancy, *Amor en clima frío*, se publicó en julio de 1949 y fue un éxito aún más grande que *A la caza del amor.* En la misma línea sarcástica y descarada que el primero, contaba con elementos novedosos para la época. En él se hablaba (siempre con la ironía como disolvente) de situaciones hasta entonces obviadas por la literatura, como abusos sexuales perpetrados a jovencitas por parte de adultos supuestamente irreprochables de su entorno. Este segundo éxito literario hizo que mi hermana ganara todavía más dinero, y con él se mudó a un piso más grande y luminoso a dos calles de la casa de Gaston, para estar más cerca del hombre que amaba.

Recuerdo que por aquellas mismas fechas me encontré en Londres por la calle con Peter Rodd. El marido de Nancy había cambiado poco desde la última vez que nos vimos, al comienzo de la guerra. Bien es cierto que, a lo largo de aquellos años había perdido mucho pelo y que los infinitos *gin-tonics* a los que se entregaba cada día habían dejado huella en sus facciones. Ya no era aquel rubio de aspecto distinguido que fue en otros tiempos. Se había convertido en un cuarentón rosáceo de rasgos embotados y dueño de una considerable panza. Pero, a pesar del cambio físico, continuaba siendo lo que siempre fue: un plomazo redicho y sabelotodo.

—Queriiiiida —me saludó hiperbólico—, qué alegría verte. ¿Qué tal el resto de tu enloquecida familia? No sabrás por casualidad dónde queda el número 10 de esta estúpida calle, ¿verdad? Esta manía inglesa de que los números no vayan correlativos y que parte de una calle sea recta y la otra, en diagonal; y que la numeración parezca un cartón de bingo: el 7 aquí, el 8 cien yardas más allá y luego el 3, a continuación del 6... resulta insufrible. Sobre todo cuando es indecentemente temprano por la mañana, uno ha dormido fatal y tiene un dolor de cabeza de campeonato.

Sonreí. Es verdad que una de las particularidades de Londres es que está llena de calles que se llaman igual a plazas, avenidas y callejones: también que hay numeraciones que saltan de 23 al 46 y demás rarezas, pero —a pesar de los efluvios de sus *gin-tonics* de la víspera— Peter Rodd llevaba demasiados años viviendo en la ciudad como para no estar al tanto de sus extravagancias numéricas.

—El número 10 queda al otro lado de Regent's Street —señalé, pensando continuar mi camino, pero él enhebró su brazo en el mío al tiempo que decía:

—Magnífico, ¿sabes dónde queda el hotel Stanley? No te importa hacerme de *boy scout*, ¿verdad, querida? Para hacer tu preceptiva «buena acción del día», ¿qué mejor que auxiliar a tu cuñado?

Sin darme tiempo a decir sí o no, Peter me explicó que se había citado en aquella dirección con alguien que, según él, iba a ofrecerle una columna en *The Times*.

—Ahora que el tío Iósif Stalin se ha merendado media Europa, y que comienza a regir un nuevo orden mundial, algo así como un «yo no me fío de ti, tú no te fías de mí, pero todos nos contenemos, no sea que saltemos por los aires como esos pobres japos en Hiroshima», comprenderás, que en esa coyuntura tan compleja y delicada —continuó argumentando Peter—, los periódicos van a

necesitar más que nunca como colaboradores a gente brillante, cosmopolita, que haya vivido y estudiado en el extranjero y que hable seis o siete idiomas. O dicho en román paladino, me necesitan a mí —personalizó, apuntando con el índice el algo grasiento nudo de su corbata—. Tú conoces a Stephen Swindlebee, naturalmente. —Dio por sentado Peter—. Mi cita es con él. El pobre es un cursi de siete suelas y grandísimo esnob, pero tiene mucha mano en *The Times*. Vamos, querida, o llegaré tarde a mi cita.

Su aliento olía a ginebra rancia y a fracaso. Cuando quise darme cuenta, iba ya de su brazo enseñándole el camino.

Seguramente —me contenté pensando— al licenciarse del ejército ha vuelto a quedarse sin blanca y necesita desesperadamente encontrar empleo. ¿Cómo negarle mi ayuda en algo tan nimio, además? Continuaba siendo el marido de Nancy y a mí siempre me ha gustado echar una mano.

No habíamos dado más que una docena de pasos en dirección al bastante alejado hotel Stanley, cuando me di cuenta de mi error. Estaba claro que Peter no iba a desaprovechar la ocasión de hablarme de Nancy, afear su conducta y, según él, «su total falta de consideración como esposa».

—Sí, querida, la guerra ha sido dura para todos, y no seré yo quien eche en cara a tu hermana que tuviese, entre tanto, alguna alegría extraconyugal. El que esté libre de culpa que tire la primera piedra —rio, dando a entender que él había tenido multitud de *alegrías*—. Por eso —continuó—, no me importó mirar para otro lado cuando me enteré de que se había liado con aquel franchute de nombre André Roy. Yo soy un liberal. Y qué quieres que te diga, querida, los amores de guerra, los *amours de guerre*, que dicho en francés suena hasta respetable, son *très romantiques*. Pero, chica, de ahí a ponerse a hacer el ridículo...

—No sé a qué te refieres —repliqué, cada vez más arrepentida de haberme ofrecido para acompañarle—. Supongo que no hace falta que te recuerde que vuestro matrimonio estaba roto, incluso antes de la guerra. Y en todo caso, «ridículo» y «Nancy» son dos términos que no encajan en absoluto.

—¿Ah, no? ¿Y cómo llamas entonces a la patética situación que está viviendo ahora en París con ese otro individuo bajito, con cabeza de huevo y tan estirado que parece que se ha tragado el palo de una escoba? Supongo que estarás enterada...

—Y yo supongo —respondí molesta— que te refieres al romance que mantiene con Gaston Palewski, mano derecha del general De Gaulle y hombre fuerte de Francia en estos momentos.

—Te equivocas —murmuró Peter tan cerca de mi oído que una vez más me llegó la vaharada de su aliento alcohólico—. Que «mantenga un romance», como tú mojigatamente lo llamas, me parece de perlas. Eso de las grandes cortesanas es muy francés, ya sabes, la Pompadour, la Montespan, la Du Barry, etcétera, tiene su relumbrón y... su relación con Palewski incluso me vendría bien. Tener una esposa que es la amante del presidente *de facto* de Francia adorna bastante el currículum de un colaborador de *The Times* en temas internacionales... Pero lo que Nancy mantiene con ese fatuo lleno de ínfulas tiene otro nombre y es mucho más feo. ¿No te ha contado ella cómo es la relación? ¿No te ha dicho que no viven juntos? Sí, querida, ella vive en un apartamentito cercano y él en su pisazo de la rue Bonaparte al que la invita de vez en cuando, *y solo muy de vez en cuando* —remarcó Peter—. Y supongo que tampoco te habrá contado que el gran hombre, cuando hay gente delante y para que nadie piense que hay algo entre ellos, la llama «mi querida amiga» (lo mismo, que hace con la otra media docena de «queridas amigas» con las que se relaciona igual de íntimamente). ¿Encantador, no?

—No tenía ni idea —admití, confundida—. Pero... ¿quién te ha contado todo eso?

—Las noticias vuelan y traspasan fronteras a velocidad de vértigo, querida. Y las desagradables ya ni te cuento. Lo sabe medio mundo, salvo —y tal como suele ser habitual en estos casos— tu familia. Sí, ya ves: Nancy, la mordaz, la exitosa autora de libros inteligentes, feministas, descarados; la progresista que vota a las izquierdas y que desde sus columnas de prensa imparte doctrina sobre el nuevo rol de la mujer en la sociedad bla, bla, sobre igualdad entre los sexos bla, bla, bla, de cómo la mujer moderna ya no depende de un hombre bla, bla, bla, bla, bla...Ya ves. ¿En qué queda toda esta palabrería liberal? Dímelo tú. Queda solo en «consejos vendo que para mí no tengo», porque resulta que, en su vida íntima, se comporta como una mujercita sumisa del siglo pasado. Claro que —prosiguió Peter—, conociéndola, no me cabe duda de que ya habrá encontrado un modo brillante de justificar, frente a los demás y más aún frente a sí misma, por qué está haciendo el panoli de este modo. Sí, sí, argumentos solidísimos e imaginativos que excusen la conducta de su Gaston.

»Déjame que adivine cuáles son; resulta bastante fácil. Se dirá, por ejemplo, que una cosa es Inglaterra y otra muy distinta *la belle France* y que allí, en lo que a amor se refiere, las cosas son más sofisticadas, más relajadas y que la posesión es un atraso. Que, en realidad, Gaston Palewski no hace más que comportarse según una vieja tradición gala. Y a renglón seguido y para darle barniz intelectual al asunto, añadirá que basta con leer a Saint-Simon o cualquiera de las magníficas novelas libertinas del siglo XVIII como *Las amistades peligrosas,* pongamos por caso, para comprender que los hombres brillantes como monsieur Palewski experimentan constantemente la necesidad de seducir, y por tanto no se contentan

con una sola mujer. «Hay que entenderlo —se dirá también—, yo soy inglesa y debo aceptar que, en Francia, esos devaneos son parte del juego. Allí, el amor es cosa leve y sutil, igual que un suflé. La gente coquetea, salta de cama en cama sin problemas y *tengo* que adaptarme». ¿Y eso cómo se hace? —continuó argumentando Peter —. Seguro que tú te la puedes imaginar igual de bien que yo, mi querida Pam. Cada vez que se entera de una nueva infidelidad de su Gaston, se enfunda en su mejor traje de chaqueta de Patou (o de Coco Chanel, que es más moderno y feminista) y se ríe quitándole importancia. Luego, ya a solas y cuando no le importe que se le corra el rímel, ahogará sus lágrimas en champán o en un Château d'Yquem, repitiéndose que Francia es Francia y el juego es el juego.

***

No supe qué responder. Algo de todo esto ya lo sospechaba leyendo entre líneas las cartas de Nancy. Pero no me podía imaginar que llegase a tal extremo Y sin razón, además, porque Gaston Palewski era soltero. No existía siquiera una esposa traicionada ni un caro divorcio que complicara la situación. Miré a Peter. Le costaba caminar y hablar al mismo tiempo, jadeaba. Demasiada ginebra y demasiados años de intentar ahogar en alcohol la certeza de que él —el brillante, inteligente y cultísimo Peter Rodd, al que la vida le había repartido de mano un repóquer de ases— había malbaratado todas sus bazas. Estábamos a punto de llegar al hotel Stanley. Él hizo amago de despedirse, pero ahora era yo la que no quería dar por terminada nuestra conversación. Necesitaba que me diera un par de detalles más.

—¿Por qué? —le pregunté—. ¿Por qué Palewski trata así a Nancy? Vale que es un tipo que no sabe ser fiel, vale que en Francia el amor

es como un suflé. ¿Pero qué necesidad tiene de esconderla, de negarla? Me parece innecesariamente cruel, no lo entiendo.

—Eso es tanto como decir que no entiendes a los hombres —rio Peter—. Déjame que te ilustre para que descifres al personaje, en realidad es muy simple. Por muy «Saint-Simon» o incluso por muy «vizconde de Valmont» que sea este Gaston Palewski, el amor es una cosa y otra muy distinta su carrera, y él no es de los que deja que uno interfiera en la otra. Gaston depende enteramente de De Gaulle, y su jefe es un provinciano, conservador y catolicón al que no le gusta que su hombre de confianza haga ciertas cosas.

—¿Como qué?

—Querida, me temo que hemos llegado, ahí está el hotel Stanley. Y ahora me debo a Swindlebee que seguro me espera para ofrecerme un nuevo trabajo, así que solo diré una cosa: *Le Canard Enchaîné*, tú rellena los puntos suspensivos.

—Ah, no. —Lo retuve con firmeza por el brazo—, me da igual que llegues tarde a tu cita; sin mí aún estarías por ahí dando vueltas, termina con lo que me estabas contando.

Pensé que se negaría, pero sonrió, parecía estar disfrutando.

—Bah, está bien, rellenemos juntos los puntos suspensivos puesto que te empeñas, no me llevará más de un par de minutos. Tú sabes que Nancy dedicó a Palewski su anterior libro *A la caza del amor*, ¿no es así? Bien, pues al traducirse al francés, saltaron las alarmas. *Le Canard Enchaîné*, un periódico satírico, muy crítico con Palewski, a quien considera un pequeño dictador, no tardó ni un minuto en hacerse eco de la cariñosa dedicatoria de Nancy, y al circunspecto general De Gaulle no le gustó nada esta amistad tan inconveniente de su hombre de confianza. ¿Qué es eso de tener por amante a alguien como Nancy, con dos hermanas como Diana y Unity; una encarcelada durante más de tres años por fascista y otra que se

descerrajó un tiro por Hitler? Eso por no hablar de una tercera —léase, Decca— que es comunista perdida. «¿Es que usted, amigo Palewski, no tiene cabeza ni decoro?», eso dicen que le dijo, antes de añadir que a madame De Gaulle no le gustan las divorciadas, las protestantes y menos aún las mujeres casadas que deshonran a sus maridos. ¿Se entera usted, *mon cher Palewski*? —Peter Rodd había escenificado estos últimos párrafos de su discurso imitando la forma grandilocuente de hablar de De Gaulle, punteando cada frase con repetidos golpecitos en mi hombro, como si quisiera que sus palabras se me tatuasen en la piel—. Y ahora sí que me voy, querida cuñada. Solo decirte una cosa más. No es que tu hermana tenga mala suerte con los hombres, es que juega *fatal* sus cartas.

Y allá que se fue aquel perdedor irredento, que había malgastado más que nadie los naipes que le barajó la vida. Justo en el momento que estaba a punto de desaparecer tras las puertas giratorias del hotel Stanley, se volvió para decir:

—A ver qué cara se le queda a Nancy cuando su adorado Palewski se case con otra. Me han contado que hay por ahí, entre todas las que mariposean a su alrededor, una tal Hélène Violette de Talleyrand, duquesa de Sagan. Bonita retahíla de nombres, ¿verdad? Perfectos para un cursi empedernido como él, ¿no crees? Está casada y no quiere divorciarse de momento. Pero démosle tiempo al tiempo.

—¿Y la tan católica señora De Gaulle qué dirá llegado el caso? —aventuré.

—Querida, ante un apellido como Talleyrand hasta la puritana madame De Gaulle hará la vista gorda. *C'est ça la France!*

# 52

## UNA DÉCADA MÁS

Los años cincuenta traerían nuevos giros en la vida de mis hermanas que relataré someramente, porque por una vez quiero hablar de mí. Por fin, mi vida dio un vuelco. Uno que yo jamás, ni en mis sueños más locos, pensé que... Pero no. Primero les hablaré de ellas, empezando por Decca, por ejemplo, que finalmente consiguió ingresar en el clandestino Partido Comunista de los Estados Unidos. Y no solo eso, la eligieron miembro de CRC, una entidad dedicada a luchar por los derechos civiles, que ponía especial énfasis en ayudar a comunistas y personas de color. Un empleo de riesgo porque, por aquellas mismas fechas, el senador Joseph McCarthy puso en marcha una serie de investigaciones a través del Comité de Actividades Antiamericanas del Senado. La HUAC según sus siglas en inglés, tenía como función identificar y perseguir a personas sospechosas de ser comunistas. Comenzó así la llamada Caza de Brujas, cuyas víctimas serían no solo artistas e intelectuales como Orson Welles, Dashiell Hammett, Leonard Bernstein o Charles Chaplin. También miles de profesores, funcionarios y obreros que, tras su detención y juicio, convertidos en enemigos del pueblo, perdían sus trabajos y pensiones.

Decca siempre supo navegar en aguas turbulentas. No solo luchaba junto a su marido Bob por salvaguardar los derechos de aquellos desdichados. También se atrevía a arriesgar su propia

libertad por defender sus ideales, como cuando decidió hacerle una jugarreta con el sello Mitford a un famoso racista y clasista fiscal llamado Coakley. Coakley había puesto en su punto de mira a un joven negro huérfano de quince años, acusado de hurto, para el que pedía pena de muerte. Bob Treuhaft, abogado del muchacho, logró que se anulara la sentencia. Pero el fiscal, blandiendo el argumento de un complot comunista, hizo que el muchacho acabase condenado a quince años en Sing Sing. Bob estaba desolado, se había dejado la piel y no poco dinero de su bolsillo para obtener pruebas, alegatos y testimonios que exculpaban al acusado. Decca estaba furiosa, ¿cómo era posible semejante injusticia y atropello? De pronto y por pura casualidad, se le presentó la ocasión de administrarle a Coakley una cucharada de su propia medicina.

Resultó que una pareja afroamericana con una desahogada situación económica vino a solicitar los servicios de Bob. Quería comprar una casa en un barrio elegante de Oakland, pero el dueño se negaba a vendérsela con distintas excusas. Obviamente la razón era el color de su piel, pero había que probarlo. Decca, con la ayuda de uno de los ayudantes de Bob, decidió fingir que estaban interesados en comprar la casa. Se presentaron ante el vendedor, él como un joven adinerado, y ella como su tía inglesa, de visita en la ciudad, que lo acompañaba a ver la casa. Los dueños de la vivienda se mostraron encantados. ¡Qué señora tan distinguida, con ese acento tan *british!*, ¿y el sobrino? Elegantísimo también. «Les va a encantar este barrio —les aseguró la dueña ante una taza de té—. Es tranquilo y muy señorial. Para que se hagan una idea, confidencialmente les contaré que nuestro vecino de la izquierda es el famoso fiscal Coakley. ¡Con eso les digo todo!». «*Oh, yes*? —cloqueó elegantemente Decca—. *Really*? En ese caso, nos la quedamos».

Cerraron el trato, y, pocos días después, el fiscal Coakley descubriría que los verdaderos compradores de la casa de sus vecinos no era después de todo la elegante pareja que hizo la visita y cerró el trato, sino un matrimonio de afroamericanos, clientes del bufete de abogados de Bob. Al fiscal casi le da una apoplejía, pero ya era tarde. Meses después vendió su casa. Bastante más barata de lo que él hubiera deseado.

Decca y Bob formaban una pareja feliz. Tanto en lo personal como en lo profesional, pero, con el macartismo en pleno auge, bordeaban permanentemente el peligro. En una ocasión, a Decca se le ocurrió viajar al sur profundo, en concreto a los alrededores del Misisipi, para recabar firmas puerta a puerta en favor de otro hombre de color, Willie MacGee, condenado a la silla eléctrica supuestamente por violar a una mujer blanca, aunque las pruebas apuntaban a que era inocente. Al principio, todos se mostraban amables: «Sí, es una gran injusticia», «Sí, conocemos al muchacho, seguro que se trata de un error», «Sí, claro, por supuesto, amamos a nuestros negritos, pero...». Pero llegado el momento de dar sus nombres y firmar, todos se echaban atrás. «Tengo que pensar en mi marido, podría perder su empleo», «¿Qué quiere usted, que arruine la carrera de mi hijo?». Decca encontró incluso una reacción similar en William Faulkner. El Premio Nobel de Literatura, que se decía progresista, en especial con respecto a la igualdad racial, le aseguró a Decca que le parecía muy bien el manifiesto, pero se negó a firmar, a menos que añadiera una coletilla que prácticamente condenaba al muchacho.

Este tipo de actividades por parte de mi hermana y de Bob no podían pasar inadvertidas para los agentes del macartismo. En 1951 Bob se vio obligado a esconderse para no ser apresado, mientras que a Decca la llamaron a declarar ante el Comité de Actividades Antiamericanas del Senado.

Ella se presentó de la mano de Dinky, que tenía entonces diez años, porque consideró que era importante que la niña viviera ese momento. Decca nunca nos contó cómo salió indemne de aquel trance, que costó la cárcel y el ostracismo a tantas personas inocentes. Solo dijo que se había acogido a la quinta enmienda, esa que permite no declarar para no ser incriminada. Seguro que así lo hizo, pero apuesto a que habrá añadido más ingredientes a su puesta en escena y algún que otro truco Mitford de esos en los que era experta. Me la imagino vestida lo más parecida posible a la princesa Isabel o a su hermana Margaret, sombrero *british*, guantes blancos y acento británico con gargarismos. «¿Cómo dice, *señoríah*? ¿*Yo* repartir panfletos *puertah* a *puertah*? Oh *nou, nou, nou*. Me acojo a la quinta *enmiendah*...».

***

1950 fue también el año en el que Debo, al fallecer su suegro Edward, vio cumplido su sueño de infancia de convertirse en duquesa. Es un poco injusto mi comentario, porque, si bien ese era su sueño, la vida de Deborah no fue exactamente un cuento de hadas. Para empezar, por aquellos años ya había tenido que enterrar a dos hijos y, más adelante, como ya he contado, le tocaría ver morir a uno más. Tampoco fueron fáciles sus comienzos como duquesa. Su suegro murió a los cincuenta y cinco años y en extrañas circunstancias. Presuntamente, de un ataque al corazón, pero, más adelante, cuando su médico personal, John Bodkin Adams, fue acusado de crímenes en serie, se descubrió que fue un asesinato. Nada menos que ciento sesenta y tres personas encontraron la muerte a manos de este individuo, que se las arreglaba para que sus pacientes le dejaran un pequeño (o no tan pequeño) legado en sus testamentos.

Aquella no fue la única circunstancia adversa del caso. Después de que Billy, su hijo mayor, muriera en la guerra, el suegro de Deborah había puesto en marcha una pequeña argucia legal que permitiera que, tras su muerte, la familia pagase menos impuestos. Para que esto ocurriera debían transcurrir cinco años desde la firma del documento hasta su muerte. Pero el destino (o el doctor Adams) decidieron llevárselo de este mundo justo un par de semanas antes de la fecha marcada y su sucesor, es decir, el marido de Deborah, se encontró con que debía pagar nada menos que el setenta por ciento del total de la herencia en concepto de derechos de sucesión. Para hacer frente a semejante deuda, no quedaba más remedio que deshacerse de propiedades, tierras, cuadros, sociedades, acciones. ¿Pero cuáles vender y cuáles conservar? Eran dueños de cinco palacios y dos enormes castillos. Unos tendrían que sacrificarse para mantener al resto, pero había que ser muy cauto, una equivocación y todo el patrimonio se ponía en jaque.

Deborah fue fundamental a la hora de decidir. Ella y Andrew pensaron que la joya de los Devonshire, el gran palacio de Chatsworth, el llamado Versalles inglés (de hecho, tiene más habitaciones que aquel), debía conservarse fuese como fuese. Pero la familia no lo había habitado desde los años treinta. Durante lustros, estuvo alquilado a un colegio de niñas y luego, durante la guerra, Chatsworth se convirtió en refugio de desplazados. Cuando Andrew y ella fueron a visitarlo tras la muerte de su suegro, Debo a duras penas pudo disimular su desmayo. Harían falta millones. Cuadros ennegrecidos colgaban como espectros de muros medio devorados por el hollín y la humedad. Los muebles se encontraban o bien rotos y desvencijados o arrumbados de cualquier manera en sótanos en los que reinaban las ratas. La obra iba a ser faraónica. Había que instalar como mínimo, diecisiete cuartos de baño,

calefacción central y, por supuesto, rehacer por completo el sistema eléctrico, que amenazaba con producir un cortocircuito que redujera a cenizas las trescientas habitaciones de Chatsworth. Eso por no hablar de la decoración, del acondicionamiento de los dormitorios o del cuidado del parque, con sus casi treinta y cinco mil acres.

Otra decisión que tomaron fue conservar también el castillo de Lismore, en Irlanda, una construcción singular que se remontaba a los tiempos de Ricardo Corazón de León. Las tres propiedades restantes, así como cincuenta y cuatro mil acres de tierras, deberían venderse, y a esa tarea se entregó Debo: tenía entonces treinta años y la única economía doméstica que conocía era la que aprendió de Muv y Nanny. Ese era su bagaje. Ese, y su gran amor por Andrew. «Aprenderemos juntos», le dijo antes de añadir que lo fundamental era rodearse de gente que supiera más que ellos. Abogados, peritos, amigos de Farve dispuestos a aconsejar y a echar una mano, porque, como decía Nanny, que era muy refranera, preguntando se llega a Roma y quien a buen árbol se arrima, buena sombra lo cobija.

Llegaría un tiempo en el que Chatsworth, con sus Rembrandts, sus Rafaeles, sus Leonardos y sus deslumbrantes jardines con fuentes, esculturas y un laberinto, se convertiría en uno de los palacios más visitados de Europa. Pero hasta conseguirlo tuvieron que pasar muchos años de estrecheces y dificultades, sorteadas con tesón y mucha mano izquierda. La de mi hermana Deborah, a la que todos (incluido su marido) reconocieron como la artífice de tal milagro.

# 53

## DIANA EN SU TEMPLETE GRIEGO

Mientras Deborah se embarcaba en la cruzada por devolver a Chatsworth su viejo esplendor, Diana se convertiría en nómada. Después de su salida de la cárcel en noviembre del año cuarenta y tres, Mosley y ella se habían visto obligados a cambiar cuatro veces de domicilio. Primero fue aquel pub en ruinas del que les hablé, después esa granja apartada que Alex y Max recordarían siempre con cariño por haber aprendido allí todas las palabrotas imaginables; más adelante, alquilaron una propiedad cerca de donde vivíamos Derek y yo. Pero tampoco allí fueron bienvenidos. La guerra había dejado demasiados cadáveres y heridas abiertas como para olvidar las simpatías por Adolf Hitler de la pareja. Se mudaron a Irlanda, pero ocurrió lo mismo que en sus anteriores domicilios. Entonces (por suerte para ellos, el dinero nunca fue un problema) optaron por pasar una temporada viviendo en un yate. Durante meses recorrieron el Mediterráneo intentando pasar lo más inadvertidos posible, porque, una vez que el mundo supo de las atrocidades cometidas por los nazis en los campos de concentración, la pareja quedó señalada como cómplice de aquel horror.

Oswald Mosley, que jamás abjuró de su fe fascista, siguió intentando hacer valer sus ideas políticas, solo que ahora redefinidas en lo que él llamaba un muy necesario paneuropeísmo. Recorrió el continente tratando de convencer de que era necesario crear la

Europa de Naciones. Un organismo transnacional que aglutinara la Europa *blanca*. Es decir, países del norte y del centro, nada de italianos ni de españoles, gente, según él, «poco de fiar». La iniciativa fracasó y le costó su buen dinero, pero no se dio por vencido. Su segunda tentativa de recuperar influencia fue escribir un libro explicando su proyecto. Como ninguna editorial se interesó por su manuscrito (una vez más, poderoso caballero es don dinero), decidió fundar, junto con Diana, Euphorion Books, una editorial destinada a aportar al mundo de la cultura lo que ellos llamaban «una voz erudita y cabal».

Por aquel entonces, se instalaron una temporada en París. A Nancy no le hizo demasiada gracia la llegada de Diana. Una cosa era charlar con su siempre ingeniosa hermana por teléfono con el Canal de la Mancha de por medio, y otra muy distinta tenerla cerca, y más aún con el Ogro, que es como ella llamaba a Mosley. ¿Qué se les había perdido en París? ¿Cómo que ahora se interesaban por la literatura? A Diana no se le estaría ocurriendo escribir un libro, ¿verdad? La literatura era *su* territorio.

Diana no pensaba hacerle la competencia. Al menos, de momento. Se contentaba con hacer de editora y reseñar libros para *The European*, una publicación independiente a la que no asustaba tener como colaboradora a alguien tan controvertido como ella. Pero había otro aspecto de la llegada de su hermana que irritaba a Nancy. Y no por miedo a que Palewski, al conocerla, la encontrara *too too divine*, como solía ocurrir siempre en el caso de Diana. El problema fue el templete. Porque, vamos a ver, se decía Nancy, ¿qué excentricidad era esa de que los Mosley se compraran un templo griego en París?

Dicho así sonaba hasta cómico, pero Oswald y ella se habían enamorado de un «Templo de la Gloria», construido en 1801, en plena era napoleónica. Su aspecto era imponente, pero de

engañosas proporciones, porque había sido concebido como pabellón para fiestas y grandes eventos, por lo que tenía un vistoso y enorme cuerpo central flanqueado de columnas, pero contaba solo con dos diminutos e incómodos dormitorios. «Todo por el *show*», fue la opinión de Nancy al verlo, mientras que Wallis Simpson —convertida ahora en duquesa de Windsor y otra de las ilustres expatriadas que, junto a su marido el exrey Eduardo VIII, reinaba en París— comentó una tarde que Diana la invitó a tomar el té: «Querida, sin duda es grandioso, muy chic, pero dime, ¿dónde dormís Oswald y tú?».

Euphorion Books comenzó a funcionar a principios de los años cincuenta, pero no con el éxito que esperaban sus dueños. De hecho, su único *best seller* y el que salvó a Euphorion de la bancarrota fueron las memorias de Hans-Ulrich Rudel, piloto de la Luftwaffe. Tras la derrota del Tercer Reich, Rudel huyó a Sudamérica, donde se convertiría en traficante de armas al servicio de todos los dictadores del continente durante años, desde Stroessner hasta Pinochet, bien entrada ya la década de los setenta. Aquel angelito fue, por cierto, quien ayudó a escapar a multitud de nazis, incluido el doctor Josef Mengele, tristemente famoso por los experimentos médicos a los que sometía a judíos y gitanos en el campo de concentración de Auschwitz-Birkenau. Las llamadas *ratlines* o rutas de ratas, conjunto de redes clandestinas que se dedicaban a facilitar el traslado de nazis a Sudamérica, no tenían secretos para Rudel. Gracias a este individuo, Oswald Mosley entró en contacto con Juan Domingo Perón, con quien acarició la idea de unir ambos continentes en un organismo transatlántico de paz y amistad...

# 54

## MI MUNDO SE TAMBALEA

Y ahora toca hablarles de mí. Hasta este momento me he mantenido en la sombra dando prioridad a la vida de mis hermanas. Pero esta biografía no sería honesta si no les contara el terremoto que sacudió mi vida a principios de los cincuenta. Como creo haberles dejado entrever a lo largo de estas memorias, Derek y yo teníamos un matrimonio agradable, de esos que la gente observa con indulgencia (y algunos con un punto de envidia), creyéndolo sin altibajos y de gustos y aficiones compartidas. Entre nosotros la llama hacía años que se había extinguido y, tal como descubrió Nanny con fruncido ceño cuando vivió con nosotros durante la guerra, nunca compartimos cama. Pero aquello no tenía nada de particular. Mantener habitaciones separadas se consideraba entonces no solo elegante, sino sumamente civilizado. Porque pongámonos en la realidad: ¿quién quiere, una vez pasado el tiempo de los grandes arrebatos amorosos compartir ronquidos, estornudos y ser testigo (y sufridor) de repetidas y ruidosas excursiones nocturnas al cuarto de baño? Cada uno en su cuarto, y juntarse solo si el deseo llama, resulta más agradable. Derek y yo franqueábamos poco y nada la puerta que comunicaba nuestros respectivos dormitorios, pero así éramos felices. Donde hubo amor quedaba ternura, y esta es muchas veces más sólida que las grandes pasiones.

Al terminar la guerra compramos el castillo de Tullamaine, en Irlanda, una bella propiedad que nos permitió volcarnos en una de nuestras actividades favoritas: la cría y adiestramiento de caballos. Tan lejos estábamos de Londres que a Derek, cada vez que tenía que visitar la capital por su trabajo como científico, no le quedaba más remedio que quedarse toda una semana. No me pregunten en qué consistía su actividad profesional porque nunca lo supe. Uno no le pregunta a un físico condecorado por sus servicios a la patria en tiempos de guerra cuál es su cometido. Los ingleses sentimos gran respeto por nuestros servicios secretos, y eso pasa por no pedir explicaciones. Lo único que sé es que, una vez acabada la contienda, los viajes de Derek se hicieron todavía más frecuentes. «... Compréndelo, cielo, la paz es tanto o aún más delicada que la guerra, y es de necios bajar la guardia. ¿Quieres que me pase por Fortnum & Mason y te traiga tus galletas de jengibre favoritas? ¿Algo más que necesites? ¿Unos jabones de Floris, quizá?». Y con esto y un beso volandero desaparecía dejándome diez o doce días sola en aquella enorme propiedad.

No me importó. ¿Por qué habría de importarme? Tenía todo lo que podía desear en mi paraíso. Y si necesitaba ver a alguien, iba a pasar unos días con mi familia. Visitaba a Nancy y a Diana en París, por ejemplo, o subía hasta Escocia para hacerle compañía a Muv en la isla de Inch Kenneth (tras la muerte de Unity, le gustaba pasar allí largas temporadas hasta bien entrado el invierno). En otras ocasiones quedaba con Deborah para ayudarla en su tarea de reconstruir las propiedades de su familia política. Vi mucho a Debo por aquel entonces. Lismore, el castillo de los Devonshire en el que había vivido Ricardo Corazón de León, estaba relativamente cerca de Tullamaine.

Pero lo que más me gustaba de todo era quedarme en casa con mis perros y mis caballos. También con Giuditta. Ni siquiera sé cómo Giuditta Tommasi trastornó mi vida. Como un bebedizo, una pócima, se infiltró en mis venas, en mis entendederas. Imposible explicar esta sensación mejor que lo hizo Shakespeare en su obra *Noche de Reyes*. Cuántas veces desde entonces habré repetido esta famosa frase suya: «El amor entra en nosotros sin que nos demos cuenta —dice él—, lo hace como la nieve en los Alpes que se posa suave en las montañas y no se nota hasta que se derrite convertida en torrente». Giuditta, además —y como si quisiera hacer aún más cierta la frase de Shakespeare—, era hija de los Alpes, de Zúrich para ser exactos, de donde llegó para inundar mi existencia. Pero como buen torrente, al principio, es decir, cuando nos conocimos, no era más que nieve suave.

Sería más o menos a comienzos del año 1950, calculo yo, cuando la vi por vez primera. Venía rodeada de leyenda. Era una de las amazonas más reconocidas de su país. «Un espíritu libre», como a ella le gustaba definirse; también solía decir que iba allí a donde el viento la llevaba sin preguntarse cómo ni por qué. Su presencia en los alrededores de Tullamaine causó no poco revuelo. Así como en Inglaterra durante la guerra no era infrecuente el caso de europeos que, huyendo de los nazis, se instalaron en nuestro país, en Irlanda ver a extranjeros era inusual. Más aún si se trataba de una mujer joven, guapa, rica y, sobre todo, sola.

—¿Se puede saber qué hace esta aquí? —se preguntaban los vecinos con sospecha—. La guerra ha terminado. ¿Por qué no regresa a su país? Al fin y al cabo, Suiza se mantuvo neutral durante toda la contienda, ni falta que hace que esté aquí en Tullamaine. Es todo muy raro.

—Sé de buena tinta —comentó el señor O'Malley que, como responsable de la estafeta de correos, se preciaba de saberlo todo de todos— que en Zúrich es famosa por haber posado desnuda para *La mujer que camina*, la descomunal estatua de bronce que preside una céntrica plaza de esa ciudad.

—Uy, qué poco me sorprende —censuró la señorita Tilly, que, por ser la maestra del lugar, se consideraba guardiana de la decencia de los jóvenes (y de los no tan jóvenes)—. Siempre va por ahí despechugada y enseñando carne. Con lo rubia y altísima que es, solo le falta el arco y las flechas para ser Hipólita, la reina de las amazonas. ¿Habéis visto sus brazos? Acero puro. ¿Y las piernas...?

—Esas resultan más difíciles de ver —intervino el señor O'Higgins, dueño del colmado—. No se quita los pantalones de montar ni para dormir. ¿Qué me decís de su voz? Peor que la de un pregonero. ¿Dónde se ha visto que una mujer vaya por la calle cantando? En alemán, encima.

—Un horror —retomó la señorita Tilly—. Lo que no me explico es cómo se ha hecho tan amiga de Derek Jackson y de su mujer. ¡Estos ricos siempre extravagantes con las amistades que eligen! Claro que no sé por qué me sorprendo tanto, la señora Jackson es una Mitford, ¿no? Con eso está dicho todo, me parece a mí...

***

No fui yo, sino Derek, quien primero hizo amistad con Giuditta. Coincidieron en no sé qué concurso hípico en el que los dos participaban y la invitó a pasar con nosotros un par de días en Tullamaine. Aquellos dos días se convirtieron en una semana, la semana en quincena y la quincena en un mes. Por esas mismas fechas, comenzó aquel período en el que Derek viajaba a Inglaterra con tanta frecuencia.

—¿Otra vez a Londres, D.? —Yo siempre lo llamaba así, por su inicial. Una complicidad amorosa de nuestros primeros años de matrimonio, convertida ahora en afable costumbre—. ¿Cuándo volverás?

Él posó su índice sobre mis labios (también aquel gesto era reliquia de pretéritas ternuras) al contestar:

—Mucho antes de lo que piensas, ya lo verás.

Pero tardó en volver. Cada tres o cuatro días llamaba alargando su ausencia.

Al principio, se me hacía rara la idea de quedarme mano a mano con Giuditta. Siempre he sido una persona solitaria y la presencia ajena me perturba, todo el tiempo me devano los sesos pensando qué hacer para que los invitados se sientan bien, para que se diviertan, para que no me encuentren aburrida. Pero con Giuditta esa sensación me duró un suspiro. Ni siquiera necesitábamos hablar demasiado. Estaba siempre de buen humor, todo le parecía bien, incluso se reía con mis escasas ocurrencias, una sensación desconocida para mí. «Woman —me había dicho más de una vez Nancy, con su habitual amor de hermana—, tienes muchas virtudes, pero eres más aburrida que chupar un clavo». Giuditta no parecía ser de su opinión.

Pronto creamos una compartida rutina. Cada mañana, hacia las siete y media, venía a buscarme a mi habitación, desayunábamos juntas y luego, vestidas ya de amazonas, nos dirigíamos a las cuadras. Giuditta ensillaba a Schnapps, su caballo favorito; yo a Bobby, el mío, y nos regalábamos un largo paseo hasta el lago antes de dirigirnos al campo de saltos que Derek había hecho construir para entrenarse. Mi pierna izquierda, más de media pulgada más corta que la otra por la polio sufrida de niña, me había impedido convertirme en la saltadora que me hubiera gustado ser, pero

siempre he disfrutado viendo saltar a otros. Más aún a alguien que lo hacía con tanta belleza como Giuditta. Ella y Schnapps parecían uno, era tal su simbiosis que, de existir una raza de centauros, mi nueva amiga pertenecería a ella. Empecé a sacarle fotos. Hasta entonces no me había interesado demasiado la fotografía, pero Giuditta tenía una Rollei profesional y enseguida me aficioné. Incluso acondicionamos una de las habitaciones del fondo como cuarto oscuro y ahí revelábamos nuestras fotos. Giuditta me enseñó varios trucos de revelado, cómo hacerlas más claras, más oscuras, dar más relieve al fondo, resaltar un objeto. Pasábamos allí horas, y descubrí que no se me daba nada mal.

***

Giuditta me lo había dicho mil veces: «El líquido de revelado es muy corrosivo, no te despistes ni hagas movimientos bruscos». Pero aquella tarde, tan entusiasmada estaba de ver cómo iban apareciendo en mi cubeta unas fotos que le había hecho a ella junto a Joy, mi perrita teckel, que incliné sin querer el recipiente y una gota de revelador saltó salpicando la parte interior de mi antebrazo. Mil veces me lo había dicho también Giuditta: «No basta con usar guantes, lleva siempre manga larga» y, tonta de mí, me había remangado más de lo prudente. Sentí un dolor finísimo, algo así como el picotazo de una avispa. La gota era mínima, pero quemaba como fuego.

—¡No la toques! —dijo ella al tiempo que procedía a envolver mi brazo en una toalla húmeda que de inmediato me alivió.

Permanecimos así unos segundos y la sensación de dolor se fue apagando. Pero Giuditta hizo algo inesperado. A la luz de la única y roja bombilla que alumbraba pude ver cómo desnudaba mi brazo y, luego muy despacio, tanto que a mí me pareció a cámara lenta,

acercó sus labios a la zona quemada. «Va a besarla», me sorprendí, e intenté echarme atrás, pero ella, sin soltar mi muñeca, comenzó a pasear su lengua deliciosamente húmeda y tibia sobre la quemadura, dolor y placer al tiempo, tormento y éxtasis. Dios mío, me alarmé, ¿qué me estaba pasando? Prisionera como estaba, comencé a sentir otra sensación que revoloteaba, no en mi brazo herido, sino bastante más abajo. ¿Qué era aquel culebreo desconocido que comenzó en el estómago y viajó al pubis hasta colarse entre mis piernas, penetrándome? Ordené a mis piernas que me alejaran de allí, que salieran corriendo, que me salvaran, y no se movieron. Tampoco mi brazo herido quiso obedecer. Continuó cautivo entre los labios y la lengua de Giuditta que, más húmeda que nunca, emprendió camino hacia mi hombro, mi cuello trepando más y más hasta entrar en mi boca.

Bendita oscuridad que todo lo redime. Fue a la casi inexistente luz de aquella bombilla roja que penduleaba del techo que pude observar cómo mis dedos, tan desobedientes como el resto de mi cuerpo, se colaban entonces entre los botones de la camisa de Giuditta mientras mis labios devolvían sus besos con ansia, con desesperación, con algo muy parecido al hambre.

—Vamos, amor —sonrió, tomándome de la mano como una niña extraviada en aquel bosque rojo del que colgaban fotos recién reveladas de Giuditta sola, de Giuditta con Joy, de las dos juntas, ella sonriendo, yo mirándola con una expresión que ahora cobraba nuevo sentido—. Ven. No queremos más accidentes con ácidos ni con cubetas, ¿verdad, mi bien? Estaremos mejor en tu habitación.

Al salir de nuestro bosque rojo me cegó la claridad que reinaba fuera de allí. El sol que entraba a raudales por una de las ventanas del pasillo me deslumbró, ya para siempre.

***

No sé si conocen esta sensación: la vida es como un puzle y el paisaje que ocultan sus fragmentos no cobra vida hasta que alguien encaja una única pieza que da sentido a todo.

A partir de aquel momento comprendí tantas cosas. Mi soledad, mi retraimiento, mis deseos de pasar inadvertida en una familia en la que todos, menos yo, eran soles que brillaban con luz propia. Con Giuditta a mi lado, en cambio, mi mundo alcanzó otra dimensión. Porque, además de alinearse las piezas de un puzle, se alinearon también todos mis astros protectores hasta configurar un círculo virtuoso. Sí, esa es la única manera que se me ocurre de describirlo, porque ¿cómo se explica si no lo ocurrido a continuación?

A la mañana siguiente de que Derek regresara de su larga estancia en Londres, y aprovechando que Giuditta había bajado al pueblo a echar una carta al correo, mi marido me abordó. «Tenemos que hablar», dijo, y su cara era tan seria que, como niña pillada en falta, enrojecí hasta las cejas. «Lo sabe —pensé—, lo ha leído en mis ojos. O si no, en esta sonrisa boba que no consigo borrar desde el mismo momento en que Giuditta comenzó a trazar deliciosas excursiones sobre mi piel. Qué ilusa. ¿Cómo pude creer que engañaría a Derek? Me conoce demasiado bien, y mentir requiere entrenamiento, destreza, aplomo».

Mi corazón galopaba tan loco que tardé en darme cuenta de que Derek estaba tan turbado como yo. ¿Le habrían descubierto una enfermedad? —me alarmé—. ¿Le iba mal en su trabajo? ¿Un imprevisto y severo revés económico, quizá?

Cuando me dijo que se había enamorado de otra mujer, casi se me escapa una carcajada. No me lo podía creer. Ni siquiera en las peores novelas ocurren tan oportunos golpes de suerte. Pero ya ven, al destino no le importa comportarse como un pésimo guionista de un serial romántico, y a veces nos hace estos regalos inesperados.

—Lo siento muchísimo, Pam, me duele tanto darte este disgusto, siempre has sido la mejor de las compañeras, la más entregada. La más fiel.

Con los besos de Giuditta aún tiernos sobre mi piel, me escoció aquel último adjetivo, pero intenté sonar convincente al decir que no se preocupara, que lo comprendía. Que en realidad nuestro matrimonio hacía años que no era más que una tibia costumbre y yo no iba a ser obstáculo para que encontrara...

—... el amor de tu vida, Derek. Ese que hace que el mundo gire alrededor de una única persona. Que tiembles solo de pensar en ella, que cuentes cada minuto cuando no está a tu lado, que...

Me mordí la lengua. Mejor no seguir por aquel camino. Lo que decía se parecía demasiado a mi propia felicidad. El amor es tan indiscreto que se escapa por todos los poros, el muy chivato. Debía ser más cauta y sin embargo tenía ganas de gritar y pregonarlo a los cuatro vientos.

No sé si Derek sospechó algo, pero desde luego se comportó como el caballero que era llegado el momento de pactar los términos económicos del divorcio. El dinero jamás fue problema para él, su familia lo tenía a espuertas. Me ofreció una pensión más que generosa, y, en cuanto a Tullamaine, decidimos que lo más razonable era vender. Derek deseaba instalarse en Londres cuanto antes con su nuevo amor, y la propiedad era demasiado grande para mí.

Cuando le conté a Giuditta lo sucedido, no podía creer nuestro golpe de suerte.

—Es espléndido, *mein Schatz*, pero... ¿estás segura de que quieres desprenderte de Tullamaine? —se preocupó a continuación —. Tú adoras esta casa, estos campos..

—Encontraremos otro lugar —argumenté—, tal vez incluso algo por aquí cerca. Cuando uno da con el paraíso, no es cuestión de abandonarlo.

Mi círculo virtuoso siguió protegiéndome, porque ni siquiera tuvimos que abandonar Tullamaine. Giuditta consiguió uno de esos acuerdos legales que solo se le ocurren a alguien como ella, nacida en el seno de una familia de banqueros suizos. Gracias a su idea, vendí la propiedad pero con la condición de poder permanecer en ella por un período de tiempo como inquilina. El dinero que recibí por la venta me permitía alquilar Tullimaine eternamente sin que mi economía se resintiese. Pero Giuditta tenía otros planes.

—Algún día viviremos juntas en Zúrich, ¿verdad, *mein Schatz*, me lo prometes? Los que hemos nacido al pie de los Alpes podemos volar, viajar, asentarnos en otra parte, pero tarde o temprano necesitamos volver a nuestras montañas.

Comprendí sus razones y estaba dispuesta a seguirla al fin del mundo, si era necesario, pero me preocupaba nuestra situación. La homosexualidad era entonces un delito penado con cárcel, como bien descubrió lustros atrás Oscar Wilde, que pasó de ser el hombre más admirado de Europa a cumplir dos años de trabajos forzados en la prisión de Reading. Las mujeres que nos amamos rara vez llegamos a ese escarnio; somos más discretas, y dos amigas que conviven no llaman tanto la atención, pero nuestro destino es igualmente injusto: el desdén, la incomprensión y el vivir aisladas y solas acunando nuestro secreto. Por suerte para Giuditta y para mí, estas y otras circunstancias se disimulaban aquí en Tullamaine, donde nos conocían. Todos sabían que mi marido me había abandonado por otra, y siendo así, ¿qué más natural que dos amigas amantes de la soledad convivieran y se procuraran compañía? En

cambio en Zúrich —argumenté—, al ser una ciudad, daríamos que hablar, yo no estaba preparada para eso. Al menos, de momento...

# 55

## VIENDO LA VIDA DESDE LEJOS

Durante diez años Tullamaine fue nuestro compartido paraíso al abrigo de miradas. Teníamos todo lo que podíamos desear. Bosques, praderas, un inmenso lago en el que nadar, la huerta, también la compañía de nuestros caballos y los animales que amábamos. Por supuesto, hubo habladurías al este del Edén. El señor O'Higgins, dueño del colmado del pueblo, y la señorita Tilly, por ejemplo, nos llamaban las Centauras, y arrugaban la nariz y carraspeaban al pronunciar aquel mote. Pero a mí, lejos de molestarme, me encantaba. Mi sueño de niña de convertirme en caballo, aquel que mi pierna una media pulgada más corta que otra me cicateó, por fin se había hecho realidad.

La década de los cincuenta trajo nuevos acontecimientos en la vida de mis hermanas, pero yo los viví desde lejos. Como la publicación, en 1954, de la obra por la que más se recuerda a Nancy. Una que abultaba apenas un par de folios y cuyo éxito no gustó precisamente a mi hermana. Porque ¿cómo podía si no tomarse la autora de espléndidas novelas, algunas reconocidas por la crítica como obras maestras, la idea de que se la recordase de ahí en adelante por un tonto artículo escrito en una revista? Sucedió que, en una de sus colaboraciones periódicas en *Encounter*, Nancy se hizo eco del estudio de un famoso lingüista sobre las particularidades del lenguaje de la clase alta. Uno en el que

consignaba qué palabras podían ser consideradas «*U*» (es decir, propias de la *upper class* o clase alta) y cuáles eran «*non-U*». De pronto, Gran Bretaña entera hablaba de qué expresiones le catalogaban a uno nada más abrir la boca. He aquí algunos ejemplos: decir «servicio» en vez de «cuarto de baño» se consideraba *non-U*. Lo mismo que llamar «bañador» al «traje de baño» o desearle a alguien que está comiendo «que aproveche». Por absurdo que pueda parecer, la gente se fascinó con aquello. Se debatía en BBC radio, se hablaba en los cafés, se discutía en los cenáculos. A Nancy, que acababa de publicar una monumental biografía de madame de Pompadour mientras continuaba luchando por conquistar el corazón de Gaston Palewski, no le gustó nada el revuelo. A Diana, en cambio, que ya planeaba convertirse ella misma en escritora en un día no muy lejano, le encantó. La rivalidad entre ambas iba en aumento y cada una me escribía a Tullamaine quejándose de la otra. «¿Cuándo vas a venir a París a meter algo de sensatez en la cabeza de Diana?» —reclamaba, por ejemplo, Nancy en una de sus cartas—. «París está precioso y hay una nueva exposición en el Trianón. Haz el favor de venir ¡ya!».

Pero yo, en aquel tiempo, era demasiado feliz en mi Arcadia como para viajar a París. Tampoco acepté la invitación de Deborah de pasar la Semana Santa con ella y Andrew y ver cómo progresaban las obras de rehabilitación de Chatsworth. Recuerdo, además, que por aquellas fechas andaba algo disgustada con Debo. Ella acababa de regresar de Estados Unidos de visitar a Decca, y me parecieron poco agradables sus comentarios sobre nuestra hermana.

—Oh, Woman, querida —había comenzado en el más puro (y deplorable) estilo *U class*—. Deberías haberla vistoooo. —Deborah pasó entonces a contarme que Decca no se parecía en nada a la de antes, que había perdido todo su color—. ¡Pero si hasta sus ojos son

distintos! ¿Y su forma de hablar? ¡Un horror! No solo su acento es atroz, sino que masca chicle a todas horas, suelta palabras que ruborizarían a un camionero y hace que sus hijos la llamen Decca en vez de mamá. Yo no sabía ni qué cara poner, te lo aseguro. Y luego, cuando descubrí que vivía en una casa en la que entraban y salían negros a todas horas, definitivamente me quedé sin habla.

—Por si no te has enterado —retruqué, molesta—, Decca lucha desde hace años por los derechos civiles de la gente de color, una injusticia flagrante en un país que presume de que todos sus ciudadanos son iguales ante la ley cuando no es cierto en absoluto. Incluso la han llamado a declarar ante el Comité de Actividades Antiamericanas, y casi acaba en la cárcel. A mí me parece encomiable lo que hace, y muy valiente también.

Pero Debo siguió en su línea. Insistió en que era *aterradoora* su forma de vestir con ropa chillona. «¡De nailon, además!», y que sus gafas, horribles a más no poder, tenían forma de mariposa a punto de levantar el vuelo.

La dejé por imposible. Deborah tenía a veces esos ramalazos clasistas que tanto gustaban a Farve y que yo deploraba. Ya se le pasaría. Decca y ella se adoraban y ningún océano Atlántico, por ancho que fuera (y tampoco ningunas gafas en forma de mariposa y demás bobadas), podría separarlas.

Poco después de aquella visita, ocurrió la tragedia. Un día de febrero de 1955, Nicky, el hijo mayor de Decca y Bob, salió, como tantas otras mañanas, a repartir periódicos. Decca había insistido en que el niño, que era muy retraído, tuviera un trabajo de fin de semana. «Vamos, Nicky, todos tus amigos hacen algo, nada de protestas. Además, así ganarás un dinero; es importante que aprendas a administrarte, te será muy útil más adelante».

Dos dólares con diez centavos quedarían tirados sobre el asfalto junto a su cabeza tras el impacto. El autobús que acabó con su vida lo lanzó contra un bordillo. Los que lo vieron cuentan que parecía dormido, en apariencia ni un rasguño. Tenía diez años.

Decca, luchadora siempre, estaba preparada para todo. Para que el macartismo acabara con la carrera de abogado de su marido; para la ruina económica; para entregar su vida por las causas que consideraba justas, incluso para que la metieran en la cárcel. Pero no para esto. No para ver a su hijo en la morgue cubierto con una sábana blanca; tampoco para sostener a Bob, que se negaba a separarse del cuerpo desnudo de Nicky. Menos aún para darles a Dinky y a Ben, sus hermanos, semejante noticia cuando ellos creían —como creemos todos— que este tipo de horror solo les ocurre a otros.

***

Fiel a la vieja receta Mitford (hay cosas que no cambian aunque una emigre y empiece una nueva vida a miles de millas de los suyos), Decca apretó los dientes y se tragó su dolor. Tras la muerte del niño, convenció a su marido de hacer un viaje por Europa y, por primera vez en dieciséis años, regresó a Inglaterra. Para entonces —hablamos ahora de 1956—, Farve estaba muy enfermo, y Muv intentó que mi padre y mi hermana se reconciliaran. Pero los dos se parecían demasiado. Decca puso como condición que Farve no le chillara ni le hiciera reproches. Farve echó unos cuantos espumarajos por la boca y dijo que haría lo que le diera la gana, por lo que el reencuentro no se produjo. Después de visitar Inglaterra, Bob y ella volaron a Hungría, de donde él era oriundo. Tenían mucha ilusión por conocer un país que se regía por los valores comunistas por los que ellos luchaban desde hacía años. Pero su visita coincidió

con la invasión soviética de Budapest, lo que les hizo descubrir que, en la práctica, aquel régimen tenía más de bello sueño que de progreso, más de tiranía que de libertad. Al volver a los Estados Unidos, rompieron sus carnés de miembros del Partido Comunista, pero continuaron luchando por las causas que creían justas. Desde una trinchera diferente, pero con la misma convicción. Eran los comienzos de Martin Luther King, un faro en medio de la noche oscura de los derechos civiles, y Decca y Bob colaboraron con él.

***

De Deborah, que mantenía prácticamente intacta una belleza clásica y aristocrática, les contaré que sus biógrafos más cotillas y las gacetillas de aquel tiempo destacaban dos particularidades que tuvieron lugar en los años en los que las Mitford ya no daban tanto que hablar en la prensa. Por un lado, la habilidad que demostró a la hora de rescatar de la ruina a Chatsworth, y también a Lismore, el otro castillo que los Devonshire tenían en Irlanda, convirtiendo ambas propiedades en enclaves muy visitados. El segundo punto fue su amistad *sotto voce* con John Fitzgerald Kennedy.

En 1960, al ser elegido presidente de los Estados Unidos, Debo, siempre educada y detallista, le envió unas líneas de felicitación. Al fin y al cabo, Kick Kennedy no solo había sido su cuñada, sino también una gran amiga. JFK respondió invitándola junto a Andrew a su toma de posesión. A partir de ese momento, Kennedy comenzó a llamar a Debo con frecuencia desde el otro lado del océano. A veces, a horas intempestivas, como cuando telefoneó en la madrugada de un 4 de julio, Día de la Independencia, solo para preguntar (sic): «¿Tienes a tus seres amados contigo, Debo?». Pocos meses después, Andrew y ella regresaron a Washington para inaugurar una exposición de dibujos de grandes maestros, propiedad

de la familia Devonshire, que tuvo lugar en la National Gallery of Art. El presidente acortó su asistencia a una reunión internacional para acudir a la inauguración y, cuando Andrew ya se había vuelto a Inglaterra, invitó a Debo a darse un chapuzón en la piscina de la Casa Blanca. Esta había sido construida en 1933 para que Franklin Delano Roosevelt, que sufría de polio, pudiese nadar, y JFK la usaba a diario para hacer más llevaderos los dolores que le producía una grave lesión de espalda que padecía desde la guerra. ¿Hubo entre Deborah y Kennedy algo más que llamadas transatlánticas a las cuatro de la mañana y largos a crol en la piscina presidencial? Conociendo a Deborah, yo diría que no. Lo que sí se sabe seguro es que, en un viaje oficial a Gran Bretaña e Irlanda, el presidente pidió visitar la tumba de su hermana Kick, enterrada en Chatsworth, algo que provocó los cáusticos comentarios de Nancy en una carta a Decca:

> *Curioso esto de que al presi le diera por visitar la tumba de su hermana Kick. Curioso que ni él ni ninguno de su familia se hayan acordado de ella hasta este momento. Pero resulta una excelente excusa, en cualquier caso…*

***

Entre mis hermanas, más que aquel flirteo tan suculento, lo que realmente cayó como una bomba fue que, por aquellas mismas fechas, Decca publicara un libro autobiográfico titulado *Nobles y rebeldes*, en el que narraba las interioridades de nuestra infancia en Swinbrook, también su fuga a España con Romilly, siendo menor de edad, y todo lo vivido hasta la muerte de su primer marido a manos de los nazis. A nadie en la familia (y desde luego aquí me incluyo) le hizo ni pizca de gracia. Una cosa es escribir libros de ficción

inspirados, más o menos, en los tuyos, como había hecho Nancy, y otra muy distinta ventear trapos sucios de nuestros padres, y también nuestros. En una carta enviada al suplemento literario de *The Times*, Diana quiso dejar claro que: «El libro de mi hermana está escrito como una diversión y no con el fin de ser leal, verídico ni tampoco sensato».

Ahora que hablamos de Diana les contaré que nunca dejó del todo de dar que hablar. En especial, por su actitud con respecto a lo que ella llamaba «mis viejas lealtades». O, dicho de otro modo, jamás hizo acto de contrición de su simpatía por Hitler. Al contrario. Fiel a su consigna de «nunca te quejes, nunca des explicaciones», cuando, a finales de la década de los sesenta, la invitaron a participar en un programa radiofónico famoso por preguntar a sus entrevistados qué discos se llevarían a una isla desierta, asombró a su anfitrión al elegir dos piezas de Richard Wagner favoritas del Führer. También aprovechó para quitarle importancia al Holocausto con el argumento de que otros dictadores como Mao o Stalin habían matado a mucha más gente que él y que, pese a sus crímenes, la comunidad internacional y sus dignatarios continuaron alabándoles. A la pregunta de si se arrepentía de su amistad con Hitler, contestó: «Me gustaría, pero no puedo. Lo admiraba tanto. Era tan interesante, fascinante…».

Vuelvo por un momento a Decca para contarles que, después del exitazo de *Nobles y rebeldes*, escribió un segundo libro que tuvo aún más repercusión. Para exorcizar el dolor y los fantasmas que la rodearon tras la muerte de su hijo, publicó *Muerte a la americana*, un ensayo-denuncia sobre el obsceno negocio existente alrededor de las pompas fúnebres. En él destapaba, con cifras y ejemplos, el modo en que a las atribuladas familias se las incitaba a gastar lo que no tenían en féretros repujados y carísimos, coches fúnebres

descomunales y otros costosos dislates, como si el dolor se midiera por lo mucho que los familiares se ven obligados a desembolsar en momento tan triste. El libro, que revelaba un secreto a voces y tocaba un punto sensible en la sociedad norteamericana, vendió más de cien mil ejemplares en poco tiempo y encabezó el *ranking* de los más vendidos de *The New York Times* durante meses.

En cuanto a Deborah como escritora, debo decir que, a pesar de afirmar siempre que lo suyo no era la literatura y que «odiaba leer casi tanto como Farve», lo cierto es que también hizo sus pinitos en el mundo de la escritura estrenándose con *The Estate: A View from Chatsworth*, en el que daba su particular visión de cómo funciona una gran mansión inglesa, y que tan bien conocía como duquesa de Devonshire.

***

Les cuento todo esto para decir que no es extraño, por tanto, que el virus de la escritura que ya había atacado a cuatro hermanas, hiciera mella en la quinta, es decir, en mí. Tal como les adelanté al comienzo de esta larga confesión, yo, la hermana invisible, un buen día —y ya con sesenta y muchos años— decidí contar mi versión de nuestra historia. Lo hice sobre todo para complacer a Giuditta, que llevaba tiempo animándome a poner negro sobre blanco todo lo que sabía. Por aquel entonces, hablamos ahora de los años setenta, Giudi y yo ya habíamos abandonado Tullamaine para instalarnos en Suiza. Ella echaba de menos su Zúrich natal, y no pude negarme. Además, pensábamos que en una gran ciudad, más desprejuiciada en lo referente a parejas del mismo sexo, nuestra relación pasaría inadvertida. Lamentablemente, ocurrió lo contrario, y eso provocó que mis hermanas, tan rompedoras ellas, pero en el fondo convencionales, pusieran el grito en el cielo: «¿Se puede saber en

qué estás pensando, Woman? ¿No podías haberte quedado en tu querido Tullamaine dando que hablar solo a tus mascotas y a unos cuantos lugareños aburridos? ¿Es que no tienes decoro? Mira tú, la más pastueña y apacible de la familia con lo que nos ha salido. ¡A la vejez, viruelas!». Después de esta trifulca con Nancy (precisamente con ella, que siempre había hecho lo que le dio la real gana), tomé papel y pluma, y llena de rabia comencé a escribir. Para mi sorpresa, descubrí que una vez que me adentraba en el mágico mundo de la letra escrita, viejas y olvidadas escenas reaparecían como por ensalmo, casi como si las estuviera viviendo por primera vez. «¿Ves? ¿Qué te dije? —argumentó Giuditta—. Faltaba este ángulo en las vicisitudes de tu familia. Ningún retrato familiar está completo sin sus claroscuros, sus recovecos y sobre todo sin prestar especial atención a los pequeños secretos que lo explican todo. Y eso es lo que tú aportas a tan disparatada historia».

***

Durante meses mi relato fluyó imparable. Una anécdota me llevaba a otra y esa a otra y a otra más. Por supuesto, no les conté nada a mis hermanas. ¿Para qué? ¿Para que dijeran algo así como «Vaya por Dios, ¿de modo que tú también quieres ser escritora como nosotras?», «*Tu quoque, Woman, soror mea*», o alguna otra frase ingeniosa irónica similar? Ya se enterarían cuando terminase de dar forma a mis memorias. De momento, lo único que tengo que hacer es continuar; me falta muy poco para llegar al final.

# 56

## UN GIRO DRÁSTICO DE GUION

Pero Pamela Mitford, segunda hija de los barones de Redesdale, nunca acabó sus memorias. ¿Qué pasó? ¿Por qué las abandonó precisamente aquel año de 1972 dejándolas inconclusas? ¿Se arrepintió de su propósito? ¿Primó, una vez más, su deseo de anonimato por encima de su vocación de escritora? ¿O fue tal vez porque, por aquellas mismas fechas, Giuditta, la mujer a la que tanto amó y por la que desafió todos los convencionalismos y su propia forma de ser, la dejó por otra? ¿La herida fue tan profunda que le impidió seguir? Es lo más probable. Al fin y al cabo, el dolor y la pérdida requieren tiempo y maduración para convertirse en literatura; no se escribe bien en carne viva. Por eso cabe pensar que el empuje que el amor le dio, el desamor se lo quitó, y tal como había ocurrido en otros momentos dolorosos de su vida, se refugió en el silencio. Sí, tuvo que ser algo así, pero, como ella nunca lo dejó escrito, solo se puede lucubrar.

Y eso, amigo lector, es lo que llevo haciendo yo, Carmen Posadas, desde hace más de quinientas páginas como *ghostwriter* o *negra literaria* de Woman. Tal vez debería recurrir a otro término más polisémico que «lucubrar», porque estas memorias que aquí lees están confeccionadas con material contrastadamente real. La vida de Pamela Mitford está tan bien documentada (con cartas, diarios, fotos, etcétera) como la del resto de sus hermanas. Por eso ha sido

apasionante rellenar los puntos suspensivos y darle forma. Porque, como ella dijo en una ocasión, el puzle de una vida —o, en este caso, de seis vidas— no se entiende del todo hasta que se encajan cada una de las piezas que lo componen, y eso es lo que, modestamente, he intentado yo hacer a lo largo de estas páginas. Cotejar, ensamblar, iluminar y recoser pensando siempre en cómo lo habría contado ella. Y ahora que me he confesado contigo, amigo lector, con todos ustedes, déjenme que les cuente cómo decidí embarcarme en la personificación de Pamela Mitford. Y para hacerlo vayamos al origen de esta historia, uno que, como no podía ser menos, tuvo lugar en un remoto pueblito de la campiña inglesa.

# EPÍLOGO

## CINCO TUMBAS Y UN MONOLITO: POR FIN, YO, CARMEN POSADAS, ENCUENTRO A LAS MITFORD

Mi fascinación por las Mitford viene de antiguo. Las descubrí cuando, en mi viejo colegio de St Juliana's Convent, próximo a la ciudad de Oxford, y con catorce años, leí *A la caza del amor*, novela que está considerada la primera obra maestra de Nancy. La lectura perfecta para la adolescente que yo era entonces, porque se trata de una historia de iniciación amorosa que, para mi sorpresa, se desarrollaba a pocos kilómetros de mi colegio de monjas. Tan cerca, que todos los escenarios me resultaban reconocibles. Por supuesto, el paisaje, el clima y el ambiente. Pero también los personajes, las calles, plazas o edificios. Como, por ejemplo, los grandes almacenes Elliston's en los que Fanny, la protagonista de *A la caza del amor,* compró sus primeras medias de cristal, peregrinaje que de inmediato emprendí yo para hacerme con unas (negras y con costura, toda una transgresión).

Terminaron mis años de colegio y transcurrió el tiempo, pero nunca olvidé a Nancy ni a sus personajes. Tampoco al resto de sus hermanas, cuyos libros fui leyendo uno tras otro hasta conocer sus gustos, sus manías, sus muchas andanzas. Aun así, tuvieron que pasar años para entrar realmente en contacto con seis. Poco después de la pandemia (algunas cosas buenas nos dejó aquella

tragedia), decidí emprender una excursión «en busca del tiempo perdido», o mejor dicho, en busca de mi lejana infancia y adolescencia, y regresé al condado de Oxford a visitar mi colegio. Y ya que estaba tan cerca, quise ir a ver también a mis amigas literarias, las Mitford. Al fin y al cabo Swinbrook, su pueblo de la infancia, está a solo treinta minutos de St Juliana's Convent, y a más o menos la misma distancia de la ciudad de Oxford, por lo que alquilé un coche y, tratando de que mi dislexia no me jugara una mala pasada y me mantuviera en el lado correcto de la carretera conduciendo por la izquierda, llegué hasta allí. Lamentablemente, solo para descubrir que la casa, que yo imaginaba se habría convertido en algo así como un museo, era propiedad privada y con un dueño que no alentaba precisamente las visitas de fans. No me importó. Los muertos en ocasiones hablan más que los vivos, y allí justo detrás de la casa familiar, apenas a unos cuantos metros de distancia, estaba la iglesia del pueblo y, junto a ella, sus tumbas. ¿Qué secretos mensajes guardarían? Siempre me han encantado los cementerios, hablan hasta por los codos.

Como ocurre habitualmente en Inglaterra, alrededor de la iglesia de St Mary's, en Swinbrook, y en desconcertante desorden, emerge del césped una colección de lápidas mortuorias. Como soy fetichista metódica, antes de buscar a las Mitford, opté por empaparme un poco más del ambiente y echar un vistazo a aquel templo del siglo XII al que regularmente asistían los siete hermanos con sus padres, acompañados, como sabemos, de sus mascotas. Por fuera, St Mary´s tiene poco reseñable, salvo su antigüedad y su sólida construcción pétrea, pero la sorpresa está dentro. En uno de sus laterales y en la postura más incómoda que se puedan imaginar, seis caballeros renacentistas, pertenecientes, como los Mitford, a una arcaica familia normanda, y tan orgullosos de sus orígenes como

ellos, duermen el sueño eterno en una postura, tan imposible, que solo está al alcance de un contorsionista (adjunto foto para que puedan ver bien lo particulares que son sus sarcófagos).

No resulta difícil trazar un paralelismo entre estas seis efigies tan bellamente esculpidas, tan bien engalanadas, tan orgullosas de sus orígenes y tan disparatadas, y las seis hermanas Mitford, que, contorsionistas ellas también, lograrían en sus vidas un equilibrio tan inverosímil como el de estos guerreros. En su caso, ser fieles a las tradiciones mientras transgredían todas las reglas, y encarnar, a un mismo tiempo, convención y dislate, contención y elegante desparrame.

Después de sentarme un rato en uno de los bancos de la iglesia y fantasear con cuántas aventuras (preludio de las que les esperaban más adelante en la vida) habrían elaborado en sus cabezas las chicas Mitford, mientras sonreían a los guerreros en sus sarcófagos, coreaban himnos píos o se aburrían mortalmente con la prédica dominical, me decidí a visitarlas en el cementerio que rodea el templo y buscar sus tumbas. Bordeando el edificio y sin orden aparente, sobresalen entre la hierba lápidas de diferentes tamaños y formas. Las hay altas o achaparradas, gruesas o esbeltas, cuadradas y rectangulares, viejísimas o recientes, ostentosas o humildes, inquietantes todas. Me costó identificar a las de la familia, porque las inclemencias y el paso del tiempo se han ocupado de borrar buena parte de sus inscripciones. La primera que descubrí fue la que comparten Muv y Farve, reunidos en la muerte tras sus diferencias en vida. «David-Freeman Mitford, segundo barón de Redesdale», leí con dificultad en la parte superior de la lápida, mientras que de Muv solo se especifica que fue su mujer y que murió en 1963. Algo más allá, y frente a sus padres, se encuentra el memorial que recuerda a los muchachos de Swinbrook muertos en la Segunda Guerra

Mundial. En particular se menciona a Thomas Freeman Mitford, caído en Birmania al final de la guerra. En la base del monolito, junto al escudo de los Mitford, aún se lee: «Un muy perfecto hijo y hermano».

***

Continué mi búsqueda intentando descifrar otras inscripciones devoradas por musgos y líquenes hasta encontrar, en el lado opuesto del cementerio, una en la que se apreciaba a duras penas el siguiente texto:

Nancy Mitford
Escritora
Esposa de Peter Rodd
1904-1973

¿Nancy enterrada con su marido? Me asombré antes de caer en la cuenta de que eran los líquenes los que me confundían y no me dejaban descifrar las palabras «esposa de». Peter Rodd no descansa junto a Nancy. Se divorciaron en 1957, cuando llevaban cerca de veinte años separados. «¿Por qué tardaría ella tanto en disolver legalmente un matrimonio fallido desde sus comienzos?» —cavilé, antes de responderme que, dada la contradictoria personalidad de la mayor de las Mitford, rebelde y convencional a partes iguales, lo más probable era que hubiese llegado a la conclusión de que, para su vida al otro lado del Canal de la Mancha era preferible, y por supuesto mucho más *francés*, ser una mujer casada que tiene un amante antes que una divorciada en París. Además, Nancy siempre supo que las posibilidades de que el gran amor de su vida se casara con ella eran escasas, por no decir nulas. Gaston Palewski, mano

derecha del general De Gaulle, difícilmente se atrevería a desafiar a su muy católico jefe y casarse con una divorciada protestante como Nancy.

Después, y según recordé también, ocurrió todo lo demás. Y lo demás fue que, a sus sesenta y ocho años de impenitente soltería, Gaston tuvo un hijo secreto con otra mujer y se casó con ella. Hélène-Violette de Talleyrand tenía una vida conyugal tan poco sacrosanta como la de Nancy, pero varios datos la redimían (incluso a los puritanos ojos de De Gaulle): era católica, duquesa y riquísima por más señas.

Pese a todo, Gaston y Nancy nunca dejaron de verse. Más aún cuando se supo que ella había contraído la enfermedad de Hodgkin, un tipo de cáncer linfático que le producía dolores terribles que ningún calmante lograba paliar. Su vida se convirtió entonces en un peregrinaje de especialista en especialista en busca de un alivio que no logró.

A partir de ese momento, Gaston comenzó a visitarla aún con más frecuencia, algo que ella afirmaba era lo único que le hacía soportable la vida. En la mañana del 30 de junio de 1973, Gaston Palewski tuvo un mal presentimiento y condujo hasta Versalles para pasar el día con ella. La encontró semiinconsciente en la cama, pero al notar la mano de él sobre su espalda se volvió para sonreírle. *«Bonjour, mon colonel»* (ella siempre lo llamaba así). Fueron sus últimas palabras; murió horas después. Le faltaban un par de meses para cumplir los sesenta y nueve.

***

En mi visita al cementerio de Swinbrook, me sorprendió comprobar que en la parte superior de la lápida de Nancy hay esculpido un animal que yo tomé por un conejo, un gazapillo.

—No, es un topo —me aclaró un hombre de unos cuarenta y pocos años, vestido de *tweed* y con un Barbour elegantemente envejecido que dijo saberlo «todo» de las seis hermanas—. Nancy —añadió ilustrativo— decía que la cruz simboliza dolor y sufrimiento, y ya había tenido bastante de eso en sus últimos años de enfermedad. De ahí que dejara dispuesto que la enterraran bajo ese símbolo, uno que figura en el escudo de armas de la familia.

—Una decisión muy Mitford —sonreí yo.

—Más de lo que usted cree —replicó él—. Ella siempre supo carcajearse de todos y de todo. ¿Sabe cómo llaman a los topos en esta parte del país? Se les conoce como *cunts*[19] . Genio y figura hasta la sepultura, ¿no le parece?

***

Continuando con mi recorrido sepulcral, les contaré que, a la derecha de Nancy, descansa Unity. En su lápida sí figura esculpida una cruz, y su tumba es, cómo no, la más fotografiada del cementerio. Para verla bien tuve que esperar a que una bandada de adolescentes terminara de hacerse selfis con la que ellas no dudaban en llamar «novia de Hitler».

Mi interlocutor se alejó. Era alto, delgadísimo y tenía un aire aviar, «algo así como una grulla de largas patas», me dije, pero enseguida me contuve. Como todos los que nos dedicamos a este viejo oficio de juntar palabras, me paso la vida estudiando personas como si fueran personajes literarios e imaginando quiénes son y por qué visten de tal o cual manera. «Pero, basta —me regañé—, ahora en las únicas personas en las que debes fijarte son las que están bajo tierra».

Sin embargo, una vez abierta la espita de la literatura no hay quien la cierre. Por eso mi siguiente pensamiento me hizo recordar

que, en un memorable pasaje de su novela *Grandes esperanzas*, Charles Dickens escribió que las lápidas mortuorias se parecen siempre a la persona que yace bajo ellas. Bien, pues, desde luego, en el caso de Unity Mitford la premisa dickensiana se cumple. Su lápida es alta y bastante más gruesa que la de Nancy. El epitafio que Muv eligió para ella en 1948 está ahora cruelmente carcomido por los líquenes. Pero aún pueden leerse aquellas ocho paradójicas palabras: «No digáis que su lucha fue en vano». Otro detalle que me sorprendió de su monolito fue que en él figuran no uno, sino sus dos nombres de pila. Diríase que, al enterrarla como Unity Valquiria, la familia hubiese deseado resaltar aquel segundo epíteto que, junto a su nacimiento en el pueblo de Esvástica, marcaría su vida y su triste destino.

***

A la derecha de Unity Valquiria, blanca, esbelta y grácil como un cisne, se levanta la lápida mortuoria de Diana. Cualquiera diría (esto fue lo primero que pensé al observarla) que el viento, la lluvia, la nieve y demás rigores se hubieran conjurado para no erosionarla. También para hacer cierta en ella esa frase que Shakespeare, siglos atrás, dedicó a Cleopatra: «La edad no puede marchitarla, ni la costumbre tornar rancia la infinita variedad que en ella anida».

Sí, porque la tumba de la señora Mosley parece erigida ayer, sin rastro de líquenes ni deterioro, tan erguida y orgullosa como ella lo fue en vida.

¿Y el señor Mosley? ¿Dónde está? Inseparables como fueron en vida, ¿por qué no cumplieron con aquello de permanecer juntos en la pobreza y (en especial) en la riqueza, en la prosperidad y en la adversidad, en la salud y en la enfermedad, todos los días de su vida y aún más allá? El hombre con aspecto de grulla que me había

informado sobre la tumba de Nancy estaba por ahí, arrancando yerbajos del monolito que recuerda a Tom (igual de friki de los Mitford que yo, estaba claro). Seguro que él me habría informado, pero en este caso no era necesario. Esta otra friki que soy yo conocía la razón. Si no descansan juntos es, simplemente, porque tanto Oswald como Diana murieron en Francia. Él en 1980; ella, con noventa y tres años, en 2003. Oswald dejó dispuesto que sus cenizas se esparcieran sobre un estanque cercano a París por el que le gustaba pasear, mientras que Diana prefirió volver a Swinbrook con su familia.

***

Siguiendo con mi paseo sepulcral, pensé a continuación en las dos hermanas Mitford que no están enterradas en Swinbrook, Decca y Deborah, y de pronto, no sé cómo, el hombre altísimo del Barbour se materializó a mi lado. Muy oportuno realmente; me vino bien para hacerle un par de preguntas.

—Decca nunca regresó a su país —comenzó diciendo al tiempo que guardaba en el bolsillo de su Barbour el escardillo con el que había librado de yerbajos el monolito de Tom. Creo que ni siquiera le hubiera gustado descansar aquí. Sus famosos «ahorros de fuga» tenían como propósito dejar atrás para siempre Swinbrook. Murió en 1996 de cáncer de pulmón a miles de kilómetros de aquí.

—¿Y conoce algún otro detalle al respecto? —pregunté.

—Varios y muy típicos de Decca. Aquí tiene usted otra Mitford que, como a Nancy, le encaja a la perfección eso de genio y figura hasta la sepultura. Sabe usted que ella escribió un libro llamado *Muerte a la americana*, ¿verdad?

—Claro que lo sé. Un exitazo editorial en toda regla. Por supuesto, lo he leído —añadí, para que viera que yo también era mitfórdmana

consumada.

—Sí, bah —condescendió él—, eso lo sabe cualquiera. Lo interesante es estar al tanto de lo que ocurrió una vez muerta ella.

—¿Y qué paso?

—Que, fiel a sus principios, pidió el servicio más barato posible (cremación y ceremonia fúnebre por unos quinientos dólares) y que más tarde sus cenizas fueran aventadas en el océano Pacífico. También dejó encargada a su hija Dinky que remitiera una carta póstuma suya a la Corporación Funeraria de los Estados Unidos en la que le reclamaba un reembolso. Según argumentó, como compensación por la «publicidad gratuita» que les hizo con las averiguaciones que llevó a cabo para la elaboración de su libro. Pero lo que no pudo prever fue lo que ocurrió a continuación.

—¿Qué ocurrió?

—Pues que, un par de días más tarde, sus amigos y admiradores decidieron desobedecer sus deseos de austeridad y organizaron un estrafalario desfile fúnebre en su honor por las calles de San Francisco. Uno que, a modo de reivindicación, contó con todo aquello que Decca había denunciado de los funerales carísimos y disparatados: carroza tirada por caballos con penachos, banda de música al estilo de Nueva Orleans e incluso plañideras. Bob y sus hijos, Dinky y Benjamin, asistieron en primera fila a este adiós a una mujer que dedicó su vida a denunciar injusticias y desigualdades.

—Un bonito homenaje —tercié yo—, y muy acorde con las contradicciones de esta familia. ¿Algún detalle más?

—Solo un par de datos familiares que seguro usted sabrá apreciar. Junto a Dinky asistió también su compañero de vida, James Forman, afroamericano y líder por los derechos civiles en los Estados Unidos, así como los hijos de ambos: James Forman, profesor de Yale, y futuro ganador de un Premio Pulitzer, y Chaka Forman, actor y

escritor. ¿Qué cree usted que habría dicho Farve de saber que, además de tener un yerno judío como Bob, con el correr de los años llegaría a tener un nieto político negro y dos bisnietos mulatos?

Dicho esto giró la cabeza hacia el lugar en el que yacía Farve como si esperara verle dando botes en su tumba. Pero, por lo menos aquella mañana, no parecía haber ninguna actividad espectral en aquel rincón del cementerio de Swinbrook.

Después de esto, mister Halliston —para entonces mi informante y yo ya nos habíamos presentado «*how do you do*», «*how do you do*», «*pleasure to meet you*», etcétera—, continuando con los cotilleos, me contó que el entierro que sin duda hubiera encantado a Farve, y también a Muv, fue el de Deborah, en el 2014.

—Porque la menor de las Mitford y la última de ellas en morir, sabe usted, pidió ser enterrada en un cesto de mimbre.

—¿Cesto de mimbre? —me asombré, y mister Halliston a su vez se asombró de mi ignorancia.

—Sí, querida, se ve que no está usted muy al día en lo que a muertes elegantes se refiere. Ahora son muchas las personas amantes de la naturaleza que eligen fundirse en ella haciéndose enterrar en un cesto de mimbre con forma de féretro y cubierto de flores y ramaje. Deborah fue de las primeras en poner de moda la idea. Seguro que a los entonces Príncipes de Gales, Carlos y Camila, les encantó y tomaron buena nota. También ellos son muy «dedo verde».

—¿Asistieron a las exequias?

—Naturalmente que sí, no se muere una Devonshire todos los días. Aparte de la realeza en pleno, fueron tantas las personas que se acercaron a darle su último adiós que hubo que habilitar una pantalla gigante para que pudieran seguir el servicio religioso. La ceremonia en sí fue sencilla. Comenzó con un par de antiguos y

tópicos himnos religiosos, pero, minutos después, pasó a complacer los gustos musicales de la homenajeada. Como Debo era gran fan de Elvis Presley, los presentes, bien provistos de la letra para no equivocarse, entonaron a coro «*How Great Thou Art*» («Qué grande eres»), al ritmo del genio de Memphis. Una vez acabado el servicio religioso, en su cesta cubierta de plantas y a hombros de sus nietos, fue llevada hasta el cementerio de la familia, donde descansa desde entonces junto a su marido Andrew y a corta distancia de Kick Kennedy, amiga y cuñada.

***

«¿Y Pamela?», se preguntarán ustedes. Poco más y me olvido de ella, algo que, dada su forma de ser, no creo que le preocupara demasiado.

Para entonces, el sapientísimo señor Halliston ya se había despedido, pero no sin antes indicarme —con bastante menos énfasis que el que había puesto en hablar de las otras hermanas— que su tumba estaba «más o menos por allí».

—¿Dónde? —intenté que precisase, pero mister Halliston no se acordaba; «supongo que al fondo», indicó vagamente, antes de añadir que tenía un almuerzo con su club de observadores de aves y que llegaba tarde.

—¿Conoce usted alguna anécdota interesante de su vida?

—Supongo que las habrá —se impacientó Halliston, que acababa de ajustarse unas gafas de montura beige que le hacían parecer más aviar que nunca—. Pero bien que ella se las ha arreglado para llevárselas a la tumba. En fin, querida, la dejo. No quiero llegar tarde a mi reunión. Ahora toca un interesantísimo cambio de impresiones sobre chotacabras, zampullines, pico picapinos y otras aves locales,

y por tanto también muy Mitford. Dele mis saludos a miss Pamela, dígale que no se esconda tanto.

***

Lo vi marchar con pena. Habían sido muy ilustrativos los comentarios del señor Halliston y ahora tendría que sacar yo mis propias conclusiones sobre la tumba de Woman. Ya sin su ayuda, tardé varios minutos en encontrarla y, cuando por fin lo hice, lo primero que pude observar es que, corroborando una vez más la teoría de Dickens de que las lápidas mortuorias se parecen a las personas que bajo ellas reposan, la suya se encuentra en un punto apartado del cementerio, mirando hacia donde yacen sus hermanas y sus padres, pero, siempre discreta y tratando de pasar inadvertida, a cierta distancia de todos. Me acerqué, la saludé, y fue entonces cuando se me ocurrió que aquí había una historia por contar. La que a lo largo de todas estas páginas he desplegado ante ustedes después de haber leído de las Mitford, y muy especialmente de la hermana más callada, todo lo que he podido encontrar. Por eso ahora y ante su tumba les relataré el final de su historia.

***

Situémonos una vez más en Zúrich cuando se produjeron aquellos dos quiebros concatenados en su vida. Por un lado, el fin de su gran historia de amor con Giuditta que acabó en abandono y, por el otro, la imposibilidad de continuar con sus memorias. Esos son dos puntos oscuros sobre los que ella eligió no hablar. Lo que sí se sabe, en cambio, es que más adelante, Woman regresó a Inglaterra con una gran caja de chocolates. Dentro había sustituido los bombones por huevos de gallina Appenzeller Spitzhauben, una rara especie suiza, famosa por su fertilidad y su capacidad ponedora. Contrabandear

especies raras es un delito, ¿pero quién iba sospechar de una apacible sesentona que aseguraba que los chocolates eran para sus sobrinos nietos? «Tengo ocho, ¿sabe usted, agente? Y a cuál más glotón, se lo aseguro». Al llegar a Inglaterra, se instaló a criar sus campeonas ponedoras en una pequeña propiedad cercana al Swinbrook de su infancia, y, de ahí en adelante, en los casi veinte años que le quedaban de vida, se dedicó a lo que más le gustaba: cuidar a su familia y a sus animales. Fue ella quien más se ocupó de Nancy durante su dolorosa enfermedad. Viajaba con frecuencia a París para atenderla, acompañarla y aliviar en lo posible su sufrimiento, tal como había hecho años atrás con Muv, Farve y también con Nanny Blor: los tres murieron con Pamela a su cabecera. Y luego estaba su otra familia, tan fundamental en su vida como sus hermanas y sus padres: la que formaba con sus animales. Su bienestar era tan importante para ella que, a pesar del dolor de la ruptura, retrasó su regreso de Suiza a Inglaterra un par de años para que uno de sus perros, viejo y enfermo, no sufriera con el cambio de ambiente. Solo cuando pudo enterrarlo al pie de los Alpes, emprendió el viaje.

En 1980, Julian Jebb rodó para la televisión inglesa el documental *Nancy Mitford: A Portrait by Her Sisters* (*Nancy Mitford vista por sus hermanas*), un reportaje que no solo servía para honrar la memoria de Nancy, muerta en 1973, sino que también era una excusa para averiguar qué había sido, con el paso del tiempo, de la vida de tan escandalosas hermanas. A Pamela, que es la que más sale en el filme, la podemos ver en su ambiente favorito. Hablando con sus ponis, rodeada de perros y dando de comer a sus gallinas Appenzeller Spitzhauben que, para entonces, la habían hecho famosa. Famosa sí, pero no al estilo Mitford, sino al estilo Pamela. Es decir, sin ruido y solo para iniciados y devotos de la vida rural que la

consideraban una eminencia en la materia. Se cuenta que más o menos por entonces, en la boda de uno de sus sobrinos (y por tanto en una de las rarísimas veces que asistía a actos sociales), le tocó de compañero de mesa lord Mountbatten, último virrey de la India y mentor del actual rey de Inglaterra, Carlos III. Mountbatten, que era uno de los personajes más célebres del país, amablemente comentó: «Me han dicho que en tu familia te llaman Woman», a lo que ella, sonriente pero lacónica, respondió: «Sí, es verdad. ¿Y usted quién es?».

En abril de 1994, se rompió una pierna, la misma que, aquejada de polio, le impidió montar tanto como a ella le hubiera gustado y, a sus ochenta y seis años, tuvo que someterse a una complicada operación. Al despertar de la anestesia sus primeras palabras fueron estas: «¿Podéis decirme quién ganó el Grand National?».

Días después, murió de una embolia, tan callada y discretamente como había vivido. Su último deseo fue descansar junto a su familia y, con la elegancia que la caracterizaba, incluso dejó pagado su entierro, su tumba y hasta las flores, «porque una dama no va por ahí dejando facturas sin abonar».

Su lápida mortuoria no es blanca y esbelta como la de Diana, ni lleva un topo de ambiguo significado como la de Nancy. Tampoco es alta y gruesa como la Unity, pero sí tiene un rasgo en común con esta. En las dos alguien hizo cincelar un epitafio que las describe a ojos de su familia. Si en la de Unity figura la frase «No digáis que su lucha fue en vano», en la de Pamela sus hermanas eligieron para ella estas tres palabras: «Un corazón valiente». No se me ocurre mejor descripción que esta para despedir a alguien que siempre puso por delante a los demás, que a todos ayudó, que amó sin esperar nada a cambio y que, al enamorarse de una mujer, se atrevió a vivir su amor contra tabúes y reglas, y todo lo hizo con una

sonrisa. ¿Que fue algo gris, anodina y descolorida como su lápida? So pena de contrariar a Charles Dickens, yo no lo creo. Y aquí está su historia para corroborarlo.

# NOTA DE LA AUTORA

Ha sido apasionante y a la vez complejo trenzar en una las biografías de seis mujeres tan extraordinarias. Apasionante, por ser vidas fuera de lo común, complejo, porque quería ceñirme lo más posible a los datos que sobre ellas existen sin dejar nada fuera. Por suerte sus vidas están muy bien documentadas, así que en ese sentido no he tenido más que juntar las piezas para crear mi ficción. Por eso mi primer y más ferviente agradecimiento es para los libros que me han ayudado a escribir esta novela y que figuran en la Bibliografía. Les debo muchas horas de placer y conocimiento que con respeto y admiración he intentado trasladar a estas páginas. Prácticamente todo lo que aquí se cuenta aconteció, pero me he tomado un par de libertades. En aras de la ficción, he hecho mínimos ajustes temporales. También he utilizado algunos personajes de ficción (sus nombres los podéis ver en la lista de *Dramatis Personae*) que utilizo de correa de trasmisión para que la historia fluya.

Este libro no hubiera sido posible sin varias personas a las que debo mucho. Para empezar, David Cebrián, director editorial de Espasa, y Miryam Galaz, mi amiga y editora de tantos años. Gracias a los dos por estar siempre a mi lado y también por regalarme la idea de recrear la vida de las chicas Mitford. Al igual que en mi novela anterior, en esta he tenido un documentalista de lujo, mi nieto Jaime Abarca Ruiz del Cueto, que es un mago de las redes y encuentra documentos increíbles. Este libro debe mucho también a

Mercedes Casanovas y a María Lynch, mis agentes, y sobre todo grandes amigas y cómplices. Un lector insustituible para mí es mi hermano Gervasio. Tanto en este como en otros muchos de mis libros me ha evitado caer en incongruencias literarias o históricas. En tarea tan necesaria, quiero agradecer así mismo a Paz López-Felpeto y Mónica Sánchez, de Espasa, que han editado este libro con un cariño y un ojo clínico tales, que no tengo palabras para describirlos. Gracias también a Ulises Bértolo, por estar conmigo a lo largo del proceso y ser un druida infalible. Por fin, me gustaría reiterar mi gratitud a Mariángeles Fernández, mi ángel corrector, que me ayuda, apoya y aguanta libro tras libro desde hace treinta años.

No puedo olvidarme tampoco de ti, que me lees. Nada de todo esto tendría sentido sin tu complicidad. Sé que sois muchos los que me honráis con vuestra lectura desde hace años y significa muchísimo para mí; ya somos viejos amigos a través de la literatura. Y a los nuevos a bordo os digo: Gracias por darme la oportunidad de pasar un rato juntos. Porque, como decía Italo Calvino, el lector es el coautor de este y de todos los libros.

# BIBLIOGRAFÍA


ACTON, Harold, *Nancy Mitford: A Memoir*, Londres, Hamish Hamilton, 1975.

LE FLOC'HMOAN, Annick, *Las hermanas Mitford*, Barcelona, Circe, 2003.

MITFORD, Deborah, *Wait for Me! Memoirs of the Youngest Mitford Sister*, Londres, John Murray, 2010 [*¡Esperadme! Memorias de la duquesa de Devonshire*, Barcelona, Catedral, 2022].

MITFORD, Diana, *A Life of Contrasts*, Londres, Hamish Hamilton, 1977 [*Una vida de contrastes*, A Coruña, Ediciones del Viento, 2022].

MITFORD, Jessica, *Hons and Rebels*, Londres, Gollancz, 1960 [*Nobles y rebeldes*, Barcelona, Libros del Asteroide, 2014].

MITFORD, Nancy, *The Pursuit of Love*, Londres, Hamish Hamilton, 1945 [*A la caza del amor*, Barcelona, Libros del Asteroide, 2005].

—, *Love in a Cold Climate*, Londres, Hamish Hamilton, 1949 [*Amor en clima frío*, Barcelona, Libros del Asteroide, 2006].

MOSLEY, Charlotte (ed.), *The Mitfords: Letters Between Six Sisters*, Londres, HarperCollins, 2007 [*Las Mitford. Cartas entre seis hermanas*, Madrid, Tres Hermanas, 2016].

POND, Mimi, *Do admit! The Mitford Sisters and Me*, Londres, Jonathan Cape, 2025.

SPENCE, Lyndsy, *The Mitford Girls' Guide to Life*, Stroud, Gloucestershire, The History Press, 2013.

TINNISWOOD, Adrian, *The Long Weekend: Life in the English Country House Between the Wars*, Londres, Penguin Random House, 2016.

WAUGH, Evelyn, *Vile Bodies*, Londres, Chapman & Hall, 1930 [*Cuerpos viles*, Barcelona, Anagrama, 1990].

—, *Brideshead Revisited*, Londres, Chapman & Hall, 1945 [*Retorno a Brideshead*, Barcelona, Tusquets, 1987].

WODEHOUSE, Pelham Grenville, *My Man Jeeves*, Londres, George Newnes, 1919 [*Jeeves, tú eres mi hombre*, Barcelona, José Janes Editor, 1947].
—, *Carry on, Jeeves*, Londres, Herbert Jenkins, 1925 [*Muy bien, Jeeves*, Barcelona, Lauro, 1945].
—, *Right Ho, Jeeves*, Londres, Herbert Jenkins, 1934 [*De acuerdo, Jeeves*, Barcelona, Anagrama, 2006].
—, *Jeeves and the Feudal Spirit*, Londres, Herbert Jenkins, 1954. [*Jeeves y el espíritu feudal*, Barcelona, Anagrama, 2006].

# Láminas



La familia Mitford adoraba a los animales. Desde la serpiente Enid y la rata de compañía Ratular, amigas inseparables de Unity, hasta las gallinas campeonas ponedoras de Pamela, pasando por perros, caballos, gatos y ovejas, todos son parte importante de su historia familiar.

© National Portrait Gallery, London/ Scala, Florence



Cada dos o tres años, y a medida que iban creciendo, los Mitford posaban para el fotógrafo. Aquí los vemos hacia principios de los años 20. Una de sus características más destacadas es su belleza. Y esta circunstancia jugaría un papel esencial en sus biografías.



Esta es Nancy, la primogénita, nacida en 1904 y llamada a ser una de las escritoras más reputadas de su generación.

© Pictorial Press Ltd / Alamy/ Album: imagen 2; ©Mary Evans/ ACI



Pamela es la narradora de esta novela. Nacida en 1907, es la «hermana secreta», la única que eligió no brillar y que, sin embargo, tiene mucho que contar

© Pictorial Press Ltd / Alamy/ Album: imagen 2; ©Mary Evans/ ACI

.



Diana, considerada la belleza de la familia. Nacida en 1910, comenzó desafiando por amor todos los convencionalismos y se convirtió en pieza fundamental del fascismo británico. Nunca renegó de su admiración por Hitler.
© National Portrait Gallery, London/ Scala, Florence



Unity Valquiria, conocida también como Bobo (1914). Su admiración por Hitler la llevó mucho más lejos que a su hermana Diana. No descansó hasta convertirse en miembro destacado del círculo íntimo del Führer.
© Pictorial Press Ltd / Alamy/ Album: imagen 2; ©Mary Evans/ ACI



Jessica Mitford (1917), más conocida como Decca. Eligió el camino opuesto de Diana y Unity. Siendo menor de edad se fugó con su novio a España para luchar contra las tropas de Franco en la Guerra Civil. Más adelante se convirtió en miembro del Partido Comunista.

© Mary Evans/Scala, Florence



Deborah (1920), también llamada Debo. Con el tiempo se convertiría en duquesa de Devonshire. La diferencia de edad entre ella y su hermana mayor es de 16 años. De hecho, Nancy fue la madrina de Debo.
© Alamy / Album



The Sketch

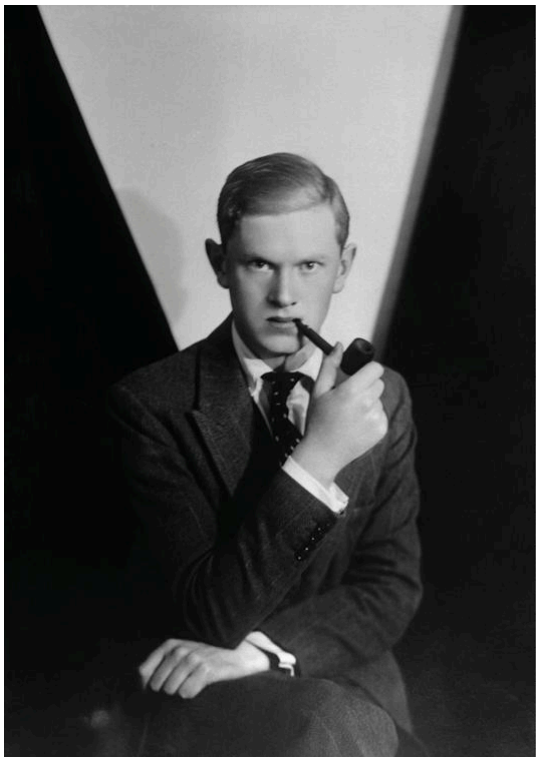
No. 2032.—Vol. CLVII. WEDNESDAY, JANUARY 6, 1932. ONE SHILLING.

A SISTERLY QUARTET: THE HON. NANCY MITFORD AND THE HON. MRS. BRYAN GUINNESS (SEATED); AND THE HON. UNITY (L.) AND THE HON. JESSICA MITFORD (STANDING).

*This charming study of four of Lord and Lady Redesdale's six daughters was taken at Swinbrook, Burford, Oxon, the family seat. The Hon. Nancy Mitford is the eldest of the party. She is a clever novelist, and had a considerable success with her "Highland Fling," which is to be followed by "Christmas Pudding." The Hon. Mrs. Bryan Guinness—formerly the Hon. Diana Mitford—is Lord Redesdale's third daughter, and the Hon. Unity Mitford and the Hon. Jessica Mitford are the fourth and fifth*

PHOTOGRAPH BY ERIC GUY AND H. J. MILLIGAN.

De arriba a abajo y de izquierda a derecha: Unity, Decca, Nancy y Diana.
© Pictorial Press Ltd / Alamy/ Album: imagen 2; ©Mary Evans/ ACI



Evelyn Waugh, célebre autor de *Retorno a Brideshead*, conoció a Tom Mitford en la universidad de Oxford y después se convirtió en gran amigo de sus hermanas.
© Bettmann / Getty Images



Diana Mitford rodeada de sus damas de honor el día de su boda con Bryan Guinness. En la fila superior puede verse a sus hermanas Nancy, Pamela y Unity. Esta última destaca por su elevada estatura: a los 16 años medía ya

cerca de metro ochenta.
© Pictorial Press Ltd / Alamy/ Album: imagen 2; ©Mary Evans/ ACI



Diana Mitford y su primer marido, Bryan Guinness. Su matrimonio fue muy breve y tuvieron dos hijos.
© Pictorial Press Ltd / Alamy/ Album: imagen 2; ©Mary Evans/ ACI



Tras un sonado divorcio, Diana se emparejó con Oswald Mosley, fundador de la Unión de Fascistas Británicos.
© National Portrait Gallery, London/ Scala, Florence



Los años previos a la Segunda Guerra Mundial fueron turbulentos. Las luchas entre comunistas y fascistas asolaban las calles. Mosley fue un líder

carismático.
© TT News Agency / SVT / Album



Nancy tras la ceremonia de su boda con Peter Rodd. Él le propuso matrimonio el mismo día en que se conocieron.
© A. Hudson/Topical Press Agency/Hulton Archive/Getty Images



Pamela y Derek Jackson, su marido. Además de ser un científico brillante y un jockey consumado, era dueño de una considerable fortuna.
© Pictorial Press Ltd / Alamy/ Album: imagen 2; ©Mary Evans/ ACI



Deborah y Andrew, futuro Duque de Devonshire. Se casaron en plena guerra. La noche anterior, la casa de sus padres casi fue destruida por una de las muchas bombas que caían casi a diario sobre Londres.
© Pictorial Press Ltd / Alamy/ Album: imagen 2; ©Mary Evans/ ACI



Boda de Billy, el hermano mayor de Andrew, con Katherine Kennedy. Los padres de la novia, disgustados porque se casara con un protestante, se negaron a asistir. Solo estuvo presente Joe Kennedy, que moriría pocas semanas más tarde en la guerra.
© Bridgeman / ACI



Unity Mitford vestía habitualmente el uniforme nazi.
© Universal Images Group / Universal History Archive / Album



Aquí la vemos también con Hitler, a quien ella llamaba cariñosamente «Mi lobo».
© Pictorial Press Ltd / Alamy



Unity, tras su intento de suicidio.
© TopFoto / Album



Decca y su marido emigraron a los Estados Unidos después de luchar en la Guerra Civil española. Aquí los tenemos en una actividad muy «capitalista» para un par de comunistas como ellos: en un momento dado montaron una coctelería en Florida

© Keystone/Hulton Archive/Getty Images



Gaston Palewski, mano derecha de De Gaulle, no era joven ni guapo cuando conoció a Nancy, pero se convirtió en el gran amor de su vida. Un amor «muy francés», según Nancy.
© Mike Stephens/Central Press/ Getty Images




Decca y su segundo marido, Bob, se convirtieron en activistas contra la segregación racial. Los dos estuvieron en el punto de mira del temido Comité de Actividades Antiamericanas.
© Gaston Palewski / Associated Press



© Pictorial Press Ltd / Alamy/ Album: imagen 2; ©Mary Evans/ ACI



Dos fotos emblemáticas de Deborah como duquesa de Devonshire. En la primera, durante una de sus muchas fiestas de gala, en la segunda, como «dama granjera».
© Harry Borden/ Contour/ Getty Images



Interior de la iglesia de Swinbrook, a la que acudía los domingos la familia junto a sus mascotas. Obsérvese la postura tan increíble en la que «duermen su sueño eterno» los guerreros de una vieja familia normanda tan antigua (y extravagante) como los Mitford.
© Alamy / Album




Detalle de las lápidas de Nancy, Unity y Diana. Cada uno de estos monolitos, como también aquellos bajo los que yacen Muv, Farve y Pamela, guardan secretos mensajes.
© Alamy / Album



Para terminar, no me resisto a compartir con vosotros esta foto: aquí están mis padres (son los dos de la izquierda) con uno de los personajes de esta novela, lord Mountbatten, último virrey de la India y amigo de las Mitford, quien visitó Uruguay en 1963. La foto está tomada en la embajada británica y en ella aparecen también el presidente del país en ese momento y su mujer.
© Archivo de la autora

# Notas

## DRAMATIS PERSONAE

1 Los personajes señalados con asteriscos son imaginarios.

## 1. LOCOS AÑOS VEINTE

2 Forma coloquial de llamar a los policías.

## 2. SE LEVANTA EL TELÓN

3 Hons es un apócope de Honourable y es el tratamiento formal que se aplica (en el encabezamiento de una carta, por ejemplo) a los hijos más jóvenes de un conde y a todos los hijos de los vizcondes, barones y lores.

4 Seis pies equivalen casi a un metro ochenta y un centímetros.

## 3. A LA CAZA DEL AMOR

5 Ciertamente encantadoras.

## 10. DOS HERMANAS Y (CASI) UN MISMO DESTINO

6 Seis pies tres pulgadas equivalen a metro noventa.

## 11. DIANA QUEMA SUS NAVES

7 Literalmente «A la guerra como en la guerra», o lo que es lo mismo «A grandes males, grandes remedios».

## 16. GENTES QUE VIENEN, GENTES QUE SE VAN

8 Demasiado, demasiado divino.

## 20. MI AMIGO LOBO

9 Literalmente, «soltar nombres». Se trata de mencionar de manera aparentemente casual en una conversación nombres de personas famosas o influyentes en un intento de impresionar al interlocutor.

## 21. BOBO Y WOLF

10 Tanto en alemán como en inglés significa «lobo».
11 Camarada del partido.

## 26. MUV COMETE UN ERROR DE CÁLCULO

12 En ese tiempo en Inglaterra las mujeres alcanzaban la mayoría de edad a los veintiún años.

## 34. PETER RODD, COMO MAMBRÚ, SE VA A LA GUERRA

13 Anexión.

## 35. DIVIDIDA ENTRE DOS MUNDOS

14 Mujer alemana.

## 37. ENEMIGOS DEL PUEBLO

15 «La sangre es más espesa que el agua».

## 46. NUEVA VIDA

16 Metidas de pata.

## 47. RETORNO A BRIDESHEAD

17 «Yo te adoro».
18 «Cierra la puerta».

## EPÍLOGO. CINCO TUMBAS Y UN MONOLITO: POR FIN, YO, CARMEN POSADAS, ENCUENTRO A LAS MITFORD

19* *Cunt*, en inglés coloquial, quiere decir coño.

*Las Mitford*
Carmen Posadas

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© del diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
© de la imagen de la cubierta: © Apéritif Studio

© Carmen Posadas, 2026
Autora representada por Casanovas & Lynch Literary Agency

© Editorial Planeta, S.A, 2026
Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S.A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2026

ISBN: 978-84-670-8332-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Laura Domínguez Velasco

# Table of Contents

Portadilla
Dedicatoria
Cita
DRAMATIS PERSONAE
1. LOCOS AÑOS VEINTE
2. SE LEVANTA EL TELÓN
3. A LA CAZA DEL AMOR
4. DESPUÉS DE LA CEREMONIA
5. UNITY COMIENZA A SALIR DEL CASCARÓN
6. LOS TIEMPOS ESTÁN CAMBIANDO
7. DESOLACIÓN
8. SUICIDIO
9. LA MUERTE NO SUELE TOMARSE VACACIONES
10. DOS HERMANAS Y (CASI) UN MISMO DESTINO
11. DIANA QUEMA SUS NAVES
12. VENECIA ERA UNA FIESTA
13. UNA EXCURSIÓN AL LIDO
14. MUERTE EN VENECIA
15. DIANA ROMPE CON TODO
16. GENTES QUE VIENEN, GENTES QUE SE VAN
17. NUEVA ESTRATEGIA DEL PURÉ
18. PARA NANCY, TODO ES UNA COLOSAL BROMA
19. Y LA MONTAÑA FUE A MAHOMA
20. MI AMIGO LOBO
21. BOBO Y WOLF
22. LAS DOS DAMAS DE HITLER
23. VERANO DE 1936, EL COMIENZO DE TANTAS COSAS
24. GRACIAS, MEIN FÜHRER
25. ANTES DE QUE ACABE EL AÑO
26. MUV COMETE UN ERROR DE CÁLCULO
27. DECCA CAMBIA SU TRAJE DE DEBUTANTE POR EL DE MILICIANA

28. FUGA Y ALGÚN QUE OTRO CONTRATIEMPO
29. ESTO ES LA GUERRA
30. NUESTRA PARTICULAR HELENA DE TROYA
31. UN REGALO DEL FÜHRER
32. LAS RUEDAS DE LA HISTORIA COMIENZAN A GIRAR
33. UN POCO DE TODO
34. PETER RODD, COMO MAMBRÚ, SE VA A LA GUERRA
35. DIVIDIDA ENTRE DOS MUNDOS
36. UNITY VUELVE A CASA
37. ENEMIGOS DEL PUEBLO
38. NEW YORK, HERE WE COME
39. ESMOND ENTRA EN EL MUNDO CAPITALISTA
40. VIVE LA FRANCE!
41. DECCA EN LA CASA BLANCA
42. ESCOMBROS Y TUL ILUSIÓN
43. NANCY, RATÓN DE BIBLIOTECA
44. UN NUEVO AMOR Y UNA LIBERACIÓN
45. Y MIENTRAS TANTO, AL OTRO LADO DEL OCÉANO...
46. NUEVA VIDA
47. RETORNO A BRIDESHEAD
48. ME ACUSO
49. UN ISLOTE POLÉMICO
50. MUERTE EN LAS NUBES
51. LA FELICIDAD VIVE EN PARÍS
52. UNA DÉCADA MÁS
53. DIANA EN SU TEMPLETE GRIEGO
54. MI MUNDO SE TAMBALEA
55. VIENDO LA VIDA DESDE LEJOS
56. UN GIRO DRÁSTICO DE GUION
EPÍLOGO. CINCO TUMBAS Y UN MONOLITO: POR FIN, YO, CARMEN POSADAS, ENCUENTRO A LAS MITFORD
NOTA DE LA AUTORA
BIBLIOGRAFÍA
Láminas
Notas
Créditos